



ÉMILE ZOLA

La obra

Introducción de IGNACIO ECHEVARRÍ

Lectulandia

Novela sobre la naturaleza de la creación artística, sobre el amor, la amistad y sobre el fascinante y complejo alumbramiento del impresionismo, *La obra* es uno de los títulos más valientes y perdurables de la literatura del siglo XIX. Perteneciente al ciclo de los *Rougon-Macquart*, *La obra*, la novela más autobiográfica de su autor, está inspirada en la relación del propio Zola con Cézanne. El pintor Claude Lantier intenta terminar un óleo de grandes dimensiones que represente la modernidad del Segundo Imperio, en los albores del movimiento impresionista. Su enfermiza obsesión se verá mezclada con el amor de Christine —la mujer que le sirve de modelo— y su difícil amistad con el novelista Sandoz. Esta edición, que recoge la reciente traducción de José Ramón Monreal, se abre con un amplio estudio de Ignacio Echevarría, uno de los editores y críticos literarios más reputados de nuestro país. «¿Existe, en arte, otra cosa que dar lo que se lleva dentro?».

Lectulandia

Émile Zola

La obra

Penguin Clásicos

ePub r1.0

Titivillus 31.01.16

Título original: *L'œuvre*
Émile Zola, 1886
Traducción: José Ramón Monreal Salvador
Introducción: Ignacio Echevarría

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

Los argumentos empleados para recomendar la lectura de *La obra* suelen ser de naturaleza extraliteraria. Conviene, pues, decir de antemano que se trata de una novela espléndida, vigorosamente escrita, muy bien construida, que se atreve a plantear con profundidad y riqueza de matices algunos temas sin duda espinosos: la responsabilidad que todo artista contrae con su propio talento, la esterilidad a que se aboca el genio cuando no acierta a pactar con sus propios límites, la dramática disyuntiva que en ocasiones se establece entre el arte y la vida.

Dicho esto, resulta inevitable, al discurrir sobre *La obra*, referirse a las razones que la destacan del resto de la producción novelística de su autor y que le confieren un interés muy particular para los aficionados a la historia del arte. Como en ningún otro de sus libros, Zola se sirvió en éste de materiales evidentemente autobiográficos y acertó a escribir, con los recuerdos de su amistad con Paul Cézanne y de su frecuentación del círculo de los pintores impresionistas, un cuadro de las nuevas condiciones de producción y de consumo del arte moderno, entonces emergente. El cuadro admite ser comparado con el que, en *Las ilusiones perdidas*, trazó Balzac del mundo literario en la época de la burguesía rampante, en que afloraba una nueva tipología de escritor modelada por el periodismo de masas y la naciente industria cultural.

En la Biblioteca Nacional de Francia se conserva un grueso *dossier* con las notas preparatorias que Zola acumuló durante meses para la redacción de *La obra*. En estas notas queda patente la naturaleza de los materiales de que se sirve. No cabe duda de que, para el personaje de Pierre Sandoz, Zola se toma a sí mismo por modelo (y de tal modo, que hasta produce cierto apuro la autocomplacencia con que se dibuja). Y es en su amigo Paul Cézanne en quien se basa fundamentalmente para trazar el perfil — tanto en lo relativo al físico como al carácter— del protagonista de su libro, el pintor Claude Lantier. En la novela, por lo demás, concurren multitud de circunstancias y de personajes directamente traspuestos de los recuerdos de infancia y de juventud del propio Zola. El capítulo II del libro, en particular, reconstruye fielmente la estrecha amistad que, en Aix-en-Provence (Plassans, en la novela), unía a Zola con Paul Cézanne y Baptiste Baille, sus condiscípulos en el Collège Bourbon. A Cézanne lo llenó de emoción leer esas páginas; según Joachim Gasquet, las encontraba «de una veracidad apenas disfrazada y muy conmovedora para él, que recobraba a través de ellas las horas más felices de su juventud». Por lo demás, el nombre mismo de Cézanne («Paul», «P.») se cuele a menudo en las notas de Zola cuando se refiere a Claude Lantier. Y lo mismo ocurre en otras ocasiones, con diversos lugares y personajes.

Resultaría muy entretenido y aleccionador documentar, a lo largo de toda la novela, las alusiones más o menos veladas a personalidades y a sucesos bien

reconocibles de aquella época; pero con ello cundiría la impresión de que se trata de poco menos que de una novela en clave. En Francia, algunas ediciones minuciosamente anotadas invitan a leerla así, aun cuando dejan bien asentado que la novela tiene otros propósitos y no deja de concederse muchas licencias. Lo cierto, sin embargo, es que la tentación de hacer transparentar la base documental de muchos componentes de *La obra* desvirtúa su lectura y mueve a conclusiones demasiado aventuradas. El lector curioso habrá de conformarse, en esta edición, con los limitados alcances de este prólogo, en el que sólo se indican algunas coincidencias irrefutables que permiten calibrar el peso que en la novela adquiere esa base documental.

1

La obra ha solido leerse como documento de la amistad de Émile Zola con Paul Cézanne, una amistad que quedó interrumpida tras la publicación de la novela. Que Zola dibujase a Claude Lantier, el protagonista de *La obra*, como un genio demente y fracasado ha sido interpretado, una y otra vez, como indicio flagrante de la incomprensión, por parte del escritor, del talento de su amigo, que en el momento en que la novela fue escrita apenas era reconocido por unos pocos, en tanto que Zola era ya, en aquel entonces, un aclamado y exitoso escritor.

¿Qué pudo mover a Zola a escribir un libro como *La obra*, que incurría de lleno en un ámbito minado de susceptibilidades? ¿Era Zola tan cándido o tan imprudente como para pensar que sus antiguos compañeros, en general, y su buen amigo Paul Cézanne, en particular, no iban a resentirse de muchas de las cosas que en la novela se dicen?

Como es sabido, al poco de recibir el libro, Paul Cézanne mandó a Zola la siguiente carta, fechada el 4 de abril de 1886:

Mi querido Émile:

Acabo de recibir *La obra*, que has tenido la gentileza de enviarme. Agradezco al autor de *Los Rougon-Macquart* este grato testimonio del pasado, y le ruego que me permita estrecharle la mano en recuerdo de los viejos tiempos.

Tuyo siempre, con el impulso de los años transcurridos,

Paul Cézanne

El talante más bien gélido y ceremonioso de esta carta —la última que Zola y Cézanne se cruzaron— contrasta con la calidez que, por lo común, preside la copiosa correspondencia entre los dos amigos, que se remonta a finales de la década de 1850, cuando Zola se trasladó a París con su madre, dejando a Paul Cézanne en Aix-en-Provence. La lectura de esta correspondencia, que se extiende a lo largo de tres décadas, transmite muy bien el pulso de una amistad llena de afecto y de camaradería, que hasta entonces —hasta la publicación de *La obra*— había resistido las reticencias cada vez más evidentes que Zola no había dejado de mostrar respecto a la evolución artística de su amigo. Lo cierto es que, desde su posición cada vez más eminente como respetado crítico de arte y novelista señalado, la actitud de Zola hacia la pintura de Cézanne se va haciendo progresivamente reservada y cicatera, sin que la amistad entre los dos parezca resentirse por ello, tanta es la confianza y tanto el afecto que el pintor profesa al escritor, tan escasas —al menos en apariencia— su suspicacia y su susceptibilidad con respecto a él.

No cabe dudar, por otro lado, de los sentimientos de Zola hacia Cézanne, y menos que nada de su lealtad como amigo, patente en la importante ayuda que no dejó de prestarle en momentos difíciles. Pero las posiciones estéticas de Zola, que siempre habían sido más combativas que innovadoras, iban quedando cada vez más distantes de las de Cézanne, en tanto que la prosperidad material que procuraba a Zola su éxito como novelista acusaba la creciente asimetría entre las trayectorias de quienes, habiendo comenzado juntos, se habían sentido durante años solidarios en sus intereses y en sus ambiciones, en sus proyectos y en sus idearios.

Conviene trasladarse por un momento a la finca de Zola en Médan, a orillas del Sena, a poca distancia de París. Zola había comprado esa casa en 1878, con los beneficios que le habían proporcionado las superventas de *La taberna*, e hizo de ella su residencia principal. Con los años, Zola, siempre muy hospitalario, fue ampliando las dependencias de esta casa para dar acogida en ella a sus amigos. En Médan se celebraban las famosas «veladas» de lo que se conoce como el grupo de los naturalistas, en las que participaban autores como J.-K. Huysmans, Paul Alexis y Guy de Maupassant. Y a Médan acudía también Paul Cézanne, de visita unas veces, otras necesitado de alojamiento por unos días en sus asiduos tráficós entre Aix y París.

Quien visita en la actualidad la casa-museo de Zola en Médan se encuentra con un típico interior burgués del XIX, recargado y suntuoso; presuntuoso, incluso. El valiente defensor de la vanguardia artística de su tiempo mostraba tener un gusto decorativo semejante al de los pintores *pompieri* contra los que arremetía, con su afición a los muebles de época y a las antigüedades, a las vitrinas y a las colgaduras, a los *bibelots* de toda especie. Imposible imaginarse a un escritor contemporáneo en un despacho como el que ocupaba Zola en Médan, en cuya pared hizo grabar el célebre lema «Nulla dies sine linea». La mesa de trabajo, la silla misma en la que se sentaba, la marquetería de los muebles y de las paredes, los jarrones, las alfombras, los suelos...: nada más alejado del gusto moderno. Se comprende que algunos

admiradores que iban a visitar al gran novelista quedaran consternados al ver colgadas en las paredes de una casa como aquélla algunas pinturas realizadas por sus viejos amigos, los artistas vetados en los salones oficiales, que escandalizaban en las exposiciones independientes. Entre estas pinturas se contaban unas cuantas de Cézanne, que no podían gustar menos a madame Zola.

Ahora hay que imaginarse a Cézanne en ese despacho, en aquella casa, que alguna vez pintó, y en la que no era recibida su compañera, Hortense Fiquet, pues no estaban casados, pese a que vivían juntos desde 1869 y tenían un hijo. No cabe dudar del sincero afecto y de las atenciones que tanto Zola como su mujer le prodigaban a Cézanne; pero es de suponer, al lado de eso, la incomodidad y el desasosiego que había de producirles, en este escenario de su bien ganada respetabilidad, la presencia de aquel artista desclasado, inasimilable y tozudo, cuyo carácter desabrido y aspecto desaliñado ofrecían tantas coincidencias, como ya se ha dicho, con los de Claude Lantier en *La obra*.

En cuanto a Cézanne, también él debía de sentir cierto embarazo ante aquella ostentación de triunfo y de gusto trasnochado. Pero es sobre Zola sobre quien corresponde aquí fijar la mirada. Y al hacerlo conviene tener presentes las palabras que en *La obra* dedica a expresar el desencanto asociado al éxito y al logro de las propias ambiciones.

En la época en que Zola escribe *La obra* hace ya tiempo que el recuerdo de sus tiempos juveniles se ha convertido en un hábito de su pensamiento. Las primeras notas relativas a la novela son, de hecho, listas de recuerdos:

La pasión, la bonhomía, la jovialidad [...]

Mi adolescencia en el colegio y en el campo — Baille, Cézanne. — Todos los recuerdos del colegio; camaradas, profesores, el trío de amigos. — Escapadas, cacerías, baños, excursiones, lecturas, familias de los amigos.

En París. Nuevos amigos. Colegio. Llegada de Baille y de Cézanne. Nuestras reuniones del jueves. — París por conquistar, excursiones.

En *La obra*, el personaje de Sandoz se lamenta con amargura de la pérdida de los ideales juveniles. De hecho, cabe leer la novela como una suerte de elegía a la juventud luchadora e idealista en la que Zola había militado. En cualquier caso, el Zola que ocupa la suntuosa casa de Médan no sólo se deja arrastrar por la nostalgia de los tiempos pasados, también busca argumentos para legitimar el tiempo presente. La novela vibra con esta tensión entre la lealtad a los ideales de juventud y la lealtad al propio triunfo, a sí mismo. Hay algo de justificación en todo ello.

Si es cierto, como todo parece indicar, que *La obra* puso término a la amistad entre Zola y Cézanne, así sería, probablemente, porque este último percibió en la novela esta necesidad que sintió Zola de afearle su presunto fracaso. Cézanne, no cabe duda, se había convertido para Zola en un testigo incómodo.

Los dos amigos nunca volvieron a verse. Algunos testimonios —una conversación de Gustave Coquiot con Zola, otra de Émile Bernard con Cézanne, las dos sospechosas de haber sido reconstruidas de memoria y muy tardíamente, sin dar lugar a posibles desmentidos— recogen manifestaciones poco amables del uno hacia el otro, pero lo cierto es que nada de eso se refleja ni en su correspondencia ni en ninguno de sus escritos. Simplemente, evitaron toda ocasión de reencontrarse, y no volvieron a escribirse. Los caminos de cada uno, estaba claro, seguían direcciones divergentes.

2

La amistad de Zola con Cézanne constituye el trasfondo más inmediato sobre el que ha solido leerse *La obra*. Pero uno de los alicientes principales de la novela lo constituye la crónica indirecta que en ella se hace de la vida artística parisina en el decisivo período que va de 1863 a 1876, es decir, entre la celebración del Salón de los Rechazados y la segunda exposición independiente de los impresionistas en los locales del marchante Durand-Ruel.

Se ha dicho ya que los rasgos principales de Claude Lantier están inspirados en Paul Cézanne. También los cuadros de Lantier, tal y como se los describe en la novela, recuerdan a los de las primeras etapas de Cézanne como pintor. Pero en la personalidad artística que Zola atribuye a Lantier concurren, además, los rasgos de otros pintores del momento, muy en particular Édouard Manet y Claude Monet, unidos también al escritor por fuertes lazos de amistad.

En lo que a Manet respecta, fueron muchos los que, cuando se publicó *La obra*, pensaron que el personaje de Lantier era un trasunto de su persona. Lo hicieron movidos por múltiples indicios, pero muy en especial por los paralelismos evidentes entre *Plein air*, el cuadro que Lantier presenta al Salón de los Rechazados (véase su descripción), y el famoso *Déjeuner sur l'herbe*, que Manet expuso realmente en ese mismo Salón, provocando —como el cuadro de Lantier— un sonado escándalo.

De hecho, Manet fue, entre los «nuevos» pintores del momento, el que Zola supo comprender mejor, y sobre el que fundó expectativas más amplias. Muy tempranamente lo defendió en sus provocativas crónicas del Salón, y le profesó hasta su muerte, y aun después de ella, una atención y un aprecio constantes. Manet, por su parte, se sintió siempre agradecido por el apoyo —no exento de reservas— que recibió de Zola, y como testimonio de su amistad permanece el retrato que pintó en

1868 del escritor, presentado con éxito al Salón de aquel año, y que se cuenta entre sus obras maestras.

Manet no fue el único en retratar a Zola. También lo hicieron pintores como Fantin-Latour, Bazille o Renoir, aparte de Cézanne. No cabe duda de que se daban todas las circunstancias para que Zola escribiera una novela sobre los ambientes artísticos de su tiempo. Recuérdese que su notoriedad como comentarista de arte es anterior a su debut como novelista. Con buenas razones, *La obra* ha sido leída como la proyección, en el terreno de la ficción novelesca, de las ideas que Zola sustentó como crítico de arte. Y nada se opone a verlo así, por mucho que no se trate propiamente de una novela de ideas. Tampoco es, ni aspira a ser, una crónica fidedigna de los orígenes del movimiento impresionista, como tantas veces se ha pretendido.

Respecto a esto último, importa subrayar que ni los impresionistas ni el impresionismo aparecen mencionados en la novela, donde, en lugar de este término, se emplea el de *plein air*, mucho menos preciso. Por pintura *au plein air* ('al aire libre') se conoce la que se realizaba a partir de la observación directa de la naturaleza y del paisaje. Hacia mediados del siglo XIX, la llamada escuela de Barbizon hizo del «pleinarismo» uno de sus principales preceptos, y es sabida la influencia determinante que ello tuvo en el surgimiento del impresionismo. Por lo demás, en los años en que transcurre la acción de la novela apenas circulaba aún el término «impresionismo», que no sería acuñado hasta 1874.

Desde la actualidad, cuesta hacerse cargo de la labilidad con que, en aquellos años, se empleaban categorías como las de pleinairismo, realismo o naturalismo, a menudo solapadas o confundidas, para designar los presupuestos desde los cuales los nuevos artistas impugnaban y combatían la pintura académica y oficial que imperaba en los Salones. De hecho —y es importante reparar en ello—, por los años en que Zola escribía su novela el movimiento impresionista permanecía asimilado aún al movimiento naturalista, del que Zola era, en el campo de la literatura, el más conspicuo y señalado representante.

El caso es que la escuela del *plein air* que encabeza Claude Lantier, el protagonista de *La obra*, amalgama actitudes y maneras que en la pintura francesa venían abriéndose paso desde mucho tiempo atrás. Queda fuera por completo de los alcances de la novela la revolución profunda que, dentro de este marco tan amplio, entrañaban los tanteos cada vez más audaces de los artistas que en 1874 expusieron sus cuadros en los salones del fotógrafo Nadar. Por lo demás, y como sus propios contemporáneos no dejaron de observar, Zola malentendió la dirección en que esos tanteos progresaban. Su temprana solidaridad con los pintores que hoy se reconocen como impresionistas fue resultado de una coyuntural alineación de fuerzas dentro de la gran batalla que se libraba por aquellos años contra las rígidas y esclerotizadas consignas del arte oficial. El apoyo, la valentía y la combatividad de Zola contribuyeron sin duda a sostener la ardua lucha de los pintores empeñados en la

búsqueda de nuevos caminos para su arte. Pero en las crónicas artísticas del escritor se aprecia un distanciamiento progresivo respecto a las conquistas de quienes comenzaron siendo sus camaradas. Ese distanciamiento empieza a acusarse ya hacia finales de la década de los setenta; se aprecia muy claramente en una decisiva crónica de 1880 («El naturalismo en el Salón», escrita por Zola a instancias de sus amigos pintores), y se salda con amargura en un artículo publicado en *Le Figaro* en 1896. Es justamente en la mitad de este recorrido en el que Zola escribe *La obra*.

3

De la contrariedad que supuso para los pintores del círculo impresionista la publicación de *La obra*, muy esperada por todos ellos, ofrece una reveladora muestra la carta, llena de respetuosa amistad, que Monet dirigió a Zola tras la lectura del libro: «Acabo de terminarlo y le confieso que me siento turbado, inquieto —le dice en ella—. Con todo cuidado, ha procurado usted que ninguno de los personajes se parezca a cualquiera de nosotros, pero a pesar de ello temo que en la prensa y entre el público nuestros enemigos pronuncien los nombres de Manet o los nuestros para señalarnos como fracasados, algo que me niego a creer que esté en su ánimo. Discúlpeme por decirle esto. No se trata de una crítica: he leído *La obra* con enorme placer, topándome con recuerdos a cada página. Conoce usted, por lo demás, mi admiración fanática por su talento. No; sólo es que llevo luchando demasiado tiempo y tengo miedo de que, cuando se acerca el final, nuestros enemigos se sirvan de su libro para fastidiarnos».

Otras reacciones fueron más furibundas o desdeñosas, cuando no revelan simplemente perplejidad o consternación. Pero quienes hubieran seguido con atención la evolución de Zola como crítico de arte tenían indicios suficientes para barruntar que sus opiniones distaban cada vez más de las de sus viejos compañeros y que, siendo así, difícilmente podía su novela ofrecer un cuadro complaciente de las posiciones de éstos. En este sentido, resulta muy esclarecedora la carta que Vincent van Gogh —un admirador de Zola más ferviente aún que Monet, pero que no mantenía ningún trato con el escritor— mandó a su amigo Anthon van Rappad en 1883, al poco de haber leído, con mucho retraso, el librito que reunía las crónicas escritas por Zola sobre el Salón de 1866. La distancia permite a Van Gogh acertar con la perspectiva más conveniente para enfocar, desde el punto de vista de las ideas artísticas, la lectura de *La obra*:

Yo no soy de los que se muestran furiosos contra él por haber escrito este libro [Van Gogh se refiere a *Mis odios*, de 1866, pero sus palabras servirían igualmente referidas a *La obra*, publicada veinte años después]. A través de él aprendo a conocer a Zola, aprendo a conocer su flanco débil, a darme cuenta de que su conocimiento del arte de la pintura es insuficiente, que es, por lo que a él toca, *prejuicioso* en lugar de *justo*. Pero yo me guardo de enfadarme con un amigo por sus defectos. Al contrario, lo quiero precisamente por eso. Ésta es la razón de que lea sus artículos sobre el Salón con un sentimiento muy particular. Pienso que se equivoca completamente de camino, a excepción de lo que concierne a su apreciación de Manet; yo también creo que Manet es inteligente. Es interesante, en cualquier caso, conocer las ideas de Zola sobre arte. Tan interesante como, por ejemplo, lo que dice un paisajista sobre un retratista. Me refiero a que ése no es su género, y tal es el motivo por el que resulta superficial y errado. Dejémosle hablar cuando dice: «Esto no está terminado» o «Esto no es lo bastante claro». Dejémoslo hablar. Eso sólo debe hacernos reflexionar, y yo encuentro que al menos es original y está lleno de vida, incluso cuando es errado y falso y se sale del tema.

Vale la pena seguir las recomendaciones de Van Gogh y reflexionar sobre las limitaciones de Zola como crítico de arte, muy patentes en *La obra*. Son limitaciones que, en todo caso, remiten a problemáticas bien reales, en las que Zola acierta a reconocer los peligros que entrañan, antes que los rumbos nuevos a los que se abren. De ahí que, pese a todo, su diagnóstico contenga observaciones que aún hoy siguen siendo válidas.

La principal de estas observaciones, en el terreno estricto de la producción artística, se dirige a la «facilonería» en que muy pronto derivaron a sus ojos los hallazgos y las conquistas hechas por los nuevos pintores durante sus primeros pasos. En el ya mencionado artículo sobre «El naturalismo en el Salón», de 1880, escrito en defensa y apoyo de los pintores impresionistas, menudean las admoniciones relativas a este punto. La pintura *au plein air*, se dice allí, reproduce los efectos múltiples de la luz, que transforma radicalmente el aspecto de las cosas. «Este estudio de la luz en sus mil descomposiciones y recomposiciones es lo que se llama con mayor o menor propiedad impresionismo, dado que un cuadro es resultado de la impresión experimentada en un momento dado frente a la naturaleza. Los bromistas de la prensa se han basado en esto para caricaturizar al pintor impresionista atrapando al vuelo sus impresiones mediante cuatro golpes informes de pincel; y hay que reconocer que, desgraciadamente, ciertos artistas han justificado estos ataques, contentándose con esbozos demasiado rudimentarios. En mi opinión, debe atraparse a la naturaleza en la impresión de un minuto; sólo que este minuto debe fijarse para siempre en la tela mediante una factura largamente estudiada. En definitiva, al margen del trabajo no hay solidez posible».

Este llamamiento al trabajo se convierte en un motivo recurrente dentro de la

crítica de arte de Zola y es un *leitmotiv* de *La obra*. Por decidido y enérgico que sea su apoyo a los seguidores del «naturalismo contemporáneo», Zola no deja de señalar como su mayor defecto que «se relajan demasiado a menudo en la factura, se dan por satisfechos con demasiada facilidad, se muestran incompletos, ilógicos, exagerados, impotentes». El mismo Monet, pese a su papel de jefe de filas, cede a su propia facilidad: «En sus horas difíciles —escribe Zola—, han salido de su taller numerosos esbozos que no valen nada, y eso pone a un pintor en la pendiente de la pacotilla». Y añade todavía: «Cuando uno se da por satisfecho con demasiada facilidad, cuando se entrega un borrador aún sin secar, se pierde el gusto de los trabajos largamente estudiados, pues es el estudio lo que da solidez a las obras. El señor Monet carga en la actualidad con el inconveniente de su prisa, de su necesidad de vender. Si quiere conquistar el puesto bien alto que sin duda merece, si quiere ser uno de los maestros que esperamos, es preciso que se dedique resueltamente a telas importantes, estudiadas durante largo tiempo, sin otra preocupación que la de volcarse en ellas por entero, con su propio temperamento».

La aguda suspicacia que Zola manifiesta sentir hacia la «facilidad» queda ampliamente justificada por la chapucería y la improvisación que no han dejado de proliferar en el arte moderno, pero delata, a su vez, cierta incompreensión de las vías que, con técnicas nuevas, exploraban los nuevos pintores, que andaban desentendiéndose de buena parte de esas categorías —plenitud, lógica, medida, acabamiento— que el escritor invoca. Por lo demás, esta suspicacia de Zola refuerza la que, en tanto que adalid del naturalismo, experimentaba hacia el abultamiento excesivo de la subjetividad.

Es esta última una cuestión delicada, que tiene que ver con una encrucijada fundamental del arte moderno, aquélla precisamente en la que el impresionismo actúa como bisagra entre el final de un trayecto y el comienzo de otro nuevo. Las afinidades del impresionismo con el naturalismo de corte positivista, por un lado, y con el simbolismo más o menos imbuido de psicologismo, por el otro, revelan este papel de bisagra que cumple como agente de un cambio determinante y trascendental en las relaciones que en el campo de la expresión artística mantenía el sujeto con su objeto.

Es bien conocida la frase que Zola consagró como máxima del naturalismo, tanto en las artes plásticas como en literatura: «Un fragmento de la naturaleza visto a través de un temperamento». Ahora bien, conforme a esta máxima, ¿cuál es el peso que en la representación de la naturaleza puede alcanzar el temperamento? La ambigüedad de la fórmula se volvió contra el propio Zola, que hubo de ver con desesperación cómo sus más aventajados seguidores desertaban de las filas del naturalismo estricto para adentrarse en caminos cada vez más escabrosos.

En el plano de la pintura ocurrió algo parecido. Los pintores «naturalistas» se orientaron cada vez más resueltamente hacia el impresionismo, y a partir de éste evolucionaron algunos de ellos hacia el simbolismo, todo ello sin dejar de suscribir la

máxima de Zola. Éste no previó el protagonismo creciente que el temperamento iba a reclamar en la tarea de representar la naturaleza; menos aún previó cómo iba a usurpar el papel de la naturaleza misma, en cuanto iba a terminar siendo aquello que se prefería representar.

Las consecuencias profundas de esto último se manifestarían mucho más adelante, en la encrucijada entre figuración y abstracción. Por el momento, en el período al que remite *La obra*, la batalla del arte se estaba dando todavía en el terreno de la representación y de las técnicas más adecuadas para acometerla. Y en esta batalla Zola reconoce sólo dos grandes bandos: el del arte académico y el de la pintura *au plein air*, término escogido por él como paradigma de la pintura naturalista, es decir, aquella que no sólo acierta a infundir en la representación de la naturaleza la luz y el movimiento que le son propios, sino que acierta también a representar temas nuevos, conformes a las nuevas condiciones de vida del hombre moderno.

Ahora bien, ya en 1859, en sus crónicas sobre el Salón de ese año, Charles Baudelaire hablaba de otros dos bandos bien diferenciados: el que se proclama a sí mismo como realista («palabra de doble significado cuyo sentido no está bien determinado, y que nosotros llamaremos, para mejor caracterizar su error, positivista», puntualiza el propio Baudelaire) y el que Baudelaire denomina imaginativo, constituido por quienes, en lugar de pretender representar «las cosas tal y como son», pretenderían mejor «iluminar las cosas con mi espíritu y proyectar el reflejo sobre otros espíritus».

Mucho menos perspicaz que Baudelaire, Zola ignora el potencial de futuro de este último bando. De hecho, ignora la existencia misma de este bando en cuanto tal y, como ya se ha dicho, se sitúa en ese campo de batalla donde el naturalismo —un naturalismo que Baudelaire no hubiera dudado en calificar de «positivista»— asume, frente al academicismo imperante, un papel profundamente renovador, revolucionario incluso, que sin duda cumplió.

En los escritos de Zola sobre Manet se perciben muy bien las contradicciones a que se aboca la posición en que el naturalismo pretende afianzarse. Zola aplaude en Manet el hecho de que pinte las cosas «tal como las ve». «Este hombre audaz al que ridiculizan —escribe de él en 1867—, posee una técnica bien disciplinada, y si sus obras tienen un aspecto particular, se debe únicamente a la manera en que ve y reproduce los objetos, que es completamente personal».

Ocurre sin embargo que si Zola puede manifestarse tan resueltamente partidario de la manera muy «personal» en que Manet representa los objetos, se debe a que no se cuestiona en ningún momento la permanencia de lo «objetivo» en lo «personal». Pero lo «objetivo» —ese elemento «real», que Zola considera que es «fijo» en cualquier obra— era, precisamente, lo que había entrado en crisis.

Por aquí despunta el elemento conservador que domina las ideas estéticas de Zola. Por mucho que se manifieste abierto a todas las tendencias —«acepto todas las

obras de arte de la misma manera: como manifestación del genio humano», escribe a propósito de Manet—, Zola se resiste a cuanto pone en cuestión el principio de objetividad, que es, entre otras cosas, un principio social, un pilar de la ideología burguesa.

De nuevo conviene trasladarse a Médan, al recargado despacho, forrado de marquetería, en el que Zola escribe *La obra*. El voluntarioso escritor, imbuido de una estricta moral del trabajo, frunce el entrecejo ante la rapidez con que los nuevos artistas despachan sus obras. Entre las notas de Zola relativas al libro se lee la siguiente: «Vuelvo a los impresionistas: Claude [Lantier] se rebelará contra su trabajo apresurado, el cuadro hecho en dos horas, el esbozo complaciente». Pero Claude Lantier, que comparte con Zola su convicción de que sin trabajo «no hay solidez posible», se entrega de pronto al delirio de la subjetividad y comienza a malograr la que iba a ser su obra maestra —una formidable «visión» de París, de una riqueza y de una amplitud desconocidas— a fuerza de introducir en ella un elemento distorsionante —una mujer rutilante y desnuda a bordo de una barcaza en medio del Sena—, que sólo se justifica por la búsqueda personal de un ideal casi místico, «de un simbolismo secreto» (cap. IX), que se sustrae aberrantemente de todo principio de verosimilitud.

Al referirse por vez primera a Monet en su artículo sobre «El naturalismo en el Salón» de 1880, Zola lo describe como «un pintor de la más viva originalidad que, después de diez años, se agita en el vacío, pues se ha metido en senderos transversales, en lugar de caminar derechamente como un buen burgués». Unas palabras que connotan muy bien, para los oídos actuales, el punto de vista con que Zola traza al protagonista de su novela. Por boca de su alterego, Pierre Sandoz, sentencia Zola: «La única base posible, la referencia necesaria, al margen de la cual empieza la locura, es la verdad, la naturaleza» (cap. XII). Claude Lantier no hará caso de esta máxima, y ésa será su perdición. No lo serán la ambición, tampoco la facilonería, a la que de ningún modo se entrega, todo lo contrario: será haber renunciado a la naturaleza como metro de la verdad la que lo condenará.

4

Sentado a la mesa de su suntuoso despacho de Médan, en el que escribe *La obra*, Zola, el buen burgués, el novelista que sin desviarse apenas un ápice cumple concienzudamente el ambicioso programa narrativo que él mismo se ha fijado desde

muchos años atrás, considera con acritud la deserción de sus más aventajados discípulos de las filas del naturalismo. Huysmans acaba de publicar, en 1884, *À rebours*, convirtiéndose con este libro en el apóstol de la decadencia. Desentendiéndose de las advertencias de su maestro, Maupassant deja que las sutilezas de los análisis psicológicos ganen terreno, en sus relatos y novelas, al riguroso estudio fisiológico. Y algo semejante hace, si bien con algo más de demagogia, Paul Bourget, quien desde 1883 declara que el naturalismo está moribundo.

En cuanto a sus amigos los pintores «naturalistas», a quienes en 1880 Zola considera todavía «los verdaderos obreros del siglo», dilapidan sus fuerzas en telas apresuradas y superficiales que los alejan cada vez más de conseguir esa obra maestra que ningún artista del grupo —ni siquiera Édouard Manet— ha sido capaz de producir.

Entretanto, en pintura lo mismo que en literatura, prosperan los imitadores, los usurpadores, los divulgadores de «la nueva fórmula». El Salón de 1880 ofrece a Zola la oportunidad de constatar cómo los cuadros pintados al natural predominan ya sobre los que aún siguen los viejos preceptos de la Academia. Ahora bien, la mayor parte de esos cuadros se limitan a tomar de Manet «sus destellos rubios, la justeza de su tono, su procedimiento naturalista», y no lo hacen inocentemente, sino «acomodando esta pintura al gusto del público, de manera que se han ganado a las muchedumbres que entretanto continúan abucheando a Manet».

Siempre ocurre igual, concluye Zola: los «hábiles» triunfan sobre los genuinos. Es el caso, en el mismo Salón de 1880 (recreado en el capítulo x de *La obra*), de Jules Bestien-Lepage, joven y prometedor artista que ha tomado de los impresionistas «sus tonos claros, sus simplificaciones e incluso algunos de sus reflejos, pero que lo ha hecho como corresponde a un alumno del señor Cabanel, con una habilidad extrema, y fundiendo todos los acentos en una factura equilibrada, que hace las delicias del público. Es el impresionismo corregido, edulcorado, hecho a medida del gentío».

Esto mismo es lo que hace, en *La obra*, Fagerolles, antiguo miembro de la «pandilla» que lideraba Claude Lantier. Artista bien dotado, cínico y astuto —«hábil»—, Fagerolles comprende muy pronto, frente a los cuadros de Lantier, «lo que haría falta para que aquella pintura conquistara a todos: tal vez algunas argucias, como atenuar alguna que otra cosa, arreglar el tema, suavizar la factura» (cap. v)...

Fagerolles compadece a Lantier. Éste todavía tiene esperanzas de ser comprendido. Ahora bien, ¿no es una estupidez creer en la inteligencia del público?, se pregunta Zola por boca de este personaje. La pregunta sirve para señalar el papel decisivo que tiene en *La obra* esta sospechosa entidad, el público, que en el libro termina por asumir el papel de coro que precipita la tragedia de Claude Lantier.

Hay numerosos dibujos de Honoré Daumier que permiten hacerse una idea de cómo era ese público de los Salones al que Zola dedica atención tan especial y que le

inspira algunas de sus mejores páginas como crítico de arte. Ciertos pasajes de *La obra* parecen el correlato literario de esas caricaturas de Daumier; los inspiran las mismas caras congestionadas, «todas con la boca abierta y el rictus idiota del ignorante que opina sobre pintura, revelando con ello su redomada necedad, reflexiones estrafalarias, burlas estúpidas y malvadas que el ver una obra original puede provocar en la imbecilidad burguesa» (cap. v).

Pese a la violencia de estas palabras, importa puntualizar que, a diferencia de Daumier, Zola nunca emplea con el público ademanes satíricos. Por el contrario, los insultos que le prodiga, el desdén e incluso la condescendencia que a veces parece dedicarle, están avivados por una pasión pedagógica («hay que educar al público», se lee en el cap. v), por un sincero afán de contribuir a la instrucción de un ente cuya peligrosa manipulabilidad acierta Zola a percibir muy precozmente.

Lo cierto es que el París del Segundo Imperio —así lo supo ver mejor que nadie Walter Benjamin— sirvió de inmejorable campo de pruebas para muchos fenómenos cuya importancia sólo había de apreciarse décadas más tarde, durante la expansión del capitalismo y de la cultura de masas. En los veinte años que duró su mandato, Napoleón III impulsó una cultura de Estado con parámetros ya plenamente modernos, y adquirió el importante rango que aún conserva eso que ha dado en llamarse «política cultural».

La más fastuosa manifestación de este nuevo proceder la constituye la Exposición Universal de 1855, con motivo de la cual se levantó en París el Palacio de la Industria, un inmenso edificio —hoy desaparecido— construido enteramente de hierro y de cristal, conforme a la más novedosa ingeniería del momento. Este mismo edificio había de servir en el futuro para dar cabida al gran acontecimiento del año en materia de artes plásticas: las exposiciones anuales de la Academia de Bellas Artes, veterana institución que Napoleón III había puesto al servicio de su mayor gloria a través del plenipotenciario conde Nieuwerkerke, nombrado superintendente de Bellas Artes y presidente del jurado que, cada año, decidía las obras que iban a ser expuestas en el Salón (como era llamada la exposición anual de la Academia).

A través de la Academia, el Emperador consagró el gusto nostálgico del neoclasicismo —estilo asociado históricamente a la gloria napoleónica— y lo convirtió en patrón del gusto burgués. Contaba para ello con el concurso de una tupida red de gremios y talleres, de artesanos y artistas de toda especie a los que, además de distinciones, la Academia proporcionaba sustanciosos encargos mediante los cuales abastecer las insaciables demandas de un gobierno obsesionado con investirse de legitimidad y de crédito.

Conviene considerar bajo este punto de vista la importancia creciente que durante el Segundo Imperio adquieren los Salones, en los que se expone, de año en año, un número cada vez mayor de obras, y a los que concurren decenas de miles de visitantes. Los Salones son la única plataforma de visibilidad —y no sólo de reconocimiento— de que disponen por aquel tiempo los artistas, y por lo mismo son

la única vía mediante la que la mayoría de ellos pueden aspirar a vivir de su propio arte.

Es en este contexto en el que cobra toda su significación el famoso Salón de los Rechazados celebrado en 1863, que en el capítulo v de *La obra* es objeto de una vívida descripción, hecha con documentación de primera mano. Las circunstancias en que se celebró este Salón de los Rechazados son bien conocidas. Aquel año, el jurado que seleccionaba las obras presentadas para ser exhibidas en el Salón se mostró especialmente severo: más de dos mil pinturas y cerca de mil esculturas fueron rechazadas, y el clamor de sus autores no pudo menos que dejarse oír. Tanto ruido hicieron con sus protestas los artistas despechados, que el Emperador, necesitado en aquellos días de una inyección de popularidad, decidió tomar cartas en el asunto. Pocos días antes de la apertura oficial del Salón, quiso él mismo echar un vistazo a las telas rechazadas. Apenas había alcanzado a ver unas cuantas cuando, impaciente, resolvió ceder la palabra al público: las obras rechazadas se expondrían en un espacio aparte, en el mismo Palacio de la Industria.

La medida, aceptada con desagrado por la Academia, levantó una enorme expectación. El público acudió en tropel al que enseguida fue bautizado como Salón de los Rechazados, que en su primer día recibió más de siete mil visitas, superando las del Salón oficial. Hombres y mujeres acudían allí movidos por la curiosidad, pero esa curiosidad nada tenía que ver con un interés real por las obras expuestas —prejuzgadas ya por el anatema del jurado—, sino por un deseo morboso de reírse de ellas y burlarse de sus autores. Así ocurrió, de forma especialmente sangrante, con *Le déjeuner sur l'herbe*, de Édouard Manet, que escandalizó a la emperatriz Eugenia y de la que el Emperador mismo dijo, indignado, que constituía un ultraje al pudor. Como ya se ha dicho, Zola se sirvió de esta tela como modelo para *Plein air*, el cuadro que, en *La obra*, Claude Lantier presenta al Salón de los Rechazados. Las crueles reacciones que tiene el público frente a éste reflejan muy verosímilmente las que mostró frente a la tela de Manet.

5

El Salón de los Rechazados ilustra muy tempranamente los peligros asociados a cualquier intento de democratización del criterio estético. Así ocurre en un tiempo en que los conceptos de arte y democracia apenas comienzan a conjugarse, siempre en un campo, por lo demás, minado de equívocos y de ambigüedades. Resulta difícil dar

con un episodio en el que se revele tan acusadamente el carácter reaccionario, y no sólo conservador, que por lo general suele mostrar el público en materia de gusto artístico. Algo que Zola relaciona con la resistencia defensiva que el público —«un niño grande, sin ninguna convicción propia»— ofrece a todo asomo de auténtica originalidad.

Las objeciones de la Academia a la celebración del Salón de los Rechazados tenían fundamento. Conceder al público la facultad de juzgar por sí mismo las obras no admitidas por el jurado comportaba, en el fondo, un cuestionamiento de la autoridad de éste, aun cuando sus dictados quedasen por esta vez refrendados. Se abría por ahí una brecha que no iba a tardar en ensancharse. Pues, imbuido de su propia facultad enjuiciadora en materia estética, difícilmente iba a consentir el público subrogarla de nuevo. Ahora bien, dado que carecía de un criterio propio, habría de tomarlo de quien más oportunamente se lo procurara. Y en este punto competían con ventaja sobre la Academia dos «intrusos», en las relaciones entre el artista y su público, cuyo ascendiente imparable iba muy pronto a relegar a aquélla a un segundo plano: los periodistas y los especuladores del emergente mercado internacional de arte.

Estas dos tipologías de intermediarios, relativamente nuevas, están representadas en *La obra* por dos personajes paradigmáticos: Jory y Naudet. La severa caracterización que hace Zola de uno y otro indica su radical suspicacia hacia el papel que desempeñan como agentes del gusto público, hacia los efectos distorsionadores que su intervención tiene en el panorama general del arte.

Al comienzo de la novela, Jory escribe artículos en un pequeño periódico en el que arma mucho ruido y desde el cual emprende una provocadora campaña contra el jurado del Salón. Cabría pensar que el joven y combativo Zola de la década de 1860 se halla detrás de este personaje si no fuera por la ausencia de escrúpulos que demuestra y por su instintiva adoración del éxito. Conforme pasa el tiempo, Jory se revela como «el articulista chapucero que ha acabado explotando la tontería pública» (cap. XI), en palabras de Claude Lantier. Imbuido de la característica «rapacidad burguesa», alcanza a «dictar leyes» y termina por asumir «la dirección de una gran revista de arte» en la que, además de ganar mucho dinero, cuenta con «un oscuro trapicheo en la venta de colecciones» (cap. X).

Esto último señala a Jory como aliado inevitable de Naudet, representante de una nueva especie de marchante que «desde hacía algunos años, revolucionaba la pintura» (cap. VII). A diferencia del viejo Malgras, presentado al comienzo de *La obra* como un tunante «que tenía gusto y olfato para la buena pintura» y que se contenta «con un beneficio de buen hombre, el veinte por ciento, o el treinta como mucho» (cap. II), Naudet es «un especulador, un bolsista, a quien le traía sin cuidado la buena pintura. Lo único que aportaba era el olfato del éxito, adivinaba al artista que había que dar a conocer, no al que prometía el genio discutido de un gran pintor, sino aquél cuyo talento falaz, hinchado de falsas osadías, iba a dar beneficios en el

mercado burgués. Y así desequilibraba el mercado...» (cap. VII). Como le dice al propio Naudet el veterano Bongrand: «... su manera de explotar la pintura nos traerá una generación de pintores poco serios, además de hombres de negocios deshonestos» (cap. VII).

A esta ruda visión que Zola ofrece de los nuevos marchantes se le ha objetado que ignore el papel decisivo que éstos desempeñaron en el triunfo final de las nuevas tendencias. En efecto: la etapa heroica del impresionismo y, más generalmente, del arte moderno, está ligada al entusiasmo, a la solidaridad, a la intuición, a la capacidad de riesgo y a la visión de futuro de un puñado de marchantes hoy legendarios. Igualmente, en la reorientación del gusto público tuvieron un papel decisivo algunos críticos especialmente atentos y receptivos que, como el propio Zola, supieron reconocer la originalidad de los artistas más innovadores y sirvieron los argumentos que permitirían aceptarlos y comprenderlos. Zola no podía ser completamente ciego a esto. Más sentido tiene atribuirle una especial susceptibilidad hacia los aspectos negativos que sin duda estaban trayendo las nuevas reglas de juego. En la medida en que esos aspectos negativos se han constituido entretanto en lacras indelebles del campo artístico, hay que admitir que a Zola no le faltaba razón.

En cualquier caso, es desde el punto de vista de su visceral rechazo a que el arte quede sometido a la jurisdicción del mercado como debe comprenderse el apego que Zola muestra a la institución del Salón. Un apego que subyace a las insistentes críticas que dedica a su funcionamiento y a los balances tan negativos que hace de las obras finalmente mostradas.

«Esta cuestión de la aceptación en el Salón recorre todo mi libro», se lee en las notas preparatorias de *La obra*. Y, en efecto, toda la actividad artística de Claude Lantier, lo mismo que la de sus compañeros, tiene por horizonte el Salón y la posibilidad de ser admitidos en él. La novela ilustra muy bien cómo eran las deliberaciones del jurado, cómo el público que concurría a las exposiciones, y las condiciones en que eran distribuidas las telas en las diferentes salas, siempre abarrotadas, razón por la que el destino de muchos cuadros quedaba condenado debido a su difícil visibilidad, como ocurre con el único que llega a exponer Lantier.

Éste nunca deja de intentar que lo acepten en el Salón, como nunca dejó de intentarlo —pese a los reiterados rechazos de que fue víctima— Paul Cézanne. «Había que presentar siempre alguna cosa al jurado, aunque sólo fuera para poner en evidencia su criterio erróneo», se dice en la novela, y ello en cuanto, al margen de todas sus deficiencias, se reconoce «la utilidad del Salón, el único campo de batalla donde un artista podía revelarse de golpe» (cap. VIII).

Las cosas no iban a tardar en cambiar, en el sentido que ya se ha apuntado poco antes; pero en el momento que Zola escribe *La obra*, y más aún en el período que la novela reconstruye muy libremente, el Salón es, en efecto —lo fue para artistas como Manet, como Pissarro, como Renoir—, «el único campo de batalla» en que se jugaba realmente la fortuna de un artista frente al público. De ahí que, lejos de proponer su

abolición, los sectores más progresistas, a los que Zola representa, clamen únicamente por la profunda reforma del Salón, y propongan toda suerte de medidas que aseguren el acceso al mismo del mayor número posible de artistas, en condiciones de la mayor ecuanimidad posible.

En el caso de Zola (cuyo primer artículo sobre arte está dedicado, precisamente, a la memoria de un pintor que se acababa de suicidar tras conocer el rechazo de su obra por parte del jurado del Salón), actúa siempre la convicción de que corresponde al Estado la función de administrar —y garantizar— las relaciones del artista con el público, que de otro modo quedarían sujetas —como en definitiva ocurrió— a las salvajes fluctuaciones del mercado. Ya en 1867, en el ensayo que dedica a Manet, invoca Zola la tutela del Estado como única vía para preservar el aspecto integrador que hasta hace muy poco había tenido el arte. Se queja Zola de que «nadie guía a la multitud, así que ¿qué pretendéis que haga en medio del bullicio de las opiniones contemporáneas? El arte, por así decirlo, se ha fragmentado: el gran reino, al disgregarse, ha formado una cantidad de pequeñas repúblicas. Cada artista trata de atraer a la multitud por su cuenta, halagándola, procurándole juguetes de su gusto, dorados y con adornos rosas. El arte se ha convertido así en una enorme confitería, donde hay bombones para todos los gustos».

Ya mucho antes, a la altura de 1830, Balzac se lamentaba de que el Salón se había convertido en un bazar. Zola —que en 1872 propone la convocatoria por parte del Estado de un Salón permanente, sin distinciones jerárquicas— ve en el Salón el único instrumento disponible para que la del bazar no sea la atmósfera exclusiva en que prospere el arte. Su defensa del Salón tiene, una vez más, un fundamento moral. Tiene que ver con su concepción casi sagrada del arte y su consecuente desconfianza hacia las impurezas y las distorsiones del mercado. Mueve a Zola un puritanismo esencial en relación a cuanto tiene que ver con el terreno artístico. Cuando, en 1866, augura la gran cotización que en el futuro alcanzarán las obras de Manet, se jacta públicamente de no especular con ello. Sus actitudes, por lo demás, están emparentadas con el talante ascético, reacio a toda venalidad, que caracterizó a los pintores del grupo de Barbizon y a muchos de sus herederos, entre los cuales cabe incluir a Claude Lantier.

Esto último no desdice la visión muy materialista que Zola tiene de las condiciones en que los artistas trabajan. La cuestión de «cómo ganarse el pan» está muy presente a lo largo de *La obra*. El lector conoce bien, en todo momento, cuáles son los ingresos de Claude Lantier, que malvive gracias a una pequeña renta y que, llegado el caso, se ayuda con las ventas ocasionales, o que, ya en sus peores momentos, llega a pintar retratos, figuras de santos o «cuadritos de flores para Inglaterra» (cap. XI). Lantier prueba suerte también en una de las exposiciones independientes que, como las de los impresionistas, organizaban algunos artistas para darse a conocer, pero en esa ocasión el público vuelve a mofarse «de aquellos cuadros de colores variopintos de todos los tonos del arcoiris» (cap. IX). Lantier se

queja de no ser rico para pintar su obra en las condiciones adecuadas, y es la miseria lo que, en última instancia, termina por «rematarlo».

La ruina material es, en efecto, la última estación de un vía crucis que ha conocido previamente la ruina de todos los ideales de una juventud prometedor y aguerrida. Un pesimismo transido de una intensa nostalgia del pasado acaba siendo la nota dominante de *La obra*. Resulta conmovedor, a este respecto, el dibujo que en la primera parte de la novela se ofrece de «la cuadrilla» (cap. III) de jóvenes amigos paseando por las calles de París, llenos de ideales, de «esperanzas compartidas», plenamente confiados en la victoria (cap. III). En el Salón de los Rechazados se respira «un aire a batalla, pero una batalla alegre, librada con inspiración» (cap. V). Pese a las burlas de las que se hace objeto su cuadro, Lantier, «en medio del desastre de sus ilusiones, del vivo dolor de su orgullo, sintió que toda aquella pintura tan alegremente provocadora, que desafiaba la vieja rutina con desordenada pasión, le comunicaba un aliento de valentía, una bocanada de juventud y de infancia» (cap. V).

Diez años después nada queda de todo eso. Lantier y sus viejos amigos se evitan unos a otros y no se reconocen, se han vuelto incómodos los unos para los otros. «La vida había separado sus caminos, y aparecían las profundas divergencias, no les quedaba ya en la garganta más que la amargura de su antiguo sueño entusiasta, esa esperanza de lucha y de victoria uno al lado del otro, que no hacía ahora sino intensificar su rencor» (cap. XI).

En el Salón oficial en el que por fin ha conseguido exhibir una de sus telas, Claude Lantier, sumido en su propio fracaso, mira hacia atrás y exclama: «¡Tantas esperanzas, tantos tormentos, toda una vida gastada en la dura labor de la gestación, y eso, eso, Dios mío!» (cap. X). Su lamento recuerda al que el propio Zola entona años después, en 1896, en una crónica escrita con motivo de haber visitado los dos Salones celebrados aquel año: «Reacciono y me estremezco. ¡Pero cómo! ¿Es por esto por lo que me batí? ¿Es por esta pintura clara, por esas manchas, por esos reflejos, por esta descomposición de la luz? ¡Señor! ¿Estaba yo loco? Todo esto es muy feo y me espanta. ¡Ah, vanidad de las discusiones, inutilidad de las fórmulas y de las escuelas!».

6

Cuanto se acaba de decir sugiere un cierto paralelismo, ya señalado al comienzo,

entre *La obra* de Zola y *Las ilusiones perdidas* de Balzac. Pero no es ésta, sino otra novela del mismo Balzac, la que más suele recordarse a propósito de *La obra: La obra maestra desconocida*. Esta *nouvelle* —que se contaba entre las lecturas favoritas de Cézanne—, publicada por vez primera en 1831, tiene por protagonista a un viejo maestro pintor de finales del siglo xvi que, tras enloquecer buscando la perfección de un retrato, termina por suicidarse.

La obra maestra desconocida incide en el mito del genio malogrado, atrapado por su propia sed de absoluto. Un mito de estirpe romántica al que Zola se muestra particularmente sensible. No hay que extrañarse demasiado, sin embargo: Zola, como antes Flaubert, no cesa de reprimir al escritor romántico que lleva dentro. En *La obra*, Claude Lantier dice que «todos bebemos en la salsa romántica», y se queja de que «nuestra juventud ha chapoteado demasiado en ella». Su amigo Pierre Sandoz, al escucharlo, se lamenta, a su vez, «de haber nacido en la confluencia de Hugo y de Balzac» (cap. II).

De hecho, *La obra* admite ser leída como un ajuste de cuentas de Zola con sus propias pulsiones románticas; un ajuste no exento de melancolía. De Claude Lantier se dice en las notas preparatorias de la novela que «es un romántico en el fondo, un constructor; de ahí su lucha: quiere apretar en un abrazo la naturaleza que se le escapa». Y en el magnífico diálogo que al final de la novela sostienen el viejo Bongrand (personaje parcialmente inspirado en Gustave Flaubert) y Sandoz (el álgter ego del propio Zola), éste declara: «Sí, nuestra generación ha estado imbuida de romanticismo hasta el cuello e imbuidos nos hemos quedado a pesar de todo, y por más que hemos querido desembarazarnos de él, tomar baños de cruda realidad, la mancha persiste, y todas las coladas del mundo no lograrían quitar su olor» (cap. XII).

Lo cierto es que toda la producción tanto narrativa como crítica de Zola se halla atravesada por una difusa acepción del concepto romántico de «genio». La palabra aflora por doquier en la pluma del escritor. En sus escritos sobre arte, Zola opone con frecuencia el «genio» a la «habilidad», categoría ésta que suscita todos sus recelos. Pero el genio nunca termina de ser definido, y cuando Zola se ocupa explícitamente de él no hace más que incurrir en vaguedades.

La tragedia de Claude Lantier es la del genio abortado. La novela no se ocupa tanto de indagar en la naturaleza misma del genio como en las razones por las que no alcanza a desarrollarse adecuadamente. Ésta es la preocupación fundamental de Zola a la hora de trazar su personaje, presentado como «un gran pintor, admirablemente dotado, si bien trabado por una repentina e inexplicable impotencia» (cap. II). Claude Lantier sufre profundamente «por no poder darlo todo de sí mismo en la obra maestra que su genio era incapaz de alumbrar» (cap. VIII). Lo que lo tortura, y lo que termina con él, es su incapacidad para «ser el genio de la nueva forma de expresión que había aportado» (cap. X).

Esta preocupación de Zola por la impotencia del genio es la que lo determinó a escribir *La obra* mucho antes de que al plan de la novela se añadiesen otros

propósitos subalternos. Conviene puntualizar aquí que ese plan original de la novela remite a una fecha muy temprana, bastante anterior al distanciamiento de Cézanne y del grupo impresionista. Remonta, de hecho, al año 1868, en que Zola concibe toda una serie de novelas consagradas a los diferentes aspectos de la sociedad contemporánea. En un primer esbozo de su proyecto, Zola ya prevé una novela que sea «un cuadro de la fiebre de arte de la época». La novela habría de discurrir en torno a «un temperamento de artista en nuestra época» y presentar «el drama terrible de una inteligencia que se devora a sí misma».

En el árbol genealógico que Zola traza de los Rougon-Macquart, la familia que protagoniza su gran serie novelística, Claude Lantier, «nacido en 1842», aparece marcado de antemano por la «herencia de un nerviosismo orientado al genio». Esta marca del genio será consustancial a la concepción del personaje, que ya hace una primera aparición en *El vientre de París*, de 1873. Allí, un jovencísimo Claude Lantier se lamenta ya de no haber llegado a realizar un cuadro colosal —una joven pareja amándose en medio del Mercado Central de París— en el que inútilmente invirtió dos años de esfuerzos.

En 1882, en un libro dedicado a Zola, su amigo Paul Alexis cuenta del escritor que está ocupado en un libro en el que se propone estudiar «la espantosa psicología de la impotencia artística» a partir de un artista de genio, «soñador sublime paralizado en su producción por una vena de locura». Alrededor de este personaje, escribe Alexis, «gravitarán otros artistas, pintores, escultores, músicos, hombres de letras, toda una banda de jóvenes ambiciosos llegados igualmente a conquistar París: los unos fracasando en el intento, otros triunfando más o menos, pero todos tocados por la enfermedad del arte, representativos de las variedades del gran nerviosismo actual».

En sus notas de trabajo, Zola evoca las periódicas decaídas de su amigo Paul Cézanne, tentado siempre por «un deseo de abandonarlo todo». Ello le mueve a preguntarse qué impide a su personaje (al que poco más adelante define como «el genio incompleto, sin la realización entera») sentirse satisfecho. Y se responde: «él mismo, sobre todo, su psicología, su raza»; pero, al lado de eso, estaría la gran maldición de «nuestro moderno arte»: esa «fiebre de quererlo todo, nuestra impaciencia por sacudir las tradiciones, nuestro desequilibrio, en una palabra».

Pese al énfasis que no deja de poner en el factor hereditario, Zola parece atribuir a la época la principal responsabilidad de que el genio de Lantier no llegue a fructificar. En la ya mencionada conversación entre Bongrand y Sandoz con que la novela concluye, el primero exclama: «¡Ah, sí, el aire de la época es malsano, este fin de siglo atestado de demoliciones, de monumentos derruidos, de terrenos roturados cien veces, que exhalan todos un hedor a muerte! ¿Cómo sentirse bien en él? Se pierden los nervios y se origina una neurosis general, y el arte se ve afectado: es el desorden, la anarquía, la locura de la personalidad acorralada...» (cap. XII).

¿Es la época misma, entonces, la que impide que el genio prospere? Pero,

entonces, ¿cómo se explican las insistentes invocaciones de Zola, tanto en *La obra* como en sus escritos sobre arte, al artista de genio capaz de lograr la obra maestra que rinda las voluntades de todos sus contemporáneos?

Zola siente por todos lados el clamor de quienes «esperaban al hombre de genio que hacía falta, aquel que encarnaría la nueva forma de expresión en obras maestras». El mismo Claude Lantier no deja de pensarlo, al poco de regresar a París: «¡Le parecía tan bueno el momento para el éxito de un artista con agallas! [...] ¡Y qué golpe, si, en medio de aquellas copias inconscientes de los impotentes, de aquellas tentativas perezosas y solapadas de los hábiles, se revelara un maestro que hiciera realidad la nueva forma de expresión con la audacia de la fuerza, sin miramiento alguno, tal como había que plantearla, sólida y completa, para que fuese la verdad de aquel fin de siglo!» (cap. VIII).

¿Piensa Zola, entonces, que el maleficio de la época puede romperse por la sola voluntad de un solo hombre «con agallas»? Así parece cuando, en un temprano artículo de 1865, pone por modelo a «los Miguel Ángel, los Tiziano, los Veronés, los Delacroix, hombres que se permiten tener genio sin consultar a la humanidad, que tienen la audacia de pensar por ellos mismos y no por sus contemporáneos». ¿Se trata de una reminiscencia de su romanticismo original? Pero no: treinta años más tarde, en 1896, Zola asegura que «decididamente, sólo cuentan los creadores que triunfan, los hacedores de hombres, el genio que engendra, capaz de insuflar la vida y la verdad». Lo dice luego de constatar con amargura que «ningún gran pintor nuevo se ha revelado», un reproche que alcanza a todos sus viejos compañeros, incluido Manet.

Ninguno de ellos resultó ser el esperado hombre de genio. ¿Podía llegar a serlo, sin embargo? ¿No es Zola quien propone que se deje de lado al «títere metafísico» y se atienda por fin «al hombre fisiológico, determinado por el ambiente»? ¿No es el propio Zola quien, a las impaciencias del genio, a los excesos de su ambición, opone la humildad tenaz del productor, del trabajador concienzudo y perseverante?

Sin acertar a resolverlas, *La obra* dramatiza estas contradicciones, y profundiza muy elocuentemente en ellas. Para ello, Zola mismo se desdobra en dos personajes. En uno de ellos se lo reconoce fácilmente: es, como ya se ha dicho, Pierre Sandoz, el novelista. Pero Zola se esconde, asimismo, más subrepticamente, en Claude Lantier, a quien presta muchos elementos arrancados de sí mismo. Ni Cézanne ni Manet ni ninguna otra de las personalidades que han solido señalarse alimenta tan profundamente la personalidad de Lantier; es su propia experiencia íntima como creador la que sirve a Zola de modelo para construir a su protagonista por dentro. Así de claro lo expresa en una de las notas preparatorias de la novela:

Con Claude Lantier quiero pintar la lucha del artista contra la naturaleza, el esfuerzo de creación en la obra de arte, esfuerzo de sangre y de lágrimas para dar su carne, insuflar vida; siempre en batalla con lo verdadero, y siempre vencido, la lucha contra el ángel. En una palabra, contaré allí mi vida íntima de producción,

ese perpetuo parto tan doloroso; pero agrandaré el tema mediante el drama, por Claude, que no se contenta nunca, que se exaspera por no poder acomodar su genio, y que al final se mata frente a su obra inacabada. No será un impotente, sino un creador de ambición excesiva, que quiere meter a la naturaleza entera en una tela y que muere a consecuencia de ello.

En la misma nota, Zola define el papel más visible que él mismo se reserva en este drama:

Fatalmente, yo permanezco inmóvil. Sólo apporto ideas, mis ideas literarias. Combatido por la crítica, pero produciendo de todos modos, sin la lógica de Claude, que se mata. Sabiendo que la obra es imperfecta, pero sometiéndome a ella, con gran tristeza. Siempre por delante de él, con breves alegrías, continuas angustias. Lanzando las obras, llegando hasta el final, sin detenerse, sin mirar atrás, no pudiendo releerse. Toda mi confesión. Un eco práctico y resignado de Claude. Un escritor, para variar.

En otro lugar, Zola abunda en los paralelismos entre Lantier y Sandoz, a quienes describe como «dos jóvenes productores, con el estremecimiento de su futuro, ante el momento artístico y literario». De Sandoz, sin embargo, puntualiza que es un trabajador, «de temperamento semejante» al de Lantier «pero menos absoluto».

Es precisamente la sed de absoluto lo que establece la diferencia fundamental entre Lantier y Sandoz. No se trata propiamente de un problema de ambición, pues ambos la tienen, y en proporciones semejantes. Como Lantier, también Sandoz sueña con «consagrar toda la existencia a una sola obra en la que intentásemos meter todas las cosas» (cap. II). La visión que Lantier tiene de la que ha de ser su obra maestra no es más amplia que la que alienta el proyecto de Sandoz de escribir toda una serie de libros que contengan —a la manera de *Los Rougon-Macquart*— «una Humanidad en miniatura, la manera cómo se desarrolla y comporta la Humanidad» (cap. VI). Sólo que Sandoz, a diferencia de Lantier, se resigna de entrada al desajuste entre sus propósitos y sus logros; acierta a pactar con sus propios límites, confiándose, como ya se ha visto que hace Zola, a la ética del trabajo.

«Ah, sí, trabajo, saco adelante mis libros hasta la última página...», le dice Sandoz a su amigo Lantier. «¡Pero si tú supieras! ¡Si te contara en qué estados de desesperación, en medio de qué tormentos! [...] ¡Trabajo, eh, sin duda, trabajo! ¡Para mí trabajar es vivir, porque he nacido para eso; pero no por ello estoy más contento, nunca estoy satisfecho, y siempre me espera al final el gran batacazo!» (cap. VI).

Pero ¿es que acaso Lantier no trabaja también, tanto o más que Sandoz? Por supuesto que sí; sin duda no es éste el problema, al menos por lo que a él toca. El problema está en aceptar que uno engendra «hijos lisiados». Es Bongrand quien, en su conversación final con Sandoz emplea esta expresión, que a esas alturas de la

novela se carga de una terrible fuerza simbólica, dada la tragedia sufrida por Lantier con su propio hijo. En cuanto a Sandoz, responde: «Sí, realmente hay que abandonar todo orgullo, resignarse al si es no es y trampear con la vida... Yo, que me desvivo por llevar a buen fin mis libros, me desprecio por sentirlos inacabados y falsos, a pesar de mi esfuerzo» (cap. XII). Lo cual no le impide cosechar el éxito a que finalmente lo conduce su determinación de seguir trabajando «con obstinada y asidua dedicación», siempre «hacia la meta que se había trazado, sin dejarse vencer por nada, obstáculos, injurias, fatigas» (cap. XI).

Por aquí asoma una jactancia que va más allá del paralelismo entre los destinos concretos de Lantier y Sandoz y que se relaciona con el concepto que Zola se forja de su propio oficio. La crisis en que la época habría sumido al Arte, con mayúsculas, se mostraría en el arte de la pintura con especial ejemplaridad. Frente a éste, frente al de la pintura, sería el arte de la novela el que habría asumido más resueltamente la representación del mundo moderno, con todos sus conflictos, con todas sus tensiones. El arte de la novela naturalista, concretamente. Así lo proclama Sandoz en un momento de exaltación en el que, después de cantar las glorias de la nueva «fórmula», le grita a Claude Lantier: «¡Sí, ya verás, ya verás la literatura que va a florecer en el próximo siglo de ciencia y democracia!» (cap. VI).

En sus recuerdos sobre los pintores impresionistas, con los que se codeó, el crítico y novelista George Moore trae una anécdota muy significativa que tuvo lugar durante una cena de homenaje a Zola, con motivo precisamente de la publicación de *La obra*. Hacia el final de la velada, cuando sólo quedaban los íntimos, a madame Charpentier, la anfitriona, se le ocurrió comparar a Claude Lantier con Manet, ponderando el talento muy superior de éste. Zola salió en defensa de su personaje, diciendo que le había atribuido cualidades infinitamente mayores de las que la naturaleza había provisto a Manet. La asistencia calló, consternada. Eran todos grandes admiradores de Manet. Pero a Zola no lo animaba, según Moore, ningún propósito denigratorio. «Simplemente sostenía la tesis de su libro, a saber, que ningún pintor perteneciente a la corriente moderna había alcanzado un resultado semejante al que sí habían obtenido tres o cuatro escritores de la misma corriente, inspirados por las mismas ideas y animados por el mismo esteticismo». Frente a quien sacó a colación el nombre de Degas, replicó Zola: «Yo no puedo poner a un hombre que se demora toda una vida para dibujar a una bailarina en el mismo rango de dignidad que Flaubert, Daudet o Goncourt». Una afirmación que cabe atribuir a la tirria que se tuvieron siempre Degas y Zola, pero que sirve también para iluminar los destinos tan dispares de Lantier y de Sandoz.

Se ha empezado por decir que *La obra* es una novela espléndida, más allá de sus alicientes extraliterarios. Lo es por muchos motivos, relativos en su mayor parte a la maestría con que Zola acierta a componer un cuadro de la época con un talento que, como no se ha dejado de señalar, acredita una notable sensibilidad pictórica. A este respecto, se ha llegado a calificar *La obra* de «novela impresionista», acudiendo para ello a unas declaraciones hechas por el propio Zola hacia 1899 y en las que habría dicho: «Yo no solamente defendí a los impresionistas, también los traduje en literatura, mediante los toques, notas, coloraciones [...] de muchas de mis descripciones». Estas palabras, sin embargo, deben entenderse teniendo en cuenta que, en sus orígenes, el impresionismo estaba asimilado al naturalismo, según se ha visto.

El caso es que abundan en la prosa narrativa de Zola pasajes de enorme plasticidad, y que su estilo se muestra siempre muy atento a los efectos de la luz, a las perspectivas, a los encuadres. Basta remitirse a las primeras líneas de *La obra* para constatarlo. Con todo, la lengua misma de Zola no es propiamente «colorista», al menos en el sentido en que suele emplearse este término. El arte narrativo de Zola, por lo demás, destaca por su talento formidable para estructurar el relato y, ligado a esto, su excelente dominio del tiempo narrativo.

En *La obra*, todo un juego de simetrías denota la erosión que los años producen tanto en el medio artístico de la época como entre el grupo de amigos que lidera Claude Lantier. A la minuciosa descripción del Salón de los Rechazados, en el capítulo v, corresponde, en el capítulo x, la del Salón en que reina Fagerolles, una década más tarde. Lo mismo ocurre con la primera y la última de «las cenas de los jueves» en la casa de Pierre Sandoz. Un sinfín de paralelismos acusan, en la segunda parte de la novela, el deterioro de las ilusiones y de las ardientes expectativas que destellan en la primera. El autor de *La obra* es un escritor en plena madurez, dueño de abundantes recursos, que emplea con eficacia.

El acierto principal de la novela, con todo, lo constituye la historia de amor que le sirve de trama. Y, dentro de ésta, el personaje de Christine, que, pese a su papel secundario, debe contarse entre las grandes creaciones de Zola, novelista pródigo en caracteres femeninos poderosamente trazados.

Los tópicos que pesan sobre Zola hacen que se pase por alto una de sus características más notables como escritor: la intensa sensualidad de su mirada, de la que se nutre su minucioso método de observación. Esta sensualidad lo invita a tratar la materia sexual, los asuntos eróticos, con un atrevimiento —y con una eficacia, también— que escandalizó a muchos lectores de su época y que todavía en la actualidad es motivo de sorpresa entre los lectores no avisados. No hay razones para que lo sea, sin embargo: tanto el realismo como el naturalismo plantean, llegado el

momento, la cuestión de la carnalidad. Baste pensar, por lo que a pintura toca, en las bañistas de Coubert (por no hablar de su famoso *El origen del mundo*), o, poco más adelante, en la célebre *Olympia* de Manet.

Entre las mejores páginas de *La obra* se cuentan las dedicadas a la descripción de Christine a través de los ojos de Claude Lantier. Zola acierta a traducir magistralmente la «perversión» que entraña la mirada de Lantier, y lo hace a fuerza de que el lector sienta por sí mismo la desviación a la que el aliciente estético somete esa mirada. Ocurre así desde el comienzo, cuando Claude Lantier descubre la imprevista belleza de Christine dormida: «Toda su turbación, su curiosidad carnal, su deseo contra el que había luchado desembocaban en aquel deslumbramiento de artista, en aquel entusiasmo por las bellas tonalidades y los bien articulados músculos» (cap. I).

Más adelante, cuando Lantier traslada al cuadro que está pintando el esbozo que ha hecho de la cabeza y el pecho de Christine, lo hace con una «pasión de casto por la carne femenina, un amor loco de desnudeces deseadas y nunca poseídas, una impotencia que se complacía en crear tanta de esa carne como soñaba estrechar entre sus agitados brazos» (cap. II).

La locura de Lantier se exagera en la medida en que, lentamente, se consuma la «ruptura de los lazos carnales» que lo unen a Christine, y asume para sí una «voluntaria abstinencia», una «castidad teórica», a la que se siente inclinado «para dar a la pintura toda su virilidad» (cap. XII).

El cuerpo de Christine, en otro tiempo «cubierto por todas partes de sus besos de amante», termina por ser ignorado en cuanto tal por Lantier, que sólo lo adora «como artista». Las escenas en que Christine se aviene por fin a posar desnuda alcanzan en este sentido una fuerza admirable. «Y fue a partir de entonces cuando Christine, decididamente derrotada, sintió que pesaba sobre ella toda la soberanía del arte» (cap. IX), se dice. La mujer de carne y hueso, Christine, va siendo suplantada por la Mujer Desnuda que poco a poco se ha ido adueñando del cuadro de Lantier, convertido entretanto en «el obrero de aquel símbolo del deseo insaciable, de aquella imagen extrahumana de la carne, vuelta de oro y de diamante entre sus manos, en su vano esfuerzo de crear vida con ella» (cap. XII).

En el clímax de sus desesperación, Christine le espeta a Lantier: «Escucha, está la vida... ahuyenta de ti tu pesadilla y vivamos, vivamos juntos... Tratemos de tener un poco de calor, de vivir, de querernos... No te basta que te quiera, que te adore, que acepte ser tu criada, existir únicamente para tu placer... ¡Escucha, te amo, te amo, no hay nada más que eso, es suficiente, te amo!». A lo que Lantier le replica, ofuscado: «No, no es en absoluto suficiente... No quiero irme contigo, no quiero ser feliz, quiero pintar» (cap. XII).

Emerge aquí, bajo su aspecto más sombríamente romántico, la inhumanidad del genio, el mito del artista demiurgo, empeñado en emular con su obra el trabajo de la Creación. Se trata, una vez más, del clásico enfrentamiento entre el arte y la vida,

planteados como términos opuestos de una alternativa que Zola condena de plano. Este enfrentamiento tiene en la novela su víctima sacrificial, que no es propiamente Christine. Al fin y al cabo, ésta pone su amor por Claude al mismo nivel que Claude pone su arte. Uno y otro elevan su propia pasión al absoluto. A la locura artística de Claude corresponde la locura amorosa de Christine. No, no es Christine: la víctima sacrificial del desencuentro trágico entre estas dos pasiones delirantes será el pequeño Jacques, fruto de su relación. El patetismo de este personaje mudo, de cabeza desmesuradamente grande, que se mantiene siempre relegado a un segundo plano, es estremecedor. Y lo es tanto por el abandono de que se hace objeto por parte de Claude, como por el modo en que Christine lo relega. En su locura de amor, Christine no duda por quién tomar partido: «No era más que una amante, habría dado cien veces al hijo por el esposo» (cap. VII), se dice. De este modo, Claude, «el hombre adorado, deseado», usurpa el lugar del hijo, convertido para ambos —para Christine y para Claude— en «simple testimonio de su pasión de antaño» (cap. X).

No conviene desentrañar en un prólogo los alcances que en *La obra* adquiere el personaje de Jacques, cargado de simbolismo. Su vida malograda actúa como metáfora de la obra abortada de Lantier, de cuya personalidad, por otro lado, se dice que alberga un «gran corazón de niño» (cap. XII). Ya hacia el final de la novela, esto último insinúa una perspectiva abismal sobre la época en la que los hechos discurren. El mal de la misma, parece decirse, consiste en no dar lugar a su propio crecimiento. «No somos un fin, sino una transición, un comienzo de otra cosa...», le dice Sandoz a Bongrand en el impresionante diálogo con que concluye *La obra*. Y, aunque transidas de esperanza, sus palabras están llenas también de oscuros presagios, que encuentran su más elocuente expresión en el severo diagnóstico que Sandoz hace a continuación: «Este siglo, que ya ha arrojado tanta luz, había de concluir bajo la amenaza de una nueva oleada de tinieblas. Sí, nuestro malestar nace de ahí. Demasiadas promesas, demasiadas expectativas, se ha esperado la conquista y la explicación de todo; y la impaciencia gruñe [...] el pesimismo corroe las entrañas, el misticismo nubla los cerebros; pues, por más que hayamos ahuyentado los fantasmas a fuerza de análisis deslumbrantes, lo sobrenatural ha reanudado las hostilidades, el espíritu de las leyendas se rebela y se empeña en reconquistarnos, en ese alto que hacemos por la fatiga y la angustia...» (cap. XII).

Desde la perspectiva del siglo XXI, recién comenzado, los temores de Sandoz se revelan clarividentes. En ellos retumban con graves ecos algunos atisbos de *La obra*, muy en particular los relativos a la impotencia del artista para dar expresión a un mundo que a la vez lo desborda y lo enerva. En la actualidad, cuando se conocen bien cuáles eran las amenazas que entrañaba esa «nueva oleada de tinieblas» a la que Sandoz se refiere, es posible reconocer en Claude Lantier el precursor de todo un linaje de artistas malogrados, víctimas también de «el drama terrible de una inteligencia que se devora a sí misma». Entre ellos, cabe destacar a uno que, como él, también extravía el camino de la vida, poseído como está por la angustia de la

infecundidad: es Adrian Leverkühn, el músico que protagoniza *Doctor Faustus*, de Thomas Mann. También esta novela se ocupa de reflexionar acerca de cómo el arte y la vida han perdido su equilibrio, llegando a la conclusión de que «es culpa de la época si el arte se ha paralizado y convertido en algo difícil, que se mofa de sí mismo; si todo se ha vuelto difícil y el pobre ser humano no sabe qué hacer en medio de su desamparo». En un tiempo sumido ya en las tinieblas que Sandoz sólo alcanza a ver venir, a Adrian Leverkühn le es dado hacer algo que a Claude Lantier todavía le está vedado: entregarse a aquéllas, pactar con el Diablo. A cambio de lograr la obra maestra a la que Leverkühn aspira, éste le impondrá una sola condición: «No amarás».

Claude Lantier acata por voluntad propia el mismo mandamiento, cuya sombría exigencia trasluce en la aventura utópica, aniquiladora, revolucionaria, de las inminentes vanguardias.

IGNACIO ECHEVARRÍA
2007

CRONOLOGÍA

- 1840: Émile Zola nace en París, hijo de padre italiano y madre francesa. Luis-Napoleón Bonaparte intenta su primer golpe de Estado.
- 1847: Muere en Marsella de una neumonía su padre François Zola.
- 1848: Proclamación de la Segunda República Francesa, de la que Luis-Napoleón Bonaparte es elegido presidente en sufragio universal.
- 1850: Muere Honoré de Balzac.
- 1851: Se produce el golpe de Estado del 2 de diciembre: Luis-Napoleón Bonaparte, sin derecho a un segundo mandato después de cuatro años en la presidencia, toma el poder por la fuerza. Herman Melville publica *Moby Dick*.
- 1852: Conoce a Cézanne en Aix-en-Provence, donde ambos estudian. El 2 de diciembre se proclama el Segundo Imperio Francés.
- 1857: Muere su abuela materna, Henriette Aubert. Gustave Flaubert publica *Madame Bovary*.
- 1858: Se reúne con su madre en París.
- 1859: Frecuenta a pintores en la capital francesa y visita por primera vez el Salon de París. Napoleón III invade el norte de Italia.
- 1861: Solicita la nacionalidad francesa. Al poco tiempo, Cézanne se reúne con él en París.
- 1862: Es naturalizado francés y entra como empleado en la librería Hachette, donde se convierte en jefe de publicidad dos años más tarde. Victor Hugo publica *Los miserables*.
- 1864: Debuta en el escenario de las letras francesas con la publicación de *Cuentos a Ninon*. Se funda la Primera Internacional de los trabajadores.
- 1865: Colabora en distintos periódicos, se promete con Alexandrine Meley y escribe su primera novela, *La confesión de Claude*.
- 1866: Abandona la librería Hachette para empezar a vivir de sus escritos. En poco tiempo escribe *Mis odios*, *Mon salon* y *Le vœu d'une morte*. Estalla la guerra austro-prusiana, que termina con la victoria de Prusia en la batalla de Sadowa. Fiódor Dostoievski publica *Crimen y castigo*. Pierre Athanase Larousse inicia la publicación en volúmenes del *Diccionario universal del siglo XIX*, que terminará en 1876.
- 1867: Escribe el estudio crítico y biográfico *Édouard Manet*, los primeros dos tomos de *Los misterios de Marsella* y *Thérèse Raquin*.

- 1868: Empieza a colaborar en el periódico republicano *La Tribune*. Escribe, a su vez, el tercer tomo de *Los misterios de Marsella* y *Madeleine Férat*. Se disuelve la sección francesa de la Primera Internacional.
- 1869: Inicia una campaña de presión contra el Imperio y comienza a cartearse con Gustave Flaubert. Su proyecto de la serie de Rougon-Macquart es aceptado por el editor Lacroix. Gustave Flaubert publica *La educación sentimental*. Lev Tolstói publica *Guerra y paz*. Fiódor Dostoievski publica *El idiota*.
- 1870: Se casa con Gabrielle-Alexandrine Meley. Estalla la guerra franco-prusiana y París es sitiada. Zola parte hacia Marsella y Burdeos. Napoleón III abdica y la Tercera República es proclamada el 4 de septiembre.
- 1871: Publica el primer volumen del ciclo de Rougon-Macquart, *La fortuna de los Rougon*, y regresa a París. Entre el 18 de marzo y el 28 de mayo, la capital francesa es gobernada por la Comuna de París. El ejército francés invade la ciudad bajo las órdenes de Patrice de Mac-Mahon, dando comienzo así a la «semana sangrienta», en la que murieron más de treinta mil civiles.
- 1872: Publica *La jauría*. Se inician los procesos de ejecución y de deportación de los comuneros.
- 1873: Escribe *El vientre de París* y *Thérèse Raquin* es adaptada al teatro. Mac-Mahon es elegido presidente de la República. Napoleón III muere durante su exilio en Londres.
- 1874: Publica *La conquista de Plassans* y *Nuevos cuentos a Ninon*. Se celebra la primera exposición «impresionista».
- 1875: Publica *La caída del abate Mouret*. Se produce la votación de las leyes constitucionales.
- 1876: Publica *Su excelencia Eugenio Rougon*. Los republicanos ganan las elecciones generales. Se disuelve la Primera Internacional.
- 1877: Consigue gran popularidad con la publicación de *La taberna*. Se funda la «escuela naturalista», de la que Zola es nombrado líder. Lev Tolstói publica *Ana Karenina*.
- 1878: Publica la novela *Una página de amor* y un controvertido ensayo sobre los novelistas contemporáneos en *Le Figaro*. Se celebra la Exposición Universal en París.
- 1879: Mac-Mahon dimite de su cargo como presidente de la República, y Jules Grévy es elegido como su sucesor.
- 1880: Publica *Nana*, *Las veladas de Médan* y *La novela experimental*. Ese mismo año, mueren su madre y su amigo Gustave Flaubert. Se concede la amnistía a

los comuneros y el 14 de julio es proclamado día de fiesta nacional. Fiódor Dostoievski escribe *Los hermanos Karamázov*.

- 1881: Publica *El naturalismo en el teatro, Nos auteurs dramatiques, Les romanciers naturalistes* y *Documents littéraires*. Las libertades de reunión y de prensa pasan a ser amparadas por la legalidad francesa. Se publica *Bouvard y Pécuchet*, obra póstuma de Gustave Flaubert. Henry James publica *Retrato de una dama*.
- 1882: Publica *Une campagne (1880-1881), Pot-Bouille* y *Le capitane Burle*. Se prohíbe la presencia de todo signo religioso en las escuelas.
- 1883: Escribe *El paraíso de las damas* y *Nais Micoulin*. Se da inicio a la conquista francesa de Indochina.
- 1884: Escribe *La alegría de vivir*. Mark Twain publica *Las aventuras de Huckleberry Finn*.
- 1885: Escribe *Germinal*, cuya adaptación teatral es rechazada por la censura. Guy de Maupassant publica *Bel-Ami*. Muere Victor Hugo.
- 1886: Escribe *La obra*, cuyo contenido provoca la decepción de su amigo Cézanne.
- 1887: La publicación de *La tierra* da lugar al *Manifiesto de los cinco*, en el cual jóvenes autores critican duramente la novela de Zola, a la que tildan de «pornográfica». Sir Arthur Conan Doyle publica *Estudio en escarlata*.
- 1888: Escribe *El sueño* y es nombrado caballero de la Legión de Honor.
- 1889: Nace Denise, hija de Zola y su amante Jeanne Rozerot. Se funda la Segunda Internacional. Se celebra la Exposición Universal en París, para la que se erige la torre Eiffel.
- 1890: Publica *La bestia humana*.
- 1891: Publica *El dinero* y celebra de nuevo la paternidad con el nacimiento de Jacques, segundo hijo de la relación con su amante Jeanne Rozerot.
- 1892: Publica *El desastre*. Se da inicio a las huelgas de los mineros de Carmaux.
- 1893: Pone fin al ciclo de Rougon-Macquart con *El doctor Pascal* y es nombrado oficial de la Legión de Honor. Muere Guy de Maupassant, al que Zola rinde homenaje en su funeral.
- 1894: Publica *Lourdes*, primer volumen de la serie *Las tres ciudades*. Las autoridades arrestan al por entonces capitán del ejército francés Alfred Dreyfus, de origen judío-alsaciano, por espionaje y alta traición.
- 1895: Dreyfus es desterrado por consejo de guerra a la isla del Diablo, en la Guayana Francesa. Félix Faure es nombrado presidente de la República. Se funda la

Confederación Nacional del Trabajo de Francia. Por vez primera se proyecta una grabación cinematográfica.

1896: Publica *Roma*, segundo volumen de la serie Las tres ciudades.

1897: Publica *Nouvelle campagne (1896)* y su *Carta a la juventud* exhorta a los estudiantes a rehuir el odio contra los judíos. Bram Stoker escribe *Drácula*.

1898: Escribe *París*, último volumen de la serie Las tres ciudades, y publica su carta abierta *J'accuse* («Yo acuso») al presidente de la República como denuncia a las injusticias cometidas contra el capitán Dreyfus. Al poco tiempo, abandona Francia rumbo a Inglaterra para escapar a la condena de un año de prisión a la que estaba expuesto.

1899: En el segundo procesamiento del caso Dreyfus, el capitán del ejército francés es indultado de su condena. Poco después, Zola vuelve a Francia y publica *Fecundidad*, primera parte de la inconclusa serie Los cuatro evangelios. Émile Loubet es nombrado presidente de la República.

1900: Escribe tres artículos para responder a los artículos difamatorios publicados contra él durante el caso Dreyfus.

1901: Publica *Trabajo*, segunda parte de la inconclusa serie Los cuatro evangelios.

1902: Es encontrado sin vida en su apartamento de París, asfixiado por causa de una obstrucción en la chimenea.

1903: *Vérité*, tercera parte de la inconclusa serie Los cuatro evangelios, escrita durante el caso Dreyfus, se publicó a título póstumo.

1906: Alfred Dreyfus es exonerado y condecorado como caballero de la Legión de Honor.

1908: Las cenizas de Émile Zola son trasladadas del cementerio de Montmartre al Panteón de París.

La obra

I

Claude pasaba por delante del Ayuntamiento, y daban las dos en el reloj, cuando estalló la tormenta. Había perdido la noción del tiempo mientras vagabundeaba por Les Halles, durante aquella noche abrasadora de julio, como el buen artista que gusta de pasear ociosamente, enamorado del París nocturno. De pronto se puso a llover a cántaros y echó a correr, a trotar desmadejado y como loco, a lo largo del quai de la Grève. Pero, en el Pont Louis-Philippe, se detuvo, irritado por sus resoplidos: aquel miedo al agua le parecía una estupidez; y, en las densas tinieblas, bajo el azote del chaparrón que inundaba los mecheros de gas, atravesó lentamente el puente con las manos bailándole.

Por lo demás, sólo le quedaban a Claude unos pocos pasos para llegar. Cuando torcía hacia el quai de Bourbon, en la Île Saint-Louis, un vivo relámpago iluminó la recta y uniforme hilera de los viejos palacetes alineados delante del Sena, al borde de la estrecha calzada. A su fulgor relumbraron los cristales de las altas ventanas sin persianas, y pudo verse el marcado aspecto triste de las antiguas fachadas con muy nítidos detalles: un balcón de piedra, un barandal de terraza y la guirnalda esculpida de un frontón. Era allí donde el pintor tenía su estudio, en el altillo del antiguo palacete de Martoy, esquina a la rue de la Femme-sans-Tête. El muelle apenas entrevisto quedó inmediatamente sumido de nuevo en las tinieblas y un formidable trueno hizo retemblar el barrio dormido.

Al llegar ante su puerta, una vieja puerta redondeada y baja, revestida de hierro, Claude, cegado por la lluvia, buscó a tientas para tirar del cordón de la campanilla; y cuál no sería su sorpresa cuando tuvo un sobresalto al encontrarse en el rincón, pegado contra la madera, un cuerpo vivo. Luego, al súbito resplandor de un segundo relámpago, vio a una muchacha alta, vestida de negro y calada ya hasta los huesos, que temblaba de miedo. Tras haber sacudido el trueno a ambos, él exclamó:

—¡Ah, ésta sí que no me la esperaba!... ¿Quién es usted? ¿Qué desea?

Ya no la veía, sólo la oía sollozar y farfullar.

—¡Oh!, no me haga ningún daño, caballero... La culpa es del cochero que tomé en la estación, y que me ha dejado cerca de esta puerta haciéndome bajar de malos modos... Sí, ha descarrilado un tren, por la parte de Nevers. Hemos llegado con cuatro horas de retraso y no he encontrado a la persona que debía estar esperándome... ¡Dios mío!, es la primera vez que vengo a París, señor, no sé dónde estoy...

Un relámpago cegador le cortó la palabra; y sus dilatados ojos recorrieron con pavor aquel rincón de la ciudad desconocida, la violácea aparición de una ciudad fantasmal. Había dejado de llover. En la margen opuesta del Sena, el quai des Ormes presentaba su hilera de casitas grises, abigarradas en su parte baja por el revestimiento de madera de las tiendas y que destacaban en lo alto con sus tejados desiguales, mientras el dilatado horizonte se aclaraba, por la izquierda, hasta las

pizarras azules de los desvanes del Ayuntamiento, y, por la derecha, hasta la plomiza cúpula de Saint-Paul. Pero lo que sobre todo le cortaba la respiración era el encajonamiento del río, la profunda fosa por donde discurría el Sena en aquel lugar, negruzca, desde los pesados pilares del Pont Marie hasta los ligeros arcos del nuevo Pont Louis-Philippe. Extraños bultos informes poblaban el agua: una flotilla fija de botes y de yolas, un lavadero flotante y una draga amarrados en el muelle; luego, allí abajo, en la ribera opuesta, unas gabarras repletas de carbón, chalanas cargadas de moleña, dominadas por el brazo gigantesco de una grúa de hierro. Todo desapareció.

«¡Bah!, es una pérdida —pensó Claude—, una pelandusca puesta de patitas en la calle y que anda en busca de un hombre».

Era desconfiado con las mujeres: esa historia del accidente, del retraso del tren, el bruto del cochero, le parecía un invento ridículo. La muchacha, al retumbo del trueno, se había pegado más contra el rincón de la puerta, aterrada.

—Pero no puede usted pasar aquí la noche —prosiguió en voz alta.

Ella lloraba más fuerte, balbució:

—Hágame el favor, caballero, lléveme a Passy... Es a Passy a donde voy.

Él se encogió de hombros: ¿le tomaba por tonto? Maquinalmente se había vuelto hacia el quai des Célestins, donde había un puesto de coches. No se veía brillar un solo farol.

—¿A Passy, querida mía?, ¿y por qué no a Versalles?... ¿Dónde diablos quiere que encontremos un coche a estas horas, y con un tiempo como éste?

Pero ella dio un grito, deslumbrada por otro relámpago; y, esta vez, acababa de ver de nuevo la trágica capital en un mar de sangre. Era una inmensa abertura, a través de la cual surgieron los dos extremos del río que se hundían hasta donde se perdía la vista, en medio de las rojas brasas de un incendio. Aparecieron los más nimios detalles, se pudo distinguir las ventanitas cerradas del quai des Ormes, las dos bocacalles de la Masure y del Paon-Blanc, que cortan la línea de las fachadas; cerca del Pont Marie, se habrían podido contar las hojas de los grandes plátanos, que formaban un soto de magnífico verdor, mientras que, en el lado opuesto, debajo del Pont Louis-Philippe, en el Mail, habían relumbrado los bombos^[1] alineados en cuatro filas, llenos hasta los topes de montones de manzanas amarillas. Y pudieron verse también los remolinos del agua, la alta chimenea del lavadero flotante, la cadena inmóvil de la draga, unos montones de arena en el puerto de enfrente, un lío tremendo de cosas, un hacinamiento que abarrotaba la caudalosa corriente, el foso abierto de un extremo al otro del horizonte. El cielo se hundió en la sombra, la corriente no arrastró más que tinieblas, en medio del estruendo del rayo.

—¡Oh, Dios mío!, es el fin... ¡Oh, Dios mío! ¿Qué va a ser de mí?

En esto se puso a llover de nuevo tan recio y con un viento tal que barría el muelle con una violencia de exclusas abiertas.

—Vamos, déjeme entrar —dijo Claude—, esta situación es insostenible.

Los dos se estaban calando. A la vaga claridad del mechero de gas empotrado en

la esquina de la rue de la Femme-sans-Tête, él la veía chorrear, con el vestido pegado a la piel, en medio del diluvio que azotaba la puerta. Se compadeció de ella: ¡bien había recogido, una noche de tormenta, a un perro en una acera! Pero le irritaba enternecerse, no llevaba jamás chicas a su casa, las trataba a todas como un soltero que las ignora, de una timidez enfermiza que disimulaba bajo una brutalidad de fanfarrón; y la verdad era que aquélla debía de creerle muy tonto para querer engancharle de aquel modo, con su aventura de vodevil. Acabó, sin embargo, por decir:

—Ya basta, subamos... Dormirá usted en mi casa.

Ella se espantó aún más, se resistía.

—¡En su casa! ¡Oh, Dios mío! No, no, imposible. Por favor, señor, lléveme a Passy, se lo pido a usted de rodillas.

Entonces, él montó en cólera. ¿A qué venían aquellos remilgos cuando le hacía el favor de recogerla? Ya había llamado un par de veces a la campanilla. Por fin la puerta cedió y él empujó adentro a la desconocida.

—No, no, señor, le digo que no...

Pero otra vez la deslumbró un relámpago, y cuando retumbó el trueno, entró de un salto, fuera de sí. Una vez cerrada de nuevo la pesada puerta, se encontró bajo un amplio soportal, completamente a oscuras.

—¡Señora Joseph, soy yo! —gritó Claude a la portera.

Y, en voz baja, añadió:

—Deme la mano, tenemos que cruzar el patio.

Ella le dio la mano, ya sin resistencia, aturdida, medio muerta. Tuvieron que pasar de nuevo bajo la lluvia diluviana, corriendo uno al lado del otro, a toda prisa. Era un patio señorial, enorme, con unas arcadas de piedra, que se confundían en la sombra. Luego fueron a dar a un vestíbulo, angosto, sin puerta; él le soltó la mano, ella le oyó raspar unas cerillas entre maldiciones. Todas estaban mojadas; tuvieron que subir a tientas.

—Cójase al pasamano y tenga mucho cuidado, pues los peldaños son altos.

La escalera, muy estrecha, en tiempos escalera de servicio, tenía tres tramos desmesurados, que ella subió a trompicones, con las piernas sin fuerzas y torpes. A continuación él la previno de que tenían que recorrer un largo pasillo; y por éste tomó ella detrás de él, apoyando las dos manos en las paredes y andando sin parar por aquel pasillo que seguía hacia la fachada que daba al muelle. Luego vino otra escalera, pero en lo alto de ésta, un tramo de crujientes escalones de madera, sin pasamano, inseguros y empinados como las tablas mal desbastadas de una escalera molinera. Arriba, el descansillo era tan pequeño que ella chocó con el joven, que estaba buscando la llave. Por fin éste abrió.

—No entre, espere. De lo contrario, tropezará de nuevo.

Y ella no se movió más. Resoplaba, mientras el corazón le latía y le zumbaban los oídos, exhausta por aquella subida en la oscuridad. Le parecía que llevaba horas

subiendo, en medio de un dédalo semejante, entre una complicación tal de tramos, vueltas y revueltas, que no podría bajar nunca más. En el estudio se oían grandes pasos, roces de manos, hasta el ruido de un montón de cosas que caen al suelo, acompañado de una sorda exclamación. Luego el vano de la puerta se iluminó.

—Entre, ya está.

Entró y miró sin ver. La única vela agonizaba en aquel desván, de cinco metros de altura, atestado de mil objetos en desorden, cuyas grandes sombras se recortaban extrañamente contra las paredes pintadas de color gris. No reconoció nada, alzó los ojos hacia el ventanal, azotado por la lluvia con un redoble ensordecedor de tambor. Pero, justo en aquel momento, un relámpago iluminó el cielo, y siguió tan cerca el trueno que el tejado pareció hendirse. Muda, blanca como el papel, se dejó caer sobre una silla.

—¡Diablos! —murmuró Claude, un tanto pálido también él—, éste no ha caído muy lejos... Ya era hora, ¿no se está mejor aquí que en la calle, eh?

Volvió hacia la puerta, que cerró ruidosamente con doble vuelta de llave, mientras ella le miraba hacer con su aire de estupefacción.

—Aquí estamos en casa.

Por lo demás, amainaba, y ya sólo se oyeron unos truenos lejanos y el diluvio no tardó en cesar. Él, a quien ahora empezaba a dominar un cierto malestar, la había examinado de soslayo. No debía de estar nada mal, y era joven a buen seguro, veinte años a lo sumo, lo cual no hizo sino aumentar su desconfianza, a pesar de una duda inconsciente que le atenazaba, una vaga sensación de que tal vez no mentía del todo. En cualquier caso, por más astuta que se mostrara, estaba en un error si creía haberle cazado. Él exageró su talante desabrido y dijo con voz fuerte:

—¿Eh? Acostémonos y así nos secaremos.

Una angustia la hizo levantarse. También ella le examinaba, sin mirarle a la cara, y aquel muchacho delgado, de articulaciones sarmentosas, de gruesa cabeza barbuda, redoblaba su temor, como si hubiera salido de un cuento de bandidos, con su sombrero de fieltro negro y su viejo paletó marrón, verdusco por las lluvias. Ella susurró:

—Gracias, así estoy bien, dormiré vestida.

—Pero ¡cómo que vestida, si todas sus ropas chorrean!... Vamos, no sea tonta, desvístase enseguida.

Y tropezaba con las sillas, apartaba un biombo medio reventado. Detrás de éste, ella vio un aguamanil y una camita de hierro, cuyo cubrecama él empezó a quitar.

—No, no, señor, no se moleste, le juro que me quedará aquí.

De golpe, él se encolerizó y empezó a gesticular descargando puñetazos.

—¡Déjeme en paz de una vez! ¿Encima de que le ofrezco mi cama se queja?... Y no se haga la asustada, es inútil. Me acostaré en el diván.

Había vuelto a donde estaba ella con aire amenazador. Sobrecogida, creyendo que quería pegarle, se quitó el sombrero temblando. Sus basquiñas goteaban agua al

suelo. Él seguía refunfuñando. Sin embargo, pareció dominarle un escrúpulo; y finalmente dejó escapar como si fuera una concesión:

—Si le repugno, sepa que estoy dispuesto a cambiar las sábanas.

Y las quitaba ya de un tirón, lanzándolas sobre el diván, al otro extremo del estudio. Luego sacó otro par de un armario, e hizo de nuevo él mismo la cama con una destreza de soltero acostumbrado a este menester. Con gran cuidado remetía la manta del lado de la pared, mullía la almohada y doblaba el embozo de las sábanas.

—¡Ya está, ahora a dormir!

Y como ella no decía nada, inmóvil en todo momento, paseando erráticamente sus dedos por el corpiño, sin decidirse a desabrochárselo, él la encerró detrás del biombo. ¡Cuánto pudor, Dios mío! Y no tardó él mismo en acostarse: con las sábanas extendidas sobre el diván, sus ropas colgadas de un viejo caballete, se tumbó enseguida boca arriba. Pero, cuando se disponía a apagar la vela de un soplo, pensó que ella ya no vería y aguardó. Por de pronto, no la había oído moverse: se habría quedado sin duda plantada de pie, junto a la cama de hierro. Pero ahora percibía un ligero susurro de ropas, unos movimientos lentos y amortiguados, como si lo hubiera intentado diez veces, mientras escuchaba también ella, en la inquietud que le causaba aquella luz que no se apagaba. Finalmente, tras unos largos minutos, el somier chirrió débilmente y se hizo un profundo silencio.

—¿Está usted bien, señorita? —preguntó Claude con un tono de voz mucho más suave.

Ella respondió con un hilo de voz apenas perceptible, temblando todavía de la emoción.

—Sí, señor, muy bien.

—Entonces, buenas noches.

—Buenas noches.

Apagó la luz de un soplo y se hizo de nuevo el silencio, más profundo. A pesar del cansancio, sus párpados no tardaron en volver a abrirse, el insomnio no le dejó conciliar el sueño, con los ojos clavados en el ventanal. El cielo se había despejado por completo, veía titilar las estrellas en la calurosa noche de julio; y, a pesar de la tormenta, seguía haciendo tanto calor que se abrasaba, con los brazos desnudos fuera de la sábana. No conseguía dejar de pensar en aquella muchacha, mientras se debatía sordamente entre el desprecio que gustaba de afectar y el temor a complicarse la vida si cedía, pasando por el temor a parecer ridículo si no se aprovechaba de la ocasión; pero acababa por prevalecer el desprecio, pues se consideraba muy fuerte, se imaginaba una complicada historia para atentar contra su tranquilidad, jactándose de haber vencido la tentación. Se ahogaba de calor, por lo que sacó las piernas, mientras, con la cabeza pesada, en la alucinación de una duermevela, seguía, en el rutilante cielo estrellado, unas sensuales desnudeces femeninas, la carne viva de la mujer, que él adoraba.

Tras esto, sus ideas se volvieron aún más confusas. ¿Qué hacía ella? Durante un

buen rato la había creído dormida, pues no respiraba siquiera; y ahora la oía darse la vuelta, lo mismo que él, con infinitas precauciones que la sofocaban. Con su poca experiencia con las mujeres, trataba de razonar sobre la historia que le había contado, sorprendido en aquel momento por algunos pequeños detalles, perplejo; pero toda su lógica fallaba, ¿para qué devanarse, pues, los sesos en vano? ¡Daba lo mismo que hubiera dicho la verdad o mentido, para lo que la quería! Al día siguiente desaparecería por aquella puerta y adiós muy buenas, asunto concluido, y no volverían a verse nunca más. Sólo al clarear el día, cuando palidecían ya las estrellas, consiguió conciliar el sueño. Detrás del biombo, ella, a pesar del gran cansancio del viaje, seguía agitándose, atormentada por el aire pesado, bajo el cinc recalentado del tejado; al sentirse menos incómoda, experimentó una brusca sacudida de nerviosa impaciencia, dejó escapar un suspiro irritado de virgen, ante el malestar que le creaba aquel hombre que dormía cerca de ella.

Por la mañana, Claude abrió los ojos y parpadeó. Era muy tarde, el sol entraba a raudales por el ventanal. Una de sus teorías era que los jóvenes pintores del *plein air* debían alquilar los estudios que no querían los pintores académicos, aquellos que el sol visitaba con la viva llama de sus rayos. Pero una primera sensación de asombro le hizo sentarse con las piernas al aire. ¿Por qué diablos estaba acostado en su diván? Y paseaba alrededor sus ojos aún soñolientos cuando vio, medio oculto por el biombo, un montón de basquiñas. ¡Ah, sí, esa muchacha, ahora lo recordaba! Prestó oídos, oyó una respiración prolongada y regular, que revelaba un bienestar infantil. ¡Bueno! Ella seguía durmiendo tan tranquila que habría sido una pena despertarla. Seguía atontado, se rascaba las piernas, molesto por aquella aventura en la que reincidía y que le haría perder la mañana de trabajo. Estaba indignado por su buen corazón, lo mejor sería zarandearla para que se largase cuanto antes. Sin embargo, se puso lentamente los pantalones, se calzó unas zapatillas y anduvo de puntillas.

El reloj de cuco dio las nueve y Claude hizo un gesto de inquietud. Ni un movimiento hasta aquel momento, la débil respiración continuó. Entonces, se le ocurrió que lo mejor era volver a su gran cuadro: ya desayunaría más tarde cuando pudiera moverse. Pero no se decidía a hacerlo. Él, que vivía allí, en medio de un terrible desorden, se sentía ahora incómodo por un montón de basquiñas, caídas al suelo. Aunque el agua se había escurrido, las ropas seguían empapadas. Y, conteniendo unos gruñidos, acabó recogiénolas una por una y tendiéndolas sobre unas sillas para que les diera la luz del sol. ¡Se había permitido dejarlo todo en desorden! ¡No se secarían nunca y ella no se iría jamás! Torcía y retorció torpemente aquellos trapillos de mujer, se hacía un lío con el corpiño de lana negra, buscaba a gatas las medias, que habían caído detrás de una vieja tela. Las medias eran de hilo de Escocia, de un gris ceniza, largas y finas, y las examinó antes de cogerlas. El bajo del vestido las había mojado también; y las estiró, las pasó entre sus manos calientes para escurrir el agua cuanto antes.

Desde que se había levantado, Claude tenía ganas de apartar el biombo y ver. Esta

curiosidad, que juzgaba estúpida, no hacía sino redoblar su mal humor. Finalmente, cuando hubo cogido los pinceles con su acostumbrado encogimiento de hombros, se dejó oír un balbuceo en medio de un susurrar de ropas; y de nuevo se reanudó el respirar suave, pero esta vez, dejando los pinceles, no pudo evitar asomar la cabeza. Pero lo que vio hizo que se quedase parado, serio, extasiado, susurrando:

—¡Ah, caramba!... ¡Ah, caramba!...

En el calor de invernadero que producían los cristales, la muchacha acababa de destaparse de la sábana; y dormía, muerta de cansancio por las noches de insomnio, bañada de luz, y tan inconsciente que ni un estremecimiento recorría su inmaculada desnudez. En su afiebrado insomnio, los botones de las hombreras de su camisa debían de haberse soltado, ya que se le deslizaba toda la manga izquierda, dejando al descubierto su pecho. Era aquélla una carne dorada, fina como la seda, la primavera de la carne, con dos pequeños pechos turgentes, henchidos de savia, en los que despuntaban dos pálidas rosas. Con el brazo derecho que se había pasado por debajo de la nuca, la cabeza soñolienta caída hacia atrás, su pecho confiado se ofrecía en una adorable postura de abandono, mientras sus negros cabellos sueltos la revestían aún de un manto oscuro.

—¡Oh, caramba! ¡Qué hermosa está!

Era ésa, absolutamente ésa, la figura que había buscado inútilmente para su cuadro, y casi en idéntica postura. ¡Algo delgada, de un endeblez un tanto infantil, pero tan flexible, de una tan lozana juventud! Y, no obstante, con unos senos ya maduros. ¿Dónde diablos escondía, la víspera, aquel pecho, que no había adivinado? ¡Todo un hallazgo!

Claude corrió raudo a coger su caja de pinturas al pastel y una gran hoja de papel. Luego, acuclillado junto a una silla baja, posó sobre sus rodillas un cartapacio y se puso a dibujar con una gran felicidad pintada en el semblante. Toda su turbación, su curiosidad carnal, su deseo contra el que había luchado desembocaban en aquel deslumbramiento de artista, en aquel entusiasmo por las bellas tonalidades y los bien articulados músculos. Se había olvidado ya de la muchacha y estaba bajo el hechizo de la nieve de los pechos, que resplandecían entre el delicado color ambarino de los hombros. Una modestia inquieta le empequeñecía ante la naturaleza, apretaba los codos, volviéndose un niño pequeño, muy prudente, atento y respetuoso. Esto duró cerca de un cuarto de hora, se detenía a veces, aguzaba la vista para ver mejor. Pero como temía que ella se moviese, se volvía a poner manos a la obra, conteniendo la respiración, por temor a despertarla.

Sin embargo, comenzaban a rondarle de nuevo por la mente vagos razonamientos mientras estaba concentrado en el trabajo. ¿Quién podía ser? Seguro que una pordiosera no, como había creído, porque estaba demasiado lozana. Pero ¿por qué razón le había contado una historia tan poco creíble? Y se imaginaba otras historias: que era una actriz debutante que había ido a parar a París con un amante, el cual la había plantado; o una pequeña burguesa corrompida por una amiga, que no se atrevía

a volver a casa de sus padres; o, incluso, un drama más complicado, perversiones ingenuas y poco corrientes, cosas espantosas que nunca sabría. Tales hipótesis no hacían sino aumentar su incertidumbre, por lo que pasó al esbozo del rostro, estudiándolo cuidadosamente. La parte superior revelaba gran bondad y dulzura, con la frente despejada, lisa como un espejo claro, la nariz pequeña, de finas aletas nerviosas; y bajo los párpados se percibía la mirada risueña, una mirada que debía de iluminar el rostro entero. Sólo la parte inferior estropeaba esta irradiación de ternura: la mandíbula era prominente, los labios demasiado carnosos de un color sangre, que mostraban unos dientes blancos y firmes. Era como una pasión imprevista, la pubertad rebosante de vida y que se ignoraba a sí misma en aquellas facciones esfumadas, de una delicadeza infantil.

De repente le recorrió un escalofrío, parecido a los reflejos cambiantes sobre el satén de su piel. Tal vez había sentido, por fin, esa mirada masculina que la estaba escudriñando. Abrió sus grandes párpados y soltó un grito.

—¡Ah, Dios mío!

Y el estupor la paralizó: era aquel lugar desconocido, aquel muchacho en mangas de camisa, agachado delante de ella, que se la comía con los ojos. Luego, en un impulso desesperado, cogió la colcha y se la pegó con sus dos brazos contra el pecho, mientras le hervía la sangre de una tal angustia púdica que el rubor abrasador de sus mejillas se extendió hasta los botones de sus pechos en una oleada rosada.

—Eh, pero ¿qué le pasa? —exclamó Claude, descontento, con el lápiz en la mano.

Ella no dijo una palabra más, ni se movió, con la sábana apretada contra el cuello, hecha un ovillo, replegada sobre sí misma, deshaciendo apenas la cama.

—No me la voy a comer... Vamos, hágame el favor, vuelva a la posición anterior.

Una nueva oleada de sangre hizo que enrojeciera hasta las orejas. Acabó por farfullar:

—¡Oh, no, oh! ¡No, señor!

Pero él se iba enfadando poco a poco, en uno de esos bruscos ataques de cólera habituales en él. Encontraba estúpida aquella obstinación.

—Dígame, ¿qué tiene ello de malo? ¡Vaya desgracia saber cómo está usted hecha! ... A otras he visto.

Entonces ella prorrumpió en sollozos, y él se acabó de enojar del todo, desesperado delante de su dibujo, fuera de sí sólo de pensar que no lo acabaría, que la gazmoñería de aquella muchacha le impediría contar con un buen estudio para su cuadro.

—No quiere, ¿eh? ¡Pues es usted una imbécil! ¿Por quién me toma?... ¿Acaso le he puesto la mano encima?, ¡dígame! De haber pensado en esas tonterías, no me habría faltado ocasión esta noche... ¡Ah, me traen sin cuidado, querida! Ya me puede enseñar usted todo... Y, oiga, además no es muy amable por su parte negarme este favor, pues al fin y al cabo le di cobijo y ha pasado la noche en mi cama.

Ella lloraba más fuerte, con la cabeza hundida en la almohada.

—Le aseguro que lo necesito, pues de lo contrario no la molestaría.

Tantas lágrimas le sorprendían, por lo que se avergonzó de su rudeza; e, incómodo, se calló, dejó que se calmara un poco; acto seguido, prosiguió diciendo con voz muy dulce:

—Vamos, puesto que ello la contraría, no se hable más. ¡Sólo que si usted supiera!... Hay una figura de mi cuadro que no avanza del todo, ¡y estaba usted tan bien en el apunte! Sería capaz de cortarles el cuello a mi padre y a mi madre tratándose de esa condenada pintura. Me disculpa, ¿verdad?... Y, mire, si fuera usted amable me concedería unos minutos más. ¡No, no, tranquila! ¡El busto no, no le pido el busto! ¡La cabeza, sólo la cabeza! ¡Si al menos pudiera acabar la cabeza!... ¡Por favor, tenga la bondad, vuelva a poner su brazo tal como lo tenía, y le estaré agradecido, oh, agradecido toda mi vida!

En aquel momento suplicaba, mientras agitaba su lápiz en actitud implorante, presa de la emoción de su gran deseo de artista. No se había movido, por lo demás, acucillado en todo momento junto a la silla baja, a distancia de la muchacha. Entonces ella se arriesgó y descubrió su rostro apaciguado. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¡Estaba a su merced, y él daba la impresión de ser tan desgraciado! Vaciló, sin embargo, un momento, sintiendo una última incomodidad. Y, lentamente, sin decir una palabra, sacó su brazo desnudo y lo deslizó de nuevo por debajo de su cabeza, teniendo mucho cuidado de sujetar con su otra mano que había quedado escondida la colcha, enrollada en torno al cuello.

—¡Ah, qué buena es usted!... Voy a darme prisa, enseguida quedará libre.

Se había inclinado sobre su dibujo y no le dirigía más que esas limpias miradas de pintor para quien la mujer ha desaparecido y que no ve sino a la modelo. Primero, ella se había sonrojado, y la sensación de tener su brazo desnudo, ese poco de sí misma que habría enseñado candorosamente en un baile, la llenaba allí de confusión. Luego, aquel joven le pareció tan razonable que se tranquilizó, con las mejillas enfriadas y la boca abierta en una vaga sonrisa de confianza. Y con sus párpados entornados le estudiaba a su vez. ¡Cómo la había aterrado la víspera con su barba poblada, su cabeza gorda, sus bruscos ademanes! Sin embargo, no era mal parecido, en el fondo de sus ojos castaños descubría una gran ternura, mientras que su nariz le sorprendía, también a ella, una nariz delicada de mujer, perdida entre los hirsutos pelos del bigote. Le sacudía un temblorcillo de inquietud nerviosa, una constante pasión que parecía animar el lápiz en la punta de sus delgados dedos, y que la emocionaba mucho, sin saber por qué. No podía ser malo. Debía de tener sólo la brutalidad de los tímidos. Aunque no analizaba todo esto muy bien, notaba que se iba sintiendo a sus anchas, como en casa de un amigo.

Cierto que el estudio seguía espantándola un poco. Le lanzaba miradas prudentes, estupefacta por semejante desorden y dejadez. Delante de la estufa yacían amontonadas aún las cenizas del pasado invierno. Aparte de la cama, el pequeño

aguamanil y el diván, no había más muebles que un viejo y desvencijado armario de roble y una gran mesa de pino, atestada de pinceles, de colores, de platos sucios, una lámpara de alcohol, sobre la que había quedado una cacerola con fideos. Aquí y allá había dispersas unas sillas de enea despajadas, entre unos caballetes cojos. Cerca del diván, la vela de la víspera estaba tirada por el suelo, en un rincón del parqué, que debía de barrerse una vez al mes; y entre todo aquello no había más que el reloj de cuco, un reloj enorme, con unos adornos de flores rojas, que parecía alegre y limpio, con su tictac sonoro. Pero lo que sobre todo la espantaba eran unos bocetos que colgaban de las paredes, sin enmarcar, una cascada de bocetos que descendía hasta el suelo, donde se amontonaban en un hacinamiento de telas tiradas en desorden. Nunca había visto una pintura tan terrible, rugosa, resplandeciente, de una violencia de tonos que la hería como un juramento de carretero oído en la puerta de una posada. Bajaba los ojos, aunque atraída, sin embargo, por un cuadro vuelto del revés, el gran cuadro en el que estaba trabajando el pintor y que cada noche corría hacia la pared, para juzgarlo mejor al día siguiente con la fresca impresión de la primera mirada. ¿Qué podía esconder, aquél, para que no se atreviera a mostrarlo siquiera? Y el chorro de luz del sol abrasador que se filtraba por los cristales se desplazaba a través de la vasta estancia, sin que lo amortiguara ninguna persiana, derramándose como oro líquido sobre todos aquellos restos de mobiliario, cuya despreocupada miseria no hacía sino acentuar.

Claude acabó por encontrar pesado el silencio. Quiso decir una palabra, cualquier cosa, sólo para ser cortés, y sobre todo para distraerla de la pose. Pero, por más que trató de encontrar algo que decir, sólo se le ocurrió esta pregunta:

—¿Cómo se llama?

Ella abrió los ojos que tenía cerrados como vencida de nuevo por el sueño.

—Christine.

Entonces, él se mostró sorprendido. Tampoco él le había dicho su nombre. Estaban allí desde la víspera, uno al lado del otro, sin conocerse.

—Yo me llamo Claude.

Y cuando en aquel preciso momento la miró, vio que estallaba en una bonita risa. Era la travesura jovial de una muchacha que era todavía una chiquilla. Encontraba gracioso aquel intercambio tardío de sus nombres. Luego le divirtió otra idea.

—Vaya, Claude y Christine empiezan con la misma letra.

Volvió a hacerse el silencio. Él entornaba los ojos, se olvidaba de todo, sintiéndose en plena imaginación. Pero creyó observar en ella una impaciencia incómoda y, ante el terror de que se moviera, prosiguió al buen tuntún para tenerla pendiente de algo:

—Hace un poco de calor.

Esta vez ella contuvo su risa, esa alegría natural que renacía y se escapaba a su pesar desde que se sentía tranquilizada. El calor se hacía tan intenso que estaba en la cama como en un baño, con la piel sudorosa y pálida, de la palidez lechosa de las

camelias.

—Sí, un poco de calor —respondió ella con tono serio mientras sus ojos se animaban.

Entonces Claude concluyó con su aire bonachón:

—Es ese sol que entra. Pero, ¡bah!, sienta bien un buen baño de sol en la piel... Dígame si no nos hubiera ido bien anoche, abajo en el portal.

Los dos rompieron a reír, y él, encantado de haber encontrado por fin un tema de conversación, le preguntó sobre su aventura, sin curiosidad, poco preocupado en el fondo de saber la auténtica verdad, tan sólo deseoso de prolongar la sesión.

Christine se limitó a contar, en pocas palabras, lo sucedido. Había sido la víspera por la mañana cuando había salido de Clermont para venir a París, donde iba a entrar en calidad de lectora en casa de la viuda de un general, la señora Vanzade, una señora anciana muy rica que vivía en Passy. El tren tenía la hora de llegada a las nueve y diez, y se habían tomado todas las precauciones, tenía que ir a esperarla una doncella, y hasta se había fijado por carta una señal de reconocimiento, una pluma gris en su sombrero negro. Pero el hecho era que su tren había chocado, al poco de pasar Nevers, con un tren de mercancías, cuyos coches descarrilados y destrozados obstruían la vía. Dio comienzo entonces una serie de contratiempos y retrasos; primero una interminable espera en los vagones inmóviles, y luego el abandono forzoso de los mismos, dejar allí los equipajes, y los viajeros se habían visto obligados a hacer tres kilómetros a pie para llegar a una estación con el fin de tomar otro tren de salvamento. Habían perdido así dos horas, y perdieron otras dos debido al trastorno ocasionado por el accidente de un extremo al otro de la línea, con lo que habían llegado a la estación con cuatro horas de retraso, a la una de la noche.

—¡Mala suerte! —interrumpió Claude, incrédulo en todo momento, si bien dudando de su seguridad, sorprendido por la facilidad con que iban encajando las complicadas partes de aquella historia—. Y, naturalmente, no había ya nadie esperándola, ¿no es así?

En efecto, Christine no había encontrado a la doncella de la señora Vanzade, que se había cansado sin duda de esperar. Y hablaba de la emoción que había sentido en la estación de Lyon, aquel gran vestíbulo desconocido, oscuro, vacío, pronto desierto, a aquella avanzada hora de la noche. En un primer momento, no se había atrevido a tomar un coche, mientras se paseaba con su pequeña bolsa de viaje, esperando que se presentara alguien. Luego se decidió, aunque demasiado tarde, porque no quedaba allí más que un cochero muy mugriento, que apestaba a vino y merodeaba a su alrededor, ofreciéndole sus servicios con aire guasón.

—Sí, un tipo de poco fiar —prosiguió Claude, interesado ahora, como si hubiera asistido a la materialización de un cuento de aventuras—. ¿Y montó usted en su coche?

Mirando al techo, Christine continuó, sin abandonar la pose:

—Fue él quien me obligó a hacerlo. Me llamaba pequeña mía, me daba miedo...

Cuando supo que iba a Passy, se irritó y fustigó a su caballo con tal fuerza que tuve que agarrarme a las portezuelas. Luego me tranquilicé un poco, porque el coche iba al paso por unas calles iluminadas y veía gente en las aceras. Finalmente, reconocí el Sena. Nunca he estado en París, pero había mirado un plano... Y pensaba que tomaría a lo largo de los muelles, cuando me dominó de nuevo el miedo, al percatarme de que cruzábamos un puente. Justo cuando se había puesto a llover, el coche, que había doblado en un lugar muy oscuro, se detuvo de pronto. Entonces el cochero bajó de su pescante y quería entrar conmigo en el coche... Decía que llovía demasiado...

Claude se echó a reír. Ya no dudaba, no podía haberse inventado a ese cochero. Como guardaba silencio, incómoda, él añadió:

—¡Bueno, bueno! El muy truhán bromeaba.

—Salté enseguida al suelo, por la otra puerta. Entonces él se puso a soltar juramentos, me dijo que habíamos llegado y que se quedaría con mi sombrero si no le pagaba... Llovía a cántaros, el muelle se hallaba completamente desierto. Perdí la cabeza, saqué una moneda de cinco francos, y él, tras fustigar a su caballo, se marchó llevándose mi pequeña bolsa, donde por suerte no había más que dos pañuelos, medio bollo y la llave de mi baúl mundo que se había quedado por el camino.

—¡Pero en tales casos se toma el número del coche! —exclamó el pintor indignado.

Ahora recordaba que le había pasado rozando un coche de punto que se alejaba a la carrera, al cruzar el Pont Louis-Philippe, cuando descargaba de lleno la tormenta. Y se maravillaba de lo inverosímil que es a menudo la verdad. Lo que había imaginado, por simple y lógico, era sencillamente estúpido comparado con el curso natural de las infinitas combinaciones de la vida.

—¡Ya puede usted imaginarse lo feliz que me sentía en ese portal! —concluyó diciendo Christine—. Sabía muy bien que no estaba en Passy, e iba a pasar la noche allí, en este terrible París. ¡Y con esos truenos y relámpagos, oh, esos relámpagos azules, rojos, que me mostraban cosas que hacían temblar!

Sus párpados se habían cerrado de nuevo, un estremecimiento hizo palidecer su rostro, volvía a ver la trágica ciudad, aquel espacio abierto de los muelles hundiéndose entre rojos resplandores de fogata, aquel foso profundo del río que arrastraba unas aguas plomizas, atestado de grandes bultos negros, de chalanas semejantes a ballenas muertas, erizado de grúas inmóviles que alargaban unos brazos de horca. ¿Podía llamarse a eso una bienvenida?

Hubo un silencio. Claude se había puesto de nuevo a dibujar. Pero ella se movió, pues se le dormía el brazo.

—El codo un poco inclinado, por favor.

Luego, con aire de interés, para disculparse, agregó:

—Sus padres deben de estar desolados, si han tenido noticia de la catástrofe.

—Yo no tengo padres.

—Pero ¡cómo! Ni padre ni madre... ¿Está usted sola en el mundo?

—Sí, completamente sola.

Tenía dieciocho años, y había nacido por azar en Estrasburgo, entre dos cambios de guarnición de su padre, el capitán Hallegrain. Al cumplir ella los doce años, éste, un gascón de Montauban, falleció en Clermont, donde una parálisis de las piernas le había obligado a coger el retiro. Por espacio de cerca de cinco años, su madre, que era de París, había vivido allí, en provincias, apanándose con su exigua pensión, trabajando, pintando abanicos, para acabar de dar a su hija la educación de una señorita; y hacía quince meses que también ella había muerto, dejándola sola en el mundo, sin un céntimo, con la única amistad de una religiosa, la superiora de las Hermanas Visitadoras, que la había recogido en su pensionado. Acababa de llegar directamente del convento, tras haber terminado por encontrarle la superiora aquel puesto de lectora, en casa de una vieja amiga suya, la señora Vanzade, que se había quedado casi ciega.

Claude permanecía mudo ante aquellos nuevos detalles. Aquel convento, aquella huérfana bien educada, aquella aventura que tomaba un giro novelesco le hacían sentirse de nuevo incómodo, torpe de gestos y de palabra. Ya no trabajaba, con los ojos gachos fijos en su croquis.

—¿Es bonito Clermont? —preguntó por fin.

—No mucho, una ciudad negra... Además, no lo sé muy bien, pues apenas si salía.

Se había acodado y continuó en voz muy baja, como hablando consigo misma, con una voz todavía rota por los sollozos de su aflicción:

—Mamá, que no era fuerte, se mataba trabajando... Me mimaba, no había nunca nada demasiado bonito para mí, tenía profesores de todo; y yo le sacaba muy poco provecho, caí primero enferma y luego no prestaba atención, siempre riendo, siempre alborotada... La música me aburría, los calambres me hacían doblar los brazos sobre el piano. Era la pintura lo que mejor se me daba...

Él alzó la cabeza y la interrumpió con una exclamación.

—¡Así que sabe usted pintar!

—¡Oh, no!, no sé nada, nada en absoluto... Mamá, que tenía mucho talento, me hacía pintar un poco a la acuarela, y yo la ayudaba a veces en los fondos de sus abanicos... ¡Pintaba algunos tan bonitos!

A su pesar, echó un vistazo alrededor del estudio, a los bocetos aterradores que hacían flamear las paredes; y, en sus ojos claros, reapareció la turbación, el inquieto asombro que le causaba aquella pintura brutal. A distancia, veía vuelto del revés el estudio que el pintor había esbozado de ella, y era tal la consternación que le producían los tonos violentos, los grandes trazos de pastel acuchillando las sombras, que no se atrevía a pedir que se lo dejara ver de cerca. Por otra parte, incómoda en aquella cama donde se abrasaba y se agitaba, atormentada por la idea de irse, de acabar con todo aquello que, desde la víspera, le parecía un sueño.

Sin duda, Claude se dio cuenta de aquel nerviosismo. Una repentina vergüenza le

llenó de pesar. Dejó su dibujo inacabado y le dijo atropelladamente:

—Gracias por su amabilidad, señorita... Discúlpeme, realmente he abusado de usted... Levántese, levántese, se lo ruego. Ya es hora de que vaya a sus cosas.

Y, sin comprender por qué ella, ruborizándose, no se decidía, reafirmando por el contrario su brazo desnudo a medida que él se atareaba delante de ella, le repetía que se levantara. Luego hizo un gesto de loco, volvió a colocar el biombo en su sitio y se dirigió al otro extremo del estudio, ostentando un pudor exagerado, que le hizo ordenar ruidosamente su vajilla, para que ella pudiera salir de la cama y vestirse, sin temor a ser oída.

En medio del ruido que armaba, oyó una voz vacilante.

—Señor, señor...

Finalmente, aguzó el oído.

—Señor, si fuera usted tan amable... No encuentro mis medias.

Él se acercó presuroso. ¿Dónde tenía la cabeza? ¿Qué quería que hiciese ella, en camisa, detrás de aquel biombo, sin las medias y las faldas que había tendido al sol? Las medias estaban secas, se aseguró de ello frotándolas con suavidad; luego se las pasó por encima de la delgada mampara y percibió por última vez el brazo desnudo, lozano y torneado, de un encanto infantil. A continuación lanzó las faldas sobre los pies de la cama, empujó los botines, no dejó más que el sombrero colgado de un caballete. Ella le había dado las gracias, sin añadir nada más, apenas si distinguía un rozar de ropas, discretos ruidos de agua removida. Pero él seguía ocupándose de ella.

—El jabón está en un platillo, encima de la mesa... Abra el cajón, y coja una toalla limpia... ¿Quiere más agua? Le traeré una jarra.

De pronto le exasperó la idea de que volvía a mostrarse torpe.

—¡Vaya, la estoy molestando de nuevo!... Haga lo que le parezca.

Y volvió a sus quehaceres. Se debatía interiormente. ¿Debía invitarla a desayunar? No era propio de un caballero dejarla marcharse así. Por otra parte, aquello no se iba a acabar, perdería definitivamente su mañana de trabajo. Sin resolverse a nada, tras haber encendido la lámpara de alcohol, lavó la cacerola y se puso a preparar chocolate, cosa que consideraba más distinguida, secretamente avergonzado de sus fideos, un mejunje en el que metía rebanadas de pan y rociaba con aceite, a la usanza del Sur. Pero estaba desmenuzando aún el chocolate en la cacerola cuando soltó una exclamación:

—Pero ¡cómo! ¡Ya!

Era Christine que apartaba el biombo y que aparecía, limpia y correcta con sus ropas negras, los lazos atados, abotonada, vestida en un abrir y cerrar de ojos. Su sonrosado cutis no conservaba siquiera la humedad del agua, su complicado moño se retorció en su nuca, sin que se escapara un solo mechón. Y Claude permanecía boquiabierto ante aquel milagro de presteza, aquella diligencia de joven mujer de su casa en vestirse rápido y bien.

—¡Ah, diablos, si lo hace usted todo así!

Y le parecía más esbelta y hermosa de lo que había creído. Pero lo más sorprendente para él era su aire de serena decisión. No le temía ya, era evidente. Se hubiera dicho que al salir de esa cama deshecha, donde se sentía indefensa, se hubiera vuelto a poner su armadura, con sus botines y su falda. Sonreía, le miraba directamente a los ojos. Y él le dijo lo que dudaba aún en decir:

—Va a desayunar conmigo, ¿no?

Pero ella rehusó.

—No, gracias... Me iré corriendo a la estación, donde habrá llegado sin duda mi baúl, y haré que me lleven luego a Passy.

En vano él le repitió que debía de tener hambre, que no era en absoluto razonable salir así sin haber tomado algo.

—Entonces, bajo a buscarle un coche de punto.

—No, se lo ruego, no se tome más molestias.

—Vamos, no puede hacer un viaje así a pie. Permítame, al menos, acompañarla hasta los coches de plaza, ya que no conoce usted París.

—No, no, no necesito de su ayuda... Si quiere ser amable, déjeme ir sola.

Estaba decidido. Se rebelaba, sin duda, ante la idea de que la vieran con un hombre, hasta por desconocidos: callaría acerca de aquella noche, mentiría y se guardaría para sí el recuerdo de la aventura. Él, con un ademán colérico, hizo un gesto de mandarla al diablo. ¡Menudo alivio! Eso le ahorraría el tener que bajar. Y en el fondo se sentía herido, pues le parecía una ingrata.

—Como guste, pues. No recurriré a la fuerza.

A esta frase, se acentuó la vaga sonrisa de Christine, expandiéndose sutilmente las comisuras delicadas de sus labios. No dijo nada, cogió su sombrero, buscó con la mirada un espejo; luego, al no encontrarlo, se decidió a atarse a tientas con los dedos las carrilleras. Con los codos en alto, enrollaba, tiraba de las cintas sin prisa, con el rostro expuesto al reflejo dorado del sol. Sorprendido, Claude no reconocía ya los rasgos de una dulzura infantil que acaba de dibujar: la parte superior del rostro parecía difuminada, la frente despejada, la mirada tierna; era ahora la parte inferior la que sobresalía, la mandíbula prominente, la boca color sangre, con unos bonitos dientes. Y siempre aquella sonrisa enigmática de muchacha, que tal vez se reía burlonamente.

—De todos modos —prosiguió, irritado—, no creo que tenga ningún reproche que hacerme.

Entonces ella no pudo contener la risa, una ligera risa nerviosa.

—No, no, señor, el más mínimo.

Él seguía mirándola, volviendo a la pugna de sus timideces e ignorancias, temiendo haber sido ridículo. ¿Qué sabía esa gran damisela? Sin duda lo que saben las muchachas en el pensionado, todo y nada. Es la insondable, la oscura eclosión de la carne y del corazón, donde nadie puede penetrar. ¿Acababa de despertarse esa pudorosa sensual en aquel ambiente libre de los artistas con el confuso sentimiento de

curiosidad y de temor al hombre? Ahora ya no temblaba, pero ¿no mostraba acaso la sorpresa un tanto despectiva de haber temblado por nada? ¡Quiá! ¡Ni una galantería, ni un beso siquiera en la punta de los dedos! La indiferencia rezongona de aquel muchacho, de la que ella había sido testigo, debía de irritar a la mujer que todavía no era; y se iba así, cambiada, nerviosa, haciéndose la valiente en su despecho, llevándose el pesar inconsciente de las cosas desconocidas y terribles que no habían ocurrido.

—¿Dice usted —prosiguió poniéndose de nuevo seria— que encontraré coches de plaza al otro lado del puente, en el otro muelle?

—Sí, allí donde hay unos árboles.

Había acabado de atarse las carrilleras, estaba lista, enguantada, con las manos bailándole, y sin embargo no se iba, mirando delante de ella. Al tropezar sus ojos con la gran tela vuelta contra la pared, sintió ganas de pedirle que se la enseñara, pero no se atrevió. Nada la retenía ya, pero daba no obstante la impresión de que siguiera buscando, como si tuviera la sensación de dejarse algo, algo que no habría sabido decir qué era. Finalmente, se dirigió hacia la puerta.

Claude la abrió, y cayó dentro del estudio un panecillo, que habían dejado apoyado contra el dintel.

—Ya ve usted —dijo él—, hubiera tenido que desayunar conmigo. Es mi portera la que me lo sube todas las mañanas.

Ella rehusó de nuevo con un cabeceo. En el descansillo, se dio la vuelta y se quedó un instante inmóvil. Había recobrado su alegre sonrisa, y fue primero ella quien dio la mano.

—Gracias, muchas gracias.

Él había cogido la manita enguantada en su ancha mano, manchada de pintura. Las dos permanecieron así unos segundos, estrechamente cogidas, chocándolas como buenos amigos. La muchacha le seguía sonriendo, él tenía una pregunta en la punta de la lengua: «¿Cuándo la volveré a ver?». Pero la vergüenza le impidió hablar. Entonces, tras haber esperado, ella soltó la mano.

—Adiós, señor.

—Adiós, señorita.

Christine, sin alzar la cabeza, bajaba ya la escalera molinera cuyos peldaños de madera crujían; y Claude entró bruscamente en su casa, cerró la puerta dando un portazo mientras decía en voz baja:

—¡Ah, demonios de mujeres!

Estaba furioso, rabioso consigo mismo y rabioso contra los demás. Emprendiéndola a puntapiés contra los muebles que encontraba, seguía desahogándose a voz en grito. ¡Qué razón tenía de no dejar subir nunca a ninguna! Aquellas busconas sólo servían para volverle tarumba a uno. ¿Quién le aseguraba que, con su aire candoroso, ésa no se había reído infamemente de él? Y había sido un necio por creerse todas sus patrañas: le dominaban de nuevo todas sus dudas, nunca

le haría tragar lo de la viuda del general, ni el accidente del ferrocarril, y, menos aún, lo del cochero. ¿Acaso ocurrían tales historias? Tenía, además, una boca que la delataba y un aire extraño en el momento de largarse. ¡Y si al menos hubiera comprendido la razón de por qué mentía! ¡Pero no, eran embustes inútiles, sin explicación, dichos porque sí! ¡Ah, cómo debía de reírse en aquellos momentos!

Bruscamente replegó el biombo y lo arrinconó. ¡Debía de haber dejado un gran desorden! Y, cuando comprobó que todo estaba en orden y muy limpio, la palangana, la toalla, el jabón, se enfadó porque no había hecho la cama. Se puso a hacerla él con exagerado esfuerzo, y de una brazada cogió el colchón todavía tibio, mulló con dos dedos la olorosa almohada, ahogado por aquella tibieza, aquel olor puro a juventud que se desprendía de las sábanas. A continuación, se lavó con agua abundante para refrescarse las sienes; y, en la toalla húmeda, volvió a encontrar la misma vaharada, aquel aliento de virgen cuya dulzura difusa, flotante por el estudio, le agobiaba. Se tomó rezongando su chocolate en la cacerola, tan acalorado, tan ansioso por pintar que se zampó a toda prisa unos grandes pedazos de pan.

—¡Uno se muere aquí! —exclamó de repente—. Hace un calor que me pone malo.

Se había ido el sol, hacía menos calor.

Y, abriendo un ventanillo, a nivel del tejado, Claude respiró con aire de profundo alivio la ráfaga de viento abrasador que entraba. Había cogido su dibujo, la cabeza de Christine, y se abstrajo largo rato mirándolo.

II

Habían dado las doce, y Claude estaba trabajando en su cuadro, cuando una mano familiar llamó enérgicamente a la puerta. Con un movimiento instintivo que no pudo controlar, el pintor guardó en un cartapacio la cabeza de Christine, a partir de la cual retocaba su gran figura femenina. Luego se decidió a abrir.

—¡Pierre! —exclamó—. ¿Ya estás aquí?

Pierre Sandoz, un amigo de la infancia, era un joven de veintidós años, muy moreno, de cabeza redonda y expresión resuelta, recia y prominente nariz y ojos de expresión dulce, en una cara enérgica, enmarcada por una incipiente barba en collar.

—He comido más pronto —respondió— y he querido que tuvieras una buena sesión... ¡Ah, diablos!, ¡la cosa marcha!

Se había plantado delante del cuadro y añadió acto seguido:

—¡Vaya!, ¿cambias el tipo de mujer?

Se hizo un largo silencio, mientras los dos miraban, inmóviles. Era una tela de cinco metros por tres, enteramente cubierta de una capa de pintura, pero en la que pocos fragmentos pasaban apenas del esbozo. Éste, hecho con unos pocos trazos, era de un brío soberbio, de una viveza de colores apasionante. En un claro de bosque, de verdes espesuras, caía un chorro de luz solar; a la izquierda, solitaria, una alameda umbría, con una mancha de luz, se perdía en la lejanía. Allí en la hierba, en medio de la vegetación de junio, había recostada una mujer desnuda, con un brazo por debajo de la cabeza, hinchando el pecho; y sonreía, sin mirada, con los párpados cerrados, en medio de la lluvia de oro que la bañaba. En el fondo, otras dos pequeñas mujeres, una morena y otra rubia, también desnudas, luchaban entre risas, haciendo destacar, entre el verde de las hojas, dos encantadoras notas de color carne. Y como el pintor había necesitado de un contraste oscuro, en primer plano se había limitado a pintar sentado en él a un caballero ataviado con una simple chaqueta de terciopelo. Éste estaba de espaldas, sin verse más que su mano izquierda, en la que se apoyaba, en la hierba.

—¡La mujer está muy bien sugerida! —prosiguió diciendo finalmente Sandoz—. ¡Pero no quiero ni pensar el trabajo que todo esto te va a dar!

Con los ojos encendidos clavados en su obra, Claude hizo un gesto de confianza.

—¡Bah, tengo tiempo hasta el Salón! ¡En seis meses se puede despachar mucho trabajo! Tal vez esta vez acabe por demostrarme a mí mismo que no soy un inútil.

Y se puso a silbar con fuerza, encantado, aunque sin decirlo, del esbozo que había hecho de la cabeza de Christine, y aliviado por uno de esos grandes momentos de esperanza que no hacían sino más dura su recaída en sus angustias de artista, que devoraba la pasión por la naturaleza.

—¡Vamos, basta de perder el tiempo! —exclamó—. Ya que estás aquí, empecemos.

Por amistad, y para ahorrarle los gastos de un modelo, Sandoz se había ofrecido a posar para la figura del caballero del primer plano. En cuatro o cinco domingos, el

único día que tenía libre, estaría terminada. Se estaba poniendo ya la chaqueta de terciopelo, cuando le asaltó una súbita reflexión.

—Ahora que caigo, no has comido, pues estabas trabajando... Baja a tomarte una chuleta, yo te espero aquí.

La idea de perder tiempo indignó a Claude.

—¡Sí que he comido, sólo tienes que echar un vistazo a la cacerola!... Y verás, además, que queda un currusco de pan. Ya me lo comeré... ¡Vamos, vamos, a posar, zángano!

Retomó rápidamente su paleta y empuñó sus pinceles, añadiendo:

—Dubuche pasará a recogernos esta tarde, ¿no?

—Sí, a eso de las cinco.

—Pues bien, perfecto, en cuanto llegue nos iremos a cenar... ¿Estás listo? La mano más a la izquierda, la cabeza más inclinada.

Tras haber colocado bien los cojines, Sandoz se instaló en el diván, manteniendo la pose. Aunque le daba la espalda, la conversación continuó unos momentos más, ya que había recibido esa misma mañana una carta de Plassans^[2], la pequeña ciudad de provincias donde el pintor y él se habían conocido, cuando iban a octavo, con sus primeros pantalones cortos gastados en los bancos del colegio. Luego, ambos callaron. El uno trabajaba abstraído en su mundo; el otro se adormecía de soñoliento cansancio por su prolongada inmovilidad.

Fue a la edad de nueve años cuando Claude tuvo la gran oportunidad de poder dejar París para regresar al rincón de Provenza donde había nacido. Su madre, una buena mujer que trabajaba de lavandera, a la que el holgazán de su padre había dejado en la calle, acababa de casarse con un obrero de buen corazón y que estaba locamente enamorado de su linda piel de rubia. Pero, pese a todo su coraje, no tenían ni para ir tirando. Por eso habían aceptado de buena gana el ofrecimiento de un anciano señor de su tierra que les pedía permiso para poner a Claude en un colegio que había cerca de su casa: era la generosa chifladura de un excéntrico, aficionado a la pintura, que se había quedado impresionado por unos tipos pintarrajeados en otro tiempo por el chaval. Y hasta la Retórica^[3], durante siete años, Claude permaneció en el Sur, primero como interno y luego como externo, hospedado en casa de su protector. Una mañana, se encontró a éste muerto al través en la cama, fulminado. En su testamento legaba al muchacho una renta de mil francos, con la facultad de disponer del capital a la edad de veinticinco años. Éste, que ya sentía pasión por la pintura, dejó inmediatamente el colegio sin querer intentar acabar siquiera el bachillerato, y se fue a París, donde le había precedido su amigo Sandoz.

En el colegio de Plassans, desde octavo, estaban los tres inseparables, como los llamaban, Claude Lantier, Pierre Sandoz y Louis Dubuche. Llegados de tres mundos distintos, de caracteres opuestos, sólo que habían nacido el mismo año, con unos meses de diferencia, se habían unido de una vez y para siempre, atraídos por unas afinidades secretas, la todavía vaga inquietud de una ambición común, el despertar de

una inteligencia superior, en medio de la terrible patulea de detestables y malos estudiantes que los maltrataban. El padre de Sandoz, un refugiado español en Francia de resultas de un pronunciamiento político, había abierto cerca de Plassans una fábrica de papel, que funcionaba con una maquinaria nueva de su propia invención; luego había muerto, lleno de amargura, acosado por la malevolencia local, dejándole a su viuda una situación tan liosa, una serie de procesos judiciales en curso tan oscuros que toda la fortuna se perdió desastrosamente; y la madre, una borgoñona aquejada de una parálisis progresiva, cediendo a su rencor contra los provenzales, a quienes acusaba de ser la causa de su enfermedad, buscó refugio en París con su hijo, que la mantenía ahora con un modesto empleo, llena la cabeza de ambición de gloria literaria. En cuanto a Dubuche, el hijo mayor de una panadera de Plassans, incitado por ella, que era muy severa y ambiciosa, había ido a reunirse con sus amigos más tarde y seguía los cursos de la Escuela como estudiante de arquitectura, viviendo modestamente con las últimas monedas de cien sueldos que sus padres le mandaban con una constancia de judíos que se los descontaban de su futuro al trescientos por ciento.

—¡Diantre! —murmuró Sandoz en medio del gran silencio—, ¿no puede decirse que la pose que me haces adoptar sea muy cómoda! Me destroza la muñeca... Puedo moverme, ¿no?

Claude le dejó estirarse, sin responder. Se dedicó a la chaqueta de terciopelo, a grandes pinceladas. Luego retrocedió, aguzó la vista y rompió a reír con una gran carcajada, alegre por un recuerdo repentino.

—Dime, ¿no te acuerdas del día que, en sexto, Pouillaud encendió unas velas en el armario de ese cretino de Lalubie? ¡Menudo terror sintió Labubie, antes de subir al estrado, al abrir su armario para coger sus libros, y vio esa capilla ardiente!... ¡Quinientos versos a toda la clase!

Contagiado por aquel ataque de alegría, Sandoz se había dejado caer sobre el diván. Retomó la pose, diciendo:

—¡Ah, ese animal de Pouillaud!... ¿Sabes que en su carta de esta mañana me anuncia precisamente la boda de Lalubie? Ese viejo penco de profesor se casa con una guapa jovencita. ¡Pero ya conoces a la hija de Galissard, el mercero, esa rubiecita a quien íbamos a dar la serenata!

Habían dado rienda suelta a los recuerdos. Claude y Sandoz ya no pararon, el uno acuciado y pintando con un entusiasmo creciente, el otro vuelto en todo momento hacia la pared, hablando de espaldas, con fuertes sacudidas de risa.

Primero le tocó al colegio, ¡el antiguo convento mohoso que se extendía hasta las murallas, con sus dos patios con unos enormes plátanos, el estanque lleno de fango y de verdín, donde habían aprendido a nadar, y las aulas del fondo con el encalado que rezumaba, y el refectorio que apestaba siempre a un olor de aguas de fregar, y el dormitorio de los pequeños, famoso por sus horrores, y el ropero de la ropa blanca, y la enfermería, poblados de monjas delicadas, de religiosas con hábito negro, tan

dulces con su cofia blanca! ¡Qué escándalo se había armado cuando sor Ángela, la monja cuyo rostro de virgen tenía revolucionado el patio de los mayores, desapareció una buena mañana con Hermeline, un gordo de Retórica, que, por amor, se hacía cortes con la navaja en las manos para subir a que ella le pusiera unas vendas de tafetán inglés!

Luego desfiló todo el personal, una lamentable cabalgata, grotesca y terrible, con ribetes de malicia y de resignada tolerancia: el director que se arruinaba dando recepciones para casar a sus hijas, dos altas y guapas muchachas elegantes, a las que unos dibujos y unas detestables inscripciones insultaban por todas las paredes; el subdirector, Pifard, cuya famosa nariz se ocultaba detrás de las puertas, semejante a una culebrina, revelando su presencia de lejos; el rosario de profesores, cada uno de ellos afeado con un apodo ofensivo, como el severo Radamantis^[4], que no había reído en su vida, la Roña que teñía de negro las cátedras con el continuo roce de su cabeza; Me-has-engañado-Adèle, el profesor de física, un cornudo legendario, a quien diez generaciones de pilluelos le espetaban el nombre de su mujer, en otro tiempo sorprendida, decían, en los brazos de un carabinero; y otros, muchos más, Spontini, el feroz vigilante, armado con su cuchillo corso que enseñaba oxidado de sangre de tres primos; el pequeño Chantecaille, tan buenazo, que les dejaba fumar a la hora del paseo, y hasta un pinche de cocina y la mujer encargada de fregar los platos, dos monstruos, que habían sido apodados Paraboulomenos y Paralleluca^[5] respectivamente y a quienes se acusaba de un idilio entre la inmundicia.

A continuación llegaban las bufonadas, la súbita evocación de las mejores bromas, que hacían partirse de risa al cabo de los años. ¡Oh, la mañana en que habían quemado en la estufa los zapatos de Mimi-la-Mort, también conocido como el Esqueleto Exterior, un chaval delgado que traía rapé de contrabando para toda la clase! ¡Y la noche de invierno en que habían ido a robar cerillas a la capilla, cerca de la mariposa de luz, para fumarse unas hojas secas de castaño en unas pipas de caña! Sandoz, que había sido el autor de la trastada, confesaba ahora su espanto, su sudor frío, al bajar del coro invadido por las tinieblas. ¡Y el día en que Claude tuvo la brillante idea de asar en el fondo del pupitre unos abejorros para ver si eran comestibles, como aseguraban! Salían del pupitre una pestilencia tan acre y una humareda tan espesa que el vigilante tuvo que echar mano del botijo creyendo que se trataba de un incendio. Y la rapiña, el pillaje en los campos de cebollas a la hora del paseo; las piedras lanzadas contra los cristales, lance en el que la habilidad consistía en conseguir, con la rotura, un parecido con los mapas de la clase de geografía; las lecciones de griego escritas por adelantado, en grandes caracteres, en el negro encerado, y que todos los malos estudiantes podían leer fluidamente sin que se enterara el profesor; los bancos del patio que arrancaban y llevaban a continuación alrededor del estanque como cadáveres de un motín popular, en un largo cortejo y con cantos fúnebres. ¡Ah, sí, aquélla sí que había sido sonada! Dubuche, que hacía de clérigo, fue a parar al fondo del estanque al querer sacar agua con su gorra como si se

tratara de una pila de agua bendita. ¡Y lo más divertido de todo, lo mejor, la noche en que Pouillaud ató todos los orinales del dormitorio común con una misma cuerda que pasaba por debajo de las camas; y luego por la mañana, una mañana en plenas vacaciones, se puso a estirar de ella mientras huía por el corredor y los tres rellanos de la escalera, con aquella espantosa cola de loza que rebotaba y volaba hecha añicos detrás de él!

Claude se quedó con un pincel suspendido en el aire y la boca abierta por la hilaridad, gritando:

—¡Ese animal de Pouillaud!... ¿Y te ha escrito? ¿En qué anda ahora, Pouillaud?

—¡En nada de nada, amigo! —respondió Sandoz incorporándose sobre los cojines—. ¡Su carta es la de un tonto!... Está acabando derecho, y pronto se hará cargo del gabinete de abogado de su padre. Y si vieras el tono que emplea, ¡toda la afectada gravedad de un burgués cuando logra una posición!

Hubo un nuevo momento de silencio. Y añadió:

—¡Ah!, nosotros, ¿ves?, amigo, nos hemos librado.

Entonces les asaltaron otros recuerdos que hacían latir aceleradamente sus corazones, los bonitos días al aire libre y a pleno sol que habían vivido allí, fuera del colegio. Desde pequeños, a partir de sexto, los tres inseparables habían sentido pasión por las largas caminatas. Aprovechando la menor oportunidad, se iban a hacer leguas, más enardecidos a medida que crecían, hasta que acabaron por recorrer la región entera, y eran unos viajes que duraban a menudo varios días. Y se acostaban a la buena de Dios por el camino, en la concavidad de una roca o en una era empedrada cálida aún, donde la paja del trigo trillado les hacía de blanda yacija, en alguna casa de labor abandonada, cuyo suelo enladrillado recubrían con un lecho de tomillo y de lavanda. Eran huidas lejos del mundo, una absorción instintiva en el seno de la buena Madre Naturaleza, una adoración irracional de chiquillos por los árboles, las aguas, los montes, por aquella alegría sin límites de estar solos y de ser libres.

Dubuche, que era interno, no se unía a los otros dos más que por vacaciones. Tenía, por lo demás, las piernas pesadas, la carne adormecida del buen empollón. Pero Claude y Sandoz eran infatigables, iban cada domingo a despertarse a las cuatro de la noche lanzándose piedras a las persianas. En verano, sobre todo, soñaban con la Viorne^[6], el torrente cuyo delgado hilo de agua baña las praderas bajas de Plassans. Contaban apenas doce años y ya sabían nadar; y era apasionante chapotear en el fondo de los pozos, donde se remansaba el agua, pasar allí días enteros, completamente desnudos, secándose en la abrasadora arena para volver a zambullirse a continuación, vivir en el río, tumbados de espaldas o boca abajo, rebuscando entre las hierbas de las orillas, hundiéndose en él hasta las orejas y acechando durante horas los escondites de las anguilas. Aquel continuo baño de agua pura que les templaba a plena luz del día prolongaba su infancia, provocaba sus frescas risas de pilluelos que hacen novillos, cuando, vueltos ya unos jóvenes más formales, volvían a la ciudad con el molesto calor abrasador de las noches de julio. Luego, andando el

tiempo, se aficionaron a la caza, pero a la caza tal como se practica en aquella región sin caza, seis leguas hechas para matar media docena de papafigos, temibles expediciones de las que regresaban a menudo con el morral vacío, con algún murciélago imprudente abatido a la entrada del arrabal cuando descargaban sus escopetas. Sus ojos se humedecían al simple recuerdo de aquellas caminatas interminables: volvían a ver los blancos caminos, hasta el infinito, cubiertos de una capa de polvo, como si de una densa nevada se tratase; los seguían siempre sin descanso, felices de oír crujir sus zapatones, luego atajaban a campo traviesa por unas tierras rojas, ferruginosas, donde seguían siempre adelante; y con un cielo plomizo, sin una sombra, sólo olivos enanos y almendros de ralo follaje; y, en cada recodo, la deliciosa modorra provocada por el cansancio, la fanfarronada triunfal de haber caminado más incluso que la vez anterior, el gusto de sentirse llevar y de avanzar sólo por simple inercia, dándose ánimos con alguna terrible canción de soldado que les acunaba como desde el fondo de un sueño.

Ya por entonces Claude llevaba, entre el cebador y la caja de cartuchos, un cuaderno en el que dibujaba el horizonte de un extremo al otro, mientras que Sandoz tenía siempre en un bolsillo el libro de algún poeta. Era un frenesí romántico, estrofas aladas que alternaban con chocarrerías de cuartel, odas lanzadas al gran temblor luminoso del aire abrasador; y, siempre que descubrían una fuente, cuatro sauces que manchaban de gris la resplandeciente tierra, se olvidaban de todo hasta que despuntaban las estrellas y representaban los dramas que se sabían de memoria, con voz ampulosa para los héroes, muy delicada y reducida a un canto de pífano para el papel de las ingenuas y las reinas. Esos días dejaban tranquilos a los gorriones. En aquella atrasada provincia, en medio del marasmo soñoliento de las pequeñas ciudades, habían vivido así desde los catorce años, aislados, entusiastas, devorados por una fiebre literaria y artística. Las grandes escenografías de Hugo, las gigantescas fantasías que las recorren en medio de la eterna pugna de las antítesis, primero les habían arrebatado en plena epopeya, con aspavientos y yendo a ver las puestas de sol tras unas ruinas y observar cómo pasaba la vida a la magnífica y falsa luz de un quinto acto. Luego llegó Musset para trastornarlos con su pasión y sus lágrimas, sentían palpar en él su propio corazón, se abría ante ellos un mundo más humano, que les conquistaba por su piedad y el eterno grito de la miseria que, desde aquel momento, iban a sentir exhalar de todas las cosas. Por lo demás, no eran difíciles de contentar, puesto que tenían la glotonería propia de la juventud, un gran apetito de lectura que les hacía tragarse lo mejor y lo peor, tan ávidos por admirar que a menudo se entregaban a la exaltación que merecen las verdaderas obras maestras con unas obras execrables.

Y, como le decía ahora Sandoz, era la pasión por las grandes caminatas, era aquella hambre canina de lectura, las que les habían protegido del invencible embotamiento del medio. Jamás ponían los pies en un café, horripilados como se sentían por la calle, incluso fingían estar en ella peor que unas águilas en la jaula,

cuando ya compañeros suyos no despegaban las mangas de colegial de los veladores jugándose la consumición a las cartas. Aquella vida de provincias que atrapaba a unos niños jovencísimos en el engranaje de su doma, la costumbre del grupo, la lectura hasta de los anuncios de prensa, la partida de dominó que reanudaban sin cesar, el mismo paseo a la misma hora por la misma alameda, el embrutecimiento definitivo bajo aquella piedra de amolar que aplana los cerebros, les indignaba, empujándoles a la protesta, a escalar las colinas próximas a fin de descubrir ignotas soledades, declamando versos bajo el arreciar de la lluvia, rehusando guarecerse por odio a las ciudades. Hacían planes para acampar a orillas de la Viorne, para vivir allí como unos salvajes, en la alegría de un baño continuo, con cinco o seis libros, no más, que les bastarían para sus necesidades. Hasta la mujer estaba excluida, pues tenían timideces y torpezas que elevaban a la categoría de una austeridad de muchachos superiores. Durante dos años, Claude se derritió de amor por una aprendiz de sombrerera a la que seguía a distancia cada tarde; y nunca se había atrevido a dirigirle la palabra. Sandoz alimentaba sueños, damas encontradas en sus viajes, bellísimas doncellas apareciendo en un bosque desconocido que se le entregarían durante un día entero, para luego desaparecer cual sombras en el crepúsculo. Su única aventura galante todavía les divertía por lo tonta que les parecía: habían dedicado unas serenatas a dos jóvenes damiselas en los tiempos en que formaban parte del grupo musical del colegio; noches pasadas bajo una ventana, tocando el clarinete y el cornetín; cacofonías espantosas que sacaban de quicio a los burgueses del barrio, hasta la memorable noche en que los padres, indignados, vaciaron todos los orinales de la familia encima de ellos.

¡Ah, qué felices tiempos aquéllos y qué enternedoras risas al simple recuerdo! Justamente las paredes del estudio estaban recubiertas de una serie de esbozos, hechos allí por el pintor en un viaje reciente. Era como si hubiesen tenido a su alrededor los antiguos horizontes, el cielo azul abrasador sobre la campiña rojiza. Allí se extendía una llanura con el cabrillear de los pequeños olivos gris plata, hasta las rosadas siluetas dentadas de las colinas lejanas. Aquí, entre laderas requemadas, color de orín, el escaso caudal de la Viorne se secaba bajo el arco de un viejo puente, polvoriento, sin otro verdor que unos arbustos muertos de sed. Más lejos, la garganta de los Infernets abría su tajo anchuroso, en medio de sus derrumbaderos de rocas resquebrajadas por los rayos, un inmenso caos, un desierto salvaje, que tendía hasta el infinito sus olas de piedra. Luego toda clase de rincones bien conocidos: el pequeño valle de Repentance, tan angosto, tan umbrío, de una frescura de ramillete de rosas entre los campos calcinados; el bosque de los Trois-Bons-Dieux, cuyos pinos, de un verde intenso y acharolado, lloraban gotas de su resina a plena luz del día; el Jas de Bouffan, de una blancura de mezquita, en el corazón de sus vastas tierras, semejantes a pantanos de sangre; y otros, otros más, al final de caminos deslumbrantes que torcían, de barrancos donde se hubiera dicho que el calor hacía sudar a borbotones la piel requemada de las piedras, lenguas de arena sedientas que acababan de beberse

gota a gota el río, toperas, senderos de cabra, cumbres perdiéndose en el azul.

—Eh —exclamó Sandoz dándose la vuelta hacia un estudio—, ¿dónde es esto?

Claude, indignado, blandió su paleta.

—Pero ¡cómo!, ¿no te acuerdas?... Estuvimos a punto de rompernos la crisma allí, el día que subimos con Dubuche, desde el fondo de Jaumegarde. Estaba liso como la palma de la mano, nos agarrábamos con las uñas, de modo que a mitad de camino no podíamos ya ni subir ni bajar... Luego, una vez arriba, cuando hubo que asar las costillas, tú y yo estuvimos a punto de llegar a las manos.

Sandoz lo recordaba ahora.

—Ah, sí, sí, cada uno tenía que asarse la suya, sobre unas ramitas de romero, y cuando las mías ardían tú me exasperabas bromeando al ver que mi costilla se carbonizaba.

Una risa loca les sacudió de nuevo. El pintor volvió a su cuadro y concluyó con seriedad:

—¡Todo eso ya es agua pasada, amigo! Y ahora, aquí, no podemos perder ya el tiempo.

Era cierto que desde que los tres inseparables habían visto cumplido su sueño de reunirse en París, para conquistarlo, la vida se hacía terriblemente dura. No es que no trataran ya de reanudar las grandes caminatas de antaño, puesto que, algunos domingos, partían a pie por la puerta de Fontainebleau para ir a recorrer los sotos de Verrières, llegando hasta Bièvre, luego atravesaban los bosques de Bellevue y de Meudon para regresar por Grenelle. Pero acusaban a París de entumecerles las piernas, porque ya casi nunca dejaban el adoquinado, entregados en cuerpo y alma a su lucha.

De lunes a sábado, Sandoz rabiaba en las oficinas del Ayuntamiento del distrito quinto, en un oscuro rincón del registro de nacimientos, clavado allí sólo por la idea fija de mantener a su madre, a quien sus ciento cincuenta francos no daban muy buena vida. Por su parte, Dubuche, urgido por pagarles a sus padres los intereses de las sumas que habían invertido en él, buscaba trabajos mal pagados en los estudios de los arquitectos, fuera de sus horas de trabajo en la Escuela. Claude era libre gracias a sus mil francos de renta; pero ¡qué finales de mes más terribles, sobre todo cuando compartía lo que le quedaba en el bolsillo! Por fortuna, comenzaba a vender pequeñas telas que le compraba por diez o doce francos Malgras, un astuto marchante; y, por lo demás, prefería morirse de hambre a recurrir a la pintura comercial, a pintar retratos para burgueses, cuadros de temática religiosa de pacotilla, paneles de restaurantes y letreros para las comadronas. A su regreso tuvo, en el callejón de los Bourdonnais, un estudio muy espacioso; luego se trasladó al quai de Bourbon por una simple cuestión de ahorro. Vivía allí como un ser insociable, con un desprecio absoluto por todo cuanto no fuera la pintura, peleado con su familia, que le desagradaba, tras haber roto con su tía, chacinera en Les Halles, porque a ella le iban las cosas demasiado bien, y conservaba en su corazón la llaga secreta de la

degradación de su madre, a quien los hombres sableaban y empujaban al arroyo.

De repente le gritó a Sandoz:

—¡Eh, por favor, no te amodorres!

Pero Sandoz declaró que se estaba anquilosando, y saltó del canapé para desentumecer las piernas. Hubo un descanso de diez minutos. Se habló de otra cosa. Claude se mostraba benevolente. Cuando avanzaba en su trabajo, su semblante se iba enardeciendo poco a poco, se volvía parlanchín, él, que pintaba con los dientes apretados y rabiando interiormente cuando sentía que la naturaleza se le resistía. Así, en cuanto su amigo retomó la pose, continuó con inagotable entusiasmo, sin malgastar una sola pincelada.

—¿Qué, amigo, cómo va? Te veo muy seguro... ¡Ah, si los muy cretinos me rechazan éste, por ejemplo! Por supuesto que soy mucho más exigente conmigo mismo de lo que lo son ellos consigo: y, cuando doy un cuadro por bueno, ¿sabes?, mi examen es mucho más severo que si hubiera pasado por todos los jurados de la Tierra... ¿Sabes, ese cuadro mío de Les Halles, con esos dos chiquillos sobre un montón de hortalizas? Pues bien, lo raspé sin dudarle un momento: no me salía, me metí en algo demasiado complicado y que superaba mis débiles fuerzas. ¡Oh!, ¡algún día lo retomaré, cuando sepa más, y haré otras cosas, ¡oh!, cosas de tal complicación que les harán caerse a todos de espaldas del asombro!

Hizo un aspaviento, como para barrer a una multitud: vació un tubo de azul en su paleta, luego se rió sarcásticamente mientras se preguntaba qué cara habría puesto delante de su cuadro su primer maestro, el viejo Belloque, un antiguo capitán manco, que desde hacía un cuarto de siglo enseñaba las bellas formas a los chicos de Plassans en una sala del Museo. Por otra parte, en París, Berthou, el célebre pintor del *Nerón en el circo*, cuyo estudio había frecuentado durante seis meses, ¿acaso no le había repetido veinte veces que no llegaría nunca a nada? ¡Ah, cómo lamentaba hoy aquellos seis meses de estúpidos tanteos, de ingenuos ejercicios bajo la férula de un hombre de una mentalidad tan diferente de la suya! Llegaba a clamar contra el trabajo en el Louvre, se habría cortado la mano, decía, antes de volver a poner los ojos en aquellas copias que anublan para siempre la visión del mundo en el que se vive. ¿Existe, en arte, otra cosa que dar lo que se lleva dentro? ¿Acaso no se reducía todo a poner a una mujer cualquiera delante de uno y plasmarla tal como uno la sentía? ¿Acaso una caja de zanahorias, sí, una caja de zanahorias, estudiada del natural, pintada con ingenuidad, con el toque personal con que uno la ve, no valía tanto como las eternas pinturas empalagosas de la Escuela, esa pintura de jugo de mascada^[7], vergonzosamente preparada a partir de recetas? Día llegaría en que una sola zanahoria sería una gran revolución. Por eso, ahora, se limitaba a ir a pintar al estudio Boutin, un estudio libre que un antiguo modelo tenía en la rue de la Huchette. Después de entregar los veinte francos al alumno encargado del fondo común, encontraba allí gran cantidad de modelos desnudos, hombres y mujeres, en su rincón; y se ponía tenazmente a la tarea, se olvidaba de comer y de beber, luchando sin

descanso con la naturaleza, loco por el trabajo, al lado de los niños bien que le acusaban de pereza ignorante, y que hablaban arrogantemente de sus estudios, porque copiaban narices y bocas, ante la mirada de un maestro.

—Oye lo que voy a decirte, amigo. Cuando uno de esos individuos haya hecho un busto como ése, que venga a decírmelo y hablaremos.

Con la punta del pincel indicaba una academia, que colgaba de la pared, cerca de la puerta. Era magnífica, realizada con la rotundidad de un maestro; y, al lado, había también otros admirables fragmentos: pies de niñas, de un realismo exquisitamente delicado, y sobre todo un vientre de mujer, una carne satinada, trémula, viviente de sangre que corría bajo su piel. En sus raras horas de satisfacción, se sentía orgulloso de aquellos estudios, los únicos de los que había quedado contento y que anunciaban un gran pintor, admirablemente dotado, si bien trabado por una repentina e inexplicable impotencia.

Prosiguió con vehemencia, trazando a grandes pinceladas la chaqueta de terciopelo y flagelándose con una intransigencia que no respetaba a nadie:

—¡Son todos unos pintamonas de tres al cuarto, unas reputaciones usurpadas, unos imbéciles o unos tunantes que se postran de rodillas delante de la necedad pública! ¡No hay ni un valiente que se atreva a meterse con los burgueses!... Ahí tienes al viejo Ingres, ya sabes que me revuelve las tripas con su pintura a la clara de huevo. Pues bien, con todo y con eso era un gran tipo, y me parece que tenía mucho talento, me quito el sombrero ante él, porque le traía todo sin cuidado y dibujaba como Dios, y se la hizo tragar a la fuerza a esos idiotas que hoy creen entenderle... Después de él, por supuesto, sólo hay dos, Delacroix y Courbet. El resto son pura golfería... ¿No? El viejo león romántico, ¡qué actitud más orgullosa! ¡Ése sí que era un decorador que hacía llamear los tonos! ¡Y qué fuerza! Habría pintado todas las paredes de París si le hubieran dejado: su paleta hervía y se desbordaba. Ya lo sé, no es más que pura fantasmagoría; pero ¡qué más da!, me atrae. Eso es lo que hacía falta para pegarle fuego a la Escuela... Luego vino el otro, rudo obrero, el más auténtico pintor del siglo y con un oficio absolutamente clásico, lo que ni uno de esos idiotas ha presentido. ¡Y lo que llegaron a gritar, Dios mío! Gritaron contra la profanación, el realismo, cuando el famoso realismo no estaba sino en los temas, mientras que la visión seguía siendo la de los antiguos maestros y la ejecución retomaba y continuaba los bellos fragmentos de nuestros museos... Los dos, Delacroix y Courbet, aparecieron en el momento justo. Dieron cada uno su paso adelante. Y ahora, oh, ahora...

Calló y retrocedió para apreciar el efecto, se concentró un minuto en la sensación que producía su obra, luego prosiguió:

—Ahora hace falta otra cosa... ¡Ah!, ¿el qué? ¡No lo sé exactamente! Si lo supiera, y pudiera, sería un grande. Sí, no habría nadie más que yo... Pero lo que noto es que el gran decorado romántico de Delacroix se resquebraja y se viene abajo; y que, además, la pintura negra de Courbet apesta ya a lugar cerrado, a moho de estudio

donde el sol no entra jamás... ¿Comprendes? Tal vez hace falta el sol, hace falta el aire libre, una pintura clara y joven, las cosas y los seres tal como se comportan a la luz del día, en fin, no me está bien el decirlo, nuestra pintura, la pintura que nuestros ojos de hoy han de hacer y mirar.

Su voz se apagó de nuevo, balbucía, no conseguía llegar a formular la sorda creación futura que le subía de dentro. Se hizo un gran silencio mientras acababa de esbozar, temblando, la chaqueta de terciopelo.

Sandoz le había escuchado sin abandonar la pose. Y, vuelto de espaldas, como si le hablara a la pared, en sueños, dijo entonces a su vez:

—No, no, no se sabe, pero habría que saber... Yo, cada vez que un profesor ha querido imponerme una verdad, he tenido un ataque de desconfianza, pensando: «O se engaña o me engaña». Sus ideas me exasperan, me parece que la verdad es más amplia... ¡Ah!, ¡qué hermoso sería consagrar toda la existencia a una sola obra en la que intentásemos meter todas las cosas, los animales, los hombres, esa arca inmensa! Pero no siguiendo la pauta de los manuales de filosofía y según la estúpida jerarquía en que se acuna nuestro orgullo, sino en la plena corriente de la vida universal, un mundo donde nosotros no seríamos más que un accidente, donde el perro que pasa, y hasta la piedra del camino, nos completarían, nos explicarían; en fin, el gran todo, sin arriba ni abajo, ni sucio ni limpio, tal como se da por sí solo... Por supuesto, es a la ciencia a la que deben mirar los novelistas y los poetas, pues ella es hoy la única fuente posible. Pero ¿qué tomar de ella? ¿Cómo andar a su paso? Siento enseguida que me atasco... ¡Ah, si supiera, si supiera, la de libros que les lanzaría a la cabeza a la multitud!

Se calló también él. El invierno anterior había publicado su primer libro, una serie de esbozos amables, que se había traído de Plassans, entre los que sólo algunas notas más feroces dejaban entrever al rebelde, al apasionado de la verdad y de la energía^[8]. Y, desde entonces, iba a tientas, preguntándose a sí mismo en medio del tormento de las ideas, unas ideas confusas aún, que bullían en su cerebro. Primero, cautivado por unas empresas titánicas, se había trazado el plan de una génesis del Universo en tres fases: la Creación, restablecida a partir de la Ciencia; la historia de la Humanidad, llegada a la hora en que debía desempeñar su papel en la cadena de los seres; el porvenir, la eterna sucesión de los seres, rematando la obra de la Creación por el trabajo infinito de la vida. Pero ante las hipótesis demasiado aventuradas de esta tercera fase se había enfriado; y perseguía un cuadro más modesto, más humano, en el que dar cabida a su gran ambición^[9].

—¡Ah, verlo y pintarlo todo! —prosiguió diciendo Claude al cabo de un largo intervalo—. ¡Con leguas de pared que cubrir, decorar las estaciones de tren, los mercados, los ayuntamientos, todo cuanto se construya cuando los arquitectos dejen de ser unos imbéciles! Y bastará con tener unos buenos músculos y una buena cabeza, porque no será los temas los que falten... ¿Eh?, ¡la vida tal como transcurre en la calle, la vida de los pobres y de los ricos, en los mercados, en las carreras, en los

bulevares, en el fondo de los callejones populosos; y todos los oficios en plena actividad; y todas las pasiones satisfechas, a plena luz del día; y los campesinos, los animales y los campos!... ¡Ya verán, ya verán, si soy un bruto! Siento ya un hormigueo en las manos. ¡Sí! ¡Toda la vida moderna! ¡Unos frescos igual de altos que el Partenón! ¡Toda una sacrosanta serie de telas para que reviente el Louvre!

En cuanto estaban juntos, el pintor y el escritor solían llegar normalmente a una exaltación parecida. Se acicateaban mutuamente, enloquecían de gloria; y había en ello una tal elevación juvenil, una tal pasión por el trabajo que ellos mismos se sonreían a continuación de todos aquellos grandes sueños de orgullo, revigorizados, como mantenidos en su ductibilidad y fuerza.

Claude, que ahora retrocedía hasta la pared, se quedó apoyado en ella, desfallecido. Entonces, Sandoz, con el cuerpo molido por la pose, dejó el diván y fue a ponerse a su lado. Acto seguido miraron los dos, mudos de nuevo. El caballero de la chaqueta de terciopelo estaba completamente esbozado; la mano, más adelantada que el resto, daba sobre la hierba una nota muy interesante, de una bella frescura de tono; y la mancha oscura de su espalda destacaba con tanta fuerza que las pequeñas figuras del fondo, las dos mujeres luchando al sol, se hubieran dicho alejadas, en la trémula luz del claro del bosque, en tanto que la gran figura, la mujer desnuda y recostada, insinuada apenas, seguía flotando, como una carne soñada, una Eva deseada naciendo de la tierra, con su rostro risueño, sin mirada, con los párpados cerrados.

—Y, en definitiva, ¿qué título piensas ponerle? —preguntó Sandoz.

—*Plein air* —respondió Claude, lacónico.

Pero aquel título le pareció muy técnico al escritor, quien, a su pesar, se sentía tentado a veces de mezclar la literatura con la pintura.

—*Plein air* no dice nada.

—No tiene por qué decir nada... Unas mujeres y un hombre descansando en un bosque, al sol. ¿Es que no basta con esto? Vamos, basta para hacer una obra maestra.

Dejó caer la cabeza y añadió entre dientes:

—¡Diablos, todavía es demasiado oscuro! Tengo aún metido a ese maldito Delacroix en los ojos. Y esto, vaya, esta mano es de Courbet... ¡Ah!, todos bebemos de la salsa romántica. Nuestra juventud ha chapoteado demasiado en ella, estamos metidos en ella hasta los corvejones. Necesitaremos una buena limpieza.

Sandoz se encogió de hombros con desesperación: también por su parte se lamentaba de haber nacido en la confluencia de Hugo y de Balzac. Sin embargo, Claude permanecía satisfecho en la feliz excitación de una buena sesión. Si su amigo podía reservarle dos o tres domingos como aquél, acabaría, y con decisión, la figura del hombre. Pero por esa vez ya tenía bastante. Ambos empezaron a bromear, porque Claude acostumbraba a matar a sus modelos, a los que no soltaba sino medio desmayados, muertos de cansancio. También él aguantaba hasta no poder más, con las piernas molidas y el estómago vacío. Y, cuando el reloj de cuco daba las cinco, se abalanzó sobre lo que quedaba de su pan, devorándolo. Extenuado, lo partía con sus

dedos temblorosos, masticándolo apenas, tras haber vuelto delante de su cuadro, poseído de nuevo por su idea, hasta el punto de que no sabía siquiera que estaba comiendo.

—Las cinco —dijo Sandoz, que estiraba los miembros con los brazos en alto—. Vamos a cenar... Acaba de llegar Dubuche.

Llamaron, y entró Dubuche. Era éste un muchacho grueso y moreno, de rostro de facciones correctas y abotargado, el pelo al rape y poblados bigotes. Chocó la mano de ambos y se detuvo con aire desconcertado delante del cuadro. En el fondo, aquella pintura que no seguía las reglas le escandalizaba debido a su carácter equilibrado, su respeto de buen discípulo por las formas de expresión establecidas; y sólo su vieja amistad le impedía normalmente sus críticas. Pero, esta vez, todo su ser se rebelaba visiblemente.

—Bien, ¿qué me dices? ¿No te gusta? —preguntó Sandoz, que le observaba.

—Sí, sí, ¡oh!, está muy bien pintado... Sólo que...

—Vamos, desembucha. ¿Qué te disgusta de ella?

—Es ese caballero completamente vestido de allí, en medio de esas mujeres desnudas... ¡Nunca se ha visto cosa igual!

De golpe, los otros dos estallaron. ¿Acaso no había en el Louvre cien cuadros compuestos de aquel modo? Y, además, si no se había visto nunca, pues se vería ahora. ¡El público les importaba un pimiento!

Sin inmutarse ante la furia de estas respuestas, Dubuche repetía tan tranquilo:

—El público no comprenderá... El público lo encontrará una cochinado. Sí, es una cochinado.

—¡Asqueroso burgués! —gritó Claude, exasperado—. ¡Eh, te idiotizan de lo lindo en la Escuela, antes no eras tan memo!

Era la broma habitual de sus dos amigos, desde que seguía el curso de la Escuela de Bellas Artes. Y él se batió entonces en retirada, un tanto inquieto por el cariz agresivo que tomaba la discusión; y se salvó arremetiendo contra los pintores. No cabía duda de que los pintores en la Escuela eran todos unos perfectos imbéciles. Pero la cosa era distinta por lo que se refería a los arquitectos. ¿Dónde querían que hicieran sino sus estudios? Por fuerza tenían que pasar por ella. Lo que no era óbice para que más tarde tuviera sus propias ideas. Y blasonó de muy revolucionario.

—¡Bueno! —dijo Sandoz—, puesto que te disculpas, vamos a cenar.

Pero, maquinalmente, Claude había retomado un pincel, y se había puesto a trabajar de nuevo. Ahora, la figura de la mujer, al lado de caballero de la chaqueta, no se sostenía. Nervioso, impaciente, la delimitaba con un trazo vigoroso para restablecerla en el plano que debía ocupar.

—¿Vienes? —repitió su amigo.

—¡Dentro de un rato, demonios! No tenemos prisa... Déjame indicar esto, y estoy con vosotros.

Sandoz meneó la cabeza; luego, suavemente, por temor a exasperarle más,

añadió:

—Te equivocas empecinándote, amigo... Sí, estás derrengado y muerto de hambre, y por si fuera poco vas a estropearlo todo, como el otro día.

Con gesto de irritación, el pintor le cortó la palabra. Era el cuento de nunca acabar: no podía dejar a tiempo lo que estaba haciendo, se embriagaba con el trabajo, necesitando tener una certeza inmediata, demostrarse a sí mismo que había logrado por fin su obra maestra. En medio de la alegría de una buena sesión, las dudas acababan por desesperarle: ¿había acertado confiriendo semejante fuerza a la chaqueta de terciopelo? ¿Daría con la nota brillante que perseguía para su figura desnuda? Y habría preferido morir allí mismo a no poder saberlo enseguida. Sacó febrilmente la cabeza de Christine del cartapacio donde la había guardado, comparando, con la ayuda de aquel documento tomado del natural.

—¡Vaya! —exclamó Dubuche—, ¿dónde has dibujado eso?... ¿Quién es?

Claude, sorprendido por la pregunta, no contestó; luego, sin pensarlo, él que se lo contaba todo, mintió, cediendo a un raro pudor, al delicado sentimiento de guardarse su aventura para sí.

—¡Ah!, nadie, una modelo.

—¡Claro, una modelo! Muy joven, ¿no? Está muy bien... Deberías darme su dirección, no para mí, sino para un escultor que anda buscando una Psique. ¿Tienes aquí sus señas?

Y Dubuche se había vuelto hacia un paño de pared grisáceo, donde se encontraban, escritas con tiza, en todas direcciones, las señas de varios modelos. Sobre todo las mujeres dejaban allí, con unas grandes letras infantiles, sus tarjetas de visita. Zoé Piédefer, rue Campagne-Première, 7, una morenaza con el vientre ya estropeado, partía en dos a la pequeña Flore Beauchamp, rue de Laval, 32, y Judith Vaquez, rue du Rocher, 59, una judía, una y otra bastante lozanas, pero demasiado flacas.

—Dime, ¿tienes las señas?

Entonces, Claude se enojó.

—¡Eh, déjame en paz!... ¿Qué se yo?... ¡Eres irritante, siempre molestando cuando está uno trabajando!

Sandoz no había dicho nada, sorprendido primero y luego sonriente. Era más astuto que Dubuche, le hizo una señal de inteligencia y se pusieron a bromear. ¡Perdón!, ¡disculpas!, ya que el señor se la reservaba para su uso privado, no le pedirían que se la prestase. ¡Ah, el muy pájaro, se pagaba a chicas guapas! ¿Y dónde la había encontrado? ¿En un baile de candil de Montmartre o en una acera de la place Maubert?

Cada vez más molesto, el pintor se excitaba.

—Pero ¡qué tontos sois, Dios mío! ¡Si supierais lo tontos que sois!... Basta ya, me dais pena.

Tenía la voz tan alterada que los otros dos se callaron inmediatamente; y, tras

haber raspado de nuevo la cabeza de la figura desnuda, la volvió a dibujar y a pintar, a partir de la cabeza de Christine, con mano arrebatada, insegura, que se extraviaba. Luego atacó el pecho, apenas insinuado en el estudio. Su excitación iba en aumento, era su pasión de casto por la carne femenina, un amor loco de desnudeces deseadas y nunca poseídas, una impotencia que se complacía en crear tanta de esa carne como soñaba estrechar entre sus agitados brazos. A aquellas muchachas que echaba de su estudio las adoraba hasta las lágrimas por no poder hacerlas lo bastante hermosas, lo bastante vivas.

Sandoz y Dubuche, sabedores de que no había manera de impedir que se matara de aquel modo, se resignaron. El segundo se encendió la pipa y se acomodó en el diván: era el único que fumaba, los otros dos no se habían acostumbrado nunca al tabaco, siempre con la amenaza de que un cigarro demasiado fuerte les diera náuseas. Luego, en cuanto estuvo boca arriba, la mirada perdida en las bocanadas de humo que expelía, se puso a hablar de sí mismo largamente con monótonas frases. ¡Ah! ¡Ese maldito París, había que dejarse la piel para hacerse una posición! Recordaba los quince meses de aprendizaje en casa de su protector, el célebre Dequersonnière, el antiguo Gran Premio^[10] y en aquel momento arquitecto de edificios civiles, oficial de la Legión de Honor, miembro del Institut, cuya obra maestra, la iglesia de Saint-Matthieu, tenía algo de terrina de paté y de reloj Imperio: en el fondo, un buen hombre, a quien tomaba el pelo, aunque compartía su respeto por las viejas formas de expresión clásicas. Por otra parte, sin la ayuda de sus compañeros poco habría aprendido en su estudio de la rue du Tour, por donde el protector se pasaba tres veces a la semana deprisa y corriendo; sus compañeros eran unos pájaros de cuenta que le habían hecho al comienzo la vida muy dura, pero que al menos le habían enseñado a fijar un bastidor, a dibujar y a dar color a la aguada a un boceto. ¡Cuántas veces no había desayunado una simple taza de chocolate y un panecillo para poder pagar los veinticinco francos al alumno encargado de los cobros! ¡Cuántas hojas penosamente emborronadas, cuántas horas pasadas en su casa volcado en los libros antes de atreverse a presentarse al examen de ingreso en la Escuela! Con todo y con eso, había estado a punto de suspender, a pesar de sus intensos esfuerzos: no tenía imaginación, su prueba escrita, una cariátide y un comedor de verano, muy mediocres, le habían hecho quedar entre los últimos; cierto que se había recuperado en el oral, con su cálculo de los logaritmos, sus planos de geometría y el examen de historia, pues estaba muy fuerte en la parte científica. Pero ahora que se encontraba en la Escuela, como alumno de segundo año, tenía que partirse el pecho para sacarse su título de primera clase. ¡Qué perra vida! ¡No se acababa nunca!

Colocó las piernas abiertas en alto, sobre los cojines, dio unas fuertes chupadas, con regularidad.

—Curso de perspectiva, curso de geometría descriptiva, curso de estereotomía, curso de construcción, historia del arte, ¡ah!, y mira que hay que emborronar papel tomando apuntes... Y cada mes una prueba de arquitectura, unas veces un simple

esbozo, otras un proyecto. Se acabó la diversión, si quiere uno pasar los exámenes y sacarse los títulos necesarios, sobre todo cuando, aparte de atender a las propias necesidades, has de encontrar tiempo para ganarte la vida... Yo estoy reventado...

Había caído un cojín al suelo y lo pescó con la ayuda de los pies.

—A pesar de todo, tengo suerte. ¡Hay tantos compañeros que tratan de abrirse camino sin conseguir nada! Anteayer conocí a un arquitecto que trabaja para un gran constructor, ¡oh!, no, imposible hacerse a la idea de un arquitecto más ignorante: un verdadero patán, incapaz de calcar ni un dibujo; y va y me ofrece veinticinco sueldos por hora para que le haga el proyecto de sus casas... Me vienen de perillas, pues mi madre me dijo que estaba sin un céntimo. ¡Pobre madre mía, qué dineral tengo que devolverle!

Como Dubuche hablaba evidentemente para sí, sin hacer otra cosa que repetir las ideas de todos los días, su continua preocupación por conseguir hacer fortuna lo antes posible, Sandoz no se tomaba la molestia de escucharle. Había abierto el ventanillo, se había sentado a nivel del tejado, sufriendo a la larga por el calor que hacía en el estudio. Pero de repente interrumpió al arquitecto.

—Dime una cosa, ¿vienes a cenar el jueves?... Estarán todos, Fagerolles, Mahoudeau, Jory, Gagnière.

Todos los jueves se reunía en casa de Sandoz la cuadrilla, los compañeros de Plassans y otros conocidos en París, todos revolucionarios y animados por la misma pasión por el arte.

—El jueves que viene creo que no —respondió Dubuche—. He de ir a casa de una familia, que da un baile.

—¿Acaso esperas cazar una dote?

—¡No sería tan tonto como para dejarla escapar!

Golpeó su pipa contra la palma de su mano izquierda para vaciarla; y, con un repentino estallido de voz, añadió:

—Olvidaba... que he recibido una carta de Pouillaud.

—¡También tú!... ¿Eh? Está bastante acabado. ¡Pouillaud! ¡Ése sí que lleva mal camino!

—¿Por qué lo dices? Heredará de su padre y se gastará tranquilamente su dinero. Su carta es muy razonable, siempre he dicho que nos acabaría dando una lección a todos, con su facha de guasón... ¡Ah, ese animal de Pouillaud!

Sandoz iba a replicar, furioso, cuando le interrumpió un juramento desesperado de Claude. Éste, desde que se había empeinado en trabajar, no había despegado los labios. Parecía incluso que no les oyera.

—¡Rediós!, tampoco esta vez lo he conseguido... ¡Decididamente, soy un inútil, no haré nunca nada que valga la pena!

Y, en un arrebato, un ataque de loca rabia, quiso arrojar sobre el lienzo para reventarlo de un puñetazo. Sus amigos le retuvieron. ¡Era una chiquillada dejarse llevar por semejante ira! ¡Bien se quedaría cuando estuviera mortalmente arrepentido

de haber destruido su obra! Pero, temblando aún, sumido de nuevo en el silencio, él miraba el cuadro sin responder, con una mirada encendida y fija, en la que ardía el espantoso tormento de su impotencia. Nada claro, nada vivo acudía a sus dedos, el pecho de la mujer le quedaba empastado de tonos pesados; manchaba aquella carne adorada que él soñaba deslumbrante, ni siquiera conseguía adecuarla a su plan. ¿Qué le pasaba a su cabeza que sentía que se le partía en su esfuerzo inútil? ¿Era una lesión ocular lo que le impedía ver de forma adecuada? ¿Habían dejado sus manos de ser suyas, puesto que se negaban a obedecerle? Enloquecía todavía más, irritado por aquella ignorada herencia, que le hacía a veces la creación tan feliz y otras le idiotizaba de esterilidad, hasta el punto de que olvidaba las primeras nociones de dibujo. ¡Y sentir todo su ser presa de la náusea del vértigo y quedarse clavado allí a pesar de todo, con unas enormes ansias de crear, cuando todo se esfuma, desaparece en torno a uno, el orgullo del trabajo, la gloria soñada, la existencia entera!

—Oye, amigo —prosiguió Sandoz—, no es ningún reproche, pero son las seis y media, y nos tienes muertos de hambre... Sé razonable y vente con nosotros.

Claude limpió con bencina un extremo de su paleta. Vació en ella de nuevo unos tubos y respondió una sola palabra con voz tonante:

—¡No!

Durante diez minutos, nadie dijo nada más, el pintor, fuera de sí, luchando con su tela, los otros dos turbados y tristes por aquella crisis, que no sabían cómo calmar. Luego, cuando llamaron a la puerta, fue el arquitecto quien fue a abrir.

—¡Vaya, pero si es Malgras!

El marchante era un hombre grueso, envuelto en un viejo levitón verde, muy sucio, que le daba un aspecto de desaliñado cochero de simón, con su pelo blanco cortado a cepillo y su rubicunda cara, picada de manchas violáceas. Dijo con voz aguardentosa:

—Casualmente pasaba por el muelle, enfrente... He visto al caballero en la ventana, y he subido...

Se interrumpió, ante el silencio del pintor, que se había vuelto hacia su tela con un gesto de exasperación. Por lo demás, no se inquietaba, estaba totalmente a sus anchas, firmemente plantado sobre sus fuertes piernas, mientras examinaba con sus ojos con pintas de sangre el cuadro esbozado. Lo juzgó sin miramientos, con una frase no falta de ironía y ternura.

—¡Esto sí que es una cosa grande!

Y, como nadie decía ni palabra, se paseó tranquilamente a pasitos por el estudio mientras miraba a lo largo de las paredes.

Malgras, bajo su espesa capa de mugre, era un buen tunante, que tenía gusto y olfato para la buena pintura. Nunca perdía el tiempo en casa de los mediocres pintamonas, se iba directo, por instinto, a los artistas con personalidad propia, discutidos aún, en quienes su rojiza nariz de borracho olía a la legua un gran futuro. Aparte de esto, tenía una manera terrible de negociar, mostrando la astucia de un

salvaje para llevarse a bajo precio la tela que codiciaba. Luego se contentaba con un beneficio de buen hombre, el veinte por ciento, o el treinta como mucho, pues basaba su negocio en una rápida renovación de su pequeño capital, sin comprar nunca por la mañana si no sabía a cuál de sus clientes se lo vendería por la tarde. Mentía, por otra parte, descaradamente.

Parado cerca de la puerta, delante de las academias pintadas en el estudio Boutin, las contempló durante unos minutos en silencio, reluciéndole los ojos de disfrute de buen conocedor, que disimulaba bajo sus pesados párpados. ¡Qué talento, qué impresión de vida había en aquel gran chiflado que perdía su tiempo con cuadros inmensos que no quería nadie! Las bonitas piernas de la chiquilla, pero sobre todo el admirable vientre de la mujer, le encantaban. Pero aquello no estaba en venta, y había hecho ya su elección, un pequeño boceto, un rincón de la campiña de Plassans, intenso y delicado, que fingía no ver. Finalmente se acercó y dijo como quien no quiere la cosa:

—¿Qué es eso? Ah, sí, uno de sus trabajos del Sur... Es demasiado crudo, aún tengo los dos que le compré.

Y continuó con frases desidiosas, interminables:

—Tal vez no quiera creerme, señor Lantier, eso no hay quien lo venda, en absoluto. Tengo el piso lleno de cosas así, siempre temo estropear alguna al darme la vuelta. No puedo seguir así, se lo prometo. Tendré que liquidarlo todo, y acabaré en el hospital de los pobres... ¿No? Ya me conoce usted, tengo el corazón más grande que el bolsillo, lo único que deseo es complacer a los jóvenes con talento como usted. ¡Oh!, por lo que hace al talento, tiene usted para dar y regalar, no paro de decírselo a voces. Pero ¿qué quiere usted? ¡No pican el anzuelo, no, no pican!

Fingía emoción; luego, como alguien que cede a un arrebato de locura, agregó:

—En fin, para no haber venido en balde... ¿Qué me pediría por ese apunte?

Claude, irritado, pintaba con temblores nerviosos. Secamente, sin volver la cabeza, respondió:

—Veinte francos.

—¡Cómo que veinte francos! ¡Está usted loco! Me vendió usted los otros por diez francos la unidad... ¡Hoy por hoy no daría por él más de ocho francos, ni un sueldo más!

Por lo común, el pintor cedía enseguida, avergonzado y superado por aquellas disputas miserables, y dichoso, en el fondo, de conseguir ese poco de dinero. Pero, esta vez, se obstinó, fue a soltarle unos insultos a la cara al marchante, que se puso a tutearle, negándole todo talento, colmándole de invectivas y tratándole de hijo ingrato. Malgras acabó por sacarse del bolsillo, una a una, tres monedas de cien sueldos, y se las lanzó desde lejos como si fueran unos tejos sobre la mesa, donde tintinearón entre los cubiertos.

—Una, dos y tres... Ni una más, ¿entendido? Hay una de más que has de devolverme y que pienso descontártela de otra cosa, palabra de honor... ¡Quince

francos por esto! ¡Ah, hijo mío, te arrepentirás de esta jugarreta!

Agotado, Claude le dejó descolgar la tela, que desapareció como por ensalmo bajo el levitón verde. ¿Había ido a parar al fondo de algún bolsillo especial? ¿Dormía bajo el forro? Ningún abultamiento así lo indicaba.

Tras haber hecho su jugada, Malgras se dirigió hacia la puerta, calmado de repente. Pero cambió de idea y volvió sobre sus pasos para decir con aire bonachón:

—Escuche, Lantier, necesito un bogavante... ¿Eh?, me debe este favor, después de haberme desplumado... Yo le traeré el bogavante, y usted me hará una naturaleza muerta con él, y se lo quedará por la molestia, cómaselo con los amigos... ¿Conformes, no?

Al oír aquella proposición, Sandoz y Dubuche, que hasta aquel momento habían escuchado con curiosidad, rompieron en una tan gran carcajada que el marchante se animó a su vez. Esos pencos de pintores no hacían nada bueno, se morían de hambre. ¿Qué habría sido de esos condenados zánganos si Malgras no les hubiera traído, de vez en cuando, una buena pierna de cordero, una barbada muy fresca o un bogavante con su ramillete de perejil?

—¿Tendré mi bogavante, no? Lantier... Muchas gracias.

De nuevo se quedó plantado delante del esbozo de la gran tela con su sonrisa de admiración burlona. Y por fin se fue repitiendo:

—¡Esto sí que es una cosa grande!

Claude quiso retomar de nuevo su paleta y sus pinceles. Pero sus piernas flaqueaban, se le caían los brazos, entumecidos como si estuvieran atados a su cuerpo por una fuerza superior. En el gran silencio mortecino que se había hecho, tras el estallido de la disputa, vacilaba, cegado, extraviado, delante de su obra informe. Entonces, balbució:

—Ah, no puedo más, no puedo más... ¡Ese cerdo ha terminado conmigo!

Acababan de dar las siete en el reloj de cuco, había trabajado durante ocho largas horas, sin comer nada más que un currusco de pan, sin descansar un minuto, de pie, con escalofríos de fiebre. Ahora se ponía el sol, las sombras comenzaban a oscurecer el estudio, donde aquel final de día adquiriría una melancolía espantosa. Cuando la luz moría así, en medio de una crisis de mal trabajo, era como si el sol no fuera a reaparecer nunca más, tras haberse llevado la vida, la alegría cantarina de los colores.

—Ven —suplicó Sandoz con el afecto de una compasión fraterna—. Ven, amigo mío.

Dubuche mismo añadió:

—Lo verás más claro mañana. Vente a cenar.

Por un instante, Claude se negó a rendirse. Permanecía clavado en el parqué, sordo a sus voces amistosas, terrible en su cabezonería. ¿Qué quería hacer, ahora que sus rígidos dedos soltaban el pincel? No lo sabía; pero por más que no pudiera, se sentía dominado por un furioso deseo de poder todavía, de crear a pesar de todo. Y, aunque no hiciera nada, se quedaría al menos, no abandonaría el puesto. Tras lo cual

se decidió, y un escalofrío le recorrió el cuerpo como un gran sollozo. Había cogido con toda la mano una espátula muy ancha; y, de una sola pasada, raspó la cabeza y la garganta de la mujer. Fue un verdadero asesinato, como si la aplastara; todo desapareció en un fangoso borrón. Entonces, junto al vigoroso caballero de la chaqueta, entre el verdor resplandeciente donde pugnaban las dos jóvenes luchadoras tan claras, no quedó, de aquella mujer desnuda, sin pechos ni cabeza, más que una vaga mancha cadavérica, una carne de sueño evaporada y muerta.

Sandoz y Dubuche bajaban ya ruidosamente la escalera de madera. Y Claude les siguió, huyó de su obra, con el horrible sufrimiento de dejarla así, señalada con una herida abierta.

III

El comienzo de la semana fue para Claude desastroso. Había recaído en una de esas dudas que le hacían repudiar la pintura con el aborrecimiento de un amante traicionado que cubre de insultos a la infiel, torturado, sin embargo, por la necesidad de seguir adorándola; y el jueves, al cabo de tres horribles días de inútil y solitaria lucha, salió a las ocho de la mañana cerrando de un portazo, tan disgustado de sí mismo que se juraba no volver a coger nunca más un pincel. Cuando estaba trastornado por una de aquellas crisis, no quedaba más que un remedio: olvidarse, ir a buscar pendencia con los amigos y sobre todo caminar, caminar por París, hasta que el calor y el olor a lucha de las calles le hubieran devuelto los ánimos.

Aquel día, como cada jueves, cenaba en casa de Sandoz, donde se reunían. Pero ¿qué hacer hasta la noche? La idea de quedarse solo, atormentándose, le desesperaba. Habría corrido de inmediato a casa de su amigo si no se hubiera dicho que éste debía de estar en la oficina. Luego se le ocurrió pensar en Dubuche, pero le entraron dudas, pues desde hacía un tiempo su viejo amigo se mostraba frío con él. No sentía que hubiera ya entre ellos dos la fraternidad de las horas de exaltación, intuía que no tenía ya complicidad con él, lo notaba sordamente hostil, comprometido con otras ambiciones. Pero ¿a qué puerta llamar? Se decidió y se fue hacia la rue Jacob, donde el arquitecto ocupaba una reducida habitación, en el sexto piso de un frío caserón.

Estaba ya Claude en el segundo piso, cuando la portera, llamándole, vociferó con tono agrio que monsieur Dubuche no se encontraba en casa, y que incluso había dormido fuera. Bajó lentamente hacia la acera, estupefacto por aquella barbaridad, una escapada de Dubuche. Su mala pata era increíble. Vagó un momento sin objeto. Pero al pararse en la esquina de la rue de Seine, sin saber hacia qué lado doblar, se acordó de repente de lo que le había contado su amigo acerca de una noche pasada en el estudio Dequersonnière, una última noche de un ingente trabajo, la víspera del día en que los alumnos debían presentar sus proyectos en la Escuela de Bellas Artes. Se dirigió enseguida hacia la rue du Four, donde estaba el estudio. Hasta aquel día había evitado ir allí a recoger a Dubuche por temor a las pitadas con que eran recibidos los profanos. Pero hacia allí se dirigía resueltamente, envalentonado ante la angustia de estar solo, hasta el punto de sentirse dispuesto a aguantar todo tipo de insultos con tal de conseguir un compañero de fatigas.

El estudio se encontraba en la rue du Four, en el punto más estrecho de la misma, al fondo de un viejo edificio cuarteado. Había que atravesar dos fétidos patios para llegar, por fin, a un tercero, donde se alzaba al través una especie de cobertizo cerrado, una vasta sala hecha de tablas y argamasa que había ocupado con anterioridad un embalador. Desde fuera, a través de los cuatro ventanales con sus cristales inferiores pintarrajeados de albayalde, sólo se veía el techo desnudo y encalado.

Pero Claude, tras haber empujado la puerta, se quedó inmóvil en el umbral. La

vasta sala se extendía, con sus cuatro largas mesas, perpendiculares a las ventanas, mesas dobles, muy anchas, ocupadas a uno y otro lado por filas de alumnos, atestadas de esponjas mojadas, salserillas, vasos de agua, palmatorias de hierro, cajas de madera en las que cada uno guardaba su blusa de dril, sus compases y colores. En un rincón, se herrumbraba la estufa olvidada del último invierno, junto a unos restos de carbón de coque, que ni siquiera habían sido barridos, mientras que, en el otro extremo, colgaba un gran lavamanos de cinc, entre dos toallas. Y, en medio de esta desnudez de lonja de mercado mal cuidada, llamaban sobre todo la atención las paredes, que mostraban en fila en su parte superior, en unos anaqueles, un gran batiburrillo de vaciados, que desaparecían más abajo tras un hacinamiento de escuadras, cartabones y tablas de lavar empaquetadas con unas correas. Poco a poco, todos los paños de pared que habían quedado libres habían sido ensuciados con inscripciones y dibujos, como una hez que sube, arrojada allí, como en los márgenes de un libro siempre abierto. Había caricaturas de compañeros, formas de objetos obscenos, frases que habrían sacado los colores a un guardia, amén de sentencias, cuentas y direcciones, todo ello presidido, dominado por esta línea lacónica de denuncia, en grandes caracteres, en un lugar destacado: «7 de junio, Gorfú dijo que Roma le importaba un carajo^[11]. Firmado: Godemard».

Un gruñido había acogido al pintor, el gruñido de las fieras cuando se las molesta en su guarida. Lo que le dejaba parado era el aspecto de la sala, en la mañana de la «noche del carretón», como llaman los arquitectos a aquella noche del supremo esfuerzo. Desde la víspera, todo el estudio, los sesenta alumnos, estaba encerrados allí, y quienes no tenían proyectos que entregar, los «negros», ayudaban a los demás, los competidores con retraso, obligados a despachar en doce horas el trabajo de ocho días. Desde medianoche se habían atracado de embutidos y de vino de garrafa. A eso de la una, como postre, habían hecho venir a tres señoritas de una casa vecina. Y sin que el trabajo se retrasase, la fiesta había degenerado en una orgía romana, en medio del humo de las pipas. Quedaba por el suelo una alfombra de papeles grasientos, de culos de botellas rotas, de charcos turbios que el parqué acababa de embeberse, mientras el aire conservaba el olor acre de las velas consumidas en las palmatorias de hierro, el olor agrisado del almizcle de las señoritas, mezclado con el de las longanizas y del vino peleón.

Dos voces aullaron salvajemente:

—¡Largo de aquí!... ¡Oh!, ¡menuda jeta! ¡Qué quiere ese melón!... ¡Fuera! ¡Fuera!

Ante la violencia de aquella tempestad, Claude vaciló un momento, anonadado. Llegaban hasta las palabrotas, y el colmo de la elegancia, hasta para los espíritus más distinguidos, consistía en competir en decir asquerosidades. Había recuperado el ánimo e iba a replicar, cuando Dubuche le reconoció. Éste enrojeció hasta la orejas, pues detestaba tales aventuras. Se avergonzó de su amigo, acudió bajo los abucheos que ahora se volvían contra él y balbució:

—Pero ¿qué haces tú aquí?... Te dije que no se te ocurriera entrar nunca aquí... Espérame un momento en el patio.

En aquel momento, cuando retrocedía, Claude estuvo a punto de ser aplastado por el carretón que dos mocetones muy barbudos llevaban al galope. Era de este carretón del que recibía su nombre la noche del esfuerzo supremo; y, desde hacía ocho días, los alumnos, retrasados por los trabajillos pagados que hacían afuera, repetían el grito: «¡Oh!, que je suis en charrette!»^[12]. Tan pronto como apareció el carretón, estalló un clamor. Eran las nueve menos cuarto, había el tiempo justo para llegar a la Escuela. Una enorme desbandada vació la sala: cada uno sacaba sus bastidores entre los codazos de los demás; quienes se empeñaban en querer terminar un detalle eran empujados y llevados a rastras. En menos de cinco minutos, todos los bastidores estuvieron apilados en el vehículo, y los dos mocetones barbudos, los últimos en llegar al estudio, se uncieron como unos animales y tiraron a paso de carga, mientras la marea de los demás vociferaba y los empujaba por detrás. Fue como si se rompiera una esclusa, los dos patios fueron atravesados en medio del ruido de un torrente, la calle se vio invadida, inundada por aquel gentío aullante.

Claude, sin embargo, echó a correr, junto a Dubuche, que iba a la cola, muy contrariado por no haber tenido un cuarto de hora más para retocar una aguada.

—¿Qué haces luego?

—¡Oh! Tengo algunos encargos que despachar durante todo el día.

El pintor se sintió desesperado al ver que también aquel amigo se le escapaba.

—Está bien, te dejo... ¿Irás esta noche a casa de Sandoz?

—Creo que sí, a menos que no me retengan a cenar en otra parte.

Los dos estaban sin aliento. La panda, sin disminuir el paso, alargaba el itinerario para continuar paseando su griterío. Tras haber bajado por la rue du Four, se lanzó a través de la place Gozlin para tomar por la rue de l'Échaudé. En cabeza, el carretón, tirado, empujado con más fuerza, daba botes por los adoquines desiguales con el lamentable baile de los bastidores de que iba atestado; luego el gentío se puso al galope, obligando a los transeúntes a arrimarse a las casas para no acabar por los suelos; y los tenderos, boquiabiertos junto a las puertas de sus establecimientos, creían que había una revolución. Todo el barrio estaba en vilo. En la rue Jacob fue tal el desbarajuste, en medio de gritos tan espantosos, que algunas persianas se cerraron. Cuando entraban por último por la rue Bonaparte, uno, rubio y alto, hizo la broma de coger a una joven criada, que estaba estupefacta en la acera, y de llevársela. Una paja en medio del torrente.

—Bien, adiós —dijo Claude—. ¡Hasta la noche!

—¡Sí, hasta la noche!

El pintor, ya sin aliento, se había parado en la esquina de la rue des Beaux-Arts. Delante de él, el patio de la escuela se encontraba abierto de par en par. Lo engulló todo.

Tras haber resoplado un momento, Claude volvió a la rue de Seine. Su mala

suerte se agravaba, estaba escrito que no encontraría a ningún amigo a quien no incordiasse aquella mañana; y subió por la calle, caminó lentamente hasta la place du Panthéon, sin un propósito claro; luego pensó que siempre podía entrar en el Ayuntamiento para dar un apretón de manos a Sandoz. Serían unos diez minutos. Pero se quedó patidifuso cuando un mozo le respondió que el señor Sandoz había pedido un día libre para ir a un entierro. Él, sin embargo, conocía aquel cuento: su amigo alegaba ese motivo cada vez que quería pasar un día entero trabajando en su casa. Y había reanudado ya su camino cuando un sentimiento fraternal de artista, un escrúpulo de honrado trabajador, le hizo detenerse: era un crimen que fuera a molestar a un buen amigo, y a vomitarle su desaliento por una obra que se le resistía, justo en el momento en que él sacaba sin duda adelante con valentía la suya.

A partir de aquel momento, Claude tuvo que resignarse. Arrastró su negra melancolía por los muelles hasta el mediodía con la cabeza tan pesada, por la que le rondaba la obsesión de su impotencia, que distinguía como a través de una niebla los amados horizontes del Sena. Luego se encontró en la rue de la Femme-Sans-Tête, comió en Gomard, una taberna, cuyo letrero, *Au Chien de Montargis*, le llamaba la atención. Había sentados allí, a la mesa, unos albañiles, en blusón de trabajo, manchados de yeso; y, como ellos, con ellos, comió el «plato del día» de ocho sueldos, una sopa de caldo, en el que mojó pan, y carne de cocido con judías, servido en un plato húmedo aún del aclarado. Era incluso demasiado bueno para un inútil como él que no conocía su oficio: cada vez que fracasaba con una obra se infravaloraba, se ponía por debajo de los mismos peones, cuyos robustos brazos cumplían al menos con su tarea. Se entretuvo allí durante una hora, embruteciéndose con las conversaciones de las mesas vecinas. Y, una vez fuera, retomó su lento andar, a la ventura.

Pero, al llegar a la plaza del Ayuntamiento, una idea le hizo apretar el paso. ¿Por qué no se le había ocurrido Fagerolles? Por más que fuera alumno de la Escuela de Bellas Artes, Fagerolles era un ser amable, alegre y nada tonto. Se podía hablar con él, incluso cuando defendía la mala pintura. Si había comido en casa de su padre, en la rue Vieille-du-Temple, seguro que estaría todavía allí.

Al entrar en aquella estrecha calleja, Claude sintió una sensación de frescor. El día se estaba poniendo muy caluroso, y subía del empedrado una humedad que, a pesar del cielo despejado, permanecía mojado y pringoso con las continuas pisadas de los transeúntes. A cada minuto algún empujón le obligaba a bajar de la acera con el riesgo consiguiente de verse aplastado por los carromatos y las jardineras^[13]. Sin embargo, la calle le divertía con su conjunto disperso de casas, las fachadas anodinas, abigarradas de rótulos hasta las canales, en las que se abrían pequeñas ventanas, donde se oía el ruido de todos los oficios a domicilio de París. En uno de sus puntos más estrechos, le retuvo un puesto de periódicos: entre una peluquería y una casquería, había un escaparate de grabados imbéciles, ternezas de romanza mezcladas con chocarrerías de vida de cuartel. Plantado delante de aquellas imágenes, un chico

alto y pálido los contemplaba ensoñado; dos chiquillas se daban empujones entre risas burlonas. Les habría dado un bofetón a los tres, por lo que se dio prisa en cruzar la calle, pues la casa de Fagerolles se encontraba justo enfrente, una vieja casa oscura más adelantada que las otras, emporcada de lodo de la calle. Y, como llegaba un ómnibus, no le dio tiempo más que de saltar a la acera, convertida allí en simple bordillo; las ruedas le rozaron el pecho y le salpicaron de barro hasta las rodillas.

El señor Fagerolles, el padre, fabricante de objetos artísticos de cinc, tenía sus talleres en la planta baja; y con objeto de reservar, en el primer piso, como almacenes de muestras las dos grandes estancias luminosas que daban a la calle, ocupaba encima del patio un pisito oscuro que apeataba a sótano. Era allí donde había crecido su hijo Henri, verdadera planta de las calles parisinas, al borde de aquella acera comida por las ruedas, mojada por el agua del arroyo, enfrente de la tienda de estampas, de la casquería y de la peluquería. Primero, su padre había hecho de él un dibujante ornamentista para su propio uso. Luego, al despertarse en el chaval, que sentía afición por la pintura y hablaba de la Escuela, más elevadas ambiciones, hubo peleas, bofetadas, una serie de desavenencias y reconciliaciones. Todavía ahora, aunque Henri había conseguido sus primeros éxitos, el fabricante de objetos artísticos de cinc, resignado a dejarle libre, le trataba con dureza, como a un muchacho que malgastaba su vida.

Tras reaccionar, Claude enfiló el porche de la casa, una bóveda profunda, que daba a un patio de una luz verdosa, con un olor insulso y a moho de fondo de cisterna. La escalera se abría bajo una marquesina, al aire libre, una amplia escalera, con un viejo pasamano comido por la herrumbre. Y, en el momento que el pintor pasaba por delante de los almacenes del primer piso, percibió, por una puerta acristalada, al señor Fagerolles que estaba examinando sus modelos. Entonces, queriendo ser cortés, entró, a pesar de su rechazo de artista por todo aquel cinc coloreado como si fuera bronce, toda aquella estética, espantosa y falsa, de la imitación.

—Buenos días, señor... ¿Está Henri todavía aquí?

El fabricante, un grueso hombre descolorido, se enderezó en medio de sus floreros, de sus jarrones y de sus estatuillas. Tenía en una mano un nuevo modelo de termómetro, una malabarista en cuclillas, que sostenía en su nariz el ligero tubo de cristal.

—Henri no ha venido a comer —respondió a secas.

Aquel recibimiento turbó al joven.

—Ah, no ha venido... Le pido mil perdones. Adiós, señor.

—Adiós.

Una vez fuera, Claude maldijo entre dientes. Era un perfecto cenizo, también Fagerolles se le escapaba. Ahora estaba arrepentido de haber ido allí y de haberse interesado por aquella vieja calle pintoresca, furioso por aquella gangrena romántica que renacía en él a su pesar; tal vez fuera aquél su mal, la falsa idea que paralizaba a

veces su cerebro. Y cuando de nuevo volvió a los muelles, se le ocurrió la idea de regresar a casa para ver si su cuadro era realmente tan malo. Pero sólo pensarlo le hizo ya estremecerse. Su estudio se le antojaba un lugar de horror, donde no podía seguir viviendo, como si hubiera dejado allí el cadáver de un afecto muerto. No, no, subir los tres pisos, abrir la puerta, encerrarse enfrente de aquello: ¡habría necesitado unas fuerzas muy superiores a su valor! Cruzó el Sena, recorrió toda la rue Saint-Jacques. ¡No podía hacer nada!, era demasiado desgraciado, se iba a la rue d'Enfer a molestar a Sandoz.

El pisito, en la cuarta planta, se componía de un comedor, un dormitorio y una pequeña cocina, que ocupaba el hijo, mientras que la madre, postrada por la parálisis, tenía, del otro lado del descansillo, una habitación donde vivía en una soledad triste y voluntaria. La calle estaba desierta, las ventanas daban al vasto jardín de los Sourds-Muets, que dominaban la copa redonda de un gran árbol y el campanario cuadrado de Saint-Jacques du Haut-Pas.

Claude encontró a Sandoz en su cuarto, inclinado sobre su mesa, concentrado delante de una página escrita.

—¿Molesto?

—No, he estado trabajando desde la mañana, ya tengo bastante... Imagínate que llevo una hora de esfuerzo agotador intentando arreglar una frase mal construida, que me ha estado remordiéndome la conciencia durante toda la comida.

El pintor hizo un gesto de desesperación; y, al verle tan lúgubre, el otro comprendió.

—Tampoco tú, hoy, con eso, ¿eh?... Salgamos. Demos una vuelta para desentumecernos un poco, ¿quieres?

Pero, cuando pasaba por delante de la cocina, una vieja le detuvo. Era su asistente, que venía de ordinario dos horas por la mañana y dos por la tarde; sólo el jueves se quedaba toda la tarde para preparar la cena.

—Entonces —preguntó ella—, decidido, señor: ¿raya y pierna de cordero con patatas?

—Sí, si a usted le parece bien.

—¿Y cuántos cubiertos?

—Ah, eso nunca se sabe... Ponga, en cualquier caso, cinco cubiertos, y ya se verá luego. Para las siete, ¿no? Trataremos de ser puntuales.

Luego, en el rellano, Claude esperó un momento mientras Sandoz se iba a ver a su madre; y cuando salió, igual de discreto y afectuoso, bajaron los dos en silencio. Fuera, tras haber husmeado a derecha e izquierda, como para saber de dónde soplaba el viento, acabaron por ir calle arriba, desembocando en la place de l'Observatoire, donde enfilaron el boulevard de Montparnasse. Era su recorrido habitual, o por lo menos desembocaban allí, porque les gustaba el amplio desplegarse de los bulevares exteriores, por donde paseaban a sus anchas. No siempre hablaban, la cabeza todavía pesada, serenados poco a poco por el hecho de estar juntos. Sólo cuando estuvieron

delante de la Gare de l'Ouest se le ocurrió una idea a Sandoz.

—¿Qué me dices si fuéramos a casa de Mahoudeau para ver cómo anda su gran obra? Sé que hoy ha dejado tranquilos a sus santitos.

—Está bien —respondió Claude—. Vamos a ver a Mahoudeau.

Inmediatamente tomaron por la rue du Cherche-Midi. El escultor Mahoudeau había alquilado, a unos pocos pasos del bulevar, la tienda de una frutera que había cerrado el negocio; y se había instalado en el local, limitándose a pintarraजार los cristales con una mano de yeso. En aquella parte de la calle, amplia y desierta, reina una paz provinciana, atenuada más aún por un cierto sabor clerical: unas puertas cocheras permanecen abiertas de par en par, mostrando una fila de patios muy profundos; una vaquería exhala un tibio olor a pajaza, el muro de un convento se extiende interminable. Y exactamente allí, flanqueada por el convento y una herboristería, era donde se encontraba la tienda, transformada en estudio, y cuyo letrero todavía decía «Frutas y verduras», en grandes letras amarillas.

Claude y Sandoz estuvieron a punto de quedar tuertos por culpa de unas niñas pequeñas que saltaban a la cuerda. En las aceras había sentadas unas familias, cuyas barricadas de sillas les obligaban a ir por en medio de la calzada. Sin embargo, cuando llegaban se detuvieron un momento, atraídos por la herboristería. Entre los dos escaparates que exhibían lavativas, bragueros y todo tipo de objetos de uso íntimo y delicado, debajo de las hierbas secas de la puerta, de donde salía un continuo efluvio de aromas, les miraba fijamente, de pie, una mujer flaca y morena, mientras, detrás de ella, en la sombra, asomaba el perfil borroso de un hombrecillo paliducho, que tosía echando los pulmones. Tras darse con el codo y mirarse con ojos animados por un amago de risa burlona, hicieron girar el pomo de la puerta de Mahoudeau.

Llenaba casi la tienda, bastante grande, una mole de arcilla, una bacante colosal, medio recostada sobre una roca. Los tablones que la sostenían se doblaban bajo el peso de aquella masa todavía informe, en la que era imposible distinguir más que unos pechos de giganta y unos muslos como torres. El agua chorreaba por todas partes, había cubetas fangosas repartidas por doquier, un rincón entero sucio de mortero de yeso, mientras que, en las estanterías de la antigua frutería que habían quedado en su sitio, había esparcidos algunos vaciados de antigüedades que el polvo acumulado lentamente parecía adornar de una fina capa de ceniza. Subía del suelo una humedad de lavandería, un insulso olor a arcilla mojada. Y la miseria típica de los estudios de escultor, esa suciedad propia del oficio eran más acusadas bajo la mortecina claridad de los cristales pintarrajados del escaparate.

—¡Vaya, sois vosotros! —exclamó Mahoudeau, sentado delante de su enorme mujer, mientras fumaba en pipa.

Era bajito, delgado, de cara huesuda, surcada ya de arrugas a los veintisiete años; sus cabellos de crin negra se enmarañaban sobre una frente muy baja; y, en aquella careta amarillenta, de una terrible fealdad, se abrían unos ojos de niño, claros e inexpresivos, que sonreían con encantadora puerilidad. Hijo de un cantero de

Plassans, había cosechado allí grandes éxitos, en los concursos del Museo; luego se había venido a París como ciudadano laureado con la beca de ochocientos francos, que se adjudicaba por cuatro años. Pero, en París, había vivido desterrado, indefenso, fracasando en la Escuela de Bellas Artes, gastándose su beca sin hacer nada; por lo cual, al cabo de cuatro años, se había visto obligado, para vivir, a ponerse a trabajar con un comerciante de santos, donde rascaba durante diez horas al día san Josés, san Roques y Magdalenas, todo el calendario de las parroquias. Hacía apenas seis meses que le había vuelto a dominar la ambición al encontrarse con unos animosos compañeros de Provenza, de los que él era el mayor, conocidos en otro tiempo en casa de su tía Giraud, un pensionado de chicos, y convertidos hoy en terribles revolucionarios; y su ambición adquiría proporciones desmesuradas en contacto con aquellos artistas apasionados que le trastocaban el cerebro con el entusiasmo de sus teorías.

—¡Diablos! —dijo Claude—, ¡menuda pieza!

El escultor, complacido, dio una pipada y soltó una nube de humo.

—¿A que sí?... ¡Voy a taparles la boca con carne, carne de verdad, no esa manteca de cerdo que hacen ellos!

—¿Es una bañista? —preguntó Sandoz.

—No, le pondré unos pámpanos... Una bacante, ya me entiendes.

De golpe, Claude se enojó violentamente.

—¡Una bacante! ¿Te burlas de nosotros? ¿Es que existe eso, una bacante?... ¡Una vendimiadora querrás decir! Y una vendimiadora moderna, ¡por Dios! Ya lo sé, es un desnudo. Pues, entonces, una campesina que se ha quitado la ropa. ¡Es algo que tiene que sentirse, tiene que estar viva!

Mahoudeau, desconcertado, escuchaba con un temblor. Le temía, se doblaba a su ideal de fuerza y de verdad. Y, exagerando, dijo:

—Sí, sí, eso quería decir... Una vendimiadora. ¡Ya verás como huele a mujer a la legua!

En esto, Sandoz, que estaba dando la vuelta al enorme bloque de arcilla, soltó una ligera exclamación:

—Ah, pero si está también aquí el socarrón de Chaîne.

En efecto, detrás de la mole, Chaîne, un chico gordo, estaba pintando en silencio, copiando en una pequeña tela la estufa apagada y cubierta de orín. Su cachaza, su cuello de toro, tostado, endurecido, de piel curtida denunciaban que era un chico de campo. No se le veía más que la frente, una frente abombada de cerril, pues su nariz era tan corta que desaparecía entre las rojas mejillas, y una poblada barba disimulaba sus recias mandíbulas. Era natural de Saint-Firmin, a dos leguas de Plassans, un pueblo donde había guardado rebaños hasta ser sorteado para el servicio militar; y sus desdichas habían comenzado con el entusiasmo de un burgués del vecindario por los puños de bastón que tallaba con su navaja en madera de raíz. Convertido desde entonces de pastor en genio, el gran hombre en ciernes del burgués aficionado, que

resultó que era miembro de la Comisión del Museo, incitado por éste, adulado, trastornado por las esperanzas despertadas, había fracasado posteriormente en todo, en los estudios, en los concursos, en la beca concedida por su ciudad; pero no por eso había dejado de partir para París, tras haber exigido por adelantado a su padre, un campesino pobre, su parte de la herencia, mil francos, con los que pensaba vivir un año en espera del triunfo prometido. Los mil francos habían durado dieciocho meses. Luego, cuando ya no le quedaban más que veinte francos, acababa de entrar a trabajar con su amigo Mahoudeau, y dormían los dos en la misma cama, en el fondo de la oscura trastienda, compartiendo el mismo pan, una provisión de pan comprada cada quince días por anticipado para que fuera muy duro y no poder comer así demasiado.

—¡Hay que decir, Chaîne —continuó Sandoz—, que su estufa es hermosamente fiel al original!

Chaîne, sin decir palabra, esbozó una muda sonrisa de orgullo por debajo de la barba, que iluminó su rostro como un rayo de sol. Para colmo de estupideces y completar debidamente su aventura, los consejos de su protector le habían hecho dedicarse a la pintura, pese a que lo que de verdad le gustaba era tallar la madera; y pintaba como un encalador, empastando los colores y consiguiendo enturbiar los más claros y brillantes. Pero su triunfo radicaba en la fidelidad en la torpeza, tenía ese gusto ingenuo por la minucia típico de un primitivo, la preocupación por los pequeños detalles, en los que se complacía el infantilismo de su ser, separado hacía poco de su tierra. La estufa, en su perspectiva oblicua, era clara y precisa, de un tono lúgubre de fango.

Claude se acercó y sintió compasión ante aquella pintura; y él, que tan duro era con los malos pintores, supo encontrar palabras de elogio.

—¡Ah, no se puede decir que sea usted artificioso! Al menos pinta usted como siente. ¡Y eso está muy bien!

Pero la puerta de la tienda se había abierto de nuevo y un guapo joven rubio, con una gran nariz y un ojazo azules de miope, entró gritando:

—¿Sabéis que la herborista de aquí al lado anda a la caza?... ¡La muy guarra!

Todos rieron, salvo Mahoudeau, que pareció muy incómodo.

—Jory, el rey de los metepatas —declaró Sandoz dando un apretón de manos al recién llegado.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Mahoudeau se acuesta con ella? —prosiguió Jory una vez que hubo comprendido por fin—. Pues bien, ¿eso qué importa? A una mujer no se le niega nunca un favor.

—Tú —se limitó a decir el escultor—, tú todavía sigues bajo las garras de la tuya, pues se te ha llevado un pedazo de mejilla.

De nuevo rompieron todos a reír, y esta vez fue Jory quien se ruborizó. Pues, en efecto, tenía en la cara dos cortes profundos. Hijo de un magistrado de Plassans, que estaba desesperado por sus aventuras de buen mozo, había coronado sus desenfrenos escapándose con una cantante de café-concert, con la excusa de ir a París a dedicarse

a la literatura; y, al cabo de seis meses de vivir juntos en un hotel de mala nota del Barrio Latino, esta mujerzuela le despellejaba vivo cada vez que él la traicionaba con las primeras miserables faldas que encontraba por la calle. Así lucía siempre algún nuevo costurón, la nariz ensangrentada, una oreja rasgada, un ojo a la funerala, hinchado y morado.

Por fin se pusieron a hablar, y sólo Chaîne seguía pintando, con su aire terco de buey de tiro. Jory se había quedado extasiado delante del boceto de *La vendimiadora*. También a él le encantaban las mujeres gruesas. Allá en su tierra se había dado a conocer como escritor de sonetos románticos que celebraban el pecho y las anchas caderas de una guapa chacinera que turbaba sus noches; y, en París, donde había conocido a la cuadrilla, se había hecho crítico de arte, y para vivir escribía artículos a veinte francos para un pequeño periódico que armaba mucho ruido, *Le Tambour*^[14]. Uno precisamente de aquellos artículos, un estudio sobre un cuadro de Claude, expuesto en la galería de Malgras, acababa de provocar un enorme escándalo, porque sacrificaba a los pintores «queridos por el público» en favor de su amigo y le presentaba como jefe de filas de una nueva escuela, la escuela del *plein air*. En el fondo, pragmático como era, le traía sin cuidado todo cuanto no fuera su propio disfrute, limitándose a repetir las teorías oídas en el grupo.

—¿Sabes, Mahoudeau? —exclamó—, voy a dedicarte un artículo, quiero dar a conocer a tu mujerona... ¡Ah, qué muslos! ¡Si se pudiera pagar por unos muslos así!

Luego cambió, bruscamente, de tema de conversación.

—A propósito, el avaro de mi padre me ha pedido disculpas. Sí, teme que le deshonre y me mandará cien francos mensuales... Yo pago mis deudas.

—¡Deudas tú! ¡Eres demasiado razonable! —susurró Sandoz sonriendo.

La verdad era que Jory revelaba una avaricia hereditaria que encontraban divertida. No pagaba nunca a las mujeres, llevaba una vida de crápula, sin dinero ni deudas; y a este innato saber disfrutar sin gastar un céntimo se sumaba en él una doblez permanente, la costumbre de mentir, vicio que había contraído en el ambiente devoto de su familia, donde la preocupación por ocultar los propios vicios le hacía mentir en todo y a todas horas, incluso sin necesidad. Su salida fue soberbia, el grito de un gran sabio conocedor de la vida.

—¡Oh!, vosotros no conocéis el precio del dinero.

Esta vez se ganó un abucheo. ¡Qué burgués! Y las invectivas se volvían más feroces cuando unos golpes ligeros dados contra la vidriera hicieron cesar el alboroto.

—¡Acaba siendo muy pesada! —dijo Mahoudeau con gesto cómico.

—¡Eh!, ¿qué pasa?, ¿la herborista? —preguntó Jory—. Déjala que pase, tendrá su gracia.

La puerta, por lo demás, se había abierto sin esperar el permiso para hacerlo, y la vecina, la señora Jabouille, Mathilde como se la conocía familiarmente, apareció en el umbral. Tenía treinta años, una cara chata, chupada de carnes, con ojos de haber sufrido y unos párpados violáceos y mustios. Contaba la gente que los curas la habían

casado con el modesto Jabouille, un viudo cuya herboristería era próspera a la sazón, gracias a la clientela devota del barrio. La verdad era que se veían a veces vagas sombras de sotanas atravesar la oscuridad de la tienda, perfumada por el aroma de un olor a incienso. Reinaba en ella una discreción conventual, una unción de sacristía, en la venta de las cánulas; y las devotas que entraban, cuchicheaban como en el confesionario, metían con disimulo unas jeringuillas en el fondo de su bolsa y luego se iban con los ojos gachos. Por desgracia, habían corrido rumores de abortos: una calumnia del tabernero de enfrente, decían las personas bienpensantes. Desde que el viudo se había casado en segundas nupcias, la herboristería iba a menos. Los tarros parecían palidecer, las hierbas secas colgadas del techo caían hechas polvo, él mismo tosía que parecía fuera a morir, reducido a la mínima expresión, a un manojito de huesos. Y, por más que Mathilde fuera devota, la clientela religiosa la iba abandonando poquito a poco, porque le parecía que se dejaba ver demasiado con hombres jóvenes, ahora que Jabouille era un pellejo.

Ella se quedó un momento inmóvil, escrutando los rincones con un rápido vistazo. Se había difundido un fuerte olor, el olor a plantas de que estaban impregnadas sus ropas y que traía encima, en su melena grasienta, siempre despeinada: el insulso olor dulzón de las malvas, el acre del saúco, el amargo del ruibarbo, pero sobre todo el fuerte aroma a menta sazonada con pimienta, que era como el aliento que le era propio, el aliento cálido que exhalaba en la nariz de los hombres.

Fingió sorpresa con un gesto:

—¡Ah, Dios mío! ¡Cuánta gente tiene!... No lo sabía, ya volveré.

—Eso es —dijo Mahoudeau, muy contrariado—. Y, además, voy a salir. Ya me concederá usted una sesión el domingo.

Claude, estupefacto, miró a Mathilde y luego a *La vendimiadora*.

—Pero ¡cómo! —exclamó—, ¿es la señora la que posa para esta musculatura? ¡Diantre, hay que ver lo gorda que la haces!

Y se reanudaron las risas mientras el escultor balbucía unas explicaciones: ¡oh!, no, el busto no, ni las piernas; sólo la cabeza y las manos; y unos pocos detalles más.

Pero Mathilde se reía con los demás, con una risa aguda de descaro. Entró resueltamente y cerró la puerta. Luego, como Pedro por su casa, contenta en medio de todos aquellos hombres con los que se rozaba, los fue olfateando. Su risa había mostrado los agujeros negros de su boca en la que faltaban algunos dientes; y era tan fea que daba miedo, ajada ya como estaba, con la piel acartonada y pegada a los huesos. Debía de tentarle Jory, a quien veía por primera vez, lozano como un pollo bien cebado y con su prometedor narizota sonrosada. Le dio un codazo y acto seguido, sin duda queriendo excitarle, acabó por sentarse sobre las rodillas de Mahoudeau con femenino abandono.

—No, deja —dijo éste levantándose—. Tengo cosas que hacer... Eh, vosotros, que nos están esperando.

Les había hecho un guiño, deseoso como estaba de salir a dar un agradable paseo. Todos respondieron que, en efecto, les esperaban, y le ayudaron a cubrir su bloque escultórico con unas sábanas viejas, empapadas en un balde.

Sin embargo, Mathilde permanecía allí con aire sumiso y desesperado. De pie, se limitaba a cambiar de sitio cuando se la zarandeaba, mientras Chaîne, que había interrumpido su trabajo, se la comía con los ojos, mirándola por encima de su lienzo lleno de una glotona codicia de tímido. No había despegado los labios hasta aquel momento. Pero cuando se iba por fin Mahoudeau con sus tres amigos, se decidió, y dijo con su voz sorda, gruesa por los largos silencios:

—¿Volverás?

—Muy tarde. Come y acuéstate... Adiós.

Y Chaîne se quedó a solas con Mathilde, en aquel local húmedo, en medio de los montones de arcilla y los charcos de agua, bajo la luz de un blanco cretáceo de los cristales pintarrajeados, que iluminaban crudamente aquel lugar de miseria y abandono.

Una vez fuera, Claude y Mahoudeau echaron a andar por delante, mientras los otros dos les seguían; y cuando Sandoz bromeó diciendo que Jory había conquistado a la herborista, éste protestó.

—¡Ah!, no, pero si es horrorosa, podría ser nuestra madre. ¡Tiene una boca de vieja perra que ha perdido los colmillos!... ¡Con ella emponzoña la farmacia!

Esta exageración hizo reír a Sandoz. Se encogió de hombros.

—Déjate de historias, no te hagas el exigente, que vas con algunas que no valen mucho más.

—¿Yo? ¿Quién dice eso?... Ya has visto que, apenas les hemos dado la espalda, ha saltado sobre Chaîne. ¡Ah, los muy cerdos, deben de consolarse mutuamente!

De repente, Mahoudeau, que parecía enfrascado en una animada discusión con Claude, se volvió en medio de una frase para decir:

—¡Me importa un bledo!

Siguió la charla con su compañero; y, diez pasos más adelante, soltó de nuevo por encima del hombro:

—¡Para empezar, ese Chaîne es demasiado idiota!

No se habló más de ello. Paseando ociosamente, los cuatro parecían ocupar el ancho del boulevard de Les Invalides. Era su expansión habitual, el grupo iba aumentando poco a poco con compañeros recogidos por el camino, marcha libre de una horda que parte para la guerra. Con sus anchas espaldas de jóvenes de veinte años, tomaban posesión de la calzada. Y en cuanto se hallaban juntos, se oían fanfarrias delante de ellos, echaban mano a París y se lo metían tranquilamente en el bolsillo. Al no existir duda acerca de su victoria, paseaban sus viejas botas y sus raídos paletós, desdeñosos de tales miserias, como si bastase con sólo quererlo para ser los amos. Y todo ello no sin un inmenso desprecio por cuanto no fuese su arte, el desprecio de la fortuna, el desprecio del mundo, y sobre todo el desprecio de la

política. ¿Para qué semejantes indecencias? ¡Todo era pasteleo en ella! Una gran injusticia les sublevaba, una ignorancia consciente de las necesidades de la vida social y el sueño loco de ser sólo artistas en este mundo. Aunque necios a veces, tal pasión les daba ánimos y fortaleza.

Entonces Claude se animó. Volvía a creer de nuevo en aquel calor de unas esperanzas compartidas. Sus tormentos de la mañana no le habían dejado más que un vago embotamiento y de nuevo estaba discutiendo sobre su cuadro con Mahoudeau y Sandoz, si bien jurando que lo destrozaría al día siguiente. Jory, que era muy miope, miraba a las ancianas señoras con descaro, mientras se explayaba con teorías sobre la producción artística: había que entregarse a ella como se era, cediendo al primer impulso de la inspiración; él nunca corregía. Y, así discutiendo, los cuatro seguían bajando por el bulevar, que, semidesierto, con las filas de bonitos árboles perdiéndose en el infinito, parecía hecho para sus discusiones. Pero cuando desembocaron en la Esplanade la disputa se encrespó hasta tal punto que se detuvieron en medio de la vasta extensión. Fuera de sí, Claude trató a Jory de idiota; ¿acaso no era preferible destruir esa obra que entregarla siendo una mediocridad? ¡Sí, todo aquel bajo interés comercial era un asco! Sandoz y Mahoudeau, por su parte, hablaban los dos a la vez, muy fuerte. Unos burgueses volvían inquietos la cabeza y acabaron por hacer corro a aquellos furiosos jóvenes que parecían querer morderse. Los paseantes acabaron yéndose, humillados, convencidos de que se trataba de una simple comedia cuando de repente les vieron admirar juntos, como buenos amigos, a una nodriza vestida de claro y con unas largas cintas color cereza. ¡Oh, maravilla, qué tono! ¡Qué nota de color! La seguían, embelesados, aguzando la vista, bajo los árboles plantados al tresbolillo, como despertados de sobresalto y asombrados de encontrarse allí. Esta Esplanade, que se abría bajo el cielo a los cuatro vientos, solamente limitada por la perspectiva lejana de Les Invalides, les encantaba por su vastedad y quietud, pues tenían allí un teatro lo bastante grande para sus gestas; recuperaban un poco el aliento, ellos que declaraban que París era demasiado pequeño, falto de aire para la ambición de sus pechos.

—¿Vais a alguna parte? —preguntó Sandoz a Mahoudeau y a Jory.

—No —respondió este último—, vamos con vosotros. ¿Adónde os dirigís?

Claude, con la mirada perdida, susurró:

—No lo sé... Por ahí.

Torcieron en el quai d'Orsay, por donde subieron hasta el Pont de la Concorde. Y, delante del Cuerpo Legislativo, el pintor reanudó la conversación, lleno de indignación:

—¡Qué asco de monumento!

—El otro día —dijo Jory—, Jules Favre dio un famoso discurso... ¡Cómo se cabreó Rouher!

Pero los otros tres no le dejaron continuar y se reanudó la discusión. ¿Quién era ese Jules Favre^[15]? ¿Y Rouher^[16]? ¡No eran nadie! ¡Unos idiotas, de los que nadie

hablaría a los diez años de su muerte! Tomaron por el puente con un encogimiento de hombros lleno de compasión. Ya en medio de la place de la Concorde se callaron.

—Esto —acabó por declarar Claude—, esto sí que no está del todo mal.

Eran las cuatro, y el bonito día moría en medio de una gloriosa lluvia de polvillo dorado. A derecha e izquierda, hacia la Madeleine y el Cuerpo Legislativo, las hileras de edificios se extendían en lejanas perspectivas recortándose nítidamente contra el cielo, mientras que los jardines de las Tullerías alzaban escalonadamente las copas redondas de sus grandes castaños. Y la avenida de los Campos Elíseos subía muy arriba, entre las dos márgenes verdes de los laterales, hasta donde se perdía la vista, cerrada por la puerta colosal del Arco de Triunfo, que se abría al infinito. Una doble corriente de gente, un doble río discurría por allí, con los remolinos vivientes de los tiros de caballos, las oleadas fugitivas de los carruajes que el reflejo de un panel, el destello de un cristal de farol parecían blanquear de espuma. Abajo, la plaza, con sus inmensas aceras, la calzada ancha como un lago, se llenaba con esa marea continua, que era atravesada en todas direcciones por la irradiación de las ruedas, poblada de puntitos negros que eran hombres; y las dos fuentes chorreaban, exhalaban un frescor en medio de aquella vida ardiente.

Claude exclamó temblando:

—¡Ah!, este París... Es nuestro, sólo hay que tomarlo.

Estaban los cuatro encendidos de pasión, abrían unos ojos brillantes de deseo. ¿No era acaso la gloria la que soplaba desde lo alto de aquella avenida sobre toda la ciudad? París estaba allí y lo querían para sí.

—¡Pues bien, será nuestro! —afirmó Sandoz con su aire testarudo.

—¡Claro que sí! —se limitaron a decir Mahoudeau y Jory.

De nuevo habían echado a andar, y siguieron vagando hasta que se encontraron detrás de la Madeleine, donde enfilaron la rue Tronchet. Estaban llegando por fin a la place du Havre, cuando Sandoz exclamó:

—Pero ¿no estamos yendo a casa de Baudequin?

Los otros se sorprendieron. Vaya, iban a casa de Baudequin.

—¿A qué día estamos? —preguntó Claude—. Jueves, ¿no? Entonces Fagerolles y Gagnière deben de estar allí... Vamos a casa de Baudequin.

Subieron por la rue d'Amsterdam. Acababan de atravesar París, aquél era uno de sus grandes recorridos predilectos; pero tenían otros itinerarios, como ir a veces de un extremo al otro de los muelles, o bien hacer un tramo de las fortificaciones, desde la puerta de Saint-Jacques a los Moulineaux, o también llegar hasta el Père-La-Chaise, para seguir dando un rodeo por los bulevares exteriores. Recorrían las calles, las plazas, las vías públicas, vagaban días enteros, mientras sus piernas aguantasen, como si hubieran pretendido conquistar los barrios uno tras otro lanzando sus rotundas teorías a las fachadas de las casas; y el adoquinado, ese adoquinado hollado por sus suelas, era para ellos como el viejo campo de batalla del que subía una ebriedad que engañaba a su cansancio.

El café Baudequin estaba situado en el boulevard des Batignolles, esquina con la rue Darcet. Sin que se supiera el porqué, la cuadrilla lo había elegido como lugar de reunión, a pesar de que sólo Gagnière vivía en el barrio. Normalmente se reunían allí los domingos por la tarde; luego los jueves, hacia las cinco, los que estaban libres habían adquirido la costumbre de dejarse ver un momento por allí. Aquel día, con aquel sol espléndido, las mesitas de fuera, debajo del toldo, se encontraban todas ocupadas por una doble fila de parroquianos que invadían la acera. Pero a ellos les horrorizaba aquella frecuentación, aquella exhibición en público, así que se pusieron a empujar a la gente para entrar en la sala desierta y fresca.

—¡Vaya, ahí tenéis a Fagerolles solo! —exclamó Claude.

Se había dirigido hacia su mesa de costumbre, al fondo a la izquierda, y estaba estrechándole la mano a un muchacho delgado y pálido, cuyo rostro de muchacha iluminaban unos ojos grises, de una burlona zalamería, por el que cruzaban unos destellos acerados.

Se sentaron todos, pidieron unas cañas y el pintor prosiguió:

—Sabes que he ido a buscarte a casa de tu padre... ¡Menudo recibimiento!

Fagerolles, que se daba aires de perdonavidas y de gamberro, se dio una palmada en los muslos.

—¡Ah, cómo me carga el viejo!... Me he largado esta mañana después de que me echara una bronca. ¡Pretende que le diseñe cosas para sus porquerías de cinc! Ya tengo bastante con el cinc de la Escuela.

Esta broma fácil a costa de sus profesores encantó a sus amigos. Les divertía, se hacía adorar por aquella continua cobardía de muchacho adulador y maldiciente. Su inquietante sonrisa iba de uno a otro, mientras sus largos y flexibles dedos, de una destreza natural, esbozaban sobre la mesa complicadas escenas con las gotas de cerveza caídas. Dibujaba con gran facilidad, tenía una gran maña para todo.

—¿Y no has visto a Gagnière? —preguntó Mahoudeau.

—No, llevo una hora aquí.

Pero Jory dio con el codo, silenciosamente, a Sandoz, indicándole con la cabeza a una muchacha que estaba en una mesa con un caballero, en el fondo de la sala. Fuera de éstos, no había más que otros dos parroquianos, dos guardias municipales que jugaban a los naipes. Era casi una niña, una de esas pilluelas de París que, como una fruta verde, están en agraz a los dieciocho años. Hubiérase dicho un perrito peinado, con esa lluvia de pequeños cabellos rubios cayendo sobre una delicada nariz, una gran boca risueña en un morrito sonrosado. Estaba hojeando un periódico ilustrado, mientras el caballero se tomaba con aire serio un madeira; y, por encima del periódico, ella echaba, a cada minuto, alegres miradas hacia el grupo.

—Una monada, ¿eh? —susurró Jory, que se encendía—. ¿Por quién demonios se interesa?... Es a mí a quien mira.

De repente, intervino Fagerolles.

—No, te equivocas —dijo—, ¡es a mí!... ¡Si te crees que llevo aquí una hora sólo

esperándoos a vosotros!

Los otros rieron. Y, bajando la voz, les habló de Irma Bécot. ¡Oh, qué monada de chiquilla! Conocía su historia, era hija de un tendero de ultramarinos de la rue Montorgueil. Muy instruida, por otra parte, en historia sagrada, cálculo, ortografía, pues había estudiado hasta los dieciséis años en una escuela del vecindario. Hacía sus deberes entre dos sacos de lentejas y completaba su educación en plena calle, haciendo vida en la acera, en medio de los empujones, aprendiendo lo que es la vida de las continuas hablaturías de las cocineras destocadas, que aireaban las miserias del barrio mientras les pesaba cinco sueldos de gruyère. Muerta su madre, el padre Bécot había acabado acostándose con las criadas, muy sensatamente, para no tener que ir a buscárselas fuera; pero ello no hizo sino abrirle el apetito por las mujeres, necesitando otras, hasta que acabó por llevar una vida tal de francachelas que se fue tragando la tienda con las legumbres secas, los tarros y los cajones de golosinas. Todavía iba Irma a la escuela cuando, una tarde, al cerrar la tienda, un mozo la tumbó junto a un cesto de higos. Seis meses más tarde, la casa se había ido a pique, su padre moría de una congestión y ella se refugiaba en casa de una tía pobre que le daba de palos; se escapaba con un joven que vivía enfrente y, tras volver tres veces, un buen día tomó el vuelo definitivamente hacia todos los bailes de candil de Montmartre y de las Batignolles.

—¡Una buscona! —murmuró Claude con su aire de desprecio.

De pronto, su acompañante se levantó para irse y, tras haberle dicho algo en voz baja, Irma Bécot le miró desaparecer; acto seguido, con la impulsividad de un colegial que hace novillos, acudió a sentarse sobre las rodillas de Fagerolles.

—¡Eh, créeme, es un pelma!... Bésame enseguida, pues va a volver.

Ella le besó en los labios y bebió de su vaso; se ofrecía también a los demás, les sonreía de un modo provocador, pues sentía pasión por los artistas, lamentando que no fueran lo bastante ricos para pagarse mujeres para sí solos.

Parecía que le interesase sobre todo Jory, que, muy excitado, le clavaba unos ojos de fuego. Como fumaba, ella le quitó su cigarro de la boca y se lo llevó a la suya, sin interrumpir por eso su parloteo de pícara.

—¡Así que son ustedes todos pintores! ¡Es divertido!... Y esos tres de ahí, ¿por qué ponen cara larga? ¡Ríanse, ya verán las cosquillas que les hago!, ¡ya verán!

En efecto, Sandoz, Claude y Mahoudeau, patidifusos, la contemplaban con expresión seria. Pero como ella permanecía con el oído aguzado, al oír volver a su acompañante, le soltó en las narices a Fagerolles:

—Ya sabes, mañana por la noche, si quieres... Pasa a buscarme por la cervecería Bréda.

Luego, tras ponerle de nuevo el cigarro muy húmedo en los labios a Jory, se las piró a grandes pasos y agitando los brazos con un gesto de extravagante comicidad; y, cuando reapareció el caballero, con semblante serio y algo pálido, la encontró inmóvil, con los ojos en el mismo dibujo del periódico ilustrado. Esta escena se había

desarrollado de forma tan rápida y con tal viveza y gracia que los dos guardias, como buenos diablos, se pusieron a barajar de nuevo sus naipes, muertos de risa.

Por lo demás, Irma les había conquistado a todos. Sandoz declaraba que su apellido Bécot estaría muy bien para una novela; Claude preguntaba si querría posar para él para un estudio, mientras que Mahoudeau se la imaginaba vestida como una pilluela, una estatuilla que se vendería a buen seguro. Ella no tardó en irse, mandando con la punta de los dedos, a espaldas del caballero, a toda la mesa unos besos, una lluvia de besos, que acabaron de inflamar a Jory. Pero Fagerolles no quería prestársela aún, muy complacido inconscientemente de encontrar en ella a una niña de la calle como él, excitado por aquella perversión de arroyo, que era la suya.

Eran las cinco, la cuadrilla pidió otra ronda de cervezas. Unos parroquianos del barrio habían invadido las mesas de al lado, y aquellos burgueses lanzaban hacia el rincón de los artistas miradas de reojo en las que el desdén se mezclaba con una cierta deferencia recelosa. Ya eran conocidos y comenzaba a correr sobre ellos una leyenda. Estaban hablando ahora de trivialidades: del calor que hacía, de lo difícil que era encontrar sitio en el ómnibus del Odéon, del descubrimiento de una taberna donde se comía buena carne. Uno de ellos quiso entablar una discusión sobre un lote de cuadros abominables que acababan de exponer en el museo del Luxemburgo^[17]; pero todos fueron de la misma opinión: las telas no valían el precio de los marcos. Y no se habló más de ello y siguieron fumando mientras intercambiaban unas pocas palabras y risas de inteligencia.

—Ah, ¿acaso estamos esperando a Gagnière? —preguntó finalmente Claude.

Todos protestaron. Gagnière era un pesado; y, por otra parte, ya se cuidaría de acudir al olorcillo de la sopa.

—Vamos, larguémonos —dijo Sandoz—. Esta noche hay pierna de cordero, así que tratemos de estar a la hora.

Pagaron a escote y salieron, lo cual creó un revuelo en el café. Unos jóvenes, pintores sin duda, cuchichearon señalando a Claude como si hubieran visto pasar al jefe temible de una tribu de salvajes. El famoso artículo de Jory producía su efecto, el público se hacía cómplice e iba a crear por sí solo la escuela del *plein air*, cosa que hacía reír todavía a la cuadrilla. Como decían bromeando, el café Baudequin no podía sospechar el honor que le habían hecho el día que lo eligieron para ser la cuna de una revolución.

Al salir al bulevar eran ya cinco, después de que Fagerolles se hubiera sumado al grupo; y volvieron, lentamente, a atravesar París, con su aire tranquilo de conquista. Cuanto mayor era su número, más espacio ocupaban a lo ancho de las calles, más se posesionaban a su paso de la cálida vida de las calles. Tras bajar a la rue de Clichy, siguieron la rue de la Chaussée-d'Antin, tomaron por la rue Richelieu, cruzaron el Sena por el Pont des Arts para proferir unos insultos contra el Institut, hasta llegar finalmente al Luxemburgo por la rue de Seine, donde un cartel impreso en tres colores, el anuncio muy chillón de un circo extranjero, les hizo lanzar un grito de

admiración. Caía la tarde, la marea de paseantes discurría a marcha lenta, era la ciudad cansada que aguardaba la sombra, presta a entregarse al primer varón lo bastante vigoroso para poseerla.

En la rue d'Enfer, una vez que Sandoz hubo hecho entrar a los otros cuatro en su casa, desapareció en la habitación de su madre; se quedó allí unos minutos, luego volvió sin decir una palabra, con la sonrisa discreta y enternecida que mostraba siempre que salía de allí. E inmediatamente, en aquella exigua vivienda, se armó un terrible alboroto, risas, discusiones, vocerío. Él mismo daba ejemplo, ayudando en el servicio a la asistenta que protestaba con amargura, porque eran las siete y media y su pierna de cordero se requemaba. Los cinco, sentados a la mesa, se estaban tomando ya la sopa, una exquisita sopa de cebolla, cuando apareció un nuevo invitado.

—¡Oh!, ¡Gagnière! —exclamaron a coro.

Gagnière, menudo, distraído, con su tez rubicunda y cara de asombro, que adornaba una barba rubia y rala, se quedó un instante en el umbral, aguzando sus ojos verdes. Era de Melun, hijo de un burgués acaudalado que acababa de dejarle allí dos casas, y había aprendido a pintar por su cuenta en el bosque de Fontainebleau. Pintaba unos paisajes concienzudos, excelentes en la intención; pero su verdadera pasión era la música, sentía verdadera locura por la música, un desaforado fanatismo que le ponía en un plano de igualdad con los más exaltados del grupo.

—¿Estoy de más? —preguntó en voz baja.

—¡No, no, entra! —exclamó Sandoz.

Ya la asistenta traía un cubierto.

—¿Y si añadimos ya un plato para Dubuche? —preguntó Claude—. Me ha dicho que vendría sin falta.

Pero empezaron a poner verde a Dubuche, que frecuentaba a mujeres de mundo. Jory contó que lo había visto en coche con una anciana señora y su dama de compañía, cuyas sombrillas llevaba sobre las rodillas.

—¿De dónde sales, que llegas con tanto retraso? —prosiguió Fagerolles dirigiéndose a Gagnière.

Éste, que iba a engullir su primera cucharada de sopa, la dejó de nuevo en el plato.

—He estado en la rue de Lancry, ya sabes, donde dan veladas de música de cámara... ¡Oh, amigo, unas piezas de Schumann que no te imaginas! Es algo que te arrebatara, como si una mujer te echara el aliento en el cuello. Sí, sí, algo más inmaterial que un beso, el roce de un aliento... Palabra de honor, uno siente morirse...

Sus ojos se humedecieron, palideció como abrumado por un goce demasiado intenso.

—Tómate la sopa —le dijo Mahoudeau—, ya nos lo contarás después.

Se sirvió la raya, e hicieron traer el vinagre a la mesa para dar sabor a la mantequilla requemada que encontraban sosa. Comían a dos carrillos, los pedazos de

pan desaparecían como por ensalmo. No había, por otra parte, ningún refinamiento, sino vino a granel, que los invitados bautizaban bastante, por discreción, para no aumentar el gasto. Acababan de saludar a la pierna de cordero con una aclamación, y el anfitrión se había puesto a trincharla, cuando de nuevo se abrió la puerta. Pero, esta vez, se alzaron unas furiosas protestas.

—¡No, no, más gente no!... ¡Fuera el infiel!

Dubuche, sin aliento por haber corrido, estupefacto por recibir aquellos abucheos, asomaba su gruesa cara pálida mientras balbucía unas explicaciones.

—De veras, os aseguro que ha sido por culpa del ómnibus... He esperado a cinco en los Campos Elíseos.

—¡No, no, miente!... ¡Que se vaya, se quedará sin pierna de cordero!... ¡Fuera, fuera!

Pero acabó entrando, y entonces observaron que iba vestido con suma corrección, todo de negro, pantalón negro, levita negra, encorbatado, calzado, de veinticinco alfileres, con la tiesura ceremoniosa de un burgués que va a una cena mundana.

—Vaya, le ha fallado la invitación —exclamó irónicamente Fagerolles—. ¿No veis que sus mujeres de mundo le han dejado tirado, y que él ha acudido a comer nuestra pierna de cordero porque ya no sabe adónde ir?

Él se puso rojo, balbució:

—¡Oh! ¡Qué cosas se os ocurren! ¡Qué malos sois!... ¡Dejadme en paz de una vez!

Sandoz y Claude, al lado el uno del otro, sonreían; y el primero llamó a Dubuche haciéndole una seña para decirle:

—Ponte tú mismo el cubierto, coge un vaso y una servilleta de ahí, y siéntate entre nosotros dos... Te dejarán tranquilo.

Pero durante todo el tiempo que emplearon en comerse la pierna de cordero las bromas no cesaron. Él mismo, cuando la asistenta le hubo servido un plato de sopa y una porción de raya, bromeó campechanamente sobre sí mismo. Fingía estar hambriento, rebañaba golosamente su plato y contaba la historia de una madre que se había negado a darle a su hija porque era arquitecto. Al final de la cena reinaba una gran algazara, pues hablaban todos a la vez. Un trozo de brie, el único postre, tuvo un enorme éxito. No dejaron ni pizca. Por poco faltó el pan. Luego, como el vino realmente escaseaba, todos se tomaron un buen trago de agua haciendo chasquear la lengua, en medio de grandes risotadas. Y con la cara colorada y la barriga llena, con la sensación de bienestar de la gente que acaba de comer opíparamente, pasaron al dormitorio.

Las veladas en casa de Sandoz eran todas así de agradables. Hasta en los momentos de miseria había tenido siempre un cocido que compartir con sus amigos. Le encantaba estar en grupo, todos amigos y compartiendo las mismas ideas. Aunque era de la misma edad que ellos, cuando los veía en su casa, en torno a él, en buena armonía, ebrios de esperanza, le embargaba un sentimiento paternal, una feliz

bondad. Como no disponía más que de una habitación, se acomodaban todos en su dormitorio; y, a falta de espacio, dos o tres de ellos debían sentarse sobre la cama. Durante aquellas calurosas veladas estivales, la ventana permanecía abierta para que corriera el aire, y en las noches claras se veían dos negras siluetas dominando las casas, la torre de Saint-Jacques du Haut-Pas y el árbol de los Sourds-Muets. En los días de abundancia había cerveza. Cada uno traía su tabaco, el cuarto no tardaba en llenarse de humo y acababan charlando sin verse hasta muy entrada la noche, en medio del gran silencio melancólico de aquel barrio apartado.

Aquel día, a las nueve, la asistenta entró a decir:

—He terminado, señor, ¿puedo irme?

—Sí, váyase... Ha puesto agua al fuego, ¿no? Ya prepararé yo mismo el té.

Sandoz se había levantado. Desapareció detrás de la asistenta, y no volvió hasta al cabo de un cuarto de hora. Había ido, sin duda, a darle un beso a su madre, a quien arropaba todas las noches antes de que se durmiera.

Pero ya se elevaba el ruido de las voces. Fagerolles estaba contando una historia.

—Sí, amigo, en la Escuela, corrigen los modelos... El otro día se me acerca Mazel y me dice: «Esos muslos no están rectos». Entonces le digo yo: «Es que los tiene así, señor». Era la pequeña Flore Beauchamp, ya la conocéis. Y él va y me dice furioso: «Si los tiene así, pues hace muy mal».

Se desternillaron de risa, Claude sobre todo, a quien Fagerolles le contaba la anécdota para hacerle la corte. Desde hacía un tiempo acusaba su influencia; y, aunque seguía pintando con una destreza de ilusionista, no hablaba más que de pintura densa y sólida, de fragmentos de naturaleza arrojados sobre la tela, vivientes, palpitantes de vida, tal como eran, lo que no le impedía bromear, por otra parte, acerca de los partidarios del *plein air*, a quienes acusaba de empastar sus trabajos con un cucharón.

Dubuche, que no se había reído, picado en su honestidad, se atrevió a responder:

—¿Por qué sigues en la Escuela si crees que allí te embruteces? Te vas y punto... ¡Oh!, ya sé, estáis todos contra mí porque defiendo a la Escuela. Veréis, mi idea es que, cuando quieres dedicarte a algo, no está de más aprender primero el oficio.

Se alzaron unos gritos feroces, e hizo falta toda la autoridad de Claude para aplacar las voces.

—Tiene razón, hay que aprender el oficio. Sólo que no es nada bueno aprenderlo bajo la férula de unos profesores que os meten a la fuerza en la mollera su visión de las cosas... Ese Mazel, ¡menudo imbécil! ¡Mira que decir que los muslos de Flore Beauchamp no son rectos! Y nada menos que unos muslos tan asombrosos, ¿eh? ¡Ya los conocéis, unos muslos que son la perfecta expresión de esa juerguista empedernida!

Y se tumbó en la cama, donde estaba sentado; y, mirando al vacío, continuó con voz vehemente:

—¡Ah, la vida, la vida, sentirla y reproducirla en toda su realidad, amarla por lo

que es, ver en ella nada más que la belleza verdadera, eterna y mudable, no tener la necia idea de ennoblecerla a fuerza de castrarla, comprender que las pretendidas fealdades no son sino simples particularidades de los caracteres, y crear vida, crear hombres, única manera de ser Dios!

Renacía su fe, el paseo a través de París le había estimulado, y sentía de nuevo su pasión por la carne viva. Le escuchaban en silencio. Hizo un gesto de loco y luego se calmó.

—¡Dios mío!, es cierto que cada uno tiene sus propias ideas; pero lo que me subleva es que en el Institut^[18] son todavía más intolerantes que nosotros... Dominan el jurado del Salón, y estoy seguro de que ese idiota de Mazel rechazará mi cuadro.

Y, al oír aquellas palabras, todos prorrumpieron en imprecaciones, porque la cuestión del jurado era un motivo eterno de irritación. Exigían reformas, cada uno tenía su propia solución, desde el sufragio universal aplicado a la elección de un jurado ampliamente liberal hasta la libertad absoluta, el Salón libre para todos los que quisieran exponer.

Mientras los otros discutían, Gagnière, delante de la ventana abierta, había atraído a Mahoudeau y murmuraba con voz apagada y la mirada perdida en la noche:

—¡Oh!, eso no es nada, ya ves, cuatro compases, una simple impresión. ¡Pero lo que ello contiene!... A mí me produce el efecto de un paisaje que huye, un rincón de camino melancólico, con la sombra de un árbol que no se ve; y luego pasa una mujer, apenas un perfil; y a continuación desaparece, para no volver a verla nunca, nunca más...

En aquel momento exclamó Fagerolles:

—Dime, Gagnière, ¿qué mandas tú al Salón este año?

El otro no le oía, proseguía, extasiado:

—En Schumann está todo, está el infinito... ¡Y Wagner, a quien silbaron otra vez el domingo^[19]!

Pero un nuevo intento de Fagerolles de llamar su atención le hizo sobresaltarse.

—Eh, ¿qué? ¿Qué mandaré al Salón?... Acaso un pequeño paisaje, un recodo del Sena. Es tan difícil, tengo que estar ante todo satisfecho de él.

De improviso se mostró otra vez tímido e inquieto. Sus escrúpulos de conciencia artística le mantenían durante meses ante una tela del tamaño de una mano. En la estela de los paisajistas franceses, los primeros maestros en conquistar la naturaleza, se preocupaba por encontrar el tono adecuado, la observación exacta de las gradaciones, como teórico cuya honestidad acababa por entorpecer la mano. Y, a menudo, no se atrevía ya a arriesgar un toque de color intenso en aquella triste grisura que sorprendía en medio de su pasión revolucionaria.

—Yo —dijo Mahoudeau— me relamo sólo de pensar que se van a quedar bizcos con mi mujerona.

Claude se encogió de hombros.

—¡Oh!, a ti te aceptarán: los escultores son más abiertos que los pintores. Y, por

lo demás, conoces muy bien tu oficio, tienes en los dedos algo que gusta... Tu *Vendimiadora* tiene cosas hermosas.

Aquel cumplido dejó a Mahoudeau pensativo, pues él apostaba por la fuerza, ignoraba y despreciaba la gracia, una gracia irresistible que brotaba, a pesar de todo, de sus gruesos dedos de obrero sin instrucción, como una flor que se obstina en abrirse en el árido terreno donde la sembró una ráfaga de viento.

Fagerolles, el muy tunante, no exponía, por temor a descontentar a sus maestros; y arremetía contra el Salón, un bazar inmundo donde la buena pintura desmerecía en contacto con la mala. Para sí, en secreto, soñaba con el Gran Premio de Roma, premio del que, por otra parte, se mofaba como el resto.

Pero Jory se plantó en medio de la habitación con su vaso de cerveza en la mano. Tras vaciarlo a pequeños sorbos, declaró:

—¡El dichoso jurado me tiene ya harto!... Decidme, ¿queréis que me lo cargue? A partir del próximo número, empiezo con el bombardeo. Me daréis unos apuntes, ¿no? Y le pondremos de vuelta y media... Será divertido.

Claude acabó por envalentonarse y el entusiasmo fue general. ¡Sí, sí, había que emprender una campaña! Todos estaban de acuerdo, se apretujaban para sentirse codo con codo y marchar juntos a la batalla. Ni uno solo se reservaba para sí su parte de gloria, porque nada les separaba todavía, ni sus profundas desemejanzas que ignoraban, ni las rivalidades que habían de enfrentarles un día. ¿Acaso el éxito de uno no era el éxito de los demás? Bullían de juventud, de desbordante abnegación, y reanudaban el eterno sueño de alistarse para conquistar el mundo, contribuyendo cada uno con su esfuerzo, empujándose mutuamente y llegando todos conjuntamente en fila. Ya Claude, en calidad de jefe de filas reconocido, cantaba victoria, repartiendo coronas. Hasta el mismo Fagerolles, pese a su espíritu burlón de parisino, creía en la necesidad de ser un ejército, mientras que Jory, más lleno de apetitos, mal desbarbado de sus raíces provincianas, se desvivía por una camaradería que resultara útil, cogiendo las frases al vuelo y preparando allí mismo sus artículos. Y Mahoudeau exageraba su pretendida brutalidad, agitando convulsamente las manos, como un tahonero que forjara todo un mundo con sus manos; y Gagnière, extasiado, liberado del gris de su pintura, refinaba la sensación hasta el delirio último de la inteligencia; y Dubuche, de firmes convicciones, no soltaba más que palabras, pero unas palabras que eran como mazazos en medio de los obstáculos. Entonces, Sandoz, de lo más feliz, riendo de contento al verles tan unidos, como si fueran uña y carne, como él decía, descorchó otra botella de cerveza. Habría vaciado la casa, exclamó:

—¿Eh?, ya lo tenemos, no cedamos más... ¡Lo mejor de todo es marchar de acuerdo cuando se tienen cosas en la cabeza y que un mal rayo parta a los imbéciles!

Pero, en aquel momento, un timbrazo les dejó estupefactos. En medio del silencio repentino de los demás, prosiguió:

—¡A las once! ¿Quién diablos puede ser?

Fue corriendo a abrir, le oyeron soltar una exclamación de alegría. Estaba ya de

vuelta y, abriendo la puerta de par en par, dijo:

—¡Ah, muy amable por su parte que nos quiera un poco y nos dé una sorpresa!... ¡Bongrand, señores!

El gran pintor, a quien el anfitrión anunciaba así, con respetuosa familiaridad, avanzó tendiendo las manos. Todos se levantaron al punto, emocionados y dichosos de aquel apretón de manos tan largo y cordial. Era un hombre grueso de cuarenta y cinco años, con el rostro atormentado bajo unos largos cabellos canos. Acababa de entrar en el Institut, y lucía en la botonadura de su sencilla chaqueta de alpaca un botón de oficial de la Legión de Honor. Pero le gustaba la juventud, sus mejores escapadas eran para ir de vez en cuando allí para fumar en pipa, en medio de aquellos principiantes cuyo fuego le reconfortaba.

—Acabo de preparar té —exclamó Sandoz.

Y, cuando volvió de la cocina con la tetera y las tazas, encontró a Bongrand instalado, a horcajadas en una silla, fumando con su corta pipa de arcilla, en medio del renovado alboroto. El propio Bongrand hablaba con una voz tonante, nieto de un granjero de Beauce, hijo de un burgués, de sangre campesina, refinado por una madre que tenía un gran sentido artístico. Era rico, no necesitaba vender y conservaba los gustos y las opiniones de un bohemio.

—¡El dichoso jurado, prefiero palmarla antes de ser uno de ellos! —decía con grandes aspavientos—. ¿Acaso soy yo un verdugo para cargarme a unos pobres diablos que tienen a menudo que ganarse el pan?

—Pero —le hizo observar Claude— podría hacernos un gran favor defendiendo allí nuestros cuadros.

—¡A mí déjenme en paz! Les comprometería... Yo no cuento, no soy nadie.

Hubo un clamor de protesta. Fagerolles soltó con voz aguda:

—¡Pues si el pintor de la *Boda campestre* no cuenta!...

Pero, de pie, Bongrand se enojaba, con las mejillas encendidas.

—Déjenme en paz, ¡eh!, con la *Boda*. Comienzo a estar harto de la dichosa *Boda*, les advierto... La verdad es que se está volviendo para mí una pesadilla desde que la colgaron en el museo del Luxemburgo.

Aquella *Boda campestre* seguía siendo hasta el momento su obra maestra: representaba a los participantes de una boda dispersos por unos trigales, unos campesinos estudiados de cerca y muy auténticos, con un carácter épico digno de los héroes de Homero. Aquel cuadro era un hito, pues había aportado una nueva forma de expresión. En la estela de Delacroix, y paralelamente a Courbet, se trataba de un romanticismo atemperado por la lógica, con más exactitud en la observación y mayor perfección en la factura, sin que la naturaleza estuviera abordada aún directamente, con la crudeza del *plein air*. Sin embargo, toda la joven escuela reivindicaba aquel arte.

—No hay nada tan hermoso —dijo Claude— como los dos grupos de primer plano, el violinista y luego la novia con el viejo campesino.

—¡Y esa campesina grandullona —exclamó Mahoudeau—, la que se vuelve y hace amago de llamar a alguien!... Me dan ganas de tomarla como modelo para una estatua.

—¡Y la ventolina que agita las mieses —añadió Gagnière—, y las dos manchas tan bonitas del chico y de la chica que se dan unos empellones, a lo lejos!

Bongrand escuchaba con expresión incómoda, con una sonrisa de sufrimiento. Al preguntarle Fagerolles qué estaba haciendo en aquellos momentos, él respondió encogiéndose de hombros:

—¡Dios mío!, nada, cosillas... No expondré, quisiera encontrar un asunto que causara sensación... ¡Ah, felices de ustedes, ustedes que están todavía al pie de la montaña! ¡Hacen falta unas buenas piernas, una gran valentía, cuando se trata de alcanzar la cima! Y una vez alcanzada, ¡anda y que te zurzan! Entonces empiezan los problemas. Una situación verdaderamente penosa, en la que hay que emplear los puños y hacer esfuerzos renovados sin cesar por temor a caer rodando demasiado pronto... ¡Les doy mi palabra! Es preferible estar abajo para tener todo por hacer... ¡Ríanse, ya verán, ya verán un día!

La cuadrilla, efectivamente, reía creyendo que se trataba de una paradoja, de una pose de hombre célebre, muy excusable por otra parte. ¿Acaso la suprema alegría no era ser saludado como él con el nombre de maestro? Con los dos brazos apoyados en el respaldo de la silla renunció a ser comprendido, les escuchó en silencio, expulsando de su pipa lentas humaredas.

Mientras tanto, Dubuche, a quien se le daban bien las tareas domésticas, ayudaba a Sandoz a servir el té. Y continuó la algarabía. Fagerolles contaba una historia impagable de Malgras sobre una prima de su mujer, que él prestaba, cuando querían hacer un dibujo anatómico. Luego la conversación recayó sobre los modelos. Mahoudeau estaba furioso porque los buenos vientres estaban desapareciendo: era imposible conseguir una muchacha con un vientre correcto. Pero, de repente, el griterío fue en aumento, felicitaron a Gagnière porque había conocido a un aficionado a la música del Palais-Royal, un pequeño rentista maníaco cuyo único derroche consistía en comprar pintura. Los otros, entre risas, pedían sus señas. Se abucheó a todos los marchantes, pues era verdaderamente lamentable que el aficionado desconfiara del pintor hasta el punto de recurrir a un intermediario con la esperanza de obtener una rebaja. Esta cuestión de cómo ganarse el pan les seguía exaltando. Claude mostraba un gran desprecio; les robaban, pues bien, ¿qué podía importarles si habían hecho una obra maestra, y aunque no tuvieran más que agua que beber? Jory, al expresar de nuevo unas bajas ideas de lucro, provocó la indignación general. ¡Fuera el periodista! Le preguntaban con toda seriedad: ¿estaría dispuesto a vender su pluma? ¿No preferiría cortarse la mano antes que escribir lo contrario de lo que pensaba? Ni siquiera se molestaron en escuchar su respuesta, la fiebre subía cada vez más, estaban ahora en plena locura de los veinte años, el desprecio del mundo entero, la pasión exclusiva por la obra, liberada de cualquier flaqueza humana, puesta por

encima de todo como un sol. ¡Qué ganas de perderse, de consumirse en aquella hoguera que encendían!

Bongrand, inmóvil hasta aquel momento, hizo un vago gesto de pesar ante aquella confianza ilimitada, aquel ruidoso júbilo del asalto. Olvidaba las cien telas que habían cimentado su gloria, pensaba en el alumbramiento de la obra cuyo boceto acababa de dejar en el caballete. Y, quitándose de la boca su pequeña pipa, murmuró, con los ojos húmedos de ternura:

—¡Oh, juventud, juventud!

Hasta las dos de la mañana, Sandoz, que se desvivía, volvió a poner agua en la tetera. Ya no se oía subir del barrio, sumido en el sueño, más que los maullidos de una gata en celo. Todos divagaban, ebrios de palabras, con la garganta destrozada, los ojos encendidos; y cuando se decidieron finalmente a irse, él cogió el quinqué y les alumbró por la rampa de la escalera diciendo muy bajito:

—No hagáis ruido, mi madre duerme.

El apagado ruido de los zapatos fue debilitándose escaleras abajo, y en la casa reinó de nuevo un gran silencio.

Dieron las cuatro. Claude, que acompañaba a Bongrand, seguía charlando sin parar por las calles desiertas. No quería acostarse, esperaba la salida del sol con rabia impaciente para volver a su cuadro. Estaba seguro de hacer esta vez una obra maestra, exaltado por aquel estupendo día de camaradería, con la cabeza que le dolía y preñada de mil proyectos. Por fin había encontrado el secreto de la pintura, se veía volviendo a su estudio como se vuelve a casa de una mujer adorada, con el corazón latiendo aceleradamente, desesperado ahora por aquella ausencia de todo un día, que se le antojaba un abandono eterno; y se iba directamente a su tela y en una sesión hacía realidad su sueño. Sin embargo, a cada veinte pasos, a la vacilante claridad de los mecheros de gas, Bongrand le detenía cogiéndole por la solapa de su paletó y le repetía que la maldita pintura era un oficio del demonio. Así, él, Bongrand, por más mañoso que había sido, no entendía todavía nada de ella. A cada nueva obra era como un principiante, había que romperse la cabeza. El cielo se iba aclarando, comenzaban a pasar algunos hortelanos en dirección al mercado central. Y uno y otro seguían vagando, hablando cada uno para sí, muy alto, bajo las estrellas que palidecían.

IV

Seis semanas después, estaba Claude pintando una mañana a la luz que entraba a raudales por el ventanal del estudio. Continuas lluvias habían entristecido aquella mitad de agosto y ahora, con el cielo azul, había recuperado los ánimos de trabajar. Su gran cuadro apenas si avanzaba y, como artista luchador y obstinado que era, se aplicaba durante largas mañanas silenciosas.

Llamaron a la puerta. Creyó que se trataba de la señora Joseph, la portera, que le subía su almuerzo; y, como la llave se quedaba siempre en la cerradura, se limitó a gritar:

—¡Adelante!

La puerta se abrió, él percibió un ligero movimiento para retornar luego todo a la tranquilidad. Él seguía pintando, sin volver siquiera la cabeza. Pero aquel silencio lleno de expectativa, la sensación de un ligero respirar acabaron por inquietarle. Miró y se quedó estupefacto: había una mujer allí, vestida con un traje claro, el rostro medio oculto bajo un velo blanco; y no tenía idea de quién podía ser, y lo que acabó por pasmarle fue que llevaba un ramo de rosas.

De pronto la reconoció:

—¡Usted, señorita!... ¡Ah, bien! ¡Quién hubiera ido a pensar en usted!

Era Christine. No había podido evitar a tiempo aquella exclamación poco gentil, que era la expresión misma de la verdad. Primeramente le había acompañado su recuerdo; y luego, a medida que pasaban los días, tras cerca de dos meses de no haber dado señales de vida, había pasado al estado de visión fugitiva y nostálgica, de perfil encantador que se pierde y que no ha de volver a verse nunca más.

—Sí, soy yo, señor... Pensé que no era correcto no darle las gracias...

Se ruborizaba, balbucía, sin poder encontrar las palabras. Subir las escaleras la había dejado, sin duda, sin aliento, pues su corazón latía con mucha fuerza. Pero ¿qué ocurría?, ¿acaso aquella visita tan largamente meditada como para parecerle de lo más natural se revelaba inoportuna? Y lo peor era que, al pasar por el muelle, acababa de comprar aquel ramo de rosas con la delicada intención de testimoniar su gratitud a aquel joven: y esas flores la incomodaban terriblemente. ¿Cómo dárselas? ¿Qué pensaría de ella? No había caído en lo inconveniente del gesto hasta abrir la puerta.

Pero Claude, más turbado aún, caía en una exageración de la cortesía. Había dejado su paleta y revolvió el estudio para liberar una silla para ella.

—Señorita, le ruego que tome asiento... La verdad es que es una sorpresa... Es usted demasiado encantadora...

Entonces, apenas se hubo sentado, Christine se calmó. Estaba tan gracioso con sus grandes gestos erráticos, lo sentía tan tímido que ella sonrió. Y le alargó las rosas, con valentía.

—¡Tenga! Para que vea que no soy una ingrata.

De entrada él no dijo nada, se limitó a contemplarla, impresionado. Cuando vio

que no se burlaba de él, le estrechó ambas manos hasta casi rompérselas; luego puso enseguida el ramillete en su jarra de agua, repitiendo:

—¡Ah, no faltaría más, es usted una buena muchacha!... ¡Es la primera vez que dirijo este cumplido a una mujer, le doy mi palabra!

Volvió y le preguntó con los ojos fijos en los suyos:

—¿De veras no se había olvidado de mí?

—Ya lo ve usted —respondió ella entre risas.

—¿Por qué, entonces, ha esperado usted dos meses?

De nuevo se ruborizó. La mentira que estaba a punto de decir le devolvió por un instante a su embarazo.

—Pero no soy libre, ya sabe usted... ¡Oh! La señora Vanzade es muy buena conmigo; sólo que no puede moverse, no sale nunca; y ha sido necesario que ella misma, inquieta por mi salud, me obligara a tomar el aire.

No decía nada de la vergüenza que le había acarreado los primeros días su aventura del quai de Bourbon. Al encontrarse ya a buen recaudo en casa de la anciana señora, el recuerdo de la noche pasada en casa de un hombre la había torturado con remordimientos, como si fuera una culpa; y creía haber llegado a borrar a aquel hombre de su memoria, convertido ya en nada más que en un mal sueño cuyos contornos se difuminaban. Pero luego, sin saber cómo, en medio de la gran calma de su nueva vida, había resurgido la imagen de la sombra, tornándose precisa, acentuándose, hasta convertirse en una obsesión a todas horas. ¿Por qué, pues, debía olvidarlo? ¿Acaso tenía algo que reprocharle? Por el contrario, ¿no le debía gratitud? La idea de volver a verle, inicialmente rechazada, luego largamente combatida, acabó por convertirse en una idea fija. Todas las tardes, en la soledad de su cuarto, le dominaba de nuevo la tentación, un malestar que le resultaba irritante, un deseo que ella misma ignoraba; y sólo se había tranquilizado un poco explicándose dicha turbación por su necesidad de mostrarle gratitud. ¡Estaba tan sola, tan asfixiada, en aquella casa soñolienta! ¡La sangre de la juventud hervía con tal fuerza en sus venas y tenía su corazón tantas ganas de amistad!

—Así que he aprovechado mi primera salida... —continuó ella—. ¡Y, además, esta mañana, después de todos esos chaparrones desagradables, hacía tan buen tiempo!

Feliz, Claude, de pie delante de ella, se confesó asimismo, pero sin tener nada que ocultar.

—Pues yo no me atrevía a pensar en usted... Es usted como esas hadas de los cuentos que surgen de debajo de la tierra y se infiltran por las paredes, siempre cuando uno menos se lo espera. Me decía: «Se acabó, no puede ser cierto que ella pasara por este estudio...». ¡Y tenerla aquí me hace sentir contento, inmensamente contento!

Sonriente e incómoda, Christine volvía la cabeza y fingía mirar ahora a su alrededor. Pero su sonrisa desapareció al encontrar allí aquella pintura terrible, los

encendidos esbozos del Sur, la anatomía terriblemente exacta de los estudios, pues la dejaban helada como la primera vez. Sobrecogida de un verdadero temor, dijo, seria, con voz demudada:

—Le estoy molestando, me voy.

—¡No, no! —exclamó Claude impidiéndole que abandonara su silla—. Me estaba agobiando con el trabajo, me sienta bien charlar con usted... ¡Ah, este condenado cuadro lleva tanto tiempo torturándome!

Y Christine, alzando los ojos, miró el gran cuadro, aquel lienzo que la vez anterior estaba vuelto del revés apoyado en la pared y que en vano había deseado ver.

El fondo, el claro del bosque umbrío atravesado por un haz de rayos de sol, apenas si estaba indicado con unas amplias pinceladas. Pero las dos pequeñas luchadoras, la rubia y la morena, casi terminadas, se destacaban en la luz con la vivaz alegría de su cromatismo. En primer plano, el caballero, empezado tres veces, seguía encallado. Pero era sobre todo en la figura central, en la mujer recostada, en la que el pintor trabajaba: no había vuelto a tocar la cabeza, pues estaba empeñado en el cuerpo, cambiando de modelo cada semana, tan desesperado de no poder dar con lo que quería que, desde hacía dos días, él, que se jactaba de ser incapaz de inventar, buscaba sin documentarse en la realidad, al margen de la naturaleza.

Christine se reconoció de inmediato. Aquella muchacha, echada en la hierba, con un brazo debajo de la nuca, sonriendo con los párpados cerrados, sin mirada, era ella. Aquella muchacha desnuda tenía su rostro, cosa contra la cual se rebelaba, como si hubiera tenido también su cuerpo, como si encontrara allí, despojada, su entera desnudez virginal. Lo que la hería sobre todo era la crudeza de aquella pintura, tan brutal que se sentía violentada, con la carne martirizada. No comprendía una pintura semejante, le parecía execrable, le provocaba odio, el odio instintivo de una enemiga.

Se puso de pie y repitió con voz seca:

—Me voy.

Claude la seguía con la mirada, asombrado y triste por aquel cambio repentino.

—Pero ¡cómo! ¡Tan pronto!

—Sí, me esperan. ¡Adiós!

Y estaba ya en la puerta cuando consiguió cogerle la mano. Se atrevió a preguntar:

—¿Cuándo volveré a verla?

Su manita se abandonaba a la suya. Por un momento pareció dubitativa.

—No lo sé. ¡Estoy muy ocupada!

Luego ella se desprendió, se fue, diciendo atropelladamente:

—Cuando pueda, uno de estos días... ¡Adiós!

Claude se había quedado plantado en el umbral. ¿Qué había pasado? ¿Qué había provocado aquella súbita reserva, aquella sorda irritación? Volvió a cerrar la puerta, echó a andar con los brazos colgándole, sin comprender, buscando en vano la frase, el gesto que hubieran podido herirla. Luego le dominó a su vez la ira, soltó una

maldición al aire y se encogió terriblemente de hombros, como para desembarazarse de aquella estúpida preocupación. ¡Quién podía comprender a las mujeres! Pero el ver el ramo de rosas desbordando en la jarra le aplacó, de tan bien como olía. Toda la estancia estaba embalsamada de dicho olor; y, silenciosamente, se puso de nuevo al trabajo, en medio de aquel perfume.

Transcurrieron dos nuevos meses. Los primeros días, Claude, apenas percibía el menor ruido por la mañana cuando la señora Joseph le traía el desayuno o el correo, volvía bruscamente la cabeza con un gesto involuntario de desencanto. Ya no salía nunca antes de las cuatro, y cuando una noche, de vuelta a casa, la portera le dijo que había venido una muchacha preguntando por él hacia las cinco, no se apaciguó hasta reconocer en la visitante a una modelo, Zoé Piédefer. Luego los días siguieron a otros días, tuvo una espantosa crisis de trabajo, estaba intratable con todo el mundo, agitado por un furor teórico tal que sus propios amigos no se atrevían a contradecirle. ¡Se cargaba el mundo de un plumazo, para él no existía más que la pintura, había que cortarles el cuello a padres, amigos y sobre todo a las mujeres! De aquella fiebre abrasadora pasó a una horrible desesperación, una semana de impotencia y de dudas, toda una semana de tormentos convencido como estaba de haberse vuelto irremediamente idiota. Luego se fue recuperando y retomando su ritmo habitual, su lucha resignada y solitaria con su cuadro, cuando, durante una mañana neblinosa de finales de octubre, se estremeció y dejó rápidamente su paleta. No habían llamado, pero había reconocido unos pasos que subían. Abrió, y entró ella. Era ella, por fin.

Aquel día Christine llevaba un amplio abrigo de lana gris que la cubría por entero. Su sombrerito de terciopelo era oscuro, y la niebla del exterior había perlado su velo de encaje negro. Pero la encontró de lo más alegre en aquellos primeros y ligeros temblores de frío del invierno. Se excusó por haber tardado tanto en volver; y, sonriendo con su franqueza habitual, confesó haber dudado, haber estado a punto de no querer hacerlo: sí, ideas suyas, cosas que debía comprender. Pero él no comprendía, ni le importaba comprender, porque ella estaba allí. Le bastaba con que no se hubiera ofendido, que estuviera dispuesta a pasarse por allí de vez en cuando, como una buena amiga. No hubo explicaciones, cada cual se guardó para sí su propio tormento y la lucha interior de los días pasados. Charlaron durante cerca de una hora, mostrándose muy de acuerdo, disipada ya toda reticencia y hostilidad, como si, sin ellos saberlo, lejos el uno del otro, hubieran encontrado una forma de entendimiento. Ella parecía no reparar en los esbozos y estudios de las paredes. Durante un instante miró fijamente el gran lienzo, la figura de la mujer desnuda, recostada en la hierba, bañada por el color dorado llameante del sol. No, no era ella, aquella muchacha no tenía ni su rostro ni su cuerpo: ¿cómo había podido reconocerse en aquella espantosa mezcla de colores? Y sintió un afecto amistoso, con una cierta compasión, por aquel buen muchacho que ni siquiera sabía captar el parecido. En el momento de irse, ya en la puerta, fue ella la que le tendió la mano cordialmente.

—¿Sabe?, volveré.

—Sí, dentro de dos meses.

—No, la próxima semana... Ya verá. Hasta el jueves.

El jueves reapareció puntualmente. Y a partir de aquel día no dejó ya nunca de ir, una vez a la semana, primero sin fecha fija, al albur de sus días libres; luego elegía los lunes, al haberle concedido la señora Vanzade aquel día para hacer una caminata y respirar al aire libre en el Bois de Boulogne. Tenía que estar de vuelta a las once, por lo que se apresuraba a pie, llegando coloradísima por haber corrido, pues desde Passy hasta el quai de Bourbon había un buen trecho. Durante los cuatro meses de aquel invierno, de octubre a febrero, se presentó siempre así, ya bajo las lluvias torrenciales, ya con las nieblas del Sena o el pálido sol que daba un tibio calor a los muelles. Pero, al cabo del segundo mes, se presentaba a veces de improviso, cualquier día de la semana, aprovechando la carrera de un coche a París para subir a verle; y no podía entretenerse más de dos minutos, porque sólo había tiempo para darse los buenos días cuando ya bajaba por las escaleras gritando buenas tardes.

Ahora Claude empezaba a conocer a Christine. Le quedaba todavía, de su eterna desconfianza hacia las mujeres, una sospecha, y era la idea de que hubiera podido tener una aventura galante en provincias; pero la dulzura de la mirada, la risa franca de la muchacha habían conseguido borrarlo todo, pues sentía que era de una inocencia realmente infantil. En cuanto llegaba, sin incomodidad alguna, sintiéndose completamente a sus anchas como si estuviera con un amigo, charlaba sin parar. Le había contado al menos veinte veces su infancia en Clermont, y siempre volvía a ella: la noche en que su padre, el capitán Hallegrain, había tenido el ataque definitivo, fulminante, desplomándose de su sillón, mientras su madre y ella estaban en la iglesia. Recordaba perfectamente su regreso, luego la noche espantosa, al capitán muy gordo y fuerte, tendido sobre un colchón, con la mandíbula inferior prominente; en su memoria de chiquilla no le había sido ya posible recordarlo de otro modo. Como también ella tenía una mandíbula así, su madre le gritaba cuando no sabía ya cómo dominarla: «¡Ah, barbilla prominente, te consumirás la sangre como tu padre!». ¡Pobre madre, qué loca la había vuelto con sus escenas violentas y sus grandes escándalos! Hasta donde podía recordar, la veía siempre junto a la misma ventana, menuda, endeble, pintando sin hacer ruido sus abanicos, con unos ojos de dulce mirada, ése era todo el parecido que guardaba con ella. A veces le decían a la buena mujer queriendo hacerle un cumplido: «Tiene los ojos de usted». Y la pobre sonreía, contenta de haber dejado al menos ese sello de dulzura en el rostro de su hija. Desde la muerte de su marido, trabajaba hasta tan tarde que iba perdiendo vista. ¿Cómo vivir si no? Su pensión de viudedad, los seiscientos francos que ganaba apenas si bastaban para cubrir las necesidades de la niña. Durante cinco años, ésta había visto palidecer y enflaquecer a su madre, desmejorarse un poco cada día, hasta no ser más que una sombra; y ella conservaba el remordimiento de no haber sido más sensata, desesperándola con su falta de aplicación al trabajo, repitiendo cada lunes sus buenos propósitos, jurando que pronto la ayudaría a ganar dinero; pero sus piernas y sus

brazos no podían parar quietos un momento pese a sus esfuerzos, caía enferma en cuanto dejaba de moverse. Hasta que, un buen día por la mañana, su madre no pudo ya levantarse, estaba muerta, con la voz apagada y los ojos llenos de grandes lágrimas. Siempre la veía así, ya muerta, con sus ojazos abiertos y llorosos, clavados en ella.

Otras veces, Christine, cuando Claude le hacía preguntas sobre Clermont, olvidaba toda su pesadumbre para abandonarse a los alegres recuerdos. Se reía de dientes afuera de aquella especie de campamento de la rue de l'Éclache, pues había nacido en Estrasburgo, de padre gascón y madre parisina, los tres arrojados allí, en aquella Auvernia que detestaban. La rue de l'Éclache, que baja al Jardin des Plantes, húmeda y estrecha, era de una melancolía de panteón; ni una tienda, ni un alma que pasase por ella, sólo fachadas mortecinas con los postigos siempre cerrados; pero, hacia el mediodía, las ventanas de su alojamiento, que dominaban unos patios interiores, tenían la alegría de la plena luz del sol. Incluso el comedor tenía un amplio balcón, una especie de galería de madera, cuyas arcadas adornaba una glicina gigante, que las sepultaba con su follaje. Ella había crecido allí, primero con el padre enfermo, luego enclaustrada con su madre que se deprimía a la menor salida; desconocía tan completamente la ciudad y los alrededores, que ella y Claude se divertían cuando respondía a sus preguntas con un eterno «no lo sé». ¿Las montañas? Sí, las había a un lado, se veían al final de las calles. Mientras que, en el otro, al tomar por otras calles, se veían campos llanos hasta el infinito; pero no iban nunca allí, pues estaba demasiado lejos. Sólo reconocía el Puy-de-Dôme, totalmente redondo, semejante a una joroba. Dentro de la ciudad, habría podido ir a la catedral con los ojos cerrados: se daba un rodeo a la place de Jaude, se tomaba por la rue des Gras, y era inútil preguntarle más, pues todo era un enredo de callejuelas y bulevares en cuesta, una ciudad de lava negra que bajaba y que las lluvias de los temporales surcaban como ríos, bajo los formidables estallidos de los truenos. ¡Oh, los temporales aquellos, todavía se estremecía! En su cuarto, por encima de los tejados, el pararrayos del museo estaba permanentemente en llamas. En el comedor, que hacía las veces también de salón, había una ventana reservada para ella, un profundo vano, tan grande como una habitación, donde tenía su mesa de trabajo y sus efectos personales. Era allí donde su madre le había enseñado a leer; era allí donde, más tarde, se dormía escuchando a sus profesores, pues las clases le cansaban mucho. Por eso ahora se burlaba de su propia ignorancia: ¡ah, una señorita bien instruida que no habría sabido siquiera decir los nombres de los reyes de Francia, con sus fechas correspondientes! ¡Una famosa intérprete de música que no había ido más allá de los *Petits bateaux*; una acuarelista prodigio que no lograba representar los árboles porque las hojas eran demasiado difíciles de imitar! De repente se ponía a hablar de los quince meses que había pasado en la Visitación, tras la muerte de su madre, que era un gran convento que estaba en las afueras de la ciudad con unos magníficos jardines; y las historias de las buenas de las hermanas eran inagotables: celos, ingenuidades e inocencias para

ponerse a temblar. Debía profesar y se ahogaba en la iglesia. Todo parecía predestinado cuando la superiora que la quería mucho la apartó del claustro, consiguiéndole aquella plaza en casa de la señora Vanzade. Aún se maravillaba de cómo la madre María de los Ángeles había sido capaz de leer tan claramente en su pensamiento. Pues, desde que estaba en París, había caído en la más completa indiferencia religiosa.

Entonces, cuando se agotaban los recuerdos de Clermont, Claude quería saber cómo era su vida en casa de la señora Vanzade; y, cada semana, ella le daba nuevos detalles. En el pequeño palacete de Passy, silencioso y cerrado, la vida transcurría de modo regular, con el amortiguado tictac de los viejos relojes. Dos viejos servidores, una cocinera y un ayuda de cámara, que estaban al servicio de la familia desde hacía cuarenta años, eran los únicos que atravesaban las estancias vacías, sin hacer el menor ruido con sus zapatillas, con un paso de fantasmas. Ocasionalmente, de vez en cuando, venía una visita, algún general octogenario, tan reseco que casi no dejaba rastro en las alfombras. Aquélla era la casa de las sombras, donde el sol, a través de las tablillas de las ventanas, iba a morir con sus últimas luces. Desde que la señora, enferma de las rodillas y ciega, no abandonaba ya su cuarto, no tenía otra distracción que el que le leyeran interminablemente libros piadosos. ¡Ah, qué pesadas encontraba aquellas lecturas sin fin! De haber tenido un oficio, ¡con qué alegría habría cortado vestidos, prendido sombreros con alfileres o estampado pétalos de rosas! ¡Y pensar que no era capaz de hacer nada, que lo había aprendido todo y que sólo tenía madera para hacer de muchacha a sueldo, medio criada! Y por si fuera poco tenía que soportar aquella casa cerrada y ascética que olía a muerto; volvía a sentir los vahídos de su infancia, cuando en otro tiempo quería obligarse a trabajar para complacer a su madre; su sangre se rebelaba, habría dado gritos y saltos, ebria de ganas de vivir. Pero la señora la trataba con tanta dulzura, la hacía salir de su cuarto, le ordenaba que hiciera largas caminatas, de modo que ella estaba llena de remordimientos, cuando, a la vuelta del quai de Bourbon, tenía que mentir, hablar del Bois de Boulogne, inventarse una función religiosa en la iglesia, donde no ponía ya los pies. Cada día que pasaba la señora parecía sentir por ella un mayor cariño; recibía continuos regalos, cuando no un vestido de seda, un relojito antiguo, hasta ropa interior; y también ella sentía un gran afecto por la señora, y una noche que ésta la había llamado hija mía y juraba que no la abandonaría nunca, lloró con el corazón lleno de piedad, al verla ahora tan anciana, enferma y achacosa.

—Bah —dijo Claude una mañana—, se verá usted recompensada, la nombrará su heredera.

Christie se quedó impresionada.

—Oh, ¿usted cree?... Dicen que si tiene tres millones... No, no, no he pensado nunca en ello, no lo quiero, ¿en qué me convertiría?

Claude se había vuelto y añadió con ruda voz:

—¡Se convertiría en una persona rica, claro está! Pero primero, sin duda, la

casará.

Pero, ante esta palabra, ella le interrumpió con una carcajada.

—Con uno de sus viejos amigos, el general de la quijada plateada... ¡Ah, bonita locura!

Ninguno de los dos pasaba de tratarse con una camaradería de viejos conocidos. También él, lo mismo que la muchacha, era bisoño en todo, pues no había conocido más que a muchachas de paso, viviendo sus románticos amores fuera de la realidad. A los dos les parecía simple y natural verse de aquel modo, en secreto, por amistad, sin otra galantería que un apretón de manos a la llegada y otro al separarse. Él ni siquiera se preguntaba ya sobre lo que ella, en su ignorancia de honesta señorita, podía saber de la vida y de los hombres; y era ella quien le notaba tímido, quien le miraba a veces fijamente, con ojos vacilantes y la asombrada turbación de la pasión que se ignora a sí misma. Pero ni la más leve agitación, ni el más mínimo ardor estropeaban aún el placer que sentían de estar juntos. Sus manos permanecían frías, hablaban alegremente de todo, también discutían, como amigos seguros de no ofenderse nunca. Sólo que aquella amistad se volvía tan viva que no podían vivir ya el uno sin el otro.

No bien llegaba Christine, Claude retiraba la llave de la puerta. Ella misma lo exigía: así nadie vendría a molestarles. Al cabo de algunas visitas, ella había tomado posesión del estudio, parecía sentirse como en su casa. Se moría de ganas de poner allí un poco de orden, porque encontrarse en medio de tanta incuria la hacía sufrir: pero no era una tarea fácil, ya que el pintor tenía prohibido a la señora Joseph barrer por temor a que el polvo fuera a posarse en las telas recién pintadas; y las primeras veces que su amiga había intentado hacer un poco de limpieza, él la seguía con mirada inquieta y suplicante. ¿Para qué cambiar las cosas de sitio? ¿Acaso no bastaba con tenerlas al alcance de la mano? Sin embargo, ella mostraba una obstinación tan alegre, parecía tan feliz de desempeñar el papel de ama de casa, que había acabado por dejar que hiciera lo que le viniese en gana. Ahora, apenas llegaba, se quitaba los guantes, se prendía la falda con unos alfileres para no ensuciarla y lo removía todo, arreglaba la amplia pieza en un abrir y cerrar de ojos. Delante de la estufa no se veía ya el montón de ceniza acumulada, el biombo ocultaba la cama y el lavabo; el diván estaba cepillado, el armario encerado y reluciente, la mesa de abeto desembarazada de la vajilla, limpia de toda mancha de color; y, por encima de las sillas colocadas en bonita simetría, de unos caballetes cojos, arrimados a las paredes, el enorme reloj de cuco, abriendo sus flores color carmín, parecía tener un tictac más sonoro. Era magnífico, nadie habría reconocido la estancia. Él, estupefacto, la contemplaba ir y venir, dar vueltas cantando. ¿Era la misma perezosa a la que le daban mareos insoportables al menor esfuerzo? Pero ella se reía: el trabajo intelectual sí se los daba, mientras que el trabajo de pies y manos, por el contrario, le sentaba bien, la enderezaba como a un arbolillo. Confesaba, como si fuera algo depravado, su gusto por las bajas faenas de la casa, ese gusto que tenía desesperada a su madre, cuyo ideal

de educación era el arte del adorno, ser una institutriz de finas manos, que no toca nada. Así, ¡cuántas amonestaciones, cuando la sorprendía, de muy pequeña, barriendo y limpiando con un trapo, jugando a hacer placenteramente de cocinera! Aún ahora, si en casa de la señora Vanzade hubiera podido luchar contra el polvo, se habría aburrido menos. Pero ¿qué habría dicho la gente? Por de pronto habría dejado de hacer de dama de compañía. Así pues, iba a darse el gusto al quai de Bourbon, resoplando de tanto ejercicio, con ojillos de pecadora que muerde la fruta prohibida.

Claude notaba ahora, a su alrededor, los cuidados de una mujer. Para hacerla sentarse y charlar tranquilamente, le pedía a veces que le cosiera un puño de camisa que se le había desprendido, un desgarrón en el faldón de la chaqueta. Ella misma se había ofrecido a echar un vistazo a su ropa interior. Pero no la animaba ya ese entusiasmo de ama de casa que no para. En primer lugar, no sabía coser y sostenía la aguja como una muchacha educada en el desprecio de la costura. Y luego aquella inmovilidad, aquella atención, el atender a las puntadas una por una la exasperaban. El estudio relucía de limpio como un salón; pero Claude iba hecho un andrajoso; y los dos bromeaban sobre ello, les hacía gracia.

¡Pasaron aquellos meses felices, aquellos cuatro meses de frío intenso y de lluvia, en el estudio donde la roja estufa zumbaba como un tubo de órgano! El invierno parecía aislarles todavía más. Cuando la nieve cubría los tejados vecinos y los gorriones venían a aletear delante del ventanal, sonreían de sentirse calentitos y aislados, en el corazón de la gran ciudad muda. Pero no siempre se quedaron en aquel reducido espacio, pues ella acabó permitiéndole que la acompañara de vuelta. Durante mucho tiempo había querido irse sola, torturada por la vergüenza de que la vieran en la calle del brazo de un hombre. Hasta que un día que se puso de repente a diluviar fue forzoso dejarle bajar a él con un paraguas; pero, tras pasarse enseguida el chaparrón, del otro lado del Pont Louis-Philippe, ella le hizo volver, sólo estuvieron unos minutos delante del parapeto, contemplando el Mail, felices de encontrarse juntos, a cielo descubierto. Abajo se alineaban en cuatro hileras, amarrados al puerto, los grandes bombos cargados de manzanas y tan apretados que unas tablas tendidas entre ellos formaban como senderos, por donde pasaban apresuradamente niños y mujeres; les divertía aquella putrefacción de fruta, con los enormes montones que atestaban la orilla, con las redondas canastas que viajaban, mientras exhalaba un olor fuerte, casi hediondo, un olor a sidra en fermentación, con el húmedo hálito del río. A la semana siguiente, como había vuelto a asomar el sol y él no hacía más que exaltar la soledad de los muelles, en torno a la Île Saint-Louis, aceptó dar un paseo. Subieron de nuevo por el quai de Bourbon y el quai d'Anjou, deteniéndose a cada paso, interesados por la vida del Sena, la draga cuyos cubos chirriaban, el lavadero flotante sacudido por el griterío de las disputas, una grúa, más abajo, descargando una chalana. Ella era la más asombrada: ¿era posible que aquel quai del Ormes, tan animado enfrente, que ese quai Henri IV, con su orilla inmensa, su playa donde cuadrillas de niños y de perros se revolcaban sobre montones de arena, que todo

aquel horizonte de ciudad poblada y activa fuera el mismo de la ciudad maldita, entrevisto en un salpicar de sangre la noche de su llegada? Luego dieron la vuelta a la punta, demorando su paso para disfrutar del desierto y del silencio que parecía emanar de los viejos palacetes; contemplaron a través de la selva de andamios de madera de la Estacade cómo gorgoteaba el agua, volvieron atrás a lo largo del quai de Béthune y del d'Orléans, como aproximados por el ensanchamiento del río, apretándose el uno contra el otro delante de aquella caudalosa corriente, con la mirada perdida a lo lejos en el Port-au-Vin y en el Jardin des Plantes. En el cielo pálido azuleaban unas cúpulas de monumentos. Cuando llegaban al Pont Saint-Louis, él tuvo que explicarle que aquello era precisamente Notre-Dame, que ella no reconocía, vista así desde el presbiterio, colosal y acurrucada entre sus arbotantes, semejantes a unas patas en reposo, dominada por la doble cabeza de sus torres, por encima de su largo espinazo de monstruo. Pero su verdadero descubrimiento de aquel día fue el extremo occidental de la isla, esa proa de navío eternamente anclado que, en la fuga de sus corrientes, mira París sin nunca alcanzarlo. Bajaron por una empinada escalera, descubrieron una calita solitaria, sombreada por unos grandes árboles: era un refugio delicioso, como un asilo en medio de la multitud, con París que rugía a su alrededor, en los muelles, en los puentes, mientras ellos saboreaban a orillas del agua la alegría de estar solos, ignorados por todos. A partir de entonces, aquella orilla fue su rincón campestre, el país del aire libre donde aprovechaban las horas de sol, cuando el fuerte calor del estudio, donde zumbaba la roja estufa, los sofocaba y comenzaba a calentar sus manos con una fiebre que temían.

Hasta entonces, sin embargo, Christine se negaba a dejarse acompañar más allá del Mail. Se despedía siempre de Claude en el quai des Ormes, como si París, con su gentío y sus posibles encuentros, comenzara en aquella larga fila de muelles, que él le había hecho seguir. Pero Passy estaba tan lejos, y ella se aburría tanto de hacer sola un recorrido semejante, que poco a poco cedió, le permitió primero llegar hasta el Ayuntamiento, luego hasta el Pont-Neuf, más tarde hasta las Tullerías. Ella se olvidaba del peligro, los dos andaban ahora del bracete, como un matrimonio joven; y este paseo repetido sin cesar, esta lenta marcha por la misma acera, del lado del agua, había adquirido un encanto infinito, era una dicha tal como no volverían a sentirla más viva. Eran ya, profundamente, el uno del otro, sin haberse entregado aún. Parecía que el alma de la gran ciudad, subiendo del río, les envolviera con todas las ternuras que habían palpitado, a través de los siglos, en aquellas viejas piedras.

Desde que habían llegado los grandes fríos de diciembre, Christine no iba más que por la tarde; y era hacia las cuatro, cuando declinaba el sol, cuando Claude la acompañaba de vuelta del bracete. En los días de cielo claro, no bien desembocaban del Pont Louis-Philippe, se encontraban de frente toda la ilimitada extensión de los muelles. De una punta a la otra, el sol, cayendo oblicuamente, caldeaba con un polvillo de oro las casas de la orilla derecha, mientras que la orilla izquierda, las islas, los edificios se recortaban en una línea negra contra el rojo encendido del ocaso.

Entre ambas márgenes, luminosa una, sombría la otra, relucía el cabrilleante Sena, cortado por las delgadas barandillas de sus puentes, los cinco arcos del Pont Notre-Dame bajo el único arco del Pont d'Arcole, luego el Pont de Change, y seguidamente el Pont-Neuf, cada vez más sutiles, mostrando todos, más allá de su sombra, un vivo toque de luz, un agua de satén azul, que se blanqueaba como en un reflejo de espejo; y mientras las quebraduras crepusculares de la izquierda terminaban con la silueta de las puntiagudas torres del Palacio de Justicia, incisivamente remarcadas de negro en el vacío, a la derecha se abría una suave línea curva, tan prolongada y esfumada que el pabellón de Flora, muy alto allá en el fondo como una fortaleza, semejaba un castillo encantado, azulado, ligero y temblequeante, entre los vapores rosados del horizonte. Pero ellos, bañados de sol, bajo los plátanos sin hojas, apartaban la vista de aquel deslumbramiento para recrearse con determinados rincones, siempre los mismos, uno sobre todo, la confusa aglomeración de casas muy viejas, por encima del Mail; abajo, tienduchas de quincallería y de artículos de pesca de una planta, coronadas por terrazas, floridas de laureles y de viña virgen, y, por detrás, casas más altas, destartaladas, escalonando ropa interior en las ventanas, todo un hacinamiento de construcciones barrocas, un enredo de tablas y de obras de albañilería, de paredes ruinosas y de jardines colgantes, de bolas de cristal que relucían cual estrellas. Ellos dos caminaban y dejaban atrás uno tras otro los grandes edificios, el Cuartel, el Ayuntamiento, para interesarse, del otro lado del río, por la Cité, ceñida por sus murallas rectas y lisas, sin orilla. Por encima de las casas en sombra, las torres de Notre-Dame resplandecían como recién doradas. Algunos puestos de libreros de viejo comenzaban a invadir los parapetos; una gabarra, cargada de carbón, luchaba con la terrible corriente, bajo un arco del Pont Notre-Dame. Y allí, los días de mercado de flores, no obstante lo riguroso de la estación, se paraban a respirar el aroma de las primeras violetas y de los alhelíos primerizos. A la izquierda, sin embargo, se descubría y se prolongaba la orilla: más allá de las garitas del Palacio de Justicia, habían aparecido las casitas descoloridas del quai de l'Horloge, hasta el pequeño soto de árboles del terraplén; luego, a medida que avanzaban, surgían otros muelles de la bruma, muy lejos, el quai Voltaire, el quai Malaquais, la cúpula del Institut, el edificio cuadrado de la Monnaie, una larga serie gris de casas de las que no se distinguía siquiera las ventanas, un promontorio de techumbres que los tubos de las chimeneas hacían asemejarse a un acantilado rocoso, hundiéndose en medio de un mar fosforescente. Enfrente, en cambio, el Pabellón de Flora surgía del sueño, se solidificaba en la última llamarada del astro solar. Entonces, a derecha e izquierda, en los dos bordes del agua, estaban las profundas perspectivas del boulevard Sébastopol y del boulevard del Palais; eran los edificios nuevos del quai de la Mégisserie, la nueva prefectura de policía enfrente, el viejo Pont-Neuf, con la mancha de tinta de la estatua; estaban el Louvre, las Tullerías, luego, en el fondo, por encima de Grenelle, las lejanías sin límite, los collados de Sèvres, la campiña inundada por una lluvia de rayos. Nunca Claude iba más lejos, Christine siempre le hacía detenerse antes del

Pont-Royal, cerca de los grandes árboles de los baños Vigier; y, cuando se daban la vuelta para intercambiar un apretón de manos, a la dorada luz del sol que se había vuelto rojo, miraban hacia atrás y reencontraban, en el lado del otro horizonte, la Île Saint-Louis, de donde venían, un final confuso de capital, que la noche ganaba ya, bajo el cielo pizarroso de oriente.

¡Ah, cuántas hermosas puestas de sol tuvieron durante aquellos paseos semanales! El sol les acompañaba en aquella alegría vibrante de los muelles, la vida del Sena, la danza de los reflejos siguiendo la corriente, el divertido aspecto de las tiendas caldeadas como invernaderos, y las flores en tiestos de los tratantes en granos, y las jaulas ensordecedoras de los pajareros, toda una algarabía de sonidos y de colores que hace de la orilla del agua la eterna juventud de las ciudades. Mientras avanzaban, la brasa ardiente del ocaso se enrojecía a su izquierda, por encima de la línea oscura de las casas; y el astro solar parecía esperarles, declinaba poquito a poco, se desplazaba lentamente hacia los tejados lejanos, en cuanto habían rebasado el Pont Notre-Dame, enfrente del ensanchado río. En ningún oquedal secular, en ningún camino de montaña, en los prados de pradera alguna será el final del día nunca tan triunfal como detrás de la cúpula del Institut. París se duerme allí en su gloria. A cada paseo, cambiaba el incendio, nuevas hogueras añadían sus brasas a aquella corona de llamas. Una tarde que se habían visto sorprendidos por un aguacero, el sol, volviendo a asomar después de la lluvia, iluminó la nube por entero, y no hubo ya sobre sus cabezas más que ese polvillo de agua inflamado, que se irisaba de azul y de rosa. Los días de cielo diáfano, por el contrario, el sol, semejante a una bola de fuego, descendía majestuosamente a un tranquilo lago de zafiro; durante un instante, la cúpula negra del Institut le recortaba una punta, como una luna en su fase menguante; luego, la bola se teñía de violeta, se hundía en el fondo del lago vuelto de sangre. Desde febrero, fue ampliando la curva de su órbita, precipitándose directamente en el Sena, que parecía hervir en el horizonte al aproximarse aquel hierro candente. Pero las grandes escenografías, las grandes apoteosis mágicas del espacio no refulgían más que las tardes de nubes. Entonces, siguiendo los caprichos del viento, mares de azufre batían rocas de coral, palacios y torres, obras arquitectónicas amontonadas ardían y se venían abajo liberando, por entre las brechas abiertas, ríos de lava; o también, de pronto, el sol, ya desaparecido, oculto detrás de un velo de vapores, perforaba aquella muralla con un chorro tal de luz que de un extremo al otro del cielo era un dispararse de centelleos, semejante al vuelo de unas flechas de oro. Y caía el crepúsculo y ellos se despedían con aquel último deslumbramiento en los ojos, sentían a aquel París triunfal cómplice de la alegría que les resultaba inagotable al reiniciar siempre juntos aquel paseo, a lo largo de los viejos parapetos de piedra.

Ocurrió, por fin, un día lo que Claude se temía sin decirlo. Christine ya no pensaba en que alguien pudiera verles. Por lo demás, ¿quién la conocía? Pasaría así, eternamente desconocida. Él pensaba en sus compañeros, a veces tenía un pequeño sobresalto creyendo reconocer de lejos a alguna persona conocida. Le atormentaba un

secreto pudor, pues la idea de que alguien pudiera mirar de hito en hito a la muchacha, abordarla, bromear acaso, le provocaba una angustia insoportable. Y justo aquel día, mientras ella se apretaba contra su brazo cerca ya del Pont des Arts, se encontraron frente por frente con Sandoz y Dubuche, que bajaban la escalera del puente. Imposible evitarlos, pues estaban casi cara a cara; por otra parte, sus amigos le habían visto sin duda, ya que sonreían. Muy pálido, él seguía avanzando; y pensó que estaba todo perdido al ver hacer a Dubuche un movimiento de aproximación; pero ya Sandoz lo retenía, se lo llevaba. Pasaron con aire de indiferencia, desaparecieron en el patio del Louvre, sin volver siquiera la cabeza. Los dos acababan de reconocer el original de aquella cabeza al pastel, que el pintor escondía con un celo de amante. Christine, muy alegre, no había reparado en nada. Claude, con el corazón brincándole en el pecho, le respondía con palabras estranguladas, conmovido hasta las lágrimas, desbordando gratitud por la discreción de sus dos viejos amigos.

Algunos días después, tuvo un nuevo sobresalto. No esperaba a Christine, y se había citado con Sandoz; además, como ella había subido corriendo para pasar una hora con él, en una de esas visitas sorpresa que les encantaban, acababan de retirar como de costumbre la llave cuando llamaron familiarmente a la puerta a golpes. Reconoció al punto aquella manera de anunciarse, se trastornó tanto por aquella fatal casualidad que derribó una silla: imposible ahora no responder. Pero ella se había puesto pálida y le suplicaba con un gesto errático, por lo que se quedó inmóvil, conteniendo la respiración. Los golpes continuaban en la puerta. Una voz gritó: «¡Claude! ¡Claude!». Él seguía en todo momento sin moverse, luchando consigo mismo, con los labios exangües y los ojos clavados en el suelo. Se hizo un gran silencio, luego se oyó el ruido de unos pasos que bajaban, haciendo crujir los peldaños de madera. Se había hinchado su pecho de una inmensa tristeza, casi lo sentía estallar de remordimientos a cada uno de aquellos pasos que se iban, como si hubiera renegado de la amistad de toda su juventud.

Sin embargo, una tarde llamaron de nuevo. Ella se espantó, se lanzó detrás del biombo, cayó sentada en el borde de la cama, con su pañuelo en la boca para ahogar el ruido de su respiración.

Llamaron más fuerte, estallaron unas risas y el pintor tuvo que gritar:

—¡Adelante!

Y su angustia no hizo sino aumentar al ver a Jory, quien presentaba galantemente a Irma Bécot. Desde hacía quince días, Fagerolles se la había cedido, o, mejor dicho, se había resignado a aquel capricho por temor a perderla del todo. Por aquel entonces ella prodigaba sus juveniles encantos por todos los estudios de los pintores, con tal frenesí físico que cada semana tomaba el portante con sus tres camisas y se iba, dispuesta a volver para una noche, según su humor del momento.

—Ha sido ella quien ha querido visitar tu estudio, y yo te la traigo —explicó el periodista.

Pero, sin esperar siquiera, ella se paseaba ya con toda libertad, exclamando:

—¡Oh, qué gracia tiene esto!... ¡Oh, qué pintura más encantadora!... Eh, sea amable, enséñemelo todo, quiero verlo todo... ¿Y dónde duerme?

Claude, devorado por la inquietud, temió que apartara el biombo. Se imaginaba a Christine allí detrás, estaba desolado ya de lo que ella oía.

—¿Sabes qué es lo que viene a pedirte? —prosiguió alegremente Jory—. Pero ¡cómo!, ¿ya no te acuerdas?, le prometiste hacer alguna cosa tomándola como modelo... Posará todo cuanto quieras, ¿no es así, querida mía?

—¡Pues claro, inmediatamente!

—El hecho es que —dijo, incómodo, el pintor— mi cuadro me tendrá ocupado hasta el Salón... ¡Hay una figura que se me resiste! ¡Imposible salir adelante con esas condenadas modelos!

Ella se había plantado delante de la tela, alzaba su naricita con aire de entendida.

—Esta mujer desnuda, en la hierba... Bien, dígame si podría serle de utilidad.

De golpe, Jory se encendió.

—¡Ésta si que es una buena idea! ¡Tú que buscas una bonita muchacha sin encontrarla!... Se desnuda en un periquete. Desnúdate, querida, vamos, desnúdate un poco para que se dé cuenta...

Irma se desató enseguida con una mano su sombrero y buscó con la otra los corchetes del corpiño, a pesar de las enérgicas negativas de Claude, que se debatía como si se le violentara.

—No, no, es inútil... La señorita es demasiado baja... ¡No es en absoluto lo que necesito, en absoluto!

—¿Qué importa? —dijo ella—. ¡Al menos habrá visto!

Y Jory se obstinaba.

—¡Déjala!, para ella es un placer... Normalmente no posa, no necesita hacerlo; pero la llena de satisfacción exhibirse. Viviría desnuda... Desnúdate, querida, vamos. ¡El pecho nada más, porque teme que te lo comas!

Finalmente, Claude consiguió impedir que se desnudara. Farfullaba disculpas: más tarde, estaría encantado; pero en aquel momento temía que un nuevo tipo acabara por confundirle; ella se limitó a encogerse de hombros, mirándole fijamente con aquellos bonitos y maliciosos ojos llenos de risueño desprecio.

Entonces, Jory se puso a hablar de la pandilla. ¿Cómo era que Claude no había ido el jueves pasado a casa de Sandoz? Ya no le veían. Dubuche le acusaba de estar acaparado por una actriz. ¡Oh! ¡Había habido una agarrada entre Fagerolles y Mahoudeau a propósito del traje negro en escultura! Gagnière, el domingo anterior, había salido de un concierto de Wagner con un ojo hinchado. Él, Jory, había estado a punto de batirse en duelo, en el café Baudequin, por uno de sus últimos artículos del *Tambour*. ¡El hecho era que se las cantaba claras a los pintores de tres al cuarto con sus famas usurpadas! La campaña contra Jury del Salón estaba armando un ruido infernal, no se salvaría ni uno de aquellos alcabaleros del Ideal que querían impedir el

paso a la Naturaleza.

Claude le escuchaba impaciente e irritado. Había vuelto a coger su paleta y pintaba delante del cuadro. El otro acabó por darse por enterado.

—Veo que quieres trabajar, te dejamos.

Irma continuó mirando al pintor, con su vaga sonrisa, asombrada de la necedad de aquel bobo que no quería nada de ella y atormentada ahora por el capricho de hacerlo suyo, a su pesar. Su estudio era feo, y tampoco él tenía nada de apuesto; pero ¿por qué se las daba de virtuoso? Le tomó el pelo unos momentos, aguda, inteligentemente, marcada ya por su destino de joven despechugada. En la puerta, se ofreció por última vez con un largo apretón de manos, cálido e insinuante.

—Cuando guste.

Se habían ido y Claude tuvo que ir a apartar el biombo, porque, detrás, Christine seguía en el borde de la cama, como sin fuerzas para levantarse. Ni mencionó a aquella muchacha, limitándose a declarar simplemente que había pasado mucho miedo; y quería irse enseguida, temblando ante la posibilidad de oír llamar de nuevo y llevándose en el fondo de sus ojos inquietos la turbación de todo cuanto no decía.

Por otra parte, durante largo tiempo aquel ambiente artístico brutal, aquel estudio lleno de cuadros violentos habían seguido siendo para ella una fuente de angustia. No podía habituarse a las desnudeces realistas de las modelos, a la cruda naturaleza de los estudios hechos en Provenza, que la herían y desagradaban. Y sobre todo no comprendía nada de ellos, ella que había crecido en el amor y la admiración por un arte tan distinto, las finas acuarelas de su madre, los abanicos de una delicadeza de ensueño, con unas parejas de color lila flotando en medio de jardines azulados. A menudo todavía ella misma se divertía con pequeños paisajes de colegiala, dos o tres motivos que se repetían siempre, un lago con unas ruinas, un molino batiendo el agua de un río, una quinta y unos abetos nevados. Y se asombraba: ¿cómo un muchacho inteligente pintaba de un modo tan poco razonable, tan feo, tan falso? Pues no sólo encontraba estas realidades de una fealdad monstruosa, sino que además las juzgaba carentes de toda verdad aceptable. En una palabra, tenía que estar loco.

Un día, Claude quiso ver sin falta un pequeño cuaderno, su antiguo cuaderno de Clermont, del que ella le había hablado. Tras haberse resistido largo tiempo, lo trajo, halagada en el fondo, ya que tenía la viva curiosidad de saber qué diría él. Él lo hojeó sonriendo; y, como guardaba silencio, fue ella la primera en susurrar:

—Le parece malo, ¿no?

—Pues no —respondió él—, es inocente.

La palabra le picó, a pesar del tono bondadoso que la hacía amable.

—¡Claro, recibí tan pocas lecciones de mamá!... A mí me gusta lo que está bien hecho y agrada.

Entonces, él prorrumpió en una risa franca.

—Confiese que mi pintura la pone mala. Lo he observado, aprieta usted los labios, pone unos ojos en blanco de terror... ¡Ah!, es cierto, no es una pintura para las

damas, y menos aún para las muchachas... Pero se acostumbrará usted, no hay más que educar el ojo; y verá que es muy sano y honesto eso que hago.

En efecto, poco a poco Christine se habituó a ella. Pero al principio no tuvo nada que ver la convicción artística, tanto más cuanto que Claude, en su desprecio por la opinión femenina, no la adoctrinaba, y evitaba, por el contrario, hablar de arte con ella, como si hubiera querido reservarse para sí aquella pasión de su vida, al margen de la nueva pasión que le dominaba. Sólo que ella se dejaba llevar por la costumbre y acabó por sentir interés por aquellos abominables lienzos al ver el lugar preeminente que ocupaban en la vida de él. Ésta fue la primera etapa, ella se emocionó por aquella pasión por el trabajo, por la entrega absoluta de todo su ser: ¿no era algo conmovedor? ¿No había algo muy noble en ello? Luego, cuando observó las alegrías y los dolores que le trastornaban, a raíz de una buena o de una mala sesión, llegó a compartir su esfuerzo. Se entristecía si le encontraba triste; se alegraba cuando la recibía alegremente; y, a partir de entonces, ésta fue su preocupación: ¿había trabajado mucho? ¿Estaba satisfecho de lo que había hecho desde su último encuentro? Al cabo de dos meses estaba conquistada, se plantaba delante de los lienzos, no tenía ya miedo, y aunque no aprobaba siempre aquella manera de pintar, comenzaba a repetir palabras de artista, declaraba que aquello «tenía fuerza, estaba construido con mucha cabeza, bien de luz». Le parecía tan bueno, le quería tanto, que, tras disculparle por pintarrapear semejantes horrores, acababa por descubrir en ellos algunas cualidades para poder quererlos también un poco.

No obstante, había un cuadro, el grande, destinado al próximo Salón, que ella tardó mucho en aceptar. Mientras que miraba ya sin que le desagradaran las academias del estudio Boutin y los estudios de Plaissans, seguía irritándose contra la mujer desnuda, recostada en la hierba. Era un rencor personal, la vergüenza de haber creído por un momento reconocerse en ella, una sorda incomodidad frente a aquel gran cuerpo, que seguía hiriéndola, aunque le encontrara cada vez menos rasgos suyos. Primero había protestado apartando la mirada. Ahora se quedaba minutos enteros, con la mirada fija, en una muda contemplación. ¿Cómo podía ser que hubiera desaparecido de aquel modo la semejanza? A medida que el pintor se empecinaba, nunca satisfecho, retocando cien veces el mismo fragmento, aquel parecido se desvanecía cada vez un poco más. Y, sin que ella pudiera analizarlo, sin que se atreviera incluso a confesárselo a sí misma, ella, que se había rebelado públicamente el primer día, sentía ahora un desagrado cada vez mayor al ver que no quedaba ninguno de sus rasgos. Le parecía que su amistad se resentía por ello, se sentía menos cerca de él, a cada rasgo que borraba. ¿Acaso ya no la amaba puesto que la excluía de su obra? ¿Y quién era aquella nueva mujer, aquel rostro desconocido y vago que apuntaba bajo el suyo?

Claude, desolado por haber estropeado la cabeza, no sabía cómo pedirle que tuviera la amabilidad de posar unas horas para él. Debía estarse simplemente sentada, para que él pudiera tomar unos apuntes. Pero la había visto tan encolerizada que

temía irritarla una vez más. Tras haberse prometido que se lo suplicaría alegremente, no encontraba las palabras, avergonzado de repente, como si se hubiera tratado de una inconveniencia.

Una tarde la trastornó con uno de sus ataques de cólera, que no conseguía dominar, ni siquiera delante de ella. Aquella semana nada había funcionado. Hablaba de hacer pedazos la tela, se paseaba presa de la furia, dando patadas a los muebles. De repente, la cogió por los hombros y la puso sobre el diván.

—¡Se lo ruego, hágame un favor, o reviento, le doy mi palabra!

Espantada, ella no comprendía.

—Pero ¿qué quiere?

Luego, cuando ella le vio coger sus pinceles, añadió atolondradamente:

—¡Ah!, sí... ¿Por qué no me lo ha pedido antes?

Ella se recostó por sí misma sobre un cojín y se pasó un brazo por debajo de la nuca. Pero estaba seria por la sorpresa y la confusión de haber consentido tan rápido: no creía estar tan dispuesta a hacerlo, más bien habría jurado que nunca más haría de modelo para él.

Él, encantado, gritó:

—¿De veras, consiente?... ¡Dios mío!, ¡qué pedazo de mujer voy a hacer con usted!

De nuevo, irreflexivamente, dijo ella:

—¡Oh!, ¡solamente la cabeza!

Y él musitó apresuradamente, como quien teme haber ido demasiado lejos:

—¡Por supuesto, por supuesto, solamente la cabeza!

Enmudecieron de la incomodidad, él se puso a pintar, mientras que ella, con los ojos mirando al aire, inmóvil, seguía turbada por haber dejado escapar semejante frase. Su condescendencia le hacía sentir ya remordimientos, como si sintiera cierta culpabilidad al prometer prestar sus rasgos a aquella desnudez femenina, esplendente al sol.

En dos sesiones, Claude esbozó la cabeza. Estaba exultante de alegría, proclamaba a voces que era su mejor obra pictórica; y no le faltaba razón, pues nunca había bañado en luz más verdadera un rostro tan vivo. Dichosa de verle tan feliz, Christine se había alegrado también, hasta el punto de encontrar su cabeza estupenda, aunque no muy parecida, pero de una expresión asombrosa. Se quedaron un largo rato delante del cuadro, parpadeando y retrocediendo hasta la pared.

—Ahora —dijo por fin—, voy a acabarla deprisa y corriendo con una modelo... ¡Ah, esa asquerosa, ya la tengo!

Y, en un arranque de chiquillo, cogió a la muchacha y bailaron juntos lo que se llamaba «el paso triunfal». Ella reía muy fuerte, pues adoraba el juego, sin sentir ya su desconcierto, escrúpulos ni desazón.

Pero, a partir de la semana siguiente, Claude volvió a estar sombrío. Había elegido a Zoé Piédefer como modelo para el cuerpo, y ella no le daba lo que él

quería: la cabeza, tan fina, decía, no casaba con aquellos hombros vulgares. Sin embargo, se obstinó, raspó, volvió a empezar. Hacia mediados de enero, presa de la desesperación, abandonó el cuadro, lo dejó vuelto del revés contra la pared; luego, quince días más tarde, se puso de nuevo a él, con otra modelo, la alta Judith, lo que le obligó a modificar las tonalidades. Las cosas fueron de nuevo mal, hizo volver a Zoé, ya no sabía lo que se hacía, enfermo de incertidumbre y de angustia. Y lo peor era que sólo la figura central le desesperaba, porque el resto de la obra, los árboles, las dos figuritas de mujer, el hombre de la chaqueta de terciopelo, ya acabados, bien conseguidos, le satisfacían plenamente. Terminaba febrero y no le quedaban más que unos días para el envío al Salón, era un desastre.

Una tarde, delante de Christine, se puso a imprecicar, lanzó este grito de ira:

—¡A quién se le ocurre, santo Dios, encasquetar la cabeza de una mujer sobre el cuerpo de otra!... Debería cortarme la mano.

En el fondo de sí mismo, ahora, le oprimía un solo pensamiento: conseguir que ella consintiera a posar para la figura entera. Esto era algo que había germinado lentamente, primero como un simple deseo descartado enseguida por absurdo, luego como una muda discusión retomada sin cesar, y por último el deseo claro, agudo, aguijoneado por la necesidad. Aquel pecho que había entrevisto por espacio de algunos minutos le acosaba con un recuerdo obsesivo. La volvía a ver llena de frescura juvenil, radiante, indispensable. Si no podía tenerlo, lo mismo daba renunciar al cuadro, pues ninguna otra podría satisfacerle. Cuando, durante horas enteras, derrumbado en una silla, se devoraba de impotencia por no saber ya dónde dar una pincelada, tomaba decisiones heroicas: apenas entrara, le haría saber su tormento, con tan conmovedoras palabras que tal vez cediese. Pero una vez que llegaba ella, con su risa de amiga, su casto vestido que no le dejaba ver nada de su cuerpo, todo su coraje se esfumaba, desviaba la vista por miedo a que ella le sorprendiera buscando, debajo del corpiño, la flexible línea del busto. No se podía exigir de una amiga un favor semejante, nunca tendría la audacia suficiente.

Y, sin embargo, una tarde, cuando se disponía a acompañarla y ella se ponía de nuevo el sombrero, con los brazos alzados, se quedaron dos segundos con los ojos fijos el uno en el otro, él estremeciéndose delante de las puntas de los pechos levantados que reventaban la tela, ella tan repentinamente seria, tan pálida, que él se sintió descubierto. Apenas si se dijeron una palabra a lo largo de los muelles, pero aquello persistía entre ellos, mientras el sol se ponía, en un cielo color de cobre viejo. En otras dos ocasiones le leyó, en el fondo de su mirada, que sabía lo que no paraba de pensar. En efecto, desde que él pensaba en ello, ella se había puesto a hacerlo también a su pesar, despierta la atención por unas alusiones involuntarias. Primero, aquel pensamiento apenas si la rozó, pero luego se vio obligada a defenderse de él; no creía, sin embargo, que tuviera que ponerse en guardia, a tal punto le parecía algo fuera de la realidad, una de esas fantasías que nos hacen avergonzarnos un poco. Tampoco temió que él se atreviese a pedirselo: ahora le conocía bien, sabía que podía

hacerle callar con un suspiro, antes incluso de que hubiera balbucido una palabra, a pesar de sus repentinos estallidos de cólera. Estaba loco, simplemente. ¡Nunca, nunca!

Pasaron los días; y aquella idea fija ocupaba entre ellos un espacio cada vez mayor. Apenas se encontraban juntos no eran capaces de pensar en otra cosa. No abrían siquiera la boca, pero sus silencios estaban henchidos de ello; no arriesgaban ya un gesto, ni intercambiaban una sonrisa sin encontrar en el fondo de ella esa cosa imposible de expresar explícitamente y de la que desbordaban. Muy pronto no quedó nada más en su vida de amigos. Si él la miraba, ella creía sentirse desnudada por su mirada; las palabras inocentes resonaban llenas de significados molestos; cada apretón de manos iba más allá de la muñeca, le provocaba un estremecimiento que le recorría el espinazo. Y lo que habían evitado hasta aquel momento, el desasosiego de su relación, el despertar del hombre y de la mujer en su amistad, estallaba por fin, bajo la evocación constante de aquella desnudez virginal. Poco a poco, se descubrían una fiebre secreta, ignorada por ellos mismos. Les subían llamaradas a las mejillas, enrojecían por un simple roce de los dedos. Ahora había como una excitación a cada minuto que enardecía su sangre; y mientras tanto, en aquella invasión de todo su ser, el tormento de lo que callaban sin poder esconderlo se exasperaba hasta el punto de ahogarlos, el pecho henchido de grandes suspiros.

Hacia mediados de marzo, Christine, en una de sus visitas, encontró a Claude sentado delante de su cuadro, abatido de tristeza. No la había oído siquiera, permanecía inmóvil, con los ojos en blanco y extraviados sobre la obra inacabada. Al cabo de tres días vencía el plazo para su envío al Salón.

—¿Qué? —le preguntó con dulzura, desesperada de su desesperación.

Él se sobresaltó y se volvió.

—Que se acabó, no expondré este año... ¡Ah!, ¡yo que tenía tantas esperanzas puestas en este Salón!

Los dos volvieron a caer en su abatimiento, en el que se agitaban una infinidad de sensaciones confusas. Luego ella prosiguió pensando en voz alta:

—Se estaría aún a tiempo.

—¿A tiempo? ¡No! Haría falta un milagro. ¿Dónde quiere que encuentre una modelo a estas alturas?... Llevo toda la mañana debatiéndome y por un momento he creído tener una idea: sí, ir a buscar a esa muchacha, a esa Irma que vino cuando estaba usted aquí. Ya sé que es bajita y regordeta y que habría que cambiarlo tal vez todo; pero es joven, podría ser posible... Decididamente, voy a intentarlo.

Se interrumpió. Los ojos encendidos que la miraban decían claramente: «¡Ah, está usted, y si quisiera hacerme este inmenso favor sería el milagro tan esperado, el triunfo seguro! ¡Se lo imploro, se lo pido como a una amiga adorada, la más bella, la más casta!».

Ella, erguida, muy blanca, oía cada una de las frases; y aquellos ojos de ardiente súplica ejercían sobre ella una presión irresistible. Sin prisas, se quitó el sombrero y

el abrigo de piel; luego continuó, con naturalidad, con el mismo gesto tranquilo, se desabrochó el corpiño, se lo sacó así como también el corsé, dejó caer las enaguas, desabotonó las hombreras de la camisa, que se deslizaron sobre sus caderas. No había pronunciado una sola palabra, parecía estar en otra parte, como las noches en que, encerrada en su cuarto, perdida tras algún sueño, se desvestía maquinalmente, sin prestar atención a lo que hacía. ¿Para qué dejar a una rival entregar su cuerpo cuando ella había entregado ya su rostro? Quería estar en aquel cuadro entera, tal como era, con su ternura, ahora que finalmente comprendía cuántos angustiosos celos le despertaba desde hacía un tiempo aquel monstruo bastardo. Y, en todo momento muda, desnuda y virginal, se recostó en el diván, adoptó la pose, con un brazo por debajo de la cabeza y los ojos cerrados.

Sobrecogido, inmóvil de alegría, él la miró desvestirse. La reencontraba. La fugaz visión, tantas veces evocada, se convertía en viviente realidad. Era esa misma infancia, frágil aún, pero tan flexible, de tan juvenil frescura; y de nuevo se asombró: ¿dónde escondía aquel pecho desarrollado, que no era posible imaginar en absoluto bajo las ropas? No habló más, se puso a pintar, en el silencio de recogimiento que se había hecho. Durante tres largas horas se enfrascó en el trabajo con tan viril esfuerzo que acabó de una sentada un boceto soberbio del cuerpo entero. Nunca la carne de la mujer le había embriagado de aquel modo, su corazón latía como ante una desnudez religiosa. No se acercaba a ella, permanecía sorprendido ante la transfiguración del rostro, cuyas mandíbulas un tanto macizas y sensuales se habían diluido bajo la tierna quietud de la frente y de las mejillas. Durante las tres horas él no se movió, ella no soltó ni un suspiro, ofrendando su pudor sin un estremecimiento, sin una incomodidad. Los dos sintieron que, si decían una sola frase, les dominaría una gran vergüenza. Sólo de vez en cuando ella abría sus ojos claros, los clavaba en un punto vago del espacio, se quedaba así un instante sin que él pudiera leer nada en sus pensamientos, luego los cerraba y volvía de nuevo a su nada de bello mármol, con la sonrisa misteriosa y congelada de la pose.

Con un gesto, Claude dijo que había terminado; y, de nuevo incómodo, derribó una silla al darse la vuelta demasiado rápidamente, mientras Christine, muy colorada, abandonaba el diván. Se vistió a toda prisa, con un repentino estremecimiento, presa de tal emoción que se abrochó mal, tirando de sus mangas y levantándose el cuello para no dejar un solo milímetro de piel desnudo. Estaba pegada a la pared, sin decidirse a aventurar una mirada. Sin embargo, él fue a donde estaba ella, se contemplaron, dubitativos, estrangulados por una emoción que les impidió hablar de nuevo. ¿Era aquella emoción tal vez tristeza, una tristeza infinita, inconsciente e innombrable? Pues sus párpados se hinchieron de lágrimas, como si acabaran de echar a perder su vida, de tocar el fondo de la miseria humana. Entonces, enternecido y desconsolado, no encontrando nada, ni siquiera una palabra de gratitud, él la besó en la frente.

V

El 15 de mayo, Claude, que había vuelto la víspera de casa de Sandoz a las tres de la noche, se encontraba durmiendo aún, hacia las nueve, cuando la señora Joseph le subió un gran ramo de lilas blancas, que le acababa de traer un recadero. Comprendió que Christine festejaba por adelantado el éxito de su cuadro; pues la apertura del Salón de los Rechazados, creado aquel año, y donde iba a ser expuesta su obra, rechazada por el jurado del Salón oficial, era un gran día para él.

Aquel delicado obsequio, las lilas frescas y olorosas con las que le despertaba, le causó una gran impresión, como si fuera el presagio de una feliz jornada. En camisa de dormir, descalzo, las puso en su jarra de agua, sobre la mesa. Luego, abotargado y soñoliento, atontado, se vistió, rezongando por haber ido a dormir tan tarde. La víspera les había prometido a Dubuche y a Sandoz que pasaría a recogerles, a partir de las ocho, por casa de este último, para ir los tres juntos al Palais de l'Industrie, donde encontrarían al resto de la cuadrilla. ¡Y llevaba ya un retraso de una hora!

Pero, con razón, no podía encontrar ya nada en su estudio hecho un revoltijo al sacar el gran lienzo. Durante cinco minutos anduvo buscando sus zapatos, de rodillas, entre unos viejos bastidores. Flotaban en el aire unas partículas de oro, pues, no sabiendo de dónde sacar el dinero para un marco, había hecho juntar cuatro tablas por un ebanista que había allí cerca y las había dorado él mismo, con la ayuda de su amiga, que se había revelado una doradora muy torpe. Por fin, vestido y calzado, con su sombrero de fieltro salpicado de destellos amarillos, ya se iba cuando una idea supersticiosa le hizo volver a donde estaban las flores, que se quedaban solas en medio de la mesa. No besar aquellas lilas habría sido una afrenta. Las besó, pues, embalsamado por su intenso olor primaveral.

Ya en el zaguán, entregó su llave a la portera, como de costumbre.

—Señora Joseph, hoy estaré fuera todo el día.

En menos de veinte minutos Claude llegó a la rue d'Enfer, a casa de Sandoz. Pero éste, al que temía ya no encontrar, se había retrasado también debido a una indisposición de su madre. Nada grave, simplemente una mala noche, que le había trastornado de inquietud. Tranquilizado ahora, le contó que Dubuche le había escrito que no le esperasen, citándoles allí. Se fueron los dos, y, como eran casi las once, decidieron almorzar en una pequeña lechería desierta de la rue Saint-Honoré, donde se quedaron largo rato, dejándose llevar por la pereza en su apasionado deseo de observar, mientras saboreaban una especie de emocionada tristeza en demorarse en los lejanos recuerdos de infancia.

Daba la una cuando atravesaban los Campos Elíseos. Hacía un día espléndido, con un gran cielo despejado que parecía de un azul más intenso por una brisa todavía fría. Bajo el sol, color de trigo en sazón, las filas de castaños tenían hojas nuevas, de un verde suave, recién abrigado; y los estanques con el chorro de sus surtidores, los cuadros de césped bien cuidados, la profundidad de las alamedas y la amplitud de

los espacios daban al vasto horizonte un aspecto de gran lujo. Algunos carruajes, raros a aquella hora, subían, mientras una gran afluencia de gente, perdida y moviéndose como un hormiguero, se precipitaba bajo la enorme arcada del Palais de l'Industrie.

Una vez que hubieron llegado, Claude sintió un ligero escalofrío en el gigantesco vestíbulo, fresco como una bodega, y cuyo húmedo suelo resonaba bajo los pies como un pavimento de iglesia. Miró a derecha e izquierda las dos escaleras monumentales, y preguntó con desprecio:

—¿Así que vamos a tener que cruzar su sucio Salón?

—¡Ah, no, diablos! —respondió Sandoz—. Tomemos por el jardín. Al fondo, está la escalera del oeste que lleva a los Rechazados.

Y, desdeñosamente, pasaron por entre las mesitas de las vendedoras de catálogos. Por la abertura de unas inmensas cortinas de terciopelo rojo se entreveía el jardín acristalado, más allá de un porche en sombra.

A aquellas horas del día, el jardín estaba casi vacío, no había gente más que en el bufé, debajo del reloj, un barullo de personas que estaban comiendo allí. Todo el mundo se encontraba en las salas del primer piso; y, solas, las estatuas blancas flanqueaban las alamedas de arena amarillenta, que recortaban nítidamente el dibujo verde de los céspedes. Era un pueblo de mármol inmóvil, que bañaba la luz difusa que caía como en polvillo de las altas vidrieras. Al mediodía, unas cortinas de tela obstruían una mitad de la nave, rubia bajo el sol, manchada en sus dos extremos por los rojos y los azules resplandecientes de las vidrieras. Algunos visitantes, cansados ya, ocupaban las sillas y los bancos totalmente nuevos, relucientes de pintura, mientras los vuelos de los gorriones, que anidaban arriba, en un bosque de armazones de hierro, se abatían con pequeños chillidos de persecución, para hurgar, tranquilos, en la arena.

Claude y Sandoz fingieron caminar rápido, sin dirigir una mirada a su alrededor. Un bronce rígido y noble, la Minerva, de un miembro del Institut, les había exasperado desde la misma puerta. Pero, al apretar el paso a lo largo de una línea interminable de bustos, reconocieron a Bongrand, solo, que estaba dando la vuelta lentamente a una figura yacente, colosal y desbordante.

—¡Vaya, son ustedes! —exclamó cuando le dieron la mano—. Estaba contemplando esta figura de nuestro amigo Mahoudeau, que, cuanto menos, han tenido la inteligencia de aceptar y colocar bien...

E, interrumpiéndose, añadió:

—¿Vienen de arriba?

—No, acabamos de llegar —dijo Claude.

Entonces se puso a hablar muy calurosamente del Salón de los Rechazados. Él, que pertenecía al Institut, pero que vivía apartado de sus colegas, se alegraba por aquella feliz casualidad: el eterno descontento de los pintores, la campaña llevada a cabo por los pequeños periódicos como el *Tambour*, las protestas, las continuas

reclamaciones que, por fin, habían impresionado al Emperador; y el golpe de Estado artístico de ese soñador silencioso, pues la medida era exclusivamente suya; y el espanto y el ruido de todos a raíz de aquella piedra caída en aquella charca de ranas.

—No —continuó—, ¡no se pueden hacer ustedes una idea de la indignación reinante entre los miembros del jurado!... ¡Con todo lo que desconfían de mí, en mi presencia cierran el pico!... Todas sus iras están dirigidas contra los horribles realistas. Ante ellos se cerraban sistemáticamente las puertas del templo, y es por eso por lo que el Emperador ha querido permitir que el público revisara el proceso; al fin y al cabo, son ellos los que triunfan... ¡Ah, tengo que oír de buenas, y no daría un chavo por el pellejo de ustedes los jóvenes!

Se reía a más no poder, con los brazos abiertos, como si quisiera abrazar a toda la juventud que oía brotar del suelo.

—Sus discípulos se abren camino —se limitó a decir Claude.

Con un gesto, Bongrand le hizo callar, presa de la incomodidad. Él no había expuesto nada, y toda aquella producción, entre la que se movía, aquellos cuadros, aquellas estatuas, aquel esfuerzo de creación humana, le llenaban de nostalgia. No eran celos, pues no había un alma más noble y mejor, sino un replegamiento en sí mismo, un temor sordo a una lenta decadencia, aquel miedo inconfesado que le acuciaba.

—¿Y cómo anda la cosa en los Rechazados? —le preguntó Sandoz.

—¡Estupendamente! Ya verán.

Luego, volviéndose hacia Claude y estrechándole ambas manos, añadió:

—Usted, mi buen amigo, es ya famoso... ¡Hágame caso, yo, que paso por mañoso, daría diez años de mi vida por haber pintado esa pelandusca de mujer!

Este elogio, salido de semejante boca, emocionó al joven pintor hasta las lágrimas. ¡Por fin tenía un éxito! No encontró palabras de gratitud, se puso a hablarle de repente de otra cosa, quería ocultar su emoción.

—¡Ese valiente Mahoudeau! ¡Está muy bien su figura!... Vaya un temperamento el suyo, ¿no?

Sandoz y él se habían puesto a dar la vuelta alrededor de la estatua de yeso. Bongrand respondió con una sonrisa:

—Sí, sí, demasiado muslo y demasiado pecho. Pero miren las articulaciones de los miembros, es igual de fino y bonito que todo lo demás... Me voy, adiós, les dejo. Voy a sentarme un poco, tengo las piernas molidas.

Claude había alzado la cabeza y prestaba oídos. Un ruido enorme, que al principio no le había llamado la atención, retumbaba en el aire con un estrépito continuo: era como un rugido de tempestad que azotara la costa, el fragor de un asalto incansable, que se prolongaba hasta el infinito.

—Vaya —susurró—, ¿qué pasa?

—Es el gentío —dijo Bongrand alejándose—, arriba, en las salas.

Y los dos jóvenes, tras haber atravesado el jardín, subieron al Salón de los

Rechazados.

Lo habían instalado todo muy bien, y los cuadros aceptados no estaban más fastuosamente colocados: altas colgaduras de vieja tapicería en las puertas, cimacios^[20] ornados de sarga verde, banquetas de terciopelo rojo, pantallas de tela blanca bajo las claraboyas de los techos; y, en la enfilada de las salas, la primera impresión era la misma, el mismo dorado de los marcos, las mismas manchas vivas de los lienzos. Pero una alegría particular reinaba allí, una explosión de juventud que en un primer momento no se percibía de forma clara. El gentío, ya compacto, iba en aumento a cada minuto, pues desertaban del Salón oficial para acudir corriendo allí, movidos por la curiosidad, acicateados por el deseo de juzgar a los jueces, divertidos, por último, desde la misma entrada por la certeza de que iban a ver allí cosas de lo más agradables. Hacía mucho calor, un fino polvillo se levantaba del suelo, a eso de las cuatro se ahogarían a buen seguro.

—¡Demonios! —exclamó Sandoz empleando los codos—, no va a ser cómodo moverse aquí dentro y dar con tu cuadro.

Se apresuraba con una fiebre fraterna. Aquel día no vivía más que para la obra y la gloria de su viejo amigo.

—Déjalo estar —exclamó Claude—, ya llegaremos. ¡No se van a llevar mi cuadro!

Y por su parte simuló no tener prisa, a pesar de las ganas irresistibles que tenía de correr. Alzaba la cabeza, miraba. Muy pronto, entre el vocerío de la multitud que le había aturcido, distinguió algunas leves risas, contenidas aún, que ahogaban el ruido de los pies y de los charloteos. Algunos visitantes bromeaban delante de determinadas telas, cosa que le inquietó, porque con toda su rudeza revolucionaria era ingenuo y sensible como una mujer, siempre esperando el martirio, siempre sangrando, siempre asombrado de verse rechazado y escarnecido. Murmuró:

—¡Qué alegres están éstos!

—¿Qué quieres?, no les faltan motivos —le hizo observar Sandoz—. Mira esos caballejos extravagantes.

Pero, en aquel momento, mientras se entretenían en la primera sala, Fagerolles, sin verles, se topó con ellos. Tuvo un sobresalto, contrariado sin duda por el encuentro. Por lo demás, se recuperó enseguida, de lo más amable.

—Vaya, estaba pensando en vosotros... Llevo aquí desde hace una hora.

—¿Dónde han puesto el cuadro de Claude? —preguntó Sandoz.

Fagerolles, que acababa de estarse veinte minutos plantado delante del mismo, estudiándolo y estudiando la impresión del público, respondió sin vacilar:

—No sé... Vamos a buscarlo juntos, ¿os parece?

Y se unió a ellos. El terrible comediante que era ya no adoptaba tantos aires de gamberro, vestido correctamente, siempre con una vena sarcástica dispuesta a mostrarse mordaz con todo el mundo, pero ahora sus labios estaban apretados en un mohín de seriedad de muchacho que quiere llegar lejos. Añadió con aire convencido:

—¡Lamento no haber mandado nada este año! Estaría aquí con vosotros, habría participado del éxito... ¡Y hay cosas asombrosas, amigos míos! Por ejemplo, esos caballos...

Y señalaba, enfrente de ellos, el gran lienzo, ante el cual se apiñaba la multitud entre risas. Era, decían, la obra de un ex veterinario, unos caballos a tamaño natural sueltos en un prado, pero unos caballos fantásticos, de color azul, violeta, rosa, y cuya sorprendente anatomía se transparentaba bajo la piel.

—¿Te estás burlando de nosotros? —dijo Claude, suspicaz.

Fagerolles fingió entusiasmo.

—Pero ¡cómo!, ¡si rebosa facultades! ¡El tipo conoce perfectamente a su caballo! Pinta, sin duda, como lo haría un pintor de brocha gorda. Pero ¿qué más da, si es original y aporta un documento?

Su delicado rostro de muchacha permanecía serio. Sólo en el fondo de sus ojos claros le brillaba como un destello amarillento de burla. Y añadió esta malvada alusión, de la que sólo él pudo disfrutar:

—¡Ah, bueno, si te dejas influir por los imbéciles que se ríen, verás pronto de buenas!

Los tres amigos, que habían echado de nuevo a andar, avanzaban con dificultad extrema en medio de aquella marea de hombros. Al entrar en la segunda sala recorrieron las paredes de un vistazo; pero el cuadro que buscaban no se encontraba allí. Y lo que vieron fue a Irma Bécot del brazo de Gagnière, aplastados ambos contra un cimacio, mientras él examinaba una pequeña tela y ella, encantada con los empujones, levantaba su sonrosado morrito y le reía a la multitud.

—Pero ¡cómo! —dijo Sandoz asombrado—, ¿ahora anda con Gagnière?

—Oh, es un capricho pasajero —explicó Fagerolles con aire tranquilo—. La historia es muy divertida... Ya sabéis que acaban de ponerle un piso muy chic: sí, ese joven imbecil de marqués, ése del que hablan los periódicos, ¿recordáis? ¡Es una pilluela que llegará lejos, siempre lo he dicho!... Pero por más que la pongan en camas blasonadas, con su afición a los catres, hay noches que necesita la buhardilla de un pintor. Así que, dejándolo todo, el domingo se pasó por el café Baudequin, donde sólo estaba Gagnière, que dormitaba sobre su jarra de cerveza... Y así fue como se quedó con Gagnière.

Irma les había visto y les hacía gestos cariñosos de lejos. No tuvieron más remedio que acercarse. Cuando Gagnière volvió la cabeza, con su pelo claro y su cara imberbe, y el aspecto más insignificante que de costumbre, no mostró la menor sorpresa de encontrárselos a sus espaldas.

—Es inaudito —murmuró.

—¿El qué? —preguntó Fagerolles.

—Esa pequeña obra maestra... ¡Además de honrada, ingenua y convincente!

Señalaba la tela minúscula ante la cual estaba absorto, una tela absolutamente pueril, como la habría pintado un niño de cuatro años, una casita al borde de un

sendero, con un arbolito al lado, todo de soslayo, rodeado de trazos negros, sin olvidar la voluta de humo que salía del tejado.

Claude había hecho un gesto de impaciencia, mientras que Fagerolles repetía con flema:

—Muy fino, muy fino... Pero tu cuadro, Gagnière, ¿dónde está?

—¿Mi cuadro? Está ahí.

En efecto, la tela enviada por él se encontraba justamente cerca de la pequeña obra maestra. Era un paisaje de un gris perla, una orilla del Sena, pintada con esmero, de un tono bonito, aunque un poco pesado, y de un perfecto equilibrio, sin la menor brutalidad revolucionaria.

—¡Qué idiotas son por haber rechazado eso! —dijo Claude, que se había acercado con interés—. Pero ¿por qué, por qué?, os pregunto.

Efectivamente, no había ninguna razón que explicase el rechazo del jurado.

—Porque es realista —dijo Fagerolles con un tono de voz tajante que era imposible saber si se mofaba del jurado o del cuadro.

Mientras tanto, Irma, de la que nadie se ocupaba, miraba fijamente a Claude con la sonrisa inconsciente que la torpe insociabilidad de aquel mocetón le hacía asomar a los labios. ¡Y pensar que ni se le había ocurrido volver a verla! Ella le encontraba tan distinto, tan extraño, nada guapo aquel día, hípido, con la tez alterada como tras una gran fiebre. Y, molesta por la poca atención que le prestaba, le tocó un brazo con gesto familiar.

—Dígame, ¿ese de enfrente no es uno de sus amigos que les anda buscando?

Se trataba de Dubuche, a quien ella conocía por habérselo encontrado en una ocasión en el café Baudequin. Se abrió paso penosamente por entre el gentío, con la mirada perdida sobre aquel mar de cabezas. Pero, de repente, justo en el momento en que Claude trataba de hacerse ver, gesticulando, el otro le dio la espalda para saludar muy obsequioso a un grupito de tres personas, el padre gordo y menudo, con la cara encendida por una sangre demasiado caliente, la madre muy flaca, del color de la cera, consumida por la anemia, la hija tan enclenque que a sus dieciocho años era tan esmirriada como en la primera infancia.

Gagnière, calmosamente, dijo conocerles de nombre. Papá Margailan era un importante constructor, multimillonario, y que amasaba su fortuna con las grandes obras de París, levantando él solo bulevares enteros. Sin duda Dubuche había entablado relaciones con él gracias a alguno de los arquitectos para quien hacía sus planos.

Pero Sandoz, apiadado por la flacura de la muchacha, la definió con una sola frase.

—¡Ah, pobre gata despellejada! ¡Qué tristeza!

—¡Déjalo estar! —manifestó Claude con ferocidad—, llevan pintados en la cara todos los crímenes de la burguesía, rezuman escrófulas y necedad. Bien hecho... Vaya, nuestro infiel amigo se larga con ellos. ¡Qué poca cosa puede llegar a ser un

arquitecto! ¡Buen viaje, ya nos encontrará si quiere!

Dubuche, que no había visto a sus amigos, acababa de ofrecer su brazo a la madre y se iban, mientras les explicaba los cuadros con ademanes desbordantes de una exagerada complacencia.

—Nosotros sigamos —dijo Fagerolles.

Y, dirigiéndose a Gagnière, añadió:

—¿Sabes dónde han puesto la tela de Claude?

—Yo no, la estaba buscando... Voy con vosotros.

Les acompañó, dejando olvidada a Irma Bécot contra el cimacio. Había sido ella quien había tenido el capricho de visitar el Salón de su brazo, y él tenía tan poca costumbre de pasear así con una mujer que la perdía a cada paso por el camino, atónito de reencontrarla siempre a su lado, sin saber ya cómo ni por qué estaban juntos. Ella corrió, le cogió de nuevo del brazo para seguir a Claude, que pasaba ya a otra sala, con Fagerolles y Sandoz.

Entonces anduvieron errantes los cinco, la nariz en alto, separados por un empujón y reunidos por otro, arrastrados por el flujo de la corriente. Una abominable obra de Chaîne les hizo pararse, un *Cristo perdonando a la mujer adúltera*, unas enjutas figuras talladas en madera, de una constitución ósea que atirantaba la piel, y pintadas con barro. Pero, al lado, admiraron un bellissimo estudio de mujer, vista de espaldas, de generosos lomos, vuelta la cabeza. Había a lo largo de las paredes una mezcla de todo lo excelente y de lo peor, todos los géneros confundidos, los complacientes de la escuela histórica se codeaban con los jóvenes locos por el realismo, los simples ingenuos que se habían quedado en el montón con los petulantes de la originalidad, una *Jezebel muerta* que parecía haberse podrido dentro de los sótanos de la Escuela de Bellas Artes, cerca de la *Dama de blanco*, una muy curiosa visión de un ojo de gran artista, un inmenso *Pastor contemplando el mar*, risible, enfrente de una pequeña tela, unos *Espanoles jugando a la pelota*, un chorro de luz de espléndida intensidad. No faltaba nada en el campo de lo execrable, ni los cuadros militares de soldaditos de plomo, ni la Antigüedad mortecina, ni la Edad Media embadurnada de betún. Pero de aquel incoherente conjunto, y sobre todo de los paisajes, casi todos de una observación sincera y precisa, y también de los retratos, en su mayoría de factura muy interesante, se desprendía un grato olor a juventud, valentía y pasión. Aunque en el Salón oficial había un menor número de cuadros malos, la media era a buen seguro más trivial y más mediocre. Se percibía allí dentro un aire a batalla, pero una batalla alegre, librada con inspiración, cuando apunta el día, cuando suenan los clarines, cuando se marcha contra el enemigo con la certeza de derrotarle antes de la puesta del sol.

Revigorizado por aquel aliento de lucha, Claude se animaba, se indignaba, escuchaba ahora aumentar las risas del público, el aire provocador, como si hubiera oído silbar las balas. Discretas de entrada, las risas sonaban más fuerte a medida que avanzaba. En la tercera sala, las mujeres ya no las ahogaban con sus pañuelos, los

hombres sacaban tripa para reír más a gusto. Era la contagiosa hilaridad de una multitud que había ido para divertirse, que se iba excitando poco a poco y rompía a reír a propósito de una nimiedad, divertida tanto por las cosas bellas como por las detestables. Se reían menos delante del Cristo de Chaîne que del estudio de mujer, cuyas nalgas prominentes, como salidas de la tela, parecían de un cómico subido. También la *Dama de blanco* divertía a la gente: se daban con el codo, se retorcían de risa, formaban allí siempre un grupo, con la boca abierta. Y cada tela tenía su éxito, la gente se llamaba de lejos para enseñarse una buena, las ocurrencias circulaban de continuo de boca en boca; Claude, al entrar en la cuarta sala, a punto estuvo de abofetear a una anciana señora cuyos cacareos le exasperaban.

—¡Qué idiotas! —dijo volviéndose hacia los otros—. ¿Eh?, ¡dan ganas de tirarles estas obras maestras a la cabeza!

También Sandoz se había encendido; y Fagerolles continuaba elogiando en voz muy alta los peores chafarrinones, lo que no hacía sino aumentar la alegría, mientras que Gagnière, distraído en medio de los empujones, tiraba tras él de una Irma encantada, cuyas faldas se enredaban entre las piernas de todos los varones.

Pero, de repente, apareció Jory delante de ellos, resplandeciente con su gran nariz sonrosada y su rubicunda cara de buen mozo. Se abría paso por medio de la fuerza entre el gentío, gesticulaba, estaba exultante como si se tratase de un triunfo personal. Apenas vio a Claude, dijo a voz en grito:

—¡Ah, eres tú, por fin! Hace una hora que te ando buscando... Un éxito, amigo, ¡oh!, un éxito...

—¿De qué éxito hablas?

—¡Del éxito de tu cuadro!... Ven, tengo que enseñártelo. ¡No, vas a verlo tú mismo, es asombroso!

Claude palideció, le estrangulaba una gran alegría, mientras aparentaba recibir la noticia con flema. Le volvió a la memoria la frase de Bongrand, se creyó un genio.

—¡Buenos días! —continuaba Jory dando apretones de manos a los demás.

Y, tranquilamente, Fagerolles, Gagnière y él rodeaban a Irma, que les sonreía, como entre buenos amigos, en familia, como decía ella misma.

—Pero ¿dónde está, de una vez por todas? —preguntó Sandoz impaciente—. Llévanos.

Jory abrió la marcha, seguido de la cuadrilla. En la puerta de la última sala hubo que repartir algunos golpes para entrar. Pero Claude, que se había quedado atrás, oía aumentar cada vez más las risas, un clamor creciente, el retumbo de una marea que iba a embestir de lleno. Y, cuando por fin entró en la sala, vio una masa enorme, bulliciosa, confusa, hacinada, que se aplastaba delante del cuadro. Allí las risas crecían, reventaban, se desbordaban. Era de su cuadro del que se reían.

—¿Qué? —repitió Jory con aire triunfal—, ¡aquí tienes el éxito!

Gagnière, intimidado, avergonzado como si le hubieran abofeteado a él, murmuró:

—Demasiado éxito... Yo preferiría otra cosa.

—¡Eres un idiota! —replicó Jory en un arranque de exaltado convencimiento—. Esto es el éxito... ¡Qué importa que se rían! Será nuestro lanzamiento a la fama, mañana todos los periódicos hablarán de nosotros.

—¡Cretinos! —dejó caer Sandoz con la voz estrangulada por el dolor.

Fagerolles guardaba silencio, con la actitud desinteresada y digna de un amigo de la familia que sigue a un cortejo fúnebre. Y sólo Irma permanecía sonriente, pues lo encontraba gracioso; luego, con un gesto cariñoso, se apoyó en el hombro del pintor objeto de las burlas, le tuteó y le dijo dulcemente al oído:

—No te hagas mala sangre, querido. Son tonterías que no impiden pasarlo bien.

Pero Claude permanecía inmóvil. Un gran frío le había dejado helado. Su corazón se había parado un instante, a tal punto era cruel la decepción. Y, con los ojos dilatados, atraídos y fijos por una fuerza invencible, contemplaba su cuadro, se asombraba, apenas si lo reconocía en aquella sala. Ciertamente no era la misma obra que estaba en su estudio. Había adquirido un tinte amarillento bajo la luz macilenta de la pantalla de tela; parecía incluso debilitada, más brutal y más elaborada a la vez; y, ya fuese por el efecto de los otros cuadros, ya por la novedad del ambiente, veía a simple vista todos sus defectos, tras haber vivido durante meses ciego delante de ella. La iba rehaciendo mentalmente con algunos toques, hacía retroceder los planos, enderezaba un miembro, cambiaba la gradación de un tono. Decididamente, el caballero de la chaqueta de terciopelo no valía nada, empastado, sentado inadecuadamente; sólo la mano era bonita. En el fondo, las dos pequeñas luchadoras, la rubia y la morena, habían quedado en estado demasiado de esbozo, carecían de solidez, divertidas sólo para los ojos de un artista. Pero estaba satisfecho de los árboles y del claro de bosque soleado, y la mujer desnuda, la mujer recostada en la hierba, le parecía superior a su propio talento, como si la hubiese pintado otro y ahora la viera por primera vez en todo su esplendor de vida.

Se volvió hacia Sandoz limitándose a decir:

—No les falta razón de reírse, está inacabada... ¡No importa, la mujer está bien! Bongrand no se ha burlado de mí.

Su amigo se esforzaba por llevárselo, pero él, terco, se acercó por el contrario aún más. Ahora que había juzgado su obra, escuchaba y miraba a la gente. La hilaridad proseguía, subía de tono en una gama ascendente de risas locas. Desde la puerta, veía abrirse las mandíbulas de los visitantes, achicarse los ojos, ensancharse los rostros; oía el resoplido tempestuoso de los hombres gordos, el rechinar estridente de dientes de los flacos dominado por los grititos aflautados y agudos de las mujeres. Enfrente, contra el cimacio, unos jóvenes se partían de risa como si les hubieran hecho cosquillas. Una dama acababa de dejarse caer en una banqueta con las rodillas apretadas, ahogándose, tratando de recuperar el aliento detrás de su pañuelo. Debía de haber corrido la voz del ruido que había armado aquel cuadro tan extraño, puesto que llegaban, de los cuatro rincones del Salón, grupos de gente que se empujaban, querían

estar allí. «¿Dónde está? ¡Allí! ¡Oh, qué cómico!». Las ocurrencias arreciaban más que en otra parte, pero era sobre todo el tema lo que daba pábulo a la alegría: no comprendían, les parecía una insensatez, de un chusco que mataba. «Mira, la señora tiene demasiado calor, mientras que el caballero lleva puesta la chaqueta de terciopelo por miedo a coger reuma». «No, ¿no ves que ella está ya lívida? El caballero la ha sacado de un pantano, y descansa a cierta distancia, tapándose la nariz». «¡Ese hombre no es muy cortés que digamos! Podría mostrarnos la otra cara». «Os digo que se trata de las chicas de un pensionado que han salido de paseo: mira esas dos que juegan a la pídola». «¡Vaya enjabonadura: las carnes azules, los árboles azules, seguro que el pintor ha sumergido su cuadro en azulete!». Los que no reían se ponían furiosos: todo aquel azulado, aquella nueva forma de ver la luz parecía un insulto. ¿No era intolerable aquel ultraje al arte? Unos viejos señores blandían sus bastones. Un personaje serio se marchaba, ofendido, de allí, declarando a su mujer que no le gustaban las bromas pesadas. Pero otro, un hombrecito meticuloso, tras haber buscado en el catálogo la explicación del cuadro, para instrucción de su acompañante, y leyendo en voz alta el título: *Plein air*, provocó en torno un nuevo estallido formidable de gritos y abucheos. La expresión corría de boca en boca, la repetían, la comentaban: *plein air*, ¡oh, al aire libre, con el culo al aire, todo al aire, tralalá, tralalá! Aquello estaba tomando un cariz de escándalo, la muchedumbre seguía aumentando, las caras se congestionaban debido al creciente calor, todos con la boca abierta y el rictus idiota del ignorante que opina sobre pintura, revelando con ello su redomada necedad, reflexiones estrafalarias, burlas estúpidas y malvadas que el ver una obra original puede provocar en la imbecilidad burguesa.

Y, para colmo de males, Claude vio reaparecer en aquel momento a Dubuche, que traía con él a los Marguillan. Apenas llegó delante del cuadro, el arquitecto, incomodísimo, se sintió invadido por una cobarde vergüenza, quiso apretar el paso, llevándose a los suyos, mientras fingía no haber visto ni la tela ni a sus amigos. Pero ya el empresario se había plantado sobre sus cortas piernas, desorbitando los ojos, mientras le preguntaba muy alto, con su voz gruesa y bronca:

—Dígame, ¿qué botarate ha hecho esto?

Aquella salida brutal de pasmado, aquel grito de millonario advenedizo que resumía el promedio de la opinión, redobló la hilaridad; y él, halagado por su éxito, acicateado por lo extraño de aquella pintura, se fue a su vez, pero sacudido por una tal risa, tan desbordante y estentórea, en el fondo de su voluminoso pecho, que dominaba la de todos los demás. Era el aleluya, el estallido final de los grandes órganos.

—Llévese a mi hija —dijo la pálida señora Marguillan al oído de Dubuche.

Éste se precipitó, despejó el espacio en torno a Régine, que había bajado los párpados; y desplegaba unos músculos vigorosos, como si hubiera salvado a aquella pobre criatura de un peligro de muerte. Luego, tras haber dejado a los Marguillan en la puerta con grandes apretones de mano y saludos de hombre de mundo, regresó a

donde estaban sus amigos, y dijo con franqueza a Sandoz, a Fagerolles y a Gagnière:

—¿Qué queréis? No es culpa mía... Yo ya había previsto que el público no comprendería. ¡Es una cochinado, sí, por más que digáis, una cochinado!

—Abuchearon a Delacroix —le interrumpió Sandoz, pálido de la rabia, con los puños apretados—. Y han abuchado a Courbet. ¡Ah, raza enemiga, estupidez de verdugos!

Gagnière, que compartía ahora aquel rencor de artista, se disgustaba al solo recuerdo de sus batallas de los conciertos Padeloup^[21], cada domingo, a favor de la verdadera música.

—Y silban a Wagner, son los mismos, los reconozco... Mira, ese gordo de ahí...

Fue preciso que Jory le contuviera. Habría excitado a la multitud. Repetía que era famoso, que aquello equivalía a cien mil francos de publicidad. E Irma, abandonada de nuevo, acababa de encontrar entre el barullo a dos amigos suyos, dos jóvenes bolsistas, que estaban entre los más encarnizados guasones y a los que ella adoctrinaba y obligaba a encontrar aquello muy bien, dándoles palmaditas en los dedos.

Pero Fagerolles no había despegado los labios. Seguía examinando la tela y lanzaba miradas al público. Con su olfato de parisino y su elástica conciencia de chico hábil, se daba cuenta del malentendido; y, aunque vagamente, presentía ya lo que haría falta para que aquella pintura conquistara a todos: tal vez ciertas argucias, como atenuar alguna que otra cosa, arreglar el tema, suavizar la factura. La influencia que Claude había tenido sobre él persistía: había calado, quedando marcado para siempre. Sólo que le parecía de loco rematado exponer algo semejante. ¿No era una estupidez creer en la inteligencia del público? ¿A qué venía aquella mujer desnuda con un caballero vestido? ¿Qué significaban las dos jóvenes luchadoras del fondo? ¡Y pensar que en todo el Salón no se encontraban aquellas facultades de maestro, una obra pictórica como ésa! Sentía un gran desprecio por aquel pintor maravillosamente dotado, que era el hazmerreír de todo París como el último de los pintamonas.

Aquel desprecio se hizo tan grande que no pudo seguir disimulándolo. Dijo, en un arranque de invencible franqueza:

—¡Ah!, escucha, amigo, tú te lo has buscado, eres demasiado idiota.

En silencio, Claude, apartando la vista del gentío, le miró. Su ánimo no flaqueaba, sólo estaba pálido ante las risas, con los labios agitados por un ligero tic nervioso: nadie le conocía, sólo su obra era puesta en la picota. Luego su mirada volvió a posarse sobre el cuadro, y recorrió lentamente las otras telas de la sala. Y, en medio del desastre de sus ilusiones, del vivo dolor de su orgullo, sintió que toda aquella pintura tan alegremente provocadora, que desafiaba la vieja rutina con desordenaba pasión, le comunicaba un aliento de valentía, una bocanada de salud y de infancia. Se sintió consolado y fortalecido, sin ningún remordimiento ni arrepentimiento, sino más bien empujado a llevar más todavía la contraria a aquel público. Había, es cierto, algunas torpezas y no pocas puerilidades, pero ¡aquel bonito tono general, aquel

toque de luz que proponía, una luz gris argentada, refinada, difusa, animada de todos los reflejos danzarines del *plein air*! ¡Era como una ventana abierta de repente en la vieja cocina del betún, en los jugos recocidos de la tradición, e irrumpía el sol trayendo la alegría a las paredes de aquella mañana de primavera! La tonalidad clara de su cuadro, aquel azulado del que se mofaba la gente, destacaba entre los demás. ¿No era la aurora esperada, un nuevo día que amanecía para el arte? Vio a un crítico que se detenía sin reírse, a unos pintores célebres, sorprendidos, con el semblante serio, a Malgras, muy sucio, yendo de cuadro en cuadro con su mohín displicente de experto catador, parándose delante del suyo, inmóvil, absorto en él. Entonces, se volvió hacia Fagerolles y le sorprendió con esta respuesta tardía:

—Cada cual es idiota como puede, amigo, y puedes estar seguro de que lo seguiré siendo... ¡Mejor para ti, si tan listo eres!

Fagerolles le dio enseguida una palmada en el hombro, en plan de amigo que bromea, y Claude dejó que Sandoz le tomara del brazo. Al fin se lo llevaron, la cuadrilla entera dejó el Salón de los Rechazados, decidiendo que iban a pasarse por la sala de arquitectura; pues, desde hacía unos momentos, Dubuche, a quien le habían aceptado un proyecto de museo, no paraba de patalear y de suplicarles con una mirada tan humilde que se hacía difícil negarle aquella satisfacción.

—Ah —dijo en plan de broma Jory entrando en la sala—, ¡qué heladera! Aquí se respira.

Todos se descubrieron y se secaron la frente con alivio, como si llegaran al frescor de unas grandes sombras, al cabo de una larga carrera a pleno sol. La sala estaba vacía. Del techo, cubierto con una pantalla de tela blanca, llegaba una claridad uniforme, suave y apagada, que se reflejaba, semejante a unas inmóviles aguas de manantial, en el espejo del parqué muy encerado. En las cuatro paredes, de un rojo desteñido, los proyectos, los grandes y los pequeños bastidores, orlados de un azul pálido, destacaban con las manchas tenues de sus colores de acuarela. Sólo un caballero, absolutamente solo, estaba derecho en medio de aquel desierto delante del proyecto de un hospicio, absorto en profunda contemplación. Aparecieron tres damas, que se esfumaron, huyendo a pasitos apresurados.

Dubuche enseñaba y explicaba su obra a sus amigos. Era nada más que un bastidor, una salita de museo, que había mandado cediendo a una prematura ambición, en contra de lo que se acostumbraba y de la voluntad de su patrón, que, sin embargo, había empleado sus buenos oficios para que fuese aceptada, creyendo comprometido su honor.

—¿Tu museo es para albergar los cuadros de la escuela del *plein air*? —preguntó Fagerolles sin reír.

Gagnière admiraba meneando la cabeza y pensando en otra cosa, mientras que Claude y Sandoz, por amistad, examinaban y se interesaban sinceramente.

—Eh, no está mal, amigo —dijo el primero—. Los ornamentos son todavía de una tradición desagradablemente bastarda... ¡Pero no importa, funciona!

Jory, impaciente, terminó por interrumpirle.

—Ah, larguémonos, ¿queréis? Voy a coger un resfriado.

La cuadrilla reanudó su marcha. Pero lo peor era que, para acortar, tenían que atravesar todo el Salón oficial; y se resignaron a hacerlo, no obstante el juramento que habían hecho de no poner los pies en él, en señal de protesta. Abriéndose paso entre la muchedumbre, avanzando con firmeza, siguieron la fila de salas, echando a derecha e izquierda miradas de indignación. No había allí el alegre escándalo de su Salón, los tonos claros, la exagerada luz del sol. Se sucedían marcos dorados llenos de tenebrosidad, cosas serias y negras, desnudos de estudio teñidos de amarillo por una luz de sótano, toda la ropavejería clásica, la historia, las escenas de género, el paisaje, empapados todos en el fondo del mismo óleo ennegrecido por el uso de lo convencional. Una mediocridad uniforme rezumaba de las obras, la sucia amalgama fangosa de tonos que les caracterizaba en la corrección de un arte exangüe y degenerado. Apresuraban el paso y se ponían a correr para escapar de aquel reino de betún que seguía en pie, condenándolo en bloque con su injusticia de sectarios, gritando que allí no había nada, nada, nada que valiera la pena.

Finalmente, escaparon a todo aquello y bajaron al jardín, momento en que se encontraron con Mahoudeau y Chaîne. El primero se arrojó en los brazos de Claude.

—Ah, amigo, tu cuadro, ¡qué temperamento!

El pintor elogió acto seguido *La vendimiadora*.

—¡Como si no les hubieras pasado tu obra por las narices!

Pero el ver a Chaîne, a quien nadie le hablaba de su *Mujer adúltera* y que deambulaba silencioso, le hizo sentir lástima. Encontraba una profunda melancolía en la execrable pintura, en la vida fracasada de aquel campesino, víctima de la admiración burguesa. Y nunca le negaba la alegría de un elogio. Le zarandéo amistosamente y exclamó:

—Muy bien también su trabajo... ¡Ah, amigo, no le teme usted al dibujo!

—¡No, claro que no! —declaró Chaîne, cuyo semblante se había sonrojado de vanidad bajo la negra maraña de su barba.

Mahoudeau y él se unieron a la cuadrilla; y el primero preguntó a los otros si habían visto *El sembrador* de Chambouvard. Era inaudito, la única obra escultórica del Salón. Le siguieron todos al jardín, que ahora invadía la multitud.

— ¡Mira! —prosiguió Mahoudeau deteniéndose en medio de la avenida central —, ahí tenéis a Chambouvard delante de su *Sembrador*.

En efecto, había allí un hombre obeso, firmemente plantado sobre sus gruesas piernas y admirándose. Con la cabeza hundida entre los hombros, tenía una cara ancha y hermosota de ídolo indio. Decíase que era hijo de un veterinario de los alrededores de Amiens. A los cuarenta y cinco años era ya el autor de veinte obras maestras, de estatuas sencillas y llenas de vida, unos cuerpos extremadamente modernos modelados por un obrero genial, sin refinamiento; y las hacía tal como le venía, creando sus obras de la misma manera que un campo produce hierba, hoy

buena, mañana mala, con absoluta ignorancia de lo que creaba. Llevaba su falta de sentido crítico hasta el extremo de no distinguir entre las más gloriosas criaturas que salían de sus manos y los detestables mamarrachos que despachaba a veces deprisa y corriendo. Sin perder los nervios, sin una duda, siempre firme y convencido, poseía un orgullo de Dios.

—¡*El sembrador* es soberbio! —susurró Claude—, ¡y qué sentido de la construcción, qué gesto!

Fagerolles, que no había mirado la estatua, se lo pasaba en grande con aquel hombrachón y la cola de jóvenes discípulos boquiabiertos que formaban su séquito.

—¡Pero miradles, como si estuvieran comulgando, palabra de honor!... ¿Y qué me decís de él, eh? ¡Qué bonita cabeza de bruto transfigurada en la contemplación de su ombligo!

Solo y a sus anchas en medio de la curiosidad general, Chambouvard estaba embobado con la expresión estupefacta del hombre que se asombra de haber alumbrado una obra semejante. Parecía verla por primera vez, no conseguía hacerse a la idea. Luego un embelesamiento se difundió por su ancha cara, meneó la cabeza y prorrumpió en una carcajada suave e irrefrenable, repitiendo unas diez veces:

—Es cómico..., es cómico...

Toda la cola de detrás de él estaba extasiada, mientras él no encontraba otra palabra para expresar la adoración que sentía por sí mismo.

Pero se produjo una leve rebullicio: Bongrand, que andaba paseándose con las manos tras la espalda, la mirada perdida, acababa de toparse con Chambouvard; y el público, haciéndose a un lado entre cuchicheos, estaba pendiente del apretón de manos que se daban los dos célebres artistas, el uno bajo y sanguíneo, el otro alto y tembloroso. Se oyeron frases de compañerismo: «¡Usted siempre haciendo maravillas! ¡Por Dios! Y usted, ¿nada este año? No, nada. Descanso, busco... ¡Vamos, no sea usted bromista, estas cosas vienen por sí solas! ¡Adiós! ¡Adiós!».

Chambouvard, acompañado de su corte, se iba ya lentamente por entre el gentío, con miradas de monarca satisfecho de la vida, mientras que Bongrand, que había reconocido a Claude y a sus amigos, se acercaba a ellos con las manos febriles y les señalaba al escultor con una agitación nerviosa de la barbilla, diciendo:

—¡Ése sí que me da envidia! ¡Convencido siempre de hacer obras maestras!

Felicitó a Mahoudeau por su *Vendimiadora*, se mostró paternal con todos con su generosa benevolencia y la efusividad del viejo romántico que ha sentado cabeza y ha sido condecorado. Luego, dirigiéndose a Claude, dijo:

—Bien, ¿qué le decía yo? Ya ha visto, arriba... Se ha convertido usted en jefe de escuela.

—Ah, sí —respondió Claude—, bien que me han puesto... ¡Es usted el maestro de todos nosotros!

Bongrand hizo ademán de quitarle importancia y se salió por la tangente diciendo:

—¡No diga eso! ¡Yo no soy ni el maestro de mí mismo!

El grupito anduvo vagando unos momentos más por el jardín. Habían vuelto para contemplar de nuevo *La vendimiadora* cuando Jory notó que Gagnière no llevaba ya a Irma Bécot del brazo. Éste se quedó atónito: ¿dónde diablos podía haberla perdido? Pero, cuando Fagerolles le contó que estaba entre la muchedumbre con dos caballeros, se tranquilizó; y siguió a los demás, más ligero, aliviado por su inesperada suerte.

Ahora se circulaba con dificultad. Todos los bancos habían sido tomados al asalto, grupos de gente impedían el paso por los viales, donde la lenta marcha de los paseantes se detenía, refluía sin cesar alrededor de los bronce y los mármoles que causaban sensación. Del atestado bufé salía un gran murmullo, un ruido de platos y cucharas, que se añadía al vivo estremecimiento de la inmensa nave. Los gorriones habían vuelto al tinglado de hierro, dejando oír sus agudos chillidos, el piar con el que saludaban, bajo los cristales calientes, al sol que se ponía. Hacía bochorno, una húmeda tibieza de invernadero, un aire detenido, impregnado de un olor a mantillo recién removido. Y, dominando la marejada del jardín, el estrépito de las salas del primer piso, el fragor de los pies sobre los suelos metálicos seguía resonando con su rugido de tempestad azotando la costa.

Claude, que lo percibía claramente, acabó por no tener en sus oídos más que aquel rugido de tempestad, desencadenado y aullante. Eran las alegrías de la multitud que estallaba en un huracán de silbidos y de risas delante de su cuadro. Hizo un gesto nervioso y exclamó:

—Ah, pero ¿qué diablos hacemos aquí? Yo no tengo intención de tomar nada en el bufé, apesta a Institut... Vamos a tomarnos una cerveza fuera, ¿queréis?

Salieron todos con las piernas molidas, la cara descompuesta y despectiva. En el exterior respiraron ruidosamente, con deleite al volver a entrar en contacto con la naturaleza primaveral. Acababan de dar las cuatro, el sol oblicuo enfilaba los Campos Elíseos; y todo llameaba, las colas apretadas de los carruajes de lujo, el nuevo follaje de los árboles, los surtidores de los estanques que brotaban y dispersaban un polvillo de oro. Con paso de paseante ocioso, bajaron, dudaron, fueron a parar finalmente a un cafetín, el Pavillon de la Concorde, a mano izquierda, antes de la plaza. La sala era tan poco espaciosa que tuvieron que sentarse a una mesa al borde del lateral, a pesar del frío que llegaba de la bóveda de follaje, ya frondosa y oscurecida. Pero, detrás de las cuatro filas de castaños, más allá de aquella franja de sombra verdusca, se abría delante de ellos la calzada soleada de la avenida por la que veían desfilar París como en una visión de gloria, los coches de ruedas radiantes como astros, los grandes ómnibus amarillos más dorados que unos carros de triunfo, jinetes cuyas monturas parecían lanzar destellos y peatones que se transfiguraban y resplandecían en la luz.

Y durante cerca de tres horas, enfrente de su jarra de cerveza que seguía llena, Claude habló, discutió con una vehemencia creciente, el cuerpo quebrantado y la cabeza atestada de toda la pintura que acababa de ver. Aquélla era la salida habitual

de los amigos del Salón, que, aquel año, apasionaba más aún por la medida liberal del Emperador: una proliferación creciente de teorías, una embriaguez de ideas extremistas que volvía las lenguas pastosas, toda la pasión del arte de que ardía su juventud.

—Pues bien, ¿qué? —exclamaba—, si el público se ríe, hay que educar al público... En el fondo es una victoria. Quitad doscientas telas grotescas y nuestro Salón le da cien vueltas al suyo. Nosotros poseemos la valentía y la audacia, somos el futuro... Sí, sí, lo veremos más tarde, acabaremos con ellos y su Salón. Entraremos allí como conquistadores, a golpe de obra maestra... ¡Sí, ríe, ríe, idiotísima París, hasta que caigas de rodillas a nuestros pies!

E, interrumpiéndose, señalaba con gesto profético la avenida triunfal, por donde discurrían al sol el lujo y la alegría de la ciudad. Su gesto se ampliaba y descendía hasta la place de la Concorde, que se veía oblicuamente, por debajo de los árboles, con una de sus fuentes cuyas balsas de agua chorreaban, un extremo fugitivo de sus balaustradas y dos de sus estatuas: Rouen, con sus gigantescos pechos, y Lille, que avanza su enorme pie desnudo^[22].

—¡Encuentran divertido el *plein air*! —prosiguió diciendo—. ¡Sea! ¡Puesto que lo quieren, ahí tienen el *plein air*, la escuela del *plein air*!... ¿Eh? Es algo nuestro, ayer no existía, fuera de algunos pintores. Y ya que utilizan esa palabra, ellos mismos son los fundadores de la escuela... ¡Oh!, me gusta. ¡Viva la escuela del *plein air*!

Jory se daba palmadas en los muslos.

—¡Cuando yo te decía! ¡Estaba seguro, con mis artículos, de obligarles a morder el anzuelo a esos cretinos! ¡Y van a tener tela para rato!

Mahoudeau cantaba también victoria recordando continuamente su *Vendimiadora*, cuyas osadías le explicaba a Chaîne, quien se limitaba a escuchar en silencio, mientras que Gagnière, con la rigidez de los tímidos lanzados a la teoría pura, hablaba de guillotinar a todos los del Institut; y Sandoz, por inflamada simpatía de trabajador, y Dubuche, cediendo al contagio de sus amistades revolucionarias, se exasperaban descargando puñetazos sobre la mesa y engullendo a París en cada trago de cerveza. Fagerolles, muy calmado, conservaba su eterna sonrisa. Les había seguido por diversión, por el gusto especial que sentía de empujar a los amigos a las bromas que tomaban un mal sesgo. Al tiempo que excitaba su espíritu de rebelión, tomaba la firme decisión de trabajar en adelante para ganar el Gran Premio de Roma: aquel día le había hecho decidirse, pues juzgaba una tontería comprometer más su talento.

El sol declinaba en el horizonte, no había más que una riada descendente de coches, la vuelta del Bois en el oro pálido del sol poniente. Y la salida del Salón debía de tocar a su fin, puesto que desfilaba una cola de caballeros con cara de críticos, cada uno con un catálogo debajo del brazo.

Gegnière se entusiasmó de pronto.

—¡Ah, Courajod, ahí tenéis a uno que inventó el paisaje! ¿Habéis visto su *Charca*

de Gagny, en el Luxemburgo?

—¡Es una maravilla! —exclamó Claude—. Hace treinta años que la pintó y no se ha hecho aún nada más sólido... ¿Por qué lo dejan en el Luxemburgo? Debería estar en el Louvre.

—Pero Courajod no está muerto —dijo Fagerolles.

—Pero ¡cómo! ¿Que Courajod no está muerto? ¡Pero si ya no se le ve ni se habla de él!

Hubo un momento de estupor cuando Fagerolles afirmó que el maestro paisajista, de setenta años de edad, vivía en alguna parte, por la zona de Montmartre, retirado en una casita, entre gallinas, patos y perros. Así era posible sobrevivirse a uno mismo, era el melancólico destino de algunos viejos artistas, desaparecidos antes de su muerte. Callaron todos, sintiendo que un escalofrío recorría su espina cuando vieron pasar a Bongrand del brazo de un amigo, con la cara congestionada, el gesto inquieto, que les dirigió un saludo; y, casi detrás de él, en medio de sus discípulos, apareció Chambouvard, riendo muy alto y haciendo resonar los talones, como maestro absoluto, seguro de la eternidad.

—Vaya, ¿así que nos dejas? —preguntó Mahoudeau a Chaîne, que se levantaba.

El otro masculloó algunas sordas frases; y se fue tras haber dado unos apretones de manos.

—¿Sabes que va a beneficiarse otra vez a tu comadrona? —dijo Jory a Mahoudeau—. Sí, la herborista, la mujer de las hierbas que apestan... ¡Te doy mi palabra! He visto sus ojos encenderse de repente; le coge como un dolor de muelas al muchacho: ¡y no corre ni nada!

El escultor se encogió de hombros, en medio de las risas.

Pero Claude no prestaba oídos. Ahora estaba hablando con Dubuche de arquitectura. Sin duda, no estaba mal aquella sala de museo que exponía; sólo que no aportaba nada nuevo, una paciente marquetería de las fórmulas de la Escuela. Pero ¿acaso todas las artes no avanzaban simultáneamente? ¿Acaso la evolución que transformaba la literatura, la pintura, la música incluso, no renovarían la arquitectura? Si nunca la arquitectura de un siglo había de tener un estilo propio seguro que era la del siglo que se avecinaba, un siglo nuevo, un terreno despejado, preparado para la reconstrucción de todo, un campo recién sembrado, en el que brotaría un pueblo nuevo. ¡Abajo los templos griegos que no tenían ya razón de ser bajo nuestro cielo, en medio de nuestra sociedad! ¡Abajo las catedrales góticas, puesto que la fe en las leyendas estaba muerta! ¡Abajo las esbeltas columnatas, los elaborados encajes del Renacimiento, aquella restauración de lo antiguo injertada en lo medieval, esas joyas artísticas en las que no tenía cabida nuestra democracia! Y quería, y reclamaba con ademanes violentos la forma de expresión arquitectónica de dicha democracia, la obra de piedra que la expresaría, el edificio donde estaría en su casa, algo inmenso y vigoroso, simple y grande, ese algo que se insinuaba ya en nuestras estaciones, en nuestros mercados, con la sólida elegancia de sus estructuras de hierro, pero más

depurado, elevado hasta la belleza, expresando la grandeza de nuestras conquistas.

—Sí, sí, eso —repetía Dubuche, seducido por su entusiasmo—. Eso quiero hacer yo, ya verás un día... ¡Dame tiempo para conseguirlo, y cuando sea libre, ah, cuando sea libre!...

Anochecía, y Claude se animaba cada vez más en su arrebató pasional de una intensidad, de una elocuencia como sus amigos no le conocían. Todos se excitaban escuchándole y acababan animándose ruidosamente ante las palabras extraordinarias que lanzaba; y él mismo, volviendo de nuevo a su cuadro, hablaba de él con una enorme alegría, arremetiendo contra los burgueses que lo miraban, imitaba toda la variedad de sus risas idiotas. Ya no se veían desfilar por la avenida, de color ceniciento, más que las sombras de unos escasos carruajes. La alameda lateral estaba oscurecida por completo, un frío glacial se desprendía de los árboles. Sólo un canto perdido surgía de un verde macizo, detrás del café, algún ensayo del Concierto del Reloj, la voz sentimental de una muchacha que ensayaba romanzas.

—¡Ah!, ¡cómo me han divertido esos idiotas! —exclamó Claude en un último estallido de risa—. ¡Creedme, no daría este día ni por cien mil francos!

Se calló, agotado. A ninguno le quedaba ya saliva en la boca. Reinó el silencio, y tiritaron con el airecillo glacial que soplaba. Se separaron con unos fatigados apretones de manos en medio de una especie de estupor. En vano Jory, Mahoudeau y Gagnière intentaron llevarse a Claude al Foucart, un restaurante de veinticinco sueldos: ya Sandoz se lo llevaba del brazo, inquieto de verle tan alegre.

—Vamos, ven, le he prometido a mi madre que volvería. Tomarás un bocado con nosotros y será agradable, acabaremos el día juntos.

Ambos bajaron por el muelle, a lo largo de las Tullerías, apretados fraternalmente el uno contra el otro. Pero, en el Pont des Saints-Pères, el pintor se paró en seco.

—Pero ¡cómo!, ¿me dejas? —exclamó Sandoz—. ¡Pero si hemos quedado que cenarías conmigo!

—No, gracias, me duele demasiado la cabeza... Voy a acostarme.

Y se obstinó en aquella excusa.

—¡Está bien, está bien! —acabó por decir el otro sonriendo—, ya no se te ve, vives rodeado de misterio... Vamos, no quiero incomodarte.

Claude reprimió un gesto de impaciencia, y, dejando a su amigo cruzar el puente, continuó tomando solo por los muelles. Caminaba con los brazos bailándole, mirando al suelo, sin ver nada, con largas zancadas de sonámbulo guiado por el instinto. En el quai de Bourbon, delante de su puerta, alzó los ojos, asombrado de que un coche de alquiler esperase allí, parado en el bordillo de la acera, impidiéndole el paso. Y con el mismo andar maquinal entró en la portería para coger la llave.

—Se la he dado a esa señora —exclamó la portera desde el fondo de su vivienda—. Está arriba.

—¿Qué señora? —preguntó, estupefacto.

—Esa joven... Pero, vamos, bien que lo sabe usted, la que viene siempre.

Sin entender nada, se decidió a subir, en una extrema confusión de ideas. La llave estaba puesta en la puerta, que él abrió y cerró acto seguido, sin prisas.

Claude se quedó un momento inmóvil. La sombra había invadido el estudio, una sombra violácea que se filtraba por el ventanal en un melancólico crepúsculo difuminándolo todo. No podía distinguir claramente el parqué, donde los muebles, las telas, todo lo que estaba desordenadamente esparcido parecía fundirse, como en el agua estancada de un pantano. Pero, sentada en el borde del diván, destacaba una forma oscura, rígida a causa de la espera, ansiosa y desesperada en medio de aquella agonía del día. Era Christine, la había reconocido.

Ella le tendió las manos y murmuró en voz baja y entrecortada:

—Hace tres horas, sí, tres horas que estoy aquí, completamente sola, escuchando... Al salir de casa he tomado un coche con la idea sólo de subir y volver a marcharme enseguida... Pero me he quedado la noche entera, no podía irme sin haber estrechado sus manos.

Continuó hablándole de sus grandes ganas de ver el cuadro, su escapada del Salón al llegar en plena tempestad de risotadas y de los silbidos de aquel populacho. También la silbaban a ella, era a su desnudez a la que esa gente escupía, esa desnudez cuya brutal exhibición, ante la zumba de París, le había hecho un nudo en la garganta desde la misma puerta. Y, presa de un loco terror, abrumada de sufrimiento y de vergüenza, había escapado como si hubiese sentido esas risas abatirse sobre su piel desnuda, azotarla hasta hacerla sangrar a latigazos. Pero ya lo había olvidado, no pensaba más que en él, trastornada por la idea de la tristeza que debía de sentir: su sensibilidad femenina, desbordando de una necesidad de caridad inmensa, agrandaba la amargura de aquel fracaso.

—¡No se apene usted, amigo mío!... Quería verle y decirle que no son más que celos, que a mí me gusta mucho ese cuadro, que estoy muy orgullosa y muy contenta de haberle ayudado, de formar parte también yo un poco de él...

Él la escuchaba balbucir con ardor aquellas ternezas, inmóvil en todo momento; y, de repente, postrándose delante de ella, dejó caer la cabeza sobre sus rodillas, rompiendo a llorar. Toda su excitación de la tarde, su valentía de artista silbado, su jovialidad y su violencia estallaban allí, en una crisis de sollozos que le ahogaba. Aquellas risotadas de la sala que le habían abofeteado le habían perseguido como una jauría aullante, allí en los Campos Elíseos, luego a lo largo del Sena, y ahora en su casa, a sus espaldas. Todas sus fuerzas le habían abandonado, se sentía más débil que un niño; y, meneando la cabeza, repetía, con voz apagada y vago ademán:

—¡Dios mío, cuánto sufro!

Ella, entonces, con dos dedos le hizo subir hasta su boca en un arrebató de pasión. Le besó, haciendo llegar su aliento, un cálido aliento, hasta el corazón:

—¡Cállate, cállate, te quiero!

Se adoraban, su amistad había de desembocar en aquellas nupcias, en aquel diván, en la aventura de aquel cuadro que poco a poco les había unido. El crepúsculo les

envolvía, se quedaron en los brazos el uno del otro, aniquilados, bañados en lágrimas en aquella primera alegría del amor. Cerca de ellos, en medio de la mesa, las lilas que ella había mandado por la mañana perfumaban la noche; y las partículas de oro que flotaban, tras haberse desprendido del marco, eran las únicas en relucir como un resto de luz, semejantes a un hormigueo de estrellas.

VI

Por la noche, teniéndola aún entre sus brazos, él le había dicho:

—¡Quédate!

Pero ella se había desprendido con esfuerzo.

—No puedo, tengo que volver.

—Entonces, mañana... Te lo pido, vuelve mañana.

—Mañana, no, es imposible... ¡Adiós, hasta pronto!

Y al día siguiente, a las siete, allí estaba, sonrojada por la mentira que le había contado a la señora Vanzade: tenía que ir a esperar a la estación a una amiga de Clermont con la que pasaría todo el día.

Claude, feliz de tenerla así con él un día entero, quiso llevarla al campo, movido por la necesidad de tenerla sólo para sí, muy lejos, a pleno sol. Ella se mostró encantada, partieron como unos locos, llegaron a la Gare Saint-Lazare justo a tiempo para saltar dentro de un tren que se dirigía a Le Havre. Claude conocía, pasado Mantes, un pueblecito, Bennecourt, donde había una posada de artistas que había invadido a veces con sus amigos, y, sin preocuparle las dos horas de viaje, la llevó a almorzar allí, como la habría llevado a Asnières. Aquel viaje que no terminaba nunca a ella le divertía. ¡Tanto mejor si hubiera sido hasta el confín del mundo! Les parecía que la noche no había de llegar nunca.

A las diez se apearon en Bonnières; tomaron el transbordador, un viejo transbordador chirriante y que largaba una cadena, pues Bennecourt está en la orilla opuesta del Sena. Hacía uno de esos días espléndidos de mayo, las olitas cabrilleaban al sol, los tiernos follajes lucían su verde en el azul sin mácula. Y, más allá de las islas que pueblan aquella margen del Sena, ¡qué felicidad en esa posada de campo, con su pequeña tienda de ultramarinos, su gran sala que olía a lejía, su amplio patio lleno de estiércol, donde chapoteaban unos patos!

—¡Eh!, tío Faucheur, venimos a almorzar... Una tortilla, dos salchichas y queso.

—¿Se quedan ustedes a dormir, monsieur Claude?

—No, no, otra vez será... ¡Y también vino blanco, eh, de ese rosado que raspa en el gaznate!

Ya Christine había seguido a la tía Faucheur al corral; y, cuando esta última regresó con unos huevos, le preguntó al pintor con socarronería campesina:

—¿Así que está usted actualmente casado?

—¡Por Dios! —respondió él rotundamente—, como no voy a estarlo, puesto que estoy con mi mujer.

Un almuerzo exquisito, la tortilla estaba demasiado hecha, las salchichas eran demasiado grasas, el pan tan duro que él tuvo que desmigajarlo para que ella no se destrozase la muñeca. Se bebieron dos botellas, atacaron una tercera, tan alegres, tan ruidosos, que se aturdían a sí mismos en la gran sala donde comían solos. Ella, con las mejillas encendidas, afirmaba que estaba ebria, cosa que nunca le había pasado, y

lo encontraba graciosísimo, ¡oh!, tan gracioso, riendo a más no poder.

—Vamos a tomar el aire —dijo ella al fin.

—Eso, andemos un poco... Volveremos a las cuatro, tenemos tres horas por delante.

Subieron por Bennecourt, que alinea sus casas amarillas, a lo largo de la ribera, por espacio de dos kilómetros. Toda la ciudad estaba en pleno campo, por lo que no encontraron más que tres vacas que conducía una jovencita. Él explicaba a base de gestos el lugar, parecía saber adónde iba; y, cuando hubieron llegado a la última casa, un viejo caserón destartado que se alzaba a orillas del Sena, enfrente de las colinas de Jeufosse, dieron un rodeo y penetraron en un bosque de robles, muy frondoso. Eran los confines del mundo los que buscaban uno y otro, un césped suave como el terciopelo, un abrigo de hojas donde no penetrara más que el sol en finos dardos inflamados. Inmediatamente sus labios se unieron en un ávido beso, y ella se le entregó, entre el fresco olor de la hierba pisoteada. Se quedaron en aquel lugar largo rato, ahora enternecidos, intercambiando unas pocas palabras en voz baja, ocupados en la sola caricia de su aliento, como en éxtasis delante de los puntos de oro que veían relucir en el fondo de sus ojos negros.

Dos horas más tarde, cuando salieron del bosque se estremecieron: había allí un campesino, en el portón abierto de la casa, que parecía haberles espiado con sus chiquitos ojos de viejo lobo. Ella se sonrojó, mientras que él exclamaba para disimular su turbación:

—¡Vaya, pero si es el tío Poirette!... ¿Es suya esta casucha?

Entonces el viejo contó entre lágrimas que sus inquilinos se habían largado sin pagarle, dejándole sus muebles. Y les invitó a entrar.

—Ustedes mismos pueden verlo, tal vez ustedes que conocen a gente... ¡Ah!, ¡a muchos parisinos les gustaría!... Trescientos francos anuales y amueblado, ¿no es un regalo?

Le siguieron con curiosidad. Era una casona con mucha luz, que se hubiera dicho abierta en un cobertizo: en la parte baja, una cocina inmensa y una sala donde se habría podido dar bailes; arriba, dos estancias igual de amplias, en las que uno se perdía. En cuanto a los muebles, éstos consistían en una cama de nogal, en una de las habitaciones, y una mesa y unos utensilios de cocina, que equipaban la cocina. Pero, delante de la casa, el jardín abandonado, plantado de melocotoneros magníficos, estaba invadido de rosales gigantes cargados de rosas, mientras que, detrás, en dirección al bosquecillo de robles, había un pequeño patatal, cerrado por un seto vivo.

—Dejaré las patatas —dijo el tío Poirette.

Claude y Christine se habían dirigido una mirada en uno de esos repentinos deseos de soledad y de olvido que hacen languidecer a los amantes. ¡Ah!, ¡qué hermoso sería quererse allí, en aquel perdido rincón, tan lejos de los demás! Pero sonrieron, ¿qué otra cosa podían hacer? Tenían el tiempo justo para coger el tren de vuelta a París. Y el viejo campesino, que era el padre de la señora Faucheur, les

acompañó a lo largo de la orilla; luego, cuando subían al transbordador, les gritó, tras una lucha interior:

—Sepan que se lo dejaría por doscientos cincuenta francos... Mándenme gente.

En París, Claude acompañó a Christine hasta el palacete de la señora Vanzade. Se habían puesto muy tristes, intercambiaron un largo apretón de manos, desesperado y mudo, sin atreverse a besarse.

Dio comienzo una vida de tormento. En quince días, ella no pudo venir más que dos veces; y acudía, sofocada, al no disponer más que de unos pocos minutos, ya que justo ahora la anciana señora se mostraba exigente. Él le hacía preguntas, inquieto de verla pálida, desmejorada, con los ojos brillantes debido a la fiebre. Nunca como entonces había padecido tanto en aquella casa devota, en aquella covacha, sin aire ni luz, donde se moría de aburrimiento. Se reiniciaron los mareos, la falta de ejercicio físico le hacía latir la sangre en las sienes. Le confesó que una noche se había desmayado en su habitación, como si de repente la estrangulara una mano de plomo. Y, sin embargo, no pronunciaba una sola mala palabra contra su ama, sino que, por el contrario, se enternecía: ¡una pobre criatura tan anciana, tan buena, que la llamaba hija suya! Le remordía como si fuera una villanía cada vez que la abandonaba para correr a casa de su amante.

Transcurrieron un par de semanas más. Los embustes que era el precio que había que pagar por cada hora de libertad se le hicieron insoportables. Ahora regresaba roja de vergüenza a aquella casa austera, donde su amor se le antojaba una mancha. Se había entregado, lo habría gritado muy alto, y su honestidad se rebelaba contra la idea de ocultarlo como si fuera un pecado, mentir cobardemente, igual que una sirvienta que teme ser despedida.

Por fin, una noche, en el estudio, en el momento en que se iba una vez más, Christine se arrojó en brazos de Claude, como una loca, sollozando de sufrimiento y de pasión.

—¡Ah!, no puedo, no puedo... ¡Detenme, impídeme volver allí!

La había agarrado, abrazándola hasta ahogarla.

—¿De veras? ¡Me amas! ¡Oh, amor querido!... Pero yo no tengo nada, lo perderías todo. ¿Acaso puedo tolerar que lo echés todo a perder así?

Ella sollozó más fuerte, las palabras balbucidas se perdían entre sus lágrimas.

—Su dinero, ¿no?, lo que ella me dejaría... ¿Crees, pues, que soy calculadora? Nunca he pensado en él, te lo juro. ¡Ah, que se lo quede todo para ella y sea yo libre! ... A mí, que no dependo de nada ni de nadie y no tengo parientes, ¿no me está permitido hacer lo que me plazca? No pido que te cases conmigo, sólo pido vivir contigo...

Luego, en un último sollozo de tortura, agregó:

—¡Ah, tienes razón, no está bien abandonar a esa pobre mujer! Me desprecio a mí misma y quisiera tener fuerzas... Pero te quiero demasiado, sufro demasiado, no puedo morir por ello.

—¡Quédate!, ¡quédate! —exclamó—. ¡Y que se mueran los demás, nos tenemos el uno al otro!

Él la había sentado sobre sus rodillas y ambos lloraban y reían jurando en medio de sus besos que no se separarían nunca, nunca más.

Fue una locura. Christine dejó bruscamente a la señora Vanzade, llevándose su baúl mundo, a partir del día siguiente. Tanto Claude como ella se acordaron enseguida de la vieja casa desierta de Bennecourt, de sus rosales gigantes y de sus espaciosas habitaciones. ¡Ah, partir, partir sin perder una hora, vivir en el confín del mundo, en la dulzura de su joven unión! Ella, feliz, aplaudía. Él, con la herida aún sangrante de su fracaso en el Salón, necesitando recuperarse, aspiraba a aquel reposo absoluto en contacto con la naturaleza; y tendría allí el verdadero *plein air*, trabajaría entre la hierba llegándole hasta el cuello, produciría obras maestras. En dos días estuvo todo listo, canceló el contrato de alquiler del estudio y sus cuatro muebles fueron llevados al ferrocarril. Habían tenido un oportuno golpe de suerte, una fortuna, quinientos francos que Malgras le pagó por un lote de unas veinte telas, que seleccionó de entre los restos de la mudanza. Iban a vivir como príncipes. Claude contaba con su renta de mil francos, Christine aportaba algunos ahorros, un ajuar, vestidos. Y se largaron, fue una verdadera huida, sin despedirse de los amigos ni avisarlos siquiera por carta. París desdeñado y abandonado con risas de alivio.

Junio tocaba a su fin y, durante la semana que les llevó instalarse, llovió torrencialmente; y descubrieron que el tío Poirette, antes de firmar el contrato con ellos, había retirado la mitad de los utensilios de cocina. Pero la desilusión no hizo mella en su ánimo, chapoteaban gustosamente bajo los aguaceros, hacían caminatas de tres leguas hasta Vernon para comprar cubiertos y cacerolas que cargaban a hombros. Cuando finalmente estuvieron aposentados, ocupando nada más que uno de los cuartos de arriba y abandonando el otro a los ratones, transformaron abajo el comedor en un amplio estudio, felices y divertidos como niños de comer en la cocina, en una mesa de pino, cerca del hogar donde cantarineaba el puchero. Para el servicio habían tomado una chica del pueblo, que venía por la mañana y se iba por la tarde, llamada Mélie y sobrina de los Faucheur, cuya bobería les encantaba. ¡No, imposible encontrar otra más boba en toda la región!

Había reaparecido el sol, se sucedieron unos días preciosos, pasaron meses en una monótona felicidad. Nunca sabían a qué día estaban y confundían todos los días de la semana. Por la mañana se levantaban tarde, pese a que los rayos del sol enrojecían las paredes encaladas de la habitación a través de las rendijas de los postigos. Luego, tras almorzar, venían los interminables paseos a lo largo del Sena, en medio de los prados, hasta la Roche-Guyon, exploraciones incluso más lejanas, verdaderos viajes al otro lado del agua, a los campos de trigo de Bonnières y de Jeufosse. Un burgués, obligado a dejar el lugar, les había vendido un viejo bote por treinta francos; y tenían también el río, que les cautivaba con una pasión digna de salvajes, se pasaban días enteros en él, navegando, descubriendo tierras nuevas, permaneciendo escondidos

debajo de los sauces de las orillas, en los pequeños brazos de río negros de sombra. Entre las islas diseminadas a flor de agua había toda una ciudad movediza y misteriosa, una red de callejas por las que tomaban suavemente, rozados por la caricia de las ramas bajas, solos en el mundo con las palomas torcaces y los martín pescadores. En ocasiones, él tenía que saltar a la arena, con las piernas desnudas, para empujar el bote. Ella manejaba valientemente los remos, quería remontar las corrientes más impetuosas, orgullosa de su fuerza. Y por la noche comían en la cocina sopa de col, se reían de la necedad de Mélie, de la que se habían reído la víspera; luego, a las nueve, estaban ya en la cama, en la vieja cama de nogal, tan amplia que cabía en ella una familia entera, y en la que pasaban sus doce horas, jugando desde el amanecer a tirarse las almohadas, para volver luego a dormir, abrazados del cuello.

Cada noche decía Christine:

—Ahora, querido, quiero que me prometas una cosa: que mañana trabajarás.

—Sí, mañana, te lo juro.

—Y quiero que sepas que esta vez me enfadaré... ¿Acaso yo te lo impido?

—¡Tú, qué ocurrencia!... Pero si he venido para trabajar, ¡qué diablos! Mañana, ya verás.

Y al día siguiente volvían a irse con el bote; ella le miraba con una sonrisa incómoda cuando veía que no se llevaba lienzo ni colores; luego le abrazaba entre risas, orgullosa de su energía, impresionada por aquel sacrificio continuo que él hacía. Y vuelta a las muestras de cariño: ¡mañana, oh, mañana, ella le ataría delante de su tela!

Claude, sin embargo, hizo algún intento de trabajar. Empezó un estudio de la colina de Jeufosse, con el Sena en primer plano; pero Christine le seguía a la isla donde se había instalado, se tumbaba en la hierba cerca de él, con los labios entreabiertos, la mirada perdida en el azul; y estaba tan deseable en medio de aquel verdor, en aquel desierto por donde no pasaba más que la murmurante voz del agua, que él dejaba su paleta a cada minuto y se acostaba al lado de ella, anulados y acunados ambos por la tierra. Otra vez, por encima de Bennecourt, a él le sedujo una vieja granja, a la sombra de unos añosos manzanos que habían crecido como robles. Fue allí dos días seguidos; al tercero ella le llevó al mercado de Bonnières para comprar unos pollos; el siguiente fue también un día perdido, la tela se había secado, él se impacientó por retomarla y, finalmente, la abandonó. Durante toda la estación cálida no pasó de tener veleidades, fragmentos de cuadro apenas esbozados, dejados al menor pretexto, sin un perseverante esfuerzo. Su pasión por el trabajo, aquella fiebre de otro tiempo que le tenía ya de pie al alba, batallando contra la rebelde pintura, parecía haberse esfumado en una reacción de indiferencia y de pereza, y, deliciosamente, como tras las grandes enfermedades, vegetaba, disfrutando de la sola alegría de vivir mediante todas las funciones de su cuerpo.

En ese momento, no existía más que Christine para él. Ella era la que le envolvía

con ese aliento de llama en el que se desvanecía su voluntad de artista. Desde el beso ardiente, irreflexivo, que había sido la primera en depositar en sus labios, una mujer había nacido de la muchacha, la amante que pugnaba con la virgen, que hinchaba su boca y hacía más pronunciada la anchura de su mandíbula. Se revelaba como debía ser, pese a su larga honestidad: una carne pasional, una de esas carnes sensuales tan turbadoras cuando se desprenden del pudor en que duermen. De golpe y sin maestro, sabía lo que era el amor, aportando a él el arrebató de su inocencia; y ella, ignorante hasta entonces, él poco menos que bisono todavía, hacían juntos los descubrimientos de la voluptuosidad, se exaltaban en los arrebatos de aquella iniciación común. Él se acusaba de su antiguo desprecio: ¡había que ser necio para despreciar como un niño felicidades que no se han vivido! En lo sucesivo, toda su atención por la carne de la mujer, esa atracción cuyo deseo liberaba antes hasta el agotamiento en sus obras, sólo le enardecía en relación con aquel cuerpo vivo, elástico y tibio, que era su bien. Había creído amar la luz que rozaba los pechos de seda, los bonitos y pálidos tonos ambarinos que doran la redondez de las caderas, el suave modelado de los vientres puros. ¡Qué ilusiones de soñador! Sólo ahora lo tenía entre los brazos, saboreaba el triunfo de poseer su sueño, siempre fugaz antaño, bajo su mano impotente de pintor. Ella se entregaba totalmente, él la poseía, desde la nuca hasta los pies, la estrechaba en un apretón haciéndola suya, entrando hasta el fondo de su carne. Y ella, habiendo matado la pintura, feliz de no tener rival, prolongaba las nupcias. En la cama, por la mañana, sus torneados brazos, sus piernas suaves le retenían hasta muy tarde, como atado por unas cadenas, en la fatiga de su felicidad; en el bote, cuando ella remaba, se dejaba llevar sin fuerzas, ebrio, mirando tan sólo el balanceo de sus costados; en la hierba de las islas, fijos los ojos en el fondo de los suyos, permanecía en éxtasis días enteros, absorto en ella, vaciado de corazón y de sangre. Y siempre, en todas partes, se poseían con la necesidad inagotable de seguir poseyéndose más.

Una de las sorpresas de Claude era verla ruborizarse a la menor palabrota que se le escapaba. Con las faldas arremangadas, ella sonreía con embarazo, volviendo la cabeza, a las alusiones picantes. Eso no era de su agrado. Y un día casi se enfadaron por ello.

Sucedió en la trasera de su casa, en el bosquecillo de robles adonde iban a veces, en recuerdo del beso que se habían dado en su primera visita a Bennecourt. Él, lleno de gran curiosidad, le preguntaba sobre su vida en el convento. La tenía enlazada por el talle, le hacía cosquillas con su aliento, detrás de la oreja, intentando hacerla confesar. ¿Qué sabía de los hombres allí? ¿Qué decían de ellos cuando hablaba con las amigas? ¿Qué idea tenía al respecto?

—Vamos, cariño mío, cuéntame un poco... ¿Te lo figurabas?

Pero ella sonreía forzosamente y trataba de soltarse.

—¡Qué tonto eres!, ¡déjame!... ¿Y a ti qué te importa?

—Me divierte... Entonces, ¿sabías?

Ella hizo un gesto de confusión mientras el rubor invadía sus mejillas.

—¡Dios mío!, como las demás, algo...

Luego, ocultando la cara contra su hombro, añadió:

—No dejas de quedar muy sorprendida de todos modos.

Él rompió a reír, la apretó locamente, la cubrió de una lluvia de besos. Pero, cuando creyó haberla conquistado y quiso obtener sus confidencias, como de un compañero que no tiene nada que ocultar, ella le eludió con frases evasivas y acabó por poner mala cara, muda, impenetrable. Y nunca le confesó nada más, ni siquiera a él, a quien adoraba. Poseía ese fondo que guardan hasta las mujeres más francas, el despertar de su sexo cuyo recuerdo permanece sepultado y como algo sagrado. Era demasiado mujer para no defender una parte de sí misma, para entregarse toda.

Aquel día, por primera vez, Claude sintió que eran extraños el uno para el otro. Se había apoderado de él una impresión gélida, el frío de otro cuerpo. ¿Nada de uno podía penetrar en el otro cuando los dos se sofocaban en un abrazo enloquecido, ávidos de estrecharse cada vez más, más allá incluso de la posesión?

Mientras tanto pasaban los días, y no les pesaba la soledad. Ninguna necesidad de distracción, de una visita que hacer o recibir, les había sacado de sí mismos. Las horas que ella no pasaba a su lado, colgada de su cuello, las empleaba en ruidosas tareas domésticas, poniendo patas arriba la casa para una limpieza a fondo que Mélie debía hacer en su presencia, dominada por un frenesí de actividad que la llevaba a enfrentarse personalmente con las tres cacerolas de la cocina. Pero sobre todo la tenía ocupaba el huerto: armada de una podadera, hiriéndose las manos con las espinas, cortaba manojos de rosas de los rosales gigantes; había acabado con agujetas por querer coger albaricoques, cuya cosecha había vendido por doscientos francos a los ingleses que pasaban por allí cada año; y sentía una gran vanagloria por ello, soñando con poder vivir con el producto del huerto. Él, menos inclinado a los trabajos del campo, había instalado su diván en la amplia sala transformada en estudio, y se tumbaba allí para verla por la gran ventana abierta sembrar y plantar. Reinaba una paz absoluta, la certeza de que no se presentaría nadie, que ni un campanillazo les molestaría a ninguna hora del día. Llevaba tan lejos este miedo al exterior que evitaba hasta pasar por delante de la taberna de los Faucheur, en el continuo temor de encontrarse con una pandilla de amigos, llegados de París. En todo el verano no apareció ni un alma. Y cada noche, al subir a acostarse, repetía que era una gran suerte.

Una única llaga secreta sangraba en el fondo de aquella dicha. Tras la huida de París, Sandoz, habiéndose enterado de sus señas, le había escrito preguntando si podía ir a verle, y Claude no había respondido. Se habían malquistado y aquella vieja amistad parecía muerta. Esto tenía a Christine desolada, pues sentía que había roto por ella. Le hablaba continuamente del asunto, porque no quería alejarle de sus amigos, exigiendo que se pusiera en contacto con ellos. Pero él, si bien prometía arreglar las cosas, no hacía nada. Hecho estaba, ¿para qué volver al pasado?

Hacia finales de julio, escaseando el dinero, tuvo que ir a París para venderle a

Malgras una media docena de viejos estudios; y, al acompañarle a la estación, ella le hizo jurar que iría a darle un apretón de mano a Sandoz. Por la tarde allí estaba de nuevo, delante de la estación de Bonnières, esperándole.

—¿Qué?, ¿le has visto?, ¿os habéis dado un abrazo?

Él se puso a caminar a su lado, mudo de incomodidad. Luego dijo con voz sorda:

—No, no he tenido tiempo.

Entonces, ella dijo, desconsolada, mientras dos lagrimones inundaban sus ojos:

—Me das mucha pena.

Y, como estaban debajo de los árboles, él la besó en el rostro, llorando también, suplicándole que no aumentara su tristeza. ¿Acaso podía cambiar de vida? ¿No era suficiente ya con ser felices juntos?

Durante aquellos primeros meses sólo tuvieron un encuentro. Fue pasado Bennecourt, según se sube hacia la parte de la Roche-Guyon. Seguían un camino desierto y arbolado, uno de esos deliciosos caminos encajonados, cuando, en un recodo, se toparon con tres burgueses de paseo, padre, madre e hija. Precisamente, creyéndose absolutamente solos, ellos se habían cogido de la cintura, como enamorados que se entregan detrás de los setos: ella, caída hacia atrás, ofreciendo sus labios; él, riendo, adelantando los suyos; y fue tal su sorpresa que no se desasieron, sino que prosiguieron, enlazados, con el mismo paso lento. Impresionada, la familia permanecía pegada contra uno de los márgenes, el padre gordo y apopléjico, la madre hecha un costal de huesos, la hija reducida a nada, desplumada como un pájaro enfermo, los tres feos y empobrecidos de la sangre viciada de su raza. Eran una vergüenza en medio de aquella naturaleza llena de vida, bajo el gran sol. Y, de pronto, la triste hija que miraba pasar al amor con ojos de asombro fue empujada por su padre y llevada por su madre, ambos fuera de sí, exasperados por aquel beso libre, preguntándose si ya no había policía en nuestros campos, mientras que, sin apresurarse en ningún momento, los dos enamorados se alejaban triunfantes en su gloria.

Sin embargo, Claude se preguntaba, desconfiando de su memoria, dónde diablos había visto aquellas cabezas, aquella decadencia burguesa, aquellas caras decaídas y chupadas que rezumaban los millones ganados a costa de la pobre gente. Seguramente había sido en una circunstancia importante de su vida. Y se acordó, reconoció a los Margailan, aquel empresario que Dubuche paseaba por el Salón de los Rechazados y que se había reído delante de su cuadro con una risa tonante de imbécil. Doscientos pasos más lejos, al desembocar con Christine del camino encajonado, se encontraron delante de una vasta propiedad, un gran edificio blanco rodeado de unos bonitos árboles, y por una vieja campesina se enteraron de que la Richaudière, como se la conocía, pertenecía a los Margailan desde hacía tres años. Habían pagado por ella quince mil francos y acababan de gastar en alhajarla más de un millón.

—Éste es un rincón de la región donde no nos volverán a ver —dijo Claude

camino ya de vuelta a Bennecourt—. ¡Esos monstruos estropean el paisaje!

Pero, desde mediados de agosto, un gran acontecimiento cambió sus vidas: Christine estaba encinta, cosa que no había advertido, en su despreocupación de enamorada, hasta el tercer mes. Al principio los dos sintieron estupor, pues nunca se les había pasado por la cabeza que tal cosa pudiera ocurrir. Luego entraron en razón, aunque sin alegría, él, alterado por aquel pequeño ser que vendría a complicar su existencia, ella, presa de una angustia que no se explicaba, como si hubiera temido que aquel accidente fuera a ser el final de su gran amor. Lloró largo rato contra el cuello de él, que trataba en vano de consolarla, abrumado por la misma tristeza sin nombre. Más tarde, cuando se hubieron hecho a la idea, se enternecieron con el pobrecillo, engendrado irreflexivamente. El trágico día en que ella se había entregado entre lágrimas, en el desolado crepúsculo que inundaba el estudio: las fechas coincidían, sería el hijo del sufrimiento y de la piedad, saludado en su concepción por la necia risa de la gente. Y, a partir de entonces, como no eran malos, lo esperaron, lo desearon incluso, ocupándose ya de él y preparándole todo para su venida al mundo.

Aquél fue un invierno de terribles fríos. Un gran catarro obligó a Christine a permanecer encerrada en casa, casa que no lograban caldear. Su embarazo le causaba frecuentes malestares, se quedaba acurrucada al amor del fuego, y se veía obligada a enfadarse para que Claude saliera sin ella, diera largas caminatas por la tierra helada y resonante de los caminos. Y durante estos paseos él volvía a encontrarse solo después de meses de continua vida de dos, se asombraba del giro que había tomado su vida, al margen de su voluntad. Nunca había querido aquella convivencia, ni siquiera con ella: si alguien se lo hubiera pronosticado, se habría horrorizado; y, sin embargo, era un hecho, y no era posible volver atrás; pues, dejando de lado al hijo, no era de esas personas con valor para romper. Su destino era aquél, evidentemente, aceptar a la primera que no se avergonzase de él. La tierra dura sonaba bajo sus zuecos, el viento glacial coagulaba sus ensoñaciones, que se demoraban en pensamientos vagos, en su suerte de haber encontrado al menos a una muchacha honrada, en lo cruel e inhumano que habría sido liarse con cualquier modelo, cansada de andar por los estudios; y, presa de nuevo de la ternura, se apresuraba a volver para estrechar a Christine con sus brazos temblorosos, como si hubiera estado a punto de perderla, desconcertado únicamente cuando ella se desprendía lanzando un grito de dolor.

—¡Oh, tan fuerte no, que me lastimas!

Ella se llevaba las manos al vientre y él miraba aquel vientre, siempre con la misma sorpresa de desasosiego.

El parto sobrevino a mediados de febrero. Vino una comadrona de Vernon y todo fue estupendamente: la madre volvió a levantarse a la tercera semana, el hijo, un varoncito muy robusto, mamaba tan golosamente que ella tenía que levantarse hasta cinco veces por noche para impedir que berreara y despertase a su padre. A partir de entonces, la criatura revolucionó la casa, pero ella, tan activa ama de casa como era,

demonstró ser una muy torpe nodriza. La maternidad no la motivaba, pese a su buen corazón y sus desconsuelos a la mínima pupa; se cansaba, se irritaba enseguida, llamaba a Mélie, quien no hacía sino agravar sus apuros con su absoluta estupidez; y el padre tenía que acudir en su ayuda, más molesto incluso que las dos mujeres. Los cuidados que exigía el niño habían hecho reaparecer su aversión por coser y su ineptitud para las labores propias de su sexo. Por eso fue bastante mal cuidado, se crió un poco a la buena de Dios, entre el huerto y las habitaciones dejadas en un desorden desesperante, llenas de pañales y juguetes rotos, sucias y devastadas por la presencia de aquel señorito al que le salían los dientes. Y cuando las cosas llegaban a un extremo insoportable, lo único que sabía hacer ella era arrojarle en brazos de su amor querido: aquel pecho varonil que amaba era su refugio, la única fuente de olvido y de felicidad. No era más que una amante, habría dado cien veces el hijo por el esposo. Hasta se sentía poseída de un ardor nuevo tras el parto, savia estimulante de enamorada que se encuentra de nuevo a sí misma, con el talle libre y la belleza florecida de nuevo. Nunca su carne apasionada se había ofrecido en un estremecimiento semejante de deseo.

Fue la época, no obstante, en que Claude se puso de nuevo a pintar un poco. Terminaba el invierno, no sabía en qué emplear las alegres mañanas de sol desde que Christine no podía salir antes de mediodía, a causa de Jacques, pues habían llamado así al niño, con el nombre del abuelo materno, sin preocuparse, por otra parte, de hacerle bautizar. Trabajó en el huerto, primero sin gran empeño, hizo un boceto de las filas de albaricoqueros, bosquejó los rosales gigantes, compuso unas naturalezas muertas, cuatro manzanas, una botella y un jarrón de gres encima de una servilleta. Era para distraerse. Después se enardeció, la idea de pintar una figura vestida a pleno sol acabó por acosarle; y, a partir de aquel momento, la víctima fue su mujer, víctima complaciente por otra parte, feliz de darle aquel gusto, sin comprender aún a qué rival temible se entregaba. La pintó veinte veces, vestida de blanco, vestida de rojo, en medio del verdor, de pie o andando, echada en el césped, tocada con un gran sombrero de campo, con la cabeza descubierta debajo de una sombrilla, cuya seda color cereza bañaba su rostro de una luz rosa. Nunca quedaba plenamente satisfecho, raspaba las telas al cabo de dos o tres sesiones, volviendo a empezar enseguida, empecinándose en el mismo tema. Algunos estudios, inacabados, pero de una tonalidad encantadora en lo enérgico de su factura, se salvaron de la espátula y fueron colgados en las paredes del comedor.

Y, después de Christine, tuvo que posar Jacques. Le ponían desnudo como un pequeño san Juan, le acostaban, en los días calurosos, encima de una manta; y no tenía ya que moverse. Pero el niño era un diablillo. Animado, al recibir la caricia del sol, reía y movía las piernecitas, con los rosados piececitos al aire, se revolvía y daba volteretas, con el trasero por los aires. Tras haberse reído, el padre se enfadaba, juraba contra aquel condenado mocososo que era incapaz de estarse quieto ni un minuto. ¿Acaso la pintura era cosa de broma? Entonces, la madre, miraba a su vez con ojos

terribles, sujetaba al pequeño para que el pintor captara al vuelo el dibujo de un brazo o de una pierna. Se obstinó en ello durante semanas, a tal punto le tentaban los bellísimos tonos de aquella carne infantil. Ya no le veía más que con ojos de artista, como un motivo para una obra maestra, mientras entornaba los ojos y soñaba con el cuadro. Y repetía el experimento, se pasaba días enteros acechándole, exasperado de que aquel tunantuelo no quisiera dormir durante las horas en que habría podido pintarlo.

Un día que Jacques sollozaba, negándose a mantener la pose, Christine dijo dulcemente:

—Querido, cansas al pobre crío.

Entonces, Claude la emprendió consigo mismo, lleno de remordimientos.

—¡Sí, es cierto, soy un estúpido con mi pintura!... Los niños no están hechos para esto.

También pasaron la primavera y el verano en una gran placidez. Salían menos, habían dejado casi abandonado el bote, que acababa de pudrirse amarrado a la orilla, pues no era asunto baladí llevar al pequeño a las islas. Pero a menudo bajaban a paso lento por la orilla del Sena, sin alejarse nunca más de un kilómetro. Él, harto de los eternos motivos del huerto, intentaba ahora unos estudios al borde del agua; y, esos días, ella iba a buscarle con el niño, y se sentaba para verle pintar, en espera de volver lánguidamente los tres a la hora del crepúsculo de color ceniza. Una tarde, él se quedó sorprendido al verla traer su viejo cuaderno de muchacha. En broma le explicó que el estarse allí, detrás de él, le despertaba cosas en su interior. Su voz temblaba ligeramente, pues la verdad era que sentía la necesidad de compartir su tarea, porque ésta se lo arrebatava cada día más. Dibujó, se aventuró a hacer dos o tres acuarelas con esmero de educanda. Pero luego, desalentada por sus sonrisas, comprendiendo que la comunión no se establecía en aquel terreno, dejó de lado nuevamente su cuaderno, obligándole a que le prometiera que le daría clases de pintura más tarde, cuando tuviera tiempo.

Por otra parte, Christine encontraba muy bonitas sus últimas telas. Al cabo de aquel año de descanso en pleno campo, en plena luz, él pintaba con una visión nueva, como esclarecida, de una alegría de tonos cantarines. Nunca hasta entonces había dominado aquel arte de los reflejos, aquella sensación tan exacta de los seres y de las cosas, bañados en una claridad difusa. Y habría declarado en adelante que aquello estaba absolutamente bien, seducida por el regalo de los colores, de no haber querido él darle un acabado más perfecto y no haber quedado desconcertada a veces delante de un campo de lilas o de un árbol azul, que contravenían todas sus ideas adquiridas sobre lo que era el cromatismo. Un día que se atrevió a permitirse una crítica, precisamente a propósito de un álamo coloreado de azul, él le hizo constatar, en la propia naturaleza, aquel azulado delicado de las hojas. Y no cabía duda, el árbol era azul; pero, en el fondo, no se daba por vencida, condenaba la realidad: en la naturaleza no podía haber árboles azules.

Christine ya no habló sino seriamente de los estudios que él colgaba de las paredes de la sala. El arte entraba en su vida, lo cual la dejaba a veces pensativa. Cuando le veía partir con su bolsa, su palo y su parasol, se le echaba impulsivamente al cuello.

—Dime si me quieres.

—¿Eres tonta? ¿Por qué no iba a quererte?

—¡Entonces, abrázame como dices que me quieres, muy fuerte, muy fuerte!

Luego, mientras le acompañaba hasta el camino, añadía:

—Y trabaja, ya sabes que no te he impedido nunca trabajar... Anda, anda, cuando trabajas estoy contenta.

Una inquietud pareció apoderarse de Claude cuando el otoño de aquel segundo año hizo amarillear las hojas y trajo los primeros fríos. La estación fue decididamente espantosa, quince días de lluvias torrenciales le retuvieron ocioso en casa; a continuación, unas nieblas vinieron a cada instante a contrariar sus sesiones. Se quedaba sombrío al amor de la lumbre, no hablaba jamás de París, pero la ciudad se alzaba en el fondo, en el horizonte, la ciudad invernal con su gas que llameaba desde las cinco, las estimulantes reuniones de los amigos, su vida de producción apasionada que incluso los intensos fríos de diciembre no retardaban. En un mes fue allí tres veces, con la excusa de ver a Malgras, a quien había vendido algunas otras telas. No evitaba ya ahora pasar por delante de la posada de los Faucheur, hasta hacía un alto para charlar con el tío Poirette y aceptaba un vaso de vino blanco; y sus miradas escrutaban la sala, como si, a pesar de la estación, buscara en ella a compañeros de antaño que hubiesen llegado por la mañana. Se entretenía, esperando; luego, desesperado de su soledad, regresaba a casa sintiéndose ahogar por todo cuanto hervía dentro de él, enfermo de no tener a nadie a quien gritarle lo que le hacía estallar la cabeza.

Pasó el invierno, sin embargo, y Claude tuvo el consuelo de pintar algunos bellos efectos de nieve. Daba comienzo un tercer año cuando, en los últimos días de mayo, un encuentro inesperado le perturbó emocionalmente. Había subido aquella mañana al llano en busca de un motivo, pues las orillas del Sena habían acabado por cansarle; y se quedó estupefacto cuando, en el recodo de un camino, vio delante a Dubuche que avanzaba entre dos setos de saúco, tocado con un sombrero negro, rígidamente impecable con su levita.

—Pero ¡cómo! ¡Eres tú!

El arquitecto balbució de contrariedad.

—Sí, voy de visita... Bonita tontería, en el campo, ¿eh? Pero, ¿qué se le va a hacer?, hay que guardar las debidas consideraciones... ¿Y tú vives por aquí? Lo sabía... ¡Es decir, no! Algo me dijeron, pero creía que era del otro lado, más lejos.

Claude, muy conmovido, le sacó del apuro.

—Bueno, bueno, amigo, no tienes que disculparte, el único culpable soy yo... ¡Ah, cuánto tiempo sin vernos! ¡Si supieras el vuelco que me ha dado el corazón al

ver asomar tu nariz por entre las hojas!

Entonces, tomándole del brazo, le acompañó entre risas de placer; y el otro, en su permanente preocupación por su fortuna, que le hacía hablar de sí mismo sin cesar, se puso de inmediato a charlar de su suerte futura. Acaba de pasar al primer curso de la Escuela, después de haber sacado con ímprobos esfuerzos el aprobado. Pero este éxito le tenía perplejo. Sus padres no le mandaban ya ni un céntimo, quejándose de su pobreza para que él los mantuviera a su vez; había renunciado al Gran Premio de Roma, convencido de que no lo conseguiría, presionado por tener que ganarse la vida; y estaba ya harto, descorazonado de ser un asalariado, de ganar un franco y veinticinco a la hora con unos arquitectos ignorantes que le trataban como a un peón albañil. ¿Qué camino elegir? ¿Dónde encontrar el más corto? Dejaría la Escuela, puesto que contaba con el respaldo de su patrón, el poderoso Dequersonnière, que le apreciaba por su docilidad de alumno aplicado. Sólo que ¡cuántas penalidades harían falta aún, qué futuro más incierto por delante! Y se quejaba amargamente de esas escuelas estatales en las que se apechugaba tantos años sin asegurarles siquiera una posición a los que salían de ellas.

De repente se detuvo en medio del sendero. Los setos de saúco desembocaban en campo raso, y había aparecido la Richaudière en medio de sus grandes árboles.

—¡Vaya!, es verdad —exclamó—, no había caído... Vas a esa casucha. ¡Ah, menudas jetas asquerosas las de esos mamarrachos!

Dubuche, vejado por aquel exabrupto de artista, protestó con aire estirado.

—Eso no quita que el señor Margailan, por estúpido que parezca, sea un gran hombre en su campo. Hay que verle en el tajo, en medio de sus construcciones: una actividad endiablada, y tiene un sentido asombroso de lo que es una buena administración, un olfato maravilloso para las calles que ha de construir y los materiales que ha de comprar. Por otra parte, no se hacen millones sin ser un caballero... ¡Y, además, por lo que a mí toca! Muy necio sería si no fuera cortés con un hombre que puede serme de provecho.

Mientras hablaba, obstruía el estrecho camino, impedía avanzar a su amigo, sin duda por temor a verse comprometido si les veían juntos y para darle a entender que debían separarse allí mismo.

Iba Claude a preguntarle por los amigos de París, pero se calló. No se pronunció ni una palabra sobre Christine. Y estaba resignado a despedirse cuando, al darle la mano, salió a su pesar de sus labios temblorosos esta pregunta:

—¿Está bien Sandoz?

—Sí, no está mal. Le veo raramente... El mes pasado me habló aún de ti. Siempre se lamenta de que nos dieras con la puerta en las narices.

—¡Pero si no os he dado con la puerta en las narices! —exclamó Claude, fuera de sí—. ¡Os lo suplico, venid a verme! ¡Me daríais una gran alegría!

—Si es así, vendremos. ¡Le diré que venga, palabra de honor!... Adiós, adiós, amigo. Tengo prisa.

Dubuche se fue hacia la Richaudière, y Claude se quedó mirándole mientras se iba empequeñeciendo en medio de los campos de labor con la seda reluciente de su sombrero y la mancha oscura de su levita. Regresó lentamente, con el corazón en un puño de la tristeza.

Ocho días después, Christine había ido a casa de los Faucheur a comprar una libra de fideos, y retrasaba su vuelta charlando con una vecina, con su hijo en brazos, cuando un señor, que bajaba del transbordador, se acercó y le preguntó:

—¿El señor Claude Lantier? Es por aquí, ¿no?

Ella se quedó desconcertada, respondió simplemente:

—Sí, señor. Si quiere seguirme...

Durante unos cien metros, caminaron uno al lado del otro. El extraño, que parecía conocerla, la había mirado con una bonita sonrisa; pero ella apretaba el paso, disimulando su turbación bajo un aire serio, él guardaba silencio. Christine abrió la puerta y le hizo entrar en la sala, diciendo:

—Claude, tienes visita.

Hubo una gran exclamación, los dos hombres estaban ya en los brazos el uno del otro.

—¡Ah, amigo Pierre, ah! ¡Qué amable has sido viniendo! ¿Y Dubuche?

—A última hora le ha retenido un asunto, y me ha mandado un telegrama para que me fuera sin él.

—Bueno, en parte me lo esperaba... Pero ¡aquí estás tú! ¡Ah, por Dios, qué contento estoy!

Y, volviéndose hacia Christine, que sonreía, conquistada por la alegría, agregó:

—Es cierto, no te lo conté. Me encontré el otro día a Dubuche, que se dirigía allí, a la propiedad de esos monstruos...

Pero se interrumpió de nuevo para exclamar con un gesto de loco:

—¡Decididamente, he perdido la cabeza! Nunca habéis sido presentados, y yo os dejo así... Querida mía, este caballero que ves es mi viejo amigo Pierre Sandoz, a quien quiero como a un hermano... Y a ti, amigo mío, te presento a mi mujer. Y vais a daros un beso.

Christine se echó a reír con franqueza y le ofreció la mejilla de todo corazón. Sandoz le había gustado enseguida con su campechanía, su sólida amistad y el aire de simpatía paternal con que la miraba. La emoción humedeció sus ojos cuando él, retenéndole las manos entre las suyas, le dijo:

—Es usted muy buena por querer a Claude y deben quererse siempre, pues no hay nada más hermoso.

Luego, inclinándose para besar al pequeño, que ella tenía en sus brazos, añadió:

—¿Así que ya tenemos uno?

—¿Qué quieres? ¡Vienen sin pensarlo!

Claude retuvo a Sandoz en la sala, mientras Christine revolucionaba la casa para el almuerzo. Le contó su historia en dos palabras, quién era, cómo la había conocido,

qué circunstancias les habían llevado a vivir juntos; y él pareció asombrarse cuando su amigo quiso saber por qué no se casaban. ¡Dios mío! ¿Por qué? Porque ni siquiera habían hablado nunca del asunto, porque ella no parecía sentir interés en hacerlo y no por eso iban a ser ni más ni menos felices. En fin, que era algo sin importancia.

—Bueno —dijo el otro—. A mí no me molesta... Pero si la conociste honesta, deberías casarte con ella.

—Pero cuando ella quiera, amigo. Por supuesto que no pienso dejarla plantada con un niño.

A continuación, Sandoz se quedó maravillado de los estudios que colgaban de las paredes. ¡Ah, no había perdido el tiempo el muy tunante! ¡Qué precisión de tono, qué luz más auténtica! Y Claude, que le escuchaba, embelesado, con unas risas de orgullo, iba a preguntarle por los amigos, sobre lo que hacían todos, cuando Christine entró exclamando:

—Venid enseguida, los huevos están ya en la mesa.

Comieron en la cocina, un almuerzo extraordinario, una fritura de gobios después de los huevos pasados por agua, luego carne hervida de la víspera acompañada de ensalada, con unas patatas y un arenque ahumado. Estaba todo delicioso, el olor fuerte y apetitoso del arenque que Mélie había braseado, el sonido cantarín del café que pasaba gota a gota por el filtro y se hacía en el hornillo. Y, cuando apareció el postre, unas fresas recién recogidas, un queso recién salido de la lechería de una vecina, hablaron interminablemente, de codos sobre la mesa. ¿En París? ¡Dios mío! En París los amigos no hacían realmente nada nuevo. Pero, ¡hombre!, empleaban los codos y se daban empujones para ver quién se colocaba primero. Naturalmente, los ausentes hacían mal, era conveniente estar allí si no se quería correr el riesgo de que le olvidaran a uno. Pero ¿acaso el talento no era el talento? ¿No se triunfaba en la vida cuando se tenía voluntad y energía? ¡Ah, sí, ése era el sueño, vivir en el campo, acumular obras maestras y luego, un buen día, dejar patidifuso a París abriendo los baúles!

Por la tarde, cuando Claude acompañó a Sandoz a la estación, éste le dijo:

—A propósito, pensaba hacerte una confidencia... Creo que voy a casarme.

De golpe, el pintor rompió a reír.

—¡Ah, comediante, ahora comprendo tu sermón de esta mañana!

Siguieron charlando mientras esperaban el tren. Sandoz expuso sus ideas sobre el matrimonio, que él consideraba en un sentido burgués como la condición ideal para los grandes productores modernos que quisieran trabajar seriamente y realizar una actividad ordenada y sólida. La mujer fatal, la mujer que mata al artista, destroza su corazón y devora su cerebro, era una idea romántica que se veía desmentida por los hechos. Por otra parte, él necesitaba de un afecto que protegiese su tranquilidad, de una intimidad de lazos afectivos en la que poder enclaustrarse, para poder consagrar su vida entera a la obra ingente que acariciaba en sueños. Y añadía que todo dependía de la elección, creía haber encontrado a quien buscaba, una huérfana, la hija sencilla

de unos pequeños comerciantes sin un céntimo, pero guapa, inteligente. Desde hacía seis meses, tras haber presentado su dimisión como empleado, se había lanzado al periodismo, donde se ganaba más holgadamente la vida. Acababa de instalar a su madre en una casita de las Batignolles, anhelaba una vida a tres, dos mujeres que le quisieran y él unos buenos lomos para alimentar a toda su gente.

—Cásate, amigo —dijo Claude—. Uno debe hacer lo que siente... Y adiós, aquí está tu tren. No olvides tu promesa de venir a vernos de nuevo.

Sandoz volvió muy a menudo. Se presentaba sin previo aviso, cuando su periódico se lo permitía, libre aún, pues no iba a casarse hasta el otoño. Había días felices, tardes enteras de confidencias, las antiguas ambiciones de gloria retomadas en común.

Un día, a solas con Claude, en una isla, tumbados uno al lado del otro, con la mirada perdida en el cielo, le contó su gran ambición, se confesó en voz alta.

—Mira, el periódico no es más que un campo de batalla. Hay que vivir y hay que luchar para vivir... Además, esta miserable prensa, a pesar de los disgustos que te da el oficio, es un poder impresionante..., un arma invencible en manos de quien tiene arrojo y seguridad en sí mismo... Pero, aunque me veo obligado a utilizarla, no envejeceré en el oficio, ¡ah, no! Ya tengo lo mío, sí, algo en lo que enterrarme para no volver tal vez a salir.

Se hizo un silencio de follaje inmóvil en el calor abrumador. Prosiguió con voz lenta y frases deshilvanadas:

—Bah, estudiar al hombre tal como es, no ya al títere metafísico, sino al hombre fisiológico, determinado por el ambiente, que actúa a impulsos de todos sus órganos... ¿No es una farsa ese estudio continuo y exclusivo de la función del cerebro, so pretexto de que éste es el órgano noble?... ¡El pensamiento, el pensamiento, eh! ¡Maldita sea! El pensamiento es el producto del cuerpo entero. ¡Haced pensar si no a un cerebro por sí solo, y ved luego en qué acaba la nobleza del cerebro cuando el estómago está enfermo!... ¡No!, ¡es una necedad, se acabó la filosofía, y también la ciencia, nosotros somos positivistas, evolucionistas, y conservaremos el modelo literario de los tiempos clásicos, desenredando la enrevesada madeja de la razón pura! Quien dice psicólogo, dice traidor a la verdad. Por otra parte, fisiología y psicología tampoco significan nada por sí solas: la una es parte de la otra, no son ambas sino esta cosa elemental: el mecanismo del hombre que conduce a la suma total de sus funciones... ¡Ah!, la fórmula es ésta, nuestra revolución moderna no se apoya en nada más, es la muerte fatal de la antigua sociedad, el nacimiento de una sociedad nueva y comporta, necesariamente, la propuesta de un nuevo arte en este nuevo terreno... ¡Sí, ya verás, ya verás la literatura que va a florecer en el próximo siglo de ciencia y de democracia!

Su grito se elevó hasta perderse en el inmenso cielo. No corría ni un soplo de viento, sólo se dejaba oír, entre los sauces, el mudo discurrir del río. Y, volviéndose bruscamente hacia su compañero, le dijo a la cara:

—De modo que he encontrado lo que necesitaba. ¡Oh!, no es gran cosa, sólo un pequeño rincón, pero suficiente para una vida humana, incluso cuando se tienen ambiciones demasiado grandes... Tomaré a una familia y estudiaré a sus miembros, uno por uno, de dónde vienen, adónde van, cómo reaccionan unos respecto a los otros; en fin, una Humanidad en miniatura, la manera cómo se desarrolla y comporta la Humanidad... Por otra parte, situaré a mis personajes en un período histórico determinado, lo que me proporcionará el ambiente y las circunstancias, un fragmento de historia... ¿Eh? ¿Comprendes?, una serie de libros, quince, veinte libritos, episodios que estarán ligados entre sí pese a ser individualmente autónomos, una serie de novelas para hacerme una casa para la vejez, ¡siempre y cuando no acaben antes conmigo^[23]!

Se dejó caer de espaldas, extendió los brazos en la hierba y pareció querer penetrar dentro de la tierra, entre risas y bromas.

—¡Ah, tierra bondadosa, tómame, tú que eres la madre común, la única fuente de vida! ¡Tú, la eterna, la inmortal, por donde circula el alma del mundo, esa savia expandida hasta en el interior de las piedras y que hace de los árboles nuestros grandes hermanos inmóviles!... ¡Sí, quiero perderme en ti, pues eres tú a quien yo siento aquí debajo de mis miembros, estrechándome e inflamándome, eres tú la única que serás en mi obra como la fuerza primaria, el medio y el fin, inmensa arca donde todas las cosas se animan con el aliento de todos los seres!

Pero, aunque había comenzado como en broma, con la ampulosidad de su énfasis lírico, esta invocación concluyó con un grito de fe fervorosa en la que temblaba una profunda emoción de poeta; y sus ojos se humedecieron; y, para ocultar aquella emoción, añadió con una voz brutal, con un amplio gesto que abarcaba el horizonte:

—¡Qué tontería, un alma para cada uno de nosotros, cuando no hay más que una gran alma!

Claude no se había movido, sepultado en medio de la hierba. Al cabo de un nuevo silencio, apostilló:

—¡Ya está, amigo mío! ¡Haz que revienten todos!... Pero acabarás medio muerto.

—¡Oh! —dijo Sandoz, que se levantó y se estiró—, tengo el pellejo muy duro. Se romperán los puños contra mí... Volvamos, no quiero perder el tren.

Christine, que sentía un gran afecto por él, viéndole firme y vigoroso frente a la vida, se atrevió finalmente a pedirle un favor, que apadrinara a Jacques. Sin duda ya no ponía los pies en la iglesia, pero ¿por qué privar al niño de lo que era la costumbre? Además, lo que la decidía sobre todo era el darle un sostén, aquel padrino que ella veía tan ponderado, tan razonable, en sus arrebatos enérgicos. Claude no dejó de asombrarse, pero consintió con un encogimiento de hombros. Y se celebró el bautizo, encontraron a una madrina, la hija de una vecina. Hubo una fiesta, se comieron un bogavante traído de París.

Precisamente aquel día, al despedirse, Christine hizo un aparte con Sandoz y le dijo con voz suplicante:

—Volverá pronto, ¿no? Se aburre.

Claude, en efecto, iba cayendo en una negra tristeza. Abandonaba sus estudios preparatorios, salía solo, rondaba a su pesar por delante de la posada de los Faucheur, por el lugar donde atracaba el transbordador, como si esperara siempre ver desembarcar a París. París le obsesionaba, iba allí una vez al mes, volvía desolado, incapaz de trabajar. Llegó el otoño, luego el invierno, un invierno húmedo, fangoso: y lo pasó en un amodorramiento hosco, amargo para Sandoz mismo, que, casado en octubre, no podía viajar tan a menudo a Bennecourt. Sólo aquellas visitas, cuya excitación le duraba una semana, parecían despertarle, repitiendo febrilmente las noticias de allí. Él, que antes ocultaba su nostalgia de París, le hinchaba la cabeza ahora a Christine hablándole de la mañana a la noche a propósito de asuntos que ella ignoraba y de una gente que no había visto en su vida. Al amor de la lumbre, cuando Jacques dormía, sus comentarios eran interminables. Se apasionaba y le pedía que ella le hiciera saber su parecer, que se pronunciase sobre aquellas historias.

¿Acaso no era Gagnière un idiota por embrutecerse con su música, él que habría podido ser un paisajista de un talento muy concienzudo? ¿Decían que había contratado ahora a una señorita para que le diera, a su edad, lecciones de piano! ¿Eh?, ¿qué pensaba ella? ¿Una verdadera chifladura! ¿Y Jory, que trataba de volver con Irma Bécot, desde que ésta tenía un palacete en la rue de Moscou! Bien que los conocía ya ella a esos dos redomados zánganos que eran tal para cual, ¿no? Pero el más zorro de todos era Fagerolles, a quien pensaba decirle cuatro verdades cuando le viera. Pero ¡cómo! ¡Aquel renegado acababa de presentarse al Gran Premio de Roma, que no había conseguido por lo demás! ¡Un individuo que se mofaba de la Escuela, que hablaba de acabar con todo! ¡Ah, decididamente, la comezón del éxito, la necesidad de pasar por encima del cadáver de los amigos y de ser saludado por los idiotas, llevaba a cometer grandes indecencias! ¿Cómo era que no le defendía? ¿No era lo bastante burguesa para defenderle? Y, cuando ella le daba la razón, volvía con grandes risas nerviosas a la misma historia, que le parecía sumamente cómica: la historia de Mahoudeau y de Chaîne, que se habían cargado a esa nulidad de Jabouille, el marido de Mathilde, la terrible herborista: ¡sí!, cargado, una noche que aquel tísico cornudo había sufrido un síncope, y que los dos, llamados por su mujer, se habían puesto a hacerle tan fuertes refriegas que se les había quedado muerto entre las manos.

Entonces, si Christine no se divertía, Claude se levantaba y decía con tono desabrido:

—¡Oh, a ti no te hace reír nada!... Será mejor que nos vayamos a la cama.

La adoraba aún, la poseía con el desesperado arrebató de un amante que pide al amor el olvido de todo, la única alegría. Pero no podía ir más allá de la cópula, ella ya no le bastaba, le había dominado otro tormento, invencible.

En primavera, Claude, que había jurado no exponer más, para hacer manifiesto su desprecio, se inquietó mucho por el Salón. Cuando veía a Sandoz, le preguntaba

sobre lo que habían enviado los amigos. El día de la apertura fue y volvió la misma tarde, tembloroso, muy severo. De bueno no había más que un busto de Mahoudeau, pero intrascendente; un pequeño paisaje de Gagnière, admitido entre el montón, era también de un precioso color amarillo; y luego nada más, sólo el cuadro de Fagerolles, una actriz delante de su espejo, a tamaño natural. Aunque primero ni siquiera le había mencionado, luego habló de él con risas de indignación. ¡Ese Fagerolles, ese falsificador! Ahora que había fracasado con el premio no temía ya exponer, dejaba definitivamente la Escuela, pero ¡había que ver qué maña, qué encaje de bolillos, para hacer una pintura que aparentase la audacia de lo verdadero sin un solo rasgo original! Y aquello tendría éxito, pues gusta mucho a los burgueses que se les halague mientras se aparenta que se les escandaliza. ¡Ah!, ya era hora de que apareciera un verdadero pintor en aquel triste desierto del Salón, en medio de tanto tunante e imbécil. ¡Qué puesto para conquistar, santo Dios!

Christine, que le veía enojarse, acabó por decirle, titubeando:

—Si quisieras, podríamos volver a París.

—¿Quién habla de eso? —exclamó él—. No se puede hablar contigo sin que le busques tres pies al gato.

Seis semanas más tarde, se enteró de una noticia que le tuvo entretenido durante ocho días: su amigo Dubuche se casaba con la señorita Régine Margaillan, la hija del propietario de la Richaudière; y era una historia complicada, cuyos detalles le asombraban y regocijaban una barbaridad. En primer lugar, aquel animal de Dubuche acababa de conseguir una medalla por un proyecto de pabellón en medio de un parque, que había expuesto; lo cual no dejaba de ser muy chusco, porque el proyecto, según decían, había tenido que ser retocado por su patrón Dequersonnière, quien, tan tranquilo, le había hecho conceder la medalla por el jurado que él mismo presidía. Pero el colmo era que aquella esperada recompensa había decidido el matrimonio. ¿Eh? ¡Bonito trapicheo, sí, las medallas servían ahora para colocar a los buenos alumnos necesitados en el seno de las familias ricas! Margaillan, como todos los advenedizos, soñaba con encontrar un yerno que le ayudase, que le aportase, por su parte, títulos auténticos y elegantes levitas; y, desde hacía algún tiempo, no le quitaba ojo a aquel joven, al alumno de la Escuela de Bellas Artes, cuyas notas eran excelentes, tan aplicado, tan recomendado por sus profesores. La medalla le entusiasmó, y, de buenas a primeras, le dio a su hija, y tomó aquel socio que decuplicaría los millones que guardaba en la caja de caudales, porque sabía lo que era necesario saber para ser un buen constructor. Por otra parte, la pobre Régine, siempre triste, enfermiza, tendría a un marido que gozaba de buena salud.

—¿Qué te parece? —le repetía Claude a su mujer—, ¡mucho tiene que gustarle a uno el dinero para casarse con esa infeliz gatita desollada!

Y, como Christine, apiadada, la defendía, añadió:

—Pero si no la tengo tomada con ella. ¡Mejor si el matrimonio no le da el golpe de gracia! Ciertamente, no es culpa suya que el albañil de su padre tuviera la estúpida

ambición de casarse con la hija de un burgués y que naciera hecha un adefesio por culpa de su padre con la sangre corrompida por generaciones de borrachos, y de su agotada madre con la carne devorada por todos los virus de las razas en extinción. ¡Ah!, ¡bonita ruina en medio de las piezas de cien sueldos! ¡Amasad, amasad fortunas para vuestros fetos en formol!

Volvía a su ferocidad, su mujer tenía que estrecharle, retenerle entre sus brazos, besarle y reír para que volviera a ser el buen muchacho de los primeros tiempos. Entonces, más calmado, comprendía. Pero ¡era cierto que los tres habían tomado mujer! ¡Qué cosas tenía la vida!

Una vez más el verano tocó a su fin, el cuarto que pasaban en Bennecourt. Nunca serían tan felices, la vida era dulce y barata en aquel pueblo. Desde que vivían allí, no les había faltado el dinero, los mil francos de renta y algunas telas vendidas bastaban para sus necesidades; incluso ahorraban, habían comprado ropa blanca. Por su parte, el pequeño Jacques, de dos años y medio de edad, se encontraba admirablemente en el campo. De la mañana a la noche, andaba a rastras por el suelo, hecho un andrajoso o un puerco, creciendo a su antojo, sano y rubicundo. A menudo, su madre no sabía qué hacer para asearle un poco; y, como le veía comer y dormir bien, no se preocupaba mayormente, reservaba su inquieta ternura para su otro niño grande artista, su hombre querido, cuyo humor negro la llenaba de angustia. La situación empeoraba cada día, pues, por más que vivieran tranquilos, sin motivo alguno de pesar, no por ello escapaban a una tristeza, a una angustia que se traducían en una continua exasperación.

Se habían agotado ya las primeras alegrías de la vida campestre. Su barca podrida, desfondada, se había hundido al fondo del Sena. Por lo demás, ni se les ocurría servirse del bote que los Faucheur ponían a su disposición. El río les aburría, sentían pereza de remar y, aunque repetían, respecto de determinados rincones deliciosos de las islas, las entusiastas exclamaciones de otro tiempo, no se habían sentido tentados de volver a verlos. Hasta los paseos a lo largo de las orillas habían perdido su encanto; allí se achicharraban en verano y se acatarraban en invierno; y, en cuando al llano, a esas vastas tierras plantadas de manzanos que dominaban el pueblo, venían a ser como un país remoto, algo demasiado alejado para que se les ocurriera la locura de poner allí los pies. Su casa también les irritaba, aquel caserón donde había que comer en medio del olor a grasa de la cocina, donde su alcoba era el lugar de confluencia de los cuatro vientos del cielo. Para colmo de males, la cosecha de albaricoques había fallado aquel año, y los más bonitos rosales, gigantes, viejísimos, habían sido atacados por una plaga y habían muerto. ¡Ah, qué melancólico desgaste de la costumbre! ¡Cómo parecía envejecer la eterna naturaleza en aquella saciedad hastiada de los mismos horizontes! Pero lo peor era que al pintor le desagradaba la región, no encontraba ya un solo motivo que le enardeciera, recorriendo los campos con paso triste, como si fueran unos dominios ya vacíos, de los que se hubiera agotado la vida sin dejar ni el interés de un árbol desconocido, de

un rayo de luz imprevisto. ¡No, se había acabado, se había enfriado, no haría ya nada bueno en aquel lugar de perros!

Llegó octubre con su cielo cargado de agua. Una de las primeras tardes de lluvia, Claude se enfadó, porque la cena no estaba lista. Puso a esa gansa de Mélie en la calle y abofeteó a Jacques, que andaba siempre molestando por en medio. Entonces, Christine le abrazó llorando y diciendo:

—¡Vayámonos de aquí, oh! ¡Volvamos a París!

Él se desprendió y vociferó con voz colérica:

—¡Otra vez con la misma historia!... ¡Eso nunca!, ¿entendido?

—Hazlo por mí —prosiguió ella con vehemencia—. Soy yo quien te lo pide, es a mí a quien complacerás.

—¡Te aburres, pues, aquí!

—Sí, me moriré si nos quedamos... Y además, quiero que tú trabajes, presiento que tu sitio está allí. Sería un crimen enterrarte más.

—¡No, déjame!

Temblaba, París le llamaba en el horizonte, aquel París invernal que se encendía de nuevo. Oía allí el gran esfuerzo de sus amigos, regresaba para que no triunfasen sin él, para volver a ser su jefe de filas, porque ninguno de ellos poseía la fuerza y el orgullo para serlo. Y, en aquella alucinación, en la necesidad que sentía de correr hacia allí, se obstinaba en negarse a ir, por una contradicción involuntaria, que subía del fondo de sus entrañas sin que él mismo se lo explicara. ¿Acaso era el miedo que hace temblar el cuerpo de los más valientes, la sorda lucha de la felicidad contra la fatalidad del destino?

—Escucha —dijo vehementemente Christine—, hago las maletas y te llevo conmigo.

Cinco días después partían para París, tras haberlo embalado todo y enviado por ferrocarril.

Estaba ya Claude en el camino con el pequeño Jacques, cuando Christine se imaginó que olvidaba algo. Regresó sola a la casa, la encontró completamente vacía y se echó a llorar: era una sensación de arrancamiento, algo de ella misma que dejaba allí, sin saber decir el qué. ¡Con qué gusto se habría quedado!, ¡qué ardiente deseo sentía de vivir siempre allí, ella que acababa de exigir aquella marcha, aquella vuelta a la ciudad de las pasiones en la que presentía una rival! Sin embargo, seguía buscando lo que le faltaba, y acabó por coger una rosa, delante de la cocina, una última rosa, congelada de frío. Luego cerró la puerta que daba al jardín desierto.

VII

Cuando volvió a encontrarse en las calles de París, Claude se sintió presa de una fiebre de ruido y de movimiento, de la necesidad de salir, de recorrer la ciudad, de ir a ver a sus compañeros. Apenas despierto, salía a toda prisa, dejaba a Christine instalar sola el estudio que habían alquilado en la rue de Douai, cerca del boulevard de Clichy. Fue así como, dos días después de su vuelta, se presentó a las ocho, a las primeras luces grises y gélidas de una mañana de noviembre, en casa de Mahoudeau, que acababa de levantarse.

Sin embargo, la tienda de la rue du Cherche-Midi, que el escultor seguía ocupando, estaba abierta; y éste, pálido, no despierto del todo, retiraba los postigos tiritando.

—¡Ah, eres tú!... Caramba, se ve que madrugabas en el campo... ¿Qué?, ¿de vuelta?

—Sí, desde anteayer.

—¡Bien!, así nos veremos... Entra, hace un frío que pela esta mañana.

Pero en la tienda Claude tuvo aún más frío que en la calle. Conservó el cuello de su paletó alzado, se metió las manos en el fondo de los bolsillos, estremeciéndose delante de la humedad rezumante de las paredes desnudas, del barro de los montones de arcilla y de los continuos charcos de agua que empapaban el suelo. Un viento de miseria había soplado allí, haciendo desaparecer los anaqueles de los antiguos vaciados, quebrando bancos^[24] y cubetas, recompuestos con unas cuerdas. Era aquél un rincón de cachivaches y de desorden, el cuarto de los trastos de un albañil desocupado. Y, en el cristal de la puerta, sucia de tiza, había, a modo de irrisión, un gran sol radiante, dibujado con los dedos y adornado con un rostro en el centro, cuya boca semicircular estallaba en una risotada.

—Espera —prosiguió Mahoudeau— a que encienda el fuego. Estos malditos estudios se enfrían enseguida con el agua de los paños.

Entonces, al darse la vuelta, Claude vio a Chaîne arrodillado cerca de la estufa mientras terminaba de quitarle la paja a un viejo taburete para encender el carbón. Le dio los buenos días, pero no le sacó más que un sordo gruñido, sin que se dignara levantar la cabeza.

—¿Qué haces en este momento, amigo? —le preguntó al escultor.

—¡Oh, no gran cosa! ¡Ha sido un mal año, peor aún que el último, que no es digno de recuerdo!... Ya sabes que los santos atraviesan por una crisis. Sí, la santidad está de baja; y, qué le vamos a hacer, he tenido que apretarme el cinturón... Mira, esperando mejores tiempos, me veo reducido a esto.

Tras quitarle los paños a un busto, mostró una cara larga, vuelta más larga aún por unas patillas de monstruosas pretensiones y de infinita fealdad.

—Es un abogado de aquí al lado... ¿Qué te parece? ¿Es lo bastante repugnante el

melón ese? ¡Y lo pesado que se pone porque quiere que le arregle la boca!... Pero bien hay que comer, ¿no?

Claro que tenía una idea para el Salón, una figura de pie, una bañista, que acariciaba el agua con el pie, inmersa en esa sensación de frescura que hace estremecerse y vuelve tan adorable la carne femenina; y mostró una maqueta ya cuarteada a Claude, que la observó en silencio, sorprendido y descontento por las concesiones que observaba en ella: un recrearse en lo bonito mediante la exageración constante de las formas, unas ganas naturales de agradar sin renunciar aún demasiado a su idea de lo colosal. Lo único que sentía era que la figura de pie era un engorro. Hacían falta armazones de hierro, que eran muy caros, y un banco que no tenía, y toda una serie de accesorios. Por eso se decidiría sin duda a hacerla echada al borde del agua.

—¿Eh?, ¿qué me dices?... ¿Qué te parece?

—No está mal —respondió finalmente el pintor—. Un poco exagerada en la invención, pese a sus muslos de carnicera; pero imposible juzgarla hasta verla acabada... ¡Y derecha, amigo, derecha, si no se va todo al garete!

La estufa zumbaba, y Chaîne, mudo, se incorporó. Dio unos pasos, entró en la oscura trastienda, donde se encontraba la cama que compartía con Mahoudeau; luego reapareció con el sombrero puesto, más silencioso aún, en un silencio voluntario, inquietante. Sin prisas, con sus gordos dedos de campesino, cogió un trozo de carboncillo y escribió en la pared: «Me voy a por tabaco, vuelve a echar carbón en la estufa». Y salió.

Estupefacto, Claude le había seguido con la vista. Se volvió hacia el otro.

—¿A qué viene eso?

—Ya no nos hablamos, nos escribimos —dijo tan tranquilo el escultor.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace tres meses.

—¿Y dormís juntos?

—Sí.

Claude soltó una gran carcajada. ¡Ah, menudo par de cabezas duras! ¿Y a propósito de qué se habían peleado? Pero Mahoudeau, vejado, la emprendió contra aquel bruto de Chaîne. ¡Una tarde, al volver de improviso, le había sorprendido con Mathilde, la herborista de al lado, los dos en paños menores mientras se zampaban un tarro de confitura! No era por haberle encontrado en paños menores: eso a él le traía sin cuidado; pero lo del tarro de confitura era demasiado. ¡No! ¡Jamás le perdonaría que se hubieran puesto morados de dulce a escondidas cuando él sólo comía pan seco! ¡Qué diablos, se hace como con la mujer, se comparte!

Y el rencor duraba ya desde hacía tres meses, sin ceder ni un momento, sin explicación alguna. Habían organizado su vida reduciendo las relaciones estrictamente necesarias a las cortas frases, escritas con carboncillo en las paredes. Por otra parte, seguían sin tener más que una mujer, igual que no tenían más que una

cama, tras haberse puesto tácitamente de acuerdo sobre el horario de cada cual, saliendo uno cuando llegaba el turno del otro. En la vida, ¡por Dios!, no había necesidad de hablar tanto, pues la gente se entendía igualmente.

Sin embargo, Mahoudeau, que acababa de cargar la estufa, desembuchó todo lo que llevaba acumulado dentro.

—Bien, me creas o no, cuando uno se muere de hambre no resulta desagradable no dirigirse nunca la palabra. Sí, el silencio es embrutecedor, como lo es el cebarse para calmar los retortijones del hambre... ¡Ah, no puedes hacerte una idea de lo aldeano que es en el fondo ese Chaîne! Cuando se gastó el último céntimo, sin llegar a ganar con la pintura la fortuna que esperaba, se metió en el mundo de los negocios, un pequeño negocio que había de permitirle acabar sus estudios. ¡Valiente el muchacho! Te cuento su plan: se hacía mandar aceite de oliva de Saint-Firmin, su pueblo, y luego a callejear se ha dicho, colocaba el aceite en casa de las familias provenzales ricas que están bien situadas en París. Pero, por desgracia, esto no le duró, es demasiado patán el pobre, acabaron echándole a cajas destempladas de todas partes... Entonces, amigo, como le queda una jarra de aceite que no quiere nadie, palabra, de ella vivimos. Sí, los días que tenemos pan, lo mojamos dentro.

Y le enseñó la jarra, en un rincón de la tienda. Como había rezumado el aceite, la pared y el suelo estaban negros de grandes manchas grasientas.

Claude dejó de reír. ¡Ah, qué desalentadora era toda aquella miseria! ¿Cómo guardar rencor a quienes la padecen? Se paseaba por el estudio ya sin enfadarse por las maquetas prostituidas por las concesiones, hasta toleraba el espantoso busto. Y así fue a parar ante una copia que Chaîne había hecho, en el Louvre, de un Mantegna, reproducido con una precisión de detalle extraordinaria.

—El muy inútil —murmuró— casi lo consigue, nunca ha hecho nada mejor... Tal vez sólo ha cometido el error de haber nacido cuatro siglos demasiado tarde.

Luego, como apretaba el calor, se quitó su paletó añadiendo:

—Mucho tarda en volver de comprar su tabaco.

—¡Oh!, su tabaco, ya me lo conozco —dijo Mahoudeau, que se había puesto a trabajar en su busto retocando las patillas—. Su tabaco lo tiene al otro lado de la pared... Cuando me ve ocupado, se larga a ver a Mathilde, cualquiera diría que cree robarme mi parte. ¡El muy idiota, vamos!

—¿Así que todavía duran los amores con ella?

—¡Sí, por simple costumbre! ¡Ella u otra! Y además, es ella la que vuelve... ¡Ah, santo Dios, estoy hasta la coronilla de ella!

Por lo demás, hablaba de Mathilde sin ira, limitándose a decir que debía de estar enferma. Desde la muerte de Jabouille, se había vuelto nuevamente devota, cosa que no le impedía escandalizar al barrio. Pero, no obstante las contadas señoras piadosas que seguían comprando en su tienda objetos delicados e íntimos para evitar a su pudor el embarazo inicial de pedirlos en otra parte, la herboristería iba de capa caída, la ruina parecía inminente. Una tarde, la Compañía del Gas le había precintado el

contador por falta de pago, por lo que ella había ido a pedir prestado a sus vecinos un poco de aceite de oliva, que, por otra parte, se había negado a arder en las lámparas. Ya no pagaba a nadie y, para evitarse el gasto de un operario, le confiaba a Chaîne la reparación de los inyectores y de las jeringas que las devotas le traían con gran disimulo envueltos en unos periódicos. Se llegaba hasta a afirmar, en la taberna de enfrente, que revendía a unos conventos cánulas ya utilizadas. En fin, era un desastre, la tienda misteriosa, con sus fugaces sombras de sotanas, sus secretes de confesionario, aquel permanente olor a incienso de sacristía, todo aquel movimiento de pequeños cuidados de los que no podía hablarse en voz alta caía en un abandono ruinoso. Y llegaba a tal punto la miseria que las hierbas secas del techo rebosaban de telarañas y las sanguijuelas, reventadas, ya verdes, flotaban en las vasijas de vidrio.

—¡Mira, ahí le tienes! —prosiguió el escultor—. Vas a verla llegar detrás de él.

Y en efecto, Chaîne estaba de vuelta. Se sacó con afectación una petaca, cargó su pipa y se puso a fumar delante de la estufa con redoblado silencio, como si no hubiera nadie allí. E inmediatamente apareció Mathilde, como vecina que viene a dar los buenos días. Claude la encontró más flaca aún, la cara cubierta de manchas de sangre subcutáneas, con sus ojos de fuego, su boca ensanchada por la pérdida de otros dos dientes. Los olores aromáticos que siempre traía consigo en los cabellos despeinados parecían haberse enranciado; ya no era la dulzura de la manzanilla, la frescura de los anises; llenó la estancia de aquella menta piperina, que parecía ser su propio aliento, pero pasada, como estropeada por la carne marchita que la exhalaba.

—¡Ya trabajando! —exclamó—. Buenos días, pichoncito.

Sin preocuparse por Claude, besó a Mahoudeau. Luego fue a dar un apretón de manos al primero con ese impudor, esa manera de echar el vientre hacia delante que la hacía ofrecerse a todos los hombres. Y continuó:

—¿Sabe?, he encontrado una caja de malvavisco, y nos la vamos a zampar para desayunar... ¿Eh?, ¿está bien repartir!

—Gracias —dijo el escultor—, me empalaga, prefiero fumar en pipa.

Y, al ver a Claude volver a ponerse el paletó, añadió:

—¿Te vas?

—Sí, tengo prisa por estirar las piernas, respirar un poco el aire de París.

Sin embargo, se entretuvo aún unos minutos mirando a Chaîne y a Mathilde que se ponían morados de malvavisco, tomando cada uno su trozo, uno tras otro. Y, aunque no le venía de nuevas, no por ello dejó de asombrarse otra vez cuando vio a Mahoudeau coger el carboncillo y escribir en la pared: *Dame el tabaco que te has guardado en el bolsillo.*

Sin decir una palabra, Chaîne sacó la petaca, se la alargó al escultor, que cargó su pipa.

—Entonces, ¿hasta pronto?

—Sí, hasta pronto... En cualquier caso, hasta el próximo jueves en casa de Sandoz.

Ya fuera, Claude soltó una exclamación al tropezar con un señor que estaba plantado delante de la herboristería, muy ocupado en escrutar el interior de la tienda, entre los vendajes maculados y polvorientos del escaparate.

—¡Caramba, si es Jory!, ¿qué haces tú aquí?

La sonrosada narizota de Jory pasmado se agitó.

—Yo, nada... Pasaba y estaba mirando...

Optó por reír, bajó la voz para preguntar, como si pudieran oírle:

—Está en casa de los amigos, al lado, ¿no?... ¡Bien, larguémonos rápido! Otro día será.

Y, llevándose al pintor, le informó acerca de determinadas abominaciones. Actualmente toda la cuadrilla se pasaba por casa de Mathilde; la cosa había corrido de boca en boca y desfilaban por allí cada uno por turno, varios incluso a la vez, cuando lo encontraban más excitante; y ocurrían verdaderos horrores, cosas asombrosas que le contó al oído mientras le hacía pararse en la acera, en medio de los empujones del gentío. ¿Qué? ¡Los romanos redivivos! ¡Se figuraba el cuadro, detrás de la muralla de vendajes y lavativas, debajo de las flores de tisana que llovían del techo! Una tienda muy distinguida, una orgía de curas, con aquella peste a perfumista de mala nota, instalada en el recogimiento de una capilla.

—Pero —dijo Claude entre risas— tú decías que esta mujer era espantosa.

Jory hizo un gesto de traerle sin cuidado.

—¡Oh, para lo que hay que hacer con ella!... Yo vengo esta mañana de la Gare de l'Ouest, donde he acompañado a una persona. Y ha sido al pasar por la calle que se me ha ocurrido aprovechar la ocasión... Comprenderás que uno no se molesta en venir expresamente.

Daba estas explicaciones con aire incómodo. Luego, la franqueza de su vicio le arrancó de pronto este grito de verdad, a él que mentía siempre:

—Y, ¡jelines!, por otra parte me parece extraordinaria, por si quieres saberlo... ¡No será guapa, pero embrujadora sí que lo es! En fin, una de esas mujeres que uno aparenta coger con pinzas, pero por las que pierde la cabeza.

Sólo entonces se asombró de ver a Claude en París, y cuando estuvo al corriente y supo que se había instalado de nuevo allí, prosiguió de improviso:

—¡Oye, pues! Te secuestro, te vendrás a comer conmigo a casa de Irma.

El pintor, intimidado, rehusó con un ademán violento, pretextando que no llevaba siquiera levita.

—¿Y eso qué importa? Al contrario, así será más divertido, ella estará encantada... Creo que le has entrado por el ojo, nos habla siempre de ti... Vamos, no seas tonto, te digo que ella me espera esta mañana y que seremos recibidos como unos príncipes.

Ya no le soltaba el brazo, y los dos continuaron subiendo hacia la Madeleine mientras charlaban. De ordinario, Jory era muy reservado con sus amores, como los borrachos callan que beben. Pero aquella mañana estaba salido de madre, bromeó

sobre sí mismo y confesó algunas historias. Había roto hacía tiempo con la cantante de café-concert que se había traído de su pequeña ciudad, la que le desollaba la cara a arañazos. Y desde principios hasta final de año había pasado por su vida todo un desfile de mujeres, las más extravagantes, las más insospechadas: la cocinera de una casa burguesa donde cenaba; la esposa legítima de un municipal, cuyas horas de guardia había que controlar; la joven empleada de un dentista, que ganaba sesenta francos mensuales por dejarse adormecer y luego despertar delante de cada cliente con objeto de inspirarle confianza; otras, y otras más, muchachas anónimas de los bailes de candil, señoras respetables en busca de aventuras, las lavanderas que le traían la ropa limpia, las asistentes que daban la vuelta a sus colchones, es decir, todas las que lo tenían a bien, la calle entera con sus azares, sus encuentros fortuitos, lo que se ofrece y lo que se pilla; y todo a la buena de Dios, las bonitas, las feas, las jóvenes, las viejas, sin ninguna selección, por la mera satisfacción de su gran apetito de macho, sacrificando la calidad a la cantidad. Todas las noches, al volver solo a casa, el terror a su fría cama le empujaba a la caza, a recorrer las aceras hasta las horas en que se perpetran crímenes y no iba a acostarse hasta después de haber pescado a alguna, tan miope, por otra parte, que se exponía a lamentables chascos: contó que una mañana, al despertar, se había encontrado en su almohada la blanca cabeza de una pordiosera de sesenta años, que, con las prisas, había creído rubia.

Estaba, por lo demás, encantado de la vida, pues sus asuntos marchaban viento en popa. Su avaro padre le había cortado de nuevo el suministro, maldiciéndole por empeñarse en llevar una vida de depravado; pero ahora le traía sin cuidado. Ganaba siete u ocho mil francos en el periodismo, donde se hacía un hueco como cronista y crítico de arte. Estaban ya lejos los escandalosos tiempos de *Le Tambour*, los artículos a un luis; formaba parte y colaboraba en dos periódicos muy leídos; y, aunque quedaba en el fondo de él el gozador escéptico, el adorador del éxito a pesar de todo, adquiriría cierta notoriedad burguesa y empezaba a dictar leyes. Todos los meses, atormentado por su avaricia hereditaria, colocaba ya su dinero en ínfimas especulaciones, que sólo conocía él; pues nunca sus vicios le habían costado menos, no pagaba, los días de mayor esplendidez, más que una taza de chocolate a las mujeres de las que había quedado muy satisfecho.

Cuando llegaban a la rue de Moscou, Claude preguntó:

—Entonces, ¿eres tú quien mantiene a la pequeña Bécot?

—¡Yo! —exclamó Jory, sublevado—. Pero, amigo mío, si ella paga un alquiler de veinte mil francos y ya habla de hacerse construir un palacete que costará quinientos mil... No, no, yo como y ceno a veces en su casa, ya es bastante.

—¿Y también te acuestas con ella?

Se echó a reír, sin responder directamente.

—¡Tonto que eres!, se acuesta con todos. Vamos, ya hemos llegado, date prisa en entrar.

Pero Claude se resistía aún. Su mujer le esperaba para comer, no podía. Y fue

preciso que Jory llamara y luego le empujara dentro del vestíbulo repitiendo que eso no era una excusa, que mandarían al ayuda de cámara a avisar a la rue de Douai. Se abrió una puerta y se encontraron delante a Irma Bécot, que exclamó, cuando vio al pintor.

—Pero ¡cómo! ¡Es usted, ser insociable!

Y al punto le hizo acomodarse a sus anchas, recibéndole como a un viejo amigo, y él vio, en efecto, que ella no reparaba siquiera en su viejo paletó. Estaba asombrado, porque apenas si la reconocía. En cuatro años era otra, la cabeza peinada con un arte de actriz de comedia, el rizado de los cabellos que hacía más pequeña su frente, la cara más alargada, gracias indudablemente a un esfuerzo de voluntad, había pasado de rubia pálida que era a un pelirrojo encendido, de suerte que de la golfilla de otro tiempo había surgido una cortesana de Tiziano. Tal como ella misma decía a veces en sus horas de abandono: ésa era su careta para los tontos. El palacete, más bien pequeño, tenía, pese a todo su lujo, sus pegas. Lo que llamó la atención al pintor fueron algunos buenos cuadros que colgaban de las paredes, un Courbet, y sobre todo un boceto de Delacroix. ¿Así que aquella muchacha no era una tontaina, a pesar de un gato de bizcocho coloreado, espantoso, que descansaba sobre una consola del salón?

Cuando Jory habló de mandar al ayuda de cámara a avisar a casa de su amigo, ella exclamó, llena de sorpresa:

—Pero ¡cómo! ¿Está usted casado?

—Sí —se limitó a responder Claude.

Ella miró a Jory, que sonreía, comprendió y añadió:

—¡Ah!, está amancebado... ¡Y pensar que me decían que sentía usted horror por las mujeres!... ¡Sepa que me siento muy vejada, yo que le di miedo, recuerde! ¿Eh?, ¿tan fea me encuentra que sigue echándose todavía atrás?

Había tomado con sus dos manos las suyas, y adelantaba la cara, sonriente y verdaderamente herida en el fondo, mientras le miraba de muy cerca a los ojos con la indudable voluntad de gustarle. Él sintió un leve estremecimiento ante aquel cálido aliento de mujerzuela en su barba que ella le soltaba al tiempo que le decía:

—En fin, ya hablaremos de eso.

Fue el cochero quien se dirigió a la rue de Douai a llevar una carta de Claude, pues el ayuda de cámara había abierto la puerta del comedor para anunciar que la señora tenía la mesa puesta. La comida, muy refinada, se desarrolló correctamente ante la fría mirada del criado: hablaron de los grandes trabajos que trastornaban París, a continuación se charló del precio de los terrenos, así como de los burgueses que tenían dinero para invertir. Pero, a los postres, cuando estuvieron los tres solos delante del café y de los licores, que habían decidido tomar allí, sin levantarse de la mesa, se fueron animando poco a poco, se olvidaron del presente, como si se hubieran encontrado de nuevo en el café Baudequin.

—¡Ah!, amigos míos —dijo Irma—, ¡no hay nada mejor que divertirse juntos y reírse del mundo!

Liaba cigarrillos, acababa de coger la botella de chartreuse que estaba cerca, y la fue vaciando, muy coloradota, con los cabellos sueltos, recobrando su gracia canalla de mujer que hace la calle.

—Así que —continuó Jory, que se estaba disculpando por no haberle enviado aquella mañana un libro que ella quería—, así que iba a comprarlo, ayer por la noche, a eso de las diez, cuando me encontré con Fagerolles...

—Mientes —dijo ella interrumpiéndole con voz tajante.

Y, para cortar toda protesta, añadió:

—Fagerolles estaba aquí, por lo que puedes ver que mientes.

Luego se volvió hacia Claude:

—¡No, es repugnante, no se puede hacer una idea de lo mentiroso que es!... Miente como una mujer, por el simple gusto de hacerlo, por lubricidades sin importancia. En el fondo, su historia no consiste más que en una cosa: en no soltar tres francos para comprarme ese libro. Cada vez que ha tenido que mandarme un ramo de flores, o le ha pasado un coche por encima o no había flores en todo París. ¡Ah, a éste hay que quererle por su cara bonita!

Jory, sin molestarse, echaba atrás su silla, se balanceaba chupando su cigarro. Le limitó a decir con una risa sarcástica:

—Ya que has reanudado tus lazos con Fagerolles...

—¡Yo no he reanudado nada! —exclamó ella, furiosa—. Y además, ¿es algo que te incumba...? ¡Me trae sin cuidado tu Fagerolles!, ¿entendido? Bien sabe él que no es posible enfadarse conmigo. ¡Oh!, nos conocíamos los dos y crecimos en la misma grieta de albañal... Mira, cuando se me antoje, sólo con hacer así con el meñique lo tendré aquí lamiéndome los pies... ¡Me lleva en la sangre tu Fagerolles!

Como ella se animaba, él creyó prudente batirse en retirada.

—Mi Fagerolles —murmuró—, mi Fagerolles...

—¡Sí, tu Fagerolles! ¿Acaso te crees que no os veo, él pasándote siempre la mano por el lomo porque espera algún artículo y tú que te haces el condescendiente calculando el beneficio que te reportará apoyar a un artista querido del público?

Jory, esta vez, balbució, muy molesto en presencia de Claude. No se defendió, por lo demás, prefirió tomarse la disputa a broma. ¿Eh?, ¿no era divertido cuando ella se encendía así, mirando de reojo con cara de vicio y torciendo el gesto por la bronca?

—Sólo que así, querida mía, estropeas tu Tiziano.

Ella se echó a reír, desarmada.

Claude, lleno de bienestar, se iba tomando copitas de coñac sin darse cuenta. Después de dos horas de estar allí se notaba la borrachera, esa borrachera alucinante de los licores, en medio del humo del tabaco. Ahora hablaban de otra cosa, de los altos precios que empezaba a alcanzar la pintura. Irma, que ya no hablaba, conservaba una colilla apagada de cigarrillo en los labios, con los ojos fijos en el pintor. Y le preguntó de pronto, tuteándole como en sueños:

—¿De dónde has sacado a tu mujer?

Lo cual no pareció sorprenderle, perdido ya a la deriva en sus pensamientos.

—Acababa de llegar de provincias y estaba en casa de una señora, y honrada, por cierto.

—¿Bonita?

—Pues sí, bonita.

Por un momento, Irma volvió a sumirse en su ensueño; luego, con una sonrisa, agregó:

—¡Caramba, qué suerte! ¡Ya no quedaban y han hecho una para ti!

Pero ella volvió a la realidad y exclamó levantándose de la mesa:

—Pronto serán las tres... ¡Ah!, queridos, os echo. Sí, tengo una cita con un arquitecto, voy a ver un terreno cerca del parque Monceau, ¿sabéis?, en ese nuevo barrio en el que se está construyendo. He olfateado una buena oportunidad allí.

Habían vuelto al salón, ella se detuvo delante de un espejo, disgustada de verse tan colorada.

—¿Es por ese palacete, no? —preguntó Jory—. ¿Has encontrado, pues, el dinero?

Echándose los cabellos sobre la frente parecía borrar con la mano la sangre de sus mejillas y alargaba el óvalo de su rostro, se rehacía su cabeza de cortesana pelirroja, de un encanto inteligente de obra de arte; y, volviéndose, le espetó por toda respuesta:

—¡Mira! ¡Aquí tienes de nuevo mi Tiziano!

Ya, entre risas, les empujaba hacia el vestíbulo, donde volvió a coger las dos manos de Claude, sin decir nada, clavándole de nuevo su mirada de deseo en el fondo de los ojos. Ya en la calle, él sintió un cierto malestar. El aire frío le despejaba la borrachera, un remordimiento le torturaba ahora, de haber hablado de Christine a esa mujerzuela. Y se juró que no volvería a poner más los pies en su casa.

—¿Eh?, ¿qué te ha parecido? Una buena chica —dijo Jory encendiéndose un cigarro que había cogido de la caja antes de salir—. ¿Sabes?, por otra parte, eso no compromete a nada: uno come, cena, se acuesta; y buenos días, buenas noches, y cada cual a lo suyo.

Pero una especie de vergüenza impedía a Claude volver a su casa enseguida, y cuando su compañero, excitado por el almuerzo, con ganas de pasear, habló de subir a darle un apretón de manos a Bongrand, le pareció una excelente idea, y los dos se encaminaron hacia el boulevard de Clichy.

Desde hacía veinte años Bongrand ocupaba allí un amplio estudio, sin ninguna concesión al gusto del momento, esa magnificencia de colgaduras y de chucherías de que empezaban a rodearse los jóvenes pintores. Era el antiguo estudio desnudo y gris, decorado únicamente con bocetos del maestro, colgados sin marco, muy juntos como los exvotos de una capilla. Su único lujo consistía en una psiqué Imperio, un amplio armario normando, dos butacas de terciopelo de Utrecht, raídas por el uso. En un rincón, una piel de oso, que había perdido todo su pelaje, recubría un ancho diván. Pero el artista conservaba, de su juventud romántica, la costumbre de llevar un traje de trabajo especial, y recibió a sus visitantes con unos holgados calzones, en bata

ceñida con un cingulo y la cabeza tocada con un casquete de eclesiástico.

Él mismo había ido a abrir, con la paleta y los pinceles en la mano.

—¡Ah, ustedes por aquí!, ¡una buena idea!... Precisamente pensaba en usted, querido. Sí, ya no sé quién me había anunciado su vuelta, y me decía que no tardaría mucho en verle.

Su mano libre había estrechado primero la de Claude en un impulso de vivo afecto. A continuación lo hizo con la de Jory, añadiendo:

—¿Y qué es de usted, joven pontífice? He leído su último artículo, le doy las gracias por las palabras amables que me dedica... ¡Entren, entren los dos! No me molestan, pues aprovecho la jornada hasta el último minuto, ya que estos malditos días de noviembre no alcanzan para hacer nada.

Se había puesto de nuevo al trabajo, de pie delante de un caballete donde se encontraba una pequeña tela, dos mujeres, la madre y la hija cosiendo en el vano de una ventana soleada. Detrás de él, los jóvenes miraban.

—Es exquisito —acabó por susurrar Claude.

Bongrand se encogió de hombros, sin volverse.

—Bah, una pequeña tontería. En algo hemos de ocuparnos, ¿no?... Es un tema tomado del natural, en casa de unas amigas, y le doy unos pocos retoques.

—Pero si no le falta nada, es una joya de verdad y de luz —prosiguió Claude, que se entusiasmaba—. ¡Ah, la sencillez de esto, mire, la sencillez es lo que me seduce!

De repente, el pintor retrocedió, aguzó la vista con un aire lleno de sorpresa.

—¿Usted cree?, ¿le gusta de veras?... Pues bien, al entrar ustedes, estaba juzgando esta tela infecta... ¡Les doy mi palabra!, lo veía todo negro, estaba convencido de que no me quedaba ni pizca de talento.

Le temblaban las manos y su entero corpachón se hallaba bajo el estremecimiento doloroso de la creación. Se desembarazó de su paleta y volvió a donde estaban ellos, con gestos que azotaban el aire; y aquel artista envejecido en medio del éxito, que tenía un lugar asegurado en la escuela francesa, les dijo a voz en grito:

—Les extrañará lo que les digo, pero hay días que me pregunto si voy a saber dibujar una nariz... Sí, con cada uno de mis cuadros siento una gran emoción de principiante, el corazón que me palpita, una angustia que seca la boca, en fin, un nerviosismo espantoso. ¡Ah!, el nerviosismo, jóvenes, creen conocerlo, y ni por asomo saben lo que es, porque, ¡Dios mío!, si ustedes fracasan en una obra, siempre están a tiempo de esforzarse en hacer otra mejor, nadie les abrumba, mientras que nosotros, los viejos, nosotros que hemos dado la medida de nuestro talento, estamos obligados a seguir siendo como mínimo iguales a nosotros mismos, si no a progresar, imposible aflojar si no queremos ir a parar a la fosa común... ¡Ea, pues, hombre célebre, gran artista, estrújate los sesos, hazte mala sangre para subir más alto, siempre más alto, siempre más alto; y si una vez en la cumbre consigues moverte, puedes considerarte dichoso, emplea tus pies para moverte el mayor tiempo posible; y, si notas que declinas, acaba de destruirte, revolcándote en la agonía de tu talento

inactual, en el olvido en que han caído tus obras inmortales, anulado por tu esfuerzo impotente de seguir creando!

Su vozarrón se había hinchado en un estallido final como de trueno; y su gorda cara encarnada expresaba angustia. Se puso a dar unos pasos y continuó, como arrastrado a su pesar por un paroxismo de vehemencia:

—Ya les he dicho veinte veces que uno empieza siempre, que la alegría no consiste en haber llegado a lo más alto, sino en subir, en experimentar todavía la alegría de la escalada. Sólo que ustedes no lo comprenden, no pueden comprenderlo, uno mismo debe pasar por ello... ¡Sueñen, pues! Uno lo espera todo, tiene los más grandes sueños. Es la hora de las ilusiones sin límites: como se tienen muy buenas piernas, los más duros caminos parecen cortos; le devora a uno tal apetito de gloria que los primeros pequeños éxitos saben deliciosamente. ¡Qué festín cuando se va a poder saciar la propia ambición! ¡Y casi ya estamos en la cima y nos desollamos con alegría! Luego se consigue, se conquista la cumbre, uno trata de mantenerse allí. Es entonces cuando comienza el infierno, la ebriedad se ha pasado, en el fondo nos parece breve, amarga, que no vale el precio de la lucha que nos ha costado. Ya nada desconocido que conocer ni sensaciones que experimentar. El orgullo ha tenido su ración de notoriedad, todos saben que hemos dado grandes obras, nos asombramos de que no nos hayan procurado más vivos goces. A partir de ese momento, el horizonte se vacía, sin nuevas esperanzas que nos atraigan, no queda sino morir. Y, sin embargo, uno se aferra, se niega a estar acabado, se empecina en la creación como los ancianos en el amor, penosa, vergonzosamente... ¡Ah, debería tener uno el valor y el amor propio de estrangularse delante de su última obra maestra!

Parecía haberse agigantado mientras hacía vibrar el alto techo del estudio, sacudido por tan fortísima emoción que asomaron unas lágrimas en sus ojos. Y fue a dejarse caer en una silla, enfrente de su tela; luego preguntó con el aire inquieto de un alumno que tiene necesidad de que le alienten:

—Entonces, de veras, ¿les parece bien?... Yo no me atrevo ya a creerlo. Mi desgracia debe de ser que tengo a un tiempo demasiado y no el suficiente sentido crítico. Apenas me pongo a hacer un estudio preparatorio, lo pongo por las nubes; luego, si no me sale, me torturo. Más valdría no ver nada en absoluto, como ese bruto de Chambouvard, o bien ver muy lúcidamente y ya no pintar... Francamente, ¿les gusta esta pequeña tela?

Claude y Jory permanecían inmóviles, asombrados, incómodos delante de aquel dolorosísimo sollozar a la hora del parto. ¿En qué momento de crisis habían llegado para que aquel maestro gritase de sufrimiento consultándoles como amigos? Y lo peor era que no habían podido disimular cierta duda ante los grandes ojos ardientes con que les suplicaba, unos ojos en los que se leía el secreto miedo de su decadencia. Conocían perfectamente el rumor creciente, compartían la opinión de que el pintor, desde la *Boda campestre*, no había hecho nada tan valioso como aquel famoso cuadro. Es más, tras haberse mantenido con algunas telas en aquel nivel, se deslizaba

ahora a una factura más artificiosa y limpia. El brillo desaparecía, cada obra parecía decaer. Pero eran cosas que no podían decirse, y Claude, una vez que se hubo recuperado, exclamó:

—¡No ha pintado usted nunca nada con tanta fuerza!

Bongrand le miró de nuevo, directamente a los ojos. Luego se volvió hacia su obra, se quedó absorto en ella, hizo un gesto con sus dos brazos hercúleos, como si hubiera hecho crujir sus huesos, para levantar aquella pequeña tela, tan ligera. Y murmuró hablando consigo mismo:

—¡Vive Dios!, ¡cuánto pesa! ¡No importa, me dejaré la piel en el intento antes de desistir!

Volvió a coger su paleta, y desde la primera pincelada se calmó, arqueando sus hombros de hombre fornido, con su ancha nuca, en la que la reciedumbre del campesino persistía mezclada con el refinamiento burgués del que era resultado.

Se había hecho el silencio. Jory, sin apartar los ojos del cuadro, preguntó:

—¿Está vendido?

El pintor hizo un gesto vago de excusa.

—No... Me siento paralizado cuando tengo encima a un marchante.

Y, sin dejar de trabajar, continuó, pero ahora guasón:

—¡Ah!, ¡hoy se empieza a hacer negocio con la pintura!... Realmente es algo que no lo había visto nunca, yo que empiezo a peinar canas... ¡Por eso usted, amable periodista, les ha echado unas flores a los jóvenes en ese artículo en el que me menciona! Figuraban en él dos o tres jovencitos que francamente tenían talento.

Jory rompió a reír.

—¡Por Dios!, cuando se tiene un periódico es para utilizarlo. Y, además, al público es lo que le gusta, que se le descubra a grandes hombres.

—Sin duda, la necedad del público es infinita, y me parece bien que la explote usted... Sólo que me acuerdo de los comienzos de los de mi generación, teníamos por delante diez años de trabajo y de lucha antes de poder exigir tanto de la pintura... Mientras que, ahora, el primer chisgarabís que es capaz de esbozar una figura hace sonar todas las trompetas de la publicidad. ¡Y qué publicidad! Un ruido tremendo de una punta a otra de Francia, famas repentinas que nacen de la noche a la mañana y que estallan como truenos en medio de la población embobada. ¡Para no hablar de las obras, esas pobres obras anunciadas con salvas de artillería, esperadas en medio de un delirio de impaciencia, haciendo rabiar a París durante ocho días, para caer luego en un olvido eterno!

—Está usted enjuiciando a la prensa de información —declaró Jory, que había ido a tumbarse en el diván, encendiéndose un nuevo cigarro—. Se puede hablar bien y mal de ella, pero hay que estar con los tiempos, ¡qué diablos!

Bongrand meneaba la cabeza; y repuso en un ataque de gran hilaridad:

—¡No!, ¡no!, uno no puede hacer el menor mamarracho sin dejar de convertirte en un joven maestro... ¡Si supieran ustedes lo que me divierten sus jóvenes maestros!

Pero, como si se hubiera producido en él una asociación de ideas, se apaciguó, se volvió hacia Claude para hacerle esta pregunta:

—Por cierto, ¿ha visto usted el cuadro de Fagerolles?

—Sí —respondió simplemente el joven.

Los dos continuaban mirándose, una sonrisa irresistible había asomado a sus labios, y Bongrand añadió al fin:

—¡Otro que le imita a usted!

Jory, presa de la incomodidad, había bajado los ojos preguntándose si debía defender a Fagerolles. Sin duda le pareció provechoso hacerlo, pues elogió el cuadro, esa actriz en su camerino, una reproducción del cual tenía por aquel entonces un gran éxito en los escaparates. ¿Acaso no era moderno el tema? ¿No estaba bellamente pintado, dentro de la gama clara de la nueva escuela? Tal vez hubiera sido deseable un poco más de fuerza, pero había que dejar a cada cual su propio estilo y, además, ni el encanto ni la distinción eran cosas de desdeñar.

Inclinado sobre su tela, Bongrand, que de ordinario no prodigaba más que elogios paternales a los jóvenes, temblaba, hacía un evidente esfuerzo por no estallar. Pero la explosión se produjo a su pesar.

—¡Déjenos usted en paz, eh, con su Fagerolles! ¡Nos cree usted más tontos de lo que somos!... Mire, vea al gran pintor aquí presente. ¡Sí, este joven caballero que tiene delante de usted! Pues bien, ¡todo el secreto consiste en robarle su originalidad y adaptarla a la salsa insulsa de la Escuela de Bellas Artes! ¡Perfecto! Se toma algo moderno, se pinta con colores claros, pero conservando el dibujo banal y correcto, la composición agradable de todo el mundo, en fin, la fórmula que allí se enseña para deleite de los burgueses. Y se ahoga todo eso en facilonería, ¡oh!, esa facilonería de mano execrable, que esculpiría igual de bien unas nueces de coco, esa facilonería meliflua y complaciente que determina el éxito y que debería ser castigada con pena de cárcel, ¿entendido?

Blandía en el aire su paleta y sus pinceles con los dos puños cerrados.

—Es usted severo —dijo Claude, molesto—. Fagerolles posee dotes de finura.

—Me han contado —murmuró Jory— que acaba de firmar un contrato muy desventajoso con Naudet.

Este nombre, soltado así en la conversación, aplacó nuevamente a Bongrand, quien, balanceando los hombros, dijo:

—Ah, Naudet..., Naudet...

Y les divirtió mucho con el tal Naudet, a quien conocía bien. Era éste un marchante que, desde hacía algunos años, revolucionaba el mercado de la pintura. Ya no se trataba del viejo sistema, la pringosa levita y el gusto tan fino de Malgras, las telas de los principiantes acechadas, compradas a diez francos para revenderlas a quince, toda aquella rutina de entendido, que torcía el gesto delante de la obra codiciada para despreciarla cuando en el fondo le encantaba, ganándose su modesta vida a base de renovar rápidamente su escaso capital en prudentes operaciones. No, el

famoso Naudet tenía modales de caballero, llevaba chaqué de fantasía, un brillante en la corbata, iba engominado, lustrado, acharolado; un gran tren de vida, por otra parte, coche por meses, butaca en la Ópera, mesa reservada en Bignon^[25], frecuentando todos los lugares donde era decente mostrarse. Por lo demás, un especulador, un bolsista, a quien le traía sin cuidado la buena pintura. Lo único que aportaba era el olfato del éxito, adivinaba al artista que había que dar a conocer, no al que prometía el genio discutido de un gran pintor, sino aquél cuyo talento falaz, hinchado de falsas osadías, iba a dar beneficios en el mercado burgués. Y así desequilibraba el mercado, relegando al antiguo aficionado con gusto y no tratando más que con el aficionado rico, que no entiende de arte, que compra un cuadro como si fuera un valor de Bolsa, por simple vanidad o esperando que suba de precio.

Y entonces, Bongrand, muy bromista de suyo, con un viejo fondo de comediante, se puso a representar la escena. Naudet llega a casa de Fagerolles. «Tiene usted genio, amigo. ¡Ah!, su cuadro del otro día está vendido. ¿Cuánto?». «Quinientos francos». «Pero ¡está usted loco! Si valía mil doscientos. Y ése que le queda, ¿cuánto?». «¡Santo Dios!, ¡qué sé yo, pongamos mil doscientos!». «Pero ¡qué dice, mil doscientos! ¿Es que no me entiende usted, amigo? ¡Vale mil doscientos! Me lo quedo por dos mil. ¡Y, a partir de hoy, trabajará usted sólo para mí, Naudet! Adiós, adiós, amigo, no se desviva demasiado, su porvenir corre de mi cuenta, está hecho». Y he aquí que se va, se lleva el cuadro en su coche, lo pasea por las casas de sus aficionados, entre los que ha hecho correr la noticia de que acababa de descubrir a un pintor extraordinario. Uno de ellos acaba picando y pide precio. «Cinco mil». «¡Cómo que cinco mil! ¡Pero si es el cuadro de un desconocido, me toma usted el pelo!». «Oiga, le propongo un negocio: yo se lo vendo por cinco mil y le firmo el compromiso de recuperarlo a seis mil dentro de un año si deja de gustarle». De golpe, el aficionado se siente tentado: ¿qué arriesga? En el fondo es una buena inversión, y compra. Entonces Naudet no pierde el tiempo, coloca así de nueve a diez al año. La vanidad se mezcla con la esperanza de obtener una ganancia, los precios suben, se establece una cotización, de modo que, cuando vuelve a casa de su aficionado, éste, en vez de devolver el cuadro, lo que hace es pagar ocho mil por otro. ¡Y continúa el alza, y así la pintura pasa a ser nada más que un sórdido mercadeo, una mina de oro en los cerros de Montmartre descubierta por los banqueros, donde se pugna a golpes de billete de banco!

Claude estaba indignado y a Jory le parecía aquello muy exagerado, cuando llamaron a la puerta. Bongrand, que fue a abrir, soltó una exclamación:

—¡Vaya, Naudet!... Justamente estábamos hablando de usted.

Naudet, correctísimo, sin una sola salpicadura de barro, pese al tiempo de perros que hacía, entró y se puso a saludar con la urbanidad circunspecta de un hombre de mundo que entra en una iglesia.

—Me alegro y me siento muy halagado, querido maestro... Y estoy seguro que no hablaban ustedes sino bien de mí.

—¡En absoluto, Naudet, en absoluto! —prosiguió Bongrand con un tono de voz tranquilo—. Hablábamos de que su manera de explotar la pintura nos traerá una generación de pintores poco serios, además de hombres de negocios deshonestos.

Sin inmutarse, Naudet sonreía.

—¡Duras pero encantadoras palabras! Vamos, vamos, querido maestro, nada que venga de usted me ofende.

Y, quedándose extasiado delante del cuadro de las dos mujeres cosiendo, añadió:

—¡Ah, Dios mío! ¡No conocía esto, pero si es una maravilla!... ¡Ah, qué luz, qué factura más sólida y libre! ¡Hay que remontarse a Rembrandt, sí, a Rembrandt!... Oiga, querido maestro, no venía más que para presentarle mis respetos, pero bien veo que ha sido mi buena estrella la que me ha traído hasta aquí. Hagamos finalmente un negocio, cédame esta joya... Le daré todo lo que usted quiera, le cubriré de oro.

Se veía la espalda de Bongrand irritarse a cada frase. Le interrumpió rudamente.

—Demasiado tarde, está vendido.

—¡Vendido, Dios mío! ¿Y no puede desdecirse? Dígame al menos a quién, ya me encargo yo de todo, daré lo que sea... ¡Ah, qué frustración!, vendido, ¿está seguro? ¿Y si le ofrecieran el doble?

—¡Está vendido, Naudet, y punto!

Con todo, el marchante siguió lamentándose. Se quedó algunos minutos más, pasmado delante de otros bocetos, dio la vuelta al estudio con la mirada aguda de un apostante que busca su oportunidad. Cuando comprendió que era un mal momento y que no sacaría nada, se marchó saludando con aire de gratitud y exclamaciones de admiración hasta en el rellano.

Una vez que hubo salido, Jory, que había escuchado con sorpresa, se permitió hacer una pregunta.

—Pero ¿no había dicho, me parece...? No está vendido, ¿verdad?

Bongrand, sin responder enseguida, volvió delante de la tela. Luego, con su voz tonante, poniendo en aquel grito todo su secreto sufrimiento, toda la lucha incipiente que no confesaba, dijo:

—¡Me carga! ¡Nunca tendrá nada mío!... ¡Que le compre a Fagerolles!

Un cuarto de hora más tarde, Claude y Jory también se despidieron y le dejaron trabajando, encarnizado en la luz moribunda. Y, una vez fuera, cuando Claude se hubo separado de su compañero, no volvió de inmediato a la rue de Douai, a pesar de su larga ausencia. Una necesidad de seguir caminando, de abandonarse a aquel París, donde los encuentros de un solo día le ocupaban la mente, le hizo vagar hasta bien entrada la noche por el helado barro de las calles, a la claridad de los mecheros de gas que se encendían uno a uno, semejantes a vaporosas estrellas en el fondo de la niebla.

Claude esperó impacientemente el jueves para cenar con Sandoz, pues éste, inmutable, seguía recibiendo a los amigos una vez por semana. Iba quien quería, el cubierto puesto estaba. Por más que se hubiera casado, cambiado de vida, y estuviera metido en plena lucha literaria, mantenía su día, aquel jueves que databa de la salida

del colegio, de los tiempos en que empezaban a fumar en pipa. Y como él repetía, en referencia a su mujer, no había sino un compañero más.

—Oye, amigo —le había dicho con franqueza a Claude—, eso me incomoda mucho...

—¿El qué?

—Que no estés casado... ¡Oh!, yo, ¿sabes?, con mucho gusto recibiría a tu mujer... Pero están esos imbéciles, un montón de burgueses, que no me quitan el ojo de encima y que propalarían indecencias...

—Por supuesto, amigo, pero también Christine se negaría a venir a tu casa... ¡Oh, te comprendemos perfectamente, vendré solo, cuenta conmigo!

A partir de las seis, Claude se dirigió a casa de Sandoz, en la rue Nollet, en el corazón de las Batignolles; y le costó Dios y ayuda dar con la casita que ocupaba su amigo. Primero entró en un caserón con fachada a la calle, se dirigió al portero, que le hizo atravesar tres patios; luego tomó a lo largo de un corredor entre otros dos edificios, bajó por una escalera de unos pocos peldaños y se topó con la verja de un jardincillo: allí estaba, la casita se hallaba al final de una alameda. Pero como estaba muy oscuro y había estado a punto de romperse las piernas en la escalera, no se atrevía a correr más riesgos, con tanta más razón cuanto que un perrazo enorme ladraba furiosamente. Oyó por fin la voz de Sandoz, que avanzaba hacia él mientras calmaba al perro.

—¡Ah!, eres tú... ¿Qué te parece? Vivimos en el campo. Van a poner un farol, para que nuestra gente no se rompa la crisma... Entra, entra... ¡Maldito Bertrand, quieres callarte! ¡No ves que es un amigo, tonto!

Entonces, el perro les acompañó hacia el pabellón, con el rabo tieso y un concierto de alegres ladridos. Una joven criada había aparecido con un farol, que fue a colgar de la verja para iluminar la terrible escalera. En el jardín no había más que un pequeño cuadro de césped central con un inmenso ciruelo, cuya sombra pudría la hierba; y, delante de la casa, muy baja, con sólo tres ventanas en la fachada, destacaba un cenador de viña virgen, donde relucía un banco nuevecito, instalado allí a modo de adorno expuesto a las lluvias invernales, en espera del sol.

—Entra —repitió Sandoz.

Le introdujo, a mano derecha del vestíbulo, en el salón, donde tenía su despacho de trabajo. El comedor y la cocina estaban a mano izquierda. Arriba, su madre, que no abandonaba ya la cama, ocupaba la habitación más espaciosa, mientras que la joven pareja se contentaba con la otra y un pequeño cuarto de aseo, situado entre ambas habitaciones. Y eso era todo, una verdadera caja de cartón, unos compartimentos de cajón que separaban unos tabiques delgados como hojas de papel. Una casita de trabajo y de esperanza no obstante, amplia en comparación con las buhardillas de la juventud, animada ya por un comienzo de bienestar y de lujo.

—¿Qué? —exclamó—, ¡sitio no falta! ¡Ah, es mucho más cómoda que la rue d'Enfer! Ya ves, tengo un cuarto para mí solo. Y ya he comprado una mesa de roble

para escribir, y mi mujer me ha regalado esta palmera, en ese viejo macetero de Ruán... ¿Qué te parece? ¡Es distinguido!

Justo en aquel momento entraba su mujer. Alta, de semblante sereno y alegre, con unos bonitos cabellos castaños, que llevaba puesto encima de su bata de popelina negra, muy sencilla, un amplio delantal blanco; pues, aunque habían tomado a su servicio una criada fija, era ella la que se ocupaba de la cocina, estaba orgullosa de algunos de sus platos y aspiraba a un tenor de vida de decoro y buena mesa burgueses.

Enseguida Claude y ella fueron como viejos amigos.

—Llámale Claude, querida... Y tú, amigo, llámala Henriette... Nada de señora ni de caballero, u os impondré a cada infracción una multa de cinco sueldos.

Rieron, y ella se escapó, reclamada en la cocina por un plato del Sur, una bullabesa, con la que quería sorprender a los amigos de Plaissans. Le había dado la receta su propio marido, y había adquirido una extraordinaria mano en su preparación, decía él.

—Tienes una mujer encantadora —dijo Claude— y te mimas.

Pero Sandoz, sentado delante de la mesa, de codos en medio de las páginas del libro que tenía en marcha escritas por la mañana, se puso a hablar de la primera novela de su serie que había publicado en octubre. ¡Ah, cómo maltrataban a su pobre libro! Aquello era un degüello, una escabechina, toda la crítica en pleno aullaba detrás de él, una andanada de insultos, como si hubiera asesinado a alguien dentro de un bosque. Y lo decía entre risas, más bien excitado, cuadrado de hombros como era, con la calma seguridad del trabajador que sabe lo que se hace. Sólo una cosa le sorprendía: la profunda falta de inteligencia de aquellos individuos, cuyos artículos escritos de prisa y corriendo en algún rincón de la oficina le cubrían de lodo sin parecer intuir la menor de sus intenciones. Todo se veía arrojado insultantemente al cubo de la basura: su nuevo estudio del hombre fisiológico, el papel todopoderoso concedido al ambiente, la vasta naturaleza en su eterno proceso de creación, la vida, en fin, la vida total, universal, que va de un extremo de la animalidad al otro, sin elevación ni bajeza, sin belleza ni fealdad; y las audacias de lenguaje, la convicción de que debe decirse todo, de que existen palabras abominables que son necesarias como hierros candentes, de que una lengua sale enriquecida a base de forzarla; y, sobre todo, el acto sexual, origen y cumplimiento continuo del mundo, sacado de la vergüenza en la que se lo esconde, devuelto a su gloria, a plena luz del día. No le costaba admitir que se enojasen; pero hubiera querido al menos que le hicieran el honor de comprender y de molestarse por sus audacias, no por las imbéciles vulgaridades que le atribuían.

—Mira —continuó—, creo que abundan incluso más los ingenuos que los malvados... Lo que les irrita de mí es la forma, la frase escrita, la imagen, la vida del estilo. ¡Sí, el odio a la literatura, toda la burguesía está que trina por ello!

Se calló, embargado por la tristeza.

—Bah —dijo Claude tras un silencio—, ¡tú eres feliz, trabajas, produces!

Sandoz se había levantado e hizo un gesto de repentino dolor.

—Ah, sí, trabajo, saco adelante mis libros hasta la última página... ¡Pero si tú supieras! ¡Si te contara en qué estados de desesperación, en medio de qué tormentos! ¡No, si a esos cretinos se les acabará ocurriendo acusarme también de orgullo! ¡A mí, a quien la imperfección de mi obra persigue hasta en sueños! ¡A mí, que no releo nunca mis páginas de la víspera por temor a juzgarlas tan detestables que no pueda encontrar luego fuerzas para continuar!... ¡Trabajo, eh, sin duda, trabajo! ¡Para mí trabajar es vivir, porque he nacido para eso; pero no por ello estoy más contento, nunca estoy satisfecho, y siempre me espera al final el gran batacazo!

Un estallido de voces le interrumpió, y apareció Jory, encantado de la vida, contando que acababa de rehacer una vieja crónica para tener la velada libre. Casi enseguida llegaron charlando Gagnière y Mahoudeau, que se habían encontrado en la puerta. El primero, enfrascado desde hacía algunos meses en una teoría de los colores, le explicaba al otro su procedimiento.

—Extiendo mi tono —continuaba—. El rojo de la bandera se destiñe y amarillea porque se destaca en el azul del cielo, cuyo color complementario, el naranja, se combina con el rojo.

Claude, interesado, le preguntaba ya, cuando la criada trajo un telegrama.

—¡Bueno! —dijo Sandoz—, es Dubuche que se disculpa, promete sorprendernos a eso de las once.

En aquel momento, Henriette abrió la puerta de par en par y anunció ella misma la cena. No llevaba ya su delantal de cocinera y estrechaba alegremente, en calidad de ama de casa, las manos que se tendían. ¡A la mesa!, ¡a la mesa!, eran las siete y media, la bullabesa no podía esperar. Tras haber hecho observar Jory que Fagerolles le había jurado que vendría, no quisieron ni oír hablar del asunto: ¡ese Fagerolles se estaba volviendo ridículo con su pose de joven maestro abrumado de trabajo!

El comedor al que pasaron era tan pequeño que, para instalar allí el piano, había sido preciso abrir una especie de alcoba en un gabinete oscuro, reservado hasta aquel momento para la vajilla. Sin embargo, en las grandes ocasiones, cabían incluso unas diez personas en torno a la mesa redonda debajo de la lámpara colgante de porcelana blanca, pero a condición de condenar el aparador, lo que provocaba que la criada no podía ir a sacar ni un plato más. Por lo demás, el ama de casa se encargaba del servicio, y el anfitrión se colocaba enfrente, contra el aparador bloqueado, para coger de allí y pasar lo que fuera necesario.

Henriette había colocado a Claude a su derecha y a Mahoudeau a su izquierda, mientras que Jory y Gagnière estaban sentados a ambos lados de Sandoz.

—¡Françoise! —llamó ella—. Tráigame las tostadas que están en el hornillo.

Y tras haber traído la criada las tostadas, las distribuyó de dos en dos en los platos, y luego se puso a verter encima el caldo de la bullabesa, momento en que se abrió la puerta.

—¡Fagerolles, por fin! —dijo ella—. Siéntese allí, al lado de Claude.

Él se disculpó con aire de galante cortesía, alegando que había tenido una cita de negocios. Muy elegante ahora, embutido en unos trajes de corte inglés, tenía el aspecto de un *clubman*, realzado por un toque de descuido de artista que conservaba. No bien se sentó, chocó la mano de su vecino, afectando una viva alegría.

—¡Ah, mi querido Claude! ¡Hace tanto tiempo que quería verte! Sí, veinte veces pensé en ir a hacerte una visita allí; y luego, ya sabes, la vida...

Claude, incómodo por tales declaraciones, trataba de responder con una cordialidad equivalente. Pero Henriette, que seguía sirviendo, le sacó del apuro, impacientándose.

—Veamos, Fagerolles, respóndame... ¿Dos tostadas es lo que quiere?

—Por supuesto, señora, dos tostadas... Me encanta la bullabesa. Por otra parte, ¡la hace usted tan rica! ¡Una maravilla!

Todos, en efecto, estaban extasiados, especialmente Mahoudeau y Jory, que declaraban no haber comido una mejor en Marsella, de modo que la joven, encantada, sonrosada aún por el calor de los fogones, cucharón en mano, no alcanzaba a dar abasto para llenar los platos de los que querían repetir; y hasta acabó por dejar su silla y correr personalmente a la cocina a por el resto del caldo, pues la sirvienta perdía la cabeza.

—¡Come! —le gritó Sandoz—. Esperaremos hasta que hayas comido.

Pero ella, obstinándose, permanecía de pie.

—Deja... Harías mejor en pasar el pan. Sí, lo tienes detrás de ti, en el aparador... Jory prefiere unas simples rebanadas, para mojar la miga.

Sandoz se levantó a su vez, ayudó en el servicio, mientras le tomaban el pelo a Jory respecto a su gusto por mojar.

Y Claude, contagiado por aquella feliz campechanía y como despertado de un largo sueño, les miraba a todos, preguntándose si les había dejado la víspera, o si hacía realmente cuatro años que no había cenado allí un jueves. Sin embargo, no eran los mismos, los notaba cambiados, Mahoudeau agriado por la miseria, Jory engolfado en sus placeres, Gagnière más distante, ausente en otra parte; y, sobre todo, le parecía que de Fagerolles, a quien tenía a su lado, se desprendía una cierta frialdad, pese a su exagerada cordialidad. Era indudable que sus rostros habían envejecido algo por el desgaste de la vida; pero no era sólo eso, pues parecía que se crearan vacíos entre ellos, los veía aparte, extraños, por más que estuvieran codo con codo, demasiado apretujados en torno a aquella mesa. Además, el ambiente era nuevo: hoy una mujer aportaba su encanto, les calmaba con su presencia. ¿Por qué, entonces, frente al curso fatal de las cosas que mueren y se renuevan tenía aquella sensación de un nuevo comienzo? ¿Por qué habría jurado que se encontraba sentado en aquel mismo sitio el jueves de la semana anterior? Y por fin creyó comprenderlo: era Sandoz, quien no había variado, tan obstinado en sus hábitos afectivos como en los del trabajo, radiante de recibirles en la mesa de su joven hogar, tanto como lo había estado en otro tiempo

de compartir con ellos su magra comida de soltero. Un sueño de eterna amistad lo inmovilizaba, unos jueves parecidos se sucederían hasta el infinito, hasta los últimos, postreros días de su vida. ¡Todos eternamente juntos! ¡Todos partiendo a la misma hora y llegando a la meta igual de victoriosos!

Sandoz debió de adivinar el pensamiento que hacía enmudecer a Claude, porque le dijo, a través de la mesa, con su agradable sonrisa juvenil:

—¡Eh, amigo, aquí te tenemos de nuevo! ¡Ah, maldita sea, cuánto te hemos echado de menos!... Pero, ya ves, no ha cambiado nada, seguimos estando los mismos... ¿No es así, eh, vosotros?

Le respondieron con unos cabeceos. ¡Sin duda, sin duda!

—Sólo que la cocina —continuó, regocijado— es algo mejor que en la rue d'Enfer... ¡Pues no os he hecho comer guisotes ni nada!

Tras la bullabesa, había aparecido un civet de liebre; y un pollo asado, acompañado de ensalada, puso fin a la cena. Pero se quedaron largo rato en la mesa, los postres se prolongaron, pese a que la conversación no tuviese ya la fiebre y la vehemencia de otro tiempo: cada cual hablaba de sí mismo, y acababa por callarse viendo que nadie le escuchaba. A los quesos, sin embargo, cuando hubieron probado un vinillo de Borgoña, un tanto agrete, del que el matrimonio se había arriesgado a pedir una pipa, contando con los derechos de autor de la primera novela, se elevaron las voces y se animaron.

—¿Así que has hecho un trato con Naudet? —preguntó Mahoudeau, cuya cara huesuda de famélico se había hundido todavía más—. ¿Es cierto que te asegura cincuenta mil francos el primer año?

Fagerolles respondió con desdén:

—Si, cincuenta mil... Pero aún no hay nada decidido, me lo estoy pensando, pues es muy duro comprometerse así. ¡Ah, no creas que esté entusiasmado!

—¡Caramba! —murmuró el escultor—, eres duro de pelar. Por veinte francos diarios, yo firmo lo que quieran.

Ahora todos escuchaban a Fagerolles, que se las daba de hombre sobrepasado por su éxito incipiente. Seguía conservando su linda fisonomía inquietante de pelandusca, pero una cierta manera de peinarse, el corte de la barba le daba un aire de seriedad. Aunque acudía aún de cuando en cuando a casa de Sandoz, iba separándose del grupo, se lanzaba a la conquista de los bulevares, frecuentaba los cafés, las oficinas de redacción, todos los lugares de publicidad, allí donde pudiera hacer conocidos que le resultasen útiles. Era una táctica, una voluntad de forjarse su triunfo aparte, esa idea perversa de que, para tener éxito, convenía no tener nada en común con aquellos revolucionarios, ni el marchante, ni sus relaciones, ni sus costumbres. Y hasta se decía que para su encumbramiento se valía de las mujeres de dos o tres salones, no a la manera del macho brutal como Jory, sino como vicioso que estaba por encima de sus pasiones, como simple halagador de baronesas entradas en años.

Precisamente Jory le señaló un artículo con el único propósito de darse

importancia, pues tenía la pretensión de haber dado un nombre a Fagerolles, como pretendía habérselo dado en otro tiempo a Claude.

—Dime, ¿has leído el estudio de Vernier sobre ti? ¡Otro que me plagia!

—¡Ah, no son artículos lo que le falta a ése! —suspiró Mahoudeau.

Fagerolles hizo un gesto de desdén con la mano, pero sonreía, con el secreto desprecio hacia aquellos pobres diablos tan poco hábiles que se obstinaban en una rudeza de ingenuos, cuando ganarse a la gente era tan fácil. ¿No le bastaba con romper con ellos, tras haberles saqueado? Todo el odio que se tenía contra ellos redundaba en su provecho, se cubría de elogios sus telas suavizadas para acabar de matar las obras obstinadamente violentas de ellos.

—¿Has leído el artículo de Vernier? —repitió Jory a Gagnière—. ¿No es cierto que dice lo que dije yo?

Desde hacía un momento, Gagnière estaba absorto en la contemplación de su vaso sobre el mantel blanco, que el reflejo del vino teñía de rojo. Se sobresaltó.

—¿Eh?, ¿el artículo de Vernier?

—Sí, hombre, en una palabra, todos esos artículos que aparecen sobre Fagerolles. Estupefacto, se volvió hacia éste.

—Vaya, se escriben artículos sobre ti... No sé nada, no los he visto... ¡Ah, se escriben artículos sobre ti! ¿Y por qué?

Hubo una carcajada general. Sólo Fagerolles se reía de mala gana creyendo que se chingueaban de él. Pero Gagnière lo hacía con la mejor buena fe: estaba asombrado de que un pintor que hasta ignoraba la ley de los valores pudiera alcanzar el éxito. ¿Un falsificador semejante lograr el éxito? ¡Eso nunca! ¿A qué se vería reducida, en tal caso, la conciencia?

Aquella ruidosa alegría animó el final de la cena. Ya no comían, sólo la anfitriona quería seguir llenando los platos.

—Querido, presta atención —repetía ella a Sandoz, muy excitado en medio del ruido—. Alarga la mano, las galletas están sobre el aparador.

Hubo protestas, se levantaron todos. Pero como iban a pasar el resto de la velada allí, en torno a la mesa, tomando té, permanecieron de pie, mientras seguían charlando pegados a las paredes, en tanto la criada quitaba la mesa. La pareja ayudaba, ella volviendo a guardar los saleros en un cajón, él echando una mano para doblar el mantel.

—Podéis fumar —dijo Henriette—. Ya sabéis que no me molesta en absoluto.

Fagerolles, que había llevado a Claude hasta el alféizar de la ventana, le ofreció un cigarro, que éste rehusó.

—Ah, es verdad, no fumas... Y quiero que sepas que iré a ver todo lo que estás haciendo, ¿eh? Cosas muy interesantes. Ya sabes lo que yo pienso de tu talento. Eres el más dotado...

Él se mostraba muy humilde, sincero en el fondo, dejando reaflorescer su admiración de antaño, marcado para siempre por el sello de aquel genio ajeno, que reconocía, a

pesar de los complicados cálculos de su astucia. Pero su humildad se veía agravada por cierto embarazo, muy raro en él, por la turbación que le provocaba el silencio que el maestro de su juventud guardaba sobre su cuadro. Y, con trémulos labios, se decidió a decir:

—¿Viste a mi actriz en el Salón? ¿Te gusta, sinceramente?

Claude dudó un segundo, luego dijo como buen amigo:

—Sí, tiene cosas que están muy bien.

Ya Fagerolles se arrepentía de haber hecho aquella estúpida pregunta; y perdía totalmente pie, se disculpaba ahora, tratando de justificar sus préstamos y de defender sus claudicaciones. Cuando hubo salido del apuro a duras penas, exasperado por su torpeza, volvió en un instante a ser el bromista de otro tiempo, hizo reír a mandíbula batiente al mismo Claude, les divirtió a todos. Luego dio la mano a Henriette para despedirse.

—Pero ¡cómo! ¿Nos deja tan pronto?

—Ay, sí, querida señora. Mi padre recibe esta noche a un jefe de negociado, que trabaja para conseguirle la condecoración... Y como yo soy uno de sus títulos para ello, he tenido que jurar que aparecería por allí.

Cuando se hubo ido, Henriette, que había intercambiado unas palabras en voz baja con Sandoz, desapareció; y se oyó el ruido ligero de sus pasos en el piso de arriba; desde el casamiento era ella quien cuidaba a la anciana madre achacosa, ausentándose así varias veces durante la velada, como hacía el hijo en otro tiempo.

Por lo demás, ninguno de los invitados había advertido su salida. Mahoudeau y Gagnière charlaban de Fagerolles, se mostraban de una amargura sorda, sin dirigir ataques directamente. Todavía no había más que miradas irónicas de uno y de otro, encogimientos de hombros, todo el mudo desprecio de unos muchachos que no quieren cargarse a un compañero. Y cayeron sobre Claude, se prosternaron y le abrumaron con las esperanzas que tenían puestas en él. ¡Ah! Ya era hora de que hubiera vuelto, pues sólo él, con sus dotes de gran pintor, su mano firme, podía ser el maestro, el cabeza de filas reconocido. Desde el Salón de los Rechazados, la escuela del *plein air* se había ampliado, se dejaba sentir una influencia creciente; pero, por desgracia, los esfuerzos eran baldíos, ya que los recién reclutados se contentaban con simples bocetos, impresiones despachadas con tres pinceladas; y esperaban al hombre de genio que hacía falta, aquel que encarnaría la nueva forma de expresión en obras maestras. ¡Qué lugar para ocupar! ¡Domar a la multitud, inaugurar un siglo, crear un arte! Claude les escuchaba con los ojos gachos y el semblante lívido. Sí, ése era su sueño inconfesado, la ambición que no se atrevía a reconocerse a sí mismo. Sólo que la alegría de la lisonja estaba mezclada con una extraña angustia, un miedo a aquel porvenir, mientras les oía elevarle a aquel papel de dictador, como si ya hubiese triunfado.

—¡Dejadme —acabó por exclamar—, hay otros que valen lo que yo, yo sigo con mi búsqueda!

Jory, irritado, fumaba en silencio. De pronto, como los otros dos se empecinaban en ello, no pudo reprimirse esta frase:

—Todo esto, queridos, lo decís porque os joroba el éxito de Fagerolles.

Se indignaron, estallaron en protestas. ¡Fagerolles! ¡El joven maestro! ¡Vaya una broma!

—¡Oh, nos abandonas, lo sabemos! —manifestó Mahoudeau—. No hay peligro de que escribas ahora dos líneas sobre nosotros.

—No digas eso, amigo —respondió Jory, humillado—, todo cuanto escribo sobre vosotros me lo suprimen. Conseguís que os detesten en todas partes... ¡Ah, si tuviera un periódico que fuera mío!

Reapareció Henriette y, tras haber buscado los ojos de Sandoz los suyos, ella le respondió con una mirada, mostró esa sonrisa cariñosa y discreta que tenía él mismo en otro tiempo, cuando salía de la habitación de su madre. Luego ella les llamó a todos, volvieron a sentarse en torno a la mesa, mientras preparaba el té y lo servía en unas tazas. Pero la velada se volvió mortecina, pesada por una especie de cansancio. Por más que dejaron entrar a Bertrand, el perrazo, que se entregó a algunas bajezas con el azúcar y fue a echarse cerca de la estufa, donde se puso a roncar como un humano. Desde la discusión sobre Fagerolles reinaban intervalos de silencio, una especie de tedio irritado se iba cargando en el humo denso de las pipas. Incluso Gagnière abandonó por un momento la mesa para sentarse al piano, donde destrozó en sordina unas frases de Wagner con los dedos rígidos de un aficionado que toca sus primeras escalas a los treinta años.

Hacia las once, Dubuche, que llegó por fin, acabó de helar la reunión. Se había escapado de un baile, deseoso de cumplir con sus viejos amigos lo que consideraba como su último deber; y su traje, su corbata blanca, su gruesa cara pálida expresaban a un tiempo la contrariedad de haber venido, la importancia que daba a su sacrificio y el temor que le dominaba de comprometer su nueva fortuna. Evitaba hablar de su mujer, para no tener que llevarla a casa de Sandoz. Cuando hubo estrechado la mano de Claude, sin más emoción que si le hubiera encontrado la víspera, rehusó una taza de té, habló parsimoniosamente, hinchando los carrillos, de los engorros de su instalación en una casa nueva que no estaba aún a punto, del trabajo abrumador que tenía desde que se ocupaba de las obras de su suegro, toda una calle que levantar, cerca del parque Monceau.

Entonces, Claude sintió claramente que algo se había roto. ¿Así que la vida se había llevado las veladas de antaño, tan fraternales en su apasionamiento, en las que todavía nada les separaba, en las que ninguno de ellos se reservaba su parte de gloria? Y empezaba ahora la batalla. Cada hambriento daba su dentellada, la fisura, la hendidura apenas visible, que había resquebrajado las viejas amistades juradas y que debía hacerlas estallar un día en mil pedazos, no consistía en otra cosa.

Pero Sandoz, en su necesidad de eternidad, seguía sin darse cuenta de nada, los veía tal como eran en la rue d'Enfer, echados en brazos unos de otros, partiendo

como conquistadores. ¿Por qué cambiar lo que estaba bien? ¿Acaso la felicidad no consistía en una alegría elegida entre todas, y saboreada luego eternamente? Y, una hora más tarde, cuando los amigos se decidieron a irse, soñolientos por el sombrío egoísmo de Dubuche que hablaba interminablemente de sus cosas, cuando hubieron arrancado del piano a Gagnière hipnotizado, Sandoz, seguido de su mujer, a pesar de la fría noche que hacía, quiso acompañarles sin falta hasta el final del jardín, a la verja. Repartió unos apretones de manos. Exclamó:

—¡Hasta el jueves, Claude!... ¡Hasta el jueves a todos!... ¿Eh?, ¡venid todos!

—¡Hasta el jueves! —repitió Henriette, que había cogido el farol y lo alzaba para iluminar la escalera.

Y, en medio de las risas, Gagnière y Mahoudeau respondieron en son de broma:

—¡Hasta el jueves, joven maestro!... ¡Buenas noches, joven maestro!

Fuera, en la rue Nollet, Dubuche llamó enseguida a un coche de alquiler, que se lo llevó. Los otros cuatro subieron juntos hasta el bulevar exterior, casi sin intercambiar ni una frase, como aturcidos de llevar tanto rato juntos. En el bulevar, Jory, al ver pasar a una muchacha, se lanzó tras sus faldas, pretextando que tenía que corregir unas pruebas en el periódico. Y, como Gagnière paraba maquinalmente a Claude delante del café Baudequin, cuyo gas todavía llameaba, Mahoudeau rehusó entrar, yéndose solo, mientras rumiaba sus tristes ideas hasta la rue du Cherche-Midi.

Claude se encontró, sin querer, sentado en su antigua mesa, enfrente de Gagnière silencioso. El café no había cambiado, seguían reuniéndose allí los domingos y hasta se había declarado un cierto entusiasmo desde que Sandoz vivía en el barrio; pero la cuadrilla se ahogaba en medio de una oleada de recién llegados, iban siendo anegados paulatinamente por la banalidad creciente de los nuevos seguidores del *plein air*. A aquella hora, por lo demás, el café se vaciaba; tres jóvenes pintores, que Claude no conocía, se acercaron a estrecharle la mano al irse; y no quedó más que un pequeño rentista del vecindario, adormilado delante de un platillo.

Gagnière, muy a sus anchas, como si estuviera en su casa, indiferente a los bostezos del único mozo que se desperezaba en la sala, miraba a Claude sin verle, con la mirada perdida.

—A propósito —preguntó este último—, ¿qué le explicabas a Mahoudeau esta tarde? Sí, lo del rojo de la bandera que se vuelve amarillo en el azul del cielo... ¿Qué?, ¿estudias la teoría de los colores complementarios?

Pero el otro no respondió. Tomó su jarra de cerveza, la volvió a dejar sin haber bebido y acabó murmurando con una sonrisa extática:

—Haydn es la gracia retórica, una musiquilla trémula de vieja abuelita empolvada... Mozart es el genio precursor, el primero que dio una voz individual a la orquesta... Y esos dos existen sobre todo porque hicieron posible a Beethoven... ¡Ah!, Beethoven, la potencia, la fuerza en el dolor sereno. ¡Miguel Ángel en la tumba de los Médicis! ¡Un lógico heroico, un modelador de cerebros, porque todos los grandes de hoy han salido de la sinfonía con coros!

El mozo, cansado de esperar, se puso a apagar los mecheros de gas con mano indolente, arrastrando los pies. La melancolía invadía la sala desierta, sucia de escupitajos y de colillas, que exhalaba el olor de sus mesas pringosas por las consumiciones, mientras que, del bulevar adormecido, no llegaban más que los sollozos patéticos de un borracho.

Gagnière, en otro mundo, proseguía la cabalgata de sus sueños.

—Weber atraviesa un paisaje romántico dirigiendo la balada de los muertos en medio de los sauces llorones y de los robles que retuercen sus brazos... Schubert le sigue, a la luz de la pálida luna, a lo largo de los lagos de plata... Y llegamos a Rossini, el don en persona, tan alegre, tan natural, despreocupado de la expresión, burlándose del mundo, que no es mi hombre, ¡ah!, no, ciertamente, pero es tan asombroso no obstante por lo prolífico de su invención, por los grandes efectos que sabe extraer de la acumulación de las voces y de la repetición hinchada del mismo tema... Estos tres para desembocar en Meyerbeer, un habilidoso que ha sabido aprovecharse de todo, introduciendo después de Weber la sinfonía en la ópera, dando expresión dramática a la fórmula inconsciente de Rossini. ¡Oh, unos arranques soberbios, la pompa feudal, el misticismo militar, el estremecimiento de las leyendas fantásticas, un grito de pasión que atraviesa la Historia! Y hallazgos, la idiosincrasia de los instrumentos, el recitativo dramático acompañado sinfónicamente por la orquesta, la frase típica sobre la que está construida toda la obra... ¡Un grande, un verdadero grande!

—Caballero —vino a decir el mozo—, cierro.

Y, como Gagnière no volvió ni siquiera la cabeza, fue a despertar al pequeño rentista, que seguía dormido delante de su platillo.

—Cierro, caballero.

Estremeciéndose, el rezagado parroquiano se levantó, buscó a tientas en el oscuro rincón donde se encontraba para coger su bastón; y, cuando el mozo se lo hubo recogido de debajo de las sillas, salió.

—Berlioz ha mezclado la literatura con su arte. Es el ilustrador musical de Shakespeare, de Virgilio y de Goethe. Pero ¡qué pintor! El Delacroix de la música, que ha hecho llamear los sonidos en fulgurantes contraposiciones de colores. Y, con ello, tenemos la locura romántica en la cabeza, una religiosidad que arrebató, éxtasis por encima de las cumbres. Mal constructor de ópera, maravilloso en el fragmento, a veces demasiado exigente con la orquesta a la que tortura, llevando hasta el extremo la posibilidad de los instrumentos que para él son como personajes. ¡Ah!, lo que ha dicho de los clarinetes: «Los clarinetes son las “mujeres amadas”», ¡ah!, esta frase me ha provocado siempre un escalofrío en la piel... ¡Y Chopin, tan *dandy* en su byronismo, el malogrado poeta de las neurosis! ¡Y Mendelssohn, ese cincelador impecable, Shakespeare con escarpines de baile, cuyas romanzas sin palabras son unas joyas para las damas inteligentes!... Y luego, luego, es preciso ponerse de rodillas...

No quedaba más que un mechero de gas encendido por encima de su cabeza, y el mozo esperaba, detrás de su espalda, en el vacío negro y gélido de la sala. Su voz había adquirido un temblor religioso, estaba llegando a sus verdaderas pasiones, al tabernáculo recóndito, al sanctasanctórum.

—¡Oh, Schumann, la desesperación, el goce de la desesperación! Sí, la culminación de todo, el último canto de una pureza triste cerniéndose sobre las ruinas del mundo... ¡Oh! Wagner, el dios, en quien se encarnan siglos de música. Su obra es el arca inmensa, todas las artes en una sola, la verdadera humanidad de los personajes expresada por fin, la orquesta viviente al margen de la vida del drama; ¡y qué desprecio de las convenciones, de las fórmulas inútiles! ¡Qué liberación revolucionaria en lo infinito! La obertura del *Tannhäuser*, ¡ah!, es el aleluya sublime del nuevo siglo: en primer lugar, el canto de los peregrinos, el motivo religioso, calmo, profundo, de lentas palpitations; y luego las voces de las sirenas que lo ahogan poco a poco, las voluptuosidades de Venus llenas de enervantes delicias, de extenuantes languideces, cada vez más altas e imperiosas, desordenadas; y, poco después, el tema sagrado que retorna gradualmente como una aspiración del espacio, que se apodera de todos los cantos y los funde en una armonía suprema para llevarlos en alas de un himno triunfal.

—Cierro, caballero —repitió el mozo.

Claude, que ya no escuchaba, absorbió también él en su propia pasión, apuró su cerveza y dijo muy alto:

—¡Eh, amigo, van a cerrar!

Entonces, Gagnière se estremeció. Su cara encantada sufrió una contracción dolorosa y tiritó, como si hubiera caído de otro planeta. Se tomó ávidamente su cerveza; luego, en la acera, tras haber estrechado en silencio la mano de su compañero, se alejó, perdiéndose en las tinieblas.

Eran cerca de las dos cuando Claude regresó a la rue de Douai. Después de una semana de recorrer de nuevo París, se traía cada noche a casa las fiebres de su jornada. Pero aún no había regresado nunca tan tarde, con la cabeza tan exaltada y echando humo. Christine, vencida por el cansancio, dormía con la lámpara apagada, la frente caída sobre el borde de la mesa.

VIII

Finalmente, tras haber dado Christine su último plumerazo, estuvieron instalados. El estudio de la rue de Douai, pequeño e incómodo, estaba constituido sólo por un estrecho cuarto y una cocina no más grande que un armario: había que comer en el estudio, lugar donde hacía su vida la pareja con el niño enredando por en medio. Y ella había tenido mal que bien que sacar partido de sus cuatro muebles, pues quería evitar gastos. No obstante, tuvo que comprar una vieja cama de ocasión, cedió incluso a la necesidad suntuaria de tener unas cortinas de muselina blanca, a siete sueldos el metro. A partir de entonces, encontró aquel cuchitril encantador, se puso a mantenerlo con un decoro burgués, decidida a hacerlo todo por sí sola y a prescindir de sirvienta para no verse obligada a cambiar demasiado su vida, que iba a ser difícil.

Claude vivió estos primeros meses en una excitación creciente. Las caminatas, en medio del tumulto de las calles, las visitas a casa de sus amigos con sus encendidas discusiones, todas las rabietas y las ideas incendiarias que traía de fuera le hacían apasionarse en voz alta, hasta en sueños. Volvía a llevar a París en la médula de los huesos, con entusiasmo; y, en plena llamarada de esta hoguera, era como una segunda juventud, un entusiasmo y una ambición de desear verlo y hacerlo todo, conquistarlo todo. Nunca había sentido tal ansia por trabajar ni una esperanza semejante, como si le hubiese bastado con alargar la mano para crear las obras maestras que le situarían en el rango que le correspondía, el primero. Cuando atravesaba París descubría cuadros por doquier; la ciudad entera, con sus calles, sus vías públicas, sus puentes, sus horizontes llenos de vida, se desplegaba en frescos inmensos que juzgaba siempre demasiado pequeños, embriagado por la idea de unas obras colosales. Y regresaba temblando, hirviéndole la cabeza de proyectos, haciendo croquis en trozos de papel, por la noche, a la luz de la lámpara, sin ser capaz de decidir por dónde empezaría la serie de las grandes obras que soñaba.

Se le planteó un serio obstáculo ante lo pequeño de su estudio. ¿Con sólo que hubiera tenido su antiguo altillo del quai de Bourbon, o bien incluso el amplio comedor de Bennecourt! Pero ¿qué hacer en aquella estancia alargada, un pasillo, que el propietario tenía la desvergüenza de alquilar a cuatrocientos francos a pintores, tras haberla provisto de una vidriera? Y lo peor era que aquella vidriera, que daba al norte, encajonada entre dos altos muros, no dejaba pasar más que una luz verdusca de sótano. Tuvo, pues, que dejar para más tarde sus grandes ambiciones, decidió abordar primero unas telas de tamaño mediano diciéndose que el genio no dependía del tamaño de las obras.

¿Le parecía tan bueno el momento para el éxito de un artista con agallas, que aportara por fin una nota de originalidad y de franqueza a la decadencia de las viejas escuelas! Ya las formas de expresión del inmediato ayer se veían puestas en entredicho, Delacroix había muerto sin dejar discípulos, Courbet apenas si tenía algunos desmañados imitadores que le seguían; sus obras maestras no pasarían de ser

piezas de museo, ennegrecidas por el tiempo, simples testimonios del arte de una época; y parecía fácil prever la nueva forma de expresión que nacería de las de ellos, aquel impulso de luz plena, aquella límpida aurora que despuntaba en los cuadros recientes, bajo la influencia incipiente de la escuela del *plein air*. Era innegable que las obras de pátina rubia que tantas risas habían provocado en el Salón de los Rechazados fermentaban sordamente en numerosos pintores, aclaraban poco a poco todas las paletas. Aunque nadie lo admitía aún, el movimiento se había iniciado, se declaraba una evolución, que se volvía cada vez más perceptible en cada nuevo Salón. ¡Y qué golpe, si, en medio de aquellas copias inconscientes de los impotentes, de aquellas tentativas perezosas y solapadas de los hábiles, se revelara un maestro que hiciera realidad la nueva forma de expresión con la audacia de la fuerza, sin miramiento alguno, tal como había que plantearla, sólida y completa, para que fuese la verdad de aquel fin de siglo!

En aquel primer momento de pasión y de esperanza, Claude, tan torturado por la duda de costumbre, creyó en su genio. Ya no tenía esas crisis cuya angustia le hacía lanzarse durante días a las calles en busca de su valor perdido. Le sostenía un entusiasmo febril, trabajaba con la obstinación ciega del artista que se abre las carnes para sacar de él el fruto que le atormenta. Su largo reposo en el campo le había dado una frescura de visión singular, una alegría arrobada de ejecución: le parecía renacer a su oficio con una facilidad y un equilibrio que no había tenido jamás; y también tenía la seguridad de progresar, un profundo contento ante algunas obras logradas, en las que finalmente cristalizaban antiguos esfuerzos estériles. Como decía en Bennecourt, había conseguido su *plein air*, esa pintura de una alegría cantarina de tonos que asombraba a sus amigos cuando venían a verle. Todos se mostraban admirados, convencidos de que no tendría más que exponerla para ocupar su lugar, un lugar muy alto, con unas obras de un carácter tan personal, en las que por primera vez la naturaleza se bañaba en la verdadera luz, con el juego de los reflejos y la continua descomposición de los colores.

Y, durante tres años, Claude luchó sin flaquear, acicateado por los fracasos, sin abdicar de ninguna de sus ideas, tirando adelante con la rudeza de la fe.

Al principio, el primer año, fue, en la temporada de las nieves de diciembre, a plantarse durante cuatro horas diarias detrás del cerro de Montmartre, en una esquina de un terreno yermo, desde donde pintaba un fondo de miseria, unas casuchas bajas, que dominaban las chimeneas de una fábrica; y, en primer plano, había colocado en la nieve a una chiquilla y a un pilluelo harapientos, que devoraban unas manzanas robadas. Su obstinación en pintar del natural complicaba terriblemente su trabajo, creándole dificultades casi insuperables. Sin embargo, acabó aquella tela en el exterior, y no se permitió en su estudio más que unos retoques. Cuando puso la obra a la mortecina claridad de la vidriera, le asombró a él mismo por su brutalidad; era como una puerta abierta a la calle, la nieve deslumbraba, las dos figuras destacaban, patéticas, de un color gris fangoso. Inmediatamente presintió que un cuadro

semejante sería rechazado; pero no trató en absoluto de suavizarlo, lo mandó a pesar de todo al Salón. Tras haber jurado que no intentaría exponer nunca más, establecía ahora por principio que había que presentar siempre alguna cosa al jurado, aunque sólo fuera para poner en evidencia su criterio erróneo; y reconocía, por lo demás, la utilidad del Salón, el único campo de batalla donde un artista podía revelarse de golpe. El jurado rechazó el cuadro.

El segundo año, buscó un tema totalmente opuesto. Eligió un extremo de la plazoleta ajardinada de las Batignolles durante el mes de mayo: unos grandes castaños que arrojaban sombra, una perspectiva de césped, con unas casas de seis pisos en el fondo, mientras que, en primer plano, en un banco de un verde crudo, se alineaban unas criadas y gente de medio pelo del barrio que estaban mirando a tres chiquillas que hacían castillos de arena. Había hecho falta heroísmo, una vez obtenido el permiso, para realizar su trabajo en medio de la gente guasona. Finalmente decidió ir, a partir de las cinco de la mañana, a pintar los fondos; y, reservando las figuras, había tenido que contentarse con hacer sólo unos croquis para terminarlas posteriormente en el estudio. Aquella vez el cuadro le pareció menos duro, la factura reflejaba algo de la suavidad mortecina que llegaba de la vidriera. Y lo dio ya por aceptado, todos los amigos exclamaron que se trataba de una obra maestra e hicieron correr el rumor de que el Salón se vería revolucionado. Y cuál no sería el estupor, la indignación, cuando un rumor anunció un nuevo rechazo del jurado. El prejuicio era ya innegable, se trataba de yugular sistemáticamente a un artista original. Él, tras el primer arrebató, volvió su ira contra su cuadro, que declaró falso, deshonesto, detestable. Era una lección merecida, que no echaría en el olvido: ¿acaso hubiera debido pintar con aquella luz tenebrosa del estudio? ¿Acaso iba a volver a la detestable elaboración burguesa de unos tipos no tomados del natural? Cuando le fue devuelta la tela, cogió un cuchillo y la rajó.

Así, al tercer año, se embarcó en una obra de ruptura. Quiso el pleno sol, ese sol de París, que, determinados días, calienta al rojo blanco el pavimento, en la reverberación deslumbrante de las fachadas: en ninguna parte hace más calor, hasta la gente de los países cálidos se secan el sudor, diríase una tierra africana, bajo la pesada lluvia de un cielo de fuego. El tema elegido fue un rincón de la place du Carrousel, a la una, cuando el astro rey cae a plomo. Un coche de alquiler, con el cochero soñoliento, traqueteaba, el caballo chorreaba sudor, la testuz gacha, difuso en la vibración del calor; unos paseantes parecían ebrios, mientras, sola, una joven, sonrosada y garbosa debajo de su sombrilla, caminaba a sus anchas con paso de reina, como en el elemento ígneo que le era propio. Pero lo que sobre todo hacía terrible el cuadro era aquel estudio nuevo de la luz, aquella descomposición de una observación muy exacta, y que se oponía a todo cuanto el ojo estaba acostumbrado, acentuando azules, amarillos, rojos, allí donde nadie solía verlos. Las Tullerías, en el fondo, se desvanecían en una nube de oro; los pavimentos era como si sangraran, los paseantes no eran más que meras indicaciones, manchas oscuras que se comía la claridad

demasiado viva. Esa vez, los amigos, pese a seguir con sus exclamaciones, se quedaron incómodos, dominados por una misma inquietud: el final lógico de aquella pintura era el martirio. Él comprendió muy bien, tras los elogios, la ruptura que se producía; y, cuando el jurado le hubo cerrado nuevamente el paso al Salón, exclamó dolorosamente en un momento de lucidez:

—¡Vamos!, está claro... ¡Moriré en el intento!

Poco a poco, si bien parecía acrecentarse la valentía de su obstinación, volvía a recaer, sin embargo, en sus dudas de otro tiempo, destrozado por la lucha que sostenía contra la naturaleza. Cada tela que era devuelta le parecía mala, sobre todo inacabada, incapaz de reflejar el esfuerzo intentado. Era esa impotencia lo que le exasperaba, más aún que el rechazo del jurado. Sin duda, no le perdonaba a éste el que sus obras, incluso embrionarias, valían cien veces más que las medianías aceptadas, pero ¡qué sufrimiento por no poder darlo todo de sí mismo en la obra maestra que su genio era incapaz de alumbrar! No faltaban nunca los fragmentos soberbios, estaba contento de esto, de aquello, de lo otro. ¿Por qué, entonces, tales vacíos? ¿Por qué unas partes indignas, no advertidas durante el trabajo, que mataban el cuadro como consecuencia de una tara inefable? Y se sentía incapaz de corregirlo, un muro se alzaba en un momento dado, un obstáculo infranqueable, más allá del cual le estaba vedado ir. Si retomaba veinte veces el fragmento, veinte veces que agravaba el mal, todo se enturbiaba y desbarajustaba. Se enervaba, no veía ya nada, no ejecutaba, llegaba a una verdadera parálisis de la voluntad. ¿Eran sus ojos o sus manos los que dejaban de pertenecerle en un agravamiento de las lesiones antiguas, que ya le había inquietado? Las crisis se multiplicaban, empezaba a vivir nuevamente semanas espantosas, devorándose, oscilando de forma permanente de la incertidumbre a la esperanza; y el único sostén, durante aquellos malos momentos, pasados encarnizándose con su obra rebelde, era el sueño consolador de la obra futura, aquélla con la que se sentiría por fin satisfecho, cuando, al dejar de estar maniatado, crearía. Por un fenómeno constante, su necesidad de crear se adelantaba a sus dedos, ya no trabajaba nunca en una tela sin pensar en la siguiente. Siempre le acosaba la misma urgencia, quitarse de encima el trabajo en marcha, en el que agonizaba; sin duda, no valía todavía nada por las concesiones fatales, las trampas, por todo cuanto un artista hace en contra de su conciencia; pero ¡lo que haría a continuación!, ¡ah!, lo que haría, lo veía soberbio y heroico, inatacable, indestructible. ¡Perpetuo espejismo que fustiga el valor de los condenados al arte, tierno y piadoso embuste sin el cual la producción sería imposible para todos los que se mueren por no poder crear vida!

Y, al margen de esta lucha que renacía sin cesar, se acumulaban las dificultades materiales. ¿Acaso no era bastante con no poder sacar fuera lo que se llevaba dentro? ¡Era preciso, además, luchar contra las cosas! Aunque se negaba a confesarlo, la pintura del natural, al *plein air*, se hacía imposible en cuanto la tela excedía determinado tamaño. ¿Cómo instalarse en las calles, en medio del gentío? ¿Cómo conseguir, para cada personaje, las horas necesarias de posado? Evidentemente, esto

no hacía posible más que determinados temas, tales como paisajes, rincones restringidos de la ciudad, donde las figuras no son sino siluetas hechas posteriormente. Luego estaban las mil contrariedades del tiempo, el viento que se llevaba el caballete, la lluvia que detenía las sesiones. Aquellos días, regresaba a casa fuera de sí, amenazando con el puño al cielo, acusando a la naturaleza de defenderse para así no ser captada ni vencida. Se quejaba amargamente de no ser rico, pues soñaba con tener estudios móviles, un coche en París, una barca en el Sena, en los que habría vivido como un bohemio del arte. Pero nada le ayudaba, todo conspiraba contra su trabajo.

Christine entonces sufrió con Claude. Había compartido valientemente sus esperanzas, animando el estudio con su actividad de ama de casa; y, ahora, se sentaba desalentada cuando le veía sin fuerzas. A cada cuadro rechazado, mostraba un dolor más vivo, herida en su amor propio de mujer que tiene ese orgullo del éxito que tienen todas. La amargura del pintor la agriaba también a ella, compartía sus pasiones, identificada con sus gustos, defendiendo su pintura que se había convertido en una dependencia para ella, el gran asunto de su vida, lo único ya importante, en lo que tenía puestas todas sus esperanzas de felicidad. Intuía que aquella pintura le arrebatava cada día más a su amante; y todavía no luchaba contra ello, cedía, se dejaba arrastrar con él para no formar más que un solo ser en el mismo esfuerzo. Pero iba naciendo una tristeza de aquel comienzo de abdicación, un temor a lo que le aguardaba a su término. A veces, un estremecimiento de ir para atrás le helaba el alma. Se sentía envejecer, mientras la trastornaba una compasión inmensa, unas ganas de llorar sin motivo, que contenía en el lóbrego estudio, durante horas, cuando estaba allí sola.

En aquella época su corazón se abrió a una mayor generosidad y afloró una madre de la amante. Aquella maternidad para con su niño grande artista estaba hecha de una vaga e infinita piedad que la enternecía, de la debilidad ilógica en que ella le veía caer a cada momento, de los continuos perdones que estaba forzada a concederle. Comenzaba a hacerla desgraciada, no recibía de él más que esas caricias de costumbre, concedidas como una limosna a las mujeres de las que uno se separa; y ¿cómo seguir queriéndole, cuando se escapaba de sus brazos y mostraba una expresión de tedio en los abrazos apasionados con que ella le seguía ahogando? ¿Cómo quererle, si ella no le quería con ese afecto de cada minuto, en actitud adorante delante de él, inmolándose sin cesar? En su interior, el amor insaciable protestaba, pues seguía llena de pasión carnal, la sensual de labios carnosos en la terca prominencia de las mandíbulas. Entonces, tras las secretas tristezas de la noche, conocía la dulzura melancólica de no ser, hasta la tarde, más que una madre, de gozar de una última y pálida felicidad en la bondad, en el bienestar que trataba de crear en torno de ella, en medio de su vida echada ya a perder.

El pequeño Jacques fue el único en sufrir aquel desvío de la ternura. Lo descuidaba cada vez más, su carne, que a él le era indiferente, se había despertado a

la maternidad sólo a través del amor. Era el hombre adorado, deseado, que se convertía en su hijo; y el otro, la pobre criatura, seguía siendo un simple testimonio de su gran pasión de antaño. A medida que ella le había visto crecer y no reclamar ya tantas atenciones, se había puesto a sacrificarlo, sin dureza en el fondo, simplemente porque así era como sentía. En la mesa, no le daba nunca los mejores bocados; el mejor sitio, junto a la estufa, no era para su sillita; si la perturbaba el temor a un accidente, el primer grito, el primer gesto de protección no eran nunca para su debilidad. Y sin cesar lo relegaba, lo anulaba: «¡Jacques, cállate, cansas a tu padre! ¡Jacques, para de moverte! ¿No ves que tu padre está trabajando?».

El niño se adaptaba mal a París. Él, que había tenido el vasto campo para revolcarse en libertad, se ahogaba en el exiguo espacio donde debía portarse bien. Su tez de bonitos colores palidecía, se desarrollaba enclenque, serio como un hombrecito, poniendo unos ojos como platos ante las cosas. Acababa de cumplir cinco años, su cabeza se había desproporcionado, por un fenómeno singular, que le hacía decir a su padre: «¡El chaval tiene la cabezota de un gran hombre!». Pero, por el contrario, parecía que la inteligencia decrecía a medida que aumentaba el cráneo. Muy dulce y medroso, el niño se abstraía durante horas, incapaz de responder, con la cabeza en las nubes; y, si salía de aquella inmovilidad, lo hacía con unas crisis locas de brincos y gritos, como un alegre animalejo que se deja llevar por el instinto. Entonces llovían los «¡estate quieto!», pues la madre era incapaz de comprender aquellos repentinos alborotos, trastornada de ver irritarse al padre ante su caballete, molesta también ella, y corría enseguida a hacer sentarse al pequeño en su rincón. Calmado de repente, con el estremecimiento temeroso de un despertar demasiado brusco, volvía a dormirse con los ojos abiertos, tan perezoso de vivir que los juguetes, tapones de corcho, estampas y viejos tubos de color se le caían de las manos. Ya ella había intentado enseñarle el alfabeto. Pero él se había resistido con lágrimas, y esperaban a llevarle a la escuela dentro de un año o dos, donde los maestros ya se ocuparían de hacerle aprender.

Finalmente Christine comenzó a espantarse ante la amenazadora miseria. Con aquel niño que crecía, la vida era más cara en París, y llegar a final de mes se hacía terrible, a pesar de sus economías de todo tipo. La familia contaba solamente con sus mil francos de renta; y ¿cómo vivir con cincuenta francos al mes tras haber deducido los cuatrocientos francos del alquiler? Al principio, habían salido del apuro gracias a la venta de algunas telas, después de haber vuelto Claude a encontrar al antiguo aficionado amigo de Gagnière, uno de aquellos detestados burgueses que, tras las costumbres maníacas en las que se encierran, esconden unas almas apasionadas de artista; el tal señor Hue, un antiguo jefe de negociado, no era por desgracia lo bastante rico para comprar siempre, y no podía sino lamentar la ceguera del público, que dejaba morir una vez más de hambre al genio; pues él, convencido, como tocado por la gracia desde la primera mirada, había elegido las obras más audaces, que colgaba al lado de sus Delacroix, augurándoles la misma fortuna. Lo peor era que

Malgras acababa de retirarse, tras haber hecho fortuna: un muy modesto pasar, por otra parte, una renta de unos diez mil francos, que había decidido invertir en una casita de Bois-Colombes, como hombre prudente que era. Había así que oírle hablar del famoso Naudet, el desprecio con que se refería a los millones que manejaba aquel agiotista, millones que se le volverían en contra, decía. Claude, a raíz de un encuentro casual, consiguió venderle sólo una última tela, una de sus academias del estudio Boutin, el soberbio estudio de un vientre que el antiguo marchante no había podido volver a ver sin que le diera un vuelco el corazón. La miseria estaba, pues, a la vuelta de la esquina, las salidas se cerraban en vez de abrirse, iba creándose poco a poco una leyenda inquietante en torno a aquella pintura continuamente rechazada por el Salón; sin contar que, para ahuyentar al dinero, bastaba con un arte tan poco acabado y revolucionario, en el que el ojo espantado no encontraba ninguna de las convenciones aceptadas. Una tarde, no sabiendo cómo saldar la cuenta de unos colores, el pintor había gritado que viviría con el capital de su renta antes que rebajarse a hacer miserables cuadros comerciales. Pero Christine se opuso enérgicamente a aquel medio extremo: reduciría más aún los gastos, cualquier cosa era mejor que aquella locura que les haría acabar al cabo de un tiempo en la calle, sin pan.

Tras el rechazo de su tercer cuadro, el verano fue tan prodigioso, aquel año, que Claude pareció beber de él nuevas fuerzas. Ni una nube, días despejados sobre la gigantesca actividad de París. Había reanudado sus salidas por la ciudad con el propósito de buscar un golpe de suerte, como él decía: algo grandioso, decisivo, no sabía exactamente el qué. Y, hasta septiembre, no encontró nada, se apasionaba durante una semana por un tema para acabar diciendo luego que no era eso. Vivía en una tensión continua, al acecho, siempre a punto de hacer realidad su sueño, sueño que siempre se le escapaba. En el fondo, su intransigencia de realista escondía supersticiones de mujer nerviosa, creía en determinadas influencias complicadas y secretas: todo iba a depender del horizonte elegido, nefasto o venturoso.

Una tarde, en uno de los últimos bonitos días de la estación, Claude se llevó consigo a Christine, dejando al pequeño Jacques al cuidado de la portera, una vieja buena mujer, como hacían normalmente cuando salían juntos. Había sentido unas ganas repentinas de pasear, una necesidad de volver a ver con ella unos rincones antaño queridos, tras lo cual se escondía una vaga esperanza de que ella le traería suerte. Y bajaron así hasta el Pont Louis-Philippe, se quedaron un cuarto de hora en el quai aux Ormes, en silencio, de pie contra el parapeto, mirando enfrente, a la otra margen del Sena, el viejo palacio de Martoy, donde se habían amado. Luego, sin cruzar una palabra, volvieron a tomar su antiguo camino, que tantas veces habían hecho; siguieron a lo largo de los muelles, bajo los plátanos, viendo resucitar a cada paso el pasado; y todo volvía a discurrir, los puentes con la recortadura de sus arcos sobre el satén del agua, la Cité en la sombra que dominaban las torres amarillentas de Notre-Dame, la curva inmensa de la orilla derecha, inundada de sol, que terminaba en la silueta borrosa del Pabellón de Flora, y las amplias avenidas, los monumentos de

ambas orillas, y la vida del río, los lavaderos, los baños, las gabarras. Como antaño, les seguía el astro solar en su declinar, rodando sobre los tejados de las casas lejanas, descantillándose detrás de la cúpula del Institut: una puesta de sol deslumbrante, tal como no la habían visto de más hermosa, un lento descenso en medio de nubecillas que se trocaron en una retícula de púrpura, por cada cuadrado de la cual escapaban olas de oro. Pero, de aquel pasado evocado, sólo nacía una melancolía invencible, una sensación de eterna huida, la imposibilidad de volver atrás y de revivir. Aquellas antiguas piedras permanecían frías, aquella continua corriente bajo los puentes, aquella agua que había corrido, les parecía que se habían llevado un poco de sí mismos, el encanto del primer deseo, la alegría de la esperanza. Ahora que eran el uno del otro, ya no gustaban de esa sencilla felicidad de sentir la presión tibia de sus brazos mientras caminaban despacio, como envueltos en la vida inmensa de París.

En el Pont des Saints-Pères, Claude se detuvo, desesperado. Se había soltado del brazo de Christine y se había vuelto hacia la punta de la Cité. Ella notaba el despego que se producía y se sentía sumamente triste; y, al verle abstraído de todo allí, quiso recuperarlo.

—Amigo mío, volvamos, ya es hora... Ya sabes que Jacques nos espera.

Pero él avanzó hasta el centro del puente. Ella tuvo que seguirle. De nuevo permanecía inmóvil, los ojos clavados en todo momento allí abajo, en la isla eternamente anclada, en aquella cuna y aquel corazón de París, donde desde hacía siglos viene a batir toda la sangre de sus arterias, en el perpetuo empuje de los arrabales que invaden la llanura. Una llamarada había subido a su rostro, sus ojos se iluminaban y, haciendo un amplio gesto, dijo:

—¡Mira, mira!

Primero, en primer plano, debajo de ellos, estaba el puerto de Saint-Nicolas, las casetas bajas de las oficinas de la Navegación, la gran orilla pavimentada que descende, atestada de montones de arena, de barricas y de sacos, bordeada de una fila de gabarras llenas aún, donde hormigueaba toda una población de descargadores, que dominaba el brazo gigantesco de una grúa de hierro fundido, mientras que, del otro lado del agua, unos baños, animados por los chapuzones de los últimos bañistas de la estación, dejaban ondear al viento las banderolas de tela gris que le servían de techumbre. Luego, en medio, el despejado Sena subía, verdusco, con olitas danzarinas, salpicadas de blanco, de azul y de rosa. Y el Pont des Arts establecía un segundo plano, muy alto sobre sus armazones de hierro, de una ligereza de encaje negro, animado del perpetuo vaivén de los peatones, un desfile de hormigas en la delgada línea de su piso. Por debajo, continuaba el Sena, a lo lejos; se veían los viejos arcos del Pont-Neuf, pardusco por el orín de las piedras; a la izquierda se abría un espacio hasta la Île Saint-Louis, punto de fuga de espejo de un escorzo deslumbrante; y el otro brazo torcía bruscamente, dando la impresión de que la esclusa de la Monnaie tapaba la vista de su espumosa barrera. A lo largo del Pont-Neuf, grandes ómnibus amarillos, jardineras variopintas desfilaban con una regularidad mecánica de

juguete infantil. Todo el fondo se encuadraba allí, en la perspectiva de las dos orillas: en la orilla derecha, las casas de los muelles, semiocultas por un bosquecillo de grandes árboles, de donde emergían, en el horizonte, una rinconada del Ayuntamiento y el cuadrado campanario de Saint-Gervais, perdidos en una confusión de arrabal; en la orilla izquierda, un ala del Institut, la fachada plana de la Monnaie, más árboles, en fila. Pero lo que ocupaba el centro del inmenso cuadro, lo que subía del río, se elevaba y ocupaba el cielo era la Cité, aquella proa de navío antiguo eternamente dorada por el ocaso. Abajo, los álamos del terraplén verdeaban en una masa imponente ocultando la estatua. Más arriba, el sol contraponía las dos caras, hundiendo en la sombra las casas grises del quai de l'Horloge e iluminando con una llamarada las casas bermejas del quai des Orfèvres, filas de casas irregulares, tan claras, que el ojo distinguía sus menores detalles, las tiendas, los letreros, hasta las cortinas de las ventanas. Más arriba, entre los festones de las chimeneas, detrás del escaqueado oblicuo de los pequeños tejados, las atalayas del Palais y los altillos de la Prefectura extendían mantos de pizarra, cortados por un colosal anuncio azul, pintado en un muro, cuyas gigantescas letras, vistas desde todo París, eran como la eflorescencia de la fiebre moderna en la frente de la ciudad. Más arriba, más arriba aún, por encima de las torres gemelas de Notre-Dame, de un tono de oro viejo, se alzaban dos agujas, detrás la aguja de la catedral, a la izquierda la aguja de la Sainte-Chapelle, de tan fina elegancia que parecían estremecerse con la brisa, altiva arboladura del navío secular, que se sumergía en la claridad, en pleno cielo.

—¿Vienes, querido? —repitió Christine dulcemente.

Claude seguía sin escucharla, aquel corazón de París le había subyugado por completo. El hermoso atardecer ensanchaba el horizonte. Era todo un brillar de luces vivas, de sombras rotundas, una alegría en la precisión de los detalles, una transparencia del aire vibrante de alborozo. Y la vida del río, la actividad de los muelles, aquella humanidad desbordante que desembocaba de las calles, rodaba por los puentes, confluía de todas las orillas de la inmensa cuba, se desparramaba allí en una marea invisible, en un estremecimiento que temblaba al sol. Soplaban un ligero viento, un vuelo de nubecillas de color rosa atravesaba muy alto el pálido azul, mientras se percibía una palpitación enorme y lenta, aquella alma de París expandida en torno a su cuna.

Entonces, Christine se apoderó del brazo de Claude, inquieta de verle tan absorto, presa de una especie de temor religioso; y ella se lo llevó como si lo viera en un gran peligro.

—Volvamos a casa, te haces daño... Quiero volver.

A su contacto, él tuvo el estremecimiento de alguien que se despierta. Luego, volviendo la cabeza, en una última mirada, dijo:

—¡Oh, Dios mío! —murmuró—, ¡oh, Dios mío! ¡Qué belleza!

Y se dejó llevar. Pero, durante toda la noche, en la mesa, y luego junto a la estufa, y hasta la hora de acostarse, permaneció aturdido, tan preocupado que no pronunció

ni cuatro frases y su mujer, al no poder sacarle ninguna respuesta, acabó igualmente por callarse. Ella le miraba, ansiosa: ¿eran los síntomas de una enfermedad grave, algún mal aire que había cogido en medio de aquel puente? Su mirada perdida estaba clavada en el vacío, su rostro enrojecía de un esfuerzo interior, hubiérase dicho el sordo trabajo de una germinación, un ser que nacía en él, aquella exaltación y aquella náusea que las mujeres conocen. Al principio, le pareció penoso, confuso, trabado por mil ataduras; luego, todo se liberó, dejó de moverse en la cama, se durmió con el sueño pesado de las grandes fatigas.

Al día siguiente, después de desayunar, desapareció. Y ella pasó una jornada llena de pesadumbre, pues, aunque se había tranquilizado un poco al oírle silbar, al despertar, unas tonadillas del Sur, estaba preocupada por otra cosa, que le había ocultado por temor a que se deprimiera todavía más. Aquel día, por primera vez, se habían quedado sin dinero; una semana entera les separaba del día en que percibían la pequeña renta; y ella había gastado el último céntimo por la mañana, no les quedaba nada para la noche, ni siquiera para poner un pan en la mesa. ¿A qué puerta llamar? ¿Cómo seguir mintiéndole cuando volviera hambriento? Se decidió a empeñar la bata de seda negra que le había regalado en otro tiempo la señora Vanzade; pero lo hizo con gran dificultad, temblaba de miedo y de vergüenza ante la idea de ir al Monte de Piedad, a esa casa pública de los pobres, en la que no había entrado nunca. Ahora era tal el temor que le atormentaba por el futuro que, de los diez francos que le prestaron, se contentó con hacer una sopa de acederas y un guiso de patatas. A la salida de la casa de empeños, un encuentro acabó de rematarla.

Dio la casualidad de que Claude regresó muy tarde, animadísimo, los ojos vivos, presa de una excitación de secreta alegría; y, como tenía mucha hambre, se puso a gritar porque la mesa no estaba puesta. Luego, cuando se hubo sentado a la mesa, entre Christine y el pequeño Jacques, se zampó la sopa y devoró un plato entero de patatas.

—Pero ¡cómo!, ¿nada más? —preguntó acto seguido—. Habrías podido añadir un poco de carne... ¿Ha habido que comprarse otros botines?

Ella balbució, no se atrevió a contar la verdad, herida en lo más vivo por aquella injusticia. Pero él continuaba bromeando sobre el dinero que ella hacía desaparecer para comprarse cosas; y, cada vez más sobrecitado, con aquel egoísmo de las sensaciones vivas que parecía querer guardar para sí, la emprendió de repente con Jacques.

—¡Tú cállate, maldito mocoso! ¡Acabas siendo irritante!

Jacques, dejando de comer, golpeaba con la cuchara en el borde del plato, los ojos risueños, embelesado con aquella música.

—¡Para, Jacques! —le riñó la madre a su vez—. ¡Deja comer a tu padre tranquilo!

Y el pequeño, espantado, muy sensato de repente, volvió a sumirse en su taciturna inmovilidad, con los ojos sin brillo fijos en sus patatas, que seguía sin comerse.

Claude fingió atiborrarse de queso, mientras Christine, desolada, hablaba de ir a buscar un pedazo de carne fría a la charcutería; pero él se negaba, la retenía con palabras que no hacían sino entristecerla aún más. Luego, una vez recogida la mesa, cuando se encontraron los tres en torno a la lámpara para la velada, ella cosiendo, el pequeño mudo delante de un libro de estampas, él hizo tamborilear largo rato sus dedos, abstraído en sus pensamientos, volviendo al lugar de donde venía. De repente se levantó, volvió a sentarse con una hoja de papel y un lápiz, se puso a dibujar con rápidos trazos, bajo la viva claridad circular que llegaba de la lámpara de pantalla. Y ni aquel croquis, hecho de memoria, en la necesidad que tenía de traducir fuera de sí el tumulto de ideas que bullían en su mente, consiguió al cabo de un rato aliviarlo. Muy al contrario, lo acicateaba, y toda la agitación que desbordaba en su interior le subió a los labios, acabó por desahogar su cerebro en una riada de palabras. Les habría hablado hasta a las paredes, y se dirigía a su mujer, porque era la que tenía a mano.

—Aquí tienes, es lo que vimos ayer... ¡Oh, es algo magnífico! Me he pasado hoy tres horas allí, ya lo tengo, ¡oh!, algo asombroso, algo cuyo impacto lo trastornará todo... ¡Mira! Me planto debajo del puente, tengo como primer plano el puerto de Saint-Nicolas, con su grúa, sus gabarras en el momento en que las descargan, con su multitud de estibadores. ¿Eh?, ¿comprendes?, es el París que trabaja, unos mocetones robustos, que despliegan sus pechos y sus brazos desnudos. Luego, del otro lado, tengo los baños, el París que se divierte, y una barca, claro, para ocupar el centro de la composición; pero en cuanto a eso, no sé aún, tengo que buscar... Naturalmente, el Sena en medio, amplio, inmenso...

A medida que hablaba, indicaba vigorosamente con el lápiz los contornos, recalcando diez veces los trazos apresurados, rasgando el papel, tanta era la energía que ponía en ello. Christine, para complacerle, se inclinaba, afectando interesarse vivamente en sus explicaciones. Pero el croquis se embrollaba con tal entrelazamiento de líneas, se sobrecargaba de tal confusión de escuetos detalles, que ella no distinguía nada.

—Me sigues, ¿no?

—¡Sí, sí, muy bonito!

—Finalmente, tengo el fondo, los dos espacios abiertos del río con los muelles, la Cité triunfal en medio, elevándose hacia el cielo... ¡Ah, qué prodigio de fondo! Uno lo ve todos los días, pasa por delante sin pararse; pero va calando dentro, se siente una admiración creciente; y, una tarde determinada, aparece. ¡No hay nada en el mundo más grandioso, es París mismo, glorioso bajo el sol!... ¡No me dirás que no era un tonto redomado por no pensar en ello! ¡Cuántas veces he mirado sin ver! He tenido que ir a parar allí, después de ese recorrido a lo largo de los muelles... ¿Y no recuerdas que hay un punto de sombra de ese lado, el sol ahí da de lleno, las torres están allá abajo, la aguja de la Sainte-Chapelle se adelgaza ligera como una flecha en el cielo...? No, está más a la derecha, espera que te lo enseñe...

Y empezó de nuevo, sin cansarse, retomando sin cesar el dibujo y explayándose en mil pequeños apuntes característicos, que su ojo de pintor había retenido: en aquel lugar, el letrero rojo de una tienda lejana que vibraba; más cerca, un rincón verdusco del Sena, donde parecían flotar unas manchas de aceite; y el tono delicado de un árbol, y la gama de grises para las fachadas, y la calidad luminosa del cielo. Ella aprobaba complacientemente, trataba de mostrar asombro.

Pero Jacques, una vez más, se abstraía. Tras haber permanecido largo rato en silencio delante de su libro, absorto en una imagen que representaba un gato negro, se había puesto a canturrear en voz baja unas palabras de su invención: «¡Oh, gato bonito!, ¡oh, gato feo!, ¡oh, gato bonito y feo!», y así sucesivamente, con el mismo acento quejumbroso.

Claude, exasperado por aquel bordoneo, no había caído en la cuenta al principio de lo que le alteraba de aquel modo mientras hablaba. Luego la frase obsesiva del niño penetró claramente en sus oídos.

—¡Deja de fastidiarnos con tu maldito gato! —exclamó, furioso.

—¡Jacques, cállate cuando habla tu padre! —repitió Christine.

—¡De veras, palabra que se está volviendo idiota!... Mira la cabeza que tiene, ¿no es la viva estampa de la idiotez? Es desesperante... Contesta, ¿qué quieres decir con tu gato bonito y feo?

El chaval, pálido, balanceando su cabeza demasiado grande, respondió con cara de asombro.

—No lo sé.

Y, como su padre y su madre se miraban, desalentados, apoyó una de sus mejillas en su libro abierto y ya no se movió, no habló más, con los ojos muy abiertos.

Avanzada la velada, Christine quiso acostarlo; pero Claude había reanudado ya sus explicaciones. Anunciaba ahora que iría, a partir del día siguiente, a hacer un croquis del natural, simplemente para fijar sus ideas. Se le ocurrió decir también que se compraría un pequeño caballete de campaña, una compra con la que soñaba desde hacía meses. Insistió, habló de dinero. Ella se alteraba y acabó confesándolo todo, el último céntimo que se había gastado por la mañana, la bata de seda empeñada para tener dinero para la noche. Y entonces él tuvo un ataque de remordimientos y de cariño, la abrazó pidiéndole perdón por haberse quejado en la mesa. Ella no podía menos que disculparle, pues habría sido capaz de matar a su padre y a su madre, como le repetía él, cuando esa maldita pintura se apoderaba de sus entrañas. Por otra parte, el Monte de Piedad le hizo reír, desafiaba a la miseria.

—¡Sólo te digo que ya está! Ese cuadro será un éxito.

Ella guardaba silencio, pensaba en el encuentro que había tenido y que quería ocultarle; pero se le escapó irremediabilmente de los labios, sin causa aparente, sin transición, en aquella especie de embotamiento que la embargaba.

—La señora Vanzade ha muerto.

Él se quedó asombrado. Ah, ¿de veras? ¿Cómo lo sabía?

—Me he encontrado con su antiguo ayuda de cámara... ¡Oh!, todo un caballero actualmente, muy garboso, pese a sus setenta años. No lo reconocí, fue él quien me dirigió la palabra... Sí, ha muerto, hará unas seis semanas. Sus millones han ido a parar a los hospicios, salvo una pequeña renta que los dos viejos servidores disfrutaban actualmente viviendo como pequeños burgueses.

Él la miraba, murmuró finalmente con voz triste:

—Mi pobre Christine, te sientes arrepentida, ¿no? Ella te habría dotado, te habría casado, bien que te lo dije hace tiempo. Serías tal vez su heredera, y no te morirías de hambre con alguien chiflado como yo.

Pero ella pareció entonces despertarse. Acercó violentamente su silla, le cogió de un brazo y se abandonó contra él en una protesta de todo su ser.

—Pero ¿qué dices? ¡Oh, no! ¡Oh, no!... Habría sido una vergüenza si hubiera pensado en su dinero. Te lo confesaría, sabes que no soy mentirosa; pero no sé qué me ha dado, un trastorno, tristeza, ¡ah!, ¿ves?, una tristeza al creer que todo iba a acabarse para mí... Es sin duda el remordimiento, sí, el remordimiento de haber abandonado brutalmente a esa pobre impedida, a esa mujer tan anciana, que me llamaba hija suya. Obré mal, lo que no me traerá suerte. Vamos, no digas que no, siento que para mí todo se ha acabado a partir de ahora.

Y rompió a llorar, sofocada por aquel arrepentimiento confuso en el que era incapaz de leer, bajo aquella sensación única de que su existencia estaba echada a perder, de que no le cabía esperar de la vida sino desgracias.

—Vamos, sécate los ojos —prosiguió él poniéndose cariñoso—. ¿Es posible que tú, que no eras nerviosa, te forjes quimeras y te atormentes de este modo?... ¡Qué diablos, saldremos de ésta! Y, en primer lugar, ¿sabes que has sido tú quien me ha hecho dar con el tema de mi cuadro?, ¿eh? ¡No estás tan maldita puesto que traes buena suerte!

El pequeño Jacques no había oído nada. Entumecido por la inmovilidad, acababa de dormirse, la mejilla pegada a su libro de estampas; y su cabeza demasiado grande de niño falto de talento, tan pesada a veces que le doblaba el cuello, palidecía bajo la lámpara. Cuando su madre le acostó, no abrió siquiera los ojos.

No fue hasta aquella época cuando a Claude se le ocurrió casarse con Christine. Cediendo a los consejos de Sandoz, que se asombraba de una irregularidad inútil, obedeció sobre todo a un sentimiento compasivo, a la necesidad de mostrarse bueno con ella y de hacerse perdonar así sus errores. Desde hacía un tiempo, la veía tan triste, tan inquieta por el futuro que no sabía cómo alegrarla. También él se agriaba, volviendo a caer en sus pasados ataques de cólera, la trataba a veces como a una sirvienta a la que se está a punto de poner de patitas en la calle. Sin duda, siendo su mujer legítima, se sentiría más en su casa y sufriría menos con sus brusquedades. Por lo demás, ella no había vuelto a hablar de matrimonio, como desapegada del mundo, de una discreción que se encomendaba en todo sólo a él; pero comprendía que ella se entristecía de no ser recibida en casa de Sandoz; y, por otra parte, no estaban ya la

libertad y la soledad del campo, estaba París, con las mil maledicencias del vecindario, de las relaciones obligadas, todo cuanto hiere a una mujer que vive con un hombre. Él, en el fondo, lo único que tenía contra el matrimonio eran las antiguas prevenciones de artista de vida sin ataduras. Dado que no iba a dejarla nunca, ¿por qué no complacerla en esto? Y, en efecto, cuando él le habló de ello, ella lanzó un gran grito, se arrojó a su cuello, sorprendida ella misma de sentir una emoción tan grande. Durante una semana, se sintió profundamente feliz. A continuación, esto se calmó, mucho tiempo antes de la ceremonia.

Por otra parte, Claude no aceleró ninguna formalidad, y la espera de los papeles necesarios fue larga. Seguía reuniendo estudios para su cuadro, ella parecía tan poco impaciente como él. ¿A qué fin? Ello no aportaría nada nuevo a su existencia. Habían decidido casarse solamente por lo civil, no por alardear de indiferencia con la religión, sino para que fuera rápido y simple. La cuestión de los testigos les incomodó durante un tiempo. Como ella no conocía a nadie, le propuso a Sandoz y a Mahoudeau; primero, en vez del último, había pensado en Dubuche; sólo que ya no lo veía, y temió comprometerlo. Para él se contentó con Jory y Gagnière. La cosa quedaba así entre amigos, no darían pábulo a las habladurías.

Habían pasado unas semanas, estaban en diciembre, con un frío terrible. La víspera de la boda, aunque les quedasen treinta y cinco francos apenas, se mostraron de acuerdo en que no se podía despedir a los testigos con un simple apretón de manos; y, queriendo evitar un gran desbarajuste en su hogar, decidieron invitarlos a comer en un pequeño restaurante del boulevard de Clichy. Luego, cada uno se volvería a su casa.

Por la mañana, mientras Christine cosía un cuello a un vestido de lana gris, que había tenido la coquetería de hacerse para la ocasión, a Claude, ya en levita, pataleando de aburrimiento, se le ocurrió pasar a recoger a Mahoudeau, con la excusa de que aquel muchacho era muy capaz de olvidarse de la cita. Desde otoño, el escultor vivía en Montmartre en un pequeño estudio de la rue des Tilleuls, a raíz de una serie de dramas que habían trastornado su vida: en primer lugar, el desahucio, una expulsión de la antigua frutería que ocupaba en la rue du Cherche-Midi; a continuación, una ruptura definitiva con Chaîne, a quien la desesperación de no vivir de sus pinceles acababa de arrojar a una aventura comercial, haciendo la ronda por las ferias de la periferia de París, donde dirigía un juego de rueda de fortuna por cuenta de una viuda, y, por último, la repentina volatilización de Mathilde, la herboristería vendida, la herborista desaparecida, raptada sin duda, escondida en algún alojamiento discreto para satisfacción de las pasiones de algún caballero. Ahora, pues, vivía solo, con redoblada miseria, comiendo cuando podía trabajar en algún ornamento de fachada o en alguna estatua de un compadre más afortunado a la que daba el último toque.

—¿Oyes?, voy a buscarle, es más seguro —repitió Claude a Christine—. Tenemos todavía dos horas por delante... Y, si llegan los demás, haz que esperen.

Iremos todos juntos a la alcaldía.

Una vez en la calle, Claude apresuró el paso en el frío punzante que helaba sus bigotes. El estudio de Mahoudeau se encontraba en el fondo de un casco antiguo; y tuvo que atravesar una serie de jardincillos, blancos de escarcha, de una desnuda y grave tristeza de cementerio. De lejos, reconoció la puerta, por la colosal estatua de yeso de la *Vendimiadora*, el antiguo éxito del Salón, que no había podido ser albergada en la exigua planta baja: acababa de pudrirse allí, semejante a un montón de escombros descargados de un volquete, corroída, lamentable, con el rostro surcado por los negros lagrimones de la lluvia. La llave estaba puesta, entró.

—¡Vaya!, ¿vienes a buscarme? —dijo Mahoudeau, sorprendido—. Sólo me falta ponerme el sombrero... Pero, espera, me estaba preguntando si encender un poco de fuego. Me preocupa mi muchacha.

El agua de una cubeta estaba congelada, en el estudio helaba igual que en el exterior, pues, desde hacía ocho días, sin un céntimo en el bolsillo, ahorra un pequeño resto de carbón, encendiendo la estufa nada más de una hora o dos por la mañana. Era aquel estudio una especie de patético panteón, en comparación con el cual la tienda de antaño despertaba recuerdos de tibio bienestar, a tal punto las paredes desnudas y el techo agrietado arrojaban sobre los hombros un helor de sudario. En los rincones, otras estatuas, menos voluminosas, yesos hechos con pasión, expuestos, luego devueltos allí por falta de comprador, tiritaban con la nariz pegada contra la pared, alineadas en una lúgubre fila de lisiados, varias ya rotas, exhibiendo muñones, todas cubiertas de polvo, salpicadas de barro; y aquellas miserables desnudeces arrastraban así durante años su agonía ante los ojos del artista que les había dado su sangre, conservadas al principio con celosa pasión, pese a la falta de espacio, y caídas posteriormente en el grotesco horror de las cosas muertas, hasta el día en que, cogiendo un martillo, las remataba él mismo, reduciéndolas a puro yeso para desembarazarse de su existencia.

—¿Qué?, ¿dices que tenemos aún dos horas? —prosiguió Mahoudeau—. Pues bien, voy a encender un poco de fuego, será lo más prudente.

Entonces, encendiendo la estufa, se quejaba con voz colérica. ¡Ah, qué oficio de perros el de escultor! Hasta el último de los albañiles era más feliz. Una estatua que la administración compraba por tres mil francos había costado casi dos mil, incluidos el modelo, la tierra, el mármol o el bronce, todo tipo de gastos; y en definitiva para quedar almacenada en algún sótano oficial con la excusa de la falta de espacio: las hornacinas de los monumentos estaban vacías, los pedestales esperaban en los jardines públicos, pero ¡qué importaba!, siempre había falta de espacio. Ninguna posibilidad de trabajo para los particulares, algunos bustos apenas, una estatua hecha de prisa y corriendo y con rebaja de vez en cuando para una obra subvencionada. La más noble de las artes, la más viril, ¡sí!, pero la que con más seguridad mataba de hambre.

—¿Tu trabajo avanza? —preguntó Claude.

—Sin este maldito frío, estaría terminada —respondió—. Vas a verla.

Se incorporó, tras haber escuchado zumbar la estufa. En medio del estudio, en un asiento hecho con una caja de embalaje, reforzado con unos travesaños, se alzaba una estatua envuelta en unos viejos paños, completamente helados, de una dureza que volvía los pliegues como aristas, que la dibujaban como debajo de la blancura de una mortaja. Era, en fin, su viejo sueño no cumplido hasta entonces por falta de dinero: una figura de pie, *La bañista*, de la que andaban por su casa más de diez maquetas, desde hacía años. En una hora de impaciente rebelión, había fabricado él mismo una armadura con unos mangos de escoba, prescindiendo del necesario hierro y confiando en que la madera fuera lo bastante resistente. De tiempo en tiempo la sacudía para comprobarlo; pero no se había movido aún.

—Caray —murmuró—, un poco de aire caliente le sentará bien... Están pegados a ella como una verdadera coraza.

Los paños crujían bajo la presión de sus dedos, rompiéndose en pedazos de hielo. Tuvo que esperar a que el calor los hubiese deshelado un poco; y, con mil precauciones, la desenvolvió, primero la cabeza, luego los pechos y a continuación las caderas, feliz de verla de nuevo intacta, sonriendo como un amante ante su desnudez de mujer adorada.

—Eh, ¿qué me dices?

Claude, que sólo había visto el boceto, meneó la cabeza para no responder enseguida. Decididamente, el bueno de Mahoudeau se traicionaba, lograba la gracia a su pesar, mediante las bonitas cosas que florecían de sus dedos de antiguo cantero. Desde su colosal *Vendimiadora*, había ido empequeñeciendo sus obras, sin parecer ser consciente de ello, mientras seguía proclamando el radicalismo de su posición, pero cediendo a la suavidad que ofuscaba sus ojos. Los pechos gigantes se volvían infantiles, los muslos se alargaban en una esbelta elegancia, estaba, en fin, la verdadera naturaleza que reafloraba bajo la ambición deshinchada. Aún exagerada, *La bañista* poseía ya un gran encanto, con su estremecimiento de los hombros, sus dos brazos pegados a los costados que alzaban los pechos, unos pechos amorosos, petrificados en el deseo de la mujer, que su miseria exasperaba; y, forzosamente casto, había hecho así una carne sensual, que lo turbaba.

—¿Así que no te gusta? —prosiguió con expresión molesta.

—Oh, sí, sí... Creo que tienes razón suavizando un poco el tema, dado que tú sientes así. Tendrás éxito con esto. Sí, es evidente, esto gustará mucho.

Mahoudeau, a quien unos elogios semejantes habrían consternado en otro tiempo, pareció encantado. Explicó que quería conquistar al público, sin renunciar a sus convicciones.

—¡Ah, maldita sea!, ¡me alivia saber que te gusta, porque la habría demolido si me llegas a decir que lo hiciera, palabra de honor!... Otros quince días más de trabajo y vendo mi piel a quien la quiera para pagar al moldeador... ¿Qué me dices? ¿Verdad que haré un buen papel en el Salón? ¡Tal vez caiga una medalla!

Reía, se agitaba; e, interrumpiéndose, dijo:

—Ya que no tenemos prisa, siéntate, pues... Quiero esperar a que los paños estén completamente deshelados.

La estufa empezaba a enrojecer, se desprendía un gran calor. *La bañista*, colocada muy cerca, parecía precisamente revivir bajo la tibia onda que recorría su espinazo, desde las corvas hasta la nuca. Y ambos, sentados ahora, seguían mirándola de frente y charlando de ella, discutiendo los detalles y deteniéndose en cada parte de su anatomía. El escultor, sobre todo, excitándose en su alegría, la acariciaba de lejos con un gesto que seguía sus curvas. ¿Eh?, ¡el vientre en forma de concha y ese bonito pliegue en el talle que resaltaba la redondez de la cadera izquierda!

En aquel momento, Claude, fijos los ojos en el vientre, creyó tener una alucinación. *La bañista* se movía, el vientre se había estremecido en una ligera ondulación, la cadera izquierda se había tensado aún más, como si la pierna derecha fuera a ponerse en movimiento.

—Y los pequeños repliegues que corren hacia los riñones —continuaba diciendo Mahoudeau sin advertir nada—. ¡Ah, en eso sí que me he esmerado! Mira, amigo, la piel es de un aspecto satinado.

Poco a poco, la estatua se animaba entera. Los riñones se movían, el pecho se hinchaba en un gran suspiro, entre los brazos que ya no estaban pegados. Y, bruscamente, la cabeza se inclinó, los muslos se doblaron, caía como una persona viva, con la angustia aterrada, el arranque de dolor de una mujer que se desploma.

Claude comprendió por fin, cuando Mahoudeau lanzó un grito terrible.

—¡Madre de Dios! ¡Pero si se quiebra, se cae al suelo!

Al deshelarse, la tierra había roto la madera demasiado débil del armazón. Se produjo un crujido, se oyó un quebranto de huesos. Y él, con el mismo gesto amoroso con el que se enardecía acariciándola de lejos, abrió los dos brazos, a riesgo de perecer debajo de ella. Osciló durante un segundo y luego se abatió de golpe, de bruces, truncada por los tobillos, dejando sus pies pegados a la tabla.

Claude se había lanzado para contenerle.

—¡Por Dios! ¡Va a aplastarte!

Pero, temblando de verla besar el suelo, Mahoudeau permanecía con las manos tendidas. Y pareció caerle sobre el cuello y que él la recibía en su abrazo: apretó los brazos sobre aquella gran desnudez virginal, que se animaba como bajo el primer despertar de la carne. Y la sostuvo, el pecho tan amado se aplastó contra uno de sus hombros, los muslos fueron a golpear contra los suyos mientras la cabeza, separada del cuerpo, rodaba por el suelo. Fue tal la sacudida que se vio arrastrado por ella, acabando contra la pared; y, sin soltar aquel pedazo de mujer, se quedó aturdido, yaciendo junto a ella.

—¡Ah, maldita sea! —repetía furiosamente Claude, que le creía muerto.

No sin esfuerzo, Mahoudeau se arrodilló y rompió en sollozos. En su caída, sólo se había machucado el rostro. Corría sangre por una de sus mejillas, mezclada con

sus lágrimas.

—¡Qué vida más perra! ¡Mejor mandarlo todo a hacer gárgaras cuando no se puede comprar ni un par de soportes!... Y aquí la tienes, aquí la tienes...

Sus sollozos se redoblaban, un agónico lamento, un doloroso aullar de amante frente al cadáver mutilado objeto de sus amores. Con gestos erráticos tocaba sus miembros, desparramados en torno de él, la cabeza, el torso, los brazos que se habían roto; pero sobre todo el pecho hundido, aquellos senos aplastados, como operados de un mal espantoso, le ahogaba, le hacía volver en todo momento a él para sondear la herida, como si buscara la fisura por la que se había escapado la vida; y sus lágrimas de sangre rodaban, manchaban de rojo las heridas.

—Ayúdame —balbució—. No podemos dejarla así.

La emoción había embargado a Claude, que tenía los ojos también húmedos por un sentimiento fraternal de artista. Aunque se mostró solícito, el escultor, tras haber reclamado su ayuda, quería ser el único en recoger aquellos pedazos, como si temiera para ellos la brutalidad de cualquier otra persona. Se arrastraba lentamente de rodillas y cogía los fragmentos uno por uno, dejándolos y reuniéndolos sobre una tabla. No tardó la figura en estar de nuevo entera, semejante a una de esas suicidas por amor que se despachuran al lanzarse desde lo alto de un edificio y que se recomponen, figuras tragicómicas dignas de lástima, para llevarlas a la morgue. Sentado sobre sus posaderas, delante de ella, Mahoudeau no le quitaba los ojos de encima, se abstraía en una desconsolada contemplación. Sin embargo, sus sollozos se iban calmando. Finalmente dijo con un gran suspiro:

—¡La haré yacente, qué remedio!... ¡Ah, mi pobre muchacha, me costó tanto ponerla en pie, y me parecía tan grande!

Pero, de pronto, Claude se inquietó. ¿Y su boda? Fue preciso que Mahoudeau se cambiara de ropa. Como no tenía otra levita, tuvo que contentarse con una simple americana. Luego, cuando la figura estuvo cubierta con unos paños, como una muerta sobre la que se ha echado una sábana, los dos se fueron corriendo. La estufa zumbaba, el deshielo llenaba de agua el estudio, donde los viejos yesos polvorientos rezumaban barro.

En la rue de Douai ya no había más que el pequeño Jacques, que había sido confiado a la portera. Christine, cansada de esperar, acababa de salir con los otros tres testigos creyendo que había habido un malentendido: tal vez Claude le había dicho que iría directamente allí, en compañía de Mahoudeau. Por lo que éstos se pusieron de nuevo rápidamente en camino, alcanzando a Christine y a los amigos en la rue Drouot, delante de la alcaldía. Subieron juntos, fueron muy mal recibidos por el ujier de turno debido al retraso. Por otra parte, el casamiento fue despachado en pocos minutos en una sala absolutamente vacía. El alcalde mascullaba, los contrayentes pronunciaron lacónicamente el «sí» sacramental, mientras los testigos estaban asombrados del mal gusto de la sala. Ya en la calle, Claude volvió a tomar del brazo a Christine, y eso fue todo.

La gélida temperatura invitaba a andar. El grupo regresó tranquilamente a pie, subió por la rue des Martyrs para dirigirse al restaurante del boulevard de Clichy. Se había reservado un pequeño salón, el almuerzo resultó muy amigable; y no se hizo la menor mención a la simple formalidad que acaban de llevar a cabo, se habló todo el tiempo de otra cosa, como en una de sus habituales reuniones entre amigos.

Así fue como Christine, muy emocionada en el fondo, si bien aparentando indiferencia, escuchó durante tres horas a su marido y a los testigos hablar acaloradamente acerca de la muchacha de Mahoudeau. Apenas los otros se enteraron de lo ocurrido, insistían en preguntar sobre los más mínimos detalles. Sandoz encontraba lo sucedido asombroso. Jory y Gagnière discutían sobre la resistencia de los amazones, el primero sensible a la pérdida de dinero, el segundo demostrando con una silla que se habría podido mantener en pie la estatua. En cuanto a Mahoudeau, todavía afectado, lleno de estupor, se quejaba de unas agujetas que no había sentido en un primer momento: le dolían todos los miembros, tenía los músculos lastimados, la piel contusionada, como después de haberse desprendido del abrazo de una amante de piedra. Y Christine le lavó la excoriación de la mejilla que de nuevo le sangraba, y él tenía la impresión de que aquella estatua de mujer mutilada se sentaba a la mesa con ellos, que sólo ella importaba aquel día, la única que apasionaba a Claude, cuyo relato, repetido veinte veces, no dejaba de referirse a la emoción que había sentido delante de aquel pecho y de aquellas caderas de arcilla hechos trizas a sus pies.

Pero, a los postres, hubo un cambio de tema de conversación. Gagnière le preguntó de repente a Jory:

—A propósito, te vi con Mathilde el domingo... Sí, sí, en la rue Dauphine.

Jory, rojo como un tomate, intentó mentir; pero, arrugando la nariz y frunciendo la boca, se echó a reír con cara de idiota.

—Oh, un encuentro... ¡Palabra de honor! No sé dónde vive, os lo hubiera dicho.

—Pero ¡cómo!, ¿eres tú quien la tiene escondida? —exclamó Mahoudeau—. Vamos, puedes quedártela, nadie te la reclama.

Lo cierto era que Jory, en contra de su costumbre de prudencia y de avaricia, tenía enclaustrada a Mathilde en un cuartito. Ella le tenía enganchado por el vicio, y él que, para no pagar, vivía en otro tiempo de sus encuentros fortuitos por la calle, se deslizaba ahora poco menos que hacia una vida marital con aquella chupasangre.

—¡Bah, uno disfruta con lo que puede! —dijo Sandoz con filosófica indulgencia.

—Es muy cierto —se limitó a responder Jory mientras se encendía un cigarro.

Se entretuvieron, caía la noche cuando acompañaron a casa a Mahoudeau, quien, decididamente, quería irse a la cama. Y, de vuelta, Claude y Christine, tras haber recogido a Jacques en la portería, encontraron el estudio frío, invadido por tan densas sombras que anduvieron a tientas un rato antes de poder encender la lámpara. Hubo también que volver a encender la estufa; dieron las siete, momento en que por fin respiraron a sus anchas. Pero, como no tenían apetito, se acabaron un resto de carne

hervida, más que nada para incitar al niño a tomarse su sopa; y, cuando le hubieron acostado, se instalaron a la luz de la lámpara, como hacían todas las noches.

Christine no había cogido, sin embargo, ninguna labor, demasiado agitada como estaba para trabajar. Permanecía allí, con las manos ociosas sobre la mesa, mirando a Claude, quien no había tardado nada en enfrascarse en un dibujo, un ángulo de su cuadro, unos obreros del puerto de Saint-Nicolas que descargaban yeso. Un ensueño profundo, recuerdos, nostalgias cruzaban por su mente, por el fondo de sus ojos de mirada perdida; y, paulatinamente, fue reinando una tristeza creciente, una gran pesadumbre muda que pareció embargarla por entero en medio de aquella indiferencia, de aquella infinita soledad en que caía tan cerca de él. Ciertamente estaba allí con ella, al otro lado de la mesa; pero ¡qué lejos lo sentía, allí, delante de la punta de la Cité, más lejos aún, en el infinito inaccesible del arte, tan lejos ahora que nunca lograría darle alcance! Había intentado repetidas veces entablar conversación, sin conseguir hacerle responder. Como pasaban las horas y se amodorraba de no hacer nada, acabó sacando su monedero y contando el dinero.

—¿Sabes cuánto tenemos para empezar nuestra vida de casados?

Claude no levantó siquiera la cabeza.

—Tenemos nueve sueldos... ¡Ah, qué miseria!

Él se encogió de hombros y gruñó por fin:

—¡Seremos ricos, ya verás!

Y se hizo de nuevo el silencio, ella no trató siquiera de volver a romperlo, mientras contemplaba los nueve sueldos alineados sobre la mesa. Dieron las doce de la noche, ella se estremeció, enferma de la espera y del frío.

—¿Nos vamos a la cama? —murmuró ella—. No puedo más.

Él estaba tan absorto en su trabajo que ni oyó lo que decía.

—¿Oyes? Se ha apagado la estufa, vamos a pillar algo... Acostémonos.

Aquella voz suplicante caló en él, le hizo estremecerse de una repentina exasperación.

—¡Pues acuéstate si quieres!... Ya ves que quiero acabar una cosa.

Ella se quedó unos momentos más, sobrecogida ante aquella ira, con semblante apesadumbrado. Luego, sintiéndose importuna y comprendiendo que su sola presencia de mujer desocupada le sacaba de quicio, abandonó la mesa y fue a acostarse, dejando la puerta abierta de par en par. Pasó media hora, tres cuartos de hora; ningún ruido, ni siquiera un soplo salía de la habitación; pero ella no dormía, tumbada boca arriba, los ojos abiertos en la sombra; y se arriesgó a llamarle tímidamente por última vez, desde el fondo de la alcoba tenebrosa.

—Te espero, tesoro... Por favor, tesoro, ven a acostarte.

Recibió un juramento por toda respuesta. No hubo ya ni un movimiento más, tal vez ella se había amodorrado. En el estudio, el gélido frío aumentó, la lámpara tiznada ardía con roja llama, mientras él, inclinado sobre su dibujo, no parecía ser consciente del lento transcurrir de los minutos.

A las dos, sin embargo, Claude se levantó, furioso de que la lámpara se hubiera apagado por falta de aceite. Sólo alcanzó a llevarla a la habitación para no desvestirse a tientas. Pero su descontento se acrecentó al ver a Christine, boca arriba, con los ojos abiertos.

—Pero ¡cómo! ¿No duermes?

—No, no tengo sueño.

—Ah, ya sé, es un reproche... Te he dicho veinte veces que no me gusta que me esperes despierta.

Y, con la lámpara apagada, se tumbó a su lado, en la oscuridad. Ella seguía sin moverse, él bostezó dos veces, rendido de cansancio. Los dos permanecían despiertos, pero no encontraban nada que decirse. Él, que había cogido frío, con las piernas yertas, helaba las sábanas. Finalmente, al cabo de unas vagas reflexiones, cuando le vencía el sueño, exclamó súbitamente:

—Lo que es asombroso es que no se haya hecho añicos el vientre, ¡oh, un vientre precioso!

—¿Qué? —preguntó Christine, espantada.

—La muchacha de Mahoudeau.

Ella sufrió una sacudida nerviosa, se dio la vuelta y hundió la cabeza en la almohada; y él se quedó estupefacto de oírla romper en llanto.

—¿Qué? ¿Lloras?

Se ahogaba, sollozaba tan fuerte que el colchón se veía sacudido.

—Vamos, ¿qué te pasa? Yo no te he dicho nada. ¡Querida, vamos!

A medida que él hablaba, adivinaba ahora la causa de aquella gran tristeza. Ciertamente, en un día como aquél, hubiera tenido que acostarse a la misma hora que ella; pero era completamente inocente, no había pensado en absoluto en aquellas historias. Ella sabía cómo era, se volvía un verdadero bruto cuando se ponía a trabajar.

—Vamos, querida, no estamos juntos desde ayer... Sí, lo tenías todo dispuesto en tu cabecita. Querías estar casada, ¿no?... Vamos, no llores más, ya sabes que no soy malo.

Él la había cogido, ella se abandonó. Pero, por más que se abrazaban, la pasión estaba muerta. Así lo comprendieron cuando se desprendieron y se encontraron tendidos el uno al lado de otro, convertidos ya en unos extraños, con la sensación de que se alzaba una barrera entre ellos, otro cuerpo cuya frialdad les había ya rozado, algunos días, desde el apasionado comienzo de su relación. Nunca más, en lo sucesivo, se compenetrarían. Había algo irreparable, una fractura, se había producido un vacío. La esposa disminuía a la amante, aquella formalidad del matrimonio parecía haber matado el amor.

IX

Claude, que no podía pintar su gran cuadro en el pequeño estudio de la rue de Douai, decidió alquilar en otra parte algún cobertizo lo bastante espacioso; y encontró lo que andaba buscando mientras paseaba por el cerro de Montmartre, en mitad de la cuesta de la rue Tourlaque, esa calle que desciende por detrás del cementerio y desde donde se domina Clichy hasta la zona pantanosa de Gennevilliers. Era un antiguo tendadero de tintorero, una barraca de unos quince metros de largo por diez de ancho, cuyas tablas y enyesado dejaban pasar todos los vientos del cielo. Se la alquilaban por trescientos francos. Se avecinaba el verano, despacharía enseguida su cuadro y luego la dejaría.

A partir de aquel momento, enfervorizado por el trabajo y lleno de esperanza, decidió afrontar todos los gastos que fueran necesarios. Dado que la fortuna era segura, ¿por qué ponerle trabas con inútiles prudencias? Haciendo uso de su derecho, retiró mil francos del capital de su renta, se acostumbró a ir sacando sin llevar las cuentas. Al principio lo hizo a escondidas de Christine, porque ella se lo había impedido ya dos veces; y, cuando tuvo que decírselo, también ella, después de ocho días de reproches y de alarmas, se acostumbró a ello, feliz por el bienestar en que vivía, cediendo a la grata sensación de tener siempre dinero en el bolsillo. Fueron unos años de placentero abandono.

Pronto Claude no vivió más que para su cuadro. Había amueblado el gran estudio someramente: unas sillas, su viejo diván del quai de Bourbon, una mesa de pino, por la que había pagado cien sueldos en una almoneda. No tenía la vanidad de una instalación lujosa en la práctica de su arte. Su único gasto fue una escalera con ruedas, con repisa y estribo abatibles. A continuación, se ocupó de su tela, que quería que fuera de ocho metros de largo por cinco de alto; y se empeñó en prepararla él mismo, encargó el bastidor, compró la tela sin costura, que dos amigos y él mismo se las vieron y desearon para tensar con unas tenazas; luego se limitó a cubrirla a espátula de una capa de albayalde, negándose a encolarla, para que fuera absorbente, cosa que, al decir suyo, hacía la pintura clara y resistente. Ni pensar en un caballete, imposible de manejar con semejante pieza. Así pues, ideó un sistema de maderos y de cuerdas que la sostenía contra la pared, algo inclinada, bajo una luz oblicua. Y, a lo largo de aquella vasta capa blanca, rodaba la escalera: era una construcción en toda regla, una estructura catedralicia delante de la obra que había que crear.

Pero, cuando todo estuvo dispuesto, le asaltaron los escrúpulos. Le atormentaba la idea de que tal vez no había elegido, allí, del natural, la mejor iluminación. ¿Acaso no habría sido preferible un efecto de mañana? ¿Acaso habría tenido que elegir un tiempo gris? Volvió al Pont des Saints-Pères, y vivió allí otros tres meses.

A todas horas, hiciera el tiempo que hiciese, la Cité se alzó delante de él entre los dos espacios abiertos del río. Bajo una nevada tardía, la vio forrada de armiño, por encima del agua color de fango, destacándose contra un cielo de pizarra clara. La vio,

en los primeros días de sol, secarse del invierno, reencontrar su infancia, con los brotes verdes de los grandes árboles del terraplén. La vio, un día de leve niebla, retroceder, evaporarse, ligera y temblorosa como un palacio de ensueño. Luego vinieron unas lluvias torrenciales que la sumergían, la ocultaban detrás de la inmensa cortina entre cielo y tierra; tormentas, cuyos relámpagos la mostraban de color rojizo, de una turbia luz de lugar peligroso, medio derruida por unos enormes nubarrones bajos de color cobrizo; vientos huracanados que la barrían, aguzando sus agujas y recortándola limpiamente, desnuda y flagelada, en el azul pálido del aire. Otras veces también, cuando el sol se pulverizaba entre los vapores del Sena, se bañaba en el fondo de aquella claridad difusa, sin una sombra, igual de iluminada por todas partes, de una delicadeza encantadora de joya tallada en oro fino. Quiso verla al alba, cuando surgía de las brumas matinales, cuando el quai de l'Horloge enrojece y el quai des Orfèvres permanece oscurecido por las tinieblas, ya toda viva en el cielo color rosa por el despertar fulgurante de sus torres y de sus agujas, mientras que la noche descende lentamente de los edificios, como un manto que cae. Quiso verla a mediodía, bajo el sol cayendo a plomo, devorada por la claridad cruda, descolorida y muda como una ciudad muerta, sin tener más vida que el calor, el temblor con que vibraban los lejanos tejados. Quiso verla al sol poniente, cuando se entregaba a la noche que poco a poco subía del río, guardando en las aristas de los monumentos las franjas de ascuas a punto de apagarse, con los últimos incendios que prendían en las ventanas, bruscas llamaradas de cristales que lanzaban pavesas y perforaban las fachadas. Pero, delante de aquellas veinte Cités distintas, a cualquier hora del día, hiciera el tiempo que hiciese, volvía siempre a la Cité que había visto la primera vez, hacia las cuatro, un bonito atardecer de septiembre, aquella Cité serena bajo el ligero viento, aquel corazón de París latiendo en la transparencia del aire, como ensanchado por la inmensidad del cielo, que era atravesado por un vuelo de nubecillas.

Claude se pasaba allí los días, a la sombra del Pont des Saints-Pères. Se refugiaba allí, había hecho de él su morada, su techo. El continuo ruido de los coches, semejante a un retumbo lejano de trueno, ya no le molestaba. Instalado contra el primer machón, por debajo de las enormes cimbras de hierro fundido, hacía croquis, pintaba estudios preparatorios. Nunca se sentía lo bastante informado, dibujaba el mismo detalle diez veces. Los empleados de la Navegación, cuyas oficinas estaban allí, habían acabado por conocerle; y hasta la mujer de un vigilante, que vivía en una especie de camarote embreado, con su marido, dos hijos y un gato, le guardaba sus telas frescas para que no tuviera que molestarse en pasearlas a diario a través de las calles. Aquel refugio era una alegría para él, debajo de aquel París que retumbaba en el aire, cuya apasionada vida oía transcurrir sobre su cabeza. El puerto de Saint-Nicolas le apasionó primero con su continua actividad de puerto alejado del mar, en pleno barrio del Institut: la grúa de vapor, la *Sophie*, maniobraba, izando bloques de piedra; acudían volquetes para ser cargados de arena; bestias y hombres tiraban de ellos, entre jadeos, por los grandes adoquinados en pendiente que descendían hasta el

agua, hasta aquel borde de granito donde había amarradas una doble fila de chalanas y de gabarras; y, durante semanas, se había aplicado a un estudio, unos obreros descargando un barca cargada de yeso, que llevaban sobre la espalda sacos blancos y dejaban tras de sí un camino blanco, empolvados ellos mismos de blanco, mientras, cerca de allí, otra barca, vacía de su carga de carbón, había ensuciado la orilla con un manchón de tinta. A continuación, reprodujo el perfil de los baños, así como de un lavadero en el otro plano, con sus ventanas acristaladas abiertas, las lavanderas en fila, arrodilladas a nivel de la corriente, restregando su ropa. En el medio, estudió una barca pilotada con la espadilla por un marinero, luego un remolcador más en el fondo, un vapor del atoaje que jalaba su cabo y tiraba de un tren de toneles y de tablas. Aunque los fondos los tenía desde hacía tiempo, rehízo no obstante algunos fragmentos, los dos espacios abiertos del Sena, un gran cielo completamente aislado donde no se alzaban más que las agujas y las torres doradas de sol. Y, debajo del acogedor puente, en aquel rincón tan apartado como la concavidad lejana de unas rocas, raramente le molestaba curioso alguno, los pescadores de caña pasaban con despectiva indiferencia, sólo tenía por compañero al gato del vigilante, que se relamía al sol, tranquilo en medio del tumulto del mundo de arriba.

Finalmente, Claude tuvo todos sus cartones. Trazó en unos pocos días un esbozo de conjunto, y dio comienzo a la gran obra. Pero, durante todo el verano, se entabló, en la rue Tourlaque, entre él y su inmensa tela, una primera batalla, pues se había obstinado en querer valerse de la cuadrícula para trasladar su composición y no lograba su propósito, tropezando con errores continuos, a la menor desviación de aquel trazado matemático, al que no estaba acostumbrado, lo cual le indignaba. Hizo caso omiso, a reserva de corregir más tarde, cubrió la tela acaloradamente, presa de una fiebre tal que pasaba el día entero en su escalera, manejando brochas enormes, empleando una fuerza muscular capaz de mover montañas. Por la noche se tambaleaba como un borracho, se dormía con el último bocado, fulminado, y su mujer tenía que acostarle, como si fuera un niño. De este trabajo heroico salió un boceto magistral, uno de esos bocetos en los que brilla el genio, en el caos aún irresuelto de los tonos. Bongrand, que fue a verle, cogió al pintor entre sus grandes brazos y le abrazó hasta sofocarlo, con los ojos inundados de lágrimas. Sandoz, entusiasmado, dio una cena; los otros, Jory, Mahoudeau, Gagnière, difundieron de nuevo el anuncio de una obra maestra; en cuanto a Fagerolles, se quedó un instante inmóvil, luego estalló en felicitaciones, porque aquello le parecía muy hermoso.

Y Claude, en efecto, como si esta ironía de un hombre hábil le hubiera traído mala suerte, no hizo a continuación sino estropear su boceto. Era la historia de siempre, se vaciaba de golpe en un magnífico impulso; pero luego no conseguía que le saliera el resto, no sabía acabarlo. Se repetía su impotencia, vivió dos años delante de aquella tela, insensible a todo lo demás, unas veces sintiéndose en el séptimo cielo por una alegría loca, otras cayendo de las nubes, tan miserable, tan desgarrado por las dudas que los moribundos agonizando en las camas de hospital eran más felices que

él. Ya por dos veces no le había dado tiempo de presentarse al Salón; pues siempre, en el último momento, cuando esperaba terminar en unas pocas sesiones, le encontraba pegas, sentía que la composición crujía y se desmoronaba bajo sus dedos. Al acercarse el tercer Salón, tuvo una crisis terrible, permaneció quince días sin ir a su estudio de la rue Tourlaque; y, cuando volvió a entrar en él, fue como si entrara en una casa dejada vacía por la muerte: puso la gran tela del revés contra la pared e hizo rodar la escalera hasta un rincón, y lo habría roto, quemado todo si sus manos desfallecientes hubieran tenido las fuerzas necesarias para ello. Pero ya nada existía, un viento de cólera acababa de barrer el suelo, hablaba de ponerse a hacer cosas de pequeño tamaño, en vista de que era incapaz de realizar grandes trabajos.

Muy a su pesar, su primer proyecto de cuadro le llevó de nuevo allí, delante de la Cité. ¿Por qué no limitarse a pintar una vista, en una tela de tamaño mediano? Tan sólo una especie de pudor, mezclado de unos extraños celos, le impidió ir a sentarse debajo del Pont des Saints-Pères: le parecía que aquel lugar era ahora sagrado, que no debía desflorar la virginidad de la gran obra, incluso muerta. Y se instaló en el extremo de la orilla, más arriba del Pont Saint-Nicolas. Esta vez, al menos, trabajaba directamente del natural, se regocijaba de no tener que trampear, como era inevitable hacerlo con las telas de un tamaño desmesurado. El cuadro, muy cuidado, más perfeccionado que de costumbre, corrió sin embargo la misma suerte que el resto delante del jurado, indignado por aquella pintura de «escoba borracha^[26]», expresión consagrada que corrió entonces por los estudios. Fue una bofetada tanto más dolorosa cuanto que se había hablado de concesiones, de gestiones hechas ante la Escuela para que fuera aceptado; y el pintor, dolido, llorando de rabia, arrancó la tela a delgadas tiras y la quemó en su estufa cuando le fue devuelta. No le bastaba con matarla de una cuchillada, era preciso aniquilarla.

Pasó otro año para Claude en trabajos sin importancia. Trabajaba por costumbre, sin terminar nada; él mismo decía, con una risa dolorosa, que se había extraviado y andaba buscándose. En el fondo, la conciencia tenaz de su genio le dejaba una esperanza indestructible, incluso durante las largas crisis de abatimiento. Sufría como un condenado haciendo rodar la eterna roca que le caía encima y le aplastaba; pero le quedaba el porvenir, la certeza de que la levantaría, algún día, con sus dos manos y la lanzaría contra las estrellas. Por fin se vio otra vez brillar sus ojos de pasión, se supo que se enclaustraba nuevamente en la rue Tourlaque. Él, que en otro tiempo se sentía siempre arrebatado, más allá de la obra presente, por el gran sueño de la obra futura, ahora se topaba de frente con aquel tema de la Cité. Era su idea fija, la barrera que cerraba su vida. Y no tardó en volver a hablar de ella libremente en una nueva llamarada de entusiasmo, gritando con infantil alegría que había encontrado y que estaba seguro de triunfar.

Una mañana, Claude, que no había vuelto a abrir hasta entonces su puerta, tuvo a bien dejar entrar a Sandoz. Éste fue a parar delante de un boceto, hecho con inspiración, sin modelo, admirable también de color. Por otra parte, el tema seguía

siendo el mismo: el puerto de Saint-Nicolas a la izquierda, la escuela de natación a la derecha, el Sena y la Cité en el fondo. Se quedó estupefacto, eso sí, al percibir en lugar de la barca pilotada por un marinero, otra muy grande que abarcaba toda la parte central de la composición y que ocupaban tres mujeres: una, en traje de baño, remando; la segunda, sentada en la borda con las piernas dentro del agua, su corpiño medio arrancado enseñando un hombro, y la tercera, derecha, totalmente desnuda en la proa, de una desnudez tan deslumbrante que irradiaba como un sol.

—¡Vaya!, ¡qué idea! —murmuró Sandoz—. ¿Qué hacen ahí esas mujeres?

—Pues se están bañando —respondió tan tranquilo Claude—. Acaban de darse un baño, lo que me sirve de motivo para un desnudo, un hallazgo, ¿no?... ¿Te parece chocante?

Su viejo amigo, que le conocía, tembló de temor a hundirle de nuevo en sus dudas.

—¿A mí?, ¡oh, no! Sólo que me temo que el público tampoco comprenda esta vez. No es en absoluto verosímil esta mujer desnuda, justo en medio de París.

Él se asombró ingenuamente.

—¡Ah!, ¿tú crees?... Pues bien, ¡peor para ellos! ¿Y eso qué importa, si mi mujer está bien pintada? Es lo que necesito, ¿ves?, para recobrar los ánimos.

Durante los días siguientes Sandoz volvió a referirse con tacto a aquella extraña composición, saliendo, por una necesidad de su carácter, en defensa de la causa de la lógica ultrajada. ¿Cómo podía un pintor moderno, que se preciaba de no pintar sino realidades, envilecer una obra a fuerza de introducir en ella tales imaginaciones? ¡Resultaba tan fácil elegir otros temas en los que el desnudo se hacía imperioso! Pero Claude se empeñaba, daba explicaciones malvadas y vehementes, pues no quería confesar la verdadera razón, una idea que se le había ocurrido, idea tan poco clara que no habría sido capaz de expresarla de forma precisa, aquel tormento de un simbolismo secreto, aquella vieja revitalización del romanticismo que le hacía encarnar en esa desnudez la carne misma de París, la ciudad desnuda y apasionada, resplandeciente de una belleza femenina. Y en ello entraba también su propia pasión, su amor por los bellos vientres, los muslos y los pechos fecundos, como ardía en deseos de crearlos profusamente en los alumbramientos continuos de su arte.

Ante la insistente argumentación de su amigo fingió, sin embargo, vacilar.

—Bueno, ya veré, vestiré más tarde a mi muchacha, puesto que te molesta... Pero por el momento quiero que siga así, ¿eh? Entiéndelo, me divierte.

Nunca volvió a hablar de ello, obstinadamente sordo, limitándose a arquear los hombros y a sonreír con aire de incomodidad cuando una alusión revelaba el estupor general a la vista de aquella Venus que nacía de la espuma del Sena, triunfal, entre los omnibus de los muelles y de los descargadores del puerto de Saint-Nicolas.

Era primavera, Claude iba a ponerse de nuevo delante de su gran cuadro, cuando una decisión, tomada en un día de prudencia, cambió la vida de la pareja. Christine se inquietaba a veces por todo aquel dinero gastado tan rápidamente, por las sumas que

mermaban sin cesar el capital. Ya no se llevaba la contabilidad desde que la fuente parecía inagotable. Al cabo de cuatro años, una mañana se asustaron cuando, tras haber solicitado un estado de cuentas, se les informó de que, de los veinte mil francos, apenas si quedaban tres mil. Enseguida tuvieron una reacción de ahorro exagerado, escatimando hasta en el pan, proponiéndose estrecharse el cinturón incluso en las necesidades básicas; y así fue como, en aquel primer impulso de sacrificio, abandonaron el alojamiento de la rue de Douai. ¿Para qué dos alquileres? En el viejo tendadero de la rue Tourlaque, todavía manchado de las aguas del tinte, había espacio suficiente para albergar la vida de tres personas. Pero no por ello instalarse allí fue menos laborioso, pues aquel taller de quince por diez metros no daba más que para una estancia, un cobertizo de bohemios habituados a hacerlo todo en común. Fue preciso que el propio pintor, ante la nula disposición del propietario, lo dividiera, en un extremo, con una pared medianera de tablas, al otro lado de la cual instaló una cocina y un dormitorio. Esto les encantó, pese a las grietas del tejado, por donde se filtraba el viento: los días de grandes tormentas se veían obligados a poner lebrillos debajo de las goteras más grandes. Era aquél un vacío lúgubre, con sus cuatro muebles que bailaban a lo largo de las paredes desnudas. Y se sentían orgullosos de estar alojados tan a sus anchas, les decían a sus amigos que el pequeño Jacques tendría al menos espacio para correr un poco. Aquel pobre de Jacques, a pesar de sus nueve años cumplidos, no crecía gran cosa; sólo su cabeza seguía haciéndose más gorda, no se le podía mandar más de ocho días seguidos a la escuela, de donde volvía atontado, enfermo por haber querido aprender; razón por la cual le dejaban generalmente vivir a cuatro patas a su alrededor, arrastrándose por los rincones.

Entonces, Christine, que desde hacía mucho tiempo no se inmiscuía ya en el trabajo diario de Claude, vivió de nuevo con él cada hora de las largas sesiones. Le ayudó a raspar y a apomazar la vieja tela, le dio consejos para sujetarla más firmemente a la pared. Pero constataron un desastre: la escalera con ruedas se había descompuesto a causa de la humedad del techo; y, temiendo caerse, él tuvo que reforzarla con un travesaño de roble, mientras ella le iba pasando, uno a uno, los clavos. Por segunda vez, todo estuvo listo de nuevo. Ella le miró mientras hacía a tamaño grande el nuevo esbozo, de pie detrás de él, hasta desfallecer de cansancio, dejándose deslizar luego en el suelo y quedándose allí, en cuclillas, mientras seguía mirando.

¡Ah, cómo habría querido arrebatárselo a aquella pintura que se lo había quitado! Por eso hacía de criada para él, dichosa de rebajarse a unos trabajos de peón. Desde que volvía a participar en su trabajo, codo con codo así los tres, él, ella y aquella tela, volvía a animarla una esperanza. Aunque se le había escapado, cuando lloraba totalmente sola en la rue de Douai, y él se demoraba en la rue Tourlaque, conchabado y agotado como con una amante, tal vez le reconquistara ahora que ella estaba allí, también ella, con su pasión. ¡Ah, aquella pintura, con qué celoso odio la detestaba!

Ya no era su antigua rebelión de pequeñoburguesa que pintaba acuarelas contra aquel arte libre, soberbio y brutal. No, poco a poco lo había comprendido, atraída al principio por su amor al pintor y ganada a continuación por el regalo de la luz, el encanto original de las tonalidades rubias. En la actualidad lo había aceptado todo, los terrenos de color lila, los árboles azules. Incluso empezaba a hacerla temblar una especie de respeto delante de aquellas obras que le habían parecido tan abominables en otro tiempo. Las veía llenas de fuerza, las trataba como rivales que no podía tomarse a risa. Y su rencor iba en aumento a la par que su admiración, se indignaba de asistir a aquella disminución de sí misma, a aquel otro amor que la abofeteaba en su propio hogar.

Fue al principio una lucha sorda de cada minuto. Ella se imponía, a cada momento interponía cuanto podía de su cuerpo, un hombro, una mano, entre el pintor y su cuadro. Permanecía siempre allí, envolviéndole con su aliento, recordándole que era suyo. Luego rebrotó su vieja idea, pintar también ella, ir a encontrarle en el fondo mismo de su fiebre artística: durante un mes vistió un blusón, trabajó como un alumno al lado del maestro, de quien copiaba dócilmente un estudio; y no cejó hasta ver que su tentativa se le volvía en contra, porque él, como engañado por aquella necesidad común, en un plano de simple amistad, acababa por olvidar a la mujer que había en ella, tratándola de hombre a hombre. Recobró así a su única fuerza.

A menudo, para hacer las figuras menores de sus últimos cuadros, Claude había tomado de Christine algunos motivos, la cabeza, un gesto de los brazos, un movimiento del cuerpo. Le echaba un manto sobre los hombros, la captaba en un movimiento y le gritaba que ya no se moviera. Eran unos favores que ella se mostraba dichosa de hacer, mientras que sentía repugnancia de desnudarse, herida por aquel oficio de modelo, ahora que era su mujer. Un día que necesitaba un ligamento del muslo, ella se negó, pero luego aceptó arremangarse el vestido, avergonzada, tras haber cerrado la puerta con doble vuelta de llave, por temor a que, conociendo el papel al que se rebajaba, la buscaran desnuda en todos los cuadros de su marido. Todavía oía las risas ofensivas de los amigos y de Claude mismo, sus bromas subidas de tono, cuando hablaban de las telas de un pintor que únicamente se servía de su mujer, de amables desnudeces de un pulcro acabado para los burgueses, y en las que resultaba reconocible bajo todas las caras, con unas particularidades perfectamente identificables, como la curva de los riñones un tanto alargada y el vientre demasiado abultado; lo cual la paseaba sin camisa por el París guasón, cuando ella pasaba vestida, acorazada, cerrada hasta el mentón con unos vestidos oscuros, que llevaba precisamente sin escote.

Pero, desde que Claude había trazado a grandes rasgos de carboncillo la alta figura derecha de la mujer que ocuparía la parte central del cuadro, Christine miraba pensativa aquella vaga silueta, asaltada por un pensamiento obsesivo, delante del cual desaparecían uno a uno todos sus escrúpulos. Y, cuando él habló de tomar a una modelo, ella se brindó.

—Pero ¡cómo!, ¡tú! ¡Pero si te molestas con sólo que te pida la punta de la nariz! Ella sonreía, llena de incomodidad.

—¡Oh!, ¡la punta de la nariz! ¡No me dirás que no posé para tu *Plein air*, en otro tiempo, y cuando no había aún nada entre nosotros!... Una modelo va a costarte siete francos por sesión. No somos tan ricos, tanto mejor ahorrarse ese dinero.

La idea del ahorro le hizo decidirse inmediatamente.

—De acuerdo, es muy amable por tu parte que tengas semejante valor, pues ya sabes que conmigo no es una diversión de zánganos... ¡No pasa nada, confiésalo, tonta! Tienes miedo de que venga otra mujer aquí, estás celosa.

¡Celosa! Sí, lo estaba, y hasta agonizar de sufrimiento. Pero las otras mujeres no le producían ninguna preocupación, ¡todas las modelos de París podían despojarse allí de sus enaguas! No tenía más que una rival, aquella pintura preferida que le arrebatava a su amante. ¡Ah, quitarse la ropa, quitarse hasta la última prenda, y ofrecerse desnuda a él durante días, semanas, vivir desnuda ante sus miradas, y reconquistarle así, y arrebatarlo cuando cayera en sus brazos! ¿Tenía, pues, otra cosa que ofrecerle que no fuera ella misma? ¿No era legítima aquella última batalla en la que pagaba con su propio cuerpo, a riesgo de no ser ya nada, nada más que una mujer sin atractivos, si se dejaba vencer?

Claude, encantado, hizo primero un estudio con ella como modelo, una simple academia para su cuadro, en la pose deseada. Esperaban a que Jacques hubiera salido para la escuela, se encerraban y la sesión duraba horas. Los primeros días, Christine sufrió mucho por la inmovilidad; luego se acostumbró, sin atreverse a quejarse, por temor a enfadarle, conteniendo sus lágrimas cuando él la zarandeaba. Y, una vez adquirida la costumbre, no tardó en tratarla como a una simple modelo, más exigente que si la hubiera pagado, sin temer nunca abusar de su cuerpo, ya que era su mujer. La empleaba para todo, la hacía desnudarse a cada minuto, por un brazo, por un pie, por el menor detalle que necesitara. Era un oficio en el que la rebajaba, un empleo de maniquí viviente, que él plantaba allí y copiaba, como hubiese copiado el cántaro o el caldero de una naturaleza muerta.

Esta vez, Claude procedió sin prisas; y, antes de esbozar la gran figura, había ya agotado durante meses a Christine, probándola de veinte maneras distintas, queriendo compenetrarse de la calidad de su piel, decía. Hasta que, finalmente, un día, atacó el esbozo. Era una mañana de otoño con una brisa ya desapacible; en el amplio estudio no hacía calor, pese a que zumbaba la estufa. Como el pequeño Jacques, víctima de una de sus crisis de alelamiento, no había ido a la escuela, decidieron encerrarle en la habitación con el ruego de que se portara bien. Y la madre, temblando, se desnudó y se colocó al lado de la estufa, inmóvil, manteniendo la pose.

Durante la primera hora, el pintor, desde lo alto de su escalera, le lanzó miradas que la recorrían de los hombros a las rodillas, sin dirigirle ni una palabra. Ella se sentía embargada de una lánguida tristeza, temiendo desfallecer, sin saber ya si padecía de frío o de una desesperanza que venía de lejos, cuya creciente amargura

sentía. Era tal su cansancio que se tambaleó y dio a duras penas unos pasos con sus piernas entumecidas.

—Pero ¡cómo!, ¿ya? —exclamó Claude—. ¡Pero si hace sólo un cuarto de hora como mucho que posas! ¿No quieres ganarte tus siete francos?

Bromeaba con aire desabrido, encantado de su trabajo. Y apenas hubo ella recobrado la función de sus miembros, debajo de la bata con que se había cubierto, él le dijo violentamente:

—¡Vamos, vamos, nada de pereza! Hoy es un gran día. ¡O se tiene genio o se revienta!

Luego, cuando hubo retomado la pose, desnuda bajo la luz macilenta y él se puso de nuevo a pintar, siguió dirigiéndole de rato en rato algunas frases, por esa necesidad que tenía de romper el silencio cuando estaba satisfecho de su trabajo.

—¡Es curioso lo extraña que es tu piel! Francamente, absorbe la luz. Así, aunque parezca mentira, esta mañana eres totalmente gris. Y el otro día eras de un color rosa, ¡oh!, de un rosa que parecía irreal... Me cabrea, nunca sé a qué atenerme.

Se detuvo, aguzó la vista.

—Impresionante, de todas formas, el desnudo... Qué nota de color da al fondo... Y vibra, se anima de una extraordinaria vida, como si se viera correr la sangre por los músculos... ¡Ah, un músculo bien dibujado, un miembro pintado consistentemente, con toda precisión, no hay nada más bello ni mejor, es algo divino!... No otra es mi religión, me quedaría postrado de rodillas allí delante durante toda mi vida.

Y, como estaba obligado a bajar para buscar un tubo de color, se acercó a ella, escrutándola pormenorizadamente con pasión creciente, tocando con la yema de su dedo cada una de las partes que quería dibujar.

—¡Mira, esta parte debajo del pecho izquierdo es muy bonita! Hay unas venillas que azulean, que le dan una delicadeza de tono exquisita a la piel... ¡Y aquí, en el abultamiento de la cadera, este hoyuelo donde se dora la sombra es un regalo!... Y aquí, debajo del modelado carnosos del vientre, este trocito inmaculado de las ingles, una pizca apenas de carmín en el oro pálido... Siempre me han apasionado los vientres. ¡No puedo ver uno sin que me den ganas de querer comerme el mundo! ¡Es tan hermoso de pintar, una verdadera puesta de sol hecha de carne!

Luego, tras haber subido de nuevo a la escalera, exclamó en plena fiebre creativa:

—¡Por Dios! ¡Si no hago una obra maestra contigo, es que soy un inútil!

Christine guardaba silencio, y su angustia no hacía sino crecer con la certeza que se iba abriendo paso en su alma. Inmóvil, ante la brutalidad de todo aquello, sentía la incomodidad de su desnudez. En cada lugar donde la había tocado el dedo de Claude, le había quedado una impresión de gelidez, como si el frío del que temblaba entrase ahora por allí. Hecho estaba el experimento, ¿a qué esperar más? Aquel cuerpo, cubierto por todas partes de sus besos de amante, no lo miraba ya, no lo adoraba más que como artista. Un tono del pecho le entusiasmaba, una línea del vientre le hacía postrarse de rodillas de devoción, cuando, en otro tiempo, ciego de deseo, la

aplastaba a toda ella contra su pecho, sin verla, en unos abrazos en los que uno y otro habrían querido fundirse. ¡Ah! Aquello era el fin, ella ya no existía, lo único que amaba en ella era su arte, la naturaleza, la vida. Y, con la mirada perdida a lo lejos, mantenía la rigidez de un mármol, contenía las lágrimas que henchían su corazón, reducida a aquella miseria de no poder siquiera llorar.

Llegó una voz de la habitación, mientras unos pequeños puños llamaban a la puerta.

—Mamá, mamá, no duermo, me aburro. ¿Me abres, mamá?

Era Jacques que se impacientaba. Claude se irritó, quejándose de que no tenían ni un minuto de descanso.

—¡Voy enseguida! —exclamó Christine—. Duerme, deja trabajar a tu padre.

Pero pareció dominarla una nueva inquietud, lanzaba miradas hacia la puerta, hasta que acabó por abandonar un instante la pose para ir a colgar su falda de la llave, de manera que quedara tapado el ojo de la cerradura. Luego, sin decir nada, fue a colocarse nuevamente cerca de la estufa, con la cabeza erguida, el talle algo inclinado hacia atrás, sacando pecho.

Y la sesión se eternizó, pasaron horas y horas. Y ella seguía allí, ofreciéndose, en la actitud de la bañista que se lanza, mientras él, en su escalera, a mil leguas, ardía en deseos por aquella otra mujer que pintaba. Había dejado incluso de hablarle, volvía a caer reducida al papel de objeto, hermoso de color. No la miraba más que a ella desde la mañana, y no se veía en sus ojos, convertida ya en una extraña, expulsada de él.

Finalmente, interrumpió su trabajo a causa del cansancio y observó que ella temblaba.

—¡Vaya!, ¿tienes frío?

—Sí, un poco.

—Tiene gracia, yo estoy que ardo... No quiero que te constipes. Hasta mañana.

Cuando bajó, ella creyó que la besaría. De ordinario, por una última galantería de marido, le pagaba con un rápido beso las molestias de la sesión. Pero, absorto en su trabajo, se olvidó de hacerlo, lavó enseguida sus pinceles que mojaba, de rodillas, en un pote lleno de un jabón negro. Y ella, que esperaba, permanecía desnuda, de pie, esperando aún. Pasó un minuto, él se quedó asombrado por aquella sombra inmóvil, la miró con aire de sorpresa y luego comenzó de nuevo a frotar enérgicamente. Entonces, con las manos temblándole de la prisa, ella volvió a vestirse en una confusión espantosa de mujer desdeñada. Se ponía su camisa, luchaba con sus enaguas, se abrochaba el corpiño de medio lado, como si hubiera querido escapar a la vergüenza de aquella desnudez impotente que ya no servía más que para envejecer bajo las ropas. Y era un desprecio de sí misma, un asco de verse rebajada a aquel recurso de mujerzuela, cuya bajeza carnal advertía ahora que había sido derrotada.

Pero, a partir del día siguiente, Christine tuvo que volver a desnudarse en el aire helado, bajo la fuerte luz. ¿Acaso no era ya su oficio? ¿Cómo negarse ahora que era una costumbre adquirida? Por nada del mundo hubiera querido apenar a Claude; y

cada día reanudaba aquella derrota de su cuerpo. Él no hablaba ya siquiera de aquel cuerpo ardoroso y humillado. Su pasión por la carne se había transferido a su obra, a las amantes pintadas a las que se entregaba. Sólo ellas hacían hervir su sangre, cada uno de cuyos miembros nacía de uno de sus esfuerzos. Allá, en el campo, en tiempos de su gran amor, si había creído alcanzar la felicidad, al poseer finalmente a una, viva, plenamente, no era más que la eterna ilusión, porque habían seguido siendo, pese a todo, unos extraños el uno para el otro; y él prefería la ilusión de su arte, aquella búsqueda de la belleza nunca alcanzada, aquel deseo loco que nada contentaba. ¡Ah, quererlas todas, crearlas todas según su sueño, unos pechos satinados, unas caderas color de ámbar, unos vientres delicados de vírgenes, y amarlas solamente por sus bonitos tonos, y sentir que huían, sin poder abrazarlas! Christine era la realidad, la meta que la mano alcanzaba, y había bastado una estación para que Claude acabase hartado, él, el soldado de lo increado, como le llamaba a veces Sandoz entre risas.

La pose fue así para ella, durante meses, una tortura. La feliz vida a dos se había terminado, parecía instaurarse una a tres, como si hubiera introducido a una amante en casa, aquella mujer que pintaba con ella como modelo. El inmenso cuadro se alzaba entre ellos, separándolos con una barrera infranqueable; y era del otro lado donde él vivía con la otra. Se volvía loca, celosa de aquel desdoblamiento de su persona, consciente de la miseria de un sufrimiento semejante, sin atreverse a confesar su mal, un mal del que él se habría burlado. Y, sin embargo, no se equivocaba, sentía perfectamente que prefería su copia a ella, que aquella copia era la adorada, su único desvelo, el cariño de todas sus horas. La dejaba muerta en aquella pose para embellecer a la otra, su alegría o su tristeza sólo dependían de la otra, según que la viese vivir o languidecer bajo su pincel. ¿No era esto amor? ¡Y aquel sufrimiento de prestar su carne para que naciera la otra, para que la pesadilla de aquella rival los persiguiera, estuviera siempre entre ellos, más poderosa que la real, en el estudio, en la mesa, en la cama, por todas partes! ¡Una mota de polvo, una nimiedad, un poco de color en la tela, una simple apariencia que ponía fin a toda su felicidad, él, silencioso, indiferente, brutal a veces, ella, atormentada en su abandono, desesperada de no poder ahuyentar de su relación a esa concubina, tan invasora y terrible en su inmovilidad de imagen!

Y fue a partir de entonces cuando Christine, decididamente derrotada, sintió que pesaba sobre ella toda la soberanía del arte. Ahora puso a aquella pintura, que ya había aceptado sin restricciones, todavía más alto, en un tabernáculo terrible, ante el que permanecía rendida como ante esos poderosos dioses coléricos a los que se honra por el gran odio o terror que inspiran. Era un temor sagrado, la certeza de que ya no tenía que luchar, que sería triturada como una pajuela si se seguía empecinando. Las telas se agrandaban como mazacotes, las más pequeñas le parecían triunfales, las menos logradas la abrumaban con su victoria, mientras que ella ya ni las juzgaba, postrada, temblorosa, encontrándolas todas formidables y respondiendo siempre a las

preguntas de su marido:

—¡Oh, muy bien!... ¡Oh, magnífico!... ¡Oh, ésta es extraordinaria, extraordinaria!

Sin embargo, no sentía rencor contra él, le adoraba con lacrimosa ternura al verle devorarse a sí mismo de aquel modo. Después de algunas semanas de provechoso trabajo, todo se echaba a perder. No lograba salir de su gran figura femenina. Por eso dejaba derrengada a su modelo, encarnizándose días enteros para abandonar luego todo durante un mes. La figura fue comenzada diez veces, abandonada, rehecha por entero. Pasó un año, dos, sin que el cuadro llegase a buen fin, casi terminado a veces, y raspado al día siguiente, para volver a rehacerlo del todo.

¡Ah, aquel esfuerzo de creación en la obra de arte, aquel esfuerzo de sangre y de lágrimas en el que agonizaba para crear la carne e insuflarle vida! ¡Siempre batallando con lo real, y siempre vencido, la lucha contra el Ángel! Se destrozaba en aquella imposible tarea de hacer entrar a la naturaleza entera en una tela, agotado a la larga en los perpetuos dolores que tensaban sus músculos, sin que pudiera nunca hacer alumbrar su genio. Aquello con lo que los demás se conformaban, el haber estado cerca de lograrlo, las soluciones fáciles necesarias le abrumaban de remordimientos, le indignaban como una cobarde flaqueza; y, tras volver a empezar, estropeaba lo bueno en aras de lo mejor, pareciéndole que eso no «decía nada», descontento de sus muchachas, tal como le decían en broma sus amigos, porque no salían del cuadro para acostarse con él. ¿Qué le faltaba, pues, para crearlas vivas? Una nimiedad, sin duda. Acaso se quedaba un poco demasiado aquí o iba un poco demasiado allá. Un día, la frase un «genio incompleto», oída a sus espaldas, le halagó y espantó a un tiempo. Sí, debía de ser eso, el salto demasiado corto o demasiado largo, el desequilibrio nervioso que sufría, el desarreglo hereditario que, por algunos gramos de sustancia de más o de menos, en vez de hacer un gran hombre, haría un loco. Cuando la desesperación le hacía huir de su estudio y escapaba de su obra, le perseguía ahora aquella idea de una impotencia fatídica, la oía martillar en su cabeza, como el repique obstinado de una campana.

Su existencia se volvió miserable. Nunca la duda de sí mismo le había acosado de tal modo. Desaparecía días enteros; incluso no fue a dormir a casa una noche, regresando atontado al día siguiente, sin poder decir de dónde venía: pensaron que había estado recorriendo los arrabales, con tal de no encontrarse frente a su obra fallida. Era su único alivio, huir tan pronto como aquella obra le llenaba de vergüenza y de odio, no reaparecer hasta que se sentía con el valor de enfrentarse nuevamente a ella. Y, a su vuelta, su propia mujer no se atrevía a preguntarle, demasiado feliz de volver a verle, tras la ansiedad de la espera. Recorría furiosamente París, los suburbios sobre todo, por una necesidad de encanallarse, viviendo con jornaleros, expresando a cada crisis su viejo deseo de ser peón de albañil. ¿Acaso la felicidad no consistía en tener unos miembros resistentes, despachando rápido y bien el trabajo para el cual estaban hechos? Había malogrado su vida, hubiera tenido que hacerse

contratar en otro tiempo, cuando comía en Gomard, en Le Chien de Montargis, donde había tenido un amigo lemosín, un chavalote muy alegre, cuyos robustos brazos envidiaba. Luego, cuando volvía a la rue Tourlaque, con las piernas molidas, la cabeza vacía, lanzaba sobre su pintura la mirada desconsolada y temerosa que se dirige a una muerta en una cámara mortuoria; hasta que una nueva esperanza de resucitarla, de crearla viva de una vez por todas animó su rostro con refulgente llama.

Un día que posaba Christine, la figura de mujer, una vez más, estaba a punto de ser terminada. Pero, desde hacía una hora, Claude se ensombrecía, perdía la alegría infantil que había mostrado al comienzo de la sesión. Por eso ella no se atrevía a rechistar, notando por su propio malestar que todo se estropeaba de nuevo, temiendo precipitar la catástrofe si movía un dedo. Y, en efecto, de repente soltó un grito de dolor, juró con voz tonante:

—¡Ah, rediós!

Había arrojado el puñado de pinceles desde lo alto de la escalera. Luego, cegado por la rabia, de un terrible puñetazo, reventó la tela.

Christine tendió las manos temblorosas.

—Querido mío, querido mío...

Pero, cuando se hubo cubierto los hombros con una bata y se hubo acercado, sintió en el corazón una aguda alegría, una gran punzada de rencor satisfecho. El puño había golpeado de lleno en el pecho de la otra, un orificio se abría allí. ¡Por fin había muerto!

Inmóvil, sobrecogido por su asesinato, Claude miraba aquel pecho abierto sobre el vacío. Una inmensa tristeza le llegaba de aquella herida, por donde le parecía que brotaba la sangre de su obra. ¿Era posible? ¿Había sido él quien había asesinado así lo que más amaba en este mundo? Su ira derivó en estupor, se puso a pasear sus dedos por la tela tirando de los bordes del desgarrón, como si quisiera acercar los labios de una herida. Se ahogaba, balbucía, perdido en un dolor dulce e infinito:

—Ha reventado, ha reventado...

Entonces, Christine, en su amor maternal para con su gran niño artista, se conmovió hasta las entrañas. Perdonaba como siempre, pues comprendía perfectamente que él no tenía más que una idea, subsanar al instante el desgarrón, arreglar el daño, y le ayudó, fue ella quien aguantó los jirones, mientras él, por detrás, pegaba un fragmento de tela. Cuando ella volvió a vestirse, la otra estaba allí de nuevo, inmortal, sin conservar en el lugar del corazón más que una delgada cicatriz, que acabó de apasionar al pintor.

En aquel desequilibrio que no hacía sino agravarse, Claude llegaba a una especie de superstición, a una creencia devota en los procedimientos. Proscribía el aceite, hablaba de él como de un enemigo personal. La trementina, en cambio, proporcionaba resultados mates y resistentes; y poseía secretos que guardaba ocultos, soluciones de ámbar, el copal líquido, otras resinas más, que secaban rápidamente e impedían que la pintura se cuartease. Sólo que a continuación tenía que luchar contra

unas terribles tonalidades mates, pues sus telas absorbentes se bebían de golpe el poco aceite de los colores. Siempre le había preocupado la cuestión de los pinceles: quería que tuvieran un mango especial, desdeñaba la marta, exigiendo una crin secada al horno. Luego, la gran cuestión era la espátula, pues la empleaba para los fondos, como Courbet; poseía toda una colección de largas y de flexibles, de anchas y de cortas, y sobre todo una, triangular, semejante a la de los vidrieros, que había hecho fabricar expresamente, la verdadera espátula de Delacroix. Por lo demás, no usaba nunca raspador, ni cuchilla, que le parecían deshonorosos. Pero se permitía todo tipo de prácticas misteriosas en la aplicación del tono, se preparaba recetas, que variaba cada mes, creyendo haber descubierto de pronto la buena pintura, porque, repudiando el aluvión de aceite, el antiguo chorro, procedía por medio de toques sucesivos, superpuestos, hasta haber logrado la tonalidad exacta. Una de sus manías había sido durante largo tiempo pintar de derecha a izquierda: sin reconocerlo, estaba convencido de que le traía suerte. Y el asunto terrible, la aventura que le había trastornado aún más, acababa de ser su teoría de los colores complementarios. Gagnière había sido el primero que le había hablado de ella, muy dado también él a las especulaciones técnicas. Tras lo cual, él mismo, por la continua desmesura de su pasión, se había puesto a exagerar ese principio científico que hace derivar de los tres colores primarios, el amarillo, el rojo y el azul, los tres colores secundarios, el naranja, el verde y el violeta, luego toda una serie de colores complementarios y similares, cuyos compuestos se obtienen matemáticamente los unos de los otros. Así, la ciencia entraba en la pintura, se había creado un método para la observación lógica, sólo había que tomar el color dominante de un cuadro para establecer su complementario o el similar y llegar, experimentalmente, a las variaciones que se producen, un rojo que se transforma en amarillo al lado de un azul, por ejemplo, todo un paisaje que cambia de tonalidad tanto por los reflejos como por la misma descomposición de la luz, según las nubes que pasan. Extraía de ello la verdadera conclusión de que los objetos no poseen un color fijo, que se colorean según las circunstancias ambientales; lo peor era que, cuando volvía ahora a la observación directa, con la cabeza llena de todos aquellos conocimientos, su ojo prevenido forzaba los matices delicados, afirmaba en notas demasiado vivas la exactitud de la teoría, de suerte que su originalidad de notación, tan clara, tan vibrante de luz solar, se volvía algo imposible, un vuelco de todo aquello a lo que el ojo estaba acostumbrado, unas carnes violáceas bajo cielos tricolores. Parecía el colmo de la locura.

La miseria acabó de rematar a Claude. Ésta había ido creciendo paulatinamente, a medida que la pareja retiraba sin tiento dinero de su capital; y, cuando ya no quedó ni un sueldo de los veinte mil francos, se abatió sobre ellos, espantosa, irreparable. Christine, que quiso buscar un trabajo, no sabía hacer nada, ni coser siquiera: estaba desolada, con las manos inertes, se irritaba contra su estúpida educación de señorita, que no le dejaba más recurso que ponerse a hacer de criada si su vida seguía yendo de

mal en peor. Él, convertido en el hazmerreír de París, ya no vendía absolutamente nada. Una exposición independiente en la que había exhibido algunas telas con unos amigos acababa de darle la puntilla ante los aficionados, a tal punto el público se había mofado de aquellos cuadros de colores variopintos de todos los tonos del arcoiris. Los marchantes salían huyendo, el señor Hue era el único que se acercaba a la rue Turlaue, se quedaba allí, extasiado, delante de aquellos lienzos desproporcionados, que estallaban a modo de cohetes fulminantes, desesperándose de no poder cubrirlos de oro; y el pintor, por más que dijera que se los regalaba, que le suplicara que los aceptase, el pequeño burgués daba muestras de una delicadeza extraordinaria, hacía ahorros de tarde en tarde para reunir una suma, y luego se llevaba religiosamente la tela delirante que colgaba al lado de sus cuadros de algún maestro. Pero aquella bicoca era demasiado esporádica. Claude había tenido que resignarse a hacer trabajos comerciales, sintiendo tanta repugnancia, tanta desesperación de caer en aquellos trabajos mercenarios a los que había jurado no rebajarse jamás, que habría preferido morir de hambre de no haber tenido a las dos pobres criaturas que agonizaban con él. Conoció así los *vía crucis*^[27] despachados deprisa y corriendo y vendidos con rebaja, los santos y las santas en grueso^[28], los paneles dibujados en estarcido, es decir, todas las bajas tareas que encanallan la pintura con una imaginería estúpida y sin candor. Y hasta sufrió la vergüenza de ver que le rechazaban unos retratos a veinticinco francos porque no captaba el parecido, y tocó el fondo de la miseria trabajando *au numéro*^[29]: pequeños vendedores de ínfima categoría que venden en los puentes y exportan a los países no civilizados, le compraron a tanto por tela, dos, tres francos, según el tamaño reglamentario. Para él era como una decadencia física, se desmejoraba, acababa enfermo, incapaz de una sesión seria, mientras miraba con angustia su gran cuadro inacabado, con ojos de condenado, sin tocarlo a veces durante una semana, como si hubiera sentido sus manos retorcidas y sin fuerza. Apenas si sacaban para pan, la amplia barraca se volvía inhabitable en invierno, aquella especie de lonja de mercado de la que Christine se había mostrado tan orgullosa al instalarse en ella. En la actualidad, la tan activa ama de casa de otro tiempo se arrastraba por ella, sin ánimos ya ni para barrerla; y todo caía en el abandono propio del desastre, debilitándose el pequeño Jacques con la mala alimentación y las comidas que hacían de pie con un mendrugo, y su vida entera, sin orden ni concierto, se deslizaba hacia la suciedad de los pobres que pierden hasta el orgullo de sí mismos.

Al cabo de otro año, Claude, en uno de aquellos días de derrota en que huía de su cuadro fallido, tuvo un encuentro. Esta vez se había jurado no volver a casa nunca más, andaba por París desde el mediodía, como si hubiera oído galopar tras sus talones al pálido espectro de la gran figura desnuda, estropeada por continuos retoques, siempre dejada informe, persiguiéndole con su deseo doloroso de nacer. Una niebla se disolvía en una amarillenta llovizna, ensuciando las fangosas calles. Y, a eso de las cinco, atravesaba la rue Royale con su paso de sonámbulo, con riesgo de

verse aplastado, con sus ropas hechas jirones y todo sucio de barro, cuando se detuvo bruscamente un cupé.

—¡Claude, eh! ¡Claude!... ¿Ya no reconoce a las amigas?

Era Irma Bécot, deliciosamente ataviada con un traje de seda gris, revestido de *chantilly*. Había bajado el cristal con mano rápida, sonreía y resplandecía en el marco de la portezuela.

—¿Adónde va?

Él, boquiabierto, respondió que no iba a ninguna parte. Y ella dio mayores muestras aún de regocijo mirándole con sus ojos de vicio, con el perverso mohín de una dama asaltada por el súbito capricho de una fruta vulgar vista en una frutería no de confianza.

—¡Suba, pues, hace tanto tiempo que no nos hemos visto!... ¡Suba, si no quiere acabar debajo de unas ruedas!

En efecto, los cocheros se impacientaban, fustigaban a sus caballos, en medio de un gran ruido; subió, atolondrado; y ella se lo llevó, chorreando agua, con su pinta espantosa de pobretón, en el pequeño cupé tapizado de raso azul, sentado sobre los encajes de su falda, mientras los cocheros comentaban entre risas el rapto y se ponían a la cola para restablecer la circulación.

Irma Bécot había hecho finalmente realidad su sueño de tener un palacete para ella en la avenida de Villiers. Pero habían hecho falta años, primero el terreno comprado por un amante, luego los quince mil francos para construirlo, los trescientos mil francos en muebles proporcionados por otros, al azar de sus caprichos amorosos. Era una morada principesca, de un lujo magnífico, pero sobre todo de un extremo refinamiento en el bienestar voluptuoso, una gran alcoba de mujer sensual, un gran lecho de amor que comenzaba con las alfombras del vestíbulo, para subir y extenderse hasta en las paredes acolchadas de las habitaciones. Actualmente, tras tantos esfuerzos, la casa comenzaba a rendir, ya que se pagaba el renombre de sus colchones de púrpura, las noches eran allí caras.

Al volver a casa con Claude, Irma prohibió abrir la puerta a nadie más. Habría sido capaz de prender fuego a toda aquella fortuna por ver satisfecho un capricho. Cuando se dirigían juntos al comedor, llegó el amante de turno, el que pagaba por aquel entonces, e intentó a pesar de todo entrar, pero ella le despidió con cajas destempladas, en voz alta, sin temor a ser oída. Luego, en la mesa, rió como una niña, comió de todo, ella que no tenía nunca apetito; y miraba con ojos embelesados al pintor, divertida por su poblada barba mal arreglada, su chaqueta de trabajo con los botones arrancados. Él, como en un sueño, se dejaba hacer, y también comía con la glotonería de las grandes crisis. La cena fue silenciosa, el mayordomo servía con una dignidad altiva.

—Louis, nos servirá el café y los licores en mi habitación.

Eran apenas las ocho pasadas, e Irma quiso encerrarse enseguida allí con Claude. Echó el cerrojo, bromeó: ¡buenas noches, la señora ha ido a acostarse!

—Ponte cómodo, te tengo aquí conmigo... ¿Eh? ¡Hace demasiado tiempo que se habla de ello! ¡Después de todo, no es más que una tontería!

Entonces, tranquilamente, él se quitó su chaqueta en la habitación suntuosa, de paredes de seda malva guarnecidas de puntillas plateadas, con la colosal cama drapada de bordados antiguos, semejante a un trono. Él tenía la costumbre de estar en mangas de camisa y se creyó en su casa. Tanto daba dormir allí como debajo de un puente, ya que se había jurado que no volvería nunca más a su casa. Su aventura, en medio del trastorno de su vida, ni siquiera le asombraba. Y ella, incapaz de comprender aquel terrible abandono, lo encontraba terriblemente gracioso, se divertía como una loca mujerzuela, medio desvestida también, pellizcándole, mordiéndole, jugando a hacer manitas, como una verdadera pilluela del arroyo.

—¿Sabes?, mi careta para los tontos, mi Tiziano, como ellos la llaman, no es para ti... ¡Ah, contigo es distinto, de veras, tú eres diferente!

Lo aferraba, le decía lo mucho que le había deseado, porque iba mal peinado. Unas grandes risas estrangulaban las palabras en su garganta. Lo encontraba tan feo, tan cómico, que le besaba con rabia por todas partes.

Hacia las tres de la mañana, en medio de las sábanas revueltas, arrancadas, Irma se tumbó, desnuda, con el cuerpo saciado de aquella orgía, balbuciendo de cansancio.

—Y, a propósito, ¿te casaste con tu querida?

Claude, que se estaba durmiendo, volvió a abrir los ojos cansados.

—Sí.

—¿Y te acuestas todavía con ella?

—Pues sí.

Ella se echó de nuevo a reír, limitándose a añadir:

—¡Ah, tontito mío, cómo debéis de aburrirlos!

Al día siguiente, cuando Irma dejó marcharse a Claude, toda sonrosada como después de una noche de reparador descanso, correcta con su bata, ya peinada y calmada, mantuvo durante un instante sus manos entre las suyas; y le contempló, muy cariñosa, con aire a la vez tierno y guasón.

—Tontito mío, no te ha gustado. ¡No!, no lo niegues, nosotras las mujeres lo notamos... A mí, en cambio, me ha dado mucho placer, ¡oh!, mucho... ¡Gracias, muchas gracias!

Y se había acabado, mucho hubiera tenido que pagarle para que ella hubiese repetido.

Claude regresó directamente a la rue Tourlaque, aún bajo la impresión de aquella afortunada aventura. Sentía una singular mezcla de vanidad y remordimientos que durante dos días le hizo mostrarse indiferente a la pintura, mientras fantaseaba sobre la probabilidad de haberse equivocado de vida. Por otra parte, a su vuelta estaba tan extraño, tan traspuesto por su noche, que, tras haberle preguntado Christine, primero balbució y luego lo confesó todo. Hubo una escena, ella lloró largamente, pero perdonó de nuevo, llena de infinita indulgencia por sus errores, aunque inquietándose

ahora, como si tuviera miedo de que una noche semejante no le hubiese hartado lo suficiente. Y, del fondo de su tristeza, asomaba una alegría inconsciente, el orgullo de que hubieran podido amarle, el apasionado regocijo de verle capaz de una aventura, y también la esperanza de que volvería a ser suyo, puesto que había ido a casa de otra. Se estremecía ante aquel olor a deseo que traía consigo, sin seguir sintiéndose celosa en su corazón más que de aquella aborrecida pintura, hasta tal punto que antes le habría arrojado en brazos de una mujer.

Pero, hacia mediados del invierno, Claude sintió un renovado valor. Un día que estaba ordenando unos viejos bastidores encontró, caído detrás, un pedazo de tela. Era la figura desnuda, la mujer recostada de *Plein air*, que se había limitado a guardar, recortándola del cuadro, cuando éste le fue devuelto del Salón de los Rechazados. Y, mientras la desenrollaba, lanzó un grito de admiración.

—¡Por Dios, qué preciosa es!

Enseguida la fijó en la pared con cuatro clavos; y, a partir de aquel momento, se pasó horas contemplándola. Le temblaban las manos, una oleada de sangre invadía su rostro. ¿Era posible que hubiese pintado un fragmento tan magistral? ¿Tenía, pues, genio, en aquel tiempo? ¿Qué había cambiado en su cabeza, en sus ojos y dedos? Estaba exaltado por una tal fiebre, por una tal necesidad de desahogarse, que acabó por llamar a su mujer.

—¡Ven a ver!... ¿Eh?, ¿no tiene buena planta? ¿Y unos músculos finamente unidos?... ¿Y qué me dices de ese muslo bañado de sol? Y el hombro, hasta el abultamiento del pecho... ¡Ah, Dios mío! Está viva, la siento vivir, como si la tocara, la piel flexible y tibia, con su olor.

Christine, de pie a su lado, miraba, respondía lacónicamente. Aquella resurrección de sí misma, al cabo de años, tal como era a los dieciocho años, primero la había halagado y sorprendido. Pero, desde que le veía apasionarse de aquel modo, volvía a sentir un malestar creciente, una vaga irritación sin causa confesada.

—Pero ¡cómo! ¿No te parece de una belleza digna de postrarse de rodillas delante de ella?

—Sí, sí... Sólo que ha ennegrecido.

Claude protestaba con vehemencia. Pero ¿cómo que ennegrecido? Ella no ennegrecía jamás, poseía la eterna juventud. Un verdadero amor se había apoderado de él, hablaba de ella como si fuese una persona, y tenía de repente tal necesidad de volver a verla que le hacía dejar todo, como para correr a una cita.

Luego, una mañana, le entraron muchas ganas de trabajar.

—¡Qué diablos!, si fui capaz de hacer eso, puedo volver a hacerlo... ¡Ah, vamos a ver esta vez si soy un inútil!

Y Christine tuvo que dedicarle inmediatamente una sesión de pose, pues estaba ya en la escalera, ardiendo en deseos de retomar su gran cuadro. Durante un mes, la tuvo ocho horas al día, desnuda, los pies destrozados por la inmovilidad, sin piedad por el agotamiento que sin embargo advertía en ella, igual que se mostraba de una dureza

feroz con su propio cansancio. Se empeñaba en una obra maestra, exigía que su figura de pie valiera lo que la figura recostada, que veía irradiar vida en la pared. Continuamente la consultaba, la comparaba, desesperado y acicateado por el miedo a no igualarla nunca más. Le echaba una mirada, luego otra a Christine y otra más a su tela, prorrumpiendo en blasfemias cuando no se sentía contento. Por último, la emprendió con su mujer.

—Ocurre también, querida, que ya no eres como allí, en el quai de Bourbon. ¡Ah, en absoluto, en absoluto!... Es curioso, el pecho se te desarrolló precozmente. Recuerdo mi sorpresa cuando te vi con un pecho de mujer formada, mientras que el resto conservaba la fina delgadez de la infancia... Y tan flexible y lozano, un verdadero capullo de rosa, de un encanto primaveral... ¡Sí, sin duda, puedes sentirte orgullosa de ello, has tenido un cuerpo magnífico!

Y no decía tales cosas para herirla, sino que hablaba simplemente como observador, entrecerrando los ojos, hablando de su cuerpo como si se tratara de una pieza de estudio que se iba estropeando.

—¡El tono sigue siendo espléndido, pero el dibujo, no, no, ya no lo es!... Y las piernas, ¡oh!, las piernas, muy bien todavía: es lo último que se deteriora en una mujer. Sólo que el vientre y los pechos, ¡diantre!, eso se estropea. Si no, mírate en el espejo: cerca de las axilas tienes unas bolsas que se hinchan, lo que no tiene nada de estético. Vamos, ya puedes buscarlas en el cuerpo de ella, que no encontrarás esas bolsas.

Con tierna mirada, indicaba la figura recostada; y concluyó:

—No es culpa tuya en absoluto, pero evidentemente es eso lo que confunde... ¡Ah, mala suerte!

Ella escuchaba, se tambaleaba, en su tristeza. Aquellas horas de pose, que tanto la habían hecho sufrir, se convertían ahora en un suplicio insoportable. ¿Qué era esta nueva ocurrencia, el querer abrumarla con su juventud, avivar sus celos haciéndole sentir la nostalgia envenenada de su belleza esfumada? He aquí que se convertía en su propia rival, ¡ya no podía mirar su antigua imagen sin sentir una punzada de maligna envidia en el corazón! ¡Ah, cómo había pesado en su vida aquella imagen, aquel estudio hecho a partir de su cuerpo! Toda su desgracia estaba allí: en su pecho mostrado mientras dormía; luego, en su cuerpo virgen desnudado libremente en un minuto de caritativo afecto; también en aquella entrega de sí misma, tras las risas de la multitud abucheando su desnudez; y, por último, en su vida entera, en haberse rebajado a aquel oficio de modelo, en el que había perdido hasta el amor de su marido. Y aquella imagen renacía, resucitaba, más viva que ella, para rematarla, porque ya no había más que una obra, la mujer recostada de la antigua tela que ahora se revelaba en la mujer de pie del nuevo cuadro.

A partir de entonces, a cada sesión, Christine se sintió envejecer. Se dirigía a sí misma turbias miradas, creía verse surcada de arrugas, deformarse las líneas puras. No se había estudiado así nunca, sentía vergüenza y repulsión por su cuerpo, esa

desesperanza infinita de las mujeres ardientes cuando el amor las abandona con su belleza. ¿Era por eso por lo que ya no la amaba, por lo que iba a pasar las noches en casa de otras y se refugiaba en la pasión antinatural de su obra? Perdiendo la clara noción de las cosas, se iba abandonando, vivía con camisolas y faldas sucias, ya sin la coquetería de su propio encanto, desalentada por aquella idea de que se hacía inútil luchar, puesto que era vieja.

Un día, Claude, rabioso por una mala sesión, lanzó un grito terrible del que ella no había ya de curarse. Había estado a punto de reventar de nuevo su tela, fuera de sí, presa de uno de sus ataques de ira de los que no parecía ser responsable. Y, desfogándose con ella, con el puño apretado, exclamó:

—No, está claro que no puedo hacer nada con eso... ¡Ah!, ¿ves?, ¡cuando se quiere posar no se debe tener hijos!

Rebelándose ante el ultraje, llorando, no encontraba sus ropas para cubrirse lo bastante prestamente. Él, lleno de remordimientos, había bajado enseguida a consolarla.

—Vamos, he cometido un error, soy un miserable... Por favor, posa, posa un poco más, para demostrarme que no me guardas rencor.

La volvía a coger, desnuda entre sus brazos, arrancándole la camisa que ya tenía medio puesta. Y ella perdonó una vez más, retomó la pose, tan temblorosa que las vibraciones de dolor recorrían sus miembros, mientras que, en su inmovilidad de estatua, seguían cayendo a chorros de sus mejillas mudos lagrimones sobre su pecho. ¡Ay, ciertamente, habría sido mejor que su hijo no hubiera nacido! Tal vez él era la causa de todo. Ya no lloraba, disculpaba al padre, sentía una sorda ira contra aquella pobre criatura, por quien nunca había despertado su maternidad y al que ahora odiaba sólo de pensar que podía haber destruido a la amante que había en ella.

Aquella vez, sin embargo, Claude puso todo su empeño y acabó el cuadro, juró que lo mandaría, a pesar de todo, al Salón. No abandonaba ya su escalera, pulía los fondos hasta entrada la noche. Finalmente agotado, declaró que no lo tocaría más; y, aquel día, cuando vino Sandoz por la tarde, hacia las cuatro, no le encontró. Christine le dijo que acababa de salir para ir a tomar el aire un momento por el cerro.

La lenta ruptura entre Claude y sus antiguos compañeros de cuadrilla había ido acentuándose. Todos habían acortado y espaciado sus visitas, incómodos ante aquella pintura inquietante, cada vez más afectados por el deterioro de su admiración juvenil; y todos, ahora, le rehuían, ninguno iba ya por allí. Gagnière había incluso abandonado París para irse a una de sus casas de Melun, donde vivía humildemente del alquiler de la otra, tras haberse casado, para asombro de sus amigos, con su profesora de piano, una vieja señorita que le tocaba Wagner por las tardes. En cuanto a Mahoudeau, alegaba razones de trabajo, pues comenzaba a ganar algún dinero gracias a un fabricante de bronce artísticos que le daba a retocar sus modelos. Con Jory, a quien nadie veía, desde que Mathilde le tenía despóticamente enclaustrado, era otra historia: le alimentaba hasta reventar de pequeños manjares, le idiotizaba con sus

prácticas amorosas, le atracaba de todo cuanto le gustaba, hasta el punto de que él, el antiguo corredor de aceras, el avaro que iba en busca de sus placeres por todas las esquinas para no tener que pagarlos, había caído en una domesticidad de perro fiel, dándole a ella las llaves de su caja de caudales, sin más dinero en el bolsillo que para comprarse un cigarro, y ello aun los días que ella tenía a bien darle veinte sueldos; se llegaba a contar que, como muchacha en otro tiempo devota, a fin de consolidar su conquista, le empujaba a la religión y le hablaba de la muerte, a la que él tenía un miedo atroz. Sólo Fagerolles fingía una viva cordialidad para con su viejo amigo cuando se lo encontraba, prometiendo siempre ir a verle, cosa que no hacía nunca por lo demás: ¡estaba tan ocupado, desde su gran éxito, anunciado a bombo y platillo, fijado en carteles, celebrado, encaminado hacia todas las fortunas y todos los honores! Y Claude sólo echaba de menos a Dubuche por la tierna debilidad de los viejos recuerdos de infancia, a pesar de los piques que más tarde había ocasionado su diferente forma de ser. Pero parecía que tampoco Dubuche era feliz por su parte, colmado sin duda de millones, y a pesar de ello miserable, discutiendo continuamente con su suegro, que se quejaba de haber sido engañado acerca de sus dotes de arquitecto, obligado a vivir en medio de las pociones de su mujer enferma y de sus dos hijos, unos fetos prematuros que había que criar entre algodones.

De todas estas amistades muertas, sólo Sandoz parecía saberse todavía el camino de la rue Tourlaque. Volvía allí por el pequeño Jacques, su ahijado, y también por esa triste mujer, esa Christine cuyo semblante de pesadumbre, en medio de tanta miseria, le conmovía profundamente, como una de esas visiones de las grandes enamoradas que le habría gustado trasladar a sus libros. Y sobre todo aumentaba su fraternidad de artista a medida que veía a Claude perder pie, zozobrar en el fondo de la locura heroica del arte. Al principio se había extrañado mucho, porque había creído en su amigo más que en sí mismo, poniéndose desde el colegio en segundo lugar y colocándole a él muy arriba, a la altura de los maestros que revolucionan una época. A continuación sintió una dolorosa ternura por aquel fracaso del genio, una amarga y sangrante piedad ante aquel tormento espantoso de la impotencia. ¿Cómo poder saber, en arte, dónde estaba la locura? Todos los fracasados le emocionaban hasta las lágrimas, y cuanto más un cuadro o un libro caían en la aberración, en el esfuerzo grotesco y lamentable, más se estremecía él de caridad y se sentía empujado a acunar compasivamente en la extravagancia de sus sueños a aquellos fulminados por su obra.

El día en que Sandoz subió hasta allí sin encontrar al pintor, no se marchó, sino que insistió al ver los ojos de Christine enrojecidos por las lágrimas.

—Si cree que ha de volver pronto, le esperaré.

—¡Oh!, no puede tardar.

—Entonces, me quedo, a menos que la moleste.

Nunca le había emocionado hasta tal punto con su abatimiento de mujer abandonada, sus gestos cansinos, su hablar parsimonioso, su despreocupación por todo cuanto no fuera la pasión que la encendía. Desde hacía tal vez una semana, no

ponía una silla en su sitio, no limpiaba ningún mueble, dejando que la casa estuviera hecha una leonera, con apenas fuerzas para moverse ella misma. Y hacía encogerse el corazón, bajo la luz directa de la gran vidriera, ver toda aquella miseria abocada a la suciedad, aquella especie de cobertizo mal revocado, desnudo y lleno de desorden, donde se tiritaba de tristeza, a pesar de la luminosa tarde de febrero.

Christine se había vuelto a sentar, pesadamente, cerca de una cama de hierro, en la que Sandoz no había reparado al entrar.

—¡Vaya! —preguntó—, ¿está enfermo Jacques?

Ella tapaba al niño, cuyas manos rechazaban sin cesar las mantas.

—Sí, no se levanta desde hace tres días. Hemos traído aquí su cama para que esté con nosotros... ¡Oh!, no ha sido nunca muy robusto que digamos. Pero está cada vez más desmejorado, es desesperante.

Con la mirada fija, hablaba con voz monótona, y él se espantó cuando se hubo acercado. Pálida, la cabeza del niño parecía haberse agrandado todavía más y el cráneo le pesaba tanto que no podía ya sostenerlo. Yacía inerte, se la habría creído ya muerta de no haber sido por el fuerte resuello que salía de sus descoloridos labios.

—Mi pequeño Jacques, soy yo, tu padrino... ¿Es que no quieres darme los buenos días?

Penosamente, la cabeza hizo un vano intento de alzarse, los párpados se entreabrieron mostrando el blanco de los ojos, luego se cerraron.

—Pero ¿le ha visto un médico?

Ella se encogió de hombros.

—¡Oh, los médicos! ¿Qué saben ellos?... Vino uno. Dijo que no había nada que hacer... Esperemos que sea una falsa alarma. Ya tiene doce años. Es el crecimiento.

Sandoz, helado, se calló para no aumentar su inquietud, dado que ella no parecía ser consciente de la gravedad del mal. Se paseó en silencio hasta detenerse delante del cuadro.

—¡Ah, ah!, esto marcha, esta vez está en el buen camino.

—Está terminado.

—Pero ¡cómo que terminado!

Y, tras añadir ella que la tela debía salir la semana siguiente para el Salón, se quedó perplejo, se sentó en el diván, deseoso de juzgarla sin prisas. Los fondos, los muelles, el Sena, de donde ascendía la punta triunfal de la Cité, permanecían en estado de esbozo, pero de esbozo magistral, como si el pintor hubiera tenido miedo de estropear el París de su sueño, dándole un más perfecto acabado. A la izquierda se encontraba también un grupo excelente, los estibadores que descargaban los sacos de yeso, unos fragmentos muy trabajados, de una bella factura con mucha fuerza. Sólo que la barca de las mujeres, en medio, rompía el efecto del cuadro con un resplandor de carne que estaba fuera de lugar; y sobre todo la gran figura desnuda, pintada en un estado febril, tenía un brillo, una desproporción alucinada de una extraña y desconcertante artificiosidad en medio del realismo del resto.

Sandoz, silencioso, se desesperaba frente a aquel aborto soberbio. Pero se topó con los ojos de Christine clavados en él, y tuvo fuerzas para susurrar:

—¡Oh, asombroso! ¡La mujer es asombrosa!

Por otra parte, Claude llegó en aquel momento. Soltó una exclamación de alegría al ver a su viejo amigo, le estrechó con fuerza la mano. Luego se acercó a Christine, besó al pequeño Jacques, que había rechazado de nuevo la manta.

—¿Cómo sigue?

—Siempre lo mismo.

—¡Bueno, bueno! Crece demasiado, el descanso hará que se reponga. Ya te decía yo que no había motivos para preocuparse.

Y Claude fue a sentarse en el diván, al lado de Sandoz. Los dos se abandonaron, se echaron hacia atrás, medio tumbados, mirando al aire, recorriendo el cuadro, mientras Christine, al lado de la cama, no parecía pensar en nada en la desolación continua de su corazón. Poco a poco, al caer la tarde, la viva luz de la vidriera palidecía ya, decolorándose en una puesta de sol lenta y uniforme.

—Así que ya lo tienes decidido, tu mujer me ha dicho que lo mandas.

—Sí.

—Haces bien, hay que salir de este atolladero... ¡Oh, hay unos fragmentos! Ese punto de fuga del muelle, a la izquierda; y el hombre que levanta un saco, abajo. Sólo que...

Dudaba, pero finalmente se atrevió.

—Sólo que me extraña que te hayas empeñado en dejar esas bañistas desnudas... Es algo inexplicable, te lo aseguro y me habías prometido vestirlas, ¿te acuerdas?... ¿Tanto te importan esas mujeres?

—Sí.

Claude respondía con sequedad, con la terquedad de la idea fija que desdeña incluso dar explicaciones. Tras cruzar los brazos debajo de la nuca, se puso a hablar de otra cosa, sin apartar la vista del cuadro, que el crepúsculo comenzaba a oscurecer con una sombra sutil.

—¿Sabes de dónde vengo? Pues de ver a Courajod... ¿Eh?, ¡el gran paisajista, el pintor del *Pantano de Gagny*, que está en el Luxemburgo! Le recuerdas, ¿no?, yo le creía muerto, y nos enteramos de que vive aquí cerca, al otro lado del cerro, en la rue de l'Abreuvoir... Pues bien, amigo, ¡Courajod me tenía intrigado! Al salir a tomar el aire a veces había descubierto su casucha, y ya no podía pasar por delante sin sentir ganas de entrar. ¡Imagínate, un maestro, un tipo que inventó nuestro paisaje actual y que vive aquí, desconocido, acabado, enterrado como un topo!... No puedes hacerte una idea, además, de la calle ni de la casucha: un camino de campo lleno de aves de corral, bordeado de declives llenos de hierba; una casucha que parece de juguete, con unas ventanitas, una puertecita, un jardincito, ¡oh!, el jardín, un trocito de tierra en pronunciada pendiente, plantada con cuatro perales, ocupado casi por entero por un corral hecho de tablas ya mohosas, adornos de viejos yesos y telas metálicas

reforzadas con bramante...

Su voz se volvía más parsimoniosa, entornaba los párpados, como si la preocupación por su cuadro se hubiera apoderado invenciblemente de él, invadiéndole poco a poco, hasta el punto de afectar a lo que decía.

—Y hoy, hete aquí que veo precisamente a Courajod delante de su puerta... Un anciano de más de ochenta años, arrugado, reducido a la talla de un chiquillo. ¡No! Había que haberle visto con sus zuecos, su jersey de campesino, su toquilla de abuela... Y, haciendo de tripas corazón, me acerco y le digo: «Señor Courajod, le conozco bien, tiene usted un cuadro en el Luxemburgo que es una obra maestra, permítale a un pintor darle la mano, como al maestro que es». ¡Ah, de golpe, si le hubieras visto asustarse, balbucir, retroceder, como si le quisiera pegar! Una verdadera huida... Le he seguido. Tras calmarse me ha enseñado sus gallinas, sus patos, sus conejos, sus perros, una casa de fieras extraordinaria, ¡hasta un cuervo tiene! Vive en medio de todo eso, sólo habla con sus animales. ¡En cuanto al horizonte, es magnífico! Toda la llanura de Saint-Denis, leguas y leguas, con ríos, ciudades, fábricas que humean, trenes que resoplan. En fin, un verdadero refugio de ermitaño en la montaña, dando la espalda a París, la vista que se pierde allá abajo, en la interminable campiña... Naturalmente, he vuelto a lo que me importaba. «¡Oh, señor Courajod, qué talento el suyo! ¡Si supiera la admiración que sentimos por usted! Es una de nuestras celebridades, seguirá siendo el padre de todos nosotros». Sus labios se habían puesto a temblar de nuevo, me miraba con cara de asombrado espanto, no me habría rechazado con gesto más suplicante de haber desenterrado delante de él algún cadáver de su juventud; y mascullaba palabras inconexas, por entre sus encías, un ceceo de viejo chocho, imposible de comprender: «No sé..., es algo ya tan lejano..., demasiado viejo..., no me importa nada...». En pocas palabras, me ha puesto de patitas en la calle, he oído que daba una vuelta a la llave violentamente, que se atrincheraba con sus animales, contra todo intento de admiración de la gente de la calle... ¡Ah, ese gran hombre que acaba como un droguero retirado, esa vuelta voluntaria a la nada, antes de morir! ¡Ah, la gloria, la gloria por la que nosotros nos dejamos la piel!

Cada vez más sofocada, su voz se apagó con un gran suspiro doloroso. Siguió haciéndose de noche, una noche cuyas sombras, acumulándose poco a poco en los rincones, iban subiendo en una lenta e inexorable progresión, sumergiendo los pies de la mesa y de la sillas, toda la confusión de cosas esparcidas por el suelo. Ya desaparecía la parte inferior de la tela; y él, con los ojos desesperadamente fijos, parecía estudiar el avance de las tinieblas, como si hubiera juzgado finalmente su obra en aquella agonía del día; mientras que, en medio del profundo silencio, no se oía más que la ronca respiración del pequeño enfermo, cerca del cual aparecía aún la silueta negra de la madre, inmóvil.

Entonces, habló también Sandoz, con los brazos entrelazados igualmente bajo la nuca, la espalda recostada sobre un cojín del diván.

—¿Quién sabe? ¿Acaso no sería preferible vivir y morir desconocido? ¡Qué falacia si esta gloria del artista no existiera más de lo que existe el Paraíso del catecismo del que ahora se burlan hasta los mismos niños! Nosotros que ya no creemos en Dios, creemos en nuestra inmortalidad... ¡Ah, qué miseria!

Y, embargado por la melancolía del crepúsculo, se confesó, habló de sus propios tormentos, que eran despertados por todo el sufrimiento humano que sentía alrededor.

—¡Mírame a mí, a quien tú tal vez envidias, amigo mío, sí! ¡A mí, que empiezo a hacer mis propios negocios, como dicen los burgueses, que publico libros y gano algún dinero, pues bien, yo me muero!... Te lo he repetido a menudo, pero no me crees, porque la felicidad para ti que produces con tanto esfuerzo, que no puedes llegar al público, sería naturalmente producir mucho, exponer, ser elogiado o vapuleado... ¡Ah!, pongamos que seas aceptado en el próximo Salón, que entres en la barahúnda, que hagas otros cuadros y ya me dirás a continuación si eso te basta, si eres por fin feliz... Escucha, el trabajo ha dominado mi existencia. Poco a poco me ha arrebatado a mi madre, a mi mujer, todo cuanto quiero. Es el gusanillo que anida en el cráneo, que devora el cerebro, que invade el tronco, los miembros, que roe el cuerpo entero. Desde que me levanto, por la mañana, el trabajo me atrapa, me clava en mi mesa, sin dejarme respirar una bocanada de aire; luego me sigue en el almuerzo, masco sordamente mis frases con mi pan; luego me acompaña cuando salgo, vuelve a cenar en mi plato, se acuesta por la noche en mi almohada, tan despiadado que nunca tengo el poder de detener la obra en marcha, cuyo desarrollo continúa, hasta en lo más profundo de mi sueño... Y fuera de ello no existe ya nadie, subo a dar un beso a mi madre, tan distraído que, diez minutos después de haberla dejado, me pregunto si le he deseado realmente los buenos días. Mi pobre mujer no tiene marido, ya no estoy con ella, ni siquiera cuando nuestras manos se tocan. A veces tengo la aguda sensación de que les hago los días tristes, y siento un gran remordimiento por ello, pues la felicidad está hecha sólo de bondad, de franqueza y de alegría en un matrimonio; pero ¿acaso puedo escapar de las garras del monstruo? Inmediatamente caigo de nuevo en el sonambulismo de las horas de creación, en la indiferencia y el mal humor de mi idea fija. ¡Y tanto mejor si las páginas de la mañana han salido bien, peor si una de ellas ha quedado atascada! La casa reirá o llorará, al capricho del trabajo devorador... ¡No, no!, ¡ya nada me pertenece, he soñado con el descanso en el campo, con viajes lejanos, en mis días de miseria; y hoy que podría hacer lo que deseo, la obra comenzada es la que me enclaustra: ni una salida al sol matinal, ni una escapada a casa de un amigo, ni un momento de insensata pereza! Hasta mi voluntad se doblé, es una costumbre adquirida, he cerrado la puerta al mundo detrás de mí, y he echado la llave por la ventana... ¡Ya nada, ya nada en mi agujero más que el trabajo y yo, y me devorará, y no habrá ya nada, nada!

Se calló, se hizo un nuevo silencio en la sombra creciente. Luego prosiguió a duras penas:

—¡Y si al menos estuviera uno contento, si sacara alguna alegría de esta perra

vida!... ¡Ah!, no sé cómo se las arreglan los que fuman cigarrillos y se acarician felizmente la barba mientras trabajan. Sí, parece que los hay para quienes la producción es un placer fácil, cómodo de tomar y de dejar, sin apasionamiento alguno. Están encantados, se admiran, no pueden escribir dos líneas que no sean de una rara calidad, personalísima, única... Pues bien, yo paro con fórceps, y la criatura, pese a todo, me parece horrible. ¿Es posible estar lo bastante inmune a la duda para creer en uno mismo? Me asombra ver a tipos que niegan furiosamente todo mérito ajeno, que carecen de todo sentido crítico, de todo buen sentido, cuando se trata de sus hijos bastardos. ¡Qué cosa más fea es siempre un libro! Es preciso no haber vivido la experiencia de gestarlo para quererlo... No me refiero al montón de insultos que se reciben. Pues éstos, en vez de incomodarme, me estimulan aún más. Conozco a algunos a quienes los ataques les trastornan, que tienen la necesidad poco orgullosa de procurarse simpatías. Simple fatalidad de carácter, algunas mujeres se morirían si no gustasen. Pero el insulto es sano, no hay escuela más viril que la impopularidad, no hay nada mejor para permanecer ágiles y fuertes que los silbidos de los imbéciles. Basta con decirse a uno mismo que se ha entregado la vida a una obra, que no se espera ni justicia inmediata ni siquiera un examen serio, que se trabaja, en fin, sin esperanza de ningún tipo, sólo porque el trabajo late debajo de la propia piel como el corazón, al margen de la voluntad; y así llega uno muy bien a la propia muerte con la ilusión consoladora de que uno se verá apreciado algún día... ¡Ah, si los otros supieran de qué gallarda manera soporto sus iras! El único problema es que estoy yo, y me abrumo, me siento desolado hasta el punto de no vivir un minuto feliz. ¡Dios mío! ¡Cuántas horas terribles desde el día que doy comienzo a una novela! Los primeros capítulos funcionan bien, tengo espacio por delante para demostrar mi genio; a continuación, me pierdo, nunca satisfecho de la tarea de cada día, condenando ya el libro en marcha, juzgándolo inferior a los anteriores, torturándome con las páginas, las frases, las palabras, hasta que las mismas comas adquieren una fealdad que me hace sufrir. Y una vez terminado, ¡ah!, cuando está terminado, ¡qué alivio!, no esa alegría del señor que se exalta en la adoración de su fruto, sino el juramento del mozo de cuerda que arroja el fardo que le ha roto el espinazo... Luego la cosa empieza de nuevo; vuelta a empezar siempre de nuevo hasta que reviente, furioso contra mí mismo, exasperado de no haber tenido más talento, rabioso de no dejar una obra más completa, más elevada, libro tras libro, un montón alto como una montaña; y tendré, al morir, la espantosa duda de la labor hecha, preguntándome si era eso lo que hubiera tenido que hacer, si no hubiera debido ir por la izquierda cuando he ido por la derecha; y mi última palabra, mi último estertor será para querer rehacerlo todo...

Preso de la emoción, sus palabras se estrangulaban, tuvo que respirar un instante antes de lanzar este grito apasionado, en el que echaba a volar todo su lirismo impenitente:

—¡Ah!, una vida, una segunda vida, ¿quién me la dará?, para que el trabajo me la

robe y para que yo muera de nuevo por él.

Se había hecho de noche, ya no se veía la figura rígida de la madre, parecía que la ronca respiración del niño llegara de las tinieblas, una enorme y lejana aflicción subía de las calles. De todo el estudio, sumido en una lúgubre oscuridad, sólo la gran tela guardaba una palidez, un último resto de luz que se esfumaba. Se veía, semejante a una visión agonizante, flotar la figura desnuda, pero sin forma precisa, las piernas ya desvanecidas, un brazo comido, sin quedar definida más que la redondez del vientre, cuya carne relucía de color de luna.

Tras un largo silencio, Sandoz preguntó:

—¿Quieres que vaya contigo cuando lleves tu cuadro allí?

Al no responderle Claude, creyó oírle llorar. ¿Era la tristeza infinita, la desesperación que le había sacudido también a él? Esperó, repitió su pregunta, y el pintor, tras haberse tragado un sollozo, balbució por fin:

—Gracias, amigo, el cuadro se queda, no lo mandaré.

—Pero ¡cómo!, ¿no estabas decidido?

—Sí, sí, estaba decidido... Pero no lo había visto, y acabo de verlo, bajo esa luz que caía... ¡Ah, es un fracaso, otra vez un fracaso, ¡ah!, me ha golpeado en los ojos como un puñetazo y me ha dado un vuelco el corazón!

Ahora sus lágrimas brotaban lentas y tibias en la oscuridad que le ocultaba. Se había contenido, y el drama cuya angustia silenciosa le había destrozado, estallaba a pesar suyo.

—Mi pobre amigo —susurró Sandoz, trastornado—, aunque resulte duro decirlo, tal vez haces bien esperando, para mejorar algunos fragmentos... Sólo que estoy furioso, pues voy a creer que he sido yo quien te ha desanimado con mi eterno y estúpido descontento de las cosas.

Claude se limitó a responder:

—¡Tú!, ¡qué cosas se te ocurren! Pero si no te escuchaba... No, estaba mirando todo lo que desaparecía de esa maldita tela. Cuando se iba la luz ha habido un momento, de una ligera claridad gris, muy tenue, en que lo he visto de pronto claro: sí, nada se sostiene, sólo son bonitos los fondos, la mujer desnuda no pega ni con cola, ni en su verticalidad, las piernas son feas... ¡Ah!, era para quedarse tieso de golpe, he sentido que la vida se retiraba de dentro de mí... Luego, al ir cayendo las tinieblas, ¡qué vértigo, qué hundimiento, la tierra precipitándose en la nada del vacío, el fin del mundo! Pronto he visto sólo su vientre, decreciente como una luna menguante. ¡Y mira, mira, ahora no queda ya nada de ella, ni un destello, está muerta, toda negra!

En efecto, el cuadro había desaparecido a su vez por completo. Pero el pintor se había levantado, se le oyó jurar en la noche cerrada.

—Por Dios, no pasa nada... Volveré a intentarlo...

Christine, que también se había levantado de su silla y contra la cual él tropezó, le interrumpió.

—Cuidado, voy a encender la lámpara.

La encendió y apareció palidísima, mientras dirigía al cuadro una mirada llena de temor y de odio. Pero ¡cómo! No se iba, se reiniciaba la tortura.

—Voy a ponerme de nuevo a ello —repitió Claude—, y acabará conmigo, y también con mi mujer, mi hijo y la casucha toda, pero ¡será una obra maestra, vive Dios que sí!

Christine fue a sentarse de nuevo, volvieron a acercarse a Jacques, que se había destapado, una vez más, haciendo erráticos gestos con sus manitas. Seguía resoplando, inerte, la cabeza hundida en la almohada, semejante a un objeto pesado que hiciera crujir la cama. Al irse, Sandoz expresó sus temores. La madre parecía idiotizada, el padre volvía ya delante de su tela, la obra que había que crear, cuya ilusión apasionada pugnaba en él con la realidad dolorosa de su hijo, aquella carne viva de su carne.

A la mañana siguiente, Claude estaba terminando de vestirse cuando oyó la voz asustada de Christine. También ella acababa de despertarse de sobresalto del pesado sueño que la había amodorrado en la silla mientras velaba al enfermo.

—¡Claude! ¡Claude! Ven a ver... Ha muerto.

Acudió, con los ojos abotargados, tropezando, sin comprender, repitiendo con aire de profunda sorpresa:

—¿Cómo que ha muerto?

Durante unos instantes se quedaron boquiabiertos, inclinados sobre la cama. La pobre criatura, boca arriba, con su gorda cabeza de niño genial, desproporcionada hasta la deformidad del cretinismo, no parecía haberse movido desde la víspera; sólo que su boca, ensanchada, descolorida, no resollaba ya, y sus ojos inexpresivos se habían abierto. El padre le tocó y lo encontró frío como el hielo.

—Es cierto, ha muerto.

Y era tal su estupor, que permanecieron por un momento con los ojos secos, impactados sólo por lo brutal del suceso, que juzgaban increíble.

Luego, con las rodillas molidas, Christine se dejó caer delante de la cama; y lloraba con grandes sollozos, que la sacudían por entero, con los brazos contorsionados, la frente en el borde del colchón. En aquel primer momento terrible, su desesperación se veía agravada sobre todo con un punzante remordimiento, el de no haber querido lo suficiente al pobre niño. Desfilaron ante ella los días en una rápida visión, y cada uno de ellos le traía un reproche, duras palabras, caricias pospuestas, incluso a veces malos tratos. Y todo se había acabado, ya nunca le resarciría de haberle escatimado su propio corazón. Él, a quien encontraba tan desobediente, había obedecido ahora hasta demasiado. Le había repetido tantas veces cuando jugaba: «¡Estate quieto, deja trabajar a tu padre!» que finalmente se portaba bien, para siempre. Esta idea la ahogó, cada sollozo le arrancó un sordo grito.

Claude se había echado a andar de un lado para otro movido por una necesidad nerviosa de cambiar de sitio. Con el rostro convulso, no soltaba más que unos pocos

lagrimones que se enjugaba asiduamente con el dorso de la mano. Y, cuando pasaba por delante del pequeño cadáver, no podía dejar de dirigirle una mirada. Aquellos ojos fijos, desorbitados, parecían ejercer sobre él un poder de atracción. Aunque de entrada resistió, la confusa idea se iba volviendo precisa, acababa por convertirse en una obsesión. Finalmente cedió, fue a coger una pequeña tela, comenzó un estudio del niño muerto. Durante los primeros minutos, sus lágrimas le impidieron ver, como si todo nadase en una niebla; seguía secándose los ojos, se empecinaba con un pincel tembloroso. Luego el trabajo secó sus párpados, dio seguridad a su mano; y, pronto, no hubo allí más que su hijo yerto, no tuvo más que un modelo, un tema cuyo extraño interés encontró apasionante. Aquel dibujo exagerado de la cabeza, aquel tono cerúleo de las carnes, aquellos ojos semejantes a unos agujeros sobre el vacío, todo le excitaba, le hacía arder en una llama. Retrocedía, se complacía, sonreía vagamente a su obra.

Cuando Christine se volvió a levantar, se lo encontró así inmerso en su tarea. Entonces, sumida de nuevo en una crisis de llanto, se limitó a decir:

—¡Ah, ya puedes pintarlo, no se moverá más!

Durante cinco horas, Claude siguió trabajando. Y, dos días más tarde, cuando Sandoz le acompañó de vuelta del cementerio a casa, tras el entierro, se estremeció de piedad y de admiración delante de la pequeña tela. Era uno de los buenos fragmentos de antaño, una obra maestra de claridad y de fuerza, con una inmensa tristeza además, el final de todo, la vida que moría con la muerte de aquel niño.

Pero Sandoz, que se deshacía en elogios, se quedó estupefacto al oírle decir a Claude:

—¿De veras te gusta?... Pues, entonces, haces que me decida. ¡Ya que no tengo listo el otro cuadro, mandaré éste al Salón!

X

Había llevado Claude la víspera el *Niño muerto* al Palais de l'Industrie cuando, una mañana que vagaba por la zona del parque Monceau, se encontró con Fagerolles.

—Pero ¡cómo!, ¡si eres tú, amigo! —exclamó cordialmente este último—. ¿Qué es de ti?, ¿qué haces? ¡Se te ve tan poco!

Luego, cuando el otro le hubo hablado de su envío al Salón, de aquella pequeña tela, de la que se sentía tan orgulloso, añadió:

—¡Ah!, la has enviado, pues entonces haré que te la acepten. Ya sabes que este año soy candidato al jurado.

En efecto, como consecuencia de las protestas y el eterno descontento de los artistas, tras intentos de reformas veinte veces repetidos y luego abandonados, la administración acababa de confiar a quienes exponían el derecho a elegir ellos mismos a los miembros del jurado de admisión; lo cual tenía trastornado el mundo de la pintura y de la escultura, se había declarado una verdadera fiebre electoral, las ambiciones, las camarillas, las intrigas, todos los tejemanejes que deshonran la política.

—Te llevo conmigo —continuó Fagerolles—. Tienes que ver dónde vivo, mi palacete, en el que todavía no has puesto los pies, pese a tus promesas... Está aquí al lado, en la esquina de la avenue de Villiers.

Y Claude, a quien había tomado alegremente del brazo, tuvo que seguirle. Sentía una cierta vileza, pues la idea de que su viejo amigo pudiera conseguir que le aceptasen le llenaba a la vez de vergüenza y de excitación. En la avenida, delante del palacete, se detuvo a contemplar la fachada, una obra coqueta y preciosista de arquitecto, la reproducción exacta de una casa Renacimiento de Bourges, con ajimeces, torrecilla con escalera y el tejado historiado de plomo. Era un verdadero joyel; se quedó sorprendido cuando, al volverse, percibió, en el borde opuesto de la calzada, la casa regia de Irma Bécot, donde había pasado una noche cuyo recuerdo guardaba como un sueño. Grande, sólida, casi sobria, esta última tenía el empaque de un palacio, enfrente de su vecino, el artista, reducido a una fantasía de bibelot.

—¡Ah, esa Irma —dijo Fagerolles con un matiz de respeto—, ella tiene una catedral!... ¡Hombre, yo no vendo más que pintura!... Entra.

El interior era de un lujo magnífico y extravagante; viejas tapicerías, armas de época, un montón de muebles antiguos, de curiosidades de China y de Japón, desde el vestíbulo; un comedor, a la izquierda, todo en paneles de laca, con un dragón rojo extendido en el techo; una escalera de madera tallada, donde ondeaban unas banderolas y ascendían en penachos unas plantas verdes. Pero, arriba, la maravilla era sobre todo el estudio, bastante estrecho, sin un cuadro, enteramente recubierto de *portières* de Oriente, ocupado de un extremo al otro por una enorme chimenea, cuya campana sostenían unas quimeras, y en la otra punta por un vasto diván debajo de un pabellón de tela, todo un monumento, con lanzas sosteniendo en el aire el dosel

suntuoso de las colgaduras, por encima de un amontonamiento de alfombras, de pieles y cojines, casi a nivel del parqué.

Claude examinaba todo aquello y le vino a los labios una pregunta, que se guardó de hacer. ¿Estaba todo eso pagado? Galardonado el año anterior, aseguraban que Fagerolles exigía diez mil francos por un retrato. Naudet, quien, tras haberle dado a conocer, explotaba ahora su éxito mediante entregas fijas, sin desprenderse de ninguno de sus cuadros por menos de veinte, treinta, cuarenta mil francos. Los encargos le habrían llovido como granizo si el pintor no hubiera afectado el desdén y el agobio de todo aquel de quien la gente se disputa hasta los menores esbozos. Y, sin embargo, aquel lujo exhibido olía a deuda. No había allí más que anticipos dados a los proveedores, todo el dinero, ese dinero ganado como en la Bolsa, apostando al alza, se escurría entre los dedos, se gastaba sin dejar rastro. Por lo demás, Fagerolles, en pleno entusiasmo todavía por aquella repentina fortuna, no llevaba las cuentas, sin inquietarse, confiado en que vendería siempre, cada vez más caro, envanecido de la gran importancia que iba adquiriendo en el arte contemporáneo.

Finalmente Claude observó una pequeña tela en un caballete de madera negra, cubierto por un paño de felpa roja. Era todo cuanto hacía recordar la profesión, junto con una cajita de palisandro para los colores y una caja de pasteles, olvidada encima de un mueble.

—Muy fino —dijo Claude, delante de la pequeña tela, para ser amable—. ¿Y has mandado tu cuadro para el Salón?

—¡Ah, sí, gracias a Dios! ¡Cuánta gente he tenido! Un verdadero desfile de gente me ha obligado a estar de pie ocho días de la mañana a la noche... No quería exponer, no lo consideraba oportuno. También Naudet estaba en contra. Pero ¿qué le quieres hacer? Me he visto tan solicitado, todos los jóvenes desean que entre a formar parte del jurado para que los defienda... ¡Oh, mi cuadro es muy sencillo, *Un desayuno*, como he llamado a eso, dos señores y tres señoras debajo de unos árboles, los invitados de una quinta que se han llevado un refrigerio y se lo están tomando en un claro del bosque...! Ya verás, es bastante original.

Su voz se había vuelto dubitativa, y cuando se topó con los ojos de Claude, que le miraba fijamente, acabó de turbarse, y bromeó sobre la pequeña tela puesta en el caballete.

—Eso es una pequeña porquería que me ha pedido Naudet. Vamos, no es que yo ignore lo que me falta, un poco de eso que a ti te sobra, amigo... ¿Sabes?, yo te sigo apreciando, ayer sin ir más lejos te defendí una vez más entre los pintores.

Le dio una palmadita en el hombro, había sentido el secreto desprecio de su antiguo maestro, y quería ganárselo de nuevo con sus zalamerías de otro tiempo, con mimos de zorróna que dice «soy una zorróna» para que la quieran. Y con la mayor sinceridad del mundo, con una especie de deferencia inquieta, volvió a prometerle que emplearía toda su influencia para que su obra fuera aceptada.

A todo esto iba llegando gente, entraron y salieron más de quince personas en

menos de una hora: padres que llevaban a jóvenes alumnos, pintores que ya exponían venían en busca de una recomendación, amigos que proponían un intercambio de favores, hasta mujeres que ponían su talento bajo la protección de su encanto. Y había que ver al pintor cumplir con su papel de candidato, prodigar apretones de manos, decirle a uno: «¡Su cuadro de este año es una preciosidad, me gusta tanto!», asombrarse delante de otro: «Pero ¡cómo!, ¡todavía no le han dado una medalla!», repetir a todos: «¡Ah, si fuera del jurado, cómo les metería en vereda!». Y, tras despedir a la gente encantada, cerraba la puerta a cada visita con un aire de extrema amabilidad, en el que se traslucía la secreta risa burlona del antiguo rondador de aceras.

—¿Eh?, ¡ya lo ves! —le dijo a Claude en un momento en que estuvieron solos—, ¡imposible disponer de tiempo con semejantes cretinos!

Pero, cuando se acercó al ventanal, abrió bruscamente uno de los postigos, y vieron, al otro lado de la avenida, en uno de los balcones del palacete de enfrente, una forma blanca, una mujer ataviada con una bata de encaje que levantaba su pañuelo. También él agitó la mano, tres veces. Luego las dos ventanas se cerraron.

Claude había reconocido a Irma; y, en el silencio que se había hecho, Fagerolles se explicó tranquilamente.

—Ya ves, es cómodo, se puede intercambiar mensajes... Tenemos una telegrafía completa. Me llama, tengo que ir a su casa... ¡Ah, amigo, ahí tienes a una que podría darnos lecciones!

—¿Lecciones de qué?

—¡Pues de todo! ¡De vicio, de arte, de inteligencia!... ¡Si te dijera que es ella la que me hace pintar! ¡Sí, palabra de honor, tiene un olfato extraordinario para el éxito! ... ¡Y, con todo y con eso, sigue siendo en el fondo una golfilla, ¡oh!, de una picardía, de una pasión furiosa tan divertida cuando se encapricha de alguien!

Dos pequeñas llamas rojas habían asomado a sus mejillas, mientras una especie de cieno removido enturbiaba por un momento sus ojos. Volvían a estar juntos desde que vivían en la misma avenida; se rumoreaba incluso que él, tan hábil como avezado a todas las jugarretas de las calles de París, se dejaba desplumar por ella y sangrar a cada momento con alguna suma elevada, que mandaba a pedir a su doncella, para un proveedor, para un capricho y a menudo para nada, por el simple gusto de vaciarle los bolsillos; lo cual explicaba en parte la falta de liquidez en que se encontraba, la deuda que aumentaba a pesar del continuo movimiento que hinchaba la cotización de sus telas. Por otra parte, no ignoraba que él para ella era un lujo inútil, una distracción de mujer aficionada a la pintura que se permitía a espaldas de los señores serios que pagaban como maridos. Ella se lo tomaba a broma, pues había entre ellos como el cadáver de su perversidad, un regusto a bajeza, que le hacía reír y excitarse también a él de ese papel de amante generoso, capaz de olvidarse de todo el dinero que daba.

Claude se había puesto de nuevo su sombrero. Fagerolles daba pataletas mientras echaba miradas de inquietud hacia el palacete de enfrente.

—No es mi deseo despedirte, pero ya ves, me espera... Así que de acuerdo, tu asunto está arreglado, a menos que no salga elegido... Pásate por al Palais de l'Industrie la tarde del escrutinio. ¡Oh, menudo bullicio y jaleo!, y, además, así sabrás enseguida si puedes contar conmigo.

Por de pronto, Claude se juró que no se tomaría la molestia. La protección de Fagerolles le resultaba cargante; y, sin embargo, no tenía, en el fondo, más que un temor, el que ese terrible sujeto no mantuviese su promesa por cobardía ante el fracaso. Luego, el día de la votación, no pudo dominar su inquietud y se fue a dar una vuelta por los Campos Elíseos con la excusa de dar un largo paseo. Tanto daba allí como a otra parte, pues había dejado el trabajo en la espera inconfesada del Salón y había reiniciado sus interminables caminatas por París. Él no podía votar, ya que hubiera tenido que haber sido aceptado al menos una vez. Pero pasó varias veces por delante del Palais de l'Industrie, atraído por la animación de aquel tramo de calle por donde desfilaban los artistas electores, que se veían acosados por unos hombres con unas blusas sucias que vociferaban las listas, una treintena de listas, de todas las camarillas, de todas las opiniones, la lista de los talleres de la Escuela, la lista liberal, la intransigente, la de conciliación, la de los jóvenes, la de las damas. Se hubiera dicho la locura del escrutinio, en la puerta de una sección, al día siguiente de un motín.

Por la tarde, desde las cuatro, una vez terminada la votación, Claude no pudo resistir a la curiosidad de subir a ver. Ahora el acceso era libre, entraba quien quería. En el piso de arriba, se encontró con la inmensa sala del jurado cuyas ventanas daban a los Campos Elíseos. El centro estaba ocupado por una mesa de doce metros, mientras que, en la chimenea monumental, en uno de los extremos, ardían unos árboles enteros. Y había cuatrocientos o quinientos electores que se habían quedado allí para el escrutinio, mezclados con amigos, simples curiosos, que hablaban en voz alta, reían, desencadenando debajo del alto techo un retumbo de huracán. En torno a la mesa se iban instalando las mesas electorales, y había ya funcionando unas quince en total, compuestas cada una de ellas de un presidente y de dos interventores. Pero quedaba por organizar tres o cuatro, y no se presentaba ya nadie, todos huían por temor a aquel agotador trabajo que tenía clavados allí a los supervisores una parte de la noche.

Precisamente, Fagerolles, en el tajo desde la mañana, se agitaba, gritaba para dominar el estruendo.

—¡Vamos, señores, nos falta un hombre!... ¡Vamos, un hombre de buena voluntad para aquí!

Y, en aquel momento, al ver a Claude, se precipitó hacia él y se lo llevó a la fuerza.

—¡Ah, tú, vas a hacerme el favor de sentarte en este sitio y de ayudarnos! Es por una buena causa, ¡qué diablos!

De golpe, Claude se vio convertido en presidente de una mesa, y desempeñó su

función con una seriedad propia de un tímido, emocionado en el fondo, con todo el aspecto de creer que la aceptación de su tela dependería de lo concienzudamente que cumpliera aquella función. Llamaba en voz alta a los nombres inscritos en las listas, que le pasaban en unos paquetitos iguales, mientras sus dos interventores los inscribían. Y todo ello se hacía en medio del más espantoso guirigay, el crepitante ruido de aquellos veinte, treinta nombres gritados a la vez por distintas voces, entre el continuo rugido de la gente. Dado que era incapaz de hacer nada sin pasión, se animaba, desesperado cuando en una lista no figuraba el nombre de Fagerolles, feliz cuando había de pronunciar aquel nombre una vez más. Por lo demás, disfrutaba a menudo de esta alegría, puesto que su amigo se había hecho popular, mostrándose por todas partes, frecuentando los cafés a donde iban los grupos influyentes, arriesgando incluso profesiones de fe, comprometiéndose con los jóvenes, sin olvidarse de saludar en voz baja a los miembros del Institut. Se extendía una simpatía general, Fagerolles estaba allí como el niño mimado de todos.

Hacia las seis se hizo de noche en aquel lluvioso día de marzo. Unos ordenanzas trajeron unos quinqués; y algunos artistas desconfiados, que vigilaban de reojo el recuento con sus perfiles mudos y sombríos, se acercaron. Otros empezaban con las bufonadas, daban gritos bestiales, probaban a entonar una tirolesa. Pero no fue hasta las ocho, al servirse un pisco-labis, unas carnes frías y vino, cuando se desbordó la alegría. Las botellas se vaciaban rápidamente, la gente se atracaba con los platos que podía arramblar, era una auténtica verbena etílica en aquella sala inmensa que los leños de la chimenea iluminaban con un reflejo de fragua. Luego se pusieron todos a fumar y el humo enturbió la luz amarillenta de las lámparas, mientras en el suelo se amontonaban las papeletas tiradas durante las votaciones, una espesa capa de papeles, ensuciados por los tapones de corcho, las migas de pan, algunos platos rotos, todo un estercolero donde se hundían los talones de las botas. Las lenguas se desataban, un pequeño escultor pálido se subió a una silla para arengar al pueblo; un pintor con unos bigotes tiesos, bajo una nariz aguileña, se sentó a horcajadas en una silla y se puso a galopar en torno a una de las mesas, saludando, haciendo de emperador.

Poco a poco, sin embargo, muchos se cansaban y se iban. Hacia las once, no quedaban más que doscientos. Pero, pasada la medianoche, hubo gente que volvió, paseantes ociosos en traje negro y corbata blanca que salían del teatro o de una velada, picados por la curiosidad de conocer antes que el resto de París los resultados del escrutinio. También llegaron unos reporteros; y se les veía salir pitando de la sala, uno tras otro, a medida que se les comunicaba una suma parcial.

Claude, ronco, seguía llamando. El humo y el calor se volvían insoportables, un olor a establo subía de la capa lodosa formada por todo cuanto había tirado por el suelo. Dio la una, luego las dos. Y Claude seguía con el recuento interminable, y la conciencia con que procedía le hacía retrasarse tanto que las otras mesas hacía ya rato que habían terminado su trabajo, cuando el suyo estaba todavía atascado entre columnas de cifras. Finalmente, se centralizaron todas las sumas y se proclamaron los

resultados definitivos. Fagerolles ocupaba el decimoquinto lugar sobre cuarenta, cinco puestos por delante de Bongrand, que iba en la misma lista, pero cuyo nombre había tenido que ser eliminado a menudo. Y ya despuntaba el día cuando Claude regresó a la rue Tourlaque, molido de cansancio pero encantado.

Entonces, durante dos semanas, vivió en un estado de ansiedad. Diez veces pensó en ir a pedir noticias a casa de Fagerolles; pero la vergüenza le atenazaba. Por otra parte, como el jurado procedía por orden alfabético, quizá nada estaba decidido. Y, una tarde, en el boulevard de Clichy, tuvo una corazonada al ver venir hacia él unos hombros cuadrados cuyo bamboleo le era bien conocido.

Era Bongrand, que pareció incómodo. Fue él el primero en decir:

—Ya sabe usted que con esa gentuza las cosas no son fáciles... Pero no todo está perdido, Fagerolles y yo estamos atentos. Y cuente con Fagerolles, ya que yo, amigo mío, tengo un miedo de mil demonios de comprometerle.

La verdad era que Bongrand se encontraba en permanente hostilidad con Mazel, nombrado presidente del jurado, un célebre profesor de la Escuela, el último bastión de la convención elegante y cursilona. A pesar de que se trataban de queridos colegas e intercambiaban grandes apretones de manos, esta hostilidad había estallado desde el primer día, no podía uno dar el visto bueno a la aceptación de un cuadro sin que el otro votara a favor de su rechazo. Por el contrario, Fagerolles, elegido secretario, se había convertido en la debilidad, en la mano derecha de Mazel, quien le perdonaba su deserción de antiguo alumno, hasta tal punto le adulaba actualmente aquel renegado. Por lo demás, el joven maestro, muy marrajo, como decían sus colegas, se mostraba con los principiantes y los audaces mucho más duro que con los propios miembros del Institut; y solamente se humanizaba cuando quería lograr que se aceptase un cuadro, haciéndose entonces el gracioso, intrigando, sonsacando el voto con artes de prestidigitador.

Aquellos trabajos del jurado eran una dura tarea en la que hasta al propio Bongrand se le fatigaban las vigorosas piernas. Cada día los vigilantes preparaban el trabajo, una interminable fila de grandes cuadros colocados en el suelo, apoyados contra el cimacio, en una línea de fuga a través de las salas del primer piso y dando la vuelta a todo el Palais; y, cada tarde, desde la una, los cuarenta, con el presidente a la cabeza, armado de una campanilla, reiniciaban el mismo paseo hasta agotar todas las letras del alfabeto. Los juicios se emitían de pie, se despachaba lo más rápidamente posible la tarea, rechazando sin votación las peores telas; sin embargo, las deliberaciones hacían detenerse a veces al grupo, se discutía durante diez minutos, se reservaba la obra motivo de discusión para la revisión de la tarde, mientras dos hombres, que sostenían una cuerda de diez metros, la tendían a cuatro pasos de los cuadros para mantener a debida distancia la marea de los miembros del jurado, que, en la encendida discusión, se echaban hacia delante y, a pesar de todo, la combaban con sus vientres. Detrás del jurado iban los setenta vigilantes en blusón blanco, que evolucionaban a las órdenes de un cabo, y hacían la selección a cada decisión

comunicada por los secretarios, siendo los aceptados separados de los rechazados, que eran llevados aparte, como cadáveres tras la batalla. Y la vuelta duraba dos largas horas, sin un respiro, sin un asiento para sentarse, todo el tiempo de pie, pataleando de cansancio, en medio de las corrientes de aire helado, que obligaban a los menos frioleros a embutirse dentro de unos paletós forrados de piel.

Por eso el refrigerio de las tres era acogido con regocijo: un descanso de media hora en un bufé, donde no faltaba el burdeos, el chocolate y los sándwiches. Era entonces cuando empezaba el chalaneo de los favores mutuos, el intercambio de influencias y de buenas palabras. La mayoría llevaba consigo cuadernos de notas, para no olvidar a nadie, en medio de la lluvia de recomendaciones que caía sobre ellos; y los consultaban, se comprometían a votar a los protegidos de un colega, si éste votaba a los suyos. Otros, por el contrario, ajenos a tales intrigas, sobrios o despreocupados, terminaban de fumarse un cigarrillo con la mirada perdida.

Luego se reanudaba la tarea, pero tomándosela con más calma, en una única sala, donde había sillas, incluso mesas, con plumas, papel y tinta. Todos los cuadros que no alcanzaban un metro cincuenta eran juzgados allí, pasando a la sección de «pinturas de caballete», alineados en número de diez o doce a lo largo de una especie de tablado recubierto de sarga verde. Muchos miembros del jurado olvidaban sus funciones para sentarse cómodamente en los asientos, varios despachaban su correspondencia personal, y era preciso que el presidente mostrara su descontento para contar con mayorías presentables. A veces brotaba el fuego de la pasión, la votación a mano alzada se hacía en un estado tan febril que se agitaban sombreros y bastones en el aire, por encima de la tumultuosa oleada de las cabezas.

Y fue allí, en el tablado, cuando apareció por fin el *Niño muerto*. Desde hacía ocho días, Fagerolles, cuyo cuaderno desbordaba de notas, se entregaba a complicados mercadeos para encontrar votos a favor de Claude; pero ello no resultaba fácil, ya que no encajaba bien con los demás compromisos que había adquirido, no recogía sino negativas apenas pronunciaba el nombre de su amigo; y se quejaba de no recibir ayuda alguna de Bongrand, que, desprovisto de cuaderno, era de tal torpeza, por otra parte, que arruinaba las mejores causas con ataques de franqueza inoportunos. Veinte veces habría abandonado Fagerolles la causa de Claude de no ser por la obstinación que ponía en querer demostrar su poder en aquella admisión considerada imposible. ¡Ya verían si no daba la talla para imponerse al jurado! Tal vez, en el fondo de su conciencia, había también una necesidad de justicia, el secreto respeto por el hombre cuyo talento hacía suyo.

Precisamente aquel día, Mazel estaba de un humor de perros. Ya al comienzo de la sesión se había presentado el cabo.

—Señor Mazel, ayer se produjo una equivocación. Se rechazó un cuadro fuera de concurso... Es el número dos mil quinientos treinta, una mujer desnuda debajo de un árbol.

En efecto, la víspera, se había mandado aquel cuadro a la fosa común, con un

desprecio unánime, sin reparar en que se trataba de un viejo pintor clásico, respetado por el Institut, y el desasosiego del cabo, la chusca situación de una eliminación involuntaria, divertía a los jóvenes del jurado, que se echaron a reír con aire provocador.

Mazel detestaba semejantes historias, que consideraba atentatorias contra la autoridad de la Escuela. Haciendo un gesto de enfado, dijo con sequedad:

—Bueno, repésquelo, llévelo donde están los aceptados... Ayer sobre todo hubo un barullo insoportable. ¿Cómo se puede pretender que se juzgue nada, a todo correr, si ni siquiera puedo conseguir que se haga el silencio?

Dio un terrible campanillazo.

—Vamos, señores, ya casi está... Un poco de buena voluntad, por favor.

Por desgracia, apenas pusieron los primeros cuadros en el tablado, hubo otro contratiempo. Una tela entre todas atrajo su atención, de tan mala como le parecía, de un cromatismo tan áspero que hacía rechinar los dientes; y, al bajar la vista, se inclinó para ver la firma murmurando:

—¿Quién ha sido el cerdo que...?

Pero se levantó al punto, impresionado al haber leído el nombre de uno de sus amigos, un artista que era el bastión de los sanos principios. Confiando en que no le hubieran oído, exclamó:

—¡Magnífico!... El número uno, ¿no, señores?

Y le concedieron el número uno, la admisión que daba derecho a los honores del cimacio. Sólo que se reían, se daban con el codo. Él se sintió muy herido por ello y adoptó una actitud hosca.

Pero todos hacían lo propio, muchos se desahogaban al primer vistazo, para luego, una vez descifrada la firma, corregir lo dicho; lo cual les acababa volviendo prudentes, les hacía arquear los hombros y cerciorarse del nombre con mirada furtiva, antes de pronunciarse. Por otra parte, cuando pasaba la obra de un colega, alguna tela sospechosa de ser de un miembro del jurado, se tenía la precaución de hacerse una señal de advertencia a espaldas del pintor: «¡Cuidado con meter la pata, que es suyo!».

A pesar del nerviosismo de la sesión, Fagerolles consiguió llegar a un primer acuerdo. Era un retrato espantoso, pintado por uno de sus alumnos, cuya familia, muy rica, le recibía. Había tenido que hacer un aparte con Mazel para ablandarle, contándole la historia sentimental de un desgraciado padre con tres hijas que se moría de hambre; y el presidente se había hecho mucho de rogar: ¡qué diablos! ¡Cuando uno tiene hambre no se dedica a pintar! ¡No se abusa a tal punto de tres hijas! Sin embargo, levantó la mano, el único junto con Fagerolles. Se protestaba, con irritación, y hasta otros dos miembros del Institut se rebelaron cuando Fagerolles murmuró en voz baja:

—Es para Mazel, ha sido Mazel quien me ha suplicado que le vote... Un pariente, creo. En fin, tiene interés en ello.

Y los dos académicos levantaron rápidamente la mano, y se logró una mayoría absoluta.

Pero estallaron risas, ocurrencias, gritos de indignación: se acababa de colocar en el tablado el *Niño muerto*. ¿A quién se le ocurría mandarles la morgue? Y los jóvenes se mofaban de la cabeza gorda, que, evidentemente, representaba un mico que había reventado al haberse tragado una calabaza; y los viejos, patidifusos, retrocedían.

Fagerolles sintió inmediatamente que la partida estaba perdida. Primero trató de escamotear las votaciones, a fuerza de bromas, en una de sus hábiles maniobras.

—Vamos, señores, el viejo luchador...

Unas palabras furiosas le interrumpieron. ¡Ah, no, ése no! ¡Cómo si no conocieran ellos al viejo luchador! ¡Un loco que se obstinaba desde hacía quince años, un orgulloso que se las daba de genio, que había hablado de acabar con el Salón, sin enviar nunca una tela aceptable! Todo el desprecio por la originalidad rebelde, por la competencia que se teme, por la fuerza invencible que triunfa, incluso derrotada, rugía en aquel estallido de voces. ¡No, no, fuera!

Entonces, Fagerolles cometió el error de irritarse a su vez, cediendo a la rabia de constatar su poca influencia real.

—¡Son ustedes injustos, al menos sean justos!

De pronto, el tumulto llegó al colmo. Le rodeaban, le empujaban, se agitaban brazos amenazadores, se tiraba con bala.

—Caballero, deshonra usted al jurado.

—Si defiende usted eso es para que salga su nombre en los periódicos.

—No entiende usted de pintura.

Y Fagerolles, fuera de sí, sin mantener siquiera la ambigüedad de la ironía, respondió torpemente:

—Entiendo tanto como usted.

—¡Calle la boca! —prosiguió un compañero, un pintorcillo rubio muy cascarrabias—, ¡no querrá hacernos tragar semejante tostón!

¡Sí, sí, un tostón!, todos repetían la palabra con convicción, aquella palabra que lanzaban habitualmente a los peores mamarrachos, a la pintura descolorida, fría e insípida de los pintamonas.

—Está bien —dijo finalmente Fagerolles, con los dientes apretados—, pido que se haga la votación.

Desde que la discusión se había puesto fea, Mazel agitaba su campanilla sin parar, rojo como la grana de ver que se hacía caso omiso de su autoridad.

—Señores, vamos, señores... Es increíble que no puedan llegar a un acuerdo sin gritar... Se lo ruego, señores...

Por fin, se logró un poco de silencio. En el fondo, no era mala persona. ¿Por qué no se aceptaba aquel cuadrado, aunque se le juzgara detestable? ¡Se aceptaban tantos otros!

—Vamos, señores, procedan a la votación.

Iba tal vez él mismo a levantar la mano cuando Bongrand, mudo hasta aquel momento, echándole fuego las mejillas, en un arranque de cólera contenida, se desató de repente, sin venir a cuento, lanzando este grito de su conciencia sublevada:

—¡Pero, por todos los santos, si no hay ni cuatro de todos nosotros capaces de hacer una obra semejante!

Corrieron unos gruñidos, el mazazo era tan duro que nadie respondió a él.

—Señores, se pide el voto —repitió Mazel, que se había puesto pálido, con voz seca.

Y bastó con el tono, pues salía fuera el odio latente, las feroces rivalidades que se escondían debajo de la campechanía de los apretones de mano. Raramente se llegaba a aquellas trifulcas. Casi siempre se lograba un entendimiento. Pero, en el fondo de las vanidades ofendidas, había heridas siempre sangrantes, duelos a navaja que se libraban con una sonrisa en los labios.

Bongrand y Fagerolles fueron los únicos que levantaron la mano, y al *Niño muerto*, rechazado, no le quedó más que la posibilidad de ser repescado en el momento de la revisión general.

Aquella revisión general era la tarea más ardua. El jurado, tras veinte días de sesiones diarias, por más que se tomara dos días de descanso a fin de permitir a los vigilantes preparar el trabajo, sentía un escalofrío la tarde en que se encontraba frente al muestrario de tres mil cuadros rechazados, entre los que debía repescar un pico para completar la cifra reglamentaria de dos mil quinientas obras aceptadas. ¡Ah! ¡Aquellos tres mil cuadros puestos de un extremo al otro, contra los cimacios de todas las salas, alrededor de la galería exterior, por todas partes en definitiva, hasta en los tablados, extendidos como balsas de agua estancada, entre las que se dejaban pequeños senderos que discurrían a lo largo de los marcos, una inundación, un desbordamiento que iba en aumento, invadía el Palais de l'Industrie, lo sumergía bajo la turbia oleada de todo cuanto el arte puede producir de mediocre y de loco! ¡Y solamente disponían de una sesión, de una a siete, seis horas de desesperado corretear, a través de aquel dédalo! Al principio aguantaron bien el cansancio, veían claro, pero no tardaron en sentir sus piernas molidas en aquellas marchas forzadas, sus ojos se irritaban con aquellos colores danzarines: y era preciso seguir avanzando, no cesar de ver y juzgar, hasta desfallecer de cansancio. Ya desde las cuatro reinaba una sensación de derrota, de desastre de ejército vencido. Detrás, muy rezagados, algunos miembros del jurado seguían a rastras, con la lengua fuera. Otros, uno a uno, perdidos entre los marcos, seguían los estrechos senderos renunciando a salirse de ellos, dando vueltas sin esperanza de encontrar nunca el final. ¡Cómo ser justos, santo Dios! ¿Qué repescar de todo aquel cúmulo de horrores? Al azar, sin distinguir bien un paisaje de un retrato, se completaba el número. Doscientos, doscientos cuarenta, ocho más. Y faltaban todavía ocho. ¿Ése? ¡No, ese otro! Como prefiera. Siete, ocho, ¡ya está! ¡Finalmente habían llegado al final, se iban renqueando, salvados, libres!

Una nueva escena les había detenido en una sala, en torno al *Niño muerto*,

extendido en el suelo, entre otros restos del naufragio. Pero, esta vez, se tomaban la cosa a broma, un burlón fingía tropezar y poner el pie en medio de la tela, otros corrían a lo largo de los pequeños senderos como para buscar el verdadero sentido del cuadro, declarando que era mucho mejor del revés.

Fagerolles se puso también a bromear.

—Venga, un poco más de ánimo, señores. Vean su carácter, examínenlo, se verán recompensados... Por favor, señores, tengan la amabilidad de repescarlo, hagan esta buena acción.

Todos se divertían al oírle, pero se negaban más duramente aún con la crueldad de su risa, ¡No, no, nunca!

—¿Lo aceptas para tu obra de caridad? —exclamó la voz de un compañero.

Era costumbre que los jurados tuvieran el derecho a hacer una «obra de caridad», pudiendo cada uno de ellos elegir una tela de entre el montón, por más detestable que fuese, y que de este modo era aceptada sin examen. Normalmente esta aceptación era una limosna concedida a los pobretones. Aquellos repescados de última hora eran los mendigos de portal, a quienes, con el estómago vacío, se dejaba recoger las migajas de la mesa de su señor.

—Como obra de caridad —repitió Fagerolles lleno de incomodidad—, tengo ya a otro... Sí, unas flores de una señora...

Unas risas burlonas le interrumpieron. ¿Era bonita? Aquellos caballeros se mostraban guasones, sin la menor galantería, delante de la pintura de una mujer. Y él permanecía perplejo, puesto que la señora en cuestión era una protegida de Irma. Temblaba ante la sola idea de la terrible escena si no mantenía su promesa. Se le ocurrió una salida.

—¡Ah!, ¿y usted, Bongrand?... ¿No puede coger usted a este gracioso niño muerto para su obra de caridad?

Bongrand, con el corazón roto, indignado por aquel chalaneo, agitó sus grandes brazos.

—¡Yo!, ¡hacer esta afrenta a un verdadero pintor!... ¡Mejor que sea más orgulloso, por Dios! ¡Que no mande nada nunca más al Salón!

Entonces, como continuaban las risas burlonas, Fagerolles, queriendo salir victorioso, tomó una decisión, con aire soberbio, como alguien muy fuerte que no teme verse comprometido.

—Está bien, ya lo cojo yo para mi obra de caridad.

Resonó un bravo, hubo una ovación burlona, grandes saludos, apretones de manos. ¡Honor al valiente que tenía el coraje de ser consecuente con su opinión! Y un vigilante se llevó entre sus brazos a la pobre tela silbada, maltratada, mancillada; y así fue como un cuadro del pintor del *Plein air* se vio finalmente aceptado por el jurado.

Al día siguiente por la mañana, un billete de Fagerolles informó a Claude, en dos líneas, que había conseguido hacer aceptar el *Niño muerto*, aunque no sin esfuerzo.

Claude, pese a la alegría de la noticia, sintió que el corazón se le encogía: aquel laconismo, aquella benevolencia, aquel tono lastimoso, toda la humillación de lo sucedido asomaba a cada frase. Durante un instante, se sintió desdichado por aquella victoria, hasta el punto de que habría querido recuperar su obra y esconderla. Luego, esta susceptibilidad se atenuó, recayó en las flaquezas de su orgullo de artista, a tal punto su miseria humana sangraba por la larga espera del éxito. ¡Ah, ser visto, triunfar al menos! Había alcanzado la extrema capitulación, y de nuevo se puso a desear la apertura del Salón con la impaciencia febril de un principiante, viviendo en una ilusión que le hacía ver una multitud, una oleada encrespada de cabezas, aclamando su cuadro.

Poco a poco, París había puesto de moda el día del *vernissage*, ese día reservado en otro tiempo exclusivamente a los pintores, para que dieran los últimos retoques a sus obras. Ahora era una primicia, una de esas solemnidades que ponen en movimiento a toda la ciudad, lanzándola a las calles en grandes turbas. Desde hacía una semana, la prensa, la calle, el público eran de los artistas. Éstos eran los amos de París, no se hablaba más que de ellos, de lo que mandaban, de lo que hacían, de sus obras y milagros, de todo cuanto se refería a su persona: uno de esos fulminantes entusiasmos cuya energía invade las calzadas, que empujan, en los días de entrada libre, hasta a bandadas de campesinos, de soldados y de nodrizas, a través de las salas, hasta la desmesurada cifra de cincuenta mil visitantes en determinados domingos de buen tiempo, todo un ejército, los batallones de reserva del pueblo llano ignorante, siguiendo a la gente de mundo, desfilando con ojos como platos, en aquella gran tienda de imágenes.

Al principio, Claude tuvo miedo a aquel famoso día del *vernissage*, intimidado por el hacinamiento del gran mundo del que se hablaba, resuelto a esperar el día más democrático de la verdadera apertura. Rehusó incluso acompañar a Sandoz. Luego, le entró tal fiebre que salió de repente, a las ocho, tras haberse tomado un bocado de pan y queso deprisa y corriendo. Christine, que no se había sentido con ánimos para ir con él, le llamó, le besó de nuevo emocionada, inquieta.

—Y, sobre todo, querido, no te lo tomes a mal, pase lo que pase.

Claude sintió cierto ahogo al entrar en el salón de honor con el corazón palpitándole de haber subido rápido la escalinata. Fuera había un cielo puro de mayo; el entoldado de tela, tendido debajo de los cristales del techo, tamizaba el sol en una viva luz blanca; y, por unas puertas próximas, que daban a la galería del jardín, llegaban corrientes de aire húmedo, de un fresco que hacía estremecerse. Claude recuperó el aliento durante unos instantes en aquel aire ya cargado, que conservaba un vago olor a barniz, en medio del discreto almizcle de las mujeres. Recorrió de un vistazo los cuadros de las paredes, una inmensa escena de masacre que tenía enfrente, la cual chorreaba de rojo, un colosal y descolorido cuadro de temática religiosa a la izquierda, encargo del Estado, la banal ilustración de una fiesta oficial a la derecha, y luego retratos, paisajes, interiores, todos estallando en colores agresivos, en medio del

oro demasiado nuevo de los marcos. Pero el miedo que le producía el público famoso de aquella solemnidad le hizo volver de nuevo las miradas al gentío que no hacía sido aumentar. El puf circular, situado en el centro y del que surgía un haz de plantas verdes, tan sólo estaba ocupado por tres señoras, tres cacatúas, vestidas horriblemente e instaladas allí para un día de maledicencias. Detrás de él, oyó una voz ronca mascullar unas duras sílabas: era un inglés con una chaqueta a cuadros que explicaba la escena de la masacre a una mujer de tez amarillenta, embutida en un guardapolvo de viaje. Quedaban algunos espacios vacíos, se formaban grupos, se disolvían, iban a formarse de nuevo más lejos; todas las cabezas estaban levantadas, los hombres llevaban bastones y sus paletós en el brazo, las mujeres caminaban despacio, se paraban de medio perfil; y su ojo de pintor se sentía atraído sobre todo por las flores de sus sombreros, de tonos muy vivos, entre las oleadas oscuras de los altos sombreros de seda negra. Vio a tres sacerdotes, a dos soldados rasos caídos allí no se sabía de dónde, colas ininterrumpidas de señores condecorados, cortejos de muchachas y de madres que entorpecían el paso. Con todo, muchos se conocían; había, a distancia, sonrisas, saludos y a veces un rápido apretón de manos, de pasada. Las voces seguían siendo discretas, ahogadas por el continuo movimiento de los pies.

Entonces, Claude se puso a buscar su cuadro. Trató de orientarse siguiendo las letras, se equivocó, se metió por las salas de la izquierda. Todas las puertas se abrían en fila, había una profunda perspectiva de cortinas de vieja tapicería, con ángulos de cuadros entrevistos. Llegó hasta la gran sala del oeste, volvió por la otra fila, sin dar con su letra. Y, cuando estuvo de vuelta en el salón de honor, el gentío había aumentado rápidamente, se empezaba a andar a duras penas. Esta vez, al no poder avanzar, reconoció a unos pintores, aquel día la raza de los pintores estaba como en su casa y hacía los honores de ésta: sobre todo uno, un viejo amigo del estudio Boutin, joven, devorado por una gran necesidad de publicidad y que trabajaba para conseguir una medalla, que echaba el gancho a todos los visitantes de cierta influencia y se los llevaba a la fuerza para que vieran sus cuadros; luego el pintor célebre y rico que recibía delante de su obra, con una sonrisa de triunfo en los labios, de una galantería ostentosa con las señoras, de las que tenía una corte continuamente renovada; y luego los otros, los rivales que se detestan mientras se prodigan elogios a grandes voces, los feroces que espían desde detrás de una puerta los éxitos de los compañeros, los tímidos que no pasarían por sus salas ni por todo el oro del mundo, los guasones que disimulan tras una frase graciosa la herida sangrante de su derrota, los sinceros absortos, tratando de comprender, repartiendo ya las medallas; y también estaban las familias de los pintores, una joven, encantadora, acompañada de un niño coquetamente emperifollado, una burguesa arisca, flaca, flanqueada por dos adefesios vestidos de negro, una madre gorda, arrellanada en una banqueta en medio de toda una tribu de mocosos, una dama madura, todavía de buen ver, que miraba, con su hija alta, pasar a una cualquiera, la amante de su padre, al corriente las dos del hecho, muy tranquilas, intercambiando una sonrisa; y había asimismo las modelos, mujeres

que se cogían del brazo, que se enseñaban los cuerpos las unas a las otras en las desnudeces de los cuadros, hablando en voz alta, vestidas sin gusto, depreciando sus magníficas carnes debajo de unos vestidos que las hacían parecer jorobadas al lado de las muñecas bien vestidas, las parisinas, de las que no quedaría nada tras el desafeite.

En cuanto se hubo liberado de todo aquello, Claude tomó por la puerta de la derecha. Su letra estaba de aquel lado. Visitó las salas señaladas con una L, pero no encontró nada. Tal vez su tela, extraviada, confundida, había servido para tapar algún hueco en otra parte. Entonces, como había llegado a la gran sala del este, se lanzó a través de las otras salitas volviendo sobre sus pasos, esa cola rezagada y menos frecuentada, donde los cuadros parecen oscurecerse de tedio, y que es el terror de los pintores. Tampoco allí encontró nada. Estupefacto, desesperado, vagabundeo, salió a la galería del jardín, siguió buscando, entre el rebosar de números que desbordaban afuera, descoloridos y tremolantes bajo la luz directa; luego, tras seguir todavía más lejos, volvió a ir a parar por tercera vez al salón de honor. Ahora la gente se apretujaba allí. El París célebre, rico y adorado, cuanto arma ruido, el talento, la riqueza, la gracia, los maestros de la novela, del teatro y de la prensa, los hombres de los clubs, de la hípica o de la Bolsa, las mujeres de todos los rangos, busconas, actrices, mujeres de mundo, expuestas todas juntas, aumentaban en una marejada creciente sin cesar; y, en la rabia de su búsqueda en vano, se asombraba de la vulgaridad de los rostros, vistos así en masa, de lo dispar de los atavíos, alguno elegante por muchos de vulgares y corrientes, de la falta de majestuosidad de aquel mundo, hasta tal punto que el miedo que le hacía temblar se trocaba en desprecio. ¿Eran, pues, aquellas gentes las que iban a silbar otra vez su cuadro si lo encontraban? Dos jóvenes reporteros rubios completaban la lista de las personas dignas de mención. Un crítico fingía tomar notas en los márgenes de su catálogo; otro expresaba su parecer en medio de un grupo de principiantes; un tercero, con las manos tras la espalda, solitario, permanecía plantado, abrumaba a cada obra con su augusta impassibilidad. Y lo que sobre todo le sorprendía eran aquellos apretujones de rebaño, aquella curiosidad colectiva, carente de frescura y de pasión, lo agrio de las voces, el cansancio de los rostros, un aspecto de encontrarse mal. La envidia se había puesto ya manos a la obra: el señor que se hace el ingenioso con las señoras; el que, sin despegar los labios, mira, se encoge ostentosamente de hombros y luego se va; los dos que se quedan un cuarto de hora, codo con codo, apoyados en el listel del cimacio, con la nariz casi pegada a una pequeña tela, cuchicheando muy bajito, con torvas miradas de conspiradores.

Pero en esto apareció Fagerolles; y, en medio del continuo afluir de grupos, parecía no haber más que él, con la mano tendida, presente por todas partes, prodigándose en su doble papel de joven maestro y de miembro influyente del jurado. Abrumado de elogios, de agradecimientos, de reclamaciones, tenía para todos una respuesta, sin perder nada de su encanto. Desde por la mañana, soportaba el asalto de los pintorcillos de su clientela que se consideraban mal colocados. Eran los correteos

habituales de primera hora, todos se buscaban, corrían a verse, estallaban en recriminaciones, en ataques de furia ruidosos, interminables: el cuadro estaba demasiado alto, le daba mal la luz, los cuadros de al lado mataban el efecto, decían querer descolgar su cuadro y llevárselo. Sobre todo uno, alto y flaco, se encarnizaba persiguiendo a Fagerolles de sala en sala, por más que éste le explicaba que él no tenía ninguna culpa: no podía hacer nada, se seguía el orden numérico de clasificación, los paneles de cada pared estaban dispuestos en el suelo y luego eran colgados, sin que se favoreciera a nadie. Y llevó su amabilidad hasta el punto de prometer que intervendría cuando se modificaran las salas, tras la concesión de las medallas, sin llegar a calmar al larguirucho, que continuó persiguiéndole.

Hubo un momento en que Claude se abrió paso entre el gentío para preguntarle dónde habían puesto su tela. Pero el orgullo le detuvo al verle tan rodeado de gente. ¿Acaso no era algo estúpido y doloroso aquella continua necesidad de otro? Por lo demás, de pronto se le ocurrió que debía de haberse saltado una fila entera de salones, a la derecha; y, en efecto, había allí nuevas leguas de pintura. Acabó desembocando en una sala donde la multitud se ahogaba, apiñada delante de un gran cuadro que ocupaba el panel de honor, en medio. Al principio no pudo verlo, pues se lo impedía una oleada de hombros, una ancha muralla de cabezas, una barricada de sombreros. La gente se precipitaba allí con boquiabierta admiración. Hasta que, por fin, a fuerza de alzarse de puntillas, vio la maravilla, reconoció el tema por lo que le habían dicho.

Era el cuadro de Fagerolles. Y reconoció su *Plein air* en aquel *Desayuno*, la misma tonalidad rubia, la misma manera artística, pero absolutamente edulcorada, manipulada, arruinada, de una elegancia superficial, elaborada con una habilidad suma para la baja satisfacción del público. Fagerolles no había cometido el error de representar a sus tres mujeres desnudas; en sus atrevidos atavíos de mujeres mundanas, solamente las había desvestido, mostrando el pecho de una debajo del encaje transparente del corpiño, la otra que descubría su pierna derecha hasta la rodilla, inclinándose hacia delante para coger un plato, la tercera, que no dejaba ver ni un milímetro de su piel, vestida con un traje tan ajustado que resultaba indecentemente turbadora, con su prietas ancas de yegua. En cuanto a los dos señores, galantes, con indumentaria campera, eran la viva estampa del hombre distinguido, mientras que un criado, a distancia, sacaba otra cesta del landó, situado detrás de los árboles. Todo ello, las figuras, las telas, la naturaleza muerta del desayuno, destacaba alegremente a pleno sol, sobre la vegetación oscurecida del fondo; y la habilidad suprema estaba en aquella audacia de fanfarrón, en aquella fuerza falaz que escandalizaba lo suficiente a la multitud para hacer que se extasiara. Una tempestad en un vaso de agua.

No pudiendo acercarse, Claude escuchaba los comentarios que se hacían alrededor de él. ¡Por fin, ahí tenían a uno que hacía verdadero realismo! No exageraba como esos aprendices de la nueva escuela, sabía incluirlo todo sin incluir nada. ¡Ah, los matices, el arte del sobreentendido, el respeto al público, el parecer

concorde de la gente de buen tono! ¡Y, además, una finura, un encanto, un ingenio! No era sin duda de los que se molestaban incongruentemente en hacer fragmentos apasionados, desbordantes de creatividad; no, si había tomado tres apuntes del natural, reproducía esos tres y nada más. Un reportero recién llegado se quedó extasiado dando con la frase: una pintura muy parisina. La gente la empezó a repetir, no hubo nadie que al pasar por delante no declarase que aquello era muy parisino.

Aquellas espaldas levantadas, aquellas muestras de admiración que no hacían sino crecer en una marea de espinazos acabaron por exasperar a Claude; y, presa de la necesidad de ver las caras en que se gestaba un éxito, dio un rodeo al apiñamiento de gente, consiguiendo pegarse contra el cimacio de la pared. Tenía allí al público de cara en el día gris que se filtraba por la tela del techo, dejando en sombra la parte central de la sala, mientras que la viva luz, deslizándose por los bordes de la pantalla, iluminaba los cuadros de las paredes con una blanca franja, donde el oro de los marcos adquiría el tono cálido del sol. Enseguida reconoció a las gentes que le habían abucheado en otro tiempo: si no eran los mismos, era hermanos suyos; pero serios, extasiados, embellecidos de respetuosa atención. El mal aspecto de los semblantes, aquel cansancio de la lucha, aquella bilis de la envidia que atirantaba y amarilleaba la piel que había observado primero, se atenuaban ahí en el unánime regalo de una mentira amable. Dos señoras gordas, con la boca abierta, bostezaban a gusto. Dos viejos caballeros ponían unos ojos como platos, con aire de entendidos. Un marido explicaba en voz muy baja el tema a su joven mujer, que alzaba la barbilla en un bonito gesto del cuello. Había todo un maravillarse arrobado, asombrado, profundo, alegre, austero, sonrisas inconscientes, lánguidas inclinaciones de cabeza. Los negros sombreros medio se caían, las flores de los de las mujeres resbalaban sobre sus nuca. Y todos aquellos rostros se inmovilizaban un minuto, para ser luego empujados, reemplazados por otros que se les asemejaban, de manera continua.

Entonces, Claude se rindió por completo, asombrado ante aquel triunfo. La sala se volvía demasiado pequeña, pues no paraban de agolparse nuevos grupos. No había ya los claros de primera hora, las frías corrientes de aire que subían del jardín, el olor a barniz que flotaba todavía en la atmósfera; ahora, el aire se caldeaba, se impregnaba de los acres perfumes de los atavíos. No tardó en dominar el olor a perro mojado. Debía de estar lloviendo, uno de esos repentinos chaparrones de primavera, porque los últimos recién llegados traían humedad, con las ropas pesadas que parecían humear, tan pronto como entraban en el calor de la sala. En efecto, desde hacía un instante cruzaban imprevistas oleadas de oscuridad por la pantalla del techo. Claude, al alzar los ojos, adivinó un galopar de nubarrones empujados por el cierzo, trombas de agua azotando los cristales de la vidriera. Visos de sombras que recorrían las paredes, todos los cuadros se oscurecían, el público quedaba sumido en la noche; hasta que, desaparecida la nube, el pintor volvió a ver asomar las cabezas de aquel crepúsculo, con las mismas bocas abiertas, los mismos ojos como platos de estúpido arrobamiento.

Pero otra amargura le estaba reservada a Claude. En el panel de la izquierda, vio el cuadro de Bongrand, a la misma altura que el de Fagerolles. Y, delante de éste, nadie se aglomeraba, los visitantes desfilaban con indiferencia. Aquél era, sin embargo, el esfuerzo supremo, el golpe que el gran pintor perseguía dar desde hacía años, una última obra engendrada ante la necesidad de poner a prueba la hombría de su decadencia. El odio que alimentaba contra *La boda campestre*, aquella primera obra maestra que había condicionado toda su vida de trabajador, le había llevado a elegir el tema contrario y simétrico: *El entierro en el campo*, el cortejo fúnebre de una muchacha disperso entre los campos de centeno y de avena. Luchaba consigo mismo, ya verían si estaba acabado o no, si la experiencia de sus sesenta años no estaba a la altura de la feliz fogosidad de su juventud; y la experiencia había acabado en derrota, la obra iba a ser un triste fracaso, una de esas sordas caídas de anciano que no hacen pararse siquiera a los paseantes. Ciertamente que no faltaban nunca unos fragmentos magistrales, como el monaguillo sosteniendo la cruz, el grupo de las hijas de María llevando el féretro y cuyos blancos vestidos, pegados a las carnes rojizas, hacían un bonito contraste con el negro cortejo endomingado, a través de la verde vegetación; sólo que el cura con sobrepelliz, la muchacha del estandarte, la familia detrás del cadáver, todo el cuadro, en suma, era de una factura seca, desagradablemente científico, rígido por un excesivo empeño. Había en él una vuelta inconsciente, fatal, al romanticismo atormentado del que había partido el artista en otro tiempo. Y éste era el peor aspecto de la propuesta y la indiferencia del público tenía su razón de ser hacia aquel arte de otra época, hacia aquella pintura recocida y sin brillo, que no le hacía ya pararse al pasar desde la moda de los grandes deslumbramientos de luz.

Justo en aquel momento entró Bongrand en la sala con la vacilación de un tímido principiante, y a Claude se le encogió el corazón al verle echar un vistazo a su cuadro solitario, luego otro al de Fagerolles, ante el que se aglomeraba la gente. En aquel minuto, el pintor debió de tomar aguda conciencia de su final. Si, hasta entonces, el temor a su lenta decadencia no había sido más que una simple duda, ahora tenía una certeza repentina, se sobrevivía a sí mismo, su talento había muerto, nunca más alumbraría obras vivas. Se puso muy pálido e hizo un amago de escapar cuando el escultor Chambouvard, que entraba por la otra puerta con el acostumbrado cortejo de discípulos, le interpeló con su vozarrón, sin preocuparse de los presentes.

—¡Ah, el muy pillo, le he cogido admirándose!

Aquel año, él tenía una *Segadora* execrable, una de esas figuras estúpidamente malogradas, que parecen el resultado de una apuesta, salidas de sus poderosas manos y no por ello parecía menos radiante, convencido de haber hecho una obra maestra más, mientras paseaba su infalibilidad de dios por entre la multitud, a la que no oía reírse.

Sin responder, Bongrand le miró con sus ojos encendidos de fiebre.

—Y mi gran obra que está allí —preguntó el otro—, ¿la ha visto?... ¡Que vengan si quieren los chicos de ahora! ¡No quedamos más que nosotros, la vieja Francia!

Y ya se iba, seguido por su corte, saludando al público asombrado.

—¡Será zopenco! —murmuró Bongrand, sofocado de tristeza, rebelándose como contra la carcajada de un rústico en una cámara mortuoria.

Había reparado en Claude y se acercó. ¿No habría sido de cobardes huir de aquella sala? Y quiso dar prueba de coraje y de grandeza de alma, donde no había anidado nunca la envidia.

—¡Parece que nuestro amigo Fagerolles está teniendo un éxito tremendo!... Mentiría si dijera que me extasíó delante de su cuadro, que no me gusta mucho; pero él es muy cortés realmente... Y, además, ya sabe que se ha portado muy bien con usted.

Claude se esforzaba por encontrar una frase de admiración sobre *El entierro*.

—¡El pequeño cementerio, allí al fondo, es tan hermoso!... Cómo puede ser que el público...

Bongrand le cortó con voz firme.

—Eh, amigo, nada de pésames... Bien claro que lo veo.

En aquel momento, alguien les saludó con un gesto familiar, y Claude reconoció a Naudet, un Naudet crecido, hinchado, dorado por el éxito de los negocios colosales que ahora planeaba. La ambición le trastornaba los sesos, hablaba de arruinar a todos los demás marchantes de cuadros, había hecho construir un palacio donde alardeaba de ser el rey del mercado, acaparando las obras maestras, abriendo los grandes almacenes modernos del arte. Se oía hablar de millones desde el mismo vestíbulo, realizaba en su casa exposiciones, montaba fuera galerías, esperaba en mayo la llegada de los aficionados americanos, a quienes vendía por cincuenta mil francos lo que había comprado por diez mil; y llevaba un tren de vida principesco, con mujer, hijos, amante, caballos, posesiones en Picardía, grandes cacerías. Sus primeras ganancias provenían de la revalorización de los muertos ilustres, negados en vida, como Courbet, Millet, Rousseau; lo que había acabado por infundirle cierto desprecio por toda firma de pintor que estaba aún en la lucha. No obstante, corrían ya bastantes rumores de mal augurio. Como había un número limitado de telas conocidas, y el de los aficionados no podía crecer mucho más, se avecinaba una época en que los negocios empezaban a hacerse difíciles. Se hablaba de la creación de un sindicato, de acuerdos con banqueros para mantener los altos precios: en la galería Drouot habían recurrido a las ventas ficticias, cuadros recomprados muy caros por el propio marchante; y la quiebra parecía ser el resultado fatídico de aquellas operaciones de Bolsa, la ruina de todos los excesos y las falacias del agio.

—Buenos días, querido maestro —dijo Naudet, que se había acercado—. ¿Eh?, ¿ha venido usted a admirar, como todo el mundo, a mi Fagerolles?

Su actitud para con Bongrand no tenía ya la humildad adulatora y respetuosa de otro tiempo. Y habló de Fagerolles como de un pintor que dependía de él, de un obrero asalariado suyo, a quien reprendía a menudo. No era otro que él quien le había instalado en la avenue de Villiers, obligándole a tener un palacete, a amueblarlo como

el de una mantenida, endeudándole con los proveedores de alfombras y chucherías para tenerle así a continuación a su merced; y ahora empezaba a acusarle de falta de formalidad, de comportarse como un casquivano. Por ejemplo, aquel cuadro un pintor serio nunca lo habría mandado al Salón; sin duda, armaba ruido, se hablaba incluso de concederle una medalla honorífica; pero no había nada peor para los altos precios. Cuando se quería tener a los americanos como clientes, había que saber quedarse en casa, como un dios en su santuario.

—Amigo mío, créame si le digo que habría dado veinte mil francos de mi bolsillo para que esos imbéciles de la prensa no armaran todo ese ruido en torno a mi Fagerolles de este año.

Bongrand, que escuchaba valientemente, a pesar de su dolor, sonrió.

—Efectivamente, acaso han llevado las indiscreciones un poco demasiado lejos... Ayer mismo, leí un artículo por el que me enteré de que Fagerolles se toma todas las mañanas dos huevos pasados por agua.

Se reía de aquella ansia terrible de publicidad, que, desde hacía una semana, tenía ocupado a París con el joven maestro, a raíz de un primer artículo sobre su cuadro, que nadie había visto aún. La cuadrilla entera de reporteros se había puesto en campaña, hurgaba en su vida, su infancia, su padre el fabricante de cinc artístico, sus estudios, dónde y cómo vivía, hasta el color de los calcetines que llevaba o la manía que tenía de pellizcarse la punta de la nariz. Era la pasión del momento, el joven maestro según el gusto del día, que había tenido la fortuna de fracasar en el Gran Premio de Roma y de romper con la Escuela, cuyos procedimientos seguía: fortuna de una temporada que el viento trae y se lleva, capricho impulsivo de la gran ciudad trastornada, éxito del si es no es, de la audacia gris perla, del accidente que turba a la multitud por la mañana para perderse por la tarde en la indiferencia general.

Pero Naudet observó *El entierro en el campo*.

—¡Vaya!, ¿es su cuadro?... Ah, entonces, ¿ha querido hacer uno que haga pareja con *La boda*? Yo se lo habría desaconsejado... ¡Ah!, ¡*La boda*! ¡*La boda*!

Bongrand le seguía escuchando sin dejar de sonreír; únicamente un rictus de dolor cruzaba por sus trémulos labios. Olvidaba sus obras maestras, la inmortalidad asegurada a su nombre, para no ver más que la moda inmediata, sin esfuerzo, conseguida por aquel pillo que no era digno siquiera de limpiar su paleta, empujándole al olvido, a él que había luchado diez años antes de alcanzar notoriedad. ¡Ah, si las nuevas generaciones supieran cuántas lágrimas de sangre le arrancan a uno en la muerte cuando le entierran!

Luego, como guardaba silencio, temió que hubiera dejado traslucir su pena. ¿Caería él en la bajeza de la envidia? La indignación contra sí mismo le hizo reaccionar, tenía que morir de pie. Y, en lugar de la agresiva respuesta que le subía a los labios, dijo con tono de familiaridad:

—Tiene razón, Naudet, habría hecho mejor yéndome a dormir el día que se me ocurrió hacer esa tela.

—¡Ah, es él, dispensen ustedes! —exclamó el marchante, que se fue a escape.

Era Fagerolles, que se exhibía en la entrada de la sala. No entró, por discreción, sonriendo, ostentando su fortuna con la desenvoltura de muchacho listo. Buscaba, por lo demás, a alguien, hizo una señal a un joven y le dio una respuesta, positiva sin duda, porque este último se deshizo en agradecimientos. Otros dos corrieron para felicitarle; una mujer le retuvo, mostrándole con gestos de martirio una naturaleza muerta, situada en la sombra de un rincón. Luego desapareció, tras haber dirigido una sola mirada a la gente extasiada delante de su cuadro.

Claude, que observaba y escuchaba, sintió entonces que la tristeza embargaba su corazón. El bullicio iba en aumento, ya no tenía delante de él más que caras boquiabiertas y sudorosas en medio del calor que se había vuelto insoportable. Por encima de los hombros, descollaban otros, hasta la puerta, donde los que no podían ver nada se señalaban el cuadro unos a otros con la contera de sus paraguas que chorreaban por el chaparrón que caía fuera. Y Bongrand se quedaba allí por orgullo, erguido en su derrota, firmemente plantado sobre sus viejas piernas de luchador, la mirada clara sobre el ingrato París. Claude, que le habló sin recibir respuesta, vio perfectamente que, detrás de aquella cara calma y alegre, su mente estaba en otra parte, presa de la pesadumbre, sangrando de un tormento espantoso, y, dominado por un respeto tremendo, no insistió, se marchó, sin que Bongrand se diera siquiera cuenta, con sus ojos de mirada perdida.

De nuevo, mientras atravesaba el gentío, le asaltó una idea a Claude. No salía de su asombro por no haber podido encontrar su cuadro. Nada más simple. ¿No había una sala donde la gente se reía, un rincón donde se hacía chacota y armaba alboroto, donde había un apiñamiento de público burlón afrentando una obra? Aquella obra sería, a buen seguro, la suya. Resonaban todavía en sus oídos las risas del Salón de los Rechazados de otro tiempo. Y ahora se paraba a escuchar en cada puerta para saber si era allí dentro donde le estaban silbando.

Pero, cuando se encontró de nuevo en la sala del este, el lugar donde el gran arte agoniza, el depósito donde se amontonan las vastas composiciones históricas y religiosas, de una tétrica frialdad, tuvo un escalofrío, se quedó inmóvil, mirando al aire. Sin embargo, había pasado ya dos veces por allí. Ahí arriba estaba su tela, tan arriba que dudaba en reconocerla, diminuta, colocada como una golondrina en la esquina de un marco, el marco monumental de un inmenso cuadro de diez metros que representaba el Diluvio, una hormigueante humanidad amarilla, precipitada a unas aguas como heces de vino. A la izquierda, había también el lamentable retrato de cuerpo entero de un general de color ceniciento; a la derecha, una ninfa colosal, en un paisaje lunar, el cadáver exangüe de una mujer asesinada, que se descomponía en la hierba; y alrededor, por todas partes, cosas rosadas, violáceas, imágenes tristes, hasta una escena cómica de unos frailes embriagándose, e incluso la apertura de la Cámara, con toda una página escrita en un cartucho dorado, donde las cabezas de los diputados conocidos estaban reproducidas fielmente, acompañadas de sus

correspondientes nombres. Y, allí arriba, arriba, en medio de sus descoloridos vecinos, la pequeña tela, demasiado burda, destacaba ferozmente con una horrible mueca de monstruo.

¡Ah, el *Niño muerto*, el pobre pequeño cadáver que, a aquella distancia, no era más que un mero amasijo de carnes, la abortada osamenta de alguna bestia informe! ¿Era un cráneo, o un vientre, aquella cabeza fenomenal, hinchada y blancuzca? ¡Y aquellas pobres manos contorsionadas sobre las sábanas, como patas retraídas de pájaro muerto por el frío! ¡Y la misma cama, esa palidez de las sábanas bajo la palidez de los miembros, todo aquel blanco tan triste, lo desvaído del tono, el postrer final! Luego se distinguían los ojos claros y fijos, se reconocía una cabeza infantil, un caso de enfermedad cerebral, que inspiraba una profunda y espantosa compasión.

Claude se acercó pero retrocedió para ver mejor. La luz era tan mala que danzaban unos reflejos por todas partes de la tela. ¡Dónde habían colocado a su pequeño Jacques! Por desdén sin duda, o más bien por vergüenza, para desembarazarse así de su lúgubre fealdad. Él, sin embargo, le evocaba, le volvía a ver allí en el campo, lozano y sonrosado, cuando se revolcaba en la hierba, y luego en la rue de Douai, palideciendo e idiotizándose poco a poco, y más tarde en la rue Tourlaque, incapaz de sostener ya su frente, muriendo una noche completamente solo mientras su madre dormía; y volvía a verla también a ella, a la madre, a la triste mujer, que se había quedado en casa sin duda para llorar, tal como lloraba ahora durante días enteros. No importaba, había hecho bien en no venir: era algo demasiado triste ver a su pequeño Jacques, ya frío en su cama, relegado como un paria, tan maltratado por la luz que el rostro parecía reír, con una risa horrible.

Y Claude todavía sufría más por el abandono de su obra. El asombro y la decepción le inducían a buscar con los ojos al gentío, cuyos empujones se esperaba. ¿Por qué no le silbaban? ¡Ah, las ofensas de antaño, las burlas, la indignación, cuánto le habían desgarrado y dado vida! No, ya nada, ni un escupitajo al pasar: aquello era la muerte. El público desfilaba rápidamente, muerto de aburrimiento, por la inmensa sala. Sólo había gente delante del cuadro de la apertura de la Cámara, donde se renovaba sin cesar un grupo, que leía el rótulo y señalaba las cabezas de los diputados. Al estallar unas risas detrás de él, se dio la vuelta: pero no se burlaban, simplemente les divertían los monjes achispados, el éxito cómico del Salón, que unos caballeros explicaban a unas señoras, declarándolo de un ingenio asombroso. ¡Y toda aquella gente pasaba por debajo de su pequeño Jacques, y ni uno siquiera levantaba la cabeza, ni uno sabía que estaba allí arriba!

El pintor, sin embargo, tuvo una esperanza. En el puf central, dos personajes, el uno gordo y el otro delgado, condecorados ambos, charlaban, apoyados contra el respaldo de terciopelo mientras miraban los cuadros de enfrente. Se acercó y se puso a escucharles.

—Y los he seguido —decía el gordo—. Han tomado por la rue Saint-Honoré, la rue Saint-Roch, la rue de la Chaussée d'Antin, la rue La Fayette.

—Pero ¿ha hablado usted con ellos? —preguntó el delgado con cara de gran interés.

—No, he temido que fuera a montar en cólera.

Claude se fue, volvió por tres veces, con el corazón palpitándole cada vez que algún raro visitante se paraba y paseaba una lenta mirada desde el cimacio hasta el techo. Sentía una necesidad enfermiza de oír alguna palabra, aunque fuese una sola. ¿Por qué exponer? ¿Cómo saber? ¡Cualquier cosa antes que aquella tortura del silencio! Y le entró un sofoco al ver acercarse a un matrimonio joven, del que la mujer era encantadora, con el porte delicado y endeble de una pastorcilla de Sajonia^[30]. Ésta había reparado en el cuadro, se preguntaba por el tema, estupefacta de no entender nada; y, cuando su marido, hojeando el catálogo, encontró el título, el *Niño muerto*, se lo llevó de allí, estremecida, con este grito de espanto:

—Oh, ¡qué horror!, ¡la policía no debería permitir un horror semejante!

Entonces, Claude se quedó allí, de pie, inconsciente y atormentado, con los ojos clavados en el aire, en medio de las continuas manadas de gente que pasaba apresuradamente, indiferente, sin dirigir ni una mirada a aquella cosa única y sagrada, sólo visible para él; y fue allí, en aquel continuo codearse, donde acabó por reconocerle Sandoz.

Mientras se paseaba ociosamente también él como un soltero, pues su mujer se había quedado con su madre enferma, Sandoz acababa de detenerse, con el corazón roto, debajo de la pequeña tela, que había encontrado por casualidad. ¡Ah, vida miserable! De golpe volvió a ver su juventud, el colegio de Plassans, las largas escapadas a las orillas de la Viorne, las caminatas al aire libre bajo el sol abrasador, todo aquel ardor de sus nacientes ambiciones; y, más tarde, en su vida en común, recordó sus esfuerzos, la certeza de la gloria, el hambre, el hambre canina que les llevaba a hablar de zamparse París de un bocado. ¡Cuántas veces había visto, en aquella época, en Claude al gran hombre, a aquél cuyo genio desbocado había de dejar atrás, a años luz, el talento de los demás! Primero fue el estudio del callejón de los Bourdonnais, más tarde el estudio del quai de Bourbon, el sueño de unas telas inmensas, planes para hacer volar por los aires el Louvre; era una lucha incesante, un trabajo de diez horas diarias, una entrega absoluta de su ser. Y, luego, ¿qué? ¡Para acabar creando, tras veinte años de aquella pasión, esa pobre cosa siniestra, pequeñita, inadvertida, de una desconsoladora melancolía en su aislamiento deapestada! ¡Tantas esperanzas, tantos tormentos, toda una vida malgastada en la dura labor de la gestación, y eso, eso, Dios mío!

Cerca de él, Sandoz reconoció a Claude. Una emoción fraternal hizo temblar su voz.

—Pero ¡cómo!, ¿has venido?... ¿Por qué no has pasado a recogerme?

El pintor ni siquiera se excusó. Parecía cansadísimo, sin asomo de rebeldía, afectado de un dulce y soñoliento estupor.

—Vamos, no te quedes aquí. Han dado las doce, vente a almorzar conmigo... Me

espera una gente en Ledoyen^[31]. Pero no voy a ir, bajemos al bufé, recuperaremos fuerzas, ¿qué me dices, amigo?

Y Sandoz se lo llevó, cogido de su brazo, estrechándole, dándole calor, tratando de sacarle de su lúgubre silencio.

—¡Vamos, hombre! No puedes desmoralizarte así. Por más que lo han colocado mal, tu cuadro es soberbio, una obra pictórica extraordinaria... Sí, lo sé, soñaste que sería otra cosa. Pero ¡qué diablos! No estás muerto, eso llegará más tarde... ¡Y mira! Deberías estar orgulloso, pues el verdadero triunfador del Salón este año eres tú. Ya no sólo es Fagerolles quien te saquea, sino que ahora te imitan todos, los has revolucionado tú, desde tu *Plein air*, del que tanto se rieron... ¡Mira, mira! ¡Ahí tienes otro *Plein air*, y otro más allí, y aquí, y allá, todos, todos!

Señalaba con la mano, a través de las salas, unas telas. En efecto, la claridad, introducida paulatinamente en la pintura contemporánea, irrumpía por fin. El antiguo Salón negro, cocinado al betún, había dejado paso a un Salón soleado, de una alegría primaveral. Era la aurora, el nuevo día que había despuntado en otro tiempo en el Salón de los Rechazados, y que, en aquel momento, crecía, rejuveneciendo las obras de una luz delicada, difusa, descompuesta en infinitos matices. Por todas partes se encontraba ese azulado, hasta en los retratos y en las escenas de género, elevadas a la dimensión y a la seriedad de la Historia. También ellos, los viejos temas académicos, habían desaparecido con los jugos recocidos de la tradición, como si la doctrina condenada se llevara su población de sombras; la imaginación escaseaba, las cadavéricas desnudeces de las mitologías y del catolicismo, las leyendas sin fe, las anécdotas sin vida, todo el batiburrillo de la Escuela, desgastada por generaciones de oportunistas o de imbéciles; y, en los rezagados de las antiguas recetas, incluso en los maestros envejecidos, la influencia era evidente, el rayo de sol había pasado por allí. De lejos, a cada paso, se veía un cuadro traspasar la pared, abrir una ventana al exterior. Pronto se abolirían las paredes, entraría la gran naturaleza, ya que la brecha era ancha, el asalto había acabado con la rutina, en aquella alegre batalla de temeridad y de juventud.

—¡Ah, la parte que te corresponde en el triunfo es grande, amigo mío! —continuó Sandoz—. ¡El arte de mañana será el tuyo, tú has hecho a todos éstos!

Entonces Claude, aflojando los apretados dientes, dijo con voz muy baja, con sombría brutalidad:

—¿Qué coño me importa haberles hecho, si no me he hecho a mí mismo?... ¿Lo ves?, era algo que me venía grande, y eso es lo que me ahoga.

Completó con un gesto lo que quería decir, su impotencia para ser el genio de la nueva forma de expresión que había aportado, su tormento de precursor que siembra la idea sin recoger la gloria, su desolación de verse robado, devorado por unos chapuceros aprovechados, toda una caterva de tunantes serviles que malgastaban sus esfuerzos, acanallando el arte nuevo, antes de que él u otro tuviera fuerzas de fijar la obra maestra que había de definir aquel fin de siglo.

Sandoz protestó, el futuro no estaba todavía escrito. Además, para distraerle, le detuvo cuando atravesaban el salón de honor.

—¡Oh!, ¡esa dama de azul delante de aquel retrato! ¡Qué bofetada da la naturaleza a la pintura!... Recuerda cuando observábamos al público en otro tiempo, los atavíos, la vida de las salas. Ningún cuadro podía resistir la comparación. Y hoy los hay que no desmerecen demasiado. He visto incluso allí un paisaje cuya tonalidad amarilla deslucía por completo a las mujeres que se acercaban a él.

Pero Claude se estremeció con indecible dolor.

—Te lo ruego, vayámonos, llévame contigo. No puedo más.

En el bufé, les costó Dios y ayuda encontrar una mesa libre. Había allí una atmósfera sofocante y un hacinamiento de gente en la amplia zona de sombra que delimitaban unas colgaduras de sarga parda, debajo de las bovedillas del alto techo de hierro. En el fondo, medio sepultados en las tinieblas, tres aparadores exponían simétricamente sus compoteras de fruta, mientras, más adelante, ocupando los mostradores de derecha e izquierda, dos señoras, una rubia y la otra morena, vigilaban la barahúnda con mirada militar; y, desde las oscuras profundidades de aquel antro, una oleada de pequeños veladores, una marea de sillas, apretujadas, encabalgadas, se extendía y crecía para acabar desparramándose e instalándose hasta en el jardín, debajo de la gran claridad pálida que llegaba de los cristales.

Finalmente, Sandoz vio levantarse a unas personas. Se lanzó hacia allí, conquistó la mesa en reñida lucha, en medio del montón de gente.

—¡Ah!, ¡demonios!, ya estamos... ¿Qué quieres comer?

Claude hizo un gesto de indiferencia. El almuerzo, por otra parte, fue detestable, trucha reblandecida por el caldo corto, un filete reseco hecho al horno, espárragos que olían a ropa húmeda; y además hubo que luchar para que les sirvieran, pues los camareros, empujados, perdían la chaveta, se quedaban atascados en los pasadizos demasiado estrechos, que la afluencia de sillas estrechaba cada vez más, hasta bloquearlos por completo. Detrás de la tapicería de la izquierda, se oía un estruendo de cacerolas y de vajilla, la cocina allí instalada, en la arena, como esos hornillos de verbena plantados en los caminos al aire libre.

Sandoz y Claude tenían que comer de medio lado, apretujados entre dos grupos de gente, cuyos codos se metían paulatinamente en sus platos; y, cada vez que pasaba un camarero, sacudía las sillas con un violento caderazo. Pero tales molestias, así como la detestable comida, resultaban divertidas. La gente bromeaba sobre los platos, se iba estableciendo familiaridad de una mesa a otra, en la común desgracia que se trocaba en diversión. Los desconocidos acababan simpatizando, los amigos entablaban conversación a tres filas de distancia, con la cabeza vuelta, gesticulando por encima de los hombros de quienes tenían a su lado. Sobre todo eran las mujeres las que se animaban, inquietas al principio por aquel barullo, luego se quitaban los guantes, se alzaban los veletes, riendo al primer dedo de vino puro. Pero lo que constituía la atracción de ese día de inauguración era precisamente la promiscuidad

en aquel codearse de todo tipo de gente, mujerzuelas, burguesas, grandes artistas, simples estúpidos, un encuentro fruto del azar, una mezcla cuyo imprevisto carácter equívoco encendía los ojos más honestos.

Mientras tanto, Sandoz, que había renunciado a terminarse su carne, levantaba la voz en medio del terrible bullicio de las conversaciones y del servicio.

—Te apetece un trozo de queso, ¿no?... Y tratemos de que nos traigan el café.

Con la mirada perdida, Claude no oía. Miraba al jardín. Desde su sitio veía el macizo de plantas del centro, unas grandes palmeras que descollaban sobre las pardas colgaduras que adornaban todo el alrededor. Se extendía allí un círculo de estatuas: la espalda de una bacante, con el dorso enarcado; el bello perfil de un estudio de muchacha, una redondez de mejilla, el pezón de un pequeño pecho rígido; la faz de un gallo de bronce, colosal fantasía poética, de un estúpido patriotismo irritante; el vientre lechoso de una mujer colgada de las muñecas, alguna Andrómeda del barrio de Pigalle; y otras, otras más, filas de espaldas y de caderas que seguían las curvas de las alamedas, puntos de fuga blanquecinos a través del verdor, cabezas, pechos, piernas y brazos confundidos y que desaparecían en la lejanía de la perspectiva. A mano izquierda se perdía una línea de bustos, la alegría de los bustos, la extraordinaria comicidad de una fila de narices, un cura de enorme y puntiaguda nariz, una actriz cómica de naricita respingona, una italiana del siglo xv de bonita nariz clásica, un marinero con una nariz de pura fantasía, todas las narices, la nariz magistrada, la nariz industrial, la nariz condecorada, inmóviles y sin fin.

Pero Claude no veía nada, para él no eran más que manchas grises en la luz turbia y verduzca. Su estupor no cesaba, percibió una sola sensación, el gran lujo de los atavíos, que había juzgado impropriamente en medio de los apretujones de las salas, y que se desplegaba allí con absoluta libertad, como sobre la grava del invernadero de una casa de campo. Era un desfile de toda la elegancia parisina, las mujeres venidas para exhibirse, los trajes estudiados, destinados a aparecer en los periódicos del día siguiente. Se miraba mucho a una actriz que andaba, con paso de reina, del brazo de un señor que adoptaba unos aires complacientes de príncipe consorte. Las mujeres de mundo tenían un garbo de mujerzuelas, todas se escrutaban con esa mirada parsimoniosa con que se desnudan, valorando la calidad de la seda, midiendo las varas de blonda, hurgando desde la punta de los botines hasta la pluma del sombrero. Era como un salón sin rivalidad ni disensión, algunas damas sentadas habían acercado sus sillas, como en las Tullerías, ocupadas tan sólo de las que pasaban. Dos amigas apretaban el paso, riendo. Otra, solitaria, iba y venía, muda, con mirada ceñuda. Otras, que se habían perdido, volvían a encontrarse y se deshacían en exclamaciones por la feliz ventura. Y la masa móvil y oscurecida de los hombres se detenía, se volvía a poner en movimiento, se paraba delante de un mármol, refluendo delante de un bronce, mientras, entre los escasos burgueses que se habían perdido allí, circulaban nombres célebres, todo lo que París tenía de ilustre, el nombre de una celebridad sonora al paso de un gordo caballero mal vestido, el nombre alado

de un poeta al acercarse un hombre pálido, que tenía el rostro anodino de un portero. Emanaba de aquella multitud una onda de vida a la luz pareja y descolorida, cuando, bruscamente, detrás de las nubes de un último chubasco, un rayo de sol inflamó los altos cristales, hizo resplandecer la vidriera de poniente, llovió con gotas de oro, a través del aire estático; y todo se animó de vida, la nieve de las estatuas en el verde reluciente, los tiernos céspedes que delimitaban la arena amarilla de las alamedas, los magníficos atavíos de vivos reflejos de raso y de perlas, las voces mismas, cuyo gran murmullo nervioso y riente pareció chispear como una clara llamada de sarmientos. Unos jardineros, que estaban terminando de arreglar los canastillos de flores del jardín, abrían las espitas de las bocas de riego, paseando unas regaderas cuya lluvia hacía exhalar un tibio vapor de la hierba mojada. Un osadísimo gorrión, que había descendido de los armazones de hierro, pese a la presencia de la gente, picoteaba en la arena delante del bufé, comiéndose las migas de pan que una muchacha se divertía en arrojarle.

Entonces, Claude, de todo aquel tumulto no oyó más que un ruido marino a lo lejos, el bullicio del público que pasaba por arriba, en las salas. Y le asaltó un recuerdo, se acordó de aquel ruido que había soplado como un huracán delante de su cuadro. Pero a aquella hora, ya nadie se reía: allí arriba estaba Fagerolles, al que aclamaba el aliento gigantesco de París.

Justo en aquel momento, Sandoz, que se daba la vuelta, le dijo a Claude:

—¡Vaya, Fagerolles!

En efecto, Fagerolles y Jory, sin verles, acababan de hacerse con una mesa vecina. El último continuaba una conversación con su vozarrón:

—Sí, he visto a su niño muerto. ¡Ah, pobre diablo, qué final!

Fagerolles le dio con el codo; e inmediatamente el otro, tras haber reparado en los dos amigos, añadió:

—¡Ah, pero si es el bueno de Claude!... ¿Cómo va, eh?... No he visto, ¿sabes?, todavía tu cuadro. Pero me han dicho que es magnífico.

—¡Magnífico! —confirmó Fagerolles.

Luego se quedó sorprendido.

—¡Habéis comido aquí, qué idea! ¡Se está tan mal!... Nosotros venimos de Ledoyen. ¡Oh, la de gente que había, y empujones y alegría!... Acercad vuestra mesa, que charlaremos un rato.

Juntaron las dos mesas. Pero ya algunos aduladores y peticionarios perseguían al joven maestro triunfal. Tres amigos se levantaron, le saludaron ruidosamente a distancia. Una dama se sumió en una contemplación risueña cuando su marido le hubo dicho su nombre al oído. Y el larguirucho, el artista mal colocado que no cejaba en su intento y le perseguía desde por la mañana, dejó la mesa del fondo donde se encontraba para acudir de nuevo a quejarse, exigiendo los honores del cimacio inmediatamente.

—¡Eh, déjeme usted en paz! —acabó por gritar Fagerolles, agotada ya su

amabilidad y paciencia.

Luego, cuando el otro se hubo ido, mascullando sordas amenazas, añadió:

—¡La verdad es que, por más que uno quiera ser complaciente, acaban por hacerte rabiar!... ¡Todos en el cimacio! ¡Leguas de cimacio!... ¡Ah! ¡Qué tarea la de ser jurado! ¡Acabas con las piernas molidas para no recoger más que odio!

Claude le miraba con aire abatido. Pareció despertarse un instante y murmuró con la lengua estropajosa:

—Te escribí, quería ir a verte para darte las gracias... Bongrand me contó las dificultades que tuviste... Gracias de nuevo, ¿eh?

Pero Fagerolles le interrumpió rápidamente.

—¡Qué diablos! Te lo debía por nuestra vieja amistad... Soy yo más bien quien estoy contento de haberte hecho este favor.

Sentía ese embarazo que siempre le dominaba delante del maestro inconfesado de su juventud, esa especie de humildad insuperable frente al hombre cuyo mudo desprecio bastaba en aquel momento para estropear su triunfo.

—Tu cuadro está muy bien —añadió Claude despaciosamente para ser bueno y valiente.

Aquel simple elogio hinchó el corazón de Fagerolles de una emoción exagerada, irresistible, salida no sabía ni él mismo de dónde; y el tipo, sin fe, hecho a todas las comedias, respondió con voz temblorosa:

—¡Ah, amigo mío, ah! ¡Eres muy amable diciéndome esto!

Sandoz acababa por fin de conseguir dos tazas de café, y como el camarero se había olvidado de traer el azúcar, tuvo que contentarse con unos terroncillos dejados por una familia que había comido al lado. Algunas mesas empezaban a quedar libres, pero la libertad había ido en aumento, una risa de mujer sonó tan alta que todas las cabezas se volvieron. Algunos fumaban, un lento efluvio azul se desprendía del desorden de manteles, manchados de vino, atestados de vajilla grasienta. Cuando por fin Fagerolles consiguió que le trajeran dos chartreuses, se puso a charlar con Sandoz, con quien guardaba ciertos miramientos, adivinando en él una cierta desconfianza. Y, entonces, Jory cogió por banda a Claude, que había vuelto a ponerse taciturno y silencioso.

—Chico, no te he participado mi boda... Comprende, debido a nuestra posición lo hemos celebrado en familia, sin asistencia de nadie... Pero, a pesar de todo, me habría gustado hacértelo saber. Me disculpas, ¿no?

Se mostró expansivo, dio detalles, encantado de la vida, con el gozo egoísta de sentirse gordo y victorioso ante aquel pobre diablo vencido. Todo le iba bien, decía. Había abandonado la crónica periodística al sentir la necesidad de montarse la vida en serio; luego había conseguido la dirección de una gran revista de arte; y se aseguraba que ganaba treinta mil francos anuales, sin contar un oscuro trapicheo en la venta de colecciones. La rapacidad burguesa que le venía de su padre, aquel instinto hereditario de la ganancia que le había empujado secretamente a realizar pequeñas

especulaciones desde el primer dinero ganado, ahora se hacían manifiestos, acababan por hacer de él un terrible señorón que explotaba a los artistas y a los aficionados que caían en sus garras.

Y en medio de toda aquella gran fortuna, Mathilde, omnipotente, le había llevado a suplicarle, con lágrimas en los ojos, que fuera su mujer, cosa que ella había rechazado orgullosamente por espacio de seis meses.

—Una vez que se vive juntos —continuaba—, lo mejor es regularizar la situación, ¿no? Tú, que has pasado por la misma situación, amigo, algo sabes de ello... ¡Si te dijera que ella no quería, sí, por temor a que la juzgaran mal y a causarme a mí un perjuicio! ¡Oh, tiene un alma de una grandeza y de una delicadeza! ... No, ¿ves?, la gente no tiene ni idea de las cualidades de esa mujer. Abnegada, siempre llena de atenciones, ahorrativa, y fina, y buena consejera... ¡Ah! ¡Qué gran suerte haberla encontrado! ¡Ya no hago nada sin ella, dejo que sea ella quien tome las decisiones, lo lleva todo, os doy mi palabra!

La verdad era que Mathilde había acabado reduciéndole a una obediencia temerosa de niño pequeño, a quien la sola amenaza de quedarse sin mermelada le hace portarse bien. Una esposa autoritaria, hambrienta de respeto, devorada por la ambición y el afán de lucro, había surgido de la antigua chupasangre impúdica. Ella ni siquiera le engañaba ya, poseedora de una virtud agria de mujer honesta, ya no se dedicaba a las prácticas de otro tiempo, que había guardado solamente para él a fin de convertirlas en el instrumento conyugal de su poder. Se decía que les habían visto comulgar a los dos en Notre-Dame-de-Lorette. Se besaban delante de la gente, se llamaban con diminutivos cariñosos. Sólo que, por la noche, tenía que contarle qué había hecho durante la jornada, y con sólo que no fuera capaz de explicar el empleo de una hora, ni de rendirle cuentas hasta del último céntimo que manejaba, le daba tal noche, amenazándole con graves enfermedades y enfriando el lecho conyugal con tales escrúpulos de monja que, cada vez, le salía más caro obtener su perdón.

—Entonces —repitió Jori, muy complacido de su historia—, hemos esperado a que mi padre muriera y luego me he casado con ella.

Claude, absorto hasta aquel momento, meneando la cabeza sin escuchar, sólo se sintió sorprendido por la última frase.

—Pero ¡cómo!, ¿te has casado con ella?... ¡Mathilde!

Había en aquella exclamación todo el asombro por aquella aventura, todos los recuerdos que guardaba de la tienda de Mahoudeau. Aquel Jory, a quien todavía oía hablar de ella en términos abominables, cuyas confidencias recordaba, una mañana, en una acera, sobre las orgías románticas, los horrores dentro de la herboristería que apestaba a hierbas aromáticas. ¡Toda la cuadrilla había pasado por allí, y él, que se había mostrado más insultante que los demás, se casaba con ella! El hombre muestra ser en verdad estúpido al hablar mal de una querida, por más tirada que ésta sea, porque nunca puede saberse si un día se casará con ella.

—Sí, con Mathilde —respondió el otro sonriendo—. Bah, las viejas amantes,

después de todo, se convierten en las mejores mujeres.

Estaba completamente sereno, la memoria muerta, sin una alusión, sin la menor incomodidad ante las miradas de sus compañeros. Parecía como si ella hubiera venido de otro país y la presentase como si no la hubieran conocido tan bien como él.

Sandoz, que seguía la conversación con un oído, muy interesado en aquel caso fantástico, exclamó, apenas callaron:

—Eh, larguémonos... Tengo las piernas entumecidas.

Pero, en aquel momento, apareció Irma Bécot y se paró delante del bufé. Estaba muy bella, con el pelo recién teñido, en su esplendor artificioso de cortesana de color leonado, salida de un viejo cuadro del Renacimiento; y llevaba una túnica de brocado azul pálido encima de una falda de raso recubierta de puntillas, de una tal magnificencia, que la acompañaba una escolta de señores. Dudó durante un instante al ver a Claude entre los demás, como dominada por una vil sensación de vergüenza ante aquel miserable mal vestido, feo y despreciado. Pero luego tuvo la valentía de su antiguo capricho, y fue a él a quien dio primero la mano, en medio de todos aquellos hombres correctos que ponían unos ojos como platos de la sorpresa. Ella reía con aire de ternura, con una amistosa mueca burlona que le plegaba un poco las comisuras de la boca.

—Sin rencor —le dijo ella alegremente.

Y aquella frase, que fueron los únicos en entender, redobló su risa. Resumía toda su historia. ¡El pobre chico al que había tenido que forzar sin que sintiera el menor placer!

Estaba Fagerolles ya pagando los dos chartreuses y se iba con Irma, cuando también Jory se decidió a seguirles. Claude les miró alejarse a los tres, ella entre los dos hombres, caminando con andares de reina entre la multitud, muy admirados, muy saludados.

—Bien se ve que Mathilde no está aquí —se limitó a decir Sandoz—. ¡Ah, amigos míos, qué par de bofetadas se ganará al volver a casa!

También él pidió la cuenta. Todas las mesas se iban vaciando, no quedaban más que un montón de huesos y de cortezas de pan. Dos mozos limpiaban los mármoles con una esponja, mientras otro, armado con un rastrillo, arañaba la arena empapada de escupitajos, sucia de migas. Y, detrás de las colgaduras de sarga parda, estaba ahora comiendo el personal, con batir de mandíbulas, risas exageradas, toda la ruidosa masticación de un campamento de bohemios rebañando las ollas.

Claude y Sandoz dieron la vuelta al jardín y descubrieron una figura de Mahoudeau, muy mal colocada, en un rincón, cerca del vestíbulo del este. Era por fin la *Bañista* de pie, pero reducida a un tamaño no mayor que el de una chiquilla de diez años y de una elegancia encantadora, los muslos finos, el pecho muy pequeño, un exquisito titilar de botón naciente. Emanaba un perfume, la gracia que nace espontánea y que florece donde quiere, la gracia insuperable, tozuda y vivaz que asomaba inevitablemente de aquellos gruesos dedos de obrero, tan inconscientes de

poseerla como para haberla desconocido durante tanto tiempo.

Sandoz no pudo dejar de sonreír.

—¡Y pensar que ese chaval ha hecho todo lo posible para echar a perder su talento!... De haber sido colocada mejor, habría tenido un gran éxito.

—Sí, un gran éxito —repitió Claude—. Es preciosa.

Precisamente en aquel momento vieron a Mahoudeau, que, desde el vestíbulo, se dirigía hacia la escalera. Le llamaron, fueron corriendo a su encuentro y se quedaron charlando los tres unos minutos. La galería de la planta baja se extendía, vacía, enarenada, iluminada de una claridad macilenta por sus ventanales redondos; y uno habría podido creerse debajo de un puente de ferrocarril: robustos pilares sostenían los armazones metálicos, un frío glacial soplaba desde lo alto humedeciendo el suelo, donde se hundían los pies. A lo lejos, detrás de una cortina rasgada, se alineaban unas estatuas, los envíos rechazados de escultura, los yesos que los escultores pobres ni siquiera retiraban, una tétrica morgue, de un abandono lamentable. Pero lo que sorprendía, lo que hacía levantar la cabeza, era el estruendo continuo, el gran ruido de las pisadas del público en el suelo de las salas. Allí resultaba ensordecedor, retumbaba en desmesura, como si unos trenes interminables, lanzados a todo vapor, hicieran estremecerse sin fin las viguetas de hierro.

Tras los cumplidos de rigor, Mahoudeau dijo a Claude que había buscado en vano su tela: ¿en el fondo de qué agujero la habían metido? Luego se interesó por Gagnière y por Dubuche, en recuerdo de los pasados tiempos. ¿Qué se había hecho de los Salones de antaño, cuando iban allí en cuadrilla, las carreras rabiosas a través de las salas, como si estuvieran en un país enemigo, y a continuación el rotundo desprecio a la salida, las discusiones que afilaban las lenguas y vaciaban los cerebros? Nadie veía ya a Dubuche. Dos o tres veces por mes, Gagnière llegaba de Melun, con cara de pasmo, para un concierto; y se desinteresaba a tal punto de la pintura que ni siquiera se había acercado al Salón, donde tenía sin embargo su acostumbrado paisaje, las orillas del Sena que enviaba desde hacía quince años, de un bonito tono gris, concienzudo y tan discreto que el público nunca se había fijado en él.

—Iba a subir —prosiguió Mahoudeau—. ¿Subís conmigo?

Claude, pálido debido al malestar, alzaba los ojos a cada segundo. ¡Ah, aquel terrible retumbo, aquella carrera demoledora del monstruo, cuya sacudida sentía hasta en sus miembros!

Tendió la mano sin hablar.

—¿Nos dejas? —exclamó Sandoz—. Date otra vuelta con nosotros, y nos iremos juntos.

Luego sintió que la compasión le encogía el corazón al verle tan cansado. Notaba que no podía más, con ganas de estar solo y dominado nada más que por la necesidad de huir de allí para esconder su herida.

—Entonces, adiós, amigo... Mañana pasaré a verte por tu casa.

Tambaleándose, perseguido por la tempestad de arriba, Claude desapareció detrás

del macizo del jardín.

Y, dos horas más tarde, en la sala del este, Sandoz, que, tras haber perdido a Mahoudeau, acababa de reencontrarle con Jory y Fagerolles, vio a Claude, de pie delante de su tela, en el mismo lugar donde le había encontrado la primera vez. El pobre desgraciado, en el momento de irse, había vuelto a subir allí, a su pesar, atraído, obsesionado.

Reinaba la sofocación abrasadora propia de las cinco, cuando el gentío, agotado de dar vueltas por las salas, presa del vértigo de los rebaños a los que se da suelta en un parque, se espanta y se aplasta, sin dar con la salida. Después del ligero frío de la mañana, el calor de los cuerpos y el vaho de los alientos habían cargado el aire como de un efluvio rojizo; y el polvillo de los parqués, volátil, suspendido en el aire, ascendía en una fina niebla en aquella exhalación del mal olor humano. Algunos se acercaban todavía a los cuadros que impresionaban y retenían al público únicamente por su tema. La gente se iba, volvía, pasaba sin parar. Las mujeres sobre todo se empeñaban en no aflojar, en quedarse allí hasta la hora en que los vigilantes las empujaran afuera, a partir del primer toque de las seis. Algunas gordas señoras se habían arrellanado en los asientos. Otras, al no quedar vacía ni la menor esquinita donde sentarse, se apoyaban firmemente en sus sombrillas, desfallecidas y, sin embargo, obstinadas. Todos los ojos, inquietos y suplicantes, acechaban las banquetas llenas de gente. Y sobre aquellos miles de cabezas se abatía ya aquella única sensación de extremo cansancio que destrozaba las piernas, tensaba el rostro, devastaba la cabeza de jaqueca, esa jaqueca particular de los Salones causada por el continuo doblar la nuca y por el baile cegador de los colores.

Solos, en el puf donde se contaban ya sus historias desde el mediodía, los dos caballeros condecorados seguían charlando tan tranquilos a cien leguas de allí. Tal vez habían vuelto, tal vez ni siquiera se habían movido.

—¿Y así que ha entrado usted haciéndose el desentendido? —decía el gordo.

—Eso es —respondía el delgado—, les he visto y me he quitado el sombrero... Ah, estaba claro.

—¡Asombroso! ¡Es usted asombroso, mi querido amigo!

Pero Claude no oía más que los sordos latidos de su corazón, no veía más que el *Niño muerto*, en lo alto, cerca del techo. No le quitaba los ojos de encima, sufría la fascinación que le tenía clavado allí, al margen de su voluntad. El gentío, asqueado de cansancio, daba vueltas en torno a él; unos pies aplastaban los suyos, era empujado, llevado; y, como una cosa inerte, él se abandonaba, flotaba, se volvía a encontrar en el mismo sitio, sin bajar la cabeza, ignorando lo que pasaba abajo, sin vivir nada más que allí arriba, con su obra, su pequeño Jacques, hinchado en la muerte. Dos lagrimones, inmóviles entre sus párpados, le impedían ver bien. Le parecía que nunca tendría bastante tiempo para contemplarlo.

Entonces, Sandoz, en un rasgo de profunda compasión, fingió no haber advertido la presencia de su viejo amigo, como si hubiera querido dejarle solo, junto a la tumba

de su vida fracasada. De nuevo, los compañeros cruzaban en cuadrilla, Fagerolles y Jory pasaron derechos hacia delante; y a Mahoudeau, que precisamente en aquel momento le preguntaba dónde estaba el cuadro de Claude, Sandoz le mintió, le apartó y se lo llevó. Se fueron todos de allí.

Por la noche, Christine no logró sacarle a Claude más que unas breves palabras: todo iba bien, el público no estaba molesto con él, el cuadro causaba buen efecto, un poco alto tal vez. Y, a pesar de aquella fría tranquilidad, estaba tan extraño que a ella le entró miedo.

Después de la cena, tras volver de llevar los platos a la cocina, ya no le encontró a la mesa. Había abierto una ventana que daba a un solar, estaba allí, tan inclinado, que ya no lo veía. Luego, aterrada, se precipitó hacia él y le tiró violentamente de la chaqueta.

—¡Claude! ¡Claude! ¿Qué haces?

Él se había dado la vuelta, con una palidez de sudario y mirada de loco.

—Estoy mirando.

Pero ella cerró la ventana con sus manos temblorosas, y le quedó tal angustia que ya no pudo dormir por las noches.

XI

A partir del día siguiente, Claude se puso de nuevo al trabajo, y pasaron los días, pasó el verano, en una monótona tranquilidad. Había encontrado en qué ocuparse, unos cuadritos de flores para Inglaterra, cuyo dinero bastaba para el pan de cada día. Todas sus horas disponibles estaban consagradas nuevamente a su gran tela: ya no mostraba los mismos estallidos de ira, parecía resignado a aquella eterna labor, con aire sosegado y una aplicación testaruda y sin esperanza. Pero sus ojos seguían siendo los de un poseso, se veía en ellos como una muerte de la luz cuando se quedaban fijos en la obra fallida de su vida.

Por aquella época también Sandoz tuvo una gran pena. Murió su madre, su vida entera se vio trastocada, esa vida a tres, tan íntima, en la que no tenían entrada más que algunos amigos. Le había cogido aversión a la casita de la rue Nollet. Por otra parte, se había producido un éxito repentino en la venta hasta entonces difícil de sus libros; y el matrimonio, colmado de esta riqueza, acababa de alquilar en la rue de Londres un amplio apartamento, cuya instalación le tuvo ocupado durante meses. Su luto había acercado más aún Sandoz a Claude, en el común desagrado por las cosas de este mundo. Tras el terrible golpe del Salón, se había inquietado por su viejo amigo, en quien intuía una quiebra irreparable, alguna herida por la que se escapaba, invisible, la vida. Luego, al verle tan frío, tan cuerdo, acabó tranquilizándose un poco.

A menudo, Sandoz subía a la rue Tourlaque y, cuando ocurría que no encontraba más que a Christine, le hacía preguntas, pues comprendía que también ella vivía en la angustia de una desgracia de la que no hablaba nunca. Tenía el rostro atormentado, los estremecimientos nerviosos de una madre que vela por su hijo y que tiembla de ver entrar, al menor ruido, la muerte.

Una mañana de julio, él le preguntó:

—Pues bien, ¿está contenta? A Claude le veo tranquilo, trabaja bien.

Ella echó hacia el cuadro su mirada acostumbrada, una mirada aviesa de terror y de odio.

—Sí, sí, trabaja... Quiere terminarlo todo antes de ponerse de nuevo con la mujer...

Y, sin confesar el temor que la obsesionaba, añadió más bajo:

—Pero su mirada, ¿ha visto usted su mirada?... Tiene siempre esa mirada atravesada. Yo sé que no es sincero con ese aire que tiene de no enfadarse... Le ruego que venga a buscarle, lléveselo para distraerle. ¡No le tiene más que a usted, ayúdeme, ayúdeme!

A partir de aquel día, Sandoz se inventó motivos para salir de paseo, llegaba por la mañana a casa de Claude y le hacía dejar por la fuerza el trabajo. Había que arrancarle casi siempre de su escalera, donde se quedaba sentado, incluso cuando no pintaba. Le hacían pararse súbitos cansancios, un entorpecimiento que le dejaba amodorrado durante largos minutos, sin que diera una pincelada. En aquellos

momentos de muda contemplación, su mirada volvía con fervor religioso a la figura de mujer, a la que ya no tocaba: era como el deseo dubitativo de una voluptuosidad mortal, la infinita ternura y el terror sagrado de un amor que se negaba a sí mismo, convencido de dejarse en él la vida. Luego se ponía de nuevo a trabajar en las otras figuras, en los fondos del cuadro, aunque sabiéndola siempre allí, con la mirada vacilante cuando se topaba con ella, pero sabiendo que sólo conseguiría dominar su vértigo en tanto él no volviera a su carne y ella no le atrapara en sus brazos.

Una noche, Christine, que era recibida ahora en casa de Sandoz y no faltaba ya ningún jueves, esperando ver animarse allí a su artista niño enfermo, hizo un aparte con el anfitrión para suplicarle que se acercara al día siguiente por su casa. Y Sandoz, que tenía precisamente que ir a tomar notas para una novela al otro lado de Montmartre, se pasó al día siguiente por casa de Claude y se lo llevó por la fuerza con él, apartándole de su deber hasta la noche.

Aquel día, tras bajar hasta la puerta de Clignancourt, donde reinaba una fiesta eterna, caballitos de madera, tiro al blanco, merenderos, se quedaron patidifusos al toparse de pronto con Chaîne, que destacaba en el centro de una amplia y magnífica barraca. Era una especie de capilla adornadísima: cuatro platos giratorios se alineaban allí, unos platos redondos cargados de porcelanas, de cristalería, de chucherías cuyo barniz y dorados relumbraban con un tintineo de armónica cuando la mano de un jugador hacía girar la rueda, que rechinaba contra la aguja; incluso un conejo vivo, el premio gordo, atado con unos lacitos de color rosa, bailaba un vals, girando sin fin sobre sí mismo, ebrio de espanto. Tanta magnificencia se hallaba enmarcada con unas colgaduras rojas, lambrequines y cortinas, entre las que, en el fondo de la tienda, como en el sanctasanctórum de un tabernáculo, se veían colgados tres cuadros, los tres obras maestras de Chaîne, que le seguían de feria en feria, de una punta a la otra de París: *La mujer adúltera* en el centro, la copia de Mantegna a la izquierda, la estufa de Mahoudeau a la derecha. Por la noche, cuando llameaban las lámparas de petróleo y los viradores resonaban e irradiaban como astros, no había nada más hermoso que aquellas pinturas, con la púrpura color sangre de las telas; y el pueblo boquiabierto se apiñaba allí.

Una visión semejante le arrancó a Claude una exclamación:

—¡Ah!, ¡Dios mío!... ¡Pero si estas telas son una preciosidad! Estaban hechas precisamente para esto.

El Mantegna sobre todo, de tan candorosa elementalidad, se asemejaba a una imagen estereotipada descolorida, colgada allí para disfrute de la gente humilde, mientras que la estufa minuciosa y vista oblicuamente, que hacía pareja con el *Cristo* de alfajor, adquiriría una alegría inesperada.

Pero Chaîne, que acababa de darse cuenta de la presencia de los dos amigos, les tendió la mano, como si les hubiera dejado la víspera. Estaba tranquilo, sin orgullo ni vergüenza de su barraca, y no había envejecido, siempre con el pellejo duro, la nariz desaparecida por completo entre las dos mejillas, la boca acartonada por el silencio,

sumida en la barba.

—¿Eh?, ¡nos volvemos a ver! —dijo Sandoz alegremente—. ¿Sabes que tus cuadros causan un gran efecto?

—¡Este vivales! —añadió Claude—, tiene su pequeño Salón para él solo. ¡Éste si que se las sabe todas!

La cara de Chaîne resplandeció y soltó su frase:

—¡Por supuesto!

Luego, en el despertar de su orgullo de artista, él, a quien no se sacaba más que gruñidos, pronunció una frase entera:

—¡Ah!, por supuesto que si hubiera tenido el dinero que teníais vosotros no habría prosperado menos, seguro.

Estaba convencido de ello. Nunca había dudado de su talento, si había abandonado la partida era simplemente porque no le daba para comer. En el Louvre, delante de las obras maestras, estaba persuadido de que lo único que le hacía falta era tiempo.

—Vamos —prosiguió Claude, que había vuelto a ponerse sombrío—, no te lamentos, sólo tú lo has conseguido... Funciona, ¿no?, el negocio.

Pero Chaîne masculló unas amargas palabras. No, no funcionaba nada, ni siquiera los platos giratorios. La gente ya no jugaba, todo el dinero iba a parar a las tabernas. Por más que comprara restos de serie y diera una palmada sobre la mesa para que la aguja no se parara en el premio gordo, apenas si sacaba para tomarse un vaso de agua. Luego, como se había acercado gente, se interrumpió, gritó con un vozarrón que los otros dos no le conocían y que los dejó estupefactos:

—¡A jugar, a jugar!... ¡Todas las jugadas tienen premio!

Un obrero, que llevaba una niña achacosa en brazos a la que se le iban los ojos de la codicia, la hizo jugar dos veces. Los platos chirriaban, las chucherías bailaban en medio de un resplandor cegador, el conejo vivo giraba y giraba, con las orejas gachas, tan rápidamente que se difuminaba para no ser más que un círculo blancuzco. Hubo un momento de gran emoción, la chiquilla había estado a punto de ganarlo.

Entonces, tras haber dado un apretón de manos a Chaîne, que aún temblaba, los dos amigos se alejaron.

—Es feliz —dijo Claude al cabo de unos cincuenta pasos, hechos en silencio.

—¡Él! —exclamó Sandoz—, ¡cree que fracasó en el Institut, y se muere por ello!

Al cabo de un tiempo de esto, hacia mediados de agosto, Sandoz pensó como posible distracción en un verdadero viaje, una excursión que les ocupara una jornada entera. Se había encontrado a Dubuche, un Dubuche destrozado, taciturno, que se había mostrado afectuoso y lastimero, rememorando el pasado e invitando a sus dos viejos amigos a comer en la Richaudière, donde estaría solo todavía durante quince días con sus dos hijos. ¿Por qué no darle una sorpresa, ya que parecía tan deseoso de reanudar la relación? Pero Sandoz repetía en vano que se había visto obligado a jurar que iría con Claude, quien se negaba obstinadamente a ello, como presa del miedo

ante la idea de volver a ver Bennecourt, el Sena, las islas, toda aquella campiña en la que unos años felices estaban muertos y enterrados. Fue preciso que interviniera Christine para que finalmente cediera, lleno de repugnancia. Justo la víspera del día fijado, trabajó en su cuadro hasta muy tarde, con renovado entusiasmo. Así pues, aquella mañana de domingo, devorado por las ganas de pintar, se fue no sin pena, como si le hubieran arrancado de su trabajo dolorosamente. ¿Para qué volver allí? Aquello era algo muerto, ya no existía. Solamente existía París, e incluso de París no existía más que un horizonte, la punta de la Cité, aquella vista que le acosaba en todo momento y lugar, aquel rincón único donde se dejaba el corazón.

En el vagón, Sandoz, viéndole nervioso, con los ojos fijos en la puerta, como si se alejara por largos años de la ciudad paulatinamente disminuida e inundada en vapores, se esforzó en distraerle y le contó lo que sabía de la verdadera situación de Dubuche. Al principio, el viejo Margaille, orgulloso de su galardonado yerno, le había llevado con él, presentándolo en todas partes como su socio y sucesor. ¡Ahí tenían a uno que llevaría los negocios con decisión, construiría mejor y más barato, pues el muchacho se había quemado las cejas con los libros! Pero la primera idea de Dubuche fue deplorable: inventó un horno para cocer ladrillos y lo instaló en Borgoña, en unos terrenos de su suegro, en unas condiciones tan desastrosas, según un plan tan defectuoso, que la tentativa se saldó con una pérdida neta de doscientos mil francos. Entonces volvió a las obras, en las que pretendía aplicar unos puntos de vista personales, un conjunto de concepciones muy maduradas que habían de renovar el arte de la construcción. Eran las antiguas teorías aprendidas de los compañeros revolucionarios de su juventud, todo lo que había prometido realizar cuando tuviera la libertad de hacerlo, pero mal digerido, aplicado sin ton ni son, con la torpeza del buen alumno sin chispa creativa: ornamentos de terracota y de loza, las salidas al exterior acristaladas y sobre todo el empleo del hierro, las vigas de hierro, las escaleras de hierro, los remates de hierro; y, como tales materiales no hacían sino aumentar los gastos, la cosa acabó de nuevo en catástrofe, tanto más cuanto que era un administrador pésimo y perdía la cabeza desde su golpe de suerte, embotado por el dinero, maleado, desorientado, incapaz de reencontrar ya siquiera su pasada dedicación al trabajo. Aquella vez, el viejo Margaille echó rayos y centellas, él, que desde hacía treinta años compraba terrenos, edificaba, revendía, calculando a ojo de buen cubero el presupuesto de los inmuebles de renta: tantos metros de obra, a tanto el metro, tenían que dar tantos pisos, a tanto de alquiler. ¡Quién demonios le había endosado a aquel zopenco que se equivocaba con la cal, el ladrillo, la moleña, que ponía roble donde bastaba el pino, que no se resignaba a subdividir un piso, como un pan bendito, en tantas pequeñas porciones como fuera menester! ¡No, no, no era eso! Él se revelaba contra el arte, tras haber tenido la ambición de introducirlo un poco en su práctica diaria para satisfacer su antiguo complejo de ignorante. Y, desde entonces, las cosas fueron de mal en peor, estallaron terribles peloterías entre yerno y suegro, el uno despectivo, atrincherándose en sus conocimientos, y el otro gritando que el

último peón de albañil sabía decididamente mucho más que un arquitecto. Los millones peligraban. Margailan, un buen día, echó a Dubuche con cajas destempladas de sus oficinas, prohibiéndole volver a poner los pies allí, pues no valía ni siquiera para dirigir una obra de cuatro hombres. ¡Un desastre, un lamentable fracaso, el fiasco de la Escuela frente a un albañil!

Claude, que se había puesto a escuchar, preguntó:

—Entonces, ¿a qué se dedica ahora?

—No lo sé, sin duda a nada —respondió Sandoz—, me dijo que le preocupaba la salud de sus hijos y que los cuidaba.

La señora Margailan, esa mujer pálida y delgada como una hoja de cuchillo, había muerto tísica; y era éste un mal hereditario que acababa con la raza, pues su hija, Régine, también tosía desde que se había casado. En aquel momento, seguía una cura de aguas en el Mont-Dore, adonde no se había atrevido a llevarse a sus hijos, que se habían encontrado muy mal, el año anterior, en una estación en que el aire era demasiado puro y fresco para su débil salud. Lo cual explicaba la dispersión de la familia: la madre allí, con una sola doncella; el suegro en París, donde había retomado sus grandes trabajos, luchando en medio de sus cuatrocientos obreros, abrumando con su desprecio a los zánganos e inútiles; y el padre refugiado en la Richaudière, encargado del cuidado de su hija y de su hijo, encerrado allí, desde la primera lucha, como un inválido de la vida. En un momento de expansión, Dubuche había dado incluso a entender que, tras haber estado su mujer a punto de morir en su segundo parto y desvaneciéndose, por otra parte, al menor contacto demasiado vivo, se había impuesto el deber de interrumpir toda relación conyugal con ella. Ni siquiera aquella satisfacción.

—Bonito matrimonio —dijo simplemente Sandoz a modo de conclusión.

Eran las diez cuando los dos amigos llamaron a la cancela de la Richaudière. La propiedad, que no conocían, les maravilló: el monte bajo magnífico, un jardín a la francesa con pendientes y escalinatas que seguían un desarrollo majestuoso, tres invernaderos inmensos, sobre todo una cascada colosal, una casa de recreo hecha de rocas trasplantadas, de cemento y con conductos de agua, en los que el dueño había invertido una fortuna por una vanidad de antiguo amasador de yeso. Pero lo más sorprendente para ellos fue el desierto melancólico de aquella posesión, las avenidas rastrilladas, sin rastro de pasos, las lejanas zonas vacías que atravesaba la rara presencia de los jardineros, la casa muerta cuyas ventanas estaban todas cerradas, excepto dos, apenas entreabiertas.

Sin embargo, un ayuda de cámara, que se había decidido a comparecer, les preguntó a quién buscaban; y, al enterarse de que venían a ver al señor, se mostró insolente, respondió que el señor estaba en la trasera de la casa, en el gimnasio. Luego regresó adentro.

Sandoz y Claude siguieron una alameda hasta ir a parar enfrente de una zona de césped y lo que vieron les hizo detenerse un momento. Dubuche, de pie delante de un

trapecio, levantaba los brazos para mantener en él a su hijo Gaston, una pobre criatura enclenque, que, a sus diez años, tenía los pequeños miembros flojos de la primera infancia, mientras que, sentada en un cochecito, la niña, Alice, nacida prematuramente, tan malformada que a los seis años todavía no andaba, aguardaba su turno. El padre, absorto en su labor, seguía ejercitando los flácidos miembros del niño, le balanceó, trató inútilmente de hacer que se sostuviera por las muñecas; luego, dado que aquel ligero esfuerzo había bastado para hacerle sudar, se lo llevó y lo envolvió en una manta; y todo ello en silencio, a solas bajo el vasto cielo, de una piedad desconsoladora en medio de aquel hermoso parque.

Pero, al incorporarse, vio a sus dos amigos.

—Pero ¡cómo!, ¡vosotros por aquí!... ¡En domingo, y sin avisar!

Hizo un gesto de desolación, y enseguida explicó que, los domingos, la doncella, la única mujer a la que se atrevía a confiar a los niños, se iba a París, y que, por consiguiente, no podía dejar solos un minuto a Alice y a Gaston.

—Apuesto a que veníais a almorzar.

A una mirada suplicante de Claude, Sandoz se apresuró a responder:

—No, no. Precisamente no disponemos de tiempo más que para darte un apretón de manos... Claude ha tenido que venir al pueblo por unos asuntos. Ya sabes, vivió en Bennencourt. Y, como le he acompañado, se nos ha ocurrido acercarnos hasta aquí. Pero nos esperan, no te molestes.

Entonces, Dubuche, aliviado, fingió querer retenerles. ¡Al menos de una hora sí dispondrían, qué diablos! Y charlaron los tres. Claude le miraba, asombrado de encontrarle tan avejentado: su rostro abotargado se había arrugado, de un amarillo veteado de rojo, como si la bilis hubiera manchado la piel, mientras que el pelo y los bigotes ya encanecían. Su cuerpo, además, parecía haberse amazotado, una amarga lasitud volvía pesado cada uno de sus gestos. ¿Eran tan duros, pues, los fracasos del dinero como los del arte? La voz, la mirada, todo en aquel derrotado proclamaba la dependencia vergonzante en la que tenía que vivir, el fracaso de su porvenir que le echaban en cara, la continua acusación de haber incluido en el contrato un talento del que carecía, el dinero de la familia que robaba en la actualidad, lo que comía, la ropa que llevaba, el dinero de bolsillo que necesitaba, en fin, la permanente limosna que le daban, como a un vulgar timador que no podían quitarse de encima.

—Esperad —prosiguió Dubuche—, todavía me quedan cinco minutos con uno de mis pobres cachorrillos, y regresaremos a casa.

Dulcemente, con las infinitas precauciones de una madre, sacó a la pequeña Alice del cochecito, la alzó hasta el trapecio; y allí, balbuciendo mimitos, haciéndole risitas, la animó, la dejó dos minutos colgada para que sus músculos se desarrollasen; pero él permanecía con los brazos abiertos, siguiendo cada movimiento, temeroso de verla romperse la crisma si soltaba debido al cansancio sus delgadas manitas de cera. Ella no decía nada, con sus ojazos pálidos, obediente sin embargo a pesar del terror que le producía aquel ejercicio, de una tal ligereza lastimosa que ni siquiera tensaba las

cuerdas, semejante a uno de esos pajarillos héticos que caen de las ramas, sin plegarlas.

En aquel momento, Dubuche, tras haber echado una mirada a Gaston, se puso como loco al ver que la manta se había deslizado y que el niño tenía las piernas al aire.

—¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¡va a coger frío en la hierba! ¡Y yo sin poder moverme!... ¡Gaston, bonito! Todos los días haces lo mismo: esperas a que esté ocupado con tu hermana... ¡Sandoz, tápale, hazme el favor!... ¡Ah, gracias, tira más de la manta, sin miedo!

He aquí lo que había hecho aquel matrimonio tan ventajoso de la carne de su carne, esas dos criaturas imperfectas, temblorosas, a las que el menor airecillo amenazaba con matar como moscas. No le quedaba de la fortuna con la que se había casado más que eso, la permanente tristeza de ver pudrirse su sangre y apesadumbrarse, en aquel hijo y en aquella hija lamentables, que iban a corromper su raza, caída en la decadencia extrema de la escrófula y de la tisis. Y, del fondo de aquel muchachote egoísta, se había revelado un padre admirable, un corazón encendido por una sola pasión. Como su única voluntad no era ya sino ver crecer sanos a sus hijos, luchaba hora tras hora, los salvaba cada mañana con el espanto de perderlos cada noche. Sólo ellos existían ahora en el centro de su vida acabada, en la amargura de los ofensivos reproches de su suegro, de los días de mal humor y de las noches frías que le ofrecía su triste mujer; y él se consagraba intensamente a ellos, acababa de formarlos, gracias a un constante milagro de ternura.

—Ya tienes bastante, ¿no?, bonita. ¡Ya verás lo guapa y alta que te vas a poner!

Y volvió a colocar a Alice en el cochecito, cogió a Gaston, arropado en todo momento, en uno de sus brazos; y, como sus amigos querían echarle una mano, él rehusó, se puso a empujar a la pequeña con la mano que le quedaba libre.

—Gracias, estoy acostumbrado. Ah, los pobres niños no pesan... Y además, con los criados, nunca se está seguro.

Al entrar en la casa, Sandoz y Claude volvieron a ver al ayuda de cámara que se había mostrado insolente con ellos; y advirtieron que Dubuche temblaba delante de él. La servidumbre de cocina y de antecámara, haciendo suyo el desprecio del suegro que era quien pagaba, trataban al marido de la señora como a un mendigo al que se tolera por caridad. A cada camisa que le preparaban, a cada mendrugo de pan que él se atrevía a pedir, percibía una sensación de limosna en el gesto descortés de la servidumbre.

—Pues bien, adiós, te dejamos —dijo Sandoz, que sufría.

—No, no, esperad un momento... Los niños van a comer, y os acompañaré con ellos. Tienen que dar un paseo.

Cada día estaba regulado así hora por hora. Por la mañana, la ducha, el baño, la sesión de gimnasia, luego el desayuno, que era toda una complicación, porque tenían que seguir una dieta especial, previamente debatida y sopesada, hasta el punto de que

había que hacer entibiar su agua con un poco de vino tinto por temor a que una gota demasiado fría les acatarrase. Aquel día tenían para comer un caldo a la reina y unas pocas costillas, que el padre les cortó a trocitos. A continuación, venía el paseo, antes de la siesta.

Sandoz y Claude se encontraron otra vez fuera, por las largas avenidas, con Dubuche, que empujaba de nuevo el cochecito de Alice, en tanto que Gaston, ahora, caminaba a su lado. Mientras se dirigían hacia la cancela, hablaron de la propiedad. El anfitrión lanzaba sobre el vasto parque unas tímidas e inquietas miradas, como si no se sintiera en su casa. Por lo demás, no sabía nada, no se ocupaba de cosa alguna. Parecía haberse olvidado hasta de su oficio de arquitecto que le acusaban de no conocer, engolfado, anulado por la ociosidad.

—¿Y tus padres cómo están? —preguntó Sandoz.

Una llama iluminó los ojos apagados de Dubuche.

—¡Oh!, mis padres están felices. Les he comprado una casita, donde disfrutan de la renta que hice incluir en el contrato... ¡Cómo no! Mi madre invirtió bastante en mi instrucción, había que devolvérselo todo, como les prometí... Lo que sí puedo decir es que mis padres no tienen nada que reprocharme.

Habían llegado a la cancela, se pararon algunos minutos. Finalmente, Dubuche estrechó con su aire fatigado las manos de sus viejos amigos; luego, conservando entre las suyas la de Claude, concluyó, en una simple constatación, en la que no había siquiera de rabia:

—Adiós, trata de salir del atolladero... Yo he echado a perder mi vida.

Y le vieron volverse, mientras empujaba el cochecito de Alice y trataba de ir al paso ya inseguro de Gaston, también él encorvado de espaldas y con los andares pesados de un anciano.

Dio la una, y los dos se apresuraron a bajar a Bennecourt, entristecidos, hambrientos. Pero otras melancolías les aguardaban, pues un viento de muerte había pasado por allí: los Faucheur, marido y mujer, y el viejo Poirette habían fallecido; y la posada, que había ido a parar a manos de la gansa de Mélie, estaba repugnante de sucia y abandonada. Les sirvieron un almuerzo detestable, con pelos en la tortilla, unas costillas que olían a churre, en medio de la sala en la que entraba la pestilencia del estercolero, tan llena de moscas que las mesas estaban negras de ellas. Con el hedor entraba el calor de las primeras horas abrasadoras de la tarde de agosto, les faltó valor para pedir café y se largaron.

—¡Y tú que tanto alababas las tortillas de la vieja Faucheur! —dijo Sandoz—. Una casa que se acabó... Damos una vuelta, ¿eh?

Claude iba a negarse. Desde por la mañana sólo tenía una urgencia, andar más deprisa, como si cada paso abreviara aquella obligación y le llevara de nuevo hacia París. Su corazón, su cabeza, su ser entero se habían quedado allí. No miraba ni a derecha ni a izquierda, pasaba sin distinguir nada de los campos ni de los árboles, pues no tenía en la cabeza más que su idea fija, en una alucinación tal que, por

momentos, la punta de la Cité le parecía erguirse y llamarle en medio de las vastas rastrojeras. La propuesta de Sandoz despertaba, sin embargo, recuerdos en él; y, embargándole cierta blandura, respondió:

—Sí, está bien, vamos a ver.

Pero, a medida que avanzaba a lo largo de la orilla, se iba sublevando de dolor. Apenas si reconocía el lugar. Habían levantado un puente para unir Bonnières con Bennecourt: ¡un puente, santo Dios, en lugar de aquel viejo transbordador que crujía con su cadena, y cuyo tono negro, cortando la corriente, tan interesante era! Además, con la presa construida más abajo del río, la mayor parte de las islas se hallaban sumergidas, los pequeños brazos se ensanchaban. ¡Se habían acabado los bonitos rincones, las sinuosas callecitas de agua en las que perderse, un desastre como para estrangular a todos los ingenieros de la Marina!

—¡Mira!, ese grupito de sauces que todavía asoman, a la izquierda, era la Barreux, la isla adonde íbamos a hablar tumbados en la hierba, ¿te acuerdas?... ¡Ah!, ¡los muy miserables!

Sandoz, que no podía ver cortar un árbol sin mostrar el puño cerrado al leñador, palidecía de la misma rabia, exasperado de que se hubieran permitido destruir la naturaleza.

Luego, cuando Claude se acercó a su antigua morada, se quedó mudo, con los dientes apretados. Habían vendido la casa a unos burgueses, ahora había una verja, a la que pegó el rostro. Los rosales estaban muertos, y también los albaricoqueros; el huerto, cuidadísimo, con sus caballones, sus cuadros de flores y de hortalizas rodeados de boj, se reflejaba en una gran bola de cristal azogado, puesta sobre un pie, en el mismo centro; y la casa, recién encalada, pintarrajeada en las esquinas y con los marcos imitación de piedra de sillería, tenía un torpe emperifollado de rústico advenedizo que puso rabioso al pintor. ¡No, no, no quedaba nada de él, nada de Christine, nada de su gran amor de juventud! Quiso ver más, subió por la parte de atrás de la casa, buscó el bosquecillo de encinas, aquel rincón de vegetación donde habían dejado el vivo estremecimiento de su primer abrazo; pero el bosquecillo estaba muerto, muerto con el resto, talado, vendido, quemado. Entonces, hizo un gesto de maldición, lanzó su tristeza a toda aquella campiña tan cambiada, donde no reencontraba ni un vestigio de su existencia. ¿Bastaban, pues, unos años para borrar el lugar donde se había trabajado, disfrutado y sufrido? ¿Para qué aquella vana agitación, si el viento, detrás del hombre que sigue adelante, barre y se lleva la huella de sus pasos? No se había equivocado al pensar que no debía volver, pues el pasado no era sino el cementerio de nuestras ilusiones, donde uno se destrozaba los pies contra las tumbas.

—¡Vámonos! —gritó—, ¡vámonos enseguida! ¡Es una estupidez romperse el corazón así!

En el nuevo puente, Sandoz trató de calmarlo haciéndole ver un motivo que no existía en otro tiempo, la corriente del Sena ensanchado, cuyo caudal discurría hasta

las mismas riberas, en majestuosa lentitud. Pero esta agua no interesaba ya a Claude. Sólo pensó una cosa: que era la misma agua que, al atravesar París, había batido contra los viejos muelles de la Cité; y a partir de aquel momento le emocionó, se inclinó un instante, creyó percibir en ella unos reflejos brillantes, las torres de Notre-Dame y la aguja de la Sainte-Chapelle que la corriente se llevaba al mar.

Los dos amigos perdieron el tren de las tres. Fue un suplicio tener que pasar dos horas más en aquel lugar que se les hacía tan cargante. Por fortuna, habían avisado en casa que volverían con un tren nocturno si les retenían. Por eso decidieron cenar como unos solteros en un restaurante de la place du Havre, para tratar de recuperarse, charlando a los postres, como en otro tiempo. Iban a dar las ocho cuando se sentaron a la mesa.

Claude, al salir de la estación, con los pies en el suelo de París, había dejado de agitarse nerviosamente, como alguien que se encuentra por fin en su casa. Y escuchaba, con la expresión fría y absorta que tenía ahora, la verborrea con que Sandoz trataba de animarle. Éste le trataba como a una querida a la que pretendiera aturdir: platos delicados y especiados, vinos que achispan. Pero la alegría permanecía reluctante, y el mismo Sandoz acabó por ponerse sombrío. Aquella campaña ingrata, aquel Bennecourt tan amado y olvidadizo, en el que no habían encontrado ni una piedra que hubiera guardado su recuerdo, ahuyentaba de él toda esperanza de inmortalidad. Si las cosas que son eternas se olvidaban tan deprisa, ¿se podía confiar en perdurar siquiera una hora en la memoria de los hombres?

—¿Ves, amigo mío?, esto es lo que me produce sudores fríos a veces... ¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez que la posteridad tal vez no es la justiciera implacable que creemos? Uno se consuela de verse injuriado, negado, contando con la equidad de los siglos futuros, como el creyente que soporta los males de este mundo en la firme creencia de otra vida, donde cada uno se verá recompensado según sus méritos. ¿Y si no hubiera más paraíso para el artista que para el católico, si las generaciones futuras se engañasen como las contemporáneas y continuasen el malentendido, prefiriendo las amables tonterías a las obras de empeño?... ¡Ah, qué engañifa!, ¿eh?, ¡qué vida de galeote, amarrado al duro banco del trabajo, por una quimera!... Ten en cuenta que es muy posible, después de todo. Hay famas consagradas por las que yo no daría un chavo. Por ejemplo, la enseñanza clásica lo ha deformado todo, nos ha impuesto como genios a unos individuos simplemente correctos y dados a la facilonería, a los que se puede preferir los temperamentos libres, de producción desigual, que son conocidos únicamente por la gente culta. La inmortalidad sólo sería, pues, patrimonio de la clase media, para aquellos que nos meten a la fuerza en la mollera, cuando no somos capaces aún de defendernos... ¡No, no, no hay que pensar en estas cosas, pues me estremezco! ¿Cómo podría encontrar el valor necesario para mi trabajo? ¿Cómo permanecería firme ante los silbidos si ya no tuviera la consoladora ilusión de que un día seré apreciado?

Claude le había escuchado con su expresión de abatimiento. Luego hizo un gesto

amargo de indiferencia.

—¡Bah!, ¿eso qué importa? No hay nada... Estamos más locos aún que los imbéciles que se matan por una mujer. Cuando la tierra estalle en el espacio como una nuez reseca, nuestras obras no añadirán ni un átomo a su polvo.

—¡Es una gran verdad! —concluyó Sandoz, palidísimo—. ¿Para qué querer colmar la nada?... ¡Y pensar que, a pesar de ser conscientes de ello, nuestro orgullo se empecina!

Dejaron el restaurante, vagaron por las calles hasta que entraron de nuevo en un café. Filosofaban, habían ido a parar a los recuerdos de su infancia, lo que acababa de embargar su corazón de tristeza. Dio la una de la mañana cuando decidieron regresar a su casa.

Pero Sandoz propuso acompañar a Claude hasta la rue Tourlaque. La noche de agosto era magnífica, cálida, tachonada de estrellas. Y, como daban un rodeo, subiendo por el barrio de la Europe, pasaron por delante del antiguo café Baudequin, en el boulevard des Batignolles. Éste había cambiado tres veces de dueño; la sala no era ya la misma, repintada, dispuesta de manera distinta, con dos billares a la derecha; y se habían sucedido las generaciones de parroquianos, superponiéndose las unas a las otras, de manera que las antiguas habían desaparecido como pueblos sepultados. Sin embargo, la curiosidad, la emoción de todas las cosas muertas que acababan de remover juntos les hicieron atravesar el bulevar para echar un vistazo al café, por la puerta abierta de par en par. Querían volver a ver su mesa de antaño, en el fondo, a la izquierda.

—¡Oh, mira! —dijo Sandoz, estupefacto.

—¡Gagnière! —susurró Claude.

En efecto, era Gagnière, totalmente solo en aquella mesa, en el fondo de la sala vacía. Había venido de Melun para uno de esos conciertos dominicales que se permitía de vez en cuando; luego, de noche, perdido en París, se había acercado al café Baudequin, por una vieja costumbre de las piernas. Ninguno de sus compañeros ponía ya los pies allí, y él, testigo de otra época, persistía en ello, a solas. No había tocado aún su cerveza, la miraba tan pensativo que los camareros comenzaban a poner las sillas sobre las mesas para el barrido del día siguiente, sin que él se moviera.

Los dos amigos apresuraron el paso, inquietos por aquella figura imprecisa, presa del terror infantil ante los aparecidos. Y se separaron en la rue Tourlaque.

—¡Ah, ese triste Dubuche! —dijo Sandoz dándole un apretón de manos a Claude—, ha sido él quien nos ha estropeado el día.

A partir de noviembre, cuando todos los viejos amigos hubieron regresado, Sandoz pensó en reunirlos en una de sus cenas de los jueves, costumbre que había mantenido. Seguía siendo su mayor alegría: la venta de sus libros aumentaba y le enriquecía; el piso de la rue de Londres iba adquiriendo un gran lujo en comparación con la casita burguesa de Batignolles; pero él seguía siendo el mismo. Además,

aquella vez, pensaba, en su bondad, proporcionarle una segura distracción a Claude gracias a una de sus queridas veladas de juventud. Por eso se encargó personalmente de las invitaciones: vendrían Claude y Christine, naturalmente; Jory y su mujer, a la que había tenido que recibir desde que se habían casado; luego, Dubuche, que venía siempre solo; Fagerolles, Mahoudeau, y, por último, Gagnière. Serían diez, y compañeros de la antigua cuadrilla exclusivamente, ni un importuno, para que el buen entendimiento y la alegría fuesen completos.

Henriette, más desconfiada, expresó sus dudas mientras confeccionaban aquella lista de invitados.

—¡Oh!, ¿Fagerolles? ¿Tú crees, Fagerolles con los demás? No creo que le aprecien mucho que digamos... Y tampoco Claude, me parece haber notado cierta frialdad...

Pero él la interrumpió, sin querer reconocerlo.

—Pero ¿cómo que frialdad?... Tiene gracia, las mujeres no pueden entender que nos tomemos el pelo unos a otros. En el fondo, eso no impide tener un buen corazón.

Aquel jueves, Henriette quiso esmerarse con el menú. Tenía ahora todo un pequeño personal a sus órdenes, una cocinera, un ayuda de cámara; y, aunque no preparaba ya ella los platos, seguía haciendo que la comida fuera selecta, por afecto a su marido, cuyo único vicio era la gula. Acompañó a la cocinera al mercado, pasó personalmente por las tiendas de los proveedores. La pareja tenía el gusto de las exquisiteces gastronómicas, traídas de los cuatro rincones del mundo. Aquella vez se decidieron por una sopa de rabo de buey, salmonetes a la parrilla, un filete con setas, raviolis a la italiana, ortegas de Rusia y una ensalada de trufas, sin contar el caviar y los kilkis^[32] de entrante, un helado de chocolate con almendras garrapiñadas, un quesito húngaro color de esmeralda, fruta y repostería. Como vino, simplemente, un viejo burdeos de garrafa, chambertín para el asado, y un vino espumoso de Mosela para los postres, en vez de champán, juzgado banal.

Desde las siete, Sandoz y Henriette esperaron a sus invitados, él con simple chaqué, ella elegantísima con un vestido liso de raso negro. Los invitados venían a su casa en levita, informalmente. El salón, que acababan de instalar, estaba atestado de viejos muebles, de viejas tapicerías, de chucherías de todos los pueblos y de todos los siglos, una marea ascendente que desbordaba a la sazón y que había comenzado en las Batignolles con el viejo macetero de Ruán que ella le regalara para un cumpleaños. Iban juntos a los chamarileros con el alegre frenesí de comprar; y él satisfacía allí viejos deseos de juventud, ambiciones románticas nacidas en otro tiempo de sus primeras lecturas; de suerte que aquel escritor, tan terriblemente moderno, vivía en la Edad Media carcomida en la que soñaba vivir a los quince años. Como excusa, decía riendo que los bonitos muebles de hoy costaban un ojo de la cara, cuando era la cosa más fácil de conseguir un bonito tono de ambiente y unos bellos efectos con unas antiguallas, por más que fuesen de lo más corrientes. No tenía nada de coleccionista, todo lo hacía con miras a la decoración, al gran efecto de

conjunto; y el salón, a decir verdad, iluminado por dos lámparas de viejas lozas de Delf, tomaba unos tonos apagados muy suaves y cálidos, el oro viejo de las dalmáticas reaplicadas a los asientos, las incrustaciones amarillentas de los gabinetes italianos y de las vitrinas holandesas, los tonos desvaídos de las *portières* orientales, los cien pequeños matices de los marfiles, de las lozas, de los esmaltes, empalidecidos por el tiempo y que destacaban contra el tapizado neutro de la estancia, de un rojo oscuro.

Claude y Christine fueron los primeros en llegar. Esta última se había puesto su único vestido de seda negra, un vestido raído, gastado, que conservaba con sumo cuidado para ocasiones semejantes. Inmediatamente, Henriette le tomó las dos manos, llevándosela a un canapé. La quería mucho, se interesó por ella, viéndola extraña, con la mirada inquieta en su conmovedora palidez. ¿Qué le pasaba? ¿Se encontraba mal? No, no, respondió que estaba muy contenta, muy feliz de venir; y sus miradas, a cada minuto, iban a parar sobre Claude, como para estudiarle, luego se desviaban. Él parecía excitado, de una verborrea y unos gestos que no había mostrado desde hacía varios meses. Sólo que, por momentos, esta agitación se venía abajo, y se quedaba en silencio, con los ojos muy abiertos y la mirada perdida, fijos allí, a lo lejos, en el vacío, en algo que parecía reclamarle.

—¡Ah!, amigo mío —le dijo a Sandoz—, he acabado tu libro esta noche. Es muy fuerte, esta vez les has cerrado el pico.

Charlaron los dos delante de la chimenea, donde ardían unos leños. El escritor, en efecto, acababa de publicar una nueva novela; y, aunque la crítica no rendía las armas, corría, por fin, en torno a él un cierto rumor de éxito que consagra a un hombre, ante los ataques persistentes de sus adversarios. Por otra parte, no se hacía la menor ilusión, pues sabía perfectamente que la batalla, incluso ganada, se reiniciaría de nuevo con cada uno de sus libros. El gran trabajo de su vida avanzaba, aquella serie de novelas, aquellos volúmenes que publicaba uno tras otro, con obstinada y asidua dedicación, progresaba hacia la meta que se había trazado, sin dejarse vencer por nada, obstáculos, injurias, fatigas.

—Es verdad —respondió alegremente—, ¡esta vez ceden! Hay uno que hasta hace la lamentable concesión de reconocer que soy una persona honesta. ¡Ved como degenera todo!... ¡Pero va! Se desquitarán. Pues sé perfectamente que hay algunos cuya inteligencia es demasiado distinta de la mía para que acepten jamás mi propuesta literaria, mis audacias de lenguaje, mis tipos psicológicos que evolucionan bajo la influencia de los diferentes ambientes; y me refiero a los colegas que se respetan, dejo de lado a los imbéciles y a los bribones... Lo mejor, ¿ves?, para trabajar con buen ánimo es no esperar ni buena fe ni justicia. Hay que morir para tener razón.

Los ojos de Claude se habían dirigido de repente hacia un rincón del salón, perforando la pared, donde algo le había llamado la atención. Luego se turbaron, volvieron, mientras decía:

—Bah, hablas por ti. ¡Si yo me muriese, no me la darían!... No importa, tu libro me ha provocado un gran entusiasmo. ¡Hoy he querido pintar, pero ha sido imposible! ¡Ah!, suerte que no puedo tenerte envidia, pues de lo contrario me harías muy desgraciado.

Pero la puerta se había abierto, y entró Mathilde, seguida de Jory. Ella llevaba un atavío magnífico, una túnica de veludillo de un rojo anaranjado, sobre una falda de raso color paja, con unos brillantes en los lóbulos de las orejas y un grueso ramillete de rosas prendido en la blusa. Y lo que asombraba a Claude era el no reconocerla, al haberse vuelto muy gorda, rechoncha y rubia de delgada y consumida como estaba. Su fealdad inquietante de fulana se fundía en una hinchazón burguesa de cara, su boca con entradas negras mostraba ahora unos dientes extremadamente blancos cuando tenía a bien sonreír, con un rictus desdeñoso de los labios. Tenía una apariencia de persona exageradamente respetable, sus cuarenta y cinco años le conferían un cierto peso al lado de su marido más joven, que se hubiera dicho su sobrino. Lo único que conservaba era un olor intenso a perfumes, anegada en esencias de lo más fuertes, como si hubiese intentado arrancar de su piel los olores aromáticos de que le había impregnado la herboristería; pero el amargor del ruibarbo, lo acre del saúco, el fuerte aroma de la menta piperina persistían; y el salón, tan pronto como ella lo cruzó, se llenó de un olor indefinible a farmacia, atenuado por una punta aguda de almizcle.

Henriette, que se había levantado, la hizo sentarse enfrente de Christine.

—Se conocían ustedes, ¿no? ¿No se habían visto ya aquí?

Mathilde dirigió una fría mirada al modesto atavío de aquella mujer, que, decían, había vivido largo tiempo amancebada con un hombre. Era de una rigidez excesiva en este punto, desde que la tolerancia del mundo literario y artístico la había hecho admitir también a ella en algunos salones. Por otra parte, Henriette, que la detestaba, reanudó su conversación con Christine, tras las estrictas cortesías de rigor.

Jory había dado un apretón de manos a Claude y a Sandoz. Y, de pie con ellos, delante de la chimenea, se disculpaba ante este último por un artículo aparecido esa misma mañana en su revista, que maltrataba la novela del escritor.

—Ya sabes, amigo, uno nunca manda en su casa... ¡Debería hacerlo todo yo, pero tengo tan poco tiempo! Imagínate que ni siquiera había leído ese artículo, fiándome de lo que me habían dicho. Por lo que te puedes imaginar mi enojo cuando lo he hojeado hace un rato... Lo siento, lo siento...

—Déjalo, está a la orden del día —respondió tan tranquilo Sandoz—. Ahora que mis enemigos se ponen a elogiarme, es preciso que mis amigos sean los que me ataquen.

De nuevo se entreabrió la puerta, y se deslizó dentro despacio Gagnière, con su vago aire de sombra grotesca. Llegaba directamente de Melun, y totalmente solo, pues no presentaba a su mujer a nadie. Cuando venía a cenar así, conservaba en sus zapatos el polvo de la provincia, para volver a llevárselo la noche misma al tomar un

tren nocturno. Por lo demás, no cambiaba, la edad parecía rejuvenecerle, volviéndose rubio al envejecer.

—¡Vaya! ¡Pero si está aquí Gagnière! —exclamó Sandoz.

Entonces, cuando Gagnière se decidió a saludar a las señoras, hizo su entrada Mahoudeau. Éste había ya encanecido, con su cara chupada y feroz, donde se movían inciertos unos ojos infantiles. Llevaba todavía un pantalón demasiado corto, una levita que se fruncía en la espalda a pesar del dinero que ganaba ahora; pues el marchante de bronces para el que trabajaba había puesto en el mercado dos estatuillas encantadoras suyas, que empezaban a verse sobre las chimeneas y las consolas burguesas.

Sandoz y Claude volvieron la cabeza, llenos de curiosidad por asistir al encuentro de Mahoudeau con Mathilde y Jory. Pero la cosa se desarrolló del modo más natural. El escultor se inclinaba ante ella, respetuoso, cuando el marido, con su aire de serena inconsciencia, creyó que era su deber presentársela, por vigésima vez quizá.

—¡Eh!, ¡es mi mujer, amigo! ¡Dense la mano!

Entonces, muy serios, como gente de mundo que se ve forzada a una familiaridad un tanto rápida, Mathilde y Mahoudeau se dieron la mano. Sólo que, apenas éste se hubo librado de aquella ingrata obligación y encontrado a Gagnière en un rincón del salón, los dos se echaron a reír burlonamente y a recordar en frases terribles las abominaciones de otro tiempo. ¿Eh?, ¡hoy tiene unos buenos dientes, ella que en otro tiempo no podía morder, por suerte!

Se esperaba a Dubuche, pues había prometido formalmente venir.

—Sí —explicó en voz muy alta Henriette—, no seremos más que nueve. Fagerolles nos ha escrito esta mañana para excusarse: una cena oficial a la que se ha visto obligado a asistir de repente... Se escapará y se reunirá con nosotros a eso de las once.

Pero, en aquel momento, trajeron un despacho. Era Dubuche que telegrafiaba: «Imposible moverme. Tos inquietante de Alice».

—Pues bien, ¡no seremos más que ocho! —prosiguió Henriette con la triste resignación de una anfitriona que ve disminuir el número de sus invitados.

Y, tras haber abierto el criado la puerta del comedor anunciando a la señora que la mesa estaba servida, ésta añadió:

—Ya estamos todos... Ofrézcame su brazo, Claude.

Sandoz había tomado el de Mathilde, Jory se encargó de Christine, mientras que Mahoudeau y Gagnière les seguían mientras continuaban bromeando con groseras chanzas sobre lo que denominaban el relleno de la bella herborista.

El comedor al que entraron, muy espacioso, era de una viva alegría de luz al salir de la discreta claridad del salón. Las paredes, cubiertas de viejas lozas, eran de unos divertidos tonos con motivos estereotipados. Dos aparadores, uno de cristalería y el otro de platería, destellaban como escaparates de joyas. Y sobre todo centelleaba la mesa en medio, como una capilla ardiente, bajo la lámpara guarnecida de bujías, con

la blancura de su mantel, que resaltaba la bonita ordenación de la cubertería, los platos pintados, las copas de cristal tallado, las botellas blancas y rojas, los entremeses simétricos, alineados en torno al ramo de flores central, un canastillo de rosas de color púrpura.

Apenas se habían sentado, Henriette entre Claude y Mahoudeau, Sandoz teniendo a su lado a Mathilde y a Christine, Jory y Gagnière en los extremos, y cuando el criado acababa de servir la sopa, la señora de Jory dejó caer una frase desafortunada. Queriendo ser amable, sin haber oído las excusas de su marido, le dijo al anfitrión:

—¡Pues habrá quedado usted contento del artículo de esta mañana, cuyas pruebas Edouard revisó personalmente con tanto cuidado!

De golpe, Jory se turbó y balbució:

—¡Yo qué va!, ¡yo qué va! Es un artículo muy malo, sabes perfectamente que se coló, la otra noche, en mi ausencia.

En el incomodo silencio que se hizo, comprendió su metedura de pata. Pero no hizo sino agravar más la situación al dirigirle una penetrante mirada y responder muy alto, para aplastarle y quedar ella al margen:

—¡Otra más de tus mentiras! Yo me limito a repetir lo que me dijiste... ¡Comprenderás que no quiero que me hagas quedar en ridículo!

Esto heló el comienzo de la cena. En vano Henriette recomendó que probaran los kilkis, que sólo Christine encontró muy buenos. Sandoz, a quien el apuro de Jory regocijaba, le recordó jovialmente, cuando aparecieron los salmonetes, una comida juntos en Marsella, en otro tiempo. ¡Ah, Marsella, la única ciudad donde se come de verdad!

Claude, absorto desde hacía unos instantes, pareció salir de un sueño, para preguntar sin venir a cuento:

—¿Así que está decidido? ¿Han elegido ya a los artistas para las nuevas decoraciones del Ayuntamiento^[33]?

—No —dijo Mahoudeau—, van a hacerlo... Yo no conseguiré nada, pues no conozco a nadie... Fagerolles mismo está muy preocupado. Si no ha venido esta noche, será porque la cosa no marcha bien... ¡Ah, ha dejado el rabo por desollar, la pintura millonaria comienza a estropearse, a cuartearse!

Y soltó una risa de rencor por fin satisfecho, y Gagnière, en el otro extremo de la mesa, dejó oír la misma risa sarcástica. Entonces, se desahogaron diciendo maldades, se alegraron del hundimiento que tenía consternado al mundo de los jóvenes maestros. Era algo inevitable, había llegado el momento previsto, el alza exagerada de los cuadros desembocaba en una catástrofe. Desde que el pánico se había apoderado de los aficionados, enloquecidos como jugadores de Bolsa, bajo los vientos a la baja que soplaban, los precios caían de día en día, ya no se vendía nada. ¡Había que ver al famoso Naudet en medio del fracaso! Al principio había aguantado bien, se había sacado de la manga el golpe del americano, el cuadro único oculto en una galería, solitario como un dios, el cuadro cuyo precio ni siquiera quería

mencionar, con la certeza despectiva de no poder encontrar un hombre lo bastante rico para comprarlo, y que finalmente vendía por doscientos o trescientos mil francos a un comerciante en cerdos de Nueva York, feliz de llevarse la tela más cara del año. Pero esas jugadas no se repetían, y Naudet, cuyos gastos habían crecido al tiempo que las ganancias, arrastrado y tragado por la loca vorágine que era obra suya, oía hundirse ahora bajo sus pies su palacio real, que tenía que defender contra el asalto de los alguaciles.

—Mahoudeau, ¿no quiere usted más setas? —interrumpió cortésmente Henriette.

El criado presentó el filete, todos comían, se vaciaban las botellas de vino; pero la acritud era tal que las cosas buenas se servían sin ser saboreadas, lo cual afligía a los anfitriones.

—¿Eh?, ¿setas? —terminó por repetir el escultor—. No, gracias.

Y continuó.

—Lo gracioso es que Naudet persigue a Fagerolles. ¡Como os lo cuento! Está tratando de embargarle... ¡Ah!, ¡dejad que me ría! Vaya limpieza que vamos a ver en la avenue de Villiers, en casa de todos esos pintores de palacete. La construcción andará por los suelos esta primavera... Así, Naudet, que había obligado a Fagerolles a construir, y que había amueblado el interior como el de una fulana, ha querido recuperar sus chucherías y colgaduras. Pero, al parecer, el otro había pedido encima dinero prestado... Imaginaos la historia: ¡el marchante le acusa de haber estropeado su negocio exponiendo por mera vanidad de persona ligera; el pintor le contesta que no quiere que le sigan robando; y van a comerse vivos, estoy seguro!

Se alzó la voz de Gagnière, una voz inexorable y dulce de soñador que se despierta.

—¡Fagerolles, pelado!... ¡Si no ha tenido éxito jamás, por otra parte!

Protestaron. ¿Y su venta anual por valor de cien mil francos, y sus medallas y su cruz? Pero Gagnière, obstinado, sonreía con aire de misterio, como si los hechos no pudieran nada contra su convencimiento metafísico. Meneaba la cabeza, lleno de desdén.

—¡Dejadme en paz! Si no ha sabido nunca lo que es una tonalidad.

Iba Jory a salir en defensa del talento de Fagerolles, que consideraba obra suya, cuando Henriette les pidió un poco de concentración para los raviolis. Hubo una breve tregua, en medio del ruido cristalino de las copas y del ligero tintineo de los tenedores. La mesa, cuya bella simetría se descomponía ya, parecía esplender todavía más bajo el fuego áspero de la disputa. Y Sandoz, presa de la inquietud, se asombraba: ¿por qué le atacaban tan duramente? ¿Acaso no habían comenzado todos juntos y debían alcanzar la misma victoria? Por primera vez un malestar turbaba su sueño de eternidad, aquella alegría de sus jueves que veía sucederse, todos semejantes, todos felices, hasta la más remota edad. Pero fue apenas un estremecimiento a flor de piel. Dijo entre risas:

—Claude, sírvete, ahí tienes las ortegas... ¡Eh, Claude!, ¡baja de las nubes!

Desde que habían dejado de hablar, Claude había retornado a su ensoñación, con la mirada perdida, volviendo a servirse raviolis sin darse cuenta; y Christine, que no decía nada, triste y encantadora, no le quitaba ojo de encima. Él tuvo un sobresalto, eligió un muslo entre los trozos de ortegas que se servían, y cuyo fuerte olor llenaba la estancia de un aroma a resina.

—¡Eh!, ¿no oléis esto? —exclamó Sandoz, divertido—. Es como ingerir todos los bosques de Rusia.

Pero Claude volvió a lo que le preocupaba.

—Entonces, ¿creéis vosotros que Fagerolles conseguirá la sala del Ayuntamiento?

Bastó esta frase para que Mahoudeau y Gagnière, volviendo a las andadas, siguieran disparados. ¡Ah, sería un bonito encalado al agua clara si le daban aquella sala; y cuántas bajezas no cometía para conseguirla! Él, que, en otro tiempo, aparentaba despreciar los encargos, como un gran artista que marca las distancias con los simples artesanos, ahora importunaba a la Administración con sus rastreras peticiones, desde que ya no se vendía su pintura. ¿Había algo más abyecto que un pintor ante un funcionario, y todas las genuflexiones, las concesiones, las cobardías? ¡Una verdadera vergüenza, una escuela de servilismo, era esa dependencia del arte del estúpido beneplácito de un ministro! ¡Así que Fagerolles, en aquella comida oficial, seguro que estaba dándole coba a algún jefe de negociado, a algún cretino redomado!

—Pero ¡por Dios! —dijo Jory—, él se dedica a sus negocios, y bien que hace... No seréis vosotros los que paguéis sus deudas.

—¿Es que yo no tengo deudas, medio muerto de hambre como estoy? —repuso Mahoudeau con tono áspero—. ¿Quién le manda construirse un palacio, tener amantes como esa Irma, que le arruina?

Gagnière le interrumpió de nuevo con su extraña voz de oráculo, profunda y rota.

—¡Irma, pero si es ella la que le paga!

Estaban indignados, menudeaban las chanzas, el nombre de Irma estaba en boca de todos, cuando Mathilde, reservada y muda hasta aquel momento, queriendo afectar buen tono, mostró una viva indignación, con gestos de consternación y hocico pudibundo de devota que se siente violenta.

—¡Oh, señores! ¡Oh, señores!... Sacar a relucir aquí a esa perdida... ¡Dejemos estar a esa perdida, por favor!

A partir de aquel momento, Henriette y Sandoz, consternados, asistieron al desastre de su banquete. La ensalada de trufas, el helado, el postre, todo fue engullido sin placer, en la creciente ira de la disputa; y el chambertín, y el vino de Mosela pasaron como agua pura. De nada sirvió que ella sonriese, mientras él, bonachón, se esforzaba en poner calma, saliendo en defensa de las debilidades humanas. Pero ninguno cejaba, una simple frase los arroja a unos sobre otros con encarnizamiento. Ya no era el vago aburrimiento, la saciedad soñolienta que entristecía a veces las reuniones de viejos amigos, sino una lucha feroz, una necesidad de destruirse. Las

bugías de la lámpara colgante ardían muy altas, las lozas de las paredes abrían sus flores pintadas, la mesa parecía haberse incendiado con el desorden de su cubertería, la violencia de las discusiones y el ansia de devastación que los enardecía desde hacía dos horas.

Y Claude, en medio del ruido, dijo por fin, cuando Henriette se decidió a levantarse para hacerles callar:

—¡Ah! ¡El Ayuntamiento, si me lo diesen a mí, si pudiera ser! ¡Era mi sueño, pintar todas las paredes de París!

Volvieron al salón, cuya pequeña araña y los apliques acababan de ser encendidos. Casi hacía frío allí, en comparación con el baño turco del que salían; y el café calmó por un instante a los convidados. No esperaban a nadie, por lo demás, excepto a Fagerolles. Era un salón muy cerrado, la pareja no lo usaba para reunir allí a una clientela literaria, ni amordazaba a la prensa a fuerza de invitaciones. La mujer detestaba la vida de sociedad y el marido decía entre risas que necesitaba diez años para querer a alguien, pero quererle para siempre. ¿Acaso no era la felicidad, inalcanzable, unas pocas amistades sólidas, un rincón de afecto familiar? Allí nunca se tocaba música, y no se había leído jamás una página de literatura.

Aquel jueves, la velada se hizo larga al persistir una sorda irritación. Las señoras, al amor del fuego moribundo, se habían puesto a charlar; y, cuando el criado, tras quitar la mesa, volvió a abrir la sala de al lado, se quedaron solas, y los hombres se fueron a fumar y a tomar cerveza.

Sandoz y Claude, que no fumaban, volvieron pronto a sentarse uno al lado del otro en un canapé, cerca de la puerta. El primero, feliz de ver a su viejo amigo excitado y parlanchín, le traía a la memoria recuerdos de Plassans, a propósito de una noticia de la que se había enterado el día antes: sí, Pouillaud, el antiguo bromista del dormitorio, convertido ya en un abogado muy serio, pasaba por problemas porque se había dejado pescar con unas putillas de doce años. ¡Ah, ese animal de Pouillaud! Pero Claude ya no respondía, aguzando el oído, tras haber oído pronunciar su nombre en el comedor, y tratando de comprender.

Eran Jory, Mahoudeau y Gagnière que habían reanudado la escabechina, todavía no saciados, con los dientes largos. Sus voces, primero cuchicheantes, se iban elevando paulatinamente de tono. Llegaban a gritar.

—¡Oh!, al hombre, os lo regalo —decía Jory refiriéndose a Fagerolles—. No vale gran cosa... ¡Y os ha tomado el pelo, la verdad, vaya si os lo ha tomado rompiendo con vosotros y consiguiendo un éxito a vuestra costa! Pero tampoco vosotros habéis sido muy listos que digamos.

Mahoudeau, furioso, respondió:

—Pero ¡por Dios! Si bastaba con estar con Claude para que te pusieran de patitas en la calle en todas partes.

—Quien nos ha matado ha sido Claude —afirmó resueltamente Gagnière.

Y continuaron, dejando de lado a Fagerolles, a quien le reprochaban su servilismo

ante la prensa, su alianza con sus enemigos y sus zalamerías con unas baronesas sexagenarias, y cargando ahora contra Claude, que se había convertido en el máximo culpable. ¡Dios mío! Al fin y al cabo, el otro no era más que un prostituido, como hay tantos, entre los artistas, que pescan a los clientes en las esquinas, que dan de lado y destrozan a los amigos para recibir a los burgueses en su casa. Pero Claude, aquel gran pintor fracasado, aquel impotente incapaz de acabar, con todo su orgullo, una sola figura, les había comprometido mucho, les había metido en una buena. ¡Ah, sí, el éxito estaba en romper! De haber podido volver a empezar, no habrían cometido la tontería de empeñarse en historias imposibles. ¡Y le acusaban de haberles paralizado, de haberles explotado, sí, eso era, explotado!, pero explotado de una manera tan torpe y excesiva que ni siquiera él había sacado provecho alguno.

—A mí, sin ir más lejos —prosiguió Mahoudeau—, ¿no me idiotizó durante algún tiempo? Cuando pienso en ello y reflexiono, no entiendo por qué entré en su cuadrilla. ¿Qué tengo yo que ver con él? ¿Acaso había algo en común entre nosotros? ... ¿Eh?, ¡es exasperante darse cuenta de ello tan tarde!

—¡Y a mí que me ha robado mi originalidad! —continuó Gagnière—. ¿Creéis que me divierte oír repetir, a cada cuadro, detrás de mí, desde hace quince años: «¡Es un Claude!...»? ¡Ah!, no, yo ya tengo bastante, prefiero no hacer nada... Lo único que siento es no haberlo tenido antes tan claro, pues no le habría tratado...

Era el sálvese quien pueda, la ruptura de los últimos lazos, ante el asombro de verse de repente extraños y enemigos unos de otros, tras una larga juventud fraternal. La vida había separado sus caminos, y aparecían las profundas divergencias, no les quedaba ya en la garganta más que la amargura de su antiguo sueño entusiasta, esa esperanza de lucha y de victoria uno al lado del otro, que no hacía ahora sino intensificar su rencor.

—El hecho es que Fagerolles no se ha dejado estafar como un bobo —dijo sarcásticamente Jory.

Pero Mahoudeau, herido, se enojó.

—Te equivocas tomándotelo a risa, pues también tú eres un desleal... Sí, no parabas de decirnos que nos echarías una mano cuando tuvieras un periódico que fuera tuyo.

—¡Ah, permite, permite!...

Gagnière se sumó a Mahoudeau.

—¡Eso es cierto! No nos vengas ahora con el cuento de que suprimen lo que escribes sobre nosotros, porque eres tú quien manda... Y ni una sola palabra, ni siquiera nos has mencionado en tu último Salón.

Molesto y entre balbuceos, Jory se enfureció a su vez.

—¡Eh!, ¡es culpa de ese bribón de Claude!... No tengo ganas de perder a mis suscriptores para daros gusto a vosotros. ¡Sois imposibles, comprendedlo! Tú, Mahoudeau, ya puedes deslomarte haciendo esas bonituras que haces; y tú, Gagnière, aunque a partir de ahora no hagas nada más: lleváis encima una etiqueta, necesitaréis

diez años de esfuerzos antes de quitársela; y los hay que no han podido quitársela nunca... El público se divierte, ¿sabéis? Pues sólo vosotros creéis en el genio de ese gran chiflado ridículo, al que encerrarán un día de éstos.

Entonces, el escándalo fue terrible, los tres se pusieron a hablar a la vez, llegando a los reproches más soeces, con tales estallidos y sangrientas pullas que parecían morderse.

En el canapé, Sandoz, turbado por los alegres recuerdos que evocaba, había tenido que prestar también él oídos a aquel alboroto, que le llegaba por la puerta abierta.

—¿Oyes? —le dijo Claude muy bajito, con una sonrisa de pesadumbre—, ¡me están poniendo bueno!... No, no, quédate aquí, no quiero que les hagas callar. Me lo tengo merecido, puesto que no he tenido éxito.

Y Sandoz, palideciendo, siguió pendiente de aquel rabioso enfurecerse en la lucha por la vida, aquel rencor de personalidades en pugna que le arrebatava su quimera de eterna amistad.

Por fortuna, Henriette se inquietó por la violencia de las voces. Se levantó y fue a afear la conducta a los fumadores que dejaban abandonadas de aquel modo a las señoras para pelearse. Volvieron todos al salón, entre sudores y jadeos, trastornados todavía por la rabia. Y, cuando ella dijo, mirando al reloj de pared, que Fagerolles no vendría definitivamente aquella noche, volvieron a sus burlas sarcásticas con un intercambio de miradas. ¡Ah, ése sí que tenía buen olfato! ¡No le pillarían pasando una velada con unos viejos amigos que se habían vuelto incómodos y a los que detestaba!

En efecto, Fagerolles no se presentó. La velada acabó a duras penas. Habían vuelto al comedor, donde se había servido el té con un mantel ruso, bordado de rojo con escenas de la caza del ciervo: y bajo las bujías de nuevo encendidas, había bollos, platitos de golosinas y pastitas, un lujo bárbaro de licores, *whisky*, ginebra, kummel y raki de Quíos. El criado trajo también ponche, y se mostraba muy solícito en torno a la mesa, mientras la anfitriona llenaba la tetera en el samovar, que hervía enfrente de ella. Pero aquel bienestar, aquella alegría de las miradas, aquel delicado aroma del té no distendía los ánimos. La conversación había vuelto a recaer sobre el éxito de unos y la mala suerte de los otros. Por ejemplo, ¿no eran una vergüenza aquellas medallas, aquellas cruces, todas aquellas recompensas que deshonoraban el arte, por lo mal repartidas que estaban? ¿Había que seguir siendo eternamente unos colegiales? ¡Todas las bajezas tenían su origen en aquella docilidad y cobardía ante los celadores, para ganar puntos delante de ellos!

Luego, de nuevo en el salón, el desolado Sandoz, que había llegado a sentir vivos deseos de que se fueran, observó a Mathilde y a Gagnière, sentados uno al lado del otro en un canapé, hablando lánguidamente de música, en medio de los demás extenuados, sin saliva y con las mandíbulas inertes. Gagnière, en éxtasis, filosofaba y poetizaba; Mathilde, aquella vieja zorra cebada, exhalando su equívoco aroma a

farmacia, ponía los ojos en blanco, desfallecida de gusto como por el cosquilleo de un ala invisible. Se habían visto, el domingo anterior, en el concierto del Circo, y se comunicaban el respectivo disfrute en frases alternadas, arrebatadas y profundas.

—¡Ah, caballero, ese Meyerbeer, esa obertura de *Struensée*^[34], esa frase fúnebre, y luego esa danza campestre tan arrebatada, tan colorista, y a continuación el ritornelo de esa frase mortal, el dúo de los violoncelos!... ¡Ah, caballero, los violoncelos, los violoncelos!...

—¡Y, señora, Berlioz, qué me dice del aire de fiesta de *Romeo*^[35]!... ¡Oh, el solo de los clarinetes, las mujeres amadas, con el acompañamiento de las arpas! Un verdadero raptó, una blancura que asciende... Estalla la fiesta, un Veronés, la magnificencia tumultuosa de las *Bodas de Caná*^[36]; y el canto de amor vuelve a empezar, ¡oh!, ¡qué dulce!, ¡oh, cada vez más alto, más alto!

—¿Ha oído, caballero, en la *Sinfonía en la* de Beethoven^[37], ese tañido fúnebre que hace de perpetuo ritornelo, que repercute en el corazón?... Sí, bien veo que siente usted como yo, es una comunión que la música..., Beethoven, ¡Dios mío!, ¡qué triste y hermoso es ser dos para comprenderlo y desfallecer!...

—¡Y Schumann, señora, y también Wagner!... ¡La Fantasía de Schumann^[38], sólo para instrumentos de cuerda, una tibia llovizna cayendo sobre las hojas de las acacias, un rayo de sol que las seca, una lágrima apenas en el espacio!... Wagner, ¡ah!, Wagner, la obertura del *Buque fantasma*, ¡le gusta, dígame que le gusta! Para mí es demoledora. Se acabó todo lo demás, todo, es la muerte...

Sus voces se apagaban, ni siquiera se miraban, anonadados, codo con codo, mirando al aire, embargados de emoción.

Sorprendido, Sandoz se preguntó de dónde había podido sacar toda aquella jerga Mathilde. Acaso de un artículo de Jory. Había observado, por otra parte, que las mujeres hablaban con mucha propiedad de música, sin conocer una nota. Y él, a quien la acritud de los demás no había hecho sino entristecer, se exasperó por aquella afectación de languidez. ¡No, no, ya tenía bastante! ¡Que se destrozaran aún podía pasar! ¡Pero aquel final de velada, aquella zorra fondona con sus arrullos y excitándose con Beethoven y Schumann, era demasiado!

Por fortuna, Gagnière se levantó de repente. No olvidaba la hora, pese a hallarse sumido en su éxtasis, tenía el tiempo justo para coger el tren nocturno. Y, tras unos apretones de manos blandos y silenciosos, se fue a dormir a Melun.

—¡Qué fracasado! —murmuró Mahoudeau—. La música ha matado en él a la pintura, ya no hará nada.

Él mismo tuvo que irse y, cuando apenas se hubo cerrado la puerta tras él, Jory declaró:

—¿Habéis visto su último pisapapeles? Acabará haciendo gemelos de camisa... ¡Ahí tenéis a otro que ha malgastado todas sus facultades!

Pero ya Mathilde estaba de pie, despidiéndose de Christine con un gesto seco y afectando una familiaridad mundana con Henriette, mientras se llevaba a su marido,

que le puso el abrigo en la antesala, humilde y aterrado ante la mirada severa de ella, que tenía que arreglar las cuentas con él.

Entonces, detrás de ellos, Sandoz exclamó, fuera de sí:

—¡Es el colmo, un periodista tratando de fracasados a los demás, el articulista chapucero que ha acabado explotando la tontería pública!... ¡Ah!, ¡Mathilde el Desquite!

Ya sólo quedaban Christine y Claude. Desde que el salón se iba quedando vacío, este último, hundido en el sillón, ya no hablaba, presa de nuevo de esa especie de sueño magnético que le mantenía rígido, con la mirada fija, perdida en la lejanía, más allá de las paredes. Su cara reflejaba tensión, una atención convulsa la hacía inclinarse hacia delante: veía sin duda lo invisible, oía una llamada del silencio.

Christine se había levantado a su vez, disculpándose por ser los últimos en irse. Henriette le había tomado las manos, le repetía lo mucho que la apreciaba y le suplicaba que fuese a verla a menudo, que dispusiera para todo de ella como una hermana, mientras la triste mujer, de un encanto tan afligente con su vestido negro, meneaba la cabeza con una pálida sonrisa.

—Bueno —le dijo Sandoz al oído, tras haber echado un vistazo a Claude—, no tiene por qué afligirse así... Ha charlado mucho, esta noche ha estado más alegre. La cosa va muy bien.

Pero ella, con voz llena de terror, dijo:

—No, no, fíjense en sus ojos... Mientras tenga esa mirada, no dejaré de temblar... Han hecho lo que han podido, gracias. Lo que ustedes no han hecho, nadie lo hará. ¡Ah, cuánto sufro de que ya no pueda contar conmigo, de no poder hacer nada!

Y en voz alta dijo:

—Claude, ¿vienes?

Tuvo que repetir por dos veces la frase. Él no la oía, acabó por estremecerse y levantarse, diciendo, como si hubiera respondido a la lejana llamada, allí, en el horizonte:

—Sí, ya voy, ya voy.

Cuando Sandoz y su mujer se encontraron por fin solos en el salón donde el aire era sofocante, caldeado como estaba por las lámparas, como cargado de un melancólico silencio tras el desagradable estallido de las disputas, los dos se miraron y dejaron caer sus brazos, desolados por su desgraciada velada. Sin embargo, ella trató de tomárselo a risa, murmurando:

—Te previne, y no me equivocaba...

Pero él la interrumpió de nuevo con un gesto desesperado. Pero ¡cómo! Así que había sonado la hora final de su larga ilusión, de aquel sueño de eternidad, que le había llevado a confiar en que la felicidad radicaba en unas cuantas amistades elegidas en la infancia y disfrutadas luego hasta la extrema vejez. ¡Ah!, la lamentable cuadrilla y aquella ruptura definitiva era un balance deplorable tras la bancarrota del

corazón. Y se asombraba del número de amigos de que estaba sembrado el camino, grandes afectos perdidos en él, del perpetuo cambio de los demás en torno a su persona que no veía mudar. ¡Sentía pena por sus pobres jueves, tantos recuerdos luctuosos, aquella muerte lenta de todo cuanto se ama! ¿Habían de resignarse su mujer y él a vivir en pleno desierto, enclaustrados en el desprecio del mundo? ¿Abrirían la puerta de par en par a la oleada de desconocidos y de indiferentes? Poco a poco, se abría paso una certeza desde el fondo de su tristeza: todo se acaba y nada vuelve a empezar en la vida. Pareció rendirse a la evidencia y dijo con un gran suspiro:

—Tenías razón... No les invitaremos más a cenar juntos, serían capaces de comerse vivos.

Ya en la calle, en cuanto hubieron desembocado en la place de la Trinité, Claude se soltó del brazo de Christine y balbució que tenía que ir a hacer un recado; le rogó que volviera a casa sin él. Ella, que le había notado temblar con un gran escalofrío, se quedó espantada de sorpresa y de temor: ¡un recado, a semejantes horas, pasada medianoche! ¿Para ir adónde?, ¿a hacer qué? Él volvió la espalda y ya se iba, cuando ella le cogió de nuevo, suplicándole, alegando que tenía miedo, que no la hiciera, a esa hora tardía, subir sola a Montmartre. Esta consideración pareció ser la única en hacerle echarse atrás. Volvió a tomarla del brazo, subieron la rue Blanche y la rue Lepic, hasta llegar finalmente a la rue Tourlaque. Y, delante de su puerta, tras haberla abierto, de nuevo la dejó.

—Ya estás en casa... Me voy a hacer el recado.

Y se fue a grandes zancadas, gesticulando como un loco. La puerta estaba abierta y ella ni siquiera la cerró, se lanzó en su persecución. Le dio alcance en la rue Lepic; pero, temiendo excitarle más, se limitó a partir de aquel momento a no perderle de vista, andando a unos treinta metros, sin que él supiera que le pisaba los talones. Después de la rue Lepic, volvió a bajar por la rue Blanche, luego tomó por la rue de la Chaussée-d'Antin y la rue du Quatre-Septembre, hasta la rue Richelieu. Cuando le vio enfilear esta última, le invadió un frío mortal: se dirigía al Sena, tal era el miedo espantoso que la dominaba, por la noche, al despertarse de la angustia. ¿Y qué hacer, Dios mío? ¿Ir con él, colgarse allí de su cuello? Ya no avanzaba sino dando traspiés, y a cada paso que les acercaba al río, sentía que la vida se escapaba de sus miembros. Sí, se dirigía allí derecho: la place du Théâtre-Français, el Carrousel, por fin el Pont des Saints-Pères. Él anduvo un momento por él, se acercó al pretil, por encima del agua, y ella creyó que se arrojaría; un grito murió en su pecho, estrangulado.

Pero no, permanecía inmóvil. ¿Era sólo la Cité, allí enfrente, la que le tenía obnubilado, aquel corazón de París cuya obsesión le seguía a todas partes, que evocaba con sus ojos fijos a través de las paredes, que le gritaba aquella continua llamada, a leguas de distancia, que no oía más que él? Todavía no se atrevía a confiar que fuera eso, y se había detenido a cierta distancia, vigilándole en medio de un vértigo de inquietud, viéndole en todo momento dar el terrible salto, y resistiendo a la

necesidad de acercarse por temor a precipitar la catástrofe si se mostraba. ¡Dios mío! ¡Estar allí con su pasión destruida, su maternidad sangrante, estar allí, asistir a todo, sin poder arriesgar siquiera un movimiento para retenerlo!

Él, de pie, altísimo, no se movía, miraba a la noche.

Era una noche de invierno, con el cielo encapotado, de un negro de hollín, que el cierzo, que soplaba del oeste, volvía muy fría. París iluminado se había dormido, ya no quedaba más vida que la de los mecheros de gas, de las manchas redondas que centelleaban, que se empequeñecían, para no ser, a lo lejos, más que un polvo de estrellas fijas. En primer término, se desplegaban los muelles, con su doble fila de perlas luminosas, cuya reverberación iluminaba con un resplandor las fachadas de los primeros planos, a la izquierda las casas del quai du Louvre, a la derecha las dos alas del Institut, masas confusas de monumentos y de edificios que se perdían a continuación, en un adensarse de sombra, punteado de lejanos destellos. Luego, entre aquellos cordoncillos que huían hasta donde se perdía la vista, los puentes arrojaban franjas de luces, cada vez más delgadas, formadas cada una de ellas por una tira de lentejuelas, agrupadas y como suspendidas. Y allí, en el Sena, estallaba el esplendor nocturno del agua viva de las ciudades, cada mechero de gas reflejaba su llama, un núcleo que se prolongaba en una cola de cometa. Los más próximos, confundiendo, incendiaban la corriente de amplios abanicos de brasa, regulares y simétricos; los más lejanos, bajo los puentes, no eran sino pequeños toques de fuego inmóviles. Pero las grandes colas llameantes estaban vivas, se movían a medida que se extendían, negro y oro, con un continuo temblor de escamas, donde se barruntaba la corriente infinita del agua. Todo el Sena estaba iluminado como para una fiesta interior, de una magia misteriosa y profunda, que dejaba entrever pasos de vals a través de los rojizos cristales del río. En lo alto, por encima de aquel incendio y de los muelles estrellados, había en el cielo sin un lucero una nube roja, la cálida y fosforescente exhalación que, cada noche, ciñe la ciudad como un cráter de volcán.

Soplaba el viento, y Christine, tiritando, con los ojos llenos de lágrimas, sentía que el puente daba vueltas bajo sus pies, como si la hubiera arrastrado en el hundimiento de todo el horizonte. ¿Acaso Claude se había movido? ¿Hacía el gesto de saltar por el pretil? No, todo recobraba la inmovilidad, le encontraba de nuevo en el mismo sitio, en su obstinada rigidez, los ojos en la punta de la Cité, que no veía.

Había acudido, reclamado por ella, y no la veía, hundida en las tinieblas. No distinguía más que los puentes, las finas formas de los armazones que destacaban, negras, sobre el agua incandescente. Luego, más allá, todo se desvanecía, hundida la isla en la nada, no la habría distinguido siquiera si algunos coches de alquiler rezagados no hubieran hecho brillar, por momentos, a lo largo del Pont-Neuf, esas chispas fugaces que recorren todavía las brasas apagadas. Un farol rojo, a la altura de la represa de la Monnaie, lanzaba al agua un hilillo de sangre. Algo enorme y lúgubre, un cuerpo a la deriva, una gabarra desamarrada sin duda, descendía lentamente en medio de los reflejos, a veces entrevista, y tragada de inmediato por la

sombra. ¿Dónde se había hundido, pues, la isla triunfal? ¿Al fondo de aquellas olas incendiadas? Seguía mirando, invadido poco a poco por la gran arroyada en la noche. Se inclinaba sobre aquel amplísimo foso, de una frescura de abismo, donde danzaba el misterio de aquellas llamas. Y el gran ruido triste de la corriente le atraía, escuchaba su llamada, mortalmente desesperado.

Aquella vez Christine sintió, por una punzada en el corazón, que acababa de tener la terrible idea. Tendió sus vacilantes manos, que el cierzo flagelaba. Pero Claude se había quedado totalmente derecho, luchando contra aquella dulzura de morir, y permaneció inmóvil una hora más, sin conciencia ya del tiempo, la mirada perdida en todo momento allá lejos, clavada en la Cité, como si, por un poderoso milagro, sus ojos fueran a hacer la luz y evocarla para volver a verla.

Cuando, por fin, Claude abandonó el puente dando traspiés, Christine tuvo que adelantársele y correr para llegar antes que él a la rue Tourlaque.

XII

Aquella noche, con aquel desapacible cierzo de noviembre que soplaba a través de su cuarto y del amplio estudio, se acostaron cerca de las tres. Christine, jadeante por su carrera, se había metido rápidamente entre las sábanas, para disimular que venía de seguirle; y Claude, rendido, se había quitado las prendas una a una, sin decir palabra. Su lecho, desde hacía meses, era gélido; se tumbaban el uno al lado del otro, como extraños, tras una lenta ruptura de los lazos carnales: voluntaria abstinencia, castidad teórica, en la que había de desembocar para dar a la pintura toda su virilidad, y que ella había aceptado, con orgulloso y mudo dolor, pese al tormento de su pasión. Y nunca tanto como aquella noche ella había sentido entre ellos dicho obstáculo, un frío semejante, como si nada pudiera ya volver a enardecerles y echarles de nuevo en los brazos el uno del otro.

Durante más de un cuarto de hora luchó contra el sueño que la dominaba. Estaba muy cansada, un entorpecimiento la amodorraba; y no cedía, inquieta de que él estuviera aún despierto. Para dormir ella misma tranquila, esperaba cada noche a que él se durmiera antes que ella. Pero él no había apagado la vela, permanecía con los ojos abiertos, fijos en aquella llama que le cegaba. ¿En qué estaba pensando? ¿Se había quedado allí, en la negra noche, con aquel húmedo hálito de los muelles, enfrente de un París tachonado de estrellas, como un cielo invernal? ¿Y qué conflicto interior, qué resolución que debía tomar convulsionaba así su rostro? Luego, invenciblemente, ella sucumbió, cayó en la nada de las grandes fatigas.

Una hora más tarde, una sensación de vacío, un angustioso malestar, la despertó con un brusco sobresalto. Tanteó inmediatamente con la mano el lugar ya frío, al lado de ella: ya no estaba allí, y sin embargo le había notado mientras dormía. Estaba espantada, medio dormida aún, con la cabeza pesada y zumbante, cuando percibió, por la puerta entreabierta del cuarto, un rayo de luz procedente del estudio. Se tranquilizó, pensó que debía de haber ido a buscar algún libro, aquejado de insomnio. A continuación, como no reaparecía, acabó por levantarse despacio, para ver. Pero lo que vio la trastornó, la dejó clavada en el sitio, descalza, tan sorprendida que no se atrevió en un primer momento a mostrarse.

Claude, en mangas de camisa a pesar del clima riguroso y sin haberse puesto de prisa y corriendo más que un pantalón y unas zapatillas, estaba de pie en su gran escalera, delante de su cuadro. Tenía la paleta a sus pies, sostenía una vela con una mano, mientras que con la otra pintaba. Con ojos desorbitados de sonámbulo, gestos precisos y rígidos, se agachaba a cada instante para una toma de color, se enderezaba de nuevo, proyectando sobre la pared una gran sombra fantástica con movimientos maquinales de autómatas. Y ni un suspiro, nada más, en la inmensa estancia oscura, que un espantoso silencio.

Temblando, Christine intuía lo que pasaba. Era la obsesión, la hora pasada allí abajo, en el Pont des Saints-Pères, que le impedía conciliar el sueño y le había

llevado de nuevo ante su tela, devorado por la necesidad, pese a ser de noche, de volver a verla. No había subido, sin duda, a la escalera más que para llenarse los ojos de más cerca. Luego, torturado por algún tono falso, perturbado por aquel defecto hasta el punto de no ser capaz de esperar a que se hiciera de día, había cogido un pincel, primero con el deseo de dar un simple retoque, luego llevado paulatinamente de corrección en corrección, para llegar finalmente a pintar como un alucinado, vela en mano, en aquella pálida claridad que sus gestos hacía oscilar. De nuevo le había dominado su rabia impotente de creación, se agotaba fuera de hora, fuera del mundo, quería insuflar vida a su obra inmediatamente.

¡Ah!, ¡con qué compasión y ojos bañados en lágrimas le miraba Christine! Durante un momento pensó en dejarle en aquella loca tarea, como se deja a un maníaco regodearse en su demencia. Aquel cuadro no lo terminaría nunca, ahora estaba totalmente convencida de ello. Cuanto más se empeñaba, más aumentaba la incoherencia, una confusa pesadez de colores, la imprecisión del dibujo bajo el espesor de lo forzado. Hasta los fondos, y sobre todo el grupo de los descargadores en otro tiempo sólidos, se estropeaban; y se empeñaba en ello, se obstinaba en querer terminarlo todo antes de retomar la figura central, la Mujer Desnuda, que seguía siendo el temor y el deseo de sus horas de trabajo, la carne de vértigo que acabaría con él, el día en que se esforzara de nuevo en darle vida. Desde hacía meses, no le daba una pincelada, y era lo que tranquilizaba a Christine, lo que la hacía tolerante y misericordiosa en sus rencorosos celos: mientras no volviera a aquella amante deseada y temible, se creía menos traicionada.

Hizo un amago de volver a la cama, con los pies helados por el suelo, cuando un sobresalto la hizo echar pie atrás. En un primer momento no había comprendido, pero por fin veía claro. Con su pincel impregnado de color, plasmaba a grandes pinceladas unas redondas formas carnosas con el gesto extraviado de una caricia; y tenía una sonrisa fija en los labios, y no sentía la cera ardiente de la vela que chorreaba por sus dedos, mientras, en silencio, el ir y venir apasionado de su brazo era lo único que se movía en la pared; una confusión enorme y negra, un enredarse de miembros en un acoplamiento brutal. Era en la Mujer Desnuda en lo que trabajaba.

Entonces, Christine abrió la puerta y avanzó. Una rebelión invencible, la rabia de una esposa abofeteada en su propia casa, engañada mientras dormía en la habitación de al lado, la impulsaba. Sí, él estaba efectivamente con la otra, pintaba el vientre y los muslos como un visionario enloquecido, a quien el tormento de lo verdadero llevaba a la exaltación de lo irreal; y aquellos muslos se doraban a modo de columnas de tabernáculo, aquel vientre se convertía en un astro, que relumbraba de amarillo y de rojo puros, espléndido y fuera de la vida. Una tan extraña desnudez de ostensorio, donde parecía que unas piedras preciosas relucieran para alguna adoración religiosa, acabó por ofenderla. Había sufrido demasiado, ya no quería tolerar aquella traición.

Sin embargo, primero se mostró simplemente desesperada y suplicante. Era sólo la madre que echaba un sermón a su loco artista niño.

—Claude, ¿qué haces ahí?... Claude, ¿es razonable tener semejantes ideas? Te ruego que vuelvas a acostarte, no te quedes en esa escalera, donde te va a dar algo.

Él no respondió, se agachó para empapar de nuevo su pincel e hizo refulgir las ingles, que acentuó con dos trazos de vivo bermellón.

—Claude, escúchame, vuelve conmigo, por favor... Sabes que te quiero, mira en qué estado de inquietud me has puesto... Vuelve, ¡oh!, vuelve, si no quieres que me muera, también yo, del frío que tengo y de esperarte.

Él, hosco, no la miró, sólo dejó caer con voz estrangulada, mientras adornaba el ombligo de carmín:

—¡Déjame en paz, eh! Estoy trabajando.

Christine permaneció muda unos momentos. Se enderezaba, sus ojos se encendían de un fuego oscuro, toda una rebelión hinchaba su ser dulce y encantador. Luego estalló en un rugido de esclava llevada al límite.

—¡Pues no, no pienso dejarte en paz!... Ya estoy harta, te diré lo que me ahoga, lo que me mata, desde que te conozco... ¡Ah!, ¡esta pintura, sí!, tu pintura, ella es la asesina, la que ha envenenado mi vida. Lo presentí el primer día, tuve miedo de ella como de un monstruo, me parecía abominable, detestable; y luego una es cobarde, te quería demasiado para no amarla, acabé por acostumbrarme a esa criminal... Pero, más tarde, ¡cuánto he sufrido por ella, cómo me ha torturado! En diez años, no recuerdo haber pasado un día sin llorar... No, déjame, me estoy desahogando. Tengo que hablar, puesto que he encontrado fuerzas para hacerlo. Diez años de abandono, de anulación diaria; no ser ya nada para ti, sentirse cada vez más dejada de lado, verse reducida a un papel de criada; y la otra, la ladrona, verla instalarse entre tú y yo, y apoderarse de ti, triunfar e insultarme... ¡Porque atrévete a desmentirlo, si eres capaz, que ella no te ha poseído miembro a miembro, el cerebro, el corazón, la carne, todo tú! Ella te domina como un vicio, te devora. Hasta que finalmente es tu mujer, ¿no? Yo ya no lo soy, es ella quien se acuesta contigo... ¡Ah!, ¡maldita! ¡Ah!, ¡asquerosa!

Ahora Claude la escuchaba, estupefacto por aquel gran grito de dolor, despertado a medias de su sueño exasperado de creador, sin comprender muy bien todavía por qué ella le hablaba así. Y, ante aquel aturdimiento, aquel estremecimiento de hombre sorprendido y trastornado en su debilidad, ella se enojó aún más, subió a la escalera, le quitó la vela de la mano y la paseó a su vez por delante del cuadro.

—¡Mira, mira a qué has llegado! ¡Es repugnante, lamentable y grotesco, tienes que darte cuenta de una vez! ¿Eh?, ¿no ves que es feo, que es absurdo?... ¿No ves que has sido vencido? ¿Qué sentido tiene seguir obstinándote? No es sensato, eso es lo que me subleva... Si no puedes ser un gran pintor, por lo menos nos queda la vida, ¡ah!, la vida, la vida...

Había dejado la vela en la repisa de la escalera, y como él bajaba a trompicones, saltó para cogerle, y se encontraron los dos abajo, él caído sobre el último peldaño, ella de cuclillas, apretando con fuerza las manos inertes que él se dejó coger.

—Escucha, está la vida... Ahuyenta de ti tu pesadilla y vivamos, vivamos

juntos... ¿No es una tontería que, no siendo más que dos, ya envejecamos y nos torturemos, sin saber hacernos mutuamente felices? ¡La tierra no tardará en cubrirnos! Tratemos de tener un poco de calor, de vivir, de querernos. ¡Acuérdate en Bennecourt!... Escucha cuál es mi sueño. Yo quisiera llevarte conmigo mañana. Nos iríamos lejos de este maldito París, encontraríamos en alguna parte un rincón tranquilo, y verías lo dulce que te haría la vida, lo agradable que sería olvidarlo todo en los brazos el uno del otro... Por la mañana, durmiendo en nuestra gran cama; luego, los paseos al sol, la comida que desprende un agradable olor, la tarde indolente, la velada pasada a la luz de la lámpara. ¡Y ya sin atormentarse por quimeras, nada más que la alegría de vivir!... No te basta con que te quiera, que te adore, que acepte ser tu criada, existir únicamente para tu placer... ¡Escucha, te amo, te amo, no hay nada más que eso, es suficiente, te amo!

—No, no es en absoluto suficiente... No quiero irme contigo, no quiero ser feliz, quiero pintar.

—Y qué muera yo por ello, ¿no? ¡Y que te mueras tú, que acabemos los dos dejando en ello nuestro sangre y nuestras lágrimas!... Sólo existe el arte, él es el todopoderoso, el dios terrible que nos fulmina y al que tú honras. Puede aniquilarnos, él es el amo y tú le darás las gracias.

—Sí, soy suyo y que haga de mí lo que quiera... Moriría si no siguiera pintando, prefiero pintar y morir por ello... Y además, mi voluntad no cuenta para nada. ¡Así es, no existe nada fuera de pintar, que reviente el mundo!

Ella se irguió, en un nuevo arranque de ira. Su voz se volvió de nuevo dura y arrebatada.

—¡Pero yo estoy viva! Y las mujeres que tú amas están muertas... ¡Oh!, no digas que no, sé perfectamente que son tus amantes, todas esas mujeres pintadas. Antes de convertirme yo en la tuya, ya me di cuenta, sólo había que ver con qué mano acariciabas su desnudez, con qué ojos las contemplabas a continuación, durante horas. ¿Eh?, ¿no era malsano y estúpido un deseo semejante en un soltero? ¡Arder de deseo por unas imágenes, estrechar en los brazos el vacío de una ilusión! Y tú eras consciente de ello, pero lo disimulabas como algo inconfesable... Luego, por un tiempo pareció que me querías. Fue en esa época cuando me contaste esas tonterías, tus amores con tus buenas mujeres, como tú decías bromeando sobre ti mismo. Acuérdate, te apiadabas de esas sombras cuando me estrechabas entre tus brazos... Pero eso no duró, volviste a ellas, ¡oh!, ¡tan pronto!, como un maníaco retorna a su manía. Yo, que existía, ya no contaba, y eran ellas, las visiones, las que volvían a ser las únicas realidades de tu existencia... Lo que soporté entonces no lo has sabido jamás, pues tú nos ignoras a todas, he vivido cerca de ti, sin que me comprendas. Sí, estaba celosa de ellas. Cuando posaba aquí, totalmente desnuda, sólo me sostenía una idea: quería luchar, esperaba recuperarte; ¡pero nada, ni un beso siquiera en mi hombro antes de dejar que me vistiera de nuevo! ¡Dios mío! ¡Cuánta vergüenza he pasado a menudo! ¡Qué tristeza he tenido que tragarme al sentirme desdeñada y

traicionada!... A partir de ese momento, tu desprecio no ha hecho sino aumentar, y ya ves a qué punto hemos llegado, a tumbarnos al lado el uno del otro todas las noches, sin tocarnos ni con un dedo. Hace ocho meses y siete días, ¡pues los he contado!, hace ocho meses y siete días que no ha habido nada entre nosotros.

Continuó atrevidamente, habló con absoluta libertad, ella, la púdica sensual, tan ardiente en el amor, con sus grandes gritos, como discreta y reservada luego sobre estas cosas, sin querer hablar de ello, volviendo la cabeza con sonrisas de vergüenza. Pero el deseo la exaltaba, semejante abstinencia era un ultraje. Y sus celos no se equivocaban al seguir acusando a la pintura, porque aquella virilidad que le negaba, se la reservaba para dársela a su rival favorita. Bien sabía ella por qué la ignoraba así. A menudo, al principio, cuando al día siguiente tenía mucho trabajo y ella se apretaba contra él al acostarse, le decía que no, que le fatigaría demasiado; luego se puso a decir que tras cohabitar necesitaba tres días para recuperarse, con el cerebro hecho polvo, incapaz de hacer nada de bueno; y así se había producido paulatinamente la ruptura, primero una semana esperando que acabara un cuadro, luego un mes para no perturbar la gestación de otro, luego fechas que eran pospuestas una y otra vez, oportunidades desperdiciadas, la lenta deshabituación, el olvido final. En el fondo, se topaba con la teoría que le había sido repetida cientos de veces: el genio debía ser casto, tenía que acostarse sólo con su obra.

—Me rechazas —concluyó ella con vehemencia—, retrocedes ante mí, por la noche, como si te repugnara, te vas a otra parte, y ¿para amar a quién? ¡A una nada, a una apariencia, un poco de polvo, el color en la tela!... Pero ¡mírala otra vez, mira a tu mujer de allí arriba! ¿Ves en qué monstruo la has convertido en tu locura? ¿Quién está hecho así? ¿Con las piernas de oro y unas flores en el vientre?... Despierta, abre los ojos, vuelve a la vida real.

Claude, obediente al gesto imperioso con que ella le mostraba el cuadro, se había levantado y miraba. La vela, que se había quedado en la repisa de la escalera, en el aire, iluminaba como con un resplandor de cirio a la Mujer, en tanto que toda la inmensa estancia quedaba sumida en las tinieblas. Se despertaba, por fin, de su sueño, y la Mujer, vista así desde abajo, retrocediendo unos pasos, le llenaba de estupor. ¿Quién, entonces, acababa de pintar aquel ídolo de una religión desconocida? ¿Quién la había hecho de metales, de mármoles y de gemas, abriendo la rosa mística de su sexo, entre las preciosas columnas de los muslos, bajo la bóveda sagrada del vientre? ¿Acaso era él, sin saberlo, el obrero de aquel símbolo del deseo insaciable, de aquella imagen extrahumana de la carne, vuelta de oro y de diamante entre sus manos, en su vano esfuerzo de crear vida con ella? Y, boquiabierto, sentía miedo de su obra, temblando por ese brusco salto al más allá, comprendiendo perfectamente que la realidad misma ya no le era posible, al final de su larga lucha por vencerla y recrearla más real con sus manos humanas.

—¡Lo ves!, ¡lo ves! —repetía Christine.

Y él, en voz muy baja, balbucía:

—¡Oh, qué he hecho!... ¿Es, pues, imposible crear? ¿Es que no tienen nuestras manos el poder de crear seres?

Ella sintió que flaqueaba y le cogió entre sus brazos.

—Pero ¿por qué esas tonterías?, ¿por qué otra cosa que yo, que te quiero?... Me tomaste como modelo, quisiste hacer copias de mi cuerpo. ¿Para qué?, ¡dime! ¿Acaso esas copias me hacen justicia? Son espantosas, rígidas y frías como cadáveres... Y yo te quiero, y quiero que seas mío. Hay que decírtelo todo, no lo entiendes, cuando ando a tu alrededor, cuando me ofrezco a posar para ti, cuando estoy aquí, rozándote, embebida de tu aliento. Es porque te quiero, ¿lo comprendes?, es porque estoy viva, y te quiero...

Ella le enlazaba con frenesí, con sus brazos y piernas desnudos. Su camisa de dormir, medio arrancada, había dejado asomar su pecho, que aplastaba contra él, que quería hacer entrar en él en aquella última batalla de su pasión. Era la pasión encarnada, desbocada por fin con todo su desorden y su fuego, sin las castas reservas de otro tiempo, lanzada a expresarlo todo, a hacerlo todo, con tal de vencer. Su cara se había hinchado, sus ojos de dulce mirada y su frente clara desaparecían bajo los mechones en desorden de la melena, ya no había más que las mandíbulas prominentes, la barbilla agresiva, los labios rojos.

—¡Oh, no, deja! —murmuró Claude—. ¡Oh, soy demasiado desgraciado!

Con su voz apasionada, ella continuó:

—Tal vez me crees vieja. Sí, decías que me estropeaba, y yo misma me lo creí, me examinaba mientras posaba para buscar arrugas... ¡Pero eso no era cierto! Bien sé que no he envejecido, que sigo siendo joven y vigorosa...

Luego, como él se debatía aún, agregó:

—¡Mira!

Ella había retrocedido tres pasos; y, con un aspaviento, se quitó la camisa de dormir, quedando totalmente desnuda, inmóvil, en esa pose que había mantenido durante tan largas sesiones. Con un simple movimiento de mentón indicó la figura del cuadro.

—Mira, puedes comparar, soy más joven que ella... Por más que enjoys su piel, está marchita como una hoja seca... Yo sigo teniendo dieciocho años, porque te amo.

Y, en efecto, irradiaba juventud a la pálida claridad. En aquel gran arrebató de amor, las piernas se volvían más esbeltas, encantadoras y finas, las caderas ensanchaban su sedosa redondez, el pecho firme se volvía turgente, henchido de la sangre de su deseo.

Lo había vuelto ya a coger, pegada a él ahora, sin esa molesta camisa; y sus manos se extraviaban, le hurgaba por todas partes, en los costados, en los hombros, como si buscara su corazón, en aquella caricia a tientas, aquel tomar posesión de él con el que parecía querer hacerlo suyo, mientras le besaba apasionadamente, con una boca insaciable, en la piel, en la barba, en las mangas, en el vacío. Su voz expiraba, no hablaba sino con un respirar jadeante, entrecortado de suspiros.

—¡Oh!, vuelve en ti, ¡oh!, amémonos... ¿Es que ya no tienes sangre en las venas que te bastan unas sombras? Vuelve en ti, y verás lo bonito que es vivir... ¿Entiendes lo que quiero decir? Vivir estrechados el uno al otro, pasar las noches así, confundidos, para volver a empezar al día siguiente, una y otra vez...

Él temblaba, y le devolvía poco a poco su abrazo por el temor que le había causado la otra, el ídolo; y ella redoblaba la seducción, le ablandaba y le conquistaba.

—¡Escucha, sé que tienes una idea espantosa, sí! Nunca me he atrevido a hablarte de ello, porque no conviene llamar al mal tiempo; pero ya no duermo de noche, me espantas... Esa noche te seguí hasta ese puente que odio, y temblé, ¡oh!, creí que todo se había acabado, que te perdía... ¡Dios mío!, ¿qué sería de mí? Te necesito, no querrás matarme, ¿verdad?... Amémonos, amémonos...

Entonces, él se abandonó, enternecido por aquella pasión infinita. Era una inmensa tristeza, un desvanecimiento del mundo entero donde se fundía su ser. También él la abrazó frenéticamente, sollozando, balbuciendo:

—Es verdad, tuve esa espantosa idea... Lo habría hecho, pero resistí pensando en ese cuadro inacabado... Pero ¿puedo seguir viviendo si se me niega el trabajo? ¿Cómo vivir, tras eso, tras lo que está allí, lo que he estropeado hace un rato?

—Te amaré y vivirás.

—Ah, nunca me amarás lo bastante... Me conozco bien, haría falta una alegría que no existe, algo que me hiciera olvidarlo todo... Ya te has quedado sin fuerzas. No puedes hacer nada.

—Sí, sí, ya verás... Mira, te cogeré así, te besaré en los ojos, en la boca, en todas partes de tu cuerpo. Te daré calor contra mi pecho, enlazaré mis piernas con las tuyas, anudaré mis brazos a tu lomo, seré tu aliento, tu sangre, tu carne...

Aquella vez fue vencido, ardió con ella, se refugió en ella, hundiendo la cabeza entre sus senos, cubriéndola a su vez de besos.

—Pues bien, ¡sálvame, sí! ¡Tómame, si no quieres que me mate!... E inventa la felicidad, hazme conocer algo que me retenga... Adorméceme, anúlame, que me convierta en tu cosa, lo bastante esclavo, lo bastante pequeño para albergarme bajo tus pies, en tus zapatillas... ¡Ah, descender hasta allí, no vivir más que para tu olor, obedecerte como un perro, comer, poseerte y dormir, si pudiera, si pudiera!

Ella soltó un grito de victoria.

—¡Por fin eres mío, no hay nadie más que yo, la otra está muerta para siempre!

Y, arrancándole de la execrada obra, se lo llevó a su cuarto, a su cama, rugiente, triunfante. En la escalera, la vela que se consumía parpadeó un instante detrás de ellos y luego se extinguió. Dieron las cinco en el reloj de cuco, ni un resplandor iluminaba aún el cielo brumoso de noviembre. Y todo retornó a las frías tinieblas.

Christine y Claude habían rodado, a tuestas, por la cama. Se amaron furiosamente, nunca habían conocido un transporte semejante, ni siquiera en los primeros días de su relación. Todo aquel pasado se despertaba en su corazón, pero en un agudo retoñar que les embriagaba de una borrachera delirante. La oscuridad llameaba en torno a

ellos, se iban volando con unas alas de fuego, muy alto, fuera del mundo, con acompasados aletazos, continuos, cada vez más alto. Él mismo lanzaba gritos, lejos de su miseria, olvidando, renaciendo a una vida de felicidad. Ella le hizo blasfemar a continuación, provocativa, dominante, con una risa de orgullo sensual. «Di que la pintura es una imbecilidad». «La pintura es una imbecilidad». «Di que no trabajarás más, que te importa un comino, que quemarás tus cuadros, para complacerme». «Quemaré mis cuadros, no trabajaré más». «Y di que no hay nadie más que yo, que tenerme así, como me tienes, es la única felicidad, que escupirás sobre la otra, esa asquerosa que has pintado. ¡Escupe, escupe, pues, que te oiga hacerlo!». «Mira, escupo, no hay nadie más que tú». Y ella le estrechaba hasta ahogarle, era ella la que le poseía. Partieron de nuevo, en el vértigo de su cabalgada, a través de las estrellas. Sus arrebatos se reanudaban, durante tres veces les pareció que volaban de la tierra a lo más alto del cielo. ¡Qué gran felicidad! ¿Cómo no había pensado en curarse en aquella segura felicidad? Y ella se entregaba de nuevo, y él viviría feliz, salvado, ¿no?, ahora que sentía aquella ebriedad.

Despuntaba el día cuando Christine, arrobada, fulminada de sueño, cayó dormida en los brazos de Claude. Le tenía enlazado por un muslo, con la pierna echada a través de las suyas como para asegurarse que ya no se le escaparía; y, con la cabeza reclinada sobre aquel pecho varonil que le servía de tibia almohada, resoplaba suavemente, con una sonrisa en los labios. Él había cerrado los ojos; pero, de nuevo, a pesar de su abrumadora fatiga, los abrió y miró a la sombra. El sueño le rehuía, un sordo fluir de ideas confusas remontaba de su aturdimiento a medida que se enfriaba y se desprendía de la voluptuosa embriaguez, que todavía agitaba todos sus músculos. A las primeras luces del alba, una mancha de suciedad amarillenta, una mancha de barro líquido en los cristales de la ventana, le hizo estremecerse, creyó oír una voz alta que llamaba desde el fondo del estudio. Retornaban todos sus pensamientos, desbordantes, torturadores, arrugando su semblante, contrayendo sus mandíbulas en un asco por todo lo humano, en dos amargos pliegues que hacían de su fisonomía la cara devastada de un anciano. Ahora, ese muslo de mujer, extendido sobre él, adquiriría una pesadez plomiza; lo soportaba como un suplicio, una muela de molino que le trituraba las rodillas, por unas culpas no expiadas; y también la cabeza, posada sobre sus costillas, le ahogaba, interrumpía con un peso enorme los latidos de su corazón. Pero, durante un largo rato, no quiso molestarla, a pesar de la lenta exasperación de todo su cuerpo, una especie de repugnancia y de odio irresistibles que le hacían rebelarse. El olor del moño destrenzado, aquel fuerte olor a cabellera sobre todo, le irritaba. De repente, la voz alta, desde el fondo del estudio, le llamó por segunda vez, imperiosa. Y él se decidió, se había acabado, sufría demasiado, no podía seguir viviendo, porque todo era mentira y no había nada que valiese la pena. Primero, dejó deslizarse la cabeza de Christine, que conservó su vaga sonrisa; a continuación tuvo que moverse con infinitas precauciones para sacar sus piernas del lazo del muslo, que fue apartando de nuevo poco a poco, en un movimiento natural,

como si lo doblara ella misma. Por fin había roto la cadena, estaba libre. Una tercera llamada le hizo apresurarse, pasó a la estancia de al lado, diciendo:

—Sí, sí, ya voy.

El día no aclaraba, sucio y triste, uno de esos amaneceres lúgubres de invierno; y, al cabo de una hora, Christine se despertó con un gran escalofrío. No comprendió. ¿Por qué se encontraba sola? Luego recordó: se había dormido, con la mejilla pegada a su corazón, los miembros enlazados con los suyos. Entonces, ¿cómo había podido irse? ¿Dónde podía estar? De golpe, en su aturdimiento, dio un brusco salto de la cama, corrió al estudio. ¡Dios mío! ¿Acaso había vuelto al lado de la otra? ¿Se lo había arrebatado de nuevo, cuando creía haberlo conquistado para siempre?

Al primer vistazo, no vio nada, el estudio le pareció desierto, a la turbia y fría luz del amanecer. Pero, cuando se estaba tranquilizando al no ver a nadie, alzó la vista hacia la tela, y un grito terrible salió de su garganta abierta.

—Claude, ¡oh!, Claude.

Claude se había colgado de la gran escalera, enfrente de su obra fallida. Se había limitado a coger una de las cuerdas de las que colgaba el bastidor en la pared y había subido sobre la repisa para atar el cabo en el travesaño de roble, clavado por él un día a fin de reforzar los largueros. Luego había saltado desde arriba al vacío. En camisa de dormir, descalzo, atroz con su lengua negra y sus ojos inyectados en sangre fuera de las órbitas, colgaba allí, espantosamente enorme en su inmóvil rigidez, con la cara vuelta hacia el cuadro, muy cerca de la Mujer con el sexo florecido de un rosa mística, como si le hubiera insuflado su alma con su último estertor, y la siguiera mirando con sus pupilas fijas.

Christine, sin embargo, permanecía derecha, indignada de dolor, de espanto y de ira. Su cuerpo estaba hinchado, su garganta no soltaba más que un grito continuo. Abrió los brazos, los extendió hacia el cuadro, cerró los dos puños.

—¡Oh! Claude, ¡oh! Claude... ¡Te ha recuperado, te ha matado, matado, matado, la muy asquerosa!

Y sus piernas flaquearon, se volvió y se desplomó sobre el suelo. El desmedido sufrimiento había hecho retirarse toda la sangre de su corazón, permaneció desmayada en el suelo, como muerta, semejante a un blanco pingajo, miserable y acabado, aplastado bajo la terrible soberanía del arte. Por encima de ella, la Mujer irradiaba con su resplandor simbólico de ídolo, la pintura triunfaba, única inmortal y de pie, hasta en su demencia.

El lunes siguiente, tras las formalidades y los retrasos ocasionados por el suicidio, cuando llegó Sandoz por la mañana, a las nueve, para el funeral, no encontró más que a una veintena de personas en la acera de la rue Tourlaque. En su gran tristeza, llevaba tres días corriendo de un lado para otro, obligado a ocuparse de todo: primero hubo que hacer trasladar al hospital de Lariboisière a Christine, recogida moribunda; a continuación se paseó de la alcaldía a las pompas fúnebres y a la iglesia, pagando en todas partes, cediendo a la costumbre, lleno de indiferencia, pues los sacerdotes

tenían a bien hacerse cargo de aquel cadáver con el cuello surcado de negro. Y, entre la gente que esperaba, no vio más que a vecinos, a los que se fueron sumando algunos curiosos, mientras unas cabezas se asomaban por las ventanas, cuchicheando, excitadas por el drama. Sin duda vendrían los amigos. No había podido escribir a la familia, al ignorar sus señas; y, cuando vio llegar a dos parientes, que las tres líneas escuetas de la prensa habían sacado sin duda del olvido en el que Claude mismo los había dejado, se eclipsó: una prima entrada en años de equívoco aspecto de chamarilera; un joven primo, riquísimo, condecorado, dueño de uno de los grandes almacenes de París, ser acomodaticio en su elegancia, deseoso de demostrar su gusto ilustrado por las artes. Inmediatamente la prima subió, dio la vuelta al estudio, husmeó aquella miseria desnuda, volvió a bajar, boquidura, irritada por una tarea ingrata e inútil. Por el contrario, el joven primo se atiesó y asumió la presidencia del duelo detrás del coche fúnebre, llevando el luto con una corrección encantadora y orgullosa.

Cuando el cortejo ya se iba, acudió Bongrand y se colocó al lado de Sandoz, tras haberle estrechado la mano. Estaba sombrío, murmuró, echando un vistazo a las quince o veinte personas que seguían:

—¡Ah!, ¡pobre desgraciado!... ¿Cómo es que no estamos más que nosotros dos?

Dubuche estaba en Cannes con sus hijos. Jory y Fagerolles se abstenían, el uno por detestar la muerte, el otro por demasiado ocupado. Sólo Mahoudeau alcanzó al cortejo fúnebre en la subida de la rue Lepic, y explicó que Gagnière debía de haber perdido el tren. El coche fúnebre subía lentamente la empinada cuesta, cuya curva rodea la ladera de la colina de Montmartre. Por momentos, unas calles transversales que descienden, unos imprevistos espacios abiertos, mostraban la inmensidad de París, tan profundo y amplio como un mar. Cuando desembocaron delante de la iglesia de Saint-Pierre y trasladaron el féretro, allí arriba, dominó por un instante la gran ciudad. Bajo un cielo gris de invierno flotaban grandes vapores, arrastrados por el soplo de un viento glacial; y la ciudad parecía más grande, sin fin en aquella bruma, que colmaba el horizonte con su onda amenazante. El pobre muerto, que había querido conquistarla y que se había roto la nuca, pasó por enfrente de ella, clavado bajo la tapa de roble, retornando a la tierra como una de aquellas oleadas de fango que arrastraba.

A la salida de la iglesia, la prima desapareció. Y también lo hizo Mahoudeau. El joven primo había vuelto a ocupar su puesto detrás del cadáver. Otras siete personas desconocidas se decidieron y se partió para el nuevo cementerio de Saint-Ouen, que el pueblo ha bautizado con el nombre inquietante y lúgubre de Cayenne^[39]. Eran diez.

—Vaya, no estaremos definitivamente más que nosotros dos —repitió Bongrand, echando a andar de nuevo al lado de Sandoz.

Ahora, el cortejo, precedido por el coche fúnebre en el que habían tomado asiento el cura y el monaguillo, bajaba por la otra vertiente de la colina, a lo largo de unas

calles sinuosas y escarpadas como senderos de montaña. Los caballos del coche fúnebre resbalaban por el adoquinado grasiento, se oía el sordo rebotar de las ruedas. Detrás, los diez apenas si avanzaban, retenidos entre los charcos, tan ocupados por aquel penoso descenso que no hablaban siquiera. Pero, al llegar abajo de la rue du Ruisseau, cuando fueron a dar a la puerta de Clignancourt, en medio de aquellos vastos espacios, donde empezaba el bulevar de ronda, el ferrocarril del cinturón, los declives y los fosos de las fortificaciones, hubo suspiros de alivio, se intercambiaron algunas palabras y comenzó la desbandada.

Poco a poco, Sandoz y Bongrand se encontraron en la cola, como para aislarse de aquella gente a la que no habían visto nunca. Cuando el coche fúnebre pasaba por la puerta, el segundo hizo una inclinación.

—Y la pobre mujer, ¿qué será de ella?

—¡Ah, qué pena me da! —respondió Sandoz—. Fui a verla ayer al hospital. Tenía fiebre cerebral. El médico afirma que la salvarán, pero saldrá envejecida unos diez años y sin fuerzas... Sepa que llegó a olvidar hasta cómo se escribe. ¡Qué decadencia, qué degradación, una señorita rebajada al papel de criada! Sí, si no nos encargamos de ella, como de una inválida, acabará fregando platos en alguna parte.

—¡Y ni un céntimo, naturalmente!

—Ni un céntimo. Creí que encontraría los estudios que había hecho del natural para su gran cuadro, esos estudios magníficos de los que luego sacaba tan mal partido. Pero he rebuscado en vano, lo daba todo, la gente le robaba. ¡No, nada que vender, ni una posible tela, nada más que esa tela inmensa que he destruido y quemado yo mismo, ¡ah!, con ganas, se lo aseguro, con ánimo de venganza!

Se callaron un instante. La ancha carretera de Saint-Ouen discurría toda recta, hasta el infinito; y, en medio del campo raso, desfilaba el pequeño cortejo, lastimoso, errante, a lo largo de aquella calzada, por donde corría un río de barro. Una doble cerca de empalizadas la bordeaba, terrenos yermos se extendían a derecha e izquierda, no había a lo lejos más que chimeneas de fábricas y algunas altas casas blancas, aisladas, inclinadas. Atravesaron la feria de Clignancourt: barracas, circos, caballitos de madera a ambos lados de la carretera, ateridos en el abandono invernal, merenderos vacíos, columpios cubiertos de cardenillo, una granja de opereta: *À la ferme de Picardie*, de una negra tristeza, entre sus emparrados arrancados.

—Ah, sus antiguas telas —prosiguió Bongrand—, las cosas que tenía en el quai de Bourbon, ¿se acuerda? ¡Unas obras extraordinarias! ¿Eh?, los paisajes traídos del Sur, y las academias hechas en el estudio Boutin, piernas de muchacha, un vientre de mujer, ¡oh!, ese vientre... Es Malgras quien debe de tenerlo, un estudio magistral, que ninguno de nuestros jóvenes maestros es capaz de pintar... Sí, sí, el muchacho no tenía un pelo de tonto. ¡Era un gran pintor, sencillamente!

—¡Cuando pienso —dijo Sandoz— que esos lechuguinos de la Escuela y del periodismo le han acusado de pereza y de ignorancia, repitiendo los unos a continuación de los otros que siempre había rechazado aprender su oficio!...

¡Perezoso, Dios mío! ¡Él, a quien yo he visto desfallecer de cansancio, después de unas sesiones de diez horas, él que había entregado su vida entera, que se ha quitado la vida por su locura por el trabajo!... E ignorante, ¡qué imbecilidad! Nunca comprenderán que lo que uno aporta de nuevo, cuando se tiene la gloria de aportar algo, cambia las leyes de cuanto se conoce. También Delacroix ignoraba su oficio, porque era incapaz de encerrarse en la línea exacta. ¡Ah, los necios, los alumnos aplicados sin sangre en las venas, incapaces de una incorrección!

Y dio unos pasos en silencio para añadir acto seguido:

—Era un trabajador heroico, un observador apasionado que tenía la cabeza atiborrada de conocimientos, un temperamento de gran pintor admirablemente dotado... Y no deja nada.

—Absolutamente nada, ni una tela —declaró Bongrand—. No conozco de él más que esbozos, croquis, apuntes sueltos, todo ese bagaje del artista que no puede mostrarse al público... ¡Sí, realmente vamos a enterrar a un muerto, pero que bien muerto!

Pero tuvieron que apretar el paso, pues la charla les hacía rezagarse; y, delante de ellos, tras haber pasado entre unas tabernas que se alternaban con empresas de monumentos funerarios, el coche fúnebre dobló a mano derecha, en el extremo de la avenida que llevaba al cementerio. Le alcanzaron, franquearon la puerta con el pequeño cortejo. El sacerdote en sobrepelliz y el monaguillo armado del acetre, tras haber bajado del coche fúnebre, presidían la marcha.

Era un gran cementerio anodino, de nueva creación, tirado a cordel en aquel terreno yermo de la periferia. Unas escasas tumbas bordeaban las calles principales, todas las sepulturas, que rebosaban ya, se extendían a ras del suelo, en la apresurada y provisional instalación de las concesiones por cinco años, las únicas que se adjudicaban; y la duda de las familias a la hora de afrontar costosos gastos, las lápidas que se hundían por falta de cimientos, los verdes árboles que no habían tenido tiempo de crecer, todo aquel duelo pasajero y de pacotilla que se dejaba sentir, confería al vasto camposanto una pobreza, una desnudez fría y pulcra, de una melancolía de cuartel y de hospital. No había ni un solo rincón para una balada romántica, ni un recodo frondoso, trémulo de misterio, ni una gran tumba que hablase de orgullo y de eternidad. Se estaba en el cementerio nuevo, ordenado, numerado, el cementerio de las capitales democráticas, donde los muertos parecen dormir dentro de unos legajos administrativos, la afluencia de cada mañana que desalojaba y reemplazaba a la de la víspera, desfilando todos a la cola como en una fiesta, ante los ojos de la policía, para evitar las aglomeraciones.

—¡Caramba! —murmuró Bongrand—, esto no es muy alegre que digamos.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Sandoz—, es cómodo, corre el aire... E, incluso sin sol, vea lo bonito que es de color.

En efecto, bajo el cielo gris de aquella mañana de noviembre, con el penetrante soplo del cierzo, las tumbas bajas, cubiertas de guirnaldas y de coronas con perlitas,

adquirían finísimos tonos, de una delicadeza encantadora. Las había completamente blancas o negras, según las perlitas, y tal contraste resplandecía suavemente en medio del pálido verdor de los árboles enanos. Con aquellos alquileres por cinco años, las familias se prodigaban en su culto: montones, profusión de coronas que, tras el reciente día de Difuntos, lucían flamantes. Sólo las flores naturales se habían marchitado ya en sus envoltorios de papel. Algunas coronas de siemprevivas amarillas resplandecían cual oro recién cincelado. Pero lo que predominaba eran las perlitas, un chorrear de perlitas que escondían las inscripciones, que recubrían las lápidas y los cercados, perlitas en forma de corazón, en festones, en medallones, perlitas que enmarcaban imágenes bajo cristal, pensamientos, manos enlazadas, nudos de raso, hasta fotografías de mujer, fotografías amarillentas de suburbio, de pobres rostros feos y conmovedores, con su sonrisa forzada.

Y, como el coche fúnebre seguía la avenue de la Rotonde, Sandoz, volviendo a pensar en Claude por la observación de pintor que acababa de hacer, se puso de nuevo a charlar.

—Aquí tienes un cementerio que él, con su rabiosa modernidad, habría sabido captar... ¡Es indudable que sufría físicamente, atormentado por esa marcada sensibilidad del genio, tres gramos más o tres gramos menos, como él decía, cuando acusaba a sus padres de haberle hecho tan extraño! Pero su mal no era exclusivamente suyo, ha sido también víctima de una época... Sí, nuestra generación ha estado imbuida de romanticismo hasta el cuello e imbuidos nos hemos quedado a pesar de todo, y por más que hemos querido desembarazarnos de él, tomar baños de cruda realidad, la mancha persiste, y todas las coladas del mundo no lograrían quitar su olor.

Bongrand sonreía.

—¡Oh!, yo estoy imbuido de romanticismo hasta las cejas. Mi arte se ha alimentado de él, soy incluso un impenitente. Si es cierto que mi parálisis de los últimos tiempos se debe a él, ¡qué importa! No puedo renegar de la religión de toda mi vida de artista... Pero su observación es muy acertada: ustedes, todos ustedes, son sus hijos rebeldes. Y también Claude, con su gran Mujer desnuda en medio de los muelles, ese símbolo extravagante.

—Ah, esa Mujer —interrumpió Sandoz— es la que le estranguló. ¡Si supiera lo importante que era para él! Nunca logré sacársela de la cabeza... Entonces, ¿cómo quiere que tenga uno una visión clara, resistencia y equilibrio mental, cuando semejantes fantasmagorías retoñan en el cerebro?... Después incluso de la de usted, nuestra generación está excesivamente teñida de lirismo para producir obras sanas. Harán falta tal vez una o dos generaciones para que se pinte y se escriba con lógica, con la pura y elevada sencillez de lo verdadero... La única base posible, la referencia necesaria, al margen de la cual empieza la locura, es la verdad, la naturaleza; y no hay que temer, con eso, rebajar la obra, pues el temperamento está ahí, y éste arrebatará siempre al creador. ¿Acaso piensa alguien en negar la personalidad, el golpe de mano

involuntario que trastoca e imprime carácter a nuestra pobre creación?

Pero volvió la cabeza y añadió de repente:

—Eh, ¿qué es eso que arde?... ¿Es que se hacen fogatas aquí?

El cortejo acababa de dar la vuelta, al llegar a la Rotonda, donde estaba el osario, la fosa común, llena poquito a poco de todos los despojos retirados de las fosas, y cuya losa, en el centro de una zona de césped redonda, desaparecía bajo un montón de coronas, depositadas allí al azar por la piedad de los parientes que ya no tenían a sus muertos con ellos. Y, cuando el coche fúnebre estaba torciendo ligeramente a la izquierda, en la avenida transversal número dos, se dejó oír un crepitar, se alzó una gran humareda por encima de los jóvenes plátanos que bordeaban la acera. Se iban acercando lentamente y vieron de lejos un gran montón de cosas terrosas que estaban ardiendo. Acabaron por comprender de qué se trataba. El fuego ardía en el límite de un vasto cuadrado, donde habían excavado unos amplios surcos paralelos para sacar los ataúdes, a fin de hacer sitio a otros cuerpos, igual que el labrador rotura un rastrojo antes de sembrar de nuevo en él. Las largas fosas vacías abrían sus bocas, los montículos de tierra grasa se purificaban bajo el cielo; y, en aquel rincón campestre, lo que ardía así eran las tablas podridas de los féretros, una enorme hoguera de tablas hendidas, rotas, comidas por la tierra, caídas sobre un mantillo rojizo. Éstas se negaban a arder, húmedas de barro humano como estaban, estallando en sordas detonaciones, tan sólo humeaban con una intensidad creciente, despidiendo grandes humaredas que ascendían en el cielo descolorido, y que el cierzo de noviembre abatía, desgarraba en hilachas rojizas, volanderas, a través de las tumbas bajas de una mitad del cementerio.

Sandoz y Bongrand habían mirado, sin decir una palabra. Luego, cuando hubieron dejado atrás el fuego, el primero prosiguió:

—No, no ha sido el hombre de la nueva forma de expresión que descubrió. Quiero decir que no tuvo el genio lo bastante lúcido para establecerla e imponerla en una obra definitiva... ¡Y vea cómo, en torno suyo, después de él, se derrochan los esfuerzos! Todos se limitan a simples esbozos, a impresiones apresuradas, ninguno parece tener la energía para ser el maestro esperado. ¿No es irritante toda esa nueva coloración de la luz, esa pasión por lo verdadero llevada hasta el análisis científico, esa evolución que comenzó de un modo tan original y que se retrasa y cae en manos de los hábiles, y que no conduce a nada, porque no ha nacido el hombre que hace falta?... Bah, el hombre nacerá, nada se pierde, es preciso que se haga la luz.

—¿Quién sabe? ¡No siempre es así! —dijo Bongrand—. También la vida aborta... ¿Sabe?, le escucho, pero soy un desesperado. Me muero de tristeza, y siento que todo perece... ¡Ah, sí, el aire de la época es malsano, este fin de siglo atestado de demoliciones, de monumentos derruidos, de terrenos roturados cien veces, que exhalan todos un hedor a muerte! ¿Cómo sentirse bien en él? Se pierden los nervios y se origina una neurosis general, y el arte se ve afectado: es el desorden, la anarquía, la locura de la personalidad acorralada... Nunca ha habido más disputas y nunca se es

menos clarividente que cuando se pretende saberlo todo.

Sandoz, que se había puesto pálido, miraba a lo lejos las grandes humaredas rojizas arremolinadas por el viento.

—Era inevitable —dijo a media voz pensando para sí—, ese exceso de actividad y de orgullo en el saber por fuerza tenía que hacernos recaer en la duda; ese siglo, que ya ha arrojado tanta luz, había de concluir bajo la amenaza de una nueva oleada de tinieblas... Sí, nuestro malestar nace de ahí. Demasiadas promesas, demasiadas expectativas, se ha esperado la conquista y la explicación de todo; y la impaciencia gruñe. ¡Y cómo! ¿Acaso se avanza más rápido? ¿Nos ha proporcionado la ciencia, en cien años, la certeza absoluta, la felicidad perfecta? Entonces, ¿para qué seguir, puesto que no se sabrá jamás todo y nuestro pan seguirá siendo igual de amargo? Es el fracaso del siglo, el pesimismo corroe las entrañas, el misticismo nubla los cerebros; pues, por más que hayamos ahuyentado los fantasmas a fuerza de grandes análisis deslumbrantes, lo sobrenatural ha reanudado las hostilidades, el espíritu de las leyendas se rebela y se empeña en reconquistarnos, en ese alto que hacemos por la fatiga y la angustia... ¡Ah!, por supuesto, no afirmo nada, yo mismo me siento desgarrado. Sólo que me parece que esta postrera convulsión del antiguo espanto religioso era previsible. No somos un fin, sino una transición, un comienzo de otra cosa... Me tranquiliza y me hace creer que nos encaminamos hacia la razón y la solidez de la ciencia...

Su voz se había alterado debido a una honda emoción y añadió:

—A menos que la locura no nos haga caer en la oscuridad, y que acabemos todos estrangulados por el ideal, como nuestro viejo amigo que descansa allí, dentro de sus cuatro tablas.

El coche fúnebre abandonaba la avenida transversal número dos para girar, a mano derecha, por la avenida lateral número tres; y, sin hablar, el pintor señaló con la mirada al escritor un cuadrado de sepulturas que el cortejo bordeaba.

Había allí un cementerio de niños, tumbas de niños nada más, hasta el infinito, ordenadamente alineadas, separadas de manera regular por unos estrechos senderos, semejantes a una ciudad infantil de la muerte. Eran unas pequeñísimas cruces blancas, rodeadas de unos reducidísimos cercados blancos, que casi desaparecían bajo una proliferación de coronas blancas y azules, a ras del suelo; y el campo apacible, de un tono tan suave, de un azulado lechoso, parecía haber florecido de esa infancia yacente en tierra. En las cruces se leían las edades: dos años, dieciséis meses, cinco meses. Una pobre cruz, sin cercado, que destacaba y se encontraba plantada de través en una alameda, rezaba simplemente: «Eugénie, tres días». ¡No ser aún y yacer ya allí, separados, como los niños a los que las familias, en las noches de fiesta, hacen cenar en una mesita aparte!

Pero, finalmente, se paró el coche fúnebre en medio de la avenida. Cuando Sandoz vio la fosa lista, en una esquina del cuadrado vecino, enfrente del cementerio de los pequeñines, murmuró afectuosamente:

—¡Ah!, amigo Claude, gran corazón de niño, estarás bien al lado de ellos.

Los enterradores bajaban el féretro. Malhumorado por el cierzo, el sacerdote esperaba; y unos sepultureros, pala en mano, estaban preparados. De los vecinos, tres se habían quedado por el camino, los diez no eran más que siete. El joven primo, que llevaba el sombrero en la mano desde la iglesia, pese al tiempo espantoso, se acercó. Todos los demás se descubrieron, e iban a dar comienzo las oraciones cuando un silbato desgarrador hizo alzarse las cabezas.

Era un tren que pasaba, en aquel rincón todavía vacío, en el extremo de la avenida lateral número tres, un tren que cruzaba por el alto terraplén de la vía férrea de circunvalación, que dominaba el camposanto. La pendiente herbosa ascendía, y unas líneas geométricas se destacaban en negro sobre el gris del cielo, los postes telegráficos unidos por unos finos hilos, una garita de vigilante, la placa de una señal, la única mancha roja y vibrante. Al pasar el tren con un ruido atronador, pudo distinguirse claramente, como en un transparente de sombras chinescas, las formas de los vagones, hasta a la gente sentada en los recuadros claros de las ventanillas. Y la línea se volvió de nuevo clara, un simple trazo de tinta que cortaba el horizonte, mientras que, sin dar tregua, a lo lejos, llamaban otros silbatos, y se lamentaban, quejumbrosos, agudos de cólera, roncós de sufrimiento, estrangulados de angustia. Luego resonó, lúgubre, un cornetín.

—*Revertitur in terram suam unde erat...* —recitaba el sacerdote, que había abierto un libro y se daba prisa.

Pero ya no se le oía, había llegado resoplando una gran locomotora, y maniobraba justo por encima de donde se celebraba la ceremonia. Tenía una voz estentórea y gruesa, un silbido gutural, de una profunda melancolía. Iba, venía, resoplaba, con su perfil de monstruo pesado. De pronto, lanzó su vapor, en un aliento furioso de tempestad.

—*Requiescat in pace* —dijo el sacerdote.

—*Amen* —respondía el monaguillo.

Y todo desapareció, en medio de aquella detonación estridente y ensordecedora, que se prolongaba con una violencia continua de fusilería.

Bongrand, exasperado, se volvía hacia la locomotora. Ésta se calló, fue un alivio. Habían asomado unas lágrimas a los ojos de Sandoz, ya emocionado por las palabras que habían salido involuntariamente de sus labios, detrás del cuerpo de su viejo amigo, como si hubieran tenido juntos una de sus charlas achispadas de antaño; y, ahora, le parecía que se iba a enterrar su juventud: era una parte de sí mismo, la mejor, la de las ilusiones y de los entusiasmos, que los sepultureros se llevaban, para hacerla deslizarse en el fondo de la huesa. Pero, en aquel minuto terrible, un accidente vino a aumentar todavía más su tristeza. Había llovido tanto los días anteriores y la tierra estaba tan blanda que se produjo un brusco desprendimiento. Uno de los sepultureros tuvo que saltar dentro de la fosa para vaciarla con la pala, con lentas y rítmicas paladas. Aquello no se terminaba nunca, se eternizaba en medio de

la impaciencia del sacerdote y del interés de los cuatro vecinos que habían seguido hasta el final, sin que se supiera el porqué. Y, allí arriba, en el terraplén, la locomotora había reanudado sus maniobras, reculaba entre rugidos, a cada giro de rueda, con el horno abierto, incendiando el día tétrico de una lluvia de pavesas.

Por fin la fosa estuvo vacía, descendieron el féretro, lo asperjaron con el hisopo. Había acabado todo. De pie, con su aire correcto y encantador, el joven primo hizo los honores, dio apretones de manos a toda aquella gente que no había visto jamás, en memoria de aquel pariente de cuyo nombre no se acordaba la víspera.

—Muy bien por ese lechuguino —dijo Bongrand, que se tragaba sus lágrimas.

Sandoz, sollozando, respondió:

—Muy bien.

Todos se fueron, los sobrepellices del cura y del monaguillo desaparecían entre los verdes árboles, los vecinos, cada uno por su lado, paseaban por allí leyendo las inscripciones.

Y Sandoz, decidiéndose a abandonar la fosa medio cubierta de tierra, prosiguió:

—Nosotros seremos los únicos que le habremos conocido... ¡Ya nada, ni siquiera un nombre!

—Dichoso de él —dijo Bongrand— que ya no tendrá que pensar en el cuadro en marcha en la tierra donde reposa... Mejor desaparecer que seguir empeñados como nosotros en engendrar hijos lisiados, a los que falta siempre algún miembro, las piernas o la cabeza, y que no viven.

—Sí, realmente hay que abandonar todo orgullo, resignarse al si es no es y trampear con la vida... Yo, que me desvivo por llevar a buen fin mis libros, me desprecio de sentirlos inacabados y falsos, a pesar de mi esfuerzo.

Con el semblante pálido, se iban lentamente, uno al lado del otro, bordeando las blancas tumbas de los niños, el novelista entonces en la plenitud de su trabajo y de su notoriedad, el pintor en su fase declinante y cubierto de gloria.

—Al menos ha sido alguien lógico y valiente —continuó Sandoz—. Confesó su impotencia y se mató.

—Es cierto —dijo Bongrand—. Si no estimáramos tanto nuestro pellejo, haríamos como él... ¿O no?

—A fe mía que sí. Dado que no podemos crear nada, dado que no somos más que débiles reproductores, tanto daría volarse la tapa de los sesos inmediatamente.

Se encontraban delante del montón encendido de viejos ataúdes podridos. Ahora, estaban en pleno fuego, trasudando y crepitando; pero se seguía sin ver las llamas, sólo la humareda había aumentado, una humareda acre, densa, que el viento lanzaba en grandes torbellinos, y que cubría el cementerio enteramente de una nube de luto.

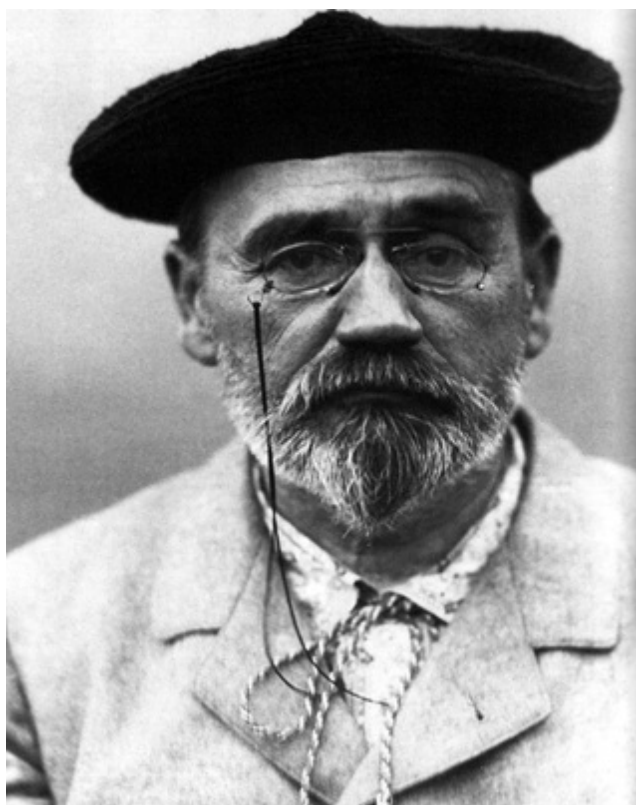
—¡Vaya! ¡Pero si son ya las once! —dijo Bongrand sacando el reloj—. Tengo que volver.

Sandoz soltó una exclamación de sorpresa.

—Pero ¡cómo! ¡Las once ya!

Paseó por las sepulturas bajas, por el vasto camposanto florido de perlitas, tan regular y frío, una larga mirada de desesperación, cegada aún por las lágrimas. Luego añadió:

—Vayamos a trabajar.



Émile Zola (París, 1840-1902) pasó toda su niñez en el sur de Francia, donde su padre falleció cuando él tenía siete años, dejando a su familia en la miseria. En 1858 se mudó a París y encontró su primer trabajo en una editorial. Aunque escribió diversos poemas, relatos y críticas literarias, hasta 1867 no publicó su primera novela: *Thérèse Raquin*. Entre 1871 y 1893 compuso el ciclo de los *Rougon-Macquart*, una serie de veinte novelas destinadas a ilustrar, a través de una saga familiar, la vida parisina de finales del siglo XIX. En esta serie se incluyen obras como *Nana* o *Germinal*. Inspirado por las teorías de Darwin o Taine, Émile Zola inventó un nuevo género literario con el que penetrar en cada uno de los aspectos de la vida humana para descubrir todos los males de la sociedad: el naturalismo. Rápidamente fue calificado de obsceno y criticado por exagerar la criminalidad y el comportamiento tanto de las clases más acomodadas como de las más desfavorecidas. En defensa del naturalismo, Émile Zola escribió varios libros de crítica literaria en los que atacaba a los autores románticos. Entre estos escritos destacan *La novela experimental* (1880) y la colección de ensayos *Les romanciers naturalistes* (1881). En 1898 se exilió a Londres durante un año como consecuencia de la carta «Yo acuso», dirigida al presidente Faure y publicada en primera página en el diario parisino *L'Aurore*. En ella, Zola defendía la inocencia del capitán judío Alfred Dreyfus, acusado y condenado por espionaje, y denunciaba al verdadero traidor, el capitán Esterházy. Su carta provocó la reapertura del juicio. Zola murió en su casa de París el 29 de septiembre de 1902, intoxicado por el monóxido de carbono que producía una chimenea en mal estado.

Notas

[1] Buque de fondo chato y poco calado utilizado para la carga. (*N. del T.*) <<

[2] Ciudad imaginaria que Zola sitúa en Provenza y que se asemeja mucho a Aix-en-Provence. Plassans es la cuna de los Rougon-Macquart. (*N. del T.*) <<

[3] Antigua denominación de la clase de sexto de bachillerato. (N. del T.) <<

[4] En la mitología griega, uno de los tres jueces de los Infiernos. (*N. del T.*) <<

[5] Dos formas de conjugación en griego antiguo, el hueso de los malos estudiantes.
(*N. del T.*) <<

[6] La Viorne, que ocupa un lugar importante en la escenografía de *La fortuna de los Rougon*, está en realidad en Ars, que corre al pie de Aix-en-Provence. (N. del T.) <<

[7] La pintura académica se caracteriza por una paleta bastante oscura (de ahí la metáfora del jugo de cascada), en oposición a la paleta clara del impresionismo. (N. del T.) <<

[8] Alusión al primer libro de Zola, *Cuentos para Ninon*, donde se encuentra la célebre definición de la obra de arte dada por él en 1864: «Un rincón de la naturaleza vista a través de un temperamento». (N. del T.) <<

[9] Zola había concebido el proyecto de una «génesis del Universo», inspirada por *La leyenda de los siglos* de Victor Hugo, titulado «La cadena de los seres», vasto poema del que sólo escribió los primeros ocho versos. (N. del T.) <<

[10] La Academia de Francia en Roma, fundada en 1666, ofrecía cada año, por concurso, una estancia en Roma de tres años a artistas franceses. André Malraux suprimió oficialmente el Gran Premio de Roma en 1968. *(N. del T.)* <<

[11] Alusión al Gran Premio de Roma. (*N. del T.*) <<

[12] «Être en charrette» significa, en sentido figurado, un período de trabajo intenso que hay que terminar urgentemente. (*N. del T.*) <<

[13] Los antiguos coches de mudanzas. (*N. del T.*) <<

[14] Publicación de corte satírico. (*N. del T.*) <<

[15] Jules Favre (1809-1880), diputado por París, formaba parte de la oposición republicana al régimen imperial. (N. del T.) <<

[16] Eugène Rouher (1814-1884), ministro a partir de 1863, fue un fiel defensor del Gobierno, hostil a todo intento de liberalización. (*N. del T.*) <<

[17] El museo del Luxemburgo, fundado en 1801, fue destinado en 1818 a albergar las obras de artistas vivos, compradas por el Estado. Las telas que se encontraban en él fueron trasladadas al Louvre en 1886. *(N. del T.)* <<

[18] Fundado en 1797, el Institut se compone de las cinco Academias: la Francesa, la de las Inscripciones y Bellas Artes, la de las Ciencias, la de Bellas Artes y la de las Ciencias Morales y Políticas. (*N. del T.*) <<

[19] La música más apreciada del Segundo Imperio eran las melodías fáciles como las obras frívolas de Offenbach. En cambio, Wagner, cuyo *Tannhäuser* hizo representar Napoleón III en la Ópera de París en 1861, provocó un inmenso escándalo. (N. del T.)

<<

[20] En una galería de arte, o en una exposición, lugar preferente a la altura de la vista, en el que los artistas deseaban tener expuesta su obra. (*N. del T.*) <<

[21] Conciertos populares dados en el Circo Napoleón, donde Zola, Cezanne y sus amigos aplaudieron, entre otros, el *Tannhäuser* de Wagner en 1861. (N. del T.) <<

[22] En las esquinas de la place de la Concorde se alzan ocho pabellones rematados de estatuas que representan las principales ciudades de Francia en el siglo XIX (Lyon, Marsella, Burdeos, Nantes, Ruán y Brest, Lille y Estrasburgo). (*N. del T.*) <<

[23] Tal es exactamente el proyecto de los *Rougon-Macquart*, que se compondrá finalmente de veinte volúmenes. (N. del T.) <<

[24] El banco es un madero grueso escuadrado, colocado horizontalmente sobre cuatro pies y que sirve de mesa para la labor del escultor. (*N. del T.*) <<

[25] Célebre restaurante situado en la esquina de la rue de la Chaussée-d'Antin y del boulevard de Les Italiens. (*N. del T.*) <<

[26] Expresión empleada para acusar ya a Delacroix, según Théophile Gautier, quien añade: «Metáfora poco exacta, al no estar en la naturaleza de las escobas el ser borrachas; pero los clásicos no hacen gala de rigor en materia de metáforas». (*N. del T.*) <<

[27] Es decir, las losetas pintadas destinadas a las estaciones de los vía crucis. (*N. del T.*) <<

[28] Por docenas, al por mayor. (*N. del T.*) <<

[29] Según el tamaño. (*N. del T.*) <<

[30] Una porcelana de Sajonia. (*N. del T.*) <<

[31] Gran restaurante de los Campos Elíseos. (*N. del T.*) <<

[32] Pescaditos de los Mares del Norte. (*N. del T.*) <<

[33] Incendiado bajo la Comuna, durante la Semana Sangrienta (24 de mayo de 1871), el Ayuntamiento fue reconstruido entre 1875 y 1882. (*N. del T.*) <<

[34] Música para la escena escrita por Meyerbeer en 1845 para el drama de su hermano. (*N. del T.*) <<

[35] *Romeo y Julieta*, sinfonía dramática a partir de la obra de Shakespeare (1839). (N. del T.) <<

[36] Inmensa composición del Veronés que se halla en el Louvre. (*N. del T.*) <<

[37] La Séptima Sinfonía, *op.* 92. (*N. del T.*) <<

[38] La *Rêverie*, séptima pieza de los *Kinderscenen*, fue el primer gran éxito de Schumann. (N. del T.) <<

[39] Cayenne era uno de los más importantes lugares de deportación de los condenados a trabajos forzados. (*N. del T.*) <<